CATECISMO MAGNO PREDICABLE

TRATADO TERCERO

TESOROS

DEL

CORAZÓN DE JESÚS

DEPOSITADOS EN LA IGLESIA CATÓLICA

ó SEA

LOS SIETE SACRAMENTOS DE LA IGLESIA

CON EXPOSICIÓN SENCILLA Y LUMINOSA

DE

D. SANTIAGO OJEA Y MÁRQUEZ

PRESBÍTERO

*Obra didáctica fundamental
adaptada á las necesidades de los tiempos presentes y siguiendo
las prescripciones de Su Santidad el Papa León XIII.*

Infinitus thesaurus hominibus, quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiae Dei. (SAP., IV, 14.)

Hay para los hombres un tesoro infinito, y los que hacen buen uso de él son hechos partícipes de la amistad de Dios.

VOLUMEN I

SEGUNDA EDICION

Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

MADRID
3820. — AVRIAL, IMPRESOR
San Bernardo, núm. 92

1900

NOS EL DOCTOR DON JOSÉ MARÍA DE COS,

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá, Caballero Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica y del Mérito Militar, Senador del Reino, Consejero de Instrucción pública, etc., etc., y en su ausencia, Nos el Dr. D. Alejo Izquierdo y Sanz, Dignidad de Dean de esta S. I. Catedral, y Gobernador Ecclesiástico de esta Diócesis S. P. etc.

HACEMOS SABER: Que venimos en conceder y concedemos nuestra licencia para que en esta Diócesis pueda imprimirse y publicarse la obra **Catecismo magno predicable**, que desea publicar su autor D. Santiago Ojea y Márquez, mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada, y según la censura, nada tiene en contrario al dogma católico y sana moral.

En testimonio de lo cual, expedimos el presente, rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid á 8 de Noviembre de 1899.

(José María, *Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá*).

Dr. Alejo Izquierdo,
Gobernador Ecclesiástico.

Por mandado de S. S. I, el (Arzobispo-Obispo mi Señor),
Dr. Julián de Diego Alcolea,
Arcediano Secretario.

PLAN DE LA OBRA

- **Sacramentos en general.**
  - Naturaleza y excelencia de los Sacramentos.......... — Comunican gracia é imprimen carácter.
  - Su número, necesidad, armonías y efectos.. — Manera de realizarlo.
- **Bautismo....**
  - Naturaleza, institución y necesidad del Bautismo.
  - Efectos del Bautismo..
    - Nacimiento á la vida de la gracia.
    - Hace entrar en sociedad con las tres divinas Personas.
    - Efectos en el orden moral y social.
  - Ceremonias.—Obligaciones del bautizado.
- **Confirmación.**
  - Naturaleza, importancia y necesidad de la Confirmación.
  - Efectos de este Sacramento.
  - Obligaciones de los confirmados.
- **Eucaristía como Sacramento.....**
  - Naturaleza, preeminencia y nombres de la Eucaristía.
  - La Eucaristía, la fe y la razón............
    - El fin del hombre y la Ley Nueva exigen la Eucaristía.
    - También la exigen la Encarnación, la Redención y el amor de Jesucristo.
  - Preparación del dogma eucarístico......
    - Figuras principales de la Eucaristía.
    - Profecías y promesas de este Sacramento.
  - Institución y motivos de la Eucaristía.

  - Real presencia de Jesucristo en la Eucaristía................
    - Pruebas de Escritura y tradición.
    - De los santos Concilios.
    - De la práctica de la Iglesia.
    - De la imposibilidad humana para establecer este dogma.
    - De los herejes y de los milagros.
  - La Transubstanciación................
    - Es dogma de fe católica.
    - La razón y la Transubstanciación.
    - Presencia múltiple de Jesucristo en la Eucaristía.
    - Símiles que esclarecen el dogma eucarístico.
  - Grandezas de la Eucaristía................
    - La Eucaristía muestra las perfecciones divinas.
    - Revela augustos misterios.
  - Lecciones de la Eucaristía..............
    - De humildad, mansedumbre y paciencia.
    - De obediencia, pobreza y castidad.
    - De amor y de oración
    - Funciones de Jesús en la Eucaristía.
  - Efectos de la Eucaristía.................
    - En el orden moral.
    - En el orden social.

- **Eucaristía como sacrificio.......**
  - Necesidad y naturaleza de la santa Misa.
  - Excelencia de la Misa.
    - *En sí misma.*
    - En sus fines.
  - Efectos de la Misa.....
    - En la Iglesia triunfante.
    - En la purgante.
    - En la militante.
  - Frutos de la Misa.....
    - Por sí misma.
    - Por quien la oye ú ofrece.
  - Modo de oir la santa Misa.
  - Significación de sus partes principales.
- **Eucaristía como Comunión sagrada........**
  - Naturaleza de la sagrada Comunión.
  - Obligación de comulgar.................
    - Comunión en general.
    - Comunión pascual.
    - De la primera Comunión.
    - Comunión en forma de Viático.
  - Comunión frecuente ..
    - Importancia de ella.
    - A quiénes se puede permitir.
    - Comunión descuidada.
  - Comunión espiritual..
    - Provechos que reporta.
    - Actos que requiere.
    - Modo práctico de hacerla.
  - Disposiciones necesarias para comulgar.
    - Por parte del alma.
    - Por parte del cuerpo.
  - Disposiciones convenientes.............
    - Devoción.
    - Humildad.
    - Reverencia.
  - Efectos de la Comunión ....
    - Une al hombre con Dios.
    - Le colma de grandeza y felicidad.
    - Gracias que recibe el alma.
    - Efectos sobre los pecados y las penas.
    - Efectos en el cuerpo y en la sociedad.
  - La Comunión indigna.
    - Es crimen enorme.
    - Castigos de Dios.
    - Causas de este sacrilegio.
    - Medios para evitarle.
  - Adoración al Santísimo Sacramento.....
    - Visitas al Santísimo.
    - Modo práctico de hacerlas.
    - Suma de la doctrina eucarística.
- **Penitencia...**
  - La Penitencia como virtud..............
    - Naturaleza, necesidad y eficacia.
    - Su diferencia del Sacramento.
  - Naturaleza é institución del Sacramento de la Penitencia.
  - Su necesidad y efectos principales.
  - Constitutivos de este Sacramento.........
    - La acción de Jesucristo.
    - Poderes y funciones del confesor.
  - Examen de conciencia.
    - Su necesidad y cualidades.
    - Su materia necesaria y voluntaria.
    - Sus escollos y defectos.
  - De la contrición... ...
    - Su naturaleza y especies.
    - Necesidad de la contrición perfecta.
    - Necesidad de la imperfecta.
    - Medios para formar atrición.
    - Cualidades de la atrición.

- **Penitencia...**
  - Propósito de la enmienda y sus cualidades.
  - Confesión sacramental...
    - Antigüedad de su origen.
    - Institución divina. — Pruébase...
      - Por la tradición.
      - Porque no es invención humana.
    - Facilidad de la confesión.
    - Es útil...
      - A los individuos.
      - A las familias.
      - A las sociedades.
    - Naturaleza y especies de la confesión.
    - Cualidades...
      - Humildad.
      - Simplicidad.
      - Prudencia.
      - Integridad. — Obstáculos. — Modo de vencerlos.
  - Satisfacción sacramental...
    - Naturaleza. — Necesidad. — Modo de hacerla.
    - Especies y modos de satisfacer.
    - Dilaciones de la confesión.
    - Apéndice. — Satisfacción por indulgencias.
- **Extremaunción...**
  - Su *naturaleza* y efectos.
  - Motivos y medios para recibirla.
  - Descuidos lamentables.
- **Orden...**
  - Naturaleza, institución y efectos.
  - Sacerdocio...
    - Dignidad y santidad que encierra.
    - Beneficios que prodiga.
    - Respeto y veneración que merece.
- **Matrimonio..**
  - Su naturaleza...
    - Como contrato natural.
    - Como Sacramento.
    - Como ley civil.
  - Efectos del Sacramento...
    - Gracias espirituales.
    - Vínculo de amor y de unión.
  - *Bienes que produce...*
    - Fidelidad.
    - Hijos.
    - Indisolubilidad.
  - Preparación para contraer matrimonio y deberes consiguientes...
    - Vocación. — Elección. — Preparación.
    - Celebración del Matrimonio.
    - Obligaciones de los cónyuges.

DE LOS SACRAMENTOS EN GENERAL

CAPÍTULO PRIMERO

De la naturaleza y excelencia de los Sacramentos.

1. Introducción.—**2.** La revelación.—**3.** La gracia.

DESPUÉS de haber expuesto en la *primera parte* de este libro (1) las maravillas de Dios pertenecientes á la *creación* del mundo y del hombre, y á la *redención, santificación* y *glorificación* del humano linaje por Cristo nuestro Señor, procede ahora declarar *los medios* más eficaces é importantes de que el Verbo divino encarnado se valió para tan grandiosa obra; lo cual equivale á poner de manifiesto un nuevo orden de prodigios celestiales realizados en nuestro favor por modo permanente en la sucesión de los siglos, ó lo que es lo mismo, equivale á añadir gracia á gracia, maravilla á maravilla, cielo á cielo.

Dios nuestro Señor dotó al hombre con dos facultades hermosas que le distinguen esencialmente de las demás criaturas existentes en la tierra, á saber: *inteligencia* y *voluntad;* y por colmo de ventura le añadió todo cuanto hubo menester para desarrollarlas y perfeccionarlas, hasta poder conseguir el fin para que fué criado.

2. La *inteligencia* es la facultad por la cual el alma ve, conoce, piensa, razona; es decir, adquiere las ideas, las conserva, las une, compara y modifica, siendo dicha facultad tan necesaria al alma, como el ojo al cuerpo, pues por ella, no sólo forma concepto de los seres, sino de las múltiples relaciones de los mismos seres entre sí.

(1) Intitulado *Maravillas divinas, ó sea exposición del Símbolo apostólico.*

Mas al modo que el ojo material necesita de *luz* para ejercer su potencia nativa, así también al entendimiento humano le es preciso luz de lo alto para llevar á cabo sus nobilísimas funciones; y por dicha nuestra, el divino Hacedor no anduvo en ello escaso, pues además de la *luz natural* para comprender las cosas que á ese orden pertenecen, sobreañadió la *antorcha sobrenatural* de la REVELACIÓN DIVINA, faro luminoso que eleva la inteligencia sobre todo lo sensible y muestra seguro el camino del cielo. Dicha Revelación se halla sumariamente contenida en el *Símbolo apostólico,* que antes hemos estudiado.

3. En cuanto á *la voluntad,* ó sea á la facultad que el alma posee de querer esto ó aquello y de elegir libremente unas cosas con preferencia á otras, nadie ignora que ha menester de *un guía seguro* para encaminarse á lo bueno, y de una *ayuda poderosa* para sostenerse en la práctica del bien; y aquella *guía* y esta *ayuda* es *la gracia de Dios,* merecida por nuestro Señor Jesucristo y otorgada á nosotros copiosamente como fruto de la redención.

Pues bien; dicha gracia es el don de Dios por excelencia, que, elevando nuestro espíritu á regiones sobrenaturales, nos hace entrar de lleno en la vida divina aquí en la tierra, mostrándonos el camino seguro para la eterna bienaventuranza del cielo. Los medios ordinarios de que el Señor se vale para comunicarnos sus gracias, son la *oración, Sacramentos* y *ejercicio de virtudes* (1). En el presente libro nos concretamos á los *Sacramentos* (2), y comenzando desde luego, estudiaremos: 1.º *Todos en general.* 2.º *Cada uno de ellos en particular.* Y como al tratar de una cosa lo primero que ocurre es averiguar *su naturaleza* y *su excelencia,* por eso, ante todo, nos ocuparemos en este primer capítulo de inquirir:

1.º Qué cosa sean los Sacramentos de la Iglesia.
2.º Cuál sea su excelencia.

---

(1) Véase nuestra obra *Maravillas divinas.* Explicación del Símbolo apostólico, capítulo LXXIII.

(2) Porque de la *oración* y de las *virtudes* ya hemos tratado con extensión en los cuatro volúmenes de nuestra obra *La Vida feliz;* así como también hemos declarado los *vicios y pecados* que á dicha *oración y virtudes* se oponen.

§ I

DE LA NATURALEZA DE LOS SACRAMENTOS

4. Definición del P. Ripalda.—**5.** Consecuencias de esta definición.—**6.** Los Sacramentos son signos sensibles.—**7.** Y sagrados.—**8.** Instituidos por Jesucristo.—**9.** Para santificarnos.—**10.** Voz de alerta contra los protestantes.

Cosa es que pone admiración la manera fácil y suave con que el Redentor de los hombres nos comunica su gracia divina y su vida propia mediante los Sacramentos de su Iglesia. Son éstos, en manos de los sacerdotes católicos, á manera de instrumentos sagrados con los cuales por modo misterioso hacen penetrar en lo más íntimo de nuestras almas la acción redentora y santificante de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Cómo se realiza esta maravilla? ¿Qué cosa son dichos Sacramentos?

4. Abriendo, en primer lugar, el Catecismo de nuestro Ripalda, leemos: *Son unas medicinas espirituales, que nos sanan y justifican*. Dice *medicinas*, porque realmente el hombre quedó enfermo por el pecado de origen, y misericordia grande fué del Señor el dejarnos en su Iglesia *medicinas* adecuadas para sanar nuestras dolencias.

Añade que son *espirituales*, porque ellas se enderezan directa y principalmente á curar las llagas del espíritu. Y por las palabras restantes: *«que nos sanan y justifican»*, se denotan los efectos de dichas medicinas, que son *quitar* las enfermedades del alma, ó sea los pecados veniales, y además *justificar* á la misma alma, cuando se halle muerta por el pecado mortal; como si dijéramos, sirven los Sacramentos para obrar en nosotros una espiritual resurrección.

Cinco cosas, como se ve, expresa la definición indicada, á saber: *Médico, medicina, enfermedades, enfermos* y *enfermeros*. El *Médico* es Jesucristo; las *medicinas,* los Sacramentos; las *enfermedades* son nuestras culpas, tanto la original como las personales cometidas posteriormente; los *enfermos* son nuestras pobrecitas almas, las cuales no pueden hallarse libres de dolencias sin un auxilio especial de Dios; y los *enfermeros* son los sacerdotes, pues ellos administran los Sacramentos.

5. Ahora bien: ¿quién es el que ordena las medicinas? El Mé-

dico; luego Jesucristo, Médico divino de nuestras ánimas, es el que instituyó todos y cada uno de los siete Sacramentos de la Iglesia. Y como todas las operaciones de un Ser divino llevan en sí mismas el carácter de la divinidad, es evidente que dichos Sacramentos no son cosas puramente humanas, sino divinas por su institución. Es más: siendo el Médico sapientísimo, poderosísimo y bondadosísimo, sus medicinas, ó sea los Sacramentos, no pueden menos de ser eficacísimos; porque si *supo, pudo* y *quiso*, no es posible dudar que *lo hizo;* y, por consecuencia, todas las enfermedades espirituales de nuestras almas, sean las que fueren, desaparecen con los Sacramentos de la Iglesia, á la manera de arista que el fuego consume ó que el viento lleva.

Si se pregunta ahora, ¿cuál es la naturaleza íntima de dichas medicinas? responderemos con los teólogos: *Es un signo sensible, sagrado y permanente, instituido por nuestro Señor Jesucristo para santificarnos, ó sea con virtud de conferirnos la gracia santificante* (1). Detengámonos á explanar algo esta definición teológica, pues ella arroja mucha luz sobre lo que después diremos.

6. Dice que es un *signo sensible,* porque en todo Sacramento hay algo que se percibe con los sentidos corporales, y éste algo designa otra cosa que es imperceptible á dichos sentidos. Así el vestido negro ó de luto que se ve, es un signo de la aflicción interior del alma, que no se ve, y el estrecharse la mano dos personas es signo visible de la amistad invisible. De igual manera en los Sacramentos se percibe siempre alguna cosa material que indica el efecto inmaterial que ellos producen en el alma. Por ejemplo, en el bautismo se ve *el agua,* que por su naturaleza lava y purifica, y esto es *un signo* de que en ese sacramento el alma queda lavada y purificada.

Signo sensible, porque como los Sacramentos son instituidos para los hombres, deben ser acomodados á los mismos hombres; esto es, sensibles á los sentidos, para que puedan llevarnos al conocimiento de las cosas insensibles y espirituales.

Signo sensible, pues así como el pecado penetra en el alma para mancharla mediante la acción de los sentidos, así también la gracia de Dios es infundida en la misma alma para limpiarla con intervención de los propios sentidos.

Signo sensible, para que fije la atención de nuestro espíritu, y ele-

---

(1) Así S. Thom., p. III, q. 60, a. 2.°, con el común de los teólogos, é igualmente el *Catec. Rom.*, S. Ligor., Suárez...

ve nuestra inteligencia, y mueva nuestro corazón, y quede grabada en nuestra memoria una impresión profunda.

Signo sensible, para con él mostrar á los ojos de todos la más completa y continua sumisión á la Iglesia de Jesucristo, y que todos somos hermanos é iguales en la participación de los Sacramentos.

Signo sensible, para que todos vean la unión real y verdadera de los cristianos entre sí y con los sacerdotes, y la que éstos tienen con sus Prelados y la de los Prelados con su Jefe supremo el Romano Pontífice.

Signo sensible, para de esta manera constituir un cristianismo práctico, á la vista de todos para el buen ejemplo y para la imitación, pues sin esto Dios estaría como apartado del hombre, porque no se va á Dios sino por Jesucristo, y á Jesucristo se va principalmente por los Sacramentos.

Signo sensible, pues con él se ve claro el camino misterioso por el cual Dios desciende hasta el hombre, y el hombre sube hasta Dios, y se alienta nuestro espíritu conservando las relaciones íntimas y continuas entre nuestra alma y su divino Hacedor. He aquí por qué Jesucristo instituyó los Sacramentos en signos sensibles.

7. ¡Qué beneficio tan grande nos hizo el Señor con dejar vinculada la gracia á instrumentos perceptibles, que despierten nuestro espíritu y le eleven de lo terreno y perecedero! Mas esta merced inaudita sube de punto considerando que los signos sacramentales llevan el carácter de COSA SAGRADA. *Signo sensible sagrado,* dice la definición que venimos examinando.

Con efecto: son los Sacramentos *signos sagrados*, como ceremonias santas de la Iglesia, como actos que se ordenan al culto divino, como instrumentos de la gracia de Dios con la cual se consagran y santifican los hombres, como canales instituidos por nuestro Señor Jesucristo para comunicarnos su vida sacratísima con toda la plenitud que nosotros seamos capaces de recibirla. Si todo cuanto Jesucristo hizo es sagrado, ¿no lo han de ser los Sacramentos, cuyos signos rebosan maravillas de amor hacia el hombre, haciéndonos vivir de la misma vida de Dios?

8. En gran manera interesa comprender que todos los Sacramentos *fueron*—como expresa la definición—*instituidos por nuestro Señor Jesucristo*, recibiendo de Él su virtud santificante. Sólo Jesucristo, poseyendo plenamente la gracia, que es *su bien propio,* pudo comunicarla á nuestras almas por los medios que en su infinita sabiduría juzgó conveniente, y maravilla el modo con que lo hizo. Los Sacramentos no son signos naturales, como el humo lo es del fuego,

sino de todo punto *arbitrarios*, sin tener conexión alguna natural con la gracia que significan y producen; solo Jesucristo, como Dios, y porque así lo quiso, pudo hacer que esto significaran y esto produjeran.

Pruébase la *institución divina* de los Sacramentos, no sólo por los Santos Padres, quienes afirman, con San Ambrosio, que *sólo Jesucristo ha podido ser el autor de dichos Sacramentos*, no sólo por los Apóstoles, que todos se consideraron únicamente como ministros y dispensadores de ellos, sino muy en especial por la Iglesia nuestra Madre, que ha definido esta verdad como dogma de fe en varios Concilios y en el Tridentino, que dice así: *Si alguno dijere que los Sacramentos de la nueva Ley no han sido todos instituidos por nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado* (1). He aquí por qué el Catecismo, al preguntar: *¿Quién instituyó los Sacramentos?* responde en absoluto: *El mismo Cristo.*

Que Jesucristo instituyó todos los Sacramentos *inmediatamente,* lo probaremos al tratar de cada uno de ellos, porque es ese el común sentir de los teólogos, y más conforme con el Concilio Tridentino; siendo verdad de fe que el *Bautismo* y la *Eucaristía* fueron instituipor Jesucristo *inmediatamente.*

El *Orden* y la *Eucaristía* los instituyó el Señor la víspera de su pasión, y los otros Sacramentos después de su resurrección. Esto es lo más probable.

9. Por último, dice la definición que los Sacramentos son instituidos *para santificarnos,* es decir, para *hacernos santos,* destruyendo en nuestra alma los pecados mortales; para *acrecentar nuestra santidad,* borrando los pecados veniales y aumentando en nuestro ser la gracia santificante; para hacer que nuestra alma *sea cada vez más santa,* uniéndonos más íntimamente á la persona adorable de nuestro Señor Jesucristo, por la digna recepción de la sagrada Eucaristía.

Esto es así, porque pertenece á la naturaleza de los Sacramentos no sólo significar la gracia, como lo afirman hasta los protestantes, sino el *producirla* interiormente en el alma, santificándola y haciéndola agradable á Dios por la abolición de los pecados ó por el aumento de la misma gracia, que es lo que expresa nuestro Ripalda, cuando dice: *¿De qué manera nos justifican?—Dándonos gracia interior por señales exteriores.*

Sabidísimo y notorio como es todo esto, importa, sin embargo,

(1) Trident, Sess. 7, c. 1.—Conc. Constanciense, en 1415 y el Florentino en 1439.

repetirlo para que hasta los sordos oigan las maravillas divinas y nadie ignore que los Sacramentos de la Iglesia producen realmente *la gracia*. y que son á manera de ***canales visibles*** por los cuales Dios derrama en nuestras almas ***la gracia invisible;*** al modo que la palabra articulada, que es ***material***, sirve de conducto para transmitir á otros nuestro pensamiento, que es ***espiritual***.

10. En la antigua Ley hubo también Sacramentos, pero ellos no obraban la gracia, sino que únicamente la significaban y se obtenía ***en virtud de la fe en Cristo nuestro Señor;*** mas nuestros Sacramentos de la Ley nueva significan y contienen la gracia y la comunican por sí mismos á todos los que los reciben dignamente; y decir lo contrario está condenado por la Iglesia en el santo Concilio Tridentino (sess. 7, c. 6) contra los protestantes, quienes falsearon la idea de los Sacramentos, sosteniendo el error de que ***la fe sola justifica por sí misma***. ¡Cuánto deliran estos novadores y cómo se esfuerzan en derramar sus pestíferas doctrinas por todo el universo! Abran bien sus ojos los fieles cristianos, para que nunca se dejen seducir por tales herejes. La causa principal y eficiente de nuestra santificación es solo Dios: pero los Sacramentos son ***causas instrumentales***, puesto que el Señor, mediante ellos, comunica ó aumenta la gracia santificante en nuestras almas (1).

Mucho nos deleita poner claras y evidentes estas verdades de nuestra fe católica, pues los Sacramentos de la Iglesia no se estiman cual es debido, porque no se saben ó no se consideran bien los beneficios que nos proporcionan. Son, pues, dichos Sacramentos unos ***signos sensibles, sagrados y permanentes, instituidos por nuestro Señor Jesucristo, con virtud de conferir á los hombres la gracia santificante;*** ó lo que es lo mismo, ***unas espirituales medicinas que nos sanan y justifican***. Veamos ahora cuán grandiosa es la excelencia de que se hallan revestidos.

§ II

INDÍCASE LA EXCELENCIA DE LOS SANTOS SACRAMENTOS

11. Son excelentes por ser institución divina.—12. Por ser fundamento del orden moral.—13. Porque nos unen íntimamente con Dios.—14. Porque satisfacen las necesidades de nuestro espíritu.—15. Porque sirven para que Dios penetre en nuestro corazón y haga en él su morada.—16. Conclusión.

11. Por el mero hecho de ser los Sacramentos ***signos sagrados instituidos por nuestro Señor Jesucristo***, con virtud de producir por sí

(1) Véase S. Thom., p. III, q. 62, a. 3.°, y sent. 4.ª, p. I, q. 1, a. 4.°

mismos el don más precioso que el hombre puede recibir sobre la tierra, ó sea *la gracia santificante*, ya se comprende bien su *excelencia* maravillosa; sin embargo, conviene que paremos aquí nuestra atención cristiana y que miremos su grande trascendencia con los ojos de la fe.

12. *Desde el punto de vista moral*, únicamente los Sacramentos de la Iglesia pueden formar la verdadera honradez del hombre. Llámase hombre honrado al que modera y tiene á raya todas sus pasiones, ajustándolas estrictamente á lo razonable y bueno: al que conserva su dignidad nativa, sobreponiéndose á todo el oleaje de las turbulencias y vanidades humanas; al que es fiel y exacto en el cumplimiento de sus deberes individuales, religiosos y sociales; al que, en una palabra, es *justo* en todas sus acciones y para con toda suerte de personas. ¿Y quién que no se halle enriquecido con una *fuerza divina é incesante* podrá domeñar tan en absoluto las rebeldías continuas de su naturaleza degradada? Pues esta fuerza es la que comunican á las almas cristianas los santos Sacramentos. Ellos, es verdad, son causas instrumentales de la santificación; pero obran bajo la influencia de la sacratísima humanidad de Jesús, llenos de los soberanos méritos y de la omnipotencia del Verbo. ¿Puede concebirse mayor grandeza y eficacia mayor en los actos sagrados de la Religión?

13. No hay cosa más sublime ni que más nos eleve y dignifique, ni que nos una más á Dios, que los santos Sacramentos; pues sin esos signos augustos jamás ascenderíamos á la categoría de seres sagrados, ni cumpliríamos los designios de Dios sobre nosotros. El Señor nos crió para su gloria; para que en todo lo posible formemos una sola cosa con Él; para que seamos movidos y obremos por su mismo espíritu; es más: nuestro propio corazón aspira constantemente á esa felicidad, á esa unión, á vivir de la misma vida de Dios, y por ello suspira noche y día, según aquella hermosa frase de San Agustín: *¡Ah, Señor! Nos has criado para Ti, é inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti*. ¿Y cómo conseguir esto sin la fortaleza, y la gracia, y la unión que se nos confiere en los santos Sacramentos, recibidos, ó á lo menos deseados?

14. No se puede dudar; los Sacramentos establecen entre nosotros y nuestro supremo Hacedor una como compenetración íntima de su misma vida divina, y satisfacen por completo las necesidades generales de nuestro espíritu débil y enfermizo. Ellos son á manera de un *foco de vida* establecido misericordiosamente por Cristo nuestro Señor, y enriquecidos con sus méritos infinitos para que todos

los hombres, justos y pecadores, podamos recibir el elemento reparador que hayamos menester. Unos recibirán por ellos la vida de la gracia, de que antes carecían; otros sostendrán y aumentarán dicha vida, haciéndose aptos para reñir las batallas del Señor; á éstos les servirán para restablecer sus fuerzas espirituales y salir victoriosos en las acometidas de los enemigos de su ánima; á aquéllos para restañar sus heridas y evitar que tornen á renovarse en su espíritu. Son además los Sacramentos un como *fuego sagrado,* en el cual se pueden acrisolar las almas, encender en santos deseos y abrasarse en amores divinos, acercándose á él con entera confianza, porque allí espera Dios para darle beso de amor. Son *fuego inextinguible,* porque la gracia que ellos producen y comunican es como la luz y el calor del sol, que siempre se difunden en los seres creados y siempre permanecen lo mismo, con igual fuerza y vigor. Son *fuego accesible á todos los hombres*, porque á todos se ofrecen suavísimos y bajo los signos de las cosas más simples, más comunes y más fáciles de obtener. ¿Quién no puede recibir los Sacramentos y las gracias inefables que á ellos van viculadas? ¡Cuánta es la hermosura y cuánta la excelencia de los santos Sacramentos!

15 Pero junto con lo dicho hay mucho más que admirar aquí, porque los Sacramentos son los medios por los cuales Dios se complace en hacer su morada en el hombre; y una vez hospedado en el alma, *la transforma* y se irradia en ella, difundiéndose en lo íntimo de todas sus potencias, en su inteligencia, en su voluntad, en su corazón, y la da cierto ser deífico, que si lo viéramos con los ojos materiales, sería cosa de enloquecer de amor sagrado. No se estiman estas gracias, ni se agradecen, porque no se consideran.

Por esos signos augustos Dios se comunica á nosotros, como el fuego al hierro que enrojece, penetrándonos, estrechándonos y haciéndonos semejantes á Él. Su ser divino entra en el nuestro, al modo que la luz en los cuerpos diáfanos, y nos hace partícipes de su propia naturaleza. Insinúase el Señor en nuestro espíritu, y en él persevera, cual si se identificara con nosotros, como el perfume en la substancia del vaso que la contiene. Es decir, que Dios imprime en nuestra alma sus perfecciones sacrosantas, su propia vida, para que vivamos, no ya nosotros, sino Él en nosotros, y nuestras obras sean más suyas que nuestras, puesto que son inspiradas, ayudadas y perfeccionadas por su gracia y por su virtud omnipotente.

16. He aquí, en breve resumen, lo que son los Sacramentos de la Iglesia. Son *dádivas* preciosas de nuestro Señor Jesucristo para regenerar nuestro espíritu y sublimarle, uniéndole á su propia ado-

rable persona y á su Padre celestial. Son *medicinas* espirituales y sagradas para nuestra alma enferma y agonizante, la cual es curada, santificada y deificada (cuanto es posible á humanas criaturas) por la digna recepción de los santos Sacramentos. Son *fuentes ó canales* inagotables de las divinas gracias, instituidos por Cristo nuestro bien para realizar en nosotros la grandiosa maravilla de la santificación de nuestras ánimas; son *señales sacrosantas* que traen á nuestra memoria las misericordias de Dios, los beneficios que nos prodiga, el agradecimiento que le debemos, el amor que nos exige, y el cúmulo de sus perfecciones infinitas; son, como expone el Angélico Doctor, «*un memorial* de lo que el Señor ha hecho por nuestra salvación, *una prueba* de lo que obra en nosotros la pasión de Jesucristo, y *una profecía* de nuestra futura gloria» (1), son como el *acento amoroso de Jesús* que, dirigiéndose á nuestro pobre corazón, nos dice: «Cristianos míos, todos los méritos infinitos que he granjeado desde el establo de Belén y la casita de Nazareth hasta el huerto de las Olivas y la cima del Gólgota, os los presento acumulados en los augustos signos de mis Sacramentos, para que la Iglesia, mi Esposa amadísima, os los aplique por modo sensible, suave, fácil y seguro, y podáis arribar felizmente á las eternas mansiones del cielo.»

Esto parece decirnos Jesús. Bendigamos al Señor por dones tan inefables; bendigamos al Verbo divino encarnado que los instituyó para nuestro bien; bendigamos á la Iglesia, nuestra Madre, que nos los administra, y con el corazón rebosando gratitud y amor, digamos una y mil veces: *¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar, Sacramento de amor y Sacramento de los Sacramentos!*

(1) S. Thom., *Summ. Theol.*, p. III, q. 60, a. 3.

CAPÍTULO II

Los Sacramentos, el plan divino y la naturaleza humana.

---

1. Doctrina de la Iglesia.—2. Razón de este capítulo.

HABIENDO considerado la *naturaleza* de los Sacramentos de la Iglesia, su *institución divina* y la *excelencia* sobrehumana de que se hallan revestidos, conviene ahora declarar su *número, necesidad*, *diferencias* y las *armonías* que encierran bajo diversos aspectos.

2. No sería, en verdad, necesario descender á tales estudios, tratándose de simples fieles arraigados en la fe católica; mas como ahora la secta impía de los protestantes, además de haber falseado el concepto de la justificación, disparata sobre el *número* de Sacramentos, admitiendo unos y desechando otros, como mejor cuadra á sus impíos propósitos, hácese preciso que los católicos vivan alerta y sepan bien que los signos sacramentales *fueron instituidos por nuestro Señor Jesucristo en número de siete, con diferencias notables entre sí, con bellas y admirables armonías, y que en manera alguna son cosas superfluas, sino enteramente necesarias para la salvación*, como luego diremos.

Dios nuestro Señor imprime en cuanto hace el sello divino de su infinita sabiduría, y al tratar de comunicarnos su gracia por señales exteriores, hízolo de tan prodigiosa manera, que asombran las armónicas relaciones establecidas entre los Sacramentos, el plan divino y nuestra naturaleza humana. Discurramos un momento sobre estos particulares, expresando con sencillez:

1.° El número, necesidad y diferencia de los Sacramentos.
2.° Sus maravillosas armonías.

§ I

NÚMERO, NECESIDAD Y DIFERENCIA DE LOS SACRAMENTOS

3. La Iglesia y los protestantes.—4. Siete Sacramentos, en correspondencia á las siete necesidades de la vida humana.—5. No todos los Sacramentos son igualmente necesarios.—6. Necesidad absoluta, relativa y de precepto —7. La Eucaristía es el Sacramento más excelentes, y á él se encaminan todos.

3. Los Sacramentos de la Iglesia, observa Santo Tomás (p. III, q. 65, a. 1), se ordenan á dos fines: primero, *á perfeccionar al hombre en las cosas que pertenecen al culto de Dios en la vida cristiana;* segundo, *á poner remedio al mal del pecado.* «En uno y otro concepto – añade el Santo – se reconocen convenientemente *siete Sacramentos*, porque la vida espiritual tiene alguna conformidad con la corporal. A estas afirmaciones, perfectamente comprobadas por el Angélico Doctor, oponen los protestantes que no hay más que *dos* Sacramentos en la Ley nueva, el *Bautismo* y la *Eucaristía,* sin tener en cuenta que Jesucristo determinó *siete*, que la Santa Escritura los expresa, que la tradición constante lo atestigua y que el santo Concilio de Trento dice expresamente: *Si alguno dijere que los Sacramentos de la nueva Ley... son más ó menos que siete, á saber:* BAUTISMO, CONFIRMACIÓN, EUCARISTÍA, PENITENCIA, EXTREMAUNCIÓN, ORDEN Y MATRIMONIO..., *sea anatema.* (Sess. 7, c. 1.)

4. Verdaderamente causa admiración ver cómo Cristo nuestro Señor, en previsión amorosa de nuestras necesidades, instituyó *siete* Sacramentos, en correspondencia exacta á las siete principales necesidades de nuestra vida, tanto *en lo natural* como *en lo sobrenatural.*

Siete cosas son necesarias y bastan para la *vida natural* en sus diversas manifestaciones, y de igual manera *siete cosas* bastan y son necesarias en la *vida sobrenatural*, ó sea en la vida del alma, para obtener su último fin.

En el cuerpo el hombre *nace, crece, se alimenta, se medicina en sus enfermedades, necesita ser gobernado, transmitir su vida para que se perpetúe en el mundo y pasar del tiempo á la eternidad;* y estas *siete cosas* son cabalmente las que ha menester en su alma para cumplir con seguridad los eternos designios de Dios sobre ella. Al alma, en su vida espiritual, le es preciso *nacer á Dios* por el Bautismo: *crecer y fortificarse* por la Confirmación; *alimentarse* por la Eucaristia; *medicinarse* por la Penitencia; *ser regida* por el Orden; *transmitir la vida cristiana* por el Matrimonio; *pasar del tiempo á la eternidad*

por la Extremaunción, que prepara y ayuda para hacer felizmente ese tránsito. ¡Notable coincidencia!

5. No es decir con esto que cada hombre que viene á este mundo haya de recibir todos y cada uno de los siete Sacramentos, pues ya sabemos que, así como en el cuerpo humano hay muchos miembros y cada uno ejercita oficio diferente, así también en el cuerpo moral de la Iglesia hay diversos estados, y no todos los hombres han de ser sacerdotes, ni todos se han de unir con lazo conyugal. Quiere esto decir que los santos Sacramentos son necesarios, ya á cada individuo particular como el Bautismo, ya á la sociedad en general como el Orden y Matrimonio.

6. *En absoluto* son necesarios dos Sacramentos, á lo menos en cuanto al deseo sincero de recibirlos, á saber: el *Bautismo* para todas las criaturas humanas, pues como todos nacemos manchados con la culpa original, es indispensable la regeneración bautismal para entrar en el cielo y gozar de la visión de Dios.

Además, es precisa la *confesión sacramental* á todos los cristianos que después del Bautismo hayan cometido algún pecado grave.

Con *necesidad relativa* hay otros dos Sacramentos que se pueden recibir hallándose bien dispuestos y capaces, cuales son el *Orden* que exige para ser recibido fructuosamente un llamamiento particular de Dios, y el *Matrimonio,* para el cual puede afirmarse que todas las gentes son llamadas, pero que, á no ser en circunstancias particulares, á nadie obliga contraerle.

Demás de esto, *hay precepto,* ó á lo menos *consejo,* de recibir la *Confirmación* y la *Extremaunción,* á sus tiempos y cuando fuere posible (1); y tratándose de la *Santísima Eucaristía,* el precepto es más formal, como impuesto por nuestro Señor Jesucristo bajo la terrible pena de no entrar en el reino de los cielos. Pero de todo esto hablaremos en su lugar respectivo.

Clarísimamente expresó esta doctrina el Angélico Doctor en la *Suma Teológica* (p. III, q. 65, a. 4) diciendo: «Tres son los Sacramentos necesarios para la salvación: el Bautismo, en absoluto; la Penitencia para el que se halle en pecado mortal; el Orden con respecto á la Iglesia; empero los demás Sacramentos son necesarios en cuanto por ellos se consigue más fácilmente el efecto de la salvación. La Confirmación—añade el Santo—perfecciona en cierto

---

(1) Omnes doctores conveniunt, quod per accidens potest esse grave peccatum Confirmationem, vel Extremam-Unctionem non suscipere. (Scavini: *De Confirm.*, q. 2, y *De Extrem. Unct.*, q. 2.)

modo al Bautismo, la Extremaunción á la Penitencia, y el Matrimonio conserva la sociedad de la Iglesia dando hijos para Dios (1).»

7. Mas viniendo ya á la *diferencia* real y verdadera que existe entre los siete Sacramentos, es dogma de fe declarado en el Concilio Tridentino (Sess. 7, c. 3) que no todos son iguales en dignidad, y que la Santísima Eucaristía es el más augusto y el más excelente, porque en él se contiene substancialmente el mismo Cristo, su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad; se contiene, en suma, el Autor de la gracia; en tanto que los demás signos sacramentales encierran solamente cierta virtud instrumental participada de Cristo para producir la gracia en nuestras almas.

Por esta razón considérase la Eucaristía un como centro en el cual convergen los Sacramentos restantes, y á él se ordenan todos como fin; porque es evidente que el *Orden* se encamina á la consagración de la Eucaristía; el *Bautismo,* la *Confirmación,* la *Penitencia* y la *Extremaunción* son preparación para recibirla dignamente, y el *Matrimonio* es figurativo de los místicos desposorios del alma con Dios, portento maravilloso que se realiza en la Comunión sagrada como el rasgo más sublime del amor de Dios para con el humano linaje (2). ¡Gracias rendidísimas sean dadas al Señor Dios por mercedes tan inefables!

Pero elevemos nuestro espíritu en alas de la fe y consideremos ahora, aunque sea rápidamente, las maravillosas armonías de los siete Sacramentos con el plan divino y nuestra naturaleza humana. ¡Cuánto hay que admirar y cuánto que agradecer en los magníficos y grandiosos beneficios que el Señor continuamente hace al hombre cristiano!

§ II

ARMONÍA DE LOS SACRAMENTOS

8. Conveniencia de los Sacramentos.—**9.** El Bautismo y el pecado original.—**10.** La Confirmación fortalece al ánima.—**11.** La Eucaristía la alimenta.—**12.** La Penitencia la sana.—**13.** Por la Extremaunción convalece.—**14.** El Orden y el Matrimonio sostienen la Iglesia.—**15.** Armonía de los Sacramentos con la vida de la Iglesia.—**16.** Con el objeto final de la Religión.—**17.** El número siete.—**18.** Conclusión.

8. Bellas y por todo extremo consoladoras son las múltiples armonías que los Sacramentos de la Iglesia ofrecen á nuestra con-

(1) Véanse los cánones del Concilio Tridentino, sess. 7, c. 5; sess. 14, c. 6, y sess. 21, c. 4.

(2) Véase S. Thom., p. III, q. 65, a. 3.

sideración cristiana. Necesario en cierto modo fué que Cristo nuestro bien instituyera esas fuentes misteriosas de la gracia, no ya para hacer brillar esplendorosamente los tesoros inefables de saber y de bondad escondidos en su Corazón divino, sino para perpetuar de un modo sensible en nosotros la acción redentora y santificadora que nos mereció su sangre preciosísima.

Trastornada se hallaba nuestra pobre naturaleza por efecto de la prevaricación adámica; indigente de virtudes nuestro espíritu, no podía elevarse á las regiones de lo sobrenatural, medio indispensable para obtener la eterna salvación; alejada nuestra alma de la unión íntima con Dios, para la cual fué creada, y expuesta á mil precipicios por las diversas vicisitudes de la vida, le era indispensable un medio visible, fácil y eficaz para restaurar todo lo perdido y tornar á su centro, que es la unión completa con su divino Hacedor. Este medio son los siete Sacramentos, en perfectísima relación con todos los fines indicados.

9. Con efecto, existe armonía admirable entre la naturaleza humana degradada por el pecado y los siete signos sacramentales establecidos en la Iglesia de Jesucristo. El hombre, en el fugaz transcurso de su peregrinación por esta vida, hállase espiritualmente herido por tres funestas espadas. Primera, *el pecado original,* que le aparta de Dios como hijo de ira; pues refundidos todos en Adán, y como encerrados en él, á la manera que los hijos en su padre, todos nacemos pecadores, todos corrompidos en nuestro espíritu y en nuestro corazón, en nuestro cuerpo y en nuestra alma; todos imposibilitados para entrar en el reino de los cielos... (1). Esta mortal herida es curada por el *Bautismo*, en el cual somos regenerados enteramente y en todas las partes de nuestro ser, quedando hechos hijos de Dios, participantes de su divina naturaleza y herederos de la patria celestial. Las aguas sagradas del Bautismo contienen virtud regeneratriz tan viva, eficaz y penetrante, que transforma nuestro ser, nuestros sentidos y potencias, infundiendo vida sobrenatural, vida de justicia y santidad; vida, en cuanto es posible, divina. Estábamos muertos sobrenaturalmente, y hemos resucitado; éramos tan sólo hijos del hombre, y ya somos hijos de Dios. Este es el Bautismo, y la primera llaga quedó curada.

10. Sin embargo, forzoso es confesarlo; á pesar del Bautismo, queda nuestra alma *debilitada,* tornadiza y propensa á caer, y

(1) In quo omnes peccaverunt. (Rom., V, 12).

hácese preciso un nuevo Sacramento que la fortalezca y contenga, y este sacramento es la *Confirmación*, en el cual Dios se muestra tan sobremanera benigno, que instantáneamente la infunde, no sólo nueva fortaleza, nuevo afecto y nueva energía, sino nueva intensidad de gracia santificante, nueva infusión del Espíritu Santo, nuevo torrente de dones, que la subliman y hacen invencible en las batallas del Señor (1).

11. Por otra parte, es evidente que, aun sublimada el alma con tan grandiosas riquezas espirituales, queda la voluntad por el pecado de origen *inclinada hacia lo malo*, y ha menester una fuerza sobrehumana que la sostenga y no se precipite, y para ello el divino Salvador instituyó misericordioso un tercer Sacramento, no ya como los anteriores, sino infinitamente superior; instituyó la sagrada *Eucaristía*, cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo, velado todo bajo las especies sacramentales, para que nos sustentemos de Él y vivamos de su propia vida, y formemos una sola cosa con Él. ¡Loado sea Dios, que por tan sublime y dulce manera sostiene nuestra voluntad enferma, para que la unamos á la suya y nunca jamás nos perdamos!

12. Después de esto, ¡parece increíble! asédianos el enemigo de nuestra alma, y hay cristianos tan desdichados y tan ingratos con Jesucristo que condescienden con el espíritu maligno, y, á sabiendas, con plena advertencia, cometen *¡pecado mortal!...* Esta es la que dijimos *segunda herida del alma*, peor que la primera, y que nos hace reos de pena eterna en el infierno. ¿Qué haremos en tanta desdicha? Dios misericordioso nos facilitó la medicina, instituyendo un cuarto Sacramento, esto es, la *Penitencia*, y con ella quedó también curada la segunda herida.

13. Vengamos á la tercera, que es el *pecado venial*. Aun ya resucitada el alma á la vida de la gracia por la confesión sacramental, carecemos, no obstante, de estabilidad y firmeza en lo bueno, y no es raro, antes bien común, caer con frecuencia en culpas leves, que languidecen nuestro espíritu y le ponen á peligro de perderse. ¿Cómo aliviar en nosotros esa herida funesta, cuyo efecto punzador se aviva en la hora de la muerte, causando al alma cristiana no pequeñas aflicciones?... Bendigamos al Médico divino, Cristo Jesús, que nos dejó en su Iglesia un quinto Sacramento, la *Extremaunción*, cuyo efecto secundario es borrar di-

(1) Sicut fuit vetus Adam effusus per *totum* hominem et *totum* occupavit, ita modo *totum* obtineat Christus qui *totum* creavit, *totum* redemit, *totum* et glorificavit. (S. Bern., Serm. IV *de Ad.*, n. 2 et 3.)

chas culpas veniales (1), no dejando ni el más pequeño vestigio de ellas. Es decir, que toda la vida humana, desde la cuna al lecho mortuorio, se encuentra auxiliada eficazmente en sus necesidades espirituales por los cinco primeros Sacramentos de la Iglesia; y si grandes son las heridas del pecado causadas en la naturaleza; mayores sin comparación son las medicinas sacramentales infundiendo la gracia. Gracia y naturaleza marchan, por la bondad divina, en parelismo admirable, sanando Jesucristo con la primera las inclinaciones rebeldes y exigencias desordenadas de la segunda, quedando el hombre entero, como individuo particular, completamente regenerado. ¡Bendito seáis, Señor! ¡Cuán grande es vuestra misericordia!

14. Mas ¿se detienen aquí las bondades de Dios para con las almas cristianas? No, en manera alguna; pues como todos los fieles de Cristo constituimos un cuerpo místico llamado Iglesia, ésta, ni más ni menos que los individuos, ha menester de Sacramentos para dirigir y gobernar las almas, y para perpetuar en el mundo la obra redentora de Cristo nuestro Señor. Estos Sacramentos son el *Orden* y el *Matrimonio*, fuentes fecundas de vida natural y sobrenatural, que reparan las pérdidas incesantes en los seres humanos, prestando á la Iglesia garantías de estabilidad hasta la consumación de los siglos.

He aquí cómo la armonía admirable de los Sacramentos con la naturaleza humana degradada por el pecado de origen, es eficaz medicina para todas sus dolencias, sana todas sus heridas, y el hombre, ya en la vida individual como en la colectiva, ya en su cuerpo como en su alma, queda elevado, ennoblecido, transformado y santificado por los Sacramentos, los cuales muestran su institución divina y su virtud omnipotente para aniquilar todo pecado, que es el fruto principal de la redención de Jesucristo.

15. No habremos de notar aquí las analogías maravillosas de los Sacramentos con las siete virtudes necesarias para obtener la eterna salud, ni con las siete primeras necesidades del humano linaje, ni con la utilidad social de los pueblos, sino únicamente observaremos *su correspondencia con la vida de la Iglesia católica y con el objeto final de la Religión*, que es la unión íntima del hombre con Dios en tiempo y eternidad.

El *Bautismo* sirve para hacer á la Iglesia Madre fecunda de innumerables hijos, quedando ella gozosa por el acrecentamiento de su familia espiritual.

(1) Peccata tamen remitit per consequens. (Scavini: *De Extrem.-Unct.*, q. 3, Nota.)

La *Confirmación*, la provee de soldados aguerridos de Cristo, bien pertrechados para defenderla de todos sus enemigos.

La *Penitencia* sírvela de indefinible gozo al restablecer en su integridad la santificación de sus hijos amados, y mucho más cuando devuelve la vida de la gracia á los que la han perdido.

La *Eucaristía* forma el colmo de sus complacencias, ya porque es el *manjar divino* con que alimenta su familia, reuniéndola en festines sagrados, ya porque es el *sacrificio de alabanza* hecho por Jesucristo á su Eterno Padre; ya porque es el *homenaje de su adoración* y de su reconocimiento por tan soberanos beneficios.

El *Orden* la suministra *jefes* inteligentes para gobernar su milicia, *pastores* para santificar sus ovejas y luces celestiales para iluminar y dirigir sus pequeñuelos.

El *Matrimonio* regula y purifica en sus fieles hijos los afectos desordenados, y llena cumplidamente los claros que la muerte deja, garantizándola perpetua vida. ¡Bendito sea Dios! ¡Cuán admirable, íntima y delicada es la armonía de los Sacramentos con la vida sobrenatural y divina de la Iglesia católica!

16. Mas viniendo ya al objeto final de la Religión, que es *la unión íntima y real del hombre con Dios*, ¿quién podrá narrar sus maravillosas é inefables conexiones?

Comienza la unión del alma con su divino Hacedor en el *Bautismo*, donde un ser reprobado é hijo de ira queda instantáneamente hecho hijo de Dios y hermano de Jesucristo. ¡Gracias á Dios!

Se estrechan más los lazos unitivos en la *Confirmación*, porque allí se recibe fortaleza para reprimir las pasiones desordenadas y para rechazar los engañosos atractivos que alejan el alma del Señor. ¡Gracias á Dios!

Se restablece dicha unión en la *Penitencia*, cuando, por desdicha del hombre, la hubiere roto por el pecado. ¡Gracias á Dios!

Se conserva y se perfecciona en los otros Sacramentos, pues todos ellos acumulan en el alma gracias nuevas, aproximándola más al Corazón divino. ¡Gracias á Dios!

Por último, la unión terrena se consuma por la participación de la *santísima Eucaristía*, pues ella establece entre Dios y el alma la unión más perfecta, más dulce, más inefable que es posible en esta vida, como principio de la unión eterna que se habrá de realizar allá en el cielo. ¡Gracias á Dios!

17. Después de esto ¿qué más diremos? ¡Ah! Unicamente exclamar llenos de admiración, con el Angel de las Escuelas: *Justa, sa-*

bia, digna de Dios y convenientísima al hombre es la existencia de siete Sacramentos (1).

¡Siete! Tan acordes entre sí, como con nuestra humana naturaleza, con las necesidades de la Iglesia y con el objeto final de la Religión cristiana.

¡Siete! Número de Dios y del hombre; de Dios por la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; del hombre, por la cuádruple vida de que goza; vida vegetativa, vida sensitiva, vida intelectual, vida sobrenatural. Total, siete cosas. De Dios como objeto de las tres hermosas virtudes teologales, fe, esperanza y caridad; del hombre dotado de las cuatro virtudes cardinales, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, que en unión suman siete virtudes.

¡Siete! Número misterioso en completo acuerdo con las cosas fundamentales del *orden natural,* con los principales ritos de la *Ley antigua,* y con hechos venerandos de la *Ley nueva.*

EN EL ORDEN NATURAL. *¡Siete!* Como las edades del mundo, como los días de la semana, como los colores de la luz, como las fases de la vida del hombre, como los tonos fundamentales de la voz.

EN LOS RITOS DE LA LEY ANTIGUA. *¡Siete!* Como las grandes solemnidades del judaísmo, como los siete años de labores en la tierra, como las siete veces de siete años para celebrar el Jubileo, como los siete brazos del simbólico candelabro que ardía ante la puerta del *Sancta Sanctorum.*

EN LA LEY NUEVA. *¡Siete!* Como las siete peticiones de la Oración dominical, como los siete primeros diáconos instituidos por los Apóstoles, como los siete dones del Espíritu Santo, y como los siete sellos del libro de la vida y de la muerte, el cual abrirá el Cordero.

18. Son, pues, los siete Sacramentos á la manera de los siete colores del arco iris, que brillan en el firmamento de la Iglesia, porque el Sol divino, Jesucristo, los instituyó para iluminar nuestras inteligencias, santificar nuestras almas y encender nuestros corazones en amor sagrado, uniéndonos íntimamente á sí con lazo eterno é indisoluble. ¡Loado sea por siempre Cristo nuestro Señor! ¡Gracias á Dios! ¡Gracias á Dios!

(1) Ergo dicendum est... quod convenienter ponuntur septem sacramenta (Parte III, q. 65, a. 1.)

CAPITULO III

Decláranse los efectos principales de los Sacramentos.

---

1. Figura sagrada de los Sacramentos.—**2.** Su armonía con las siete virtudes principales.

HALLÁBASE en cierta ocasión el profeta Zacarías como extático y sumergido en profundo sueño, y llegándose á él un ángel del Señor, le despertó, diciendo: «Zacarías, ¿qué ves?—Veo—contestó—un candelero todo de oro, con una hermosa concha en su parte superior, desde donde se comunica el óleo de olivas por siete tubos á otros tantos mecheros, dejando ver siete refulgentes luces que todo lo iluminan.» (Zach., IV, 1.) ¿Qué significa, en sentido místico, esta visión de Zacarías?

Por el *candelero*—dicen los sagrados intérpretes—se entiende la Iglesia, que tiene por cabeza á Jesucristo, quien, á la manera de *vaso*, recibió del Padre celestial la plenitud de su espíritu, significado por el óleo, para comunicarlo por los siete canales de los Sacramentos á todos los fieles, dando pábulo á siete brillantes luces, ó sea á las diversas operaciones del Espíritu Santo. Es decir, que el corazón sacratísimo de Jesús es como un vaso de oro purísimo, fuente de la gracia divina, que se comunica á nosotros por los siete misteriosos canales llamados Sacramentos, iluminando nuestra inteligencia y santificando nuestras almas.

2. Con efecto: *siete* son las virtudes principales que el hombre ha menester para hallarse santificado é iluminado; y Jesucristo Ungido del Señor, nos las otorga benigno por los siete Sacramentos, en esta forma:

La fe, que tiene su raíz en el *Bautismo.*

La esperanza, cuyo sostén en la última hora es la *Extremaunción.*

La caridad, continuamente alimentada por la *Eucaristía.*

La fortaleza, difundida en nuestros corazones por la *Confirmación.*

La justicia, que se renueva en la *Penitencia.*

La prudencia, cuyas reglas y principios vienen del *Orden.*

La templanza, efecto propio del santo *Matrimonio.*

Por los Sacramentos, pues, no sólo se nos perdonan todos los pecados, sino también nos infunde el Señor todas las virtudes; y como esto no lo consideran bien algunos hombres, es de importancia que indiquemos aquí los principales efectos de los Sacramentos de la Iglesia, y el modo que tienen de producirlos. A tres puntos puede reducirse el presente capítulo:

1.° Que los Sacramentos comunican gracia y algunos imprimen carácter.

2.° La manera prodigiosa de realizarlo.

3.° Las consecuencias prácticas que resumen la doctrina.

§ I

DE LA GRACIA Y CARÁCTER QUE DAN LOS SACRAMENTOS

3. Pruébase que los Sacramentos causan la gracia.—4. Causan la gracia que significan.—5. Causan la gracia santificante.—6. Unos primaria y otros secundariamente.—7. Producen gracia sacramental.—8. En qué consiste esta gracia.—9. Tres de ellos imprimen carácter.

3. El primero y más excelente efecto de los sacramentos es la *gracia*, y esta verdad es preciso dejarla bien probada, porque hay en nuestros dias herejes que la niegan (1). Es evidente, dice el Angélico Doctor (p. III, q. 62, a. 1) que el hombre es incorporado á Cristo por medio de los Sacramentos, según aquello del Apóstol: *Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Él* (Galat., III, 27); y como el hombre no se hace miembro vivo y sano de Cristo sino por la gracia, forzoso es confesar que los Sacramentos la causan. Un hombre en pecado, ¿cómo es posible que forme parte del cuerpo de Cristo, que es la santidad por esencia?

---

(1) Los protestantes atribuyen á la fe solamente el conferir la gracia, considerando los Sacramentos como simples signos de la fe ó profesión cristiana. Este error fué condenado en el Concilio Tridentino (sess. 7, c. 2, 6 y 7), y también por la Bula de León X contra los errores de Lutero.

4. No hablamos aquí de la manera de comunicarse dicha gracia, pues ya sabemos que siendo ella *una participación de la divina naturaleza* á nuestra pobre alma, á solo Dios corresponde comunicárnosla como causa principal; pero también sabemos que Dios se vale de los Sacramentos como causas instrumentales ó secundarias para derramarla en nosotros. Por ejemplo: un hombre arroja una piedra á otro y le hace una herida. La causa principal de la herida es el hombre que lanzó la piedra; mas la piedra también es causa secundaria, que contiene en sí misma fuerza comunicada para producir dicha herida. De semejante manera los Sacramentos tienen en sí mismos cierta virtud comunicada por Dios para producir en nosotros la gracia (1). Dios nuestro Señor, que concede al fuego la virtud de quemar, ¿no podrá otorgar á los signos sacramentales poder para causar la santificación y muchísimo más? Es, pues, dogma de fe que los Sacramentos de la nueva Ley causan *por sí mismos* la gracia que significan, y entre cristianos no hay que decir más; esto basta (2).

5. Ahora bien: trátase aquí de la gracia *santificante*, ó, lo que es lo mismo, de la gracia que borra los pecados y que abre el camino para que el Señor nos infunda todas las virtudes; trátase de una gracia que *resucita* al alma si la encuentra muerta por el pecado grave, ó que *aumenta* la santidad, cuando el alma está viva por la caridad divina; trátase de la gracia por excelencia, que une al hombre con Dios participándole su naturaleza deífica, en más ó en menos *proporcionalmente* á las buenas disposiciones de que se halle adornado el sujeto que reciba los Sacramentos; trátase de la gracia que nuestro Ripalda llama *medicina espiritual que nos sana y justifica: sana* cuando halla á nuestra alma enferma por el pecado venial; *justifica* cuando dicha alma se halla muerta por el pecado mortal; trátase, en suma; de aquella gracia que los doctores suelen definir diciendo: *Es cierta participación de la divina naturaleza, según que es piélago de infinitas perfecciones* (3). Esta es la gracia principal que producen los actos sacramentales.

---

(1) Véase S. Thom., p. III, q. 62, a. 1, 3 y 4.

(2) Los luteranos y calvinistas pretenden que los Sacramentos no confieren la gracia *ex opere operato*, es decir, por sí mismos, independientemente del mérito de los que los administran, sino *ex opere operantis*, esto es, según la fe y la piedad del ministro; mas este error fué condenado por el santo Concilio de Trento, sess. 7, canon 8.

(3) Participatione quadam divinae naturae, secundum quod est pelagus infinitarum perfectionum. (Marchant: *Hort. past.*, *Candel. myst.*, tract. I, lect. 3.ª).—No se trata de la gracia actual, que aunque grandiosa y necesaria, es como nada en comparación de la santificante.—Puede verse Scavini: *De Sacram. tu in genere*, cap. V.

6. El *Bautismo* y la *Penitencia* fueron instituidos por Jesucristo *primariamente* para dar al alma la vida sobrenatural de la gracia, cuando la haya perdido, y llámanse Sacramentos *de muertos,* porque suponen á dicha alma muerta por la culpa grave; pero la *Confirmación,* la *Eucaristía,* la *Extremaunción,* el *Orden* y el *Matrimonio,* los instituyó el Señor en *primer lugar,* para aumentar y fortificar la gracia santificante, que ya se supone reside en el alma, y por lo mismo se denominan *de vivos.* Es decir, que para recibirlos dignamente es preciso que el cristiano esté adornado de la caridad divina, ó sea en estado de gracia, sin que esto sea obstáculo para que el Bautismo y la Penitencia produzcan en ciertos casos aumento de santificación (1), ni para que los demás Sacramentos causen *accidentalmente* la vida sobrenatural del alma, como diremos al tratar de cada uno de ellos en particular (2).

Sólo con esto, ¿es posible que haya en lo humano inteligencia capaz de comprender la grandeza de los beneficios divinos, otorgados por Dios á los hombres en los Santos Sacramentos? Si el menor grado de gracia vale infinitamente más que todos los bienes naturales, aunque se junten en una todas las preciosidades del universo, ¿qué diremos de los torrentes de santidad que brotan de las fuentes sacramentales, inundando nuestro corazón y nuestro espíritu? ¡Oh! Si los hombres consideraran bien lo que esto vale, ¿cómo era posible que vivieran tan alejados de la mesa eucarística, suma inefable de todas las riquezas de Dios?

¡Bendito sea el Señor!—decía un buen sacerdote.—¡Cuántos enfermos hay que durante el verano se dirigen á renombrados establecimientos de baños, hacen grandes gastos, se imponen rudos sacrificios para curar de sus dolencias y frecuentemente sin resultado. La Religión tiene aguas admirables para todas las enfermedades del alma, los Sacramentos: esas aguas curan infaliblemente á los que llegan á ellas con buenas y santas disposiciones. ¿De dónde proviene tanta indiferencia para tomarlas?—Principalmente de que no conocen sus saludables efectos.

7. Pero aun hay más que decir, porque los Sacramentos producen también en el alma una segunda gracia, llamada *sacramen-*

(1) Sacramenta si ab homine jam justificato suscipiuntur, augere gratiam sanctificantem, certum est, neque salva fide potest negari (Lehmkuhl).

(2) Probabiliter id affirmatur. (Véase S. Alfons., lib. VI, n. 6.)—Lehmkuhl: De divisione Sacram.—S. Thom., p. III, q. 79, a. 3, *Corpore,* afirma, tratándose de la Eucaristía; igualmente Biluart, Silvio, Suárez y el común de los teólogos.—In caeteris (praeter extremam unctionem)—dice Suarez—id solum habetur ex pia et probabili conjectura. (Disp. 41, sect. 1, n. 19.)

tal, propia de cada uno de ellos y en el modo distinto de la *santificante* que hemos declarado. La gracia santificante se concreta á elevar y perfeccionar el alma, participándola cierta semejanza con el *Ser divino*, perfeccionando al mismo tiempo las potencias de la misma alma con las virtudes y dones que de ella fluyen; pero la gracia sacramental añade *cierto auxilio divino para conseguir el fin del Sacramento*. Como cada Sacramento se encamina á su fin diferente, claro es que la gracia sacramental es diversa en cada uno de ellos. Mas ¿en qué consiste esta gracia? Consiste, afirman los teólogos, en que *se nos da un derecho habitual de recibir los auxilios actuales necesarios para alcanzar el fin á que se ordena cada Sacramento*.

8. Por ejemplo, en el *Bautismo* recibimos derecho á un especial auxilio de Dios para conformar nuestra vida á la de Cristo, observar sus mandamientos y recibir los Sacramentos restantes; en la *Confirmación*, derecho á fuerzas particulares para profesar constantemente la fe recibida en el Bautismo y para confesarla en público siempre que sea necesario, aun con peligro de nuestra vida; en la *Penitencia*, derecho á especiales auxilios para detestar los pecados cometidos, no volver á cometerlos y satisfacer por las penas merecidas; en la *Extremaunción*, derecho á las gracias necesarias para resistir con más facilidad las acometidas del demonio; en el *Orden*, gracia para ejercer dignamente los ministerios sagrados; en el *Matrimonio*, gracia para que los cónyuges guarden la fe prometida, eduquen piadosamente á sus hijos y lleven con paciencia las cargas del estado conyugal. Por consecuencia, la gracia sacramental es una fuerza ó derecho á ella, que añade siempre á la gracia santificante y á las virtudes y dones, cierto auxilio divino para conseguir el fin del Sacramento (1).

¡Cuán poderoso y eficaz es dicho auxilio y cuán poco le estiman algunos cristianos! Figurémonos una hermosa y magnífica fuente situada en el centro de cada ciudad, que distribuye sus aguas claras y abundantes por siete canales, con virtud prodigiosa é infalible. Todos los que las beben se tranforman en otros hombres; los ancianos rejuvenecen, los feos hermosean y los enfermos recobran la salud. Dichas aguas tienen además la propiedad

(1) Véase Santo Tomás, p. III, q. 62, art. 2, y Scavini, *De sacram. in genere*, capítulo V, donde dice: «Gratia sacramentalis non differ natura ab habituali. Addit tamen gratia sacramentalis gratiae habituali aliquid intrinsecum; nam Sacramenta id efficiunt, quod significant. Sed singula vim specialis cujusdam gratiae significandae habent; diversimode ergo gratiam in animam infundunt.»

de enriquecer á los pobres, de arrancar á los vivos de los brazos de la muerte y de resucitar á los mismos muertos.

Figurémonos también que al lado de esa fuente se encuentra otra, cuyas aguas se reparten en varias direcciones y son dulces, pero que bebiéndolas producen convulsiones, fuertes dolores y á veces la muerte.

Figurémonos, por último, estar viendo que á la primera de dichas fuentes, *fuente de vida*, apenas hay quien se aproxime á beber, y que á la última, *fuente de muerte*, se precipitan sedientos innumerables hombres. ¿Qué diremos de ellos? Sin duda que no tienen juicio, que obran contra si mismos.—Es verdad, y esto es lo que acontece con el uso de los santos Sacramentos. Son *fuentes de vida*, y apenas hay quien beba; en cambio, los placeres mundanales son *fuentes de muerte*, ¡y á ellos se precipitan en tropel los hombres! Hácese mucho por la salud corporal, por las riquezas, honores y pasatiempos, y sólo á la pobre alma, que es lo que más vale, se deja en la miseria!

9. Pues bien; como si los grandiosos beneficios dichos no bastaan al Corazón divino para satisfacer su ansia amorosa de prodigarnos favores, hay tres Sacramentos, *Bautismo, Confirmación* y *Orden;* que imprimen en el alma de quien los recibe cierto *carácter* sagrado, que la sublima por extraordinaria é inconcebible manera. Carácter que no se ve con los ojos materiales, pero que en si mismo es *un signo espiritual é indeleble impreso en el alma, por el cual el hombre se distingue de los demás, y le confiere potestad para algunas cosas que pertenecen al culto de Dios* (1).

Asi, por ejemplo, el cristiano se distingue del que no lo es, por el Bautismo, y el sacerdote de los seglares por el Orden. El carácter del Bautismo nos hace aptos para recibir los demás Sacramentos; el que imprime la Confirmación nos arma soldados de Jesucristo; y el que procede del Orden, nos confiere la potestad de administrar los Sacramentos; viniendo á ser el carácter sacerdotal cierta participación del sacerdocio de Cristo nuestro Señor, de quien todo sacerdocio procede. Y como las cosas consagradas á Dios son permanentes, por eso dicho carácter es indeleble, y los tres Sacramentos que le imprimen no se pueden repetir, y si alguno lo intentase, cometería horrible sacrilegio.

Por último, producen los Sacramentos un cuarto efecto, que es la *cognación espiritual,* procedente del Bautismo y Confirmación; mas es secundario y establecido por derecho eclesiástico.

(1) Scavini: *De Sacram. in genere*, y S. Thom., p. III, q. 63, a. 2 y 3.

Tales son los efectos principales que producen en nosotros los Sacramentos de la Iglesia, dignamente recibidos: veamos ahora el modo prodigioso con que lo hacen.

§ II

DECLÁRASE EL MODO DE PRODUCIR LOS EFECTOS SACRAMENTALES

10. ¿Cómo pueden darnos gracia las señales exteriores?—11. Explicación. 12. Ejemplo práctico.

10. Al inquirir la naturaleza propia de los Sacramentos dijimos que eran *ciertas señales visibles de la gracia invisible que causan en el alma;* mas como dichas señales no tienen ni pueden tener por sí mismas virtud suficiente para que la gracia de Dios venga á nosotros, pregunta el Catecismo: *¿Cómo pueden darnos gracia las señales exteriores?* Es como si dijera: ¿Qué fuerza ni qué conexión tienen los los signos sacramentales, de suyo corpóreos y terrenos, con la gracia santificante, que es por su naturaleza espiritual y divina? Ninguno da lo que no tiene. Si el signo material no posee en sí la gracia espiritual, ¿cómo la comunica?—A todo esto responde nuestro Ripalda, diciendo: *Por los méritos de Cristo aplicados en ellos.*

11. Es decir, que para los efectos sacramentales, que antes hemos considerado, hay una *causa meritoria,* Cristo nuestro Señor; otra *causa eficiente* que aplica los méritos, Dios; y un signo visible por el cual se aplican, que son los Sacramentos, *causa instrumental* de que el Señor se vale para santificarnos. Los instrumentos participan de la fuerza y poder del brazo que los mueve, y de esta manera los Sacramentos contienen en sí mismos la gracia que comunican.

La causa principal y efectiva de nuestra santificación es *solo Dios, porque El solo* puede perdonar los pecados (1). Ninguno, fuera de El, puede crear en el alma el don de la gracia santificante, pues para esto se requiere una virtud infinita, toda vez que la gracia es una participación de la naturaleza divina según toda su

(1) «Qui potest facere mundum de inmundo conceptum semine, nonne tu, qui solus es?» (Job., XIV, 4.)

infinidad, lo cual es propio únicamente de Dios; así como á solo El corresponde infundir en las almas la luz celestial. *Toda dádiva excelente y todo don perfecto viene de lo alto, descendiendo del Padre de las luces* (1) Luego la *causa eficiente* de nuestra santificación *es solo Dios.*

Pero la *causa meritoria* decíamos que es Cristo en cuanto hombre; porque en su calidad de Mediador y Redentor nos mereció la gracia, la remisión de los pecados y todos los demás dones; por lo cual llámase en verdad Autor de la salvación y de la vida bienaventurada, tomando los Sacramentos de la nueva Ley su eficacia de la pasión de Cristo nuestro Señor (2).

Ahora bien: como la persona adorable de Jesucristo es juntamente Dios y hombre verdadero, reune en sí la potestad de causar la gracia y de merecerla para nosotros; y por consecuencia, al instituir los signos sacramentales pudo comunicarles y de hecho les comunicó la virtud de causar la gracia, á manera de instrumento puesto en manos de sus ministros que obran también instrumentalmente haciendo sus veces (3).

12. Un ejemplo material pondrá en claro cuanto vamos diciendo. Figurémonos un hombre que tiene un báculo en la mano; levanta el brazo, asesta un golpe y rompe la cabeza á su vecino. ¿Qué hay aquí? Tres cosas: *el alma* espiritual é invisible, que es la causa principal de la herida; *la mano*, que es un instrumento del alma unido á ella; *el báculo*, que es un segundo instrumento separado del alma, pero que recibe de ella y de la mano su impulso. ¿Quién no ve aquí á un instrumento material, como es el báculo, conteniendo en sí mismo virtud comunicada para causar heridas. Pues no de otro modo acontece con los Sacramentos al causar la gracia.

La *causa eficiente* y principal de la gracia que se nos comunica es Dios, agente espiritual é invisible como el alma: á Dios se agrega la humanidad de Cristo, *como instrumento unido* á la divinidad, á la manera que el brazo se halla unido á la misma alma; y el Sacramento no es otra cosa que un como *instrumento separado* que causa el efecto sacramental.

He aquí cómo los Sacramentos y los sacerdotes que los adminis-

---

(1) «Omne datum optimum, et omne donum perfectum desursum est, descendens a Patre luminum.» (Jacob, I, 17.)

(2) Véase S. Thom., p. III, q. 62, a. 5.

(3) S. Thom., p. III, q. 64, a. 3, 4, 5.—Baptisma tale est, qualis est per cujus potentiam datur, non qualis ille per quem datur. (S. August., *in Matth.*)

tran son meros instrumentos de Dios, que causan verdaderamente en el alma la gracia santificante y demás efectos, por la virtud divina que tienen comunicada del Señor, y véase aquí también por qué al preguntar el Catecismo: *¿Cómo pueden darnos gracia las señales exteriores?* responde: *Por los méritos de Cristo aplicados en ellas.*

Ahora, para terminar, puesto que lo dicho basta para la vida práctica de los fieles cristianos, deduciremos algunas consecuencias y haremos un breve resumen.

§ III

CONSECUENCIAS Y RESUMEN DE TODO LO DICHO

13. Consecuencia primera.—**14.** Segunda.—**15.** Tercera.—**16.** Doctrina de la Iglesia.—**17.** Conclusión.

Cuatro son, como queda dicho, los efectos principales de los Sacramentos, á saber: *gracia santificante, gracia sacramental, carácter sagrado* y *cognación espiritual.* La manera de producir estos efectos no es por la acción natural de los signos sacramentales, sino por virtud sobrenatural comunicada á ellos por Cristo nuestro Señor, siendo los que los administran á manera de instrumentos secundarios, ministros de Dios.

13. Las consecuencias que de aquí se derivan son de altísima importancia. Primera, que los Sacramentos producen la gracia *por las mismas acciones de ellos*, las cuales contienen en sí virtud sobrenatural, dimanada de su institución divina y de los méritos de Jesucristo; por lo cual la causan en nuestras almas siempre que estemos bien preparados y no pongamos óbice para recibirla. Es decir, que los Sacramentos confieren la gracia por sí mismos, *en virtud de lo obrado,* y en el que los recibe sólo está el disponerse bien para ello y no poner impedimento á sus efectos.

Muchas veces no se recibe el efecto de los Sacramentos por falta de buenas disposiciones en quien los recibe.—Un rayo del sol contiene y produce la luz, si cierran las puertas y ventanas de un aposento, la luz no puede penetrar en él; mas abierta una ventana, la luz entra y alumbra inmediatamente. La ventana no produce la luz, prodúcela el rayo del sol; pero dicha ventana es condición necesaria para que la luz llegue al aposento.

14. Segunda consecuencia: que tampoco dependen dichos efectos, ni la validez del Sacramento, de las cualidades buenas

del que los administra, porque como obra instrumentalmente no es necesario que sea un Santo, ni un hombre virtuoso, ni siquiera que esté en gracia de Dios, pues el principal ministro es Cristo nuestro bien, que siempre es santo y santísimo. El ejemplo le encontramos en San Juan Bautista y en Judas el traidor: ambos bautizaron, mas después los bautizados por el Bautista tornaron á ser bautizados, pero no los de Judas. La razón fué porque el Precursor, aunque era el mayor y más santo de los nacidos de mujer, su bautismo no era el instituido por Cristo; pero Judas, por más que era perverso, como administró el Bautismo de Jesús, causó la gracia en los que le recibieron. (S. Agust., tract. 5, *in Joan.*)

En suma: siempre que haya lo que llaman *materia, forma y ministro con intención de hacer lo que hace la Iglesia*, habrá Sacramento válido (Eugen. IV, *ad Armen.*); y si el que le recibe no pone óbice, siempre recibirá en el alma sus efectos admirables y divinos; si bien es cierto que las gracias recibidas serán mayores en los sujetos que se hallen mejor dispuestos, á la manera que el fuego arde en la leña seca con más intensidad que en la verde.

15. Tercera consecuencia: puesto que los Sacramentos son las fuentes ó canales de la gracia establecidos por la bondad divina para darnos la vida sobrenatural, para acrecentarla y conservarla en nosotros, y para recobrarla si la hubiéremos perdido, es de todo punto necesario que formemos empeño en recibirlos continuamente con reconocimiento y amor. No hay cosa más saludable á las almas que la frecuente recepción de la *Penitencia* y *Eucaristía*. A lo menos estos dos Sacramentos son necesarios á nuestro pobre espíritu, ya *para recobrar nuestras fuerzas* debilitadas por la lucha incesante que nos vemos obligados á sostener con nuestras pasiones, con el demonio y con los ejemplos mundanos, ya *para curar y sanar las heridas espirituales* que, á pesar de nuestros esfuerzos, continuamente recibimos; ya *para resistir al mal* que cada día nos rodea y nos fascina con atractivos seductores, siendo moralmente imposible superarlos sin los auxilios especiales de dichos Sacramentos; ya *para ejercitarnos en actos saludables de virtudes cristianas*, sin las cuales no podríamos obtener la eterna salud. ¿Hay desdicha mayor que alejarse de estas sagradas y divinas fuentes?

16. Por último, y á fin de que nadie caiga en error en asunto de tanta importancia, recordaremos aquí los *cánones del Santo Concilio de Trento* sobre los Sacramentos en general, y son los siguientes:

«1.° Si alguno dijere que los Sacramentos de la nueva Ley no fueron todos instituidos por Jesucristo nuestro Señor, ó que son más ó menos de siete, es á saber: *Bautismo*, *Confirmación*, *Eucaristía*, *Penitencia*, *Extremaunción*, *Orden* y *Matrimonio;* ó también que alguno de estos siete no es verdadera y propiamente Sacramento, sea excomulgado.

»2.° Si alguno dijere que estos mismos Sacramentos de la nueva Ley no se diferencian de los Sacramentos de la Ley antigua sino en cuanto son distintas ceremonias y ritos externos diferentes, sea excomulgado.

»3.° Si alguno dijere que dichos siete Sacramentos son tan iguales entre sí que por ninguna razón es uno más digno que otro, sea excomulgado.

»4.° Si alguno dijere que los Sacramentos de la nueva Ley no son necesarios, sino superfluos para salvarse, y que los hombres sin ellos, ó sin su deseo, alcanzan de Dios, por la fe solamente, la gracia de la justificación, aunque no todos sean necesarios á cada individuo en particular, sea excomulgado.

»5.° Si alguno dijere que se instituyeron los referidos Sacramentos con solo el preciso fin de alimentar la fe, sea excomulgado.

»6.° Si alguno dijere que los Sacramentos de la nueva Ley no contienen en sí la gracia que significan, ó que no confieren esta misma gracia á los que no ponen obstáculo, cual si sólo fuesen señales extrínsecas de la gracia ó santidad recibida por la fe, y ciertos distintivos de la profesión de cristiano, por los cuales se distinguen entre los hombres los fieles de los infieles, sea excomulgado.

»7.° Si alguno dijere que no siempre ni á todos se da gracia por estos Sacramentos, en cuanto está de parte de Dios, aunque los reciban dignamente, sino que la otorgan alguna vez, y á algunos, sea excomulgado.

»8.° Si alguno dijere que por los mismos Sacramentos de la Ley nueva no se confiere gracia *ex opere operato,* sino que basta para conseguirla, tener fe en las divinas promesas, sea excomulgado.

»9.° Si alguno dijere que los tres Sacramentos *Bautismo, Confirmación* y *Orden* no imprimen *carácter* en el alma, esto es, cierta señal espiritual é indeleble, por cuya razón se pueden reiterar, sea excomulgado.

»10. Si alguno dijere que todos los cristianos tienen potestad

de predicar la palabra divina y de administrar todos los Sacramentos, sea excolmugado.

»11. Si alguno dijere que no se requiere en los ministros, cuando celebran ó administran los Sacramentos, intención de hacer, por lo menos, lo que hace la Iglesia, sea excomulgado.

»12. Si alguno dijere que el ministro, cuando está en pecado mortal, no efectúa Sacramento, ó no le confiere, aunque observe cuantas cosas esenciales pertenecen á efectuarle ó conferirle, sea excomulgado.

»13. Si alguno dijere que se pueden despreciar ú omitir por capricho y sin pecado por los ministros los ritos recibidos y aprobados por la Iglesia católica para la administración solemne de los Sacramentos, ó que cualquier Rector de las iglesias puede mudarlos en otros nuevos, sea excolmugado.»

17. Hasta aquí el sagrado Concilio, y no se puede dudar que en los cánones citados expone con claridad y precisión la doctrina de la Iglesia suficiente para refutar todos los errores sobre los Sacramentos y para distinguir la doctrina católica de la heterodoxa ó herética.

Alabemos al Señor, porque en su infinita misericordia se ha dignado suministrarnos en los Sacramentos los medios más adecuados á nuestra naturaleza y condición para conferirnos la gracia, para elevarnos y fortalecernos, para santificarnos y perfeccionarnos, para unirnos íntimamente á su Corazón divino, no sólo por el sagrado vínculo de la caridad y de la gracia, sino por el augusto é inefable Sacramento de la Eucaristía, fin de todos los Sacramentos y consumación de la vida espiritual aquí en la tierra, como preludio dulcísimo de aquella eterna unión y suprema beatitud que el Señor nos tiene preparadas allá en el cielo.

DEL BAUTISMO

CAPITULO IV

De la naturaleza, institución y necesidad del Bautismo.

1. Nuestra enfermedad y nuestro remedio.—2. Principio y fin de nuestra unión con Dios.—3. Importancia de esta doctrina.

GRANDE infortunio fué para nuestro primer padre Adán perder por su culpa el hermoso privilegio de la justicia original y la unión íntima que tenía con su Dios y Señor; no pequeña fué nuestra desdicha al nacer, efecto de aquella culpa, manchados con el pecado de origen y muertos para el cielo; mas ¡gloria á Cristo nuestro bien, que en su bondad infinita se dignó instituir los Santos Sacramentos para borrar nuestra ignominia, regenerar nuestro espíritu, hacernos nacer á vida sobrenatural y tornar á unirnos con nuestro Hacedor divino!

2. El primer paso para esta unión dichosa es el *Bautismo*, sacramento de regeneración que nos abre la puerta para los demás, hasta llegar al supremo de ellos, que es la *Eucaristía*, manjar dulcísimo que, bien recibido, nos une tan estrechamente con el Salvador, que en cierto modo nos identifica con El y nos hace *participantes de la naturaleza divina*. En el Bautismo Jesucristo nos une á sí *por la gracia* santificante, comunicándonos su propia vida y su Espíritu santísimo; pero en la Eucaristía, el Hijo de Dios, tomando la carne de cada uno de nosotros, infunde en nuestro ser las cualidades divinas del suyo, restaurando así con creces las pérdidas que tuvimos en Adán, y realizando los eternos designios de Dios sobre nosotros, que son unirnos con lazo amoroso é indisoluble á su Hijo unigénito hecho hombre, objeto final de la Religión cristiana.

3. «Sin religión—dijo Gaume—no puede haber sociedad; sin redención no puede haber religión, porque el hombre está degradado; sin Sacramentos no puede haber redención aplicada al hombre y por el hombre, pues que los Sacramentos son los conductos por

los cuales descienden hasta nosotros los méritos del Redentor. Preguntar cuál es la importancia y la necesidad de los Sacramentos con respecto á la sociedad, á su prosperidad y á su misma existencia, equivale á preguntar hasta qué punto es necesaria el alma al cuerpo, la savia al árbol, la base al edificio, la respiración á la vida.» *(Cat. de persev.*, t. IV, lecc. 33.)

Los Sacramentos, pues, son absolutamente necesarios para el sostén de la Religión, para darnos la vida espiritual, conservarla y perpetuarla, ó, lo que es lo mismo, para unirnos perfectamente con Dios nuestro Señor, término final de nuestra existencia y objeto único de nuestra temporal y eterna felicidad.

Con esto á la vista ya se comprende la gran trascendencia y suma importancia del estudio que ahora comenzamos sobre cada uno de los Sacramentos en particular. Ayúdenos el Señor, y principiando desde luego por el *Bautismo*, declararemos:

1.° Su naturaleza é institución divina.
2.° Su necesidad para la eterna salvación.

§ I

DE LA NATURALEZA É INSTITUCIÓN DEL BAUTISMO

4. El Bautismo es un nacimiento espiritual.—5. Esencia del Bautismo.—6. Diversos nombres del Bautismo.—7. Bondad infinita de Dios.—8. Tres especies de bautismo.

4. Doctrina es no menos trascendental que profunda que el hombre nace en carne muerto en el espíritu, y que por el Bautismo comienza á vivir en el espíritu para que mueran las obras de la carne. Por eso, cuando nuestro Catecismo pregunta: *¿Qué cosa es Bautismo?* responde: *Un espiritual nacimiento en que se nos da el ser de gracia y la insignia de cristiano.*

Dice *nacimiento espiritual*, porque el alma, que antes del Bautismo está muerta para el cielo por el pecado de origen, queda libre de esa mancha con las aguas bautismales, recibiendo al mismo tiempo la gracia de Dios; gracia vivificante que la resucita, porque la gracia es la vida del alma.

5. Si ahora descendemos con la consideración á la *esencia* de ese espiritual nacimiento, diremos, con los teólogos, que el *Bautismo es un Sacramento instituido por Cristo nuestro Señor para la espiritual*

regeneración de los hombres, la cual se hace por la ablución del agua y con la invocación expresa de la Santísima Trinidad. (Scavini.)

De esta definición, que es común, se deduce con evidencia que el Bautismo es un verdadero Sacramento, y así fué definido como de fe en los Concilios Florentino y Tridentino. Consta de *materia* sensible, que es el agua derramada por el ministro sobre la cabeza del bautizado: consta de *forma,* también sensible, que son las palabras con que se invoca la Santísima Trinidad: consta de *institución divina,* hecha por Jesucristo cuando quiso ser bautizado en el Jordán por el santo Precursor; momento solemne en el cual las aguas fueron santificadas con su contacto sagrado y recibieron virtud regenerativa. Hasta el mismo rito externo fué instituido por Cristo, como lo prueba el que dijo á los Apóstoles: *Id, pues, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.* (Matth , XXVIII, 19) Y que este Sacramento confiere la gracia santificante no se puede negar, porque mediante él, según declara el mismo Jesucristo, se abren al bautizado las puertas del reino de los cielos. (Joann., III, 5.)

He aquí por qué, al definirle, añaden estas palabras: *Para la espiritual regeneración de los hombres,* pues en realidad, como luego diremos, el Bautismo borra en nuestra alma el pecado original y cualquiera otro que hubiere; nos hace cristianos é hijos de Dios y de la Iglesia, y juntamente nos purifica, nos da la gracia, nos une á Dios, en una palabra, nos *santifica.*

6. Es, pues el Bautismo un Sacramento de *regeneración, mudanza de vida, puerta de los Sacramentos, luz de las almas, segundo nacimiento, y el mayor de los beneficios que Dios hizo á los hombres.* Así lo proclaman los Santos Padres, y así debe reconocerlo todo hombre que tenga fe; pues basta considerar estas palabras divinas: *El que no hubiere renacido del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios.* (Joann., III, 15.)

Llámase, además, el Bautismo *baño regenerador,* porque, á la manera que el agua lava y purifica el cuerpo, así en el Bautismo es el alma lavada y purificada de la mancha de todo pecado.

Llámase *mudanza de vida,* porque realmente el bautizado recibe vida nueva, vida sobrenatural, *vida divina.* El agua apaga el fuego, el Bautismo borra el castigo merecido por el pecado y apaga, en lo posible, el fuego de la concupiscencia. El agua es transparente: el Bautismo hace á nuestra alma accesible á la luz del conocimiento sobrenatural. El agua causa fertilidad: el Bautismo nos da aptitud para ejecutar buenas obras y producir frutos de vida

eterna. El agua apaga la sed: el Bautismo nos da posibilidad de apagar el insaciable deseo de felicidad que siente nuestro corazón.

Llámase, además, el Bautismo *puerta de los Sacramentos*, pues por él, y sólo por él, nos hacemos capaces de recibir los otros restantes. Si alguno que no estuviere bautizado recibiera la sagrada Comunión, el cuerpo de Cristo entraría realmente en su boca, como entra en un sagrario, mas no se uniría con su alma ni le comunicaría gracia alguna.

Llámase también *luz de las almas,* porque él nos hace gozar de la claridad intelectual sobrehumana que derrama en nuestro espíritu la unión con Dios.

Llámase *segundo nacimiento*, porque el hombre nacido en lo natural *renace* en el orden sobrenatural, pues el Bautismo nos libra de la muerte del pecado y nos hace *renacer* á la vida de la gracia.

Refiérese de San Luis, rey de Francia, que tan luego como alguno de sus hijos recibía el Bautismo, le estrechaba con santa alegría en sus brazos, y besándole con ternura, decía: «Hijo querido: hace un momento sólo érais hijo mío; mas ahora sois hijo de Dios. ¡Dios sea alabado!»

Llámase, por último, *el mayor de los beneficios que Dios hizo á los hombres* (1), porque en la pila bautismal se recibe el principio de la predestinación y el origen de la eterna felicidad.

7. Teniendo presente esto que vamos diciendo, piense bien todo fiel cristiano cuán grande, magnífico, solícito y fecundo es el amor de Cristo para con el hombre, que así, por tan fina y no usada manera quiso sublimarle desde los albores de su vida, apenas nacido y aun antes de que la luz de la razón fulgure en su frente. Es la bondad infinita de Dios, que viendo nuestra miseria nativa, nos sale al encuentro como Padre cariñoso para limpiarnos, prohijarnos y enriquecernos, siendo el Bautismo el primer anillo de esa larga cadena de beneficios que nos tiene preparados para sostenernos en el camino difícil de esta vida y que podamos arribar á la eterna beatitud.

8. ¡Loado sea Dios por don tan inefable! Y para que los cristianos sepan agradecerle y vean claro en asunto tan grave, bueno es recordar las tres especies de bautismo que mencionan las Santas Escrituras. El primero es el de los judíos, que consiste en una sim-

---

(1) Omnium Dei beneficiorum praestantissimus. (S. Gregor. Naz., orat. 40.)

ple purificación que de ordinario precede á una obra buena, mas sin producirse por ella ningún efecto sobre las almas. El segundo es el de San Juan Bautista, el cual no era otra cosa sino disponerse para la penitencia, ó preparar el ánimo, ya para la venida del Mesías, ya para el Bautismo de Jesucristo, sin que por eso se perdonaran los pecados. Por último, vino Cristo nuestro Señor é instituyó el *Bautismo de regeneración,* comunicándole virtud de borrar todo género de culpas, bien sea la original, bien las actuales, por graves é innumerables que sean. En él la purificación exterior es, no sólo la imagen de la interior, sino un aniquilamiento real de todos los pecados, el cual aniquilamiento es causado en el alma por la gracia que dicho Bautismo significa (1). Este es el don por excelencia que nos mereció la sangre preciosa de Jesús; este es el principio de la vida eterna. Veamos ahora cuán necesario es para el hombre este primer Sacramento.

§ II

DECLÁRASE LA NECESIDAD DEL BAUTISMO

9. Es preciso nacer á nueva vida.—**10.** Cómo renacemos.—**11.** Necesidad del Bautismo para ir al cielo.—**12.** Y para recibir los demás Sacramentos.—**13.** Consecuencia primera.—**14.** Bautismo de amor ó deseo.—**15.** Bautismo de sangre.—**16.** Doctrina de San Agustín.—**17.** Consecuencia segunda.—**18.** Resumen y conclusión.

9. ¡Terrible desdicha es la nuestra! Nuestros padres, al darnos la vida, nos transmiten la muerte. Recibimos la vida natural y somos privados de la vida sobrenatural: comenzamos á existir y comenzamos á estar muertos; vivos en el cuerpo muertos en el alma; así nacemos, pues los autores de nuestros días, por santos que sean, no nos transmiten sus cualidades individuales, sino la naturaleza, que nos hace hombres; recibimos las propiedades de la especie, no del individuo. Por consecuencia, nacemos muertos en el orden de la gracia, y para vivir sobrenaturalmente es forzoso renacer, y *el que no renaciere no podrá entrar en el reino de Dios.* (Joann., III, 5.)

10. ¿Cómo renaceremos? Clarísimas son las palabras de San Pablo: *Así como todos pecamos en Adán, así todos somos salvos en Jesu-*

(1) Si alguno dijere que el bautismo de San Juan contiene la misma virtud que el de Jesucristo, sea excomulgado. (Trident., sess. 7, c. 1.)

cristo. (Rom., V, 16.) ¿De qué manera? El mismo Apóstol lo dice: *Por el Bautismo; pues por este Sacramento somos sepultados con Cristo, y como El resucitamos.* (Rom., VI, 4.) Es decir, que el Bautismo es para nuestra alma lo que la cruz y el sepulcro fueron para Jesús. Su cuerpo murió en la cruz, dejando la vida mortal que traía de Adán; mas luego, depositado en el sepulcro, salió de él vivo, con vida nueva, inmortal é incorruptible. No de otro modo el hombre en el *Bautismo* muere á la vida del pecado que trae de Adán; el agua bautismal es como el sepulcro, de donde sale con nueva vida de justicia y de santidad; en un palabra, renace en Jesucristo, por sus sus méritos infinitos y por su poder admirable.

Pues bien: esto así comprendido, decimos: *El Sacramento del Bautismo es de necesidad absoluta,* ya para entrar en el cielo, ya para recibir los demás Sacramentos.

II. En cuanto á lo primero, se hallan terminantes las palabras de Jesucristo: *En verdad en verdad os digo: á no ser que el hombre renazca del agua y del Espíritu Santo, no podrá entrar en el reino de Dios* (Joann., III, 5.) Lo cual es como decir: «¡Oh, hombres! ¿Queréis ser salvos? Pues es de necesidad que recibáis el Bautismo; pretender sin esto ir al cielo, es demencia inaudita; pues en él, y únicamente por él, os participaré mi vida divina, para que podáis entrar en las mansiones celestiales.»

Esta es la enseñanza del Salvador, y en consecuencia de ella, da órdenes á sus Apóstoles diciendo: *Id, pues, por todo el mundo, y enseñad el Evangelio á todos los hombres, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* (Matth., XXVIII, 19.) *El que creyere y fuere bautizado, ese será salvo.* (Marc., XVI, 15.)

Y claro es que la *Tradición,* en conformidad con las palabras de Jesucristo, ha enseñado constantemente lo mismo, bastando citar á Santo Tomás, quien afirma que *el Bautismo es necesario en absoluto para obtener la eterna salud.* (*Suma,* p. III, q. 65, a. 4.)

De esta manera lo ha definido la Iglesia, diciendo en el Concilio Tridentino: *Si alguno dijere que la recepción del Bautismo es libre, ó, lo que es lo mismo, no necesaria para la salvación, sea excomulgado.* (Sess. 7, c. 5.) Luego ya se consideren las enseñanzas de Jesucristo, ya la doctrina de los Santos Padres, ó ya las definiciones de la Iglesia, el Bautismo, instituido por el divino Salvador, *es de necesidad absoluta* para entrar en el reino de los cielos. Ni aun los niños pueden entrar en el reino de los cielos sin recibir antes el Bautismo.—En cuanto á los adultos que no puedan recibirle, es de necesidad para salvarse que hagan un acto de amor de Dios ó de contrición perfecta, con el

deseo, á lo menos implícito, de ser bautizado; que es á lo que llamamos Bautismo de deseo.

12. Pero también *es necesario para recibir los demás Sacramentos,* pues sin la ablución sacramental el hombre no es hijo de Dios ni de la Iglesia, no es cristiano, no se halla incorporado á Cristo, no es miembro de su cuerpo místico, y por lo mismo no tiene derecho á los bienes de la familia cristiana; y si por ventura recibiera algún Sacramento antes de estar bautizado, sería inválidamente, y no surtiría efecto alguno, que por eso al Bautismo se le llama *puerta de los Sacramentos.*

Ahora bien; de esta necesidad absoluta se desprenden algunas consecuencias importantísimas que ningún cristiano debe ignorar.

13. PRIMERA CONSECUENCIA.—Que siendo la necesidad del Bautismo tan imperiosa y asunto de tal importancia, Dios nuestro Señor, infinitamente bondadoso, no ha podido menos de facilitar á los hombres los medios de recibirle. Y, en efecto, ha establecido:

1.° Que toda criatura racional, sin distinción de edad, sexo ó religión, con tal que sea capaz de realizar un acto humano y que en verdad quiera hacer lo que hace la Iglesia, *pueda bautizar* y *deba* hacerlo en caso necesario.

2.° Que la materia de este Sacramento sea muy simple, muy común, y que pueda encontrarse fácilmente en todas partes. ¿Qué país ó región habrá en el mundo donde no se encuentre agua?

3.° Que por los niños sin conocimiento, la voluntad de los padres suple á la suya. ¡Cuánta bondad y misericordia por parte de Dios, y cuán poco lo estiman algunos hombres! Por voluntad ajena nacen manchados los niños, y por voluntad ajena se salvan.

14. 4.° Que cuando los adultos se hallen en imposibilidad física de recibir el Bautismo, pueda éste ser suplido por un *acto de caridad perfecta,* con el deseo de ser bautizado tan luego como sea posible (Trident., sess. 6, c. 4). Esto es lo que se llama Bautismo *de amor ó deseo,* y de él encontramos bellísimo ejemplo en la historia del príncipe Valentiniano. Era el más joven de los hijos de Valentiniano el Grande, y hallándose recién instruído en la fe cristiana, envió á llamar á San Ambrosio, Obispo de Milán, para que le bautizase. El Santo venía ya en camino cuando Valentiniano fué traidoramente asesinado. El sabio Obispo pronunció con este motivo un sermón, y dijo: «Sé que os afligís porque vuestro Príncipe no ha recibido el Bautismo; mas como su deseo era recibirle y con este interés me hizo llamar, no es posible dudar que él ha obtenido la gracia de Dios, por la cual tan ardientemente suspiraba. Sí; es

indudable; la ha obtenido, porque la ha deseado; pues así como los mártires son bautizados en su sangre, el joven Valentiniano ha sido bautizado en su amor, en su deseo, en su voluntad.»

5.° Es más: si algún hombre no tuviese noticia del Bautismo de Jesucristo, quedaría éste suplido haciendo *un acto de amor de Dios con el deseo de cumplir toda la ley divina.*—Así lo enseñó el Angélico Doctor en la *Suma Teológica,* donde dice: «Puede el hombre recibir el efecto del Bautismo, sin ser bautizado con agua, ni con el martirio de sangre, sino únicamente por virtud del Espíritu Santo, esto es, en cuanto el corazón de alguno *es movido por el Espíritu Santo á creer y amar á Dios y arrepentirse de sus pecados,* pues así se expresa Isaías, capítulo IV, verso 4 (1).»

15. Pero no se detienen aquí las bondades divinas para facilitar al hombre los efectos del Bautismo de agua, pues se reciben con creces por el *Bautismo de sangre,* ó sea por el *martirio* sufrido por Cristo. Este es el Bautismo más excelente en cuanto al efecto, dice Santo Tomás (p. III, q. 66, a. 12), porque recibe su eficacia de la pasión de Cristo y también del Espíritu Santo, por modo más sublime, por imitación en los padecimientos, por afecto más ardiente, pues *ninguno tiene mayor caridad qve el que da su vida por sus amigos.* (Joann., XV, 13.)

16. Clarísimo lo manifestó también San Agustín cuando, hablando á Fortunato de las diversas especies de bautismo, dice: «El bautizado confiesa su fe delante del sacerdote, el mártir ante su perseguidor; aquél es rociado con agua después de la confesión, éste con sangre; aquél recibe el Espíritu Santo por la imposición de manos del Pontífice, éste se hace templo del Espíritu Santo.» (Genadius, in lib. *De Eccl. dogmat.*, cap. LXXIV.) He aquí por qué la Iglesia católica tributa culto á los santos mártires inocentes, pues aunque lo fueron sin uso de razón, sufrieron la muerte por causa de Cristo, y sería temerario opinar lo contrario. (S. Ligor., *Opus Mor.*, 1, VI, n. 96.) (2). Un ejemplo de este Bautismo encontramos en el

(1) S. Thom., p. III, q. 66, a. 11.—Es de fe, según la declaración del Tridentino (sess. 4, c. 4), que el Bautismo de amor ó deseo de recibirle, si lleva adjunta la contrición perfecta de los pecados cometidos, suple las veces del bautismo de agua. Lo mismo declaró Inocencio III (Decret. 1, VI, t. XLII, c. 4), y Santo Tomás enseña expresamente (p. III, q. 68, a. 2), que el deseo ó voto de recibir el Bautismo basta que sea implícito, ó sea una disposición en general de hacer lo prescrito por Dios.—El autor de las *Pajitas de oro* dice así: «Si même le Baptême n'est pas connu, *l'acte d'amour* renfermant le désir d'accomplir toute la loi, suffit.»

(2) Sin embargo, el *martirio* no imprime el carácter sacramental; y en los adultos, además de la aceptación del martirio por motivo sobrenatural, se requiere, según

Breviario. San Emerenciano creía ya en Jesucristo, pero no había recibido el Bautismo, y hallándose un día en oración junto á la tumba de Santa Inés, fué apedreado por los paganos, siendo allí bautizado en su propia sangre que derramó por la fe en nuestro Señor Jesucristo.

17. SEGUNDA CONSECUENCIA.—Demás de lo dicho, síguese de la necesidad del Bautismo una segunda consecuencia, y es que *los niños muertos sin él no pueden entrar en el cielo,* siendo este efecto del pecado original una *privación* más bien que una *pena*.

Miren bien los padres cuánto les obliga cuidar de que sus hijos no mueran antes de recibir las aguas bautismales; y en especial las madres, *aun antes del nacimiento,* deben abstenerse de trabajos violentos y de placeres ó penas peligrosos para sus no nacidos infantillos. A ambos consortes les incumbe la estrechísima obligación de que sean bautizados prontamente, y mucho más si ven en ellos peligro de que mueran. Estando sanos se considera culpable el retraso de *ocho días,* y no faltan Prelados que no permiten sea demorado el Bautismo más allá de *tres* (1).

Por idéntica razón, *á los adultos no cristianos* que desean serlo, les urge el deber, bajo pecado grave, de recibir el Bautismo lo antes posible, cuando ya conocen el precepto, á no ser que para dilatarlo medien razones importantes, teniendo presente que *el deseo* de recibir el Bautismo no les exime de dicha obligación.

Por último: *á todas las personas en general* es muy útil saber administrar este Sacramento para, *en caso de necesidad,* socorrer á los niños y que no mueran privados para siempre de la inefable visión de Dios; en particular á los médicos y á las matronas les es verdadera obligación, pues en el ejercicio de su cargo es frecuente encontrarse en tal necesidad.

La manera práctica de bautizar es la siguiente: se toma un vaso con agua natural, y se derrama sobre la cabeza del niño, diciendo al mismo tiempo: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*. El agua debe derramarse en tres veces y formando en cada una de ellas una cruz con la misma agua en la cabeza del bautizado. Es decir, que se derrama una pequeña cantidad de agua

opinión más probable, la contrición y la caridad. (Véase S. Thom., 2.ª, 2ªᵉ, q. 124, a. 2.) El Bautismo *de deseo* tampoco imprime carácter ni concede el derecho á recibir los demás Sacramentos.

(1) Según Tournelli, la dilación no puede pasar de cinco ó seis días, y San Alfonso lo extiende á diez ú once. (Lib. VI, n. 118.) La dilación será grave si pasa de un mes, no habiendo causa que lo motive: si hay causa, lo será á los dos meses.

en forma de cruz, diciendo: *Yo te bautizo en el nombre del Padre.* Seguidamente se derrama otra poquita, formando una segunda cruz, y se dice: *y del Hijo.* Acto continuo se acaba de derramar el agua formando una tercera cruz, y se añade: *y del Espíritu Santo.*—Mas ha de advertirse que aun cuando no se hicieren dichas tres cruces con el agua, el Bautismo sería válido, porque su esencia consiste en derramar el agua sobre la cabeza del bautizado y decir al mismo tiempo: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

18. He aquí en breves palabras lo principal que interesa saber á los fieles cristianos sobre la *naturaleza, institución* y *necesidad* del Bautismo. Es un Sacramento indispensable, el primero en orden, el primero en necesidad; es la primera tabla después del naufragio, la primera puerta para entrar en el cielo, la primera diligencia para poder recibir los demás Sacramentos, de tal suerte que sin él nada aprovecharían los otros, porque lo primero en la vida del espíritu es nacer espiritualmente, y el Bautismo, ya lo hemos dicho, es *un nacimiento espiritual.*

¿Quién será capaz de medir la profundidad, la alteza, la extensión y la magnificencia de este glorioso nacimiento? Por él se realiza en nosotros una infusión de nueva vida, que nos transforma en seres más perfectos. Dios entra en nosotros por la gracia y nos hace partícipes de su naturaleza divina. Por él somos verdaderamente engendrados en el orden sobrenatural, y los ángeles se regocijan en este místico nacimiento, como nuestros padres lo hacen en nuestro nacimiento carnal. «Hay, pues, en nosotros dos nacimientos; terreno uno, celestial el otro; uno en el cuerpo, otro en el alma; uno de nuestros padres terrenos, otro de Dios y de su Iglesia; uno de mortalidad, otro de eternidad. El primero nos hace hijos de la carne, el segundo del espíritu; el primero hijos de la muerte, el segundo de resurrección; el primero hijos del mundo, el segundo hijos de Dios; el primero hijos de ira, el segundo hijos de misericordia; el primero nos encadena al pecado original, el segundo rompe las cadenas de todo pecado.» (S. August., tract. XI, *in Joann.*) ¡Bendito sea Dios, que así, por tan excelente modo, nos sublima, enaltece y diviniza, sin más anhelo que hacernos eternamente felices en la patria celestial! Pero de esto, por ser tan consolador, diremos dos palabras en el capítulo siguiente.

CAPITULO V

Decláranse los efectos principales del Bautismo.

1. Sin el Bautismo no hay salvación.—2. Cómo se salvaron los hombre antes de la venida de Cristo.

Felicísimos y venturosos somos los hombres con ser criados para el cielo; pero es dogma de fe que aquella vida de gloria no se obtiene sin la vida de la gracia, así como la vida de la gracia, de ordinario, no se consigue sin el santo Bautismo. El Bautismo es preludio obligado para la eterna bienaventuranza, y sin él no hay vida sobrenatural, no hay unión con Dios, no hay salvación, no hay cielo.

2. Esta verdad fundamental, probada en sana Teología y enseñada por la Iglesia católica, dió lugar á que algunos dijeran por via de objeción: «Luego todos los que murieron antes de la venida de Cristo no tuvieron entrada en la gloria, porque aún no se hallaba establecido el Bautismo como Sacramento.»

Ciertamente que no existía nuestro Bautismo—responde Santo Tomás;—pero existía desde el principio *la fe en Cristo que había de venir,* y desde el tiempo de Abraham se puso en práctica la *circuncisión,* que fué *cierta protestación de fe, y vino á ser preparatoria y figurativa del Bautismo cristiano* (1). Entre los antiguos Padres, Abraham fué el primero que recibió de Dios la promesa del nacimiento de Cristo, cuando le dijo (Genes., XXII, 18): *En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra.* Y desde entonces el pueblo hebreo, por mandato de Dios, recibía, en lugar del Bautismo, la *circuncisión*, por la cual alcanzaban los hombres el perdón de los pecados y la infusión de la gracia santificante, si bien en diversa

(1) Siendo una misma nuestra fe y la de los antiguos Padres, y aconteciendo en dichos Padres todo por figura, claro está que la circuncisión, que fué cierta protestación de fe, vino á ser preparatoria y figurativa del Bautismo. (S. Thom., parte III, q. 70, a. 1.)

manera que por el Bautismo. En la circuncisión provenía la gracia de la fe de la pasión de Cristo, cuyo signo era; mas en el Bautismo se confiere dicha gracia *por la virtud misma del Sacramento,* en cuanto es instrumento para aplicar los méritos de la pasión del Señor, ya perfecta. (S. Thom., parte III, q. 70, a. 4.) ¿Cómo había de ser en los primitivos tiempos necesario el Bautismo, cuando sabemos que, aun después de haberle instituido Cristo en el Jordán, no comenzó á obligar su recepción hasta después de estar suficientemente promulgado el Evangelio (1)?

¡Oh dulcísimo Jesús! ¡Qué dicha la nuestra haber nacido en pleno catolicismo y hallarnos regenerados por las aguas bautismales desde los primeros días de nuestra existencia! Para que este beneficio de Dios sea bien comprendido y todos sepamos agradecerle, juzgamos conveniente apuntar aquí los principales efectos de este Sacramento, ya en el orden *divino*, ya en el *moral*, ya en el *social*. Y comenzando por lo primero, decimos:

1.° El Bautismo es un espiritual nacimiento á la vida de la gracia.
2.° Nos hace entrar en sociedad con las tres divinas Personas.

§ I

DEL NACIMIENTO ESPIRITUAL QUE DA EL BAUTISMO

3. San Pablo y el Catecismo —**4.** El Bautismo destruye el pecado.—**5.** Borra las penas merecidas por el pecado.—**6.** Consecuencias consoladoras.—**7.** Lo que no borró el Bautismo.

La religión de Jesucristo no hace distinción alguna entre el pobre y el rico: reengendrados todos por el mismo Sacramento en la fuente bautismal, todos tienen derecho á las mismas gracias, y el que se muestra más fiel á ellas, ese es el más grande á los ojos de Dios. Tal fué la lección que dió á sus hijos el Delfín, padre de Luis XVI. Dos hijos suyos, á poco de haber nacido, habían sido bautizados con las ceremonias acostumbradas; llegados á la edad de ocho años, pidió el Príncipe el libro parroquial de Bautismos, donde se hallaban inscritos sus nombres. Les hizo notar que el que les precedía en el libro, era hijo de un pobre. «Vosotros lo véis, hijos míos—les dijo;

(1) Trident., sess. 6, c. 1.—Sobre cómo debe considerarse estar suficientemente promulgado el Evangelio, véase Perrone, tract. *De necessitate Baptis.*

—á los ojos de Dios, las condiciones de los hombres son iguales; no hay otra distinción que la que dan la fe y la virtud. Vosotros seréis un día mayores que este muchacho á los ojos del mundo; mas él será mayor que vosotros delante de Dios, si su vida fuese más virtuosa que la vuestra.» (Mans. Cat.) ¡Qué ejemplo de un príncipe de la tierra!

3. «*Escuchad,* hombres de mundo—dijo San Pablo:—*no os engañéis á vosotros mismos, siguiendo en vuestras maldades, porque el reino de Dios no es para los pecadores. Vosotros habéis sido limpiados, santificados y purificados en nombre de Nuestro Señor Jesucristo y en el espíritu de nuestro Dios.*» (I Cor., VI, 9 11.) Es como si el Apóstol dijera: «Vosotros habéis nacido muertos en el espíritu, y por el Bautismo habéis resucitado; os hallabais en desgracia de Dios, y allí se os dió el ser de la gracia; viviáis según las pasiones, y entonces se os dió la insignia del cristiano. Eso obra el Bautismo: él es *un espiritual nacimiento en que se nos da el ser de gracia y la insignia del cristianismo.* He aquí, en breves palabras, cómo el grande Apóstol, y juntamente nuestro Catecismo, delinean los *efectos divinos* del Sacramento de regeneración.

4. Dicen, ante todo, que el Bautismo es *un espiritual nacimiento;* luego el hombre, antes de ser bautizado, se halla muerto en el espíritu, es decir, carece de vida espiritual en su alma; y como esta vida se pierde únicamente por la culpa, síguese con todo rigor lógico que el primer efecto del Bautismo es *destruir por completo, no sólo el pecado original, sino también los actuales que hubiere* (1).

Esta no es una verdad opinable, sino de fe, declarada en el Concilio Tridentino contra los maniqueos, luteranos y calvinistas, diciendo: *Dios no encuentra nada odioso en aquellos que han recibido dignamente el Bautismo* (2). Es decir, que si es un párvulo el que se bautiza, le será perdonado sólo el pecado original, porque no tiene ni

(1) Por el Bautismo somos los cristianos como injertos en Cristo, y por consecuencia, sicut ramusculi, ab arbore cui inseruntur, succum trahunt, et in ea vivunt; sic nos per Baptismum Christo insiti, in eo et ab eo vivimus. Antes del Bautismo se halla el alma muerta por el pecado original, mas tan luego como por dicho Sacramento se incorpora á Cristo, ó queda injerta en Cristo, resucita á la vida de la gracia, con derecho á la vida de la gloria. *Mira,* dijo Piconio, *christiani cum Christo per Baptismum communio... Commortuus, concrucifixus, consepultus, complantatus, conresuscitatus convivens, conglorificatus.* (Opera omnia, tom. IV, pág. 57 á 67. Edición de París, 1872.)

(2) Pretenden los citados herejes que por el Bautismo no se borran los pecados, sino que únicamente son *cubiertos ó no imputados,* y por eso los condenó el Tridentino, sess, c. 5.—Antes lo habían hecho el Concilio de Letrán, bajo Inocencio III, cap. *Firmiter;* el de Viena, bajo Clemente IV, y el Florentino, Decret. exultate Deo.

puede tener otro; mas si es una persona adulta, entonces recibirá instantáneamente la remisión completa de todos sus pecados, tanto del original como de los personales propios, por innumerables que sean. Por eso la Santa Escritura llama indistintamente á todos los que reciben este Sacramento *inocentes, inmaculados, puros, amados de Dios*... (Rom., VIII; Galat., III): por eso la Iglesia canta solemnemente: *Confieso que hay un solo Bautismo para la remisión de los pecados;* por eso el citado Concilio excomulga á todo el que dijere lo contrario; por eso nuestro Ripalda al preguntar: «¿Que pecados quita el Bautismo?» respondió: *El original y cualquiera otro si se halla* (1).

Verdaderamente, lo que hace el fuego material con el oro puesto en el crisol, eso mismo obra el Espíritu Santo en las almas; y por manchado que se halle el hombre á causa de la culpa, sale del Bautismo resplandeciente como la luz del sol y de todo punto glorioso. ¡Grandiosa maravilla!

5. Pero esto no es más que el primer efecto, porque la fineza del amor de Dios para con nosotros pasa más adelante. Mucho madrugada el hombre para pecar, pues antes de nacer ya es reo de pecado; pero no madruga menos el amor divino que santificó á San Juan en el seno materno, y apenas nacidos nosotros quiere que sin demora seamos santificados por el Bautismo, y en él no sólo borra nuestras culpas, sino hasta *las penas merecidas por ellas*, sin que reste nada que purgar. Quiere decir que si una persona tuviera la dicha de morir inmediatamente después de bautizada, pasaría al punto al cielo; pues, como afirma el Tridentino, *no encontraría obstáculo alguno para entrar en las moradas celestiales* (2).

6. Ahora bien: ¿cuáles son las consecuencias ineludibles de este primer efecto del Bautismo en favor del alma? Mucho consuela traerlo á la memoria. Primeramente cesa por completo la contrariedad que existía entre Dios y el hombre. Bórrase en absoluto el carácter de *hijo de ira* que había impreso en el alma el pecado de Adán, y rásgase la sentencia de condenación pronunciada contra ella. Al mismo tiempo, quitado ya el obstáculo, restablécese por modo inefable la sociedad primitiva, la unión íntima que exis-

(1) «Confiteor unum baptisma in remissionem peccatorum.—Qui asserit (Baptismum) non tolli totum id, quod veram et propriam peccati rationem habet... anathema sit. (Trident., sess. 5, c. 5).—Effectus Baptismi est apertio januae regni coelestis. (Santo Tomás, p. III, q. 69, a. 7.)»—Porque quita todo impedimento de culpa y de pena para entrar en el cielo. (Suárez, Comentario á dicho cap. del Santo.) Allí mismo puede verse la diferencia del Bautismo y la Circuncisión, en cuanto á sus efectos.

(2) Ut nihil prorsus eos ab ingresu coeli remoretur. (Trident., sess. 5, c. 5.)

tía entre Dios y el hombre, y Dios toma posesión de su criatura por los méritos de su Hijo unigénito y el derecho que Cristo tiene como Redentor. Es más: desaparece instantáneamente el imperio de Satanás que pesaba sobre el alma con horrible tiranía, para dar franco paso á la autoridad dulce y amorosa de Cristo, Señor nuestro. He aquí los primeros regocijos que fulguran en el alma del recién bautizado, con torrentes de gracias nuevas, como luego diremos.

7. Es verdad que, á pesar de tanta dicha, permanecen en el hombre otras diversas consecuencias del pecado original, cuales son la ignorancia y obscuridad en el entendimiento, la concupiscencia y la inclinación á lo malo en la voluntad, las miserias y calamidades de la vida, en especial las enfermedades y la muerte; pero todo esto no es en sí culpable, no envuelve pecado, no impide la salvación, antes bien el Señor, con providencia amorosa, nos dejó este reato como *recuerdo* de la caida primitiva, como *ocasión* de practicar la humildad, como *ejercicio* de penitencia, como *campo* de mortificación, como *raiz* del mérito, y como *martillo* constante para labrar nuestra corona. ¡Bendito sea el Señor que hasta de nuestros males toma ocasión para colmarnos de grandes bienes! (1).

Pero sigamos adelante, y puesto que el alma está ya *vivificada,* consideremos un nuevo efecto del Bautismo, que es la *infusión de la gracia santificante,* causa de esa vida, y las dulces consecuencias que de ella emanan.

§ II

DE CÓMO EL BAUTISMO NOS UNE Á LAS TRES DIVINAS PERSONAS

8. Resumen de nuestra unión con Dios por el Bautismo.—**9.** Eleva al orden sobrenatural.—**10.** Imprime carácter.—**11.** Da á las obras buenas valor sobrenatural.—**12.** Infunde todas las virtudes en el alma.—**13.** Nos hace hijos de Dios.—**14.** Hermanos de Jesucristo.—**15.** Coherederos de la patria celestial.—**16.** Miembros de Cristo y de su Iglesia.—**17.** Hijos de la Virgen María.—**18.** Templos del Espíritu Santo.—**19.** Conclusión.

La gracia sobre todas las gracias es la infusión de la *santificante* en nuestra alma, y ésta nos la comunica el Señor en la fuente bautismal. ¿Qué entendemos por esa gracia?—Es—dice el Catecismo—*un ser divino, que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria.*

8. Pues bien; si es *un ser divino,* somos por el Bautismo par-

(1) Véase nuestra obra MARAVILLAS DIVINAS, cap. XXVII, § 1.

ticipantes de la naturaleza divina; ó, lo que es lo mismo, entramos en relación con Dios Padre.—Si dicha gracia ***nos hace hijos de Dios***, indudablemente somos hermanos de Jesucristo.—Si además la referida gracia ***nos hace herederos de la gloria***, tenemos derecho á llamar nuestra la mansión del Espiritu Santo. Por consecuencia en este primer Sacramento se nos otorga el altísimo privilegio de entrar en sociedad intima con las tres divinas Personas. Con el Padre, de quien nos hacemos hijos; con el Hijo, de quien nos hacemos hermanos; con el Espíritu Santo, de quien nos hacemos templos (1). Ampliemos algo estas ideas para consuelo de nuestro corazón.

9. Sociedad con Dios Padre.—En el Bautismo se nos confiere *la gracia santificante;* esta gracia es un ***ser divino;*** luego por este Sacramento nos hace el Señor ***partícipes de su divina naturaleza.*** Es decir, que el alma del bautizado recibe en sí misma la vida divina y vive de esa vida. El pecado había infundido en ella un germen de muerte, y con las aguas bautismales arranca el Señor ese germen y coloca en su lugar la semilla de la eternidad.

Y claro es, una semilla divina ha de producir necesariamente frutos divinos, ó sea una ***elevación sobrenatural***, que transforma el alma, la ennoblece, lo sublima, y, por decirlo de una vez, ***la deifica*** (cuanto es posible á humanas criaturas). El Bautismo hace más que ***rehabilitarnos***, porque él, al modo dicho, ***nos diviniza***. El Dios que nos *justifica*—dijo San Agustín—es el mismo que nos ***deifica***. Por el Bautismo somos enriquecidos con los méritos de Jesucristo, y penetrados de la virtud de su sangre: su vida divina se infunde en nuestras almas y las regenera por tan extraordinario modo, que adquirimos una como segunda naturaleza, é sea el ser de ***cristianos***, nacidos de Cristo.

10. He aquí lo que en lenguaje católico llamamos ***elevación del hombre al orden sobrenatural;*** elevación infinitamente mayor que si á una bestia vil se la hiciera pasar de la animalidad á la racionali-

(1) *Baptismo incorporamur Christo, illuminamur, et faecundamur.* Tres son los efectos principales del Bautismo: *ser incorporados á Cristo, ser iluminados, y ser fecundados.—Incorporados* á Cristo, por razón de la gracia, de la caridad y del carácter.—*Iluminados*, por razón de la fe, porque es el Sacramento de la fe, y la especial profesión de ella.—*Fecundados*, por razón de las demás virtudes, y de las buenas obras que de ellas proceden. Así se expresa Suárez, *en su comentario al art. 5.°, de la q. 69 de Santo Tomás, p. III*, donde significa el Doctor Angélico. (Solut. ad 2 et 3) que estos actos no son atribuidos al Bautismo solamente por la infusión de los hábitos virtuosos, sino también en cuanto Dios prepara de un modo especial el corazón del bautizado para recibir y para obrar la doctrina de la verdad.

dad; pues en la fuente bautismal sube el alma del orden *creado* al orden *increado,* de la naturaleza á la gracia, de la vida de hombre á la vida de Dios; participa, en suma, de la vida misma de la Santísima Trinidad, y, si por su culpa no la pierde, esto es *para siempre jamás;* porque el Bautismo imprime en el alma un como sello divino, íntimo, espiritual, sagrado é indeleble, esto es, imprime *carácter*, que ni la voluntad más perversa del hombre puede borrar nunca, y permanecerá eternamente en esta y en la otra vida.

Quiere esto decir que, una vez nacido el cristiano á la vida sobrenatural, no puede nunca descender al orden de pura naturaleza, y por lo mismo sus acciones culpables serán mucho más graves por el carácter impreso en el Bautismo, y porque proceden de un ser más grande y más ennoblecido por Dios.

11. Quiere esto decir que la gracia conferida al alma en el santo Bautismo hace que todas las acciones buenas del bautizado partan, ó puedan partir, de un principio sobrehumano y adquieran un *valor sobrenatural*, de tal manera grande, que los actos naturales, por heroicos que ellos sean, jamás pueden aproximársele. Siempre existe distancia infinita entre el orden natural y el orden divino, al modo que los actos de un puro hombre no ofrecen comparación con los mismos actos realizados por Cristo nuestro Señor.

12. Quiere esto decir que la gracia del Bautismo lleva siempre en pos de sí, para riqueza del alma, el brillante cortejo de todas las virtudes habituales, ó sea *la fe*, con sus luces esplendorosas; *la esperanza,* con su gozo y paz inalterables; *la caridad*, con sus riquezas incomprensibles; y todas las otras virtudes que colocan á nuestro espíritu en el estado de merecer para el cielo.

13. Quiere esto decir que, en fuerza del Bautismo, somos instantáneamente convertidos en *hijos verdaderos de Dios,* con todas las excelsas prerrogativas propias de la filiación divina. *Todos*—dice el Evangelio—*los que estáis unidos á Jesucristo por el Bautismo, y creéis en El, habéis adquirido el derecho de ser, y en efecto sois hijos de Dios.* (Joann., I, 12.) «Vosotros—dice San Pablo á los cristianos (Rom., VIII, 15)—habéis recibido un espíritu de amor y de adopción de hijos, que os da el poder decir á Dios con verdad: *Padre, Padre.*»

Quiere esto decir que Dios, en tanto que nos ha sacado de la nada, es nuestro *Creador;* pero en tanto que nos ha comunicado su vida en el Bautismo, es nuestro *Padre*, y con este título nobilísimo entramos en posesión de los derechos, de los bienes, de las grandezas de Jesucristo, siendo nosotros *por gracia* lo que El es *por naturaleza.*

¡Oh Dios mío!, debe decir todo cristiano lleno de admiración, ¡Vos sois mi Padre! ¡Yo vuestro hijo! ¡Vos me habéis elegido y predestinado por puro afecto de vuestra voluntad para conmigo! ¡Vuestro eterno y divino Verbo es Hijo vuestro por naturaleza, y yo lo soy por adopción! ¡Bendito seáis, Señor, bendito seáis! (1).

Refiere la historia de Boleslao, rey de Polonia, que este Príncipe llevaba siempre sobre su pecho el retrato de su padre, y que cuando quería emprender un negocio importante, le decía, mirándole amorosamente: *Lejos de mí que yo haga cosa indigna de ti.*—Pues bien; he aquí los sentimientos de piedad que todos debemos tener para con nuestro Padre celestial. *Lejos de nosotros todo lo que desdiga de nuestra nobleza divina, y todo lo que sea indigno de Dios nuestro Padre.*

14. SOCIEDAD CON DIOS HIJO.—Pero, continuando nuestras consideraciones, decíamos que por el Bautismo entramos también en sociedad con *Dios Hijo,* ó sea con Cristo nuestro Señor. Esto es clarísimo, pues por el mero hecho de ser hijos de Dios somos *hermamanos de Jesucristo,* quien se complació en darnos este dulce nombre. *No me toques*—dijo Jesús á la Magdalena—*mas ve á mis hermanos y diles: Subo á mi Padre y vuestro Padre; á mi Dios y vuestro Dios.* (Joann., XX, 17.) ¿Y qué sociedad más continua ni más amorosa que lo de los hermanos?

15. Además, siendo hermanos de Jesucristo, somos coherederos de El, tenemos parte en la misma gloria, porque la herencia de Dios nuestro Padre es *el cielo,* que Jesucristo nos conquistó con el precio de su sangre. *Yo*—dijo Jesús á sus discípulos, y también á nosotros—*dispongo del reino* (de los cielos) *para vosotros, como mi Padre dispuso de él para mí, á fin de que os sentéis conmigo á mi mesa.* (Luc., XXII, 29.) Es decir, para que estéis siempre en mi compañía y seáis partícipes de mi gloria.

16. Mas ¿con esto lo hemos dicho todo? No por cierto; ni sería posible enumerar los inmensos beneficios que por el Bautismo recibimos, pues por él Jesucristo nos hace *miembros* de su propio cuerpo. Expresamente lo dijo San Pablo por estas enérgicas frases: *Vosotros sois el cuerpo de Cristo. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros del mismo Jesús* (2)*?*

---

(1) «Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei neminemur et simus por Baptismum.»—Y según San Juan: «Quotquot receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri. (I Joann., I, 11.)

(2) I Cor., XII, 27, y VI, 15. *Vos autem estis corpus Christi, et membra de membro.* Es decir, miembros de su cuerpo *místico*, y todos los cristianos somos miembros del mismo

El cuerpo místico del Salvador, nadie lo ignora, es su Iglesia, y nosotros, al recibir las aguas de regeneración, nos hacemos miembros de ese cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo (1). ¿Cabe imaginar dicha mayor para nosotros? Por el Bautismo el hombre todo entero, en cuerpo y alma, entra á formar sociedad con el Verbo encarnado, y se une con El al modo que con la cabeza está unido el cuerpo. *El cuerpo del bautizado se hace carne del Crucificado*—dijo el Papa San León (2);—y San Agustín, comentando á San Juan, exclama: «¡Maravillaos y regocijaos!» Somos hechos Cristo, pues si El es Cabeza, nosotros somos miembros; El y nosotros formamos un solo hombre (3).

¡Oh! Es cosa que espanta y no cabe en humano entendimiento. ¡Jesucristo y el hombre hechos como una sola cosa! ¡Jesucristo en el hombre y el hombre en Jesucristo! *Mi Padre está en mi y yo estoy en vosotros*—dijo el Señor—(Joann., XVII, 23), y esto cabalmente es lo que se realiza en el santo Bautismo. Esto es lo que se propuso Jesús en el primer Sacramento; esto es lo que desea ver realizado; esto es lo que anhela su corazón amoroso, y esto es lo que muchos hombres no entienden ni quieren entender. ¡Oh buen Jesús! ¡Cuánto nos amas y cuán mal te correspondemos!

Por el Bautismo somos admitidos como miembros de Cristo y de su Iglesia; esto es, de la sociedad más santa, más numerosa y más bienhechora.

Por el Bautismo somos custodiados, protegidos, instruídos y alimentados por la sociedad más poderosa, más devota, más inteligente.

Por el Bautismo somos participantes de todos los bienes espirituales que ella posee, y recibimos una parte proporcionada á nuestras necesidades de todos sus Sacramentos, á la manera que en el cuerpo humano cada miembro recibe la parte que le es necesaria de la sangre que fluye del corazón.

17. Por el Bautismo somos también hechos hijos de la Santí-

---

cuerpo, y dependientes los unos de los otros, y por lo tanto, debemos mutuamente ayudarnos y prestarnos buenos oficios.

(1) Ipse est caput corporis Ecclesiae. (Colos., I, 18.)

(2) Susceptus a Christo Christumque suscipiens non idem est post lavacrum qui ante baptismum fuit, sed corpus regenerati fit caro crucifixi.—Serm. XVI, *de Passione*.

(3) Admiramini, gaudete! Christus facti sumus: si enim caput ille, nos membra; totus homo ille et nos.—*In Joann.*, tract. XXI. Per Baptismum animae nostrae uniuntur Christo, Ecclesiae sponso, unumque fimus cum illo, ut ex ipso et per ipsum opera sancta, et Deo digna pariamus... Erubesce, o anima, in bono sterilis, et in malo fecunda, etc. (Véase Piconio, in Epist. Rom. VII, 6.)

sima Virgen María; pues esto es una consecuencia necesaria de nuestra hermandad con Jesucristo, una consecuencia de la vida que Jesús nos transmite; porque Él nos comunica la misma vida que ha tomado en el seno purísimo de la Virgen. Nuestra vida y la vida de Jesús proceden de la misma fuente, y de esta nueva filiación espiritual se origina, por parte de la Reina de los cielos, un *amor tierno y una protección constante hacia nosotros,* al modo que la tiene con su hijo Jesús; y por parte nuestra, una *confianza sin límites* en la Señora, fundada en su bondad y en su poder, y también un *recurso perpetuo de protección,* cual exigen nuestras penas, nuestras tentaciones y nuestras caídas. ¡Cuán desdichadas son las almas que no han recibido el santo Bautismo!

¡Ah, Señor!—decía San Gregorio Nazianceno:—yo soy todo transformado en Dios por el agua bautismal; soy un hombre deificado; no soy yo, soy otro hombre. Vedme aquí, Dios mio, una criatura nueva en Jesucristo. Él me ha hecho de viejo, nuevo, y de humano, divino (1).

18. SOCIEDAD CON EL ESPÍRITU SANTO.—Por último, consideremos otro efecto maravilloso del Bautismo, y es que por él entramos en sociedad con el Espíritu Santo y nos hacemos templos suyos. *¿No sabéis*—dijo San Pablo—*que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que habita en vosotros?* (I Cor., III, 16.) Lo cual fué como decir: «¿No sabéis que todos vuestros sentidos, vuestras lenguas, manos y pies se hallan consagrados al Espíritu Santo mediante el santo Bautismo? ¿No sabéis que en la recepción de ese Sacramento penetró invisiblemente en vosotros el divino Consolador, estableciendo su morada en vuestro propio corazón? ¿No sabéis que ese augusto Huésped permanece en vosotros como en su templo, y que allí obra maravillas en obsequio vuestro, para que más fácilmente podáis uniros á Dios vuestro Padre? ¿No sabéis que allí os une íntimamente á sí, ya por la gracia, ya por la fe, esperanza y caridad, ya por los demás dones y carismas suyos?

¡Ah! Tal es la ignorancia de algunos cristianos sobre este punto que apenas saben que el Espíritu Santo existe, y mucho menos saben que en la fuente bautismal quedamos hechos *hijos del Padre, miembros del Hijo y templos vivos del Espíritu Santo.*

19. Abran, pues, todos los cristianos los ojos de la fe, y consideren que lo obrado en el Jordán cuando Jesús se hizo bautizar por el Precursor, eso mismo, en proporción, se repite con el Bautismo

(1) Ex vetere novum, ex humano divinum me fecit.

de todos los hombres. El cielo, digámoslo así, se abre sobre la cabeza del bautizado; el Espíritu Santo desciende á su corazón, le consagra como á su templo y morada permanente; y el Padre celestial, viendo en el alma del neófito la imagen de su Unigénito Hijo, hace en algún modo oir su voz desde el cielo, diciendo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias.*

Finalmente, y por no hacernos interminables, concluiremos diciendo que el bautizado recibe además *gracia sacramental,* ó sea un derecho á recibir de Dios gracias actuales para cumplir debidamente todas las obligaciones del cristiano, y repetiremos con San Ambrosio, que por las aguas regeneradoras del Bautismo hace el alma un tránsito de lo terreno á lo celestial, de la muerte á la vida, de la culpa á la gracia, de la condenación á la salvación. Y todo esto—como dijo el Apóstol—*no por obras de justicin que hayamos hecho nosotros,* es decir, no por nuestros méritos, *sino por la infinita misericordia de Jesucristo, que nos hizo salvos por el Bautismo de regeneración.* (Tit., III, 5.)

CAPITULO VI

Continuación de los efectos del Bautismo.

1. El Bautismo basta para hacernos felices.—2. Por qué nos quedaron reliquias del pecado de origen.

Grandiosos y magníficos como son los *efectos divinos* del Bautismo, enumerados en el capítulo anterior, todavía no expresan por completo los provechos que en la fuente sagrada recibimos, pues ellos trascienden por modo maravilloso, no sólo al *orden moral* de los individuos y de las familias, sino al *buen régimen* de las sociedades y los pueblos.

El Bautismo—dijo en su tiempo el grande Augustino—es «una indulgencia plenaria en que se saldan todas nuestras cuentas y reatos originales y personales (1)»; es decir, un acto donde se nos perdonan todos los pecados y todas las penas. Santo Tomás añade que ese Sacramento *posee virtud suficiente para librarnos de todas las penalidades de la presente vida,* en lo cual declara la grandeza intrínseca de ese acto sacramental y la grande estima en que deben tenerle los hombres, pues con él basta para hacernos enteramente felices en tiempo y eternidad.

2. Sin embargo, no somos felices por completo todos los bautizados, y nos quedan las concupiscencias, las ignorancias, las enfermedades y la muerte, por una grande misericordia de Jesucristo para con nosotros, pues conviene que el hombre regenerado por Cristo se asemeje en los padecimientos á Él, principio de su nueva vida; conviene que luche y padezca en este mundo, porque así como Cristo inocente se sirvió del dolor como de instrumento para su gloria, así también nosotros; conviene que los miembros incorporados con su cabeza, Cristo, reporten la victoria en la lucha espiritual;

---

(1) «Magnam indulgentiam in qua solvitur omnis reatus, et ingeneratos, et additus.» (S. August., *in Enchiridion*, cap. LXIV.) Véase S. Thom., *Summ. Theol.*, p. III, q. 69, a 2, *corp.*)

conviene que nos colmemos de méritos batallando contra el enemigo con las gracias copiosas que se nos confieren en las aguas bautismales; conviene que ninguno de los nacidos se acerque á recibir el Bautismo más bien por las ventajas de la vida presente que por la gloria futura, pues entonces, ya lo dijo el Apóstol, *seríamos los más desdichados de todos los hombres* (1).

No obstante, los beneficios que el mundo entero reporta de este primer Sacramento son tantos y tales, que tendríamos por gran falta no dejarlos aquí siquiera indicados.—Diremos, pues, brevemente:

1.° Los efectos del Bautismo en el orden moral.
2.° Lo que produce en el orden social.

§ I

DE LOS EFECTOS DEL BAUTISMO EN EL ORDEN MORAL

3. El Bautismo tiene por objeto hacernos semejantes á Cristo.—**4.** Contiene las demasías del hombre viejo.—**5.** Da medios para moderar sus desordenadas exigencias.—**6.** Cuáles son estos medios.—**7.** Todo nuestro porvenir está en las gracias bautismales.—**8.** ¿De qué manera?—**9.** Ejemplo.

3. «*Dos cosas*—dijo el Angélico Doctor—necesitaba el hombre después de haber prevaricado: una, *participar de la divinidad;* otra, *despojarse de la antigüedad;* ó lo que es lo mismo, despojarse del hombre viejo y vestirse del nuevo. Ambas nos las ha granjeado Jesucristo: la primera, haciéndonos por su gracia participantes de su naturaleza divina; la segunda, transformándonos por el Bautismo en nuevas criaturas (2).» Esto es, en criaturas que vivan del espíritu de Cristo, combatiendo la vida *sensual* y aspirando á la vida *celestial.* Jesucristo es la moral por excelencia, y el Bautismo tiene por objeto hacernos semejantes á Cristo. ¿Es posible encontrar nada más esencialmente moralizador?

4. Todos los hombres, aun después de bautizados, sienten en

(1) I Cor., XV, 19.—«Baptismus habet virtutem auferendi poenalitates praesentis vitae, non tamen eas aufert in praesenti vita, sed ejus virtute auferentur á justis in resurrectione quando, mortale hoc induet immortalitatem, ut dicitur.» I Corint., XV, 54. (S. Thom., p. III, q. 69, a. 8, *corp.*)

(2) Homo in statu perditionis, duobus indigebat, scilicet, participatione divinitatis, et depositione vetustatis. Christus utrumque praestitit nobis; prius, dum nos per suam gratiam effecit divinae consortes naturae; posterius, dum per Baptismum nos in novam creaturam regeneravit. (S. Thom., *De peccat.*)

su interior el hombre viejo, exigente y altivo, con sus concupiscencias desordenadas, y el primer efecto del Bautismo en nuestros corazones es hacer, no que nuestras concupiscencias mueran, puesto que el Señor tuvo por bien dejarlas vivas, pero sí que sus demasías queden dominadas dentro de los límites razonables. ¡Beneficio inmenso que constituye á nuestro espíritu dentro del orden moral y que nos sustrae del *grosero materialismo* y de sus horrorosas consecuencias.

Del materialismo, tendencia perniciosa de nuestro ser degradado, que destruye *al cuerpo*, precipitándole en el oleaje de sus pasiones insubordinadas que le debilita, que le enferma, y que no pocas veces le conduce al extremo de una muerte anticipada.

Del materialismo, peste funesta *del alma*, que la halaga, que la acaricia, que, cuando menos, la abate, no siendo raro el que la manche y la precipite, haciéndola perder todo sentimiento de dignidad humana.

Del materialismo, vicio general de las sociedades modernas, dispuestas á sacrificarlo todo, inclusos el alma, y la Religión, y Dios, por saborear los efímeros deleites de los sentidos corporales.

5. Pero realmente, ¿hace esto el Bautismo?—¡Oh! Sí; pues él, por su propia virtud, enriquece al alma con todos los elementos y medios necesarios para combatir la sensualidad y cortar sus demasías y dominarla en todo aquello que se oponga al orden moral establecido por Dios.

Recorriendo un misionero regiones remotísimas, instruyó y bautizó á un salvaje, y partióse luego á continuar sus trabajos apostólicos. Un año después volvió al mismo lugar, y teniendo noticia de su llegada el antes salvaje y ya bautizado, pasó á verle y le rogó encarecidamente le diera la santa Comunión.—«Sí, hijo mío—contestó el misionero—mas antes es preciso que me confieses los pecados mortales que desde el año anterior hayas cometido.—*Pero, Padre*—contestó atónito el salvaje—*¿hay cristianos en Europa que, después de haber sido bautizados y de haber recibido el Cuerpo de Jesucristo, vuelvan á ultrajar á Dios con algún pecado mortal? Yo, gracias á Dios, no creo tener ninguno.*»—Admirado el misionero, bendecía al Señor, viendo que era servido y glorificado por almas tan fieles aun entre los pueblos incultos.

He aquí un ejemplo práctico que evidencia el grande auxilio que el Bautismo presta á las almas para evitar las infracciones del orden moral.

Pocos razonamientos son necesarios para probar esta verdad,

pues ella fluye como por su cauce de los *efectos divinos* del Sacramento, que dejamos sentados en el capítulo anterior, y todo cristiano que tenga fe y buen juicio lo está experimentando dentro de sí propio. Preguntadle á uno de estos buenos cristianos: «¿Qué eres, qué quiere de ti la amorosa providencia de Dios?» Y responderá sin vacilar: «¿Quiere que me venza en los tentaciones, que haga uso de las gracias con que ha enriquecido mi alma en el Santo Bautismo, que le pida en oración humilde cuantos nuevos auxilios haya menester. Quiere unirme á su propio corazón para inundarme con sus esplendores, para vivificarme con su propia vida, para fortalecer mi espíritu y que jamás desfallezca en el combate contra mis concupiscencias. Quiere que salga victorioso, para luego darme á gustar su gozo eterno y hacerme partícipe de su gloria para siempre. Esto es lo que quiere de mí, esto lo que manda; y como Dios no manda imposibles, sino que al mandar da aquello que manda, esto es, da medios y fuerzas para hacer lo mandado, por eso jamás desfallezco, y digo con San Pablo: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta.*»

6. Y si de nuevo interrogáis á ese cristiano: «Decidme, ¿de dónde os vienen tan poderosos auxilios y fortaleza tan sobrehumana?» Contestará al punto: «Me vienen radicalmente del santo *Bautismo*, porque ese Sacramento es la puerta de todos los restantes; él me habilita para recibirlos todos con el cúmulo de gracias que le son anejas; él me hace participar de los bienes grandiosos de la Iglesia y de los tesoros inefables del cielo; él me hace hijo de Dios, hermano de Jesucristo y heredero de la patria celestial.»

«Es más—dirá:—en la fuente bautismal recibió mi alma la gracia santificante, y juntamente con ella las virtudes teologales *Fe*, *Esperanza* y *Caridad*, y también las *virtudes morales* que la embellecen, ayuda y fortifican, haciéndola fácil cumplir pronto y denodadamente todas las exigencias de la vida cristiana. Y como si esto no fuera bastante para poseer cierta omnipotencia en la vida del espíritu, dignóse el Señor añadirme en el mismo Sacramento de regeneración otra nueva gracia, que llaman *sacramental*, distinta de las virtudes y dones, con la cual adquiero derecho á especiales auxilios cuando llegue la ocasión de combatir los vicios y de vivir la vida de Cristo como miembro suyo (1). He aquí de dónde me viene

(1) Que juntamente con las gracias *santificante* y *sacramental* infunde el Señor en el alma, por el Bautismo, los dones y las virtudes teológicas consta del Concilio Tridentino, sess. 7.—En cuanto á las demás virtudes morales, se lee en el Catecismo Romano, hallán-

la fortaleza para ser invencible ante las asechanzas del enemigo, y para llevar en el mundo una vida pura enteramente ajustada á las prescripciones de la moral cristiana. El Señor Dios se dignó purificarme en el Bautismo, no sólo para hacerme agradable á sus divinos ojos, sino para impulsarme por las vías de la justicia y santidad (1).»

7. De esta manera se expresan las almas cristianas cuando se hallan instruídas en la doctrina del Evangelio; y si alguno les objeta que las virtudes infusas mediante las aguas bautismales son meros *hábitos* y no *actos* del orden moral, responden, con un Prelado contemporáneo, lo siguiente: «Es cierto, son hábitos; pero todo nuestro porvenir está allí en germen. La gloria no es sino fructificación de la gracia, es decir, fruto del divino germen puesto por el Bautismo en esta frágil arcilla de los hijos de Adán. Si el niño bautizado muere, el fruto de esa semilla brota de por sí, y madura instantáneamente al primer rayo del sol eterno: si el niño vive, cargo suyo es guardar esa semilla, muchas veces defenderla contra ladrones, cultivarla siempre; pero en él permanece, sin que nada ni nadie pueda quitársela, y en él crece, y al par de ella va Dios creciendo en su corazón, y Dios, que la sembró, se constituye, en unión nuestra, cultivador, para hacerla fructuosa (2).»

8. Es decir, que las virtudes infusas, ó hábitos divinos que recibimos en el Bautismo, inclinan nuestra alma á actos sobrenaturales, imposibles para el hombre no bautizado, los cuales actos contrabalancean y tienen á raya las fuerzas de la concupiscencia y previenen la despótica dominación de la misma.

Es decir, que el alma del bautizado, con el germen de dichas virtudes infusas, podrá llevar una vida sobrenatural y divina, sin más que desenvolver y cultivar dicho germen, cuyo principio es divino.

Es decir, que con la fuerza habitual de las referidas virtudes, el bautizado lleva en si mismo un principio *celestial*, que le habilita para poder vivir de una manera celeste, tal como es posible á humanas criaturas. (I Petr., I, 23.)

Es decir, que el Bautismo comunica al alma un poder maravi-

---

dose confirmado con la autoridad del Papa Clemente V en el Concilio de Viena; y esta es la doctrina común de los teólogos en nuestros días, fundándose en Santo Tomás, p. III, q. 69, a. 4

(1) *Ut mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum.* (Tit., II, 14.)

(2) M. Gay: *Virtudes cristianas*, De la castidad, I.

lloso para obrar santamente, según el orden moral establecido por Dios, siendo al mismo tiempo hermosa salvaguardia de la dignidad humana. ¿Quién no sabe por la historia la diferencia que existe entre la vida moral de los pueblos cristianos, y la de los pueblos paganos?

9. Refiérese en los *Anales de la Propagación de la Fe* que el Padre Surin, visitando el pueblo de Notaonasibi, se interesaba en conocer el estado de los infieles recién convertidos al catolicismo. «Padre—le dijeron—la transformación de esta tribu es el asunto de las conversaciones de todo el país. Hasta el último invierno eran estos hombres una horda de ladrones, ebrios, pendencieros, el escándalo y el terror de la comarca. Mas después que han recibido el Bautismo son otros hombres; todo el mundo admira su sobriedad, su moralidad y su orden, en especial su constancia en la oración. Las cabañas se alegran ahora con sus piadosos cánticos y á todos atraen con su bondad.» «Es un misterio para mí—añadió un viejo cazador americano;—yo he visto con mis ojos á estos mismos salvajes en 1813 y en 1814 entregando á las llamas y al pillaje las habitaciones de los blancos; los he visto tomar de los pies á tiernos niños, y ora destrozarles la cabeza azotándolos contra las murallas, ora arrojarlos dentro de un caldero de agua hirviendo. Y al presente, basta que vean una sotana para que caigan de rodillas y besen las manos al sacerdote, como un hijo á su padre: esto es extraardinario, y nosotros mismos nos sentimos avergonzados al ver que nos dan el ejemplo.»

Así habló aquel hombre, con la sencillez propia de la verdad; y como de estos ejemplos pudieran citarse innumerables, que prueban hasta la evidencia lo que vamos diciendo, basta en confirmación que indiquemos ahora los maravillosos efectos que el Bautismo produce en el orden social.

§ II

INDÍCANSE LOS EFECTOS DEL BAUTISMO EN EL ORDEN SOCIAL

10. Crueldad de los paganos con los niños recién nacidos.—**11.** Era autorizado por los sabios y por las leyes patrias.—**12.** Veneración del cristianismo á los niños bautizados.—**13.** Beneficios que la Religión les presta.—**14.** Resumen y colmo de la grandez bautismal.—**15.** Desarrollo de esta grandeza.—**16.** Conclusión.

Nada hay más expreso y repetido en la historia de los pueblos que la diferencia de costumbres y de sentimientos humanitarios

entre las sociedades cristianas y las paganas. No habremos de extendernos en esto, pues basta á nuestro propósito concretarnos á la conducta que se observa con los niños recién nacidos en las unas y en las otras.

10. Comencemos por los pueblos de la gentilidad, y encontraremos en ellos aberraciones mostruosas que ponen espanto al corazón. Verdad es certísima que la voz de la naturaleza, la voz de la sangre y la voz de la inocencia manifestada en los niños pequeñitos, están clamando enérgicamente que se respeten sus vidas y que no se les haga padecer; sin embargo, la experiencia atestigua que á la naturaleza degradada, abandonada á sí misma, le es muy difícil comprender el aspecto grande y noble de los seres infantiles. En los pueblos antiguos y en los modernos, donde el Bautismo no es conocido, fueron y son tratados los niños con la más inconcebible crueldad. Los padres tenían el derecho de vida ó de muerte sobre sus hijos recién nacidos, y podían exterminarlos á su voluntad, ya por parecerles que su complexión era débil, ya por simple capricho.

Las leyes patrias le otorgaban el derecho de matarlos ó de exponerlos en las vías públicas á la voracidad de los animales ó á merced de los transeuntes.

Todo el que pasaba era muy dueño de recoger un infante expuesto, y muchos lo hacían, no por compasión y piedad, sino por cálculo y para destinarle, ora á la esclavitud, ora á un tráfico más infame, no faltando explotadores que les rompían las piernas ó les mutilaban los brazos para excitar después la compasión pública. Hasta los filósofos, en nombre de la sabiduría, enseñaban con Platón, que era lícito quitar la vida á los niños, cuando ellos no podían darse razón de su existencia.

11. ¡Qué desprecio de la infancia, qué crueldad! «Hallábase—dice el Padre Monsabré—á merced de los intereses de la familia y de la república; se evaluaba á los inocentes niños como á un instrumento cuyo precio se mide por los servicios que presta. Si el infantillo nacía raquítico ó mal configurado, se desentendían de él porque amenazaba ser una carga para la familia ó para el Estado.» ¡Feroces costumbres que deshonran á los pueblos donde aún no ha sido arrancado el paganismo! Y la ferocidad era mayor, porque existía una ley mandando *que se cortasen sin piedad los retoños deformes* (1). El mismo Platón, descendiendo de las elevadas cumbres de

(1) Leyes de las Doce Tablas. (In Cic., *De legibus*, III, 8.)

su pura y brillante metafísica, trata á la especie humana como un rebaño de brutos, y ordena que no se lacten más niños que los nacidos de tronco robusto y bello (1).

¡He aquí, en breve resumen, lo que es la infancia; y la degradación á que llegan las sociedades cuando el hombre no es regenerado con las aguas saludables del Bautismo! Pero ¿á qué—dice Gaume—buscar ejemplos lejos de nosotros? Considerad lo que sucede desde que la fe en el Bautismo y en la Religión anda tan decaída; consultad la historia, en especial la contemporánea, y decid si no es ella asaz repugnante para acreditar y recomendar el Bautismo, siquiera cual beneficio temporal, cual un dique opuesto á la multitud de crímenes que directa ó indirectamente retumban en el corazón de la sociedad, y la asuelan, abaten, degradan y conmueven hasta lo más hondo de sus cimientos (2).

12. Pues bien: veamos ahora, en contraposición á tanta crueldad é ignominia, la elevación y grandeza á que sublima el Bautismo á los niños recién nacidos. Excede los límites de todo lo imaginable, y en verdad que no sabemos cómo encontrar frases para encarecerlas debidamente.

Un niño, si atendemos á su debilidad é impotencia, es poca cosa; pero, no obstante, cuando se le considera bautizado, participa no ya sólo de la grandeza de sus progenitores, sino muy principalmente de la grandeza inmensa de Dios, que lo regenera y sublima á semejanza de su divino Verbo.

La Religión de Jesucristo, que tiene por base el Bautismo, hace que el género humano adore á un *Dios hecho niño*, y que esta adoración se extienda, en cierto modo, á todos los niños bautizados, porque realmente en todos ellos reside Dios como en su morada predilecta.

La Religión de Jesucristo ha lanzado anatemas terribles contra todos aquellos que maltraten á los niños ó que en algún modo los escandalicen, porque ve en ellos la imagen de Dios uno y trino.

La Religión de Jesucristo muestra á los infantillos como seres rescatados con la sangre de Jesús, como hijos de Dios, hermanos del Redentor, herederos de la patria celestial y templos del Espíritu Santo, haciendo al padre y á la madre responsables de su inocencia y de su vida. Los padres son salvaguardias y protectores de sus hijos, no tiranos llenos de ferocidad.

---

(1) Platón: *De República*, dial. V, p. 236. (Fermín Didot.)

(2) Gaume: *Catecismo de perseverancia*, tomo IV, lec. 33.

13. La Religión de Jesucristo, como fuente caudalosa de la más eximia caridad, ha creado multitud de casas especiales, sin más objeto que cuidar, instruir, proteger y alimentar á los niños pequeñitos, como obra agradabilísima á los ojos del Señor, y á millares de almas amantes de la infancia ha dotado de la fortaleza necesaria para entregarse de lleno á tan penoso como grandioso ministerio.

Y nadie crea que estas afirmaciones son cosas imaginarias ó meras abstracciones, sino realidades consoladoras del orden espiritual, tan fecundas en beneficios sociales como poco estimadas y consideradas por algunos hombres de nuestros tiempos.

14. Con efecto: todo niño recién nacido y bautizado, es *hijo de Dios;* no hijo natural como el Verbo divino, pero sí *hijo adoptivo,* con adopción sobrenatural, donde Dios obra como generador, iluminando y renovando hasta lo íntimo de su ser. Y es tal la grandeza á que el bautizado se eleva, y tal la dignidad de que el Señor le reviste, que llega, según Santo Tomás, *á comunicar con él su propia naturaleza, por cierta participación de semejanza* (1). Mírese bien la utilidad individual y social del Bautismo, que tanto avalora y enaltece á los seres racionales, y no se eche en olvido que si el niño bautizado es hijo de Dios, queda por ende hecho su heredero, y por consiguiente con derecho á todas las grandezas y riquezas de la patria celestial.

¡Admirables prodigios! pero es lo cierto que no paran aquí las bondades divinas; porque el Bautismo, modelándonos á imagen del Hijo de Dios hecho hombre, nos incorpora á su humanidad sacrosanta y nos convierte en miembros vivos de ella, lo cual constituye el colmo de la grandeza bautismal y hace que los niños, á pesar de su debilidad nativa, sean sobre todo encarecimiento venerables. ¿Qué importa el rango que el niño ocupe en el mundo cuando es hijo de Dios, pertenencia de Cristo, templo del Espíritu Santo y heredero de la gloria eterna?

15. Ahora bien; estos niños tan soberanamente enriquecidos con los dones de Dios, y siendo de El tan amados, están como aguardando el momento en que la razón despierte para ejercitar la actividad intelectual en busca de su Dios, y la embelesante docilidad con que aceptan los profundos misterios de la religión, y el candor con que dirigen sus deseos al cielo, están como diciendo al

(1) Necesse est quod salus Deus deificet communicando consortium suae naturae, per quamdam similitudinis participationem. (*Summ. Theol.,* 2.ª 3.ae q. 112, a. 1, *corp.*)

mundo entero: «He aquí el fruto magnífico del Bautismo, y una manifestación palpable de las virtudes ó hábitos infusos recibidos en él.»

Se dirá: dichos hábitos, y la gracia, y los dones, todo lo pierde el niño cuando peca gravemente; es verdad, pero siempre le queda el *carácter*, á manera de sello divino impreso en la fuente sagrada, y siempre el Bautismo le habilita para recibir los otros Sacramentos, para recobrar todos los bienes espirituales perdidos, y para acrecentarlos indefinidamente; de manera que el hombre, de Dios nacido en las aguas bautismales, en Dios crecerá, porque Dios está en él comunicándole su propia vida; y los hábitos santos que en el Bautismo recibió, ó que después recuperó, no pueden permanecer estériles, y tendrá fe en las verdades divinas, y esperanza de obtener la eterna felicidad, y amor al Sumo Bien, á Dios, y por agradarle y obedecerle será buen hijo, buen padre, buen esposo, buen ciudadano, y jamás por su culpa será alterado el orden social. No haya miedo que se levante el anarquismo donde impere el espíritu cristiano. ¿Quieren los príncipes alejar de su reino los desórdenes sociales? Protéjase el cristianismo, y está hecho todo.

16. En suma, es razón averiguada, que los efectos del orden moral y social producidos por el Bautismo disminuyen en los pueblos á medida que disminuye la fe en este Sacramento; y cuando la degradación de los hombres llega al extremo de sustituirle por un registro civil ante un juez municipal, el *espíritu cristiano* desaparece, y ocupan su puesto las *costumbres paganas*, soñanda libertades que desbordan las pasiones, y precipitan á las masas populares en el *comunismo*, en el *anarquismo*, y, por decirlo de una vez, en el *salvajismo* más brutal y repugnante. He aquí los bienes de que somos deudores al primer Sacramento instituido por nuestro Señor Jesucristo, tanto en el orden moral como en el social.

CAPÍTULO VII

De las ceremonias del Bautismo.

---

1. Importancia de las ceremonias del Bautismo —2. Beneficios que proporcionan.

DESPUÉS de haber declarado *lo que es* en sí el Bautismo, su *necesidad* y sus *efectos*. conviene añadir dos palabras sobre las ceremonias ó ritos con que se administra. ¿Y por qué?—El Angel de las escuelas (p. III, q. 66, a. 10) lo expresa, diciendo: «Primero, para excitar la devoción y reverencia de los fieles á este Sacramento.—Segundo, para instrucción de los fieles mismos; pues á los sencillos que no tienen estudios, es preciso enseñarlos por algunos signos sensibles.—Tercero, porque con las oraciones, bendiciones y otras cosas análogas se reprime la fuerza del demonio para impedir el efecto sacramental.» Y por esto es dogma de fe, según el Tridentino, que *el rito que usa la Iglesia en la administración solemne del Bautismo es sobremanera conveniente.* (Trid., Sess. *de Sacr.*, c. 3.)

2. Es decir, que las ceremonias establecidas por la Iglesia en el Bautismo solemne sirven á los fieles para comprender de una manera sensible los grandiosos efectos que ese Sacramento produce en nosotros, y las estrechas obligaciones que contraemos al recibirle. En la fuente bautismal las almas quedan *purificadas*, *vivificadas*, *iluminadas*, *santificadas*, y, en cuanto es posible, *deificadas;* pero como todo esto no se percibe con los ojos corporales, es por todo extremo conveniente que las ceremonias de la Iglesia, aunque no sean de esencia al Sacramento, se hagan con solemnidad y reverencia, para que los fieles queden impresionados y agradecidos al Señor por tan señalados beneficios; así como también es muy provechoso que entiendan el significado de cada una de dichas ceremonias, para que no sean cristianos de rutina y formen un concepto levan-

tado de su altísima dignidad y obren siempre como lo que son; esto es, como *hijos de Dios y templos vivos del Espíritu Santo.*

Procuraremos, pues, dar aquí una ligera idea:

1.° De las ceremonias que preceden al Bautismo.
2.° De las que le acompañan.
3.° De las que le subsiguen.

§ I

DECLÁRANSE LAS CEREMONIAS QUE PRECEDEN AL BAUTISMO

3. Designación y deberes de los padrinos.—4. Elección del nombre.—5. La estancia del bautizando á la puerta de la iglesia.—6. Petición y concesión de la fe.—7. El soplo y las cruces en la frente y en el pecho.—8. Imposición de la mano sobre la cabeza.—9. Imposición de la sal en la boca.—10. Exorcismo é introducción del infante en la iglesia.

3. La primera de todas las diligencias para el Bautismo solemne es la *designación de padrinos* (1), lo cual equivale á nombrar para el bautizando *padres espirituales*, que salgan garantes de su fe. Por eso los padrinos son los que llevan á bautizar, los que le tienen en sus brazos al bautizarle, los que responden por él cuando el sacerdote pregunta, los que recitan en su nombre el Padrenuestro y el Credo; son, en una palabra, los que, en unión de los padres naturales, y muy especialmente á falta de éstos, se obligan delante de Dios á instruirle en las verdades de la fe y de la Religión necesarias para salvarse, á evitar lo malo y practicar lo bueno; á tener cuidado de que, cuando sean mayores, cumplan con los deberes religiosos; á que se preparen para la primera confesión y comunión, y á que sean confirmados tan luego como haya oportunidad; en una palabra, incumbe á los padrinos el deber de exhortar á sus apadrinados á que cumplan exactamente las promesas que hicieron al Señor en la pila bautismal, en especial, como encarga San Agustín, á que sean *castos, justos* y *caritativos* (2).

(1) Los padrinos son los que suplen en el Bautismo lo que los niños no pueden hacer por sí mismos; responden á lo que ellos no pueden responder; prometen en nombre de los infantillos lo que ellos deberían prometer, y son los que salen garantes de su fidelidad á la Iglesia. Tienen al niño en la fuente sagrada y pueden hacerse representar por una tercera persona.

(2) S. August., *in serm. post Pasch.*, y S. Thom., p. III, q. 67, a. 8.—Semper eos admonete, ut castitatem custodiant, justitiam diligant, charitatem teneant.

Es verdad que mientras vivan los padres del bautizado no hay en los padrinos deber *de justicia* de velar por la instrucción ni por la conducta de sus ahijados, á no ser que tengan certeza de que los padres descuidan gravemente dichas obligaciones; pero siempre deben darles buenos ejemplos, mirar por su alma y *subvenir* (en lo posible y en caso necesario) *a sus necesidades corporales, con preferencia á otros.* Y comoquiera que estos vínculos son sagrados y de trato íntimo, por eso la Iglesia, con gran sabiduría, estableció cierta *afinidad espiritual* entre los padrinos y el bautizado, y aun con los padres de él, de tal manera que sin la debida dispensa no puedan contraer entre sí matrimonio válido.—¡Calcúlese por aquí cuán delicada es la misión de los padrinos en este Sacramento, y cuánto interesa elegirlos bien!

4. Precede, en segundo lugar, la *elección de un nombre* para el que ha de ser bautizado, en lo cual se significa que antes de ese Sacramento no tiene nombre en la milicia de Dios. Y nótese mucho que dicho nombre ha de ser, no mitológico ni que revele idea anticristiana, sino el de algún Santo, para que, como advierte el Catecismo, *sea su abogado y le imite en sus virtudes.* ¡Ah! ¡Cuántos cristianos habrá que no se acuerden del Santo de su nombre, ni aun para rezarle un Padrenuestro! Por nuestra parte, hemos de juzgar como un deber sacratísimo el celebrar con mucha devoción el día de nuestro Santo, confesando y comulgando en él, leyendo su vida para recordar sus virtudes, y procurando imitarlas lo mejor posible.

5. Pero demos un paso más, y figurémonos estar á la puerta de la iglesia cuando llevan un infantillo para bautizarle. El sacerdote le espera en el atrio, y allí le detiene.—¿Por qué?—Bien se comprende; no tiene derecho á entrar en la casa de Dios. En la Iglesia de Cristo sólo entra el que es cristiano, y aquella criatura aún no lo es. Por el Bautismo le ha de ser abierta la puerta, y como todavía no le ha recibido, por eso el ministro del Señor parece decirle: «Deteneos: vuestra alma aún es esclava del demonio por el pecado original; no tenéis nombre entre los hijos de Dios.» Luego, dirigiéndose á los padrinos, pregunta: *¿Cómo se ha de llamar?*—Respóndenle, por ejemplo, *Pedro;* y aquí comienzan ya propiamente las ceremonias del Bautismo. Pongamos atención que el asunto es de suyo hermosísimo.

6. Dice el sacerdote al niño: *Pedro, ¿qué pides á la Iglesia de Dios?*—Los padrinos, en nombre de la criatura, responden: *La fe.*—*Pues la fe*—continúa el ministro sagrado—*¿qué te ha de dar?*—

La vida eterna—responden; y oído esto, el sacerdote dice al infantillo: *Si, pues, quieres entrar en la vida, guarda los Mandamientos.* A continuación le hace un bello resumen de las leyes divinas, diciéndole: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, y al prójimo como á ti mismo.* ¡Qué sublimidad! El niño pide la fe, Jesucristo se la otorga, y dícele: *Guarda los Mandamientos.* Como si dijera: «Ten entendido que vas á ser pertenencia mía, y que para salvar tu alma no basta la fe solamente, sino además *caridad y buenas obras.* ¡Oh si entendieran bien esto los protestantes de nuestros días!

Como se va viendo, la recepción del Bautismo es una especie de *contrato espiritual* del hombre con Dios, cuyas bases son las que dejamos sentadas. Ahora comienza ya el sacerdote, como instrumento de Cristo, á obrar portentos y maravillas en el alma del niño; ensanchemos nuestro corazón y veamos qué hace.

7. Primero sopla suavemente en el rostro del que ha de ser bautizado y dice: *Sal de esta criatura, espíritu inmundo, y haz lugar al Espíritu consolador.* ¡Qué beneficio! El espíritu maligno es arrojado del alma del infante, y al punto le es infundido el espíritu de Dios. ¡Cuán grande es la debilidad de Satanás ante el poder divino, pues un leve soplo basta para ahuyentarle con ignominia!

A continuación el ministro sagrado pasa más adelante é imprime en la frente y en el pecho del niño la señal de la cruz, escudo fortísimo de Cristo nuestro Redentor, como diciéndole: «¡Oh niño dichoso! Te he signado en la frente, que es el asiento del pudor, para que nunca te avergüences de ser y de parecer cristiano, y también he fortificado tu pecho con la cruz, para que ames á Jesucristo con todo tu corazón, y para que confieses intrépidamente la fe siempre que fuere necesario (1). *Recibe*—dice el sacerdote—*la señal de la cruz en la frente y en el corazón; ten fe en los divinos preceptos y sé tal en tus costumbres que puedas ser ya templo de Dios.*

8. ¡Oh cuán tiernas y significativas son estas ceremonias! Pero esto no es más que el principio, pues á continuan el ministro del Altísimo pone la mano sobre la cabeza del que ha de ser bautizado, como tomando posesión de aquella criatura en nombre de Dios, y dirige á su divina Majestad la siguiente súplica: *Dios todopoderoso y eterno, Padre de nuestro Señor Jesucristo, dignaos poner*

(1) Signum suum Christus in fronte nobis figi voluit, tanquam in sede pudoris, ne Christi opprobrio, christianus erubescat. (S. August., *in Psal. XXX.)*

vuestros ojos sobre esta criatura, que ha sido llamado por Vos á la gracia de la fe; apartad de ella toda ceguedad de la mente... para que pueda huir de los vicios y serviros llena de regocijo, creciendo cada día en la virtud, por Cristo nuestro Señor. He aquí cómo el Salvador del mundo toma posesión de la inteligencia y de la voluntad del bautizando para que en lo sucesivo sea pertenencia suya.

9. Pero sigamos adelante y observemos al sacerdote que inmediatamente pone sal bendecida en la boca del niño, diciendo: *Recibe la sal de la sabiduría para que con ella te hagas propicio al Señor y goces de la vida eterna*. ¡Nuevo misterio! ¿Qué significa? La sal es emblema de la *pureza* y de la *sabiduría*, *preserva de la corrupción y da gusto á los alimentos*, y es como si el sacerdote, en nombre de Dios, dijera al bautizando: «¡Oh alma bienaventurada! Ya eres pertenencia del Señor, y yo de orden suya te comunico la sabiduría cristiana, para que seas preservada de la corrupción del pecado y tomes sabroso gusto en los alimentos espirituales (1). ¡Parece increíble que estas hermosas ceremonias sean olvidadas de los hombres y que se miren con tanta indiferencia! ¡Cuán distantes estamos de estimar en lo que valen las ceremonias sagradas del santo Bautismo!

Es verdad que los grandiosos efectos que esto produce en las almas hállanse escondidos á nuestros ojos carnales; pero ellos fulguran perpetuamente ante los de nuestra fe, y esto basta para que, postrados de hinojos ante Dios, no cesemos de mostrarle nuestro agradecimiento y nuestro amor.

10. Poco, sin duda, le pareció al Señor lo que dejamos declarado, y por eso el sacerdote en su nombre torna á imprimir en la frente del niño la augusta señal de la cruz, torna á poner la mano sobre su cabeza, comienza á execrar al espíritu maligno para que jamás sea osado á profanar á aquella criatura que muy en breve se ha de convertir en templo vivo de Dios; prosigue en hacer oración al eterno Padre, rogándole se digne iluminarla con los resplandores de su inteligencia divina, y purificarla y santificarla para que posea y conserve una firme esperanza y un criterio recto en la doctrina revelada. (Ritual Romano.) Y luego, usando el ministro sagrado de la plenitud de la autoridad divina, simbolizada en la estola, pone la extremidad de ella sobre el infante y le introduce en la iglesia diciendo: *Entra en la casa de Dios á fin de unirte á Jesucristo para la vida eterna.* El niño entonces entra, y no comoquiera, sino

(1) Así Orígenes, homil. VI, *in Ezech.*—Y también Durando, en su *Rationale*, lib. VI capítulo LXXXII.

confesando solemnemente la *fe* por boca de sus padrinos, quienes rezan el *Credo* y después el *Padrenuestro* para alentar su *esperanza*, y todo como preliminar para recibir en el Bautismo la divina *caridad*.

Tales son las caremonias sagradas que preceden al primero de los Sacramentos; veamos ahora cuáles son las que le acompaña.

§ II

DE LAS CEREMONIAS QUE ACOMPAÑAN AL BAUTISMO

11. La saliva.—12. La renuncia.—13. La unción sagrada.—14. Confesión de la fe.—15. Petición del Bautismo.

«A ningnno los que pretenden ser regenerados en la pila bautismal—dijo el Papa Celestino—sean párvulos ó jóvenes, se les permite acercarse á la fuente de la vida sin que antes se vean libres del espíritu inmundo por los exorcismos y los soplos de los sacerdotes (1); «lo cual—añade Santo Tomás (p. III, q. 61, a. 2)—*es muy conveniente,* á fin de que dicho espíritu maligno no sirva de obstáculo á la salvación del hombre.

Pues bien; ya está hecho esto con la serie de ceremonias que hemos indicado; ya está el niño dentro de la Iglesia de Dios, ya se halla cerca de la fuente sagrada, ya llega el momento dichoso de su regeneración, ya comienzan otras ceremonias más íntimas, más significativas, más sagradas. Son cuatro, á saber: *La imposición de la saliva.—La renunciación de Satanás —La unción.—La profesión de la fe.* Sigamos considerando.

11. La saliva.—Concluido ya el tercer exorcismo, el sacerdote, imitando á Cristo nuestro Señor cuando curó al sordomudo, toma con el dedo saliva de su propia boca, y mojando con ella los oídos del niño, dice al mismo tiempo: *Epheta;* esto es, *ábrete.* Del mismo modo toca la nariz, y añade: *En olor de santidad.*—¿Qué significa esto?—¡Oh! Significa que aquella criatura se halla sorda y muda para oir y hablar de las virtudes y perfecciones de Cristo y para percibir el buen olor de ellas. Significa que entonces se le comunica en los sentidos espirituales la potencia para oir con provecho los mandamientos divinos y para deleitarse con el olor de la santidad de Dios. Significa que todas las puertas de su alma van á que-

(1) Epist. 2.ª, can. 9 y lib. *de Consecrat.*, cap. LIII, dis. 4.ª

dar abiertas para dar entrada á la gracia del Señor y á los dones del Espíritu Santo. Significa que es llegado el caso de que sus padrinos, por él, oigan al sacerdote que va á interrogar sobre la fe y respondan satisfactoriamente (1).

12. La renuncia.—Pero no nos detengamos aquí, y pasemos á la triple renuncia que sigue á continuación, pues de ella depende la alianza de perpetua fidelidad y amor que va á realizarse entre el Redentor y el redimido. El sacerdote pregunta: *¿Renuncias á Satanás?*—Y el padrino, en nombre del niño, responde: *Renuncio.—¿Renuncias á todas sus obras?—Renuncio.—¿Renuncias á todas sus pompas?—Renuncio* (2).

¡Oh! ¡qué acto tan solemne! ¡Renuncia al pecado, á la ambición, á la arrogancia, á la vanagloria, á las superfluidades del mundo..., y esto públicamente, en la casa de Dios, en su divina presencia, testigos los ángeles y los ministros del Altísimo!... ¿Cómo se cumple luego esta solemnísima renunciación?... Cada uno vea qué le dicta su conciencia.

Por nuestra parte no podemos dejar de transcribir aquí unas hermosas palabras de un escritor contemporáneo. Dice así: «Esta formal renuncia nos dará la paz en la tierra y nos abrirá las puertas del paraíso, y para ello es preciso poner todo empeño en vencer el respeto humano. Los mahometanos no se avergüenzan de arrodillarse en medio de las calles y plazas, y, á la caída del sol, de invocar á Alá con los brazos elevados al cielo; los judíos no temen confesar su religión y orar públicamente, pegada la frente junto á los viejos muros de Jerusalén; los impíos, sin moral, llenos de odio que sólo abrigan las almas innobles, sin otro intento que el mismo de Satanás—esto es, *la guerra á Cristo y á su Iglesia*—se ufanan de

(1) Véase Durando, *Rationale*, lugar citado, núm. 10.

(2) Pompa diaboli haec est, quae pompa mundi; id est, ambitio, arrogantia, vanagloria, omnisque cujuslibet rei superfluitas in hominis usibus. (Así, el Concilio III parisiense, lib. I, cap. X.) Estas renuncias ó promesas del Bautismo solemne quedan hechas en el mero hecho de cristianarse, pero muchos suelen renovarlas cada año en el día aniversario de su bautismo, lo cual es sobremanera provechoso y edificante; y para ello traen los Devocionarios alguna forma especial, y el Sumo Pontífice León XIII concedió indulgencia plenaria á todos los que, confesados y comulgados, hagan dicha renovación, prometiendo, además, expresamente no pertenecer á ninguna de esas sectas de francmasones ú otras parecidas que reprueba la Iglesia. Si celebramos el aniversario de nuestro nacimiento natural, ¿cuánto más interesa que celebremos el de nuestro nacimiento sobrenatural? Es verdad que no hay obligación estricta de hacer dicha renovación, pero ¿quién no vé su grande utilidad, á lo menos para testificar nuestro agradecimiento á Dios, para afirmarnos más en el propósito de cumplir las referidas promesas y para recordar con nuevo afecto y amor los inmensos beneficios que en el Bautismo recibimos?

proclamar las más abominables infamias, ¿y se avergonzará un cristiano de ser fiel amigo y discípulo de quien murió en la cruz por salvarle? ¿Se avergonzará de confesar la fe sellada con la sangre de diez y ocho millones de mártires? ¿Se avergonzará del bien delante de los malos? «*El que de Mí se avergonzare y de mi doctrina*—dijo nuestro Señor—*sepa que también se avergonzará de él el hijo del hombre.*» (Ortúzar.)

13. UNCIÓN SAGRADA.—Mas con esto no lo hemos dicho todo; porque el sacerdote, acto seguido, pone como un sello divino á la triple renuncia, añadiendo la *unción sagrada*, de esta manera: Toma con su dedo pólice el óleo santo de los catecúmenos, y haciendo una cruz en el pecho y otra en la espalda del bautizando, pronuncia estas palabras: *Te unjo con el óleo de la salud en Jesucristo, Señor nuestro, para que tengas vida eterna.* Lo cual equivale á decirle: «Repara que desde este momento quedas signado y ungido en tu pecho, para que ames la cruz de Jesucristo y lleves siempre la santidad en tu corazón: también quedas ungido en la espalda, para que tengas fortaleza y puedas soportar dicha cruz, y te parezca suave como el óleo de estas unciones. Es decir, que por el santo Bautismo somos ungidos de Dios, consagrados á El por modo especial y ofrecidos en sacrificio suyo como *su linaje escogido, su nación santa, su real sacerdocio y pueblo de adquisición* (1).

14. CONFESIÓN DE LA FE.—¡Oh dicha sobre toda ponderación grandiosa! ¿Qué le mueve á Dios á enriquecernos por tan subida manera, sino el infinito amor con que nos ama? Al llegar aquí deja el sacerdote la estola morada y toma la blanca, señal de pureza y regocijo. ¿Qué va á hacer? Es que ha llegado el momento de regenerar el alma del niño y de hacerla pasar de la muerte á la vida, del pecado á la gracia. Sólo falta una ceremonia: *la confesión de la fe.* Es verdad que ya la hizo el padrino recitando el *Credo*, pero la Iglesia exige más; quiere que antes haga pública y solemne profesión de las verdades fundamentales de la fe cristiana, y al efecto el sacerdote pregunta de nuevo al bautizando: *¿Crees en Dios Padre, en Dios Hijo y en Dios Espíritu Santo? ¿Crees la santa Iglesia católica, la comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida perdurable?*—El padrino responde: *Creo.*

15. Por último, como la Iglesia no quiere hijos de violencia, sino de amor y voluntad, hace esta pregunta decisiva: *Fulano* (ex-

(1) Vos autem genus electum, gens sancta, regale sacerdotium, populus adquisitionis. (I Petr., cap. II.)—Así lo exponen Cornelio y San Ambrosio, lib. IV, *de Sacram.*, cap. I.

presando su propio nombre), *¿quieres ser bautizado?* El niño, por boca de sus padrinos, contesta: *Quiero.* Y al oir esto el ministro de Dios, haciendo uso de la virtud omnipotente que le es comunicada, derrama tres veces sobre su cabeza, en forma de cruz, el agua de la regeneración, pronunciando al mismo tiempo estas sacramentales palabras: *Yo te bautizo. en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* É instantáneamente ¡oh prodigio de la bondad de Dios! se obran en el alma de aquella criatura bautizada tal cúmulo de maravillas divinas, que no hay lengua, ni humana ni angélica, que alcance á expresarlas.

¡Oh Dios de misericordia! parécenos oir á los ángeles. Ya hemos arrancado una presa al demonio; ya tenemos un nuevo hijo de Dios; ya brilla en la Iglesia de Cristo un nuevo astro; ya surge de las sombras de la muerte un nuevo adorador de las perfecciones divinas. ¡Bendito sea Dios, magnífico y omnipotente! ¡Bendito sea!

Pero dejando que cada cual medite á sus solas el amor de Dios para con el humano linaje, tan gratuito como generoso, tan misericordioso como desinteresado, tan solícito como inagotable, pasemos ya á poner término á este capítulo, explicando brevemente.

§ III

LAS CEREMONIAS QUE SIGUEN AL SANTO BAUTISMO

16. El santo crisma.—**17.** La paz y el capillo.—**18.** La candela encendida **19.** Conclusión.

16. Ya hemos dicho que antes de bautizar al niño se le unge en el pecho, para que por el don del Espíritu Santo arroje el error y la ignorancia y reciba la fe recta, porque el justo vive de la fe; y también se le unge en las espaldas para que por la gracia del mismo Santo Espíritu deseche la negligencia y pereza y practique buenas obras, porque sin éstas la fe es muerta (1); mas ahora, después del Bausismo, el sacerdote unge inmediatamente con el sagrado crisma la cabeza del bautizado, formando en ella una gran cruz, y recitando á la vez una oración, para que sea hecho partícipe del reino de Cristo y pueda llamarse, por Cristo, cris-

(1) Así lo explica el Pontífice Inocencio III en una de sus decretales, *De sacra unctione*, cap. *Cum venisset*, y lo trae S. Thom., p. III, q. 66, a. 10 a l 2.

tiano; ó lo que es lo mismo, para consagrarle *rey y sacerdote,* porque como miembro de Cristo, participa de su reinado y de su sacerdocio. *Rey,* porque el cristiano debe reinar en el mundo y en sus pasiones, rigiéndose á sí propio y á otros como aprendizaje del reino eterno que le tiene preparado su Padre celestial; *sacerdote,* porque en sentido lato, y para el efecto de orar y de ofrecerse á Dios como hostia viva, todo cristiano es sacerdote (1).

17. Luego, para colmo de ventura, pasa el presbitero á dar al bautizado el don precioso que Jesucristo otorga á los suyos, esto es, la paz, diciéndole: *La paz sea contigo;* y el neófito responde: *Y con tu espíritu.* ¡Qué ternura y qué suavidad encierra esta ceremonia! Ya comienza el cristiano á recibir el fruto de la santificación; pero el sacerdote, atento á completar su obra, le impone sobre la cabeza el capillo, y le dice: *Recibe esta blanca vestidura y llévala sin mancha hasta que comparezcas ante el tribunal de nuestro Señor Jesucristo para que alcances la vida eterna;* y el bautizado responde: *Así sea.* ¡Cuánto debe considerarse esta ceremonia! Es como si el sacerdote, en nombre de Dios, le dijera: «Repara ¡oh cristiano! esta blanca vestidura; es símbolo de pureza en cuerpo y en alma: cuida con esmero de no mancharla jamás con el pecado, pues escrito está: *Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de El;* es decir, de sus virtudes y de su gracia; por tanto, procura que no se vea en ti otra cosa que la pureza, la humildad, la caridad y la santidad de Jesucristo (2).»

Esto es lo que se nos dice en la pila bautismal; este es el encargo principal que se nos hace, para que entendamos que no basta estar bautizados para ir al cielo, sino que es preciso conservar nuestra alma blanca y sin mancha, como el capillo del bautismo.

En la provincia china Kiang-Nan—refiere Le Turdu, misionero apostólico en 1859—los recién convertidos y bautizados conservaban con santa diligencia el capillo ó velo blanco que en el momento del Bautismo se extendió sobre su cabeza, para hacerse enterrar con él, dando á entender con este uso el empeño que ponían en conservar hasta la muerte la gracia bautismal. Pues bien: entre nosotros,

(1) Omnes veri christiani reges et sacerdotes dicuntur. Unde Petrus Apostolus ait: «Vos estis genus electum, regale sacerdotium.» Reges, quia seipsos et alios regunt: sacerdotes quia seipsos Domino offerunt: juxta illud Apostoli: «Obsecro vos per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra...» etc. (Durando, en su *Rationale divin. offic. De Baptismo.*)—In Baptismo, res sacerdos et propheta efficimur. (San Agustín, *in Epist ad Cor.*, homil. 3.)

(2) Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis. (Galat., III, 27.) Induimini Dominum Jesum Christum. (Rom., XIII, 14.)

¿qué es lo que se hace? ¿Cómo conservamos la pureza de conciencia que recibimos en el Bautismo?

18. Por último, y como si el cándido velo no fuera bastante recuerdo para que conservemos siempre el alma blanca como la nieve, añade el ministro del Señor una última ceremonia, poniendo en las manos del bautizado la candela encendida, y pronunciando al mismo tiempo estas palabras: *Recibe esta antorcha encendida, y sé irreprensible: conserva la gracia del Bautismo, guarda los Mandamientos de Dios... para que puedas gozar de la vida eterna.* Y e bautizando, finalmente, responde: *Amén.*

19. Tales son, en resumen, las ceremonias y ritos sagrados en la administración del Bautismo solemne. No son signos vacíos ni estériles, pues por ellos se confieren al cristiano sublimes prerrogativas, distintas de las que emanan de la esencia del Sacramento (1). Baste decir que el ministro del Altísimo pone un sello divino al alma, mandando al espíritu inmundo salir de ella para siempre, como preludio de la gracia bautismal que nos incorpor á Cristo y nos hace miembros suyos y templos del Espíritu Santo.

Considere ahora cada cristiano la altísima dignidad que le avalora, pues sólo por este concepto el Espíritu vivificante se apodera del alma regenerada, reside donde ella reside, obra donde ella obra, y sus operaciones trascienden al cuerpo de barro, cuyos miembros sensibilizan nuestra vida íntima, haciendo ostensible al mundo la vida de Dios que reside en nuestro ser por obra y gracia del bautismo de Cristo nuestro Señor.

¡Qué dignación! hasta *nuestros miembros corporales son constituidos templos del Espíritu Santo* (I Cor., VI, 19), y, como observa el P. Monsabré, templos consagrados por la inscripción de su carácter, por la unción de su persona, por la iluminación de sus dones; templos más suntuosos, magníficos, ilustres y duraderos que los majestuosos y sólidos edificios alzados á la gloria divina por la piedad humana.

(1) S. Thom., p. III, q. 71, a. 3.

VIII

De las obligaciones que nos impone el Bautismo.

---

1. Finezas del amor de Dios para con los hombres.—2. En el Bautismo se realiza un contrato.—3. Consecuencias que de él emanan.

RASGO sublime de la amorosa providencia de Dios! Para Vos, Señor, me habéis criado, con Vos queréis unirme, y de hecho me habéis unido por el santo Bautismo; por él me habéis hecho miembro de la Iglesia, ó lo que es lo mismo, miembro de vuestro cuerpo místico, del cual sois Cabeza; con vuestra esencia divina se halla desposada mi alma, vivificado habéis mi espíritu con vuestro propio espíritu; mi vida participa de vuestra propia vida, y todo esto porque graciosamente habéis determinado darme á gustar vuestro gozo eterno en las mansiones de la gloria. ¡Bendito seáis, Dios mío, bendito seáis!»

2. Esta exclamación tierna y piadosa es, sin duda alguna, fruto espontáneo de la gracia bautismal en el hombre regenerado, mostrándose agradecido; mas ¿basta por ventura el agradecimiento afectuoso de palabras?—No en verdad, que de la recepción del Sacramento regenerador surgen para nosotros estrechísimas obligaciones, que jamás podemos eludir, toda vez que en la fuente sagrada se realiza un *contrato* verdadero entre Dios y el alma cristiana.

Contrato de adopción por parte de Dios Padre, quien se digna admitirnos en el número de sus hijos con aceptación plena y deliberada por parte nuestra.

Contrato de sociedad con Dios Hijo, que viene á buscarnos á la fuente sagrada donde nosotros somos unidos á Él, como á nuestro jefe, como á nuestro Señor y dueño, como miembros á su cabeza.

Contrato de alianza con Dios Espíritu Santo, que establece su morada en nosotros, y nosotros le hemos abierto nuestro corazón.

Contrato de donación, porque Dios uno y trino se nos da á nosotros con sus gracias, y nosotros nos damos á Él con todo cuanto somos y poseemos.

Contrato solemne hecho de una y otra parte ante el altar santo, en presencia de los ángeles, del sacerdote y de los fieles, como testigos de nuestros mutuos ofrecimientos.

3. Dios por su parte se compromete á no considerarnos en lo sucesivo como á sus enemigos, ni como á siervos, sino como á amigos suyos queridísimos, prodigándonos su amor.—Se compromete á adoptarnos y reconocernos siempre por hijos suyos y á otorgarnos el derecho á la herencia celestial, que el pecado nos había hecho perder.—Se compromete á concedernos á todos las gracias necesarias para obtener nuestra eterna salud.

Nosotros, por nuestra parte, nos comprometemos á renunciar *al demonio, á sus pompas y á sus obras:* nos comprometemos *á unirnos intimamente á Dios nuestro Padre*, por la fe, por la esperanza, por la caridad y por la obediencia: nos comprometemos *á imitar á Jesucristo nuestro hermano*, en sus relaciones con Dios, con el prójimo y consigo mismo. ¡Qué obligaciones! ¡Qué compromisos! ¡Qué contrato! Dios cumple por su parte; ¿qué hacemos nosotros por la nuestra? A fin de que nadie alegue ignorancia ni tenga excusa ante el tribunal divino, intentamos declarar ahora:

1.° La obligación de renunciar al demonio, á sus pompas y á sus obras.
2.° La de unirnos á Dios Padre é imitar á Dios Hijo.

§ I

DE CÓMO SE HA DE RENUNCIAR AL DEMONIO, Á SUS POMPAS Y Á SUS OBRAS

4 El hombre antes y después del Bautismo.—**5.** Qué quiere decir renunciar al demonio.—**6.** Qué renunciar á sus pompas.—**7.** Qué renunciar á sus obras.

4. Por la culpa de Adán, cuya gravedad y trascendencia sólo Dios conoce, quedó instantáneamente trocada la condición de aquel nuestro primer padre, y también la nuestra, naciendo luego todos los hombres hijos de ira y esclavos del demonio; mas por la gracia del Bautismo, efecto de la sangre redentora de Jesucristo, fué el demonio arrojado de nuestra alma con ignominia, para siempre jamás, á no ser que nosotros voluntariamente tornemos á formar alianza con él; y para que tan horrible desdicha nunca suceda, lo primero que se nos exige en la fuente sagrada es *que renunciemos al demonio, á sus pompas y á sus obras*. Nosotros solemnemente nos he-

DE LA CONFIRMACION

CAPITULO IX

Naturaleza, importancia y necesidad de la Confirmación.

1. Es preciso, además del Bautismo, la Confirmación.—**2.** Razones que lo persuaden.

En nombre de las tres divinas Personas se nos confirió en el Bautismo la vida sobrenatural, quedando al mismo tiempo hechos *hijos de Dios Padre*, *miembros de Dios Hijo* y *templos del Espíritu Santo,* ó sea sagrarios perpetuos de la Trinidad Beatísima, que forma sus complacencias en residir en nosotros y en comunicarnos su propia vida deifica.

Después de esto, parece como si no hubiera más que decir, ni más que desear, ni más que nos haga falta, puesto que somos partícipes de la naturaleza divina y gozamos de íntima, dulce y amorosa unión con Dios nuestro Señor. Sin embargo, no es así; pues aunque es verdad que toda criatura bautizada lleva en su corazón á Dios, y con El se halla unida y como deificada por misteriosa é inefable manera, esto no es más que sublime comienzo de la vida espiritual y presagio de perfecciones altísimas que el Señor se ha reservado comunicarnos después.

2. Por el Bautismo hemos nacido de Dios y en Él vivimos, nos movemos y existimos; pero luego es preciso creer en Dios, con actos personales, robustecernos, perfeccionarnos y adquirir la virilidad propia de los atletas de Cristo, hasta llegar á la plenitud de aquella vida guerrera que hemos menester para salir triunfantes en los mil combates espirituales que nos aguardan, ya contra nuestras concupiscencias, ya contra los múltiples enemigos de nuestras ánimas; pues harto sabemos que las aguas del

Bautismo no apagaron el foco de nuestras pasiones, y que toda nuestra vida terrena es milicia, pelea y lucha denodada.

Es decir, que el Bautismo, por altísima providencia del Señor, no destruye en nosotros la ignorancia, ni la concupiscencia, ni las enfermedades corporales, ni la debilidad del espíritu; y como por otra parte nuestra existencia quedó rodeada de fieros y crueles enemigos, visibles unos, invisibles otros, y persistentes todos (1), he aquí por qué necesitamos nueva fortaleza, nuevas energías que, desplegadas en la edad viril, nos hagan invencibles y salgamos victoriosos; necesitamos, en suma, un nuevo Sacramento, y éste es la *Confirmación.*

La Confirmación, ***complemento del Bautismo, sacrosanta perfección del alma regenerada, Sacramento de la plenitud de la gracia, sin el cual***—como dijo San Clemente—***ninguno puede ser perfecto cristiano*** (2). Por esto, y porque en nuestros días es más necesaria que nunca la fortaleza espiritual para resistir el satánico empuje de mil sectas infernales que combaten nuestra fe, intentamos declarar ahora:

1.° La naturaleza é importancia de la Confirmación.
2.° Su necesidad en la vida del espíritu.

§ I

QUÉ COSA SEA LA CONFIRMACIÓN Y CUÁL SU IMPORTANCIA

3. Defínese la Confirmación.—4. Es un Sacramento.—5. Consta por tradición apostólica.—6. Por la práctica de la Iglesia y los decretos de los Concilios.—7. Doctrina de los Santos Padres.—8. Es Sacramento de plenitud de gracia.

3. La vida del verdadero cristiano sobre la tierra es, como dijo el santo Job, una lucha continua, ya con las pasiones, ya con el mundo, ya con los espíritus infernales, y para no sucumbir en tan tremenda lid, fué moralmente necesaria la *Confirmación.* ¿Qué

(1) Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem, sed adversus principes et potestates, rectores tenebrarum harum contra spiritualia nequitiae in coelestibus. (Ephes., VI. 12.)

(2) Sacrosanctam perfectionem divinae generationis. (S. Dionis. Areopag., *De eccles. hier.*, cap. IV).—Sacramentum plenitudinis gratiae. (S. Thom., p. III, q. 72. a. 1 ad 2).—Per manuum impositionem Episcoporum Spiritum Sanctum accipere debent ut pleni christiani inveniantur. (S. Urban.. Papa.)

cosa es la Confirmación? —*Es*—dicen los teólogos—*un Sacramento instituido por nuestro Señor Jesucristo para robustecer á los bautizados y que puedan, no sólo creer con firmeza, sino confesar y defender la fe con intrepidez y constancia.* (Scavini.)

Mucho se ha de considerar esta definición, pues con ella quedan pulverizados los herejes protestantes, que tanto blasfemaron sobre este particular.

Afirma primeramente que es un *Sacramento,* y esto es clarísimo, porque consta de *signos sensibles*, *de institución divina*, *y confiere gracia santificante.*

1. *Los signos* son visibles á los ojos de todos. ¿Quién no ve que el Prelado impone las manos sobre los que van á ser confirmados, y los unge con el santo Crisma, pronunciando al mismo tiempo ciertas palabras, que todos pueden oir clara y distintamente? ¿Es posible no ver en la imposición de las manos y en la unción sagrada la *materia* sacramental (1), y en las palabras del Sr. Obispo la *forma?*

No menos cierta es la *institución divina,* ya se considere cuando Jesucristo bendijo á los pequeñuelos poniendo sobre ellos sus manos (Matth., XIX), ya cuando, después de resucitado y antes de su ascensión, dió á sus Apóstoles las últimas instrucciones acerca de su reino, y soplando sobre ellos les comunicó el Espíritu Santo (Act. Apost., I, 2-4), ya la noche de la Cena cuando les prometió que les enviaría el Espíritu Consolador; pues como quiera que se mire siempre es cierto que Cristo instituyó la Confirmación, toda vez que los Apóstoles administraron este Sacramento bajo una forma especial, y no pudieron hacerlo sin mandato del Señor, que es el único que puede dar á la imposición de manos la virtud de comunicar el Espíritu Santo (2).

Tampoco se puede dudar que en la Confirmación *se nos confiere gracia santificante,* porque el efecto principal de este Sacramento, como luego diremos, es comunicar el Espíritu Santo con la abundancia de sus dones; ¿y cómo ha de entrar el divino Espíritu en un alma que no esté santificada? ¿Cómo se han de comunicar los dones faltando la base de ellos, que es la caridad celestial, ó sea la gracia que santifica? Luego si la Confirmación es un signo sensi-

(1) Dejamos á los teólogos la cuestión de si dicha materia consiste en una sola cosa ó en ambas, porque esto nada afecta á nuestro propósito. El santo Crisma sabemos que pertenece esencialmente al Sacramento. (Véase el Tridentino, sess. 7, *de Confir.*, c. 2.)

(2) Véase S. Thom., p. III, q. 72, a. I, corp. y al I.—Sobre cómo y cuándo fué instituido, véase Suárez, Disp. 32, sect. II.

ble sagrado, instituido por nuestro Señor Jesucristo y confiere la gracia, no se puede dudar que es realmente un Sacramento.

Pero dejando aparte estas razones y elevándonos á las regiones sobrenaturales de la fe, consta que la Confirmación es un Sacramento, *ya por la tradición apostólica, ya por la práctica de la Iglesia católica, ya por los decretos de los Concilios.*

5. Con efecto; sabemos que desde el principio del Cristianismo hasta nuestros días se ha considerado siempre y por todos los fieles la Confirmación como uno de los siete Sacramentos de la Iglesia cuya administración corresponde á los Obispos, siguiendo á San Pedro y á San Pablo, quienes impusieron las manos sobre los que había bautizado el diácono Felipe; y sabemos también que el Apóstol confirmó de igual manera á los fieles de Efeso.

6. Tenemos además ante nuestros ojos *la práctica de la Iglesia*, la cual desde el principio hasta hoy ha administrado y sigue administrando la Confirmación, no como mera ceremonia, sino como Sacramento verdadero, y nadie ignora que la Iglesia es infalible en su enseñanza.

Por último, hállanse expresos y terminantes los decretos de los sagrados Concilios, en los cuales se define que dicha Confirmación es un Sacramento de la nueva Ley; bastando citar al de Trento (Sess. 7, *de Confirmat.*, c. 1, 3), que para condenar la doctrina de los reformadores y robustecer la tradición de la Iglesia, dice así: *Si alguno dijere que la Confirmación administrada á los bautizados es una ceremonia vana, y no un propio y verdadero Sacramento, sea excomulgado.* Luego como quiera que se considere, no hay camino hábil para negar que la Confirmación es uno de los siete Sacramentos de la Iglesia.

7. Ahora bien; probado ya que la Confirmación es *Sacramento de institución divina* y *que confiere gracia santificante,* resta sólo explanar las últimas palabras de la definición, y decimos: *La Confirmación* es llamada así, porque su efecto es *afianzar, fortificar, perfeccionar,* y por eso los Santos Padres le atribuyen otros diversos nombres, que expresan las mismas ideas.

Dicen que es *un aumento espiritual del ser que nos dió el Bautismo* y que esto lo realiza *dándonos gracia y fuerzas para que confesemos la fe cristiana.*—Dicen que es *un complemento y perfección del Bautismo;* es decir, que confiere una nueva gracia, la cual robustece y confirma la recibida en la pila bautismal.—Dicen que en el Bautismo nos hace el Señor *santos* y en la Confirmación nos *perfecciona*, aumentando la santidad.—Dicen que en el Bautismo *nacemos* á la vida

espiritual como niños, y en la Confirmación crecemos y nos robustecemos en el espíritu como hombres.—Dicen que en el Bautismo somos alistados para la milicia cristiana y en la Confirmación somos pertrechados para la pelea.—Dicen que en el Bautismo declaramos la guerra al demonio, al mundo y á la carne, y que en la Confirmación empuñamos las armas y exclamamos: *A pelear* (1). Por eso pregunta nuestro Ripalda: *¿Qué diferencia hay del bautizado al que además de eso se confirma?* Y responde: *La de un niño de pecho á un varón fuerte y robusto.*

8. Dicen además los Santos que la Confirmación es el *Sacramento de la plenitud*, porque ella infunde en el alma tales riquezas sagradas, que la deja enteramente repleta de los dones del Espíritu Consolador.—Dicen que es *el sello de Dios* impreso en el corazón cristiano, porque el Santo y divino Espíritu desciende sobre el hombre confirmado y toma posesión de su alma, quedando ésta marcada para siempre como objeto predilecto de sus amores y como pertenencia exclusiva suya.—Dicen que Dios por el Bautismo comunica al alma su propia vida y sus perfecciones divinas, pero que en la Confirmación acrecienta aquella vida y aquellas perfecciones por manera prodigiosa.—Dicen que en la fuente bautismal se confiere á la inteligencia una *gracia de luz*, la cual llega al perfecto día en la Confirmación, infundiendo además en la voluntad una *gracia de fortaleza.*

Todo esto, y muchísimo más que no cabe en humano entendimiento, es en su esencia el Sacramento de la *Confirmación*, y causa honda pena ver que tan poco se considera y en tan poco se estima, siendo su recepción descuidada por muchos, aun por personas de no escasa instrucción y de costumbres morigeradas. ¡Cuán funesta es la ignorancia en estos puntos fundamentales de la doctrina católica! Sepan, pues, todos los cristianos que únicamente los que se hallen confirmados son los hijos *perfectos* de Dios, las almas aguerridas y amantes del Señor, únicas que en verdad pueden llevar la vida divina en toda su plenitud, únicas que con razón completa pueden repetir aquellos acentos triunfales de los Santos: *¿Quién podrá separarme del amor de Cristo? Nada en el mundo, porque todo lo puedo en Aquel que me conforta.* Veamos, aunque sea ligeramente, cuán necesario es á todos los fieles cristianos el Sacramento de la Confirmación.

---

(1) Así el Papa Melquiades: Epístola ad Episc. Hisp., cap. II, y también el sagrado Concilio de Trento, Sess. 7, *de Confirm.*, c. 1, 2.

§ II

INDÍCASE LA NECESIDAD DEL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN

9. Doctrina de Santo Tomás —**10.** ¿Cómo es necesaria la Confirmación?—**11.** El deseo de la Iglesia.—**12.** Satisface las necesidades de la naturaleza humana.—**13.** Es el Sacramento de la adolescencia.—**14.** En qué tiempo ha de recibirse.—**15.** Consecuencias de no recibirle.—**16.** Conclusión.

9. Existe en nuestra naturaleza—dijo el Angélico Doctor—además del movimiento de generación que nos da vida corporal, otro movimiento de auge y progreso que nos impulsa á crecer, llegar á perfecta edad y obrar perfectas acciones, y no de otro modo acontece en la vida espiritual de las almas. En el Bautismo nacemos á Dios, recibiendo la vida de la gracia; mas en la Confirmación se robustece esa vida y se acrecienta dicha gracia. (S. Thom., p. III, q. 72, a. 1.) Si necesario es nacer para vivir, necesario es crecer para perfeccionarse: una y otra cosa son indispensables, pero en muy diverso modo y para muy diferentes efectos. ¿Cómo es necesaria la Confirmación?

Cosa es de todo punto cierta que el Sacramento de la Confirmación *no es absolutamente necesario para salvarse,* como lo es el Bautismo, puesto que, según enseña la Iglesia, un niño bautizado, si muere antes de la edad de la razón, se salvará, por más que no esté confirmado (1); pero también es doctrina certísima que dicho Sacramento es preciso en algún modo, si no como *precepto,* á lo menos como *medio* para ser perfecto cristiano, que por algo hubo de instituirle Cristo nuestro Señor. No faltan teólogos en gran número que afirman ser de precepto natural, divino y eclesiástico, la recepción de dicho Sacramento, obligando á pecado grave; mas, prescindiendo de esto, y aun siguiendo opiniones más suaves, ¿quién no ve los grandes bienes espirituales de que se priva el que pudiendo cómodamente recibirle se descuida y no le recibe? ¿Es posible desconocer que la misma naturaleza humana y el espíritu cristiano están exigiendo ese medio de perfección? (2).

10. Dios nuestro Señor quiere que nos procuremos, en cuanto sea posible, *todos los auxilios espirituales que podamos necesitar para*

(1) Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit. (Marc., XVI.)
(2) Véase Suárez, Disput. 38, Lec. I, n. 3.

mejor conseguir nuestra eterna salud; y como la Confirmación es uno de los mayores auxilios de nuestra alma, no se puede negar que es convenientísimo no privarnos voluntariamente de ese poderoso medio, puesto que juzgamos sernos necesario para confesar y defender la fe católica.

Por otra parte, Jesucristo, que todo lo hizo bien y que nada obró con inutilidad, ¿cómo es posible que se complazca en que los hombres descuiden voluntariamente ese medio de santificación? ¿Por qué los Apóstoles formaron tanta diligencia en administrar ese Sacramento, sino porque recibieron ese encargo de su divino Maestro? Es, pues, innegable la conveniencia de recibir la Confirmación cuando se ofrece la oportunidad, ya sea por la institución misma del Sacramento, ya por razón de ciertas circunstancias; y mucho más si se considera que Cristo, nuestro Señor, mandó á los Apóstoles que *esperaran la promesa del Padre* (Act., 1); esto es, que esperaran al Espíritu Santo, dádiva preciosa que se confiere de un modo especial en la Confirmación.

Es cierto que los Apóstoles recibieron *el efecto* de este Sacramento, sin el modo con que nosotros le recibimos; pero eso, ¿qué importa? El día de Pentecostés fué para ellos la Confirmación, quedando santificados por los postreros abrazos del Salvador. Como eran las primicias de la Iglesia, gozaron de las primicias del Espíritu Santo, y le recibieron directamente por un prodigio, cual Jesús se lo tenía prometido; mas ellos después comunicaron el Espíritu Consolador á los fieles por un Sacramento como ministros de Dios y dispensadores de sus gracias. Por consecuencia, cada cristiano puede afirmar con verdad que el día de su confirmación es para él su Pentecostés, á lo menos en cuanto entonces recibe plenamente el Espíritu Santo y la excelsa prerrogativa de sus dones (1).

11. El segundo y poderoso motivo para que los fieles cristianos se apresuren á recibir la Confirmación. es que la Iglesia desea que todos los bautizados, especialmente los adultos, la reciban. «Todos los fieles—dice el Derecho canónico—deben recibir el Espíritu Santo por la imposición de las manos del Obispo para ser perfectos cristianos; y todo encarecimiento es es pequeño cuando se trata de tan excelso beneficio» (2).

---

(1) Véase S. Thom., p. III, q. 72, n. 2 ad 1.

(2) *Qui oblatta occasione negligit semel, atque iterum, vel certe, qui proponit nunquam illud recipere, virtualiter contemnit.* (Véase Suárez, Disputatio 38, Lec. 1.ª, n. 3 al fin.) Monendi sunt ab Ordinariis locorum eos (los que recibieron inválidamente la Con-

De todos modos, aun suponiendo que no haya verdadero precepto, es cuestión fuera de duda que sería pecado grave no recibir dicho Sacramento por considerarle inútil, ó por desprecio formal de él (1).

Colígese de aquí cuán grande haya de ser la diligencia piadosa de aquellos cristianos que, viviendo lejos del centro episcopal, son favorecidos con la visita pastoral de su Prelado para administrarles tan precioso Sacramento, y también el esmero de los padres y amos para advertir á sus hijos ó domésticos la importancia y conveniencia de ser fortalecidos con la Confirmación.

12. Pero es más; la razón misma está dictando al hombre de fe que la Confirmación es convenientísima para el alma cristiana. El hombre dura poco tiempo en la *infancia*, pasa muy luego á la *adolescencia*, y al encontrarse con un tropel de pasiones rebeldes que asedian su espíritu, debe dar gracias á Jesucristo por la Confirmación, pues este Sacramento responde maravillosamente á las necesidades y á las tendencias de su estado adolescente.

13. La juventud es la *edad de la lucha;* y al extenderse velozmente las alas de la razón, se desenvuelven al mismo tiempo las pasiones exigentes é imperiosas, y si el alma no quiere ser juguete de ellas, ni perecer en sus acometidas, preciso es que luche con esfuerzo denodado, y esto, moralmente hablando, no puede hacerlo sin la fortaleza y auxilio sobrehumano que suministra la Confirmación. Quéjanse muchos padres de la impetuosidad con que sus hijos se precipitan en el mal, y no reflexionan ni se acuerdan de que aún no están confirmados. ¡Pobres padres, que por descuido culpable privan á sus adolescentes criaturas de la energía sobrenatural de tan prodigioso Sacramento!

Demás de esto, la adolescencia es la edad en que se forma y determina el *carácter* del individuo, la edad en que el alma se siente llamada á hacer uso de su libertad nativa. La infancia es inocente y crédula, pero la adolescencia es curiosa y quiere ver las cosas por sí misma; quiere juzgar de los hechos, quiere apreciarlos con su razón y trazarse una regla de conducta; y en todos estos casos, no se puede dudar, la Confirmación le suministra *luz* para esclarecer sus dudas, *contrapeso* para templar su fuego y *prudencia* para determinarse y fijarse en lo bueno, justo y razonable. ¡Gloria

---

firmación de los Presbíteros griegos) gravis peccati reatu teneri, si cum possint, ad Confirmationem accedere renunt et negligunt. (Bened. XIV, Bulla *Etsi pastoralis*. Véase S. Ligor, *Opus moral*, lib. VI, n. 182.)

(1) Suárez, Disput. 38, Sec. 1.ª, n. 8, donde puede verse con extensión este punto.

á Dios nuestro Señor, que por modo tan suave, dulce y regalado le infunde las luces del cielo y le pertrecha con la omnímoda fortaleza de los dones del Espíritu Santo!

14. Por último, aquí se levanta una objeción, que conviene deshacer. La Confirmación—dicen—no es de necesidad para ir al cielo, puesto que *el que creyere y fuere bautizado, será salvo.* (Marcos, XVI.) Además la Iglesia católica no manda que los niños se confirmen inmediatamente después del Bautismo, antes bien recomienda que se retrase este Sacramento hasta que los infantillos lleguen al uso de la razón (1), lo cual no haría si la Confirmación fuese realmente necesaria.

A esto contestamos diciendo: Es cierto que los niños sin uso de razón pueden ir al cielo sin ser confirmados, y también lo es que en aquella tierna edad no son todavía soldados de Cristo en actual servicio, ni pueden pelear, ni necesitan las armas que suministra la Confirmación; pero ¿quién no sabe que aun los niños conviene que sean confirmados cuando se hallen en peligro de muerte, no ya para salvar su alma, sino para perfeccionarla, y para que consigan en el cielo mayor gloria, así como por el Sacramento obtuvieron mayor gracia? Es verdad que el Catecismo Romano recomienda que se aguarde á que los niños tengan siete años para que les sea administrado este Sacramento; pero eso se entiende no habiendo peligro próximo de muerte ni otra causa razonable, por lo cual es hoy potestativo de los Prelados fijar el tiempo (2).

15. De todo lo cual se infiere cuán estrecha sea la obligación de los superiores y padres de familia de disponer á sus hijos y subordinados para que reciban en tiempo oportuno tan hermoso Sacramento, sin aguardar á la primera Comunión, pues todo descuido en esta parte puede ser punible delante de Dios. ¡Oh! ¡Cuántos infelices cristianos caen en miserable ruina espiritual y llenan de luto la Iglesia por estar desprovistos de los soberanos auxilios que el Señor confiere en la Confirmación!

Novaciano—refiere la historia—fué bautizado durante una enfermedad, hallándose en peligro de muerte. Después, restablecido, descuidó recibir el sacramento de la *Confirmación,* y siendo,

(1) *Catecismo del Concil. Trident.*, p. II, cap. III, núm. 18.

(2) Véase S. Thom., p. III, q. 72, a. 8.—Concil. de Laodicea, c. 48, en el año 364.—Benedicto XIV, const. 129, *Eo quamvis*, 9, del año 1745. (S. Thom., p. III, q. 72, n. 8 ad 4) y Hugo de San Víctor, sostienen que los niños no confirmados gozarán de menor gloria que los confirmados, porque á ellos les faltará el aumento de gracia de que éstos participan por el Sacramento de la Confirmación. Y basta esta razón para que los padres no descuiden nunca la Confirmación de sus hijos.

por lo mismo, débil hijo de la fe, soldado sin armas, en breve fué juguete del demonio. Impulsado de indignos móviles, halló medio de ordenarse de sacerdote, y en este nuevo estado produjo un cisma que degeneró en herejía, turbando la paz de la Iglesia durante mucho tiempo, y al cabo murió lastimosamente.—¿Cuál fué la causa de tan terrible desdicha?—El Papa Cornelio y otros varones graves afirman, sin vacilar, que el primer motivo de tantas caídas fué la negligencia de Novaciano en recibir el Sacramento de la luz y de la fortaleza (1).

16. ¡Tanta y tal es la conveniencia de que el cristiano sea oportunamente confirmado! «Es necesario—dijo el Papa Urbano (Epist., cap. VII)—que el Obispo imponga las manos al bautizado, si éste quiere ser perfecto cristiano.» Ya lo hemos indicado arriba: este Sacramento es para nosotros como las lenguas de fuego para los Apóstoles en el Cenáculo. ¡Maravillosa operación del poder divino! Nuestra alma es consagrada, nuestra carne ungida, nuestro espíritu fortificado, nuestro cuerpo marcado con el sello de Dios, nuestra inteligencia inundada de luz por el Espíritu Santo... (2). ¿Es posible que tanto se ignore y tanto se descuide la recepción de este Sacramento tan *venerable y sacrosanto como el Bautismo?* (3).

(1) Euseb.: *Hist. Eccles.*, lib. VI, cap. XLIII.

(2) Tertul., lib. V, *De Resurrectione carnis*, cap. VIII.

(3) «Sacrosanctum est sicut ipse Baptismus.» (S. August., Cont. lit. *Petiliam*, lib. II, cap. CIV. Algunas veces los Sínodos particulares han impuesto penas eclesiásticas á los padres que difieren el confirmar á sus hijos en la ocasión oportuna. (Véase Deharbe, sobre este punto.)

CAPITULO X

Efectos y obligaciones que proceden de la Confirmación.

---

1. Sujeto de la Confirmación.—2. Disposiciones para recibirla.

DEJANDO aparte, como verdad inconcusa, que la Confirmación *es un Sacramento* de la Iglesia *instituido por Nuestro Señor Jesucristo,* como extensión y complemento del Bautismo, y que á todos los fieles *conviene recibirle* en tiempo oportuno, no careciendo de culpa, cuando notablemente se descuiden ó le desprecien, tiempo es ya de penetrar en los amorosos designios de Dios al establecerle y recomendarle con tanto encarecimiento.

Todas las criaturas racionales, sean quienes fueren, mujeres ú hombres adultos ó niños, y aun los mismos *idiotas* que no sean idóneos para confesar y comulgar, habiendo antes recibido el Bautismo, son *sujetos capaces* de la Confirmación. Pero ¿qué disposiciones se requieren en los adultos para ello?

6. Hay dos disposiciones: una de cuerpo, otra de alma. En el cuerpo deben ir *vestidos modesta y aseadamente, con la frente limpia y descubierta.* En cuanto al alma, se requieren dos condiciones: 1.ª *Estado de gracia.* 2.ª *Instrucción suficiente.*

Nada más importante que el alma vaya *adornada de la gracia,* porque la confirmación es un Sacramento *de vivos,* esto es, que supone al alma viva por la gracia santificante, y sería horrible *sacrilegio* acercarse para ser confirmado llevando conciencia de *pecado mortal.* Es más: aunque el alma sólo reconozca en sí misma culpas veniales, conviene que preceda la confesión de ellas, pues si nos acercamos á recibir un Sacramento grande, ¿qué cosa más puesta en razón que purificarnos antes con la absolución del sacerdote? Podrá acontecer que en aquel momento crítico el alma se sienta intranquila, sin ser posible confesarse; mas entonces basta que

se excite cuanto pueda á formar un acto de contrición perfecta.

Respecto de la ***instrucción suficiente***, no es menester grandes cosas, pues basta el conocimiento del ***Símbolo***, del ***Decálogo***, del ***Padrenuestro***, y de las ***obligaciones del Bautismo y de la Confirmación***. Y como esto ya se supone que lo saben todos los adultos cristianos, nos concretaremos á explicar solamente dos cosas:

1.ª Los efectos de la Confirmación.
2.ª Las obligaciones que contraen los Confirmados.

§ I

DE LOS EFECTOS ORDINARIOS DE LA CONFIRMACIÓN

3. Lo que enseña la fe —**4.** Efectos de la Confirmación.—**5.** Confiere gracia santificante.—**6.** A veces perdona los pecados.- **7.** Gracia sacramental.— **8.** Comunica el Espíritu Santo.—**9.** La abundancia de sus gracias. —**10.** Sus bienes y sus dones.—**11.** Los doce frutos.—**12.** Carácter sagrado.

3. Es de fe que Cristo nuestro Señor instituyó el Sacramento de la *Confirmación;* es de fe que este Sacramento no es una vana ceremonia, como blasfemaron los protestantes; es de fe que por él recibimos gracia corroborativa que perfecciona y completa en nuestras almas las operaciones iniciales del Espíritu Santo; no se puede dudar que los Apóstoles recibieron el Espíritu Consolador en el Cenáculo, ni que ellos le comunicaban á los que habían sido bautizados, imponiendo sus manos sobre sus cabezas; ni que nuestros Obispos, sucesores legítimos de los Apóstoles, y con plenos poderes como ellos, continúan realizándolo en el día de hoy y continuarán en la sucesión de los siglos, porque es promesa divina que el Espíritu Santo recibido ha de permanecer en la Iglesia de Cristo ***por toda la eternidad*** (1).

4. Todo esto lo sabemos; nuestra fe es constante, y cuando ocurre un día de Confirmación, los padres llevan á sus hijos, y los templos se llenan; pero ¿entendemos, ó á lo menos consideramos bien los grandiosos ***efectos*** que ese hermoso Sacramento produce en nuestras almas?

La Iglesia nos enseña que recibimos en él ***gracia santificante***, ***gracia sacramental***, ***comunicación del Espíritu Santo***, ***abundancia de***

(1) Ut maneat in aeternum. (Joann., XIV, 16.)

sus gracias, plenitud de sus dones y frutos, carácter sagrado y perfección maravillosa; pero ¿qué significan todas estas portentosas magnificencias? Detengámonos un momento, porque el alma cristiana no puede menos de recibir en ello dulcísimas consolaciones.

5. GRACIA SANTIFICANTE.—El primero de todos los efectos en la Confirmación es infundir en el alma del que la recibe, copioso raudal de *gracia santificante.* Ya sabemos lo que esto significa, porque es el don sobre todos los dones que el hombre puede recibir (1). El sujeto que va á confirmarse se supone que lleva el *estado de gracia,* es decir, que su alma se halla adornada con la vestidura celestial de la gracia santificadora; pero mediante la imposición de las manos, y mediante la unción y la oración que hace el Obispo, dicha alma es enriquecida por el Espíritu Santo con un *aumento de gracia* y acrecentamiento de perfección; lo cual equivale á infundir en el espíritu del confirmado energías nuevas de vida espiritual, torrentes de fortaleza y de amor, virtudes más activas, deseos más obradores, germen fecundo de mayores obras sobrenaturales, y por consecuencia, de mayor mérito, haciendo que seamos hijos más amados de Dios y que tengamos derecho á mayor recompensa en la patria celestial.

A esto llaman los teólogos *segunda gracia,* porque aumenta la *primera;* y como es doctrina católica que el menor grado de gracia es de inmensa más valía que todos los tesoros del mundo, cualquiera puede figurarse la grandeza de este beneficio. Por el Bautismo recibimos la vida del alma; por la Confirmación el acrecentamiento y perfección de esa vida, y esto en verdad debe bastar para que los cristianos ardan en deseos de recibir cuanto antes tan soberano Sacramento. Pero lo dicho no es más que el comienzo de otras inauditas maravillas que ahora diremos.

6. Acontece con facilidad que un alma de buena fe, pero con error, no se juzga culpable de pecado mortal, y en tal estado recibe la Confirmación, llevando sólo atrición sobrenatural. ¿Qué efecto produce el Sacramento? Aumento de gracia santificante, que es á lo que principalmente se endereza, no puede ser, porque el alma no va santificada; pero como, por otra parte, no pone óbice voluntario al efecto de la Confirmación, ésta *(per accidens)* confiere *la gracia primera,* esto es, el pecado mortal queda aniquilado, y el sujeto forma las complacencias divinas, porque juntarse la gracia con el pecado grave, eso ni aun concebirlo

(1) Véase *Maravillas divinas,* cap. LXVIII y siguientes.

podemos. En este sentido dícese con verdad que la Confirmación borra los pecados accidentalmente (1).

7. GRACIA SACRAMENTAL.—Pero es más; en virtud de la Confirmación infunde el Señor en el alma otra nueva gracia, que llaman *sacramental,* perfección que se agrega á las gracias recibidas en el Bautismo, que robustece el espíritu contra todas las embestidas del demonio, del mundo y de las concupiscencias, confirmando al hombre en la fe, y dándole aliento y brío para confesarla enérgicamente ante el mundo entero, siempre que fuere necesario (2).

8. EL ESPÍRITU SANTO.—Y como si las energías dichas no fueran bastante para vencer al mundo incrédulo y padecer mil martirios por el nombre y la gloria de Jesucristo, produce la Confirmación un tercer efecto superior á todos, y que hace de los cristianos héroes, y de los héroes santos. Este efecto es *la comunicación del Espíritu Santo con la plenitud de sus gracias, de sus dones y de sus frutos,* á la manera qué fué dado á los Apóstoles en el día de Pentecostés (3).

Es verdad que en el *Bautismo* y en la *Penitencia* también se nos comunica *en cierto modo* el Espíritu Santo, juntamente con la gracia santificante; pero es mucho de notar que en la Confirmación viene á nosotros el divino Huésped por *especial modo* y en toda su plenitud, con toda especie de carismas. (Actos de los Apóstoles, VIII, 17, y XIX, 6.)

En el Bautismo viene el Espíritu Santo para *hermosear* el alma, para *complacerse* en ella, para *establecer allí su morada;* pero en la Confirmación, como el alma se encuentra ya *bella, pura, buena* y *santa,* el Espíritu Consolador la inunda, digámoslo así, con sus amores, hace en ella una nueva y completa efusión de sus dones, *la fortalece, la enriquece* y la pone radiante más que los astros del

(1) Si algún adulto está en pecado sin tener de ello conciencia, ó si se acercare á confirmarse sin estar perfectamente contrito, con tal que se acerque sin ficción, consigue la remisión de los pecados por medio de la gracia conferida en este Sacramento. (S. Thom., p. III, q. 72, a. 7 al 2.) De igual manera San Alfonso y otros dicen que alguna vez se confiere la primera gracia santificante por este Sacramento.—Puede verse Suárez, *De Confirmat.*, lect. 2.ª, n. 6.

(2) Per Confirmationem augemur in gratia et roboramur in fide. (Eugen., IV, *in Decreto ad Armen.*)

(3) In hoc Sacramentum datur Spiritus Sanctus ad robur, sicut Apostolis datus est in die Pentecostes. (S. Thom,, p. III, q. 72, a. 1 ad. 1, y en la misma quest. a. 2, *corp.* y ad. 1.)—San Agustín enseña que la Confirmación causa en nosotros los mismsos efectos que el Espíritu Santo obró en los Apóstoles el día de Pentecostés. (Libro III, *De Sacram. Bapt.*, cap. XVI, y lib. II *Contr. Cresc.*, cap. XIV.)

firmamento. El Bautismo es el ramo de oliva que nos augura la paz de Cristo; la Confirmación nos arma y equipa para el combate. El Bautismo nos hace reclutas disponibles del ejército cristiano; la Confirmación nos pone en servicio activo como soldados invencibles.

9. Por eso, cuando en lenguaje cristiano se dice que en la Confirmación el Espíritu Santo nos comunica *la abundancia de sus gracias,* quiérese decir que desenvuelve en nuestra alma las gracias recibidas en el Bautismo. Desenvolvimiento de la *caridad* para con Dios y para con el prójimo, haciéndonos más afectuosos en nuestros sentimientos, más generosos en el sacrificio de nosotros mismos, más tolerantes para tolerar los defectos de nuestros hermanos, más dulces en el trato cotidiano, más compasivos y dispuestos á socorrerlos en sus necesidades. Desenvolvimiento de las *luces divinas,* que nos hacen más aptos para comprender lo bueno y para discernir lo malo. Desenvolvimiento de las *fuerzas del espíritu,* con las cuales nos robustecemos para resistir las acometidas de los enemigos del alma y nos hacemos más intrépidos para atacarlos y portrarlos á nuestros pies. Es decir, que en la Confirmación dignamente recibida, se nos comunican por modo admirable las gracias del Espíritu Santo, ó sea sus *bienes,* sus *dones* y sus *frutos.*

10. Llámanse *bienes* suyos los que corresponden á los magníficos nombres que le da la Iglesia, á saber: *Padre de los pobres.—Autor de todas las dádivas.—Luz de los corazones.—Consolador de nuestro espíritu.—Huésped amable de las almas.—Dulce refrigerio del ánimo.—Descanso en nuestros trabajos.—Soplo temperador de las pasiones.—Solaz del hombre afligido.*—¡Cuántos bienes nos proporciona la Confirmación!

El Espíritu Santo cubre y rodea el alma del confirmado á la manera de un vestido, y la embellece con la corona de los siete dones que profetizó Isaías.

Con el don de *sabiduría* la mueve á la contemplación de las cosas divinas, á amarlas, á identificarse con ellas, á gustarlas y deleitarse en su posesión.

Con el don de *entendimiento* la esclarece, con el de *consejo* la dirige, con el de *fortaleza* la sostiene, con el de *ciencia* le hace discernir el bien del mal, con el de *piedad* la impulsa á complacerse en el culto de Dios, y con el de *temor* la hace andar vigilante para evitar las ofensas á la divina Majestad.

He aquí el sacro septenario de luz y de vigor con que el Espíritu Santo fortalece al alma confirmada y hace que las virtudes so-

brenaturales, infundidas en el Bautismo, cobren nuevas energías y pasen, digámoslo así, de la infancia á la virilidad cristiana. «La razón especulativa ve más claro; la razón práctica anda más recta, la fe más viva, la esperanza más firme, la caridad más ardiente, la prudencia más cauta, la fortaleza más confiada, la justicia más amplia y la templanza más austera» (1).

II. Esto es lo que realmente acontece; y aunque el cristiano no lo ve con los ojos corporales, la fe lo enseña, el corazón lo siente y los *frutos* de dichos siete dones, llamados por eso *frutos del Espíritu Santo*, hácense perceptibles á todo el que nos rodee, pues nuestra vida toda entera exhala en torno nuestro suavísimo perfume espiritual, á la manera que lo hacen materialmente los frutos de la tierra.

Es decir que, en virtud de la Confirmación, la *caridad*, principio de los demás frutos, nos conduce al amor *afectivo* y *efectivo* para con Dios y para con el prójimo, haciendo que resalten en nosotros todas las virtudes que San Pablo asigna á la verdadera caridad. El alma caritativa es *paciente, dulce y bienhechora; no es envidiosa, ni temeraria, ni precipitada en sus juicios, ni orgullosa, ni ambiciosa, ni egoista, ni susceptible, ni maliciosa, sino que se regocija en la verdad, lo cree todo, lo espera todo y lo soporta todo.* (I Cor., XIII, 4.)

El gozo espiritual, que es el segundo fruto, se revela en el rostro como en un espejo, dejando ver la feliz disposición del alma, siempre contenta de Dios.

La paz nos hace estar en armonía con Dios y con el prójimo, aunque á veces cedamos nuestros derechos por conservarla.

La paciencia, fruto hermosísimo que nos deja en calma en medio de nuestros sufrimientos físicos y morales.

La longanimidad nos hace conservar la firmeza de ánimo en sufrir, esperando los bienes eternos.

La bondad, que nos hace ser todo para todos, para hacer bien á todos, aun á costa de grandes sacrificios.

La benignidad, con la cual somos indulgentes, amables, dulces y amorosos para con nuestros semejantes.

La mansedumbre, que nos hace sufrir con resignación los males que nos hicieren y refrenar la ira, para no murmurar ni quejarnos de las sin razones.

La fidelidad, que nos lleva á cumplir exactamente lo prometido, sin que jamás haya en nosotros fraude, engaño ó doblez.

---

(1) S. Thom., p. I, q. 68, *De Donis*.

La modestia, necesaria para moderar nuestras acciones, movimientos y palabras.

La continencia, que nos es indispensable para refrenar las exigencias de los sentidos corporales.

La castidad, en fin, con la cual alejamos de nosotros todo lo que es peligroso para nuestra alma, y nos hacemos vigilantes, cautos y semejantes á los ángeles del cielo.

He aquí, en resumen, los *bienes*, los *dones* y los *frutos* del Espíritu Santo, con los cuales somos enriquecidos en el Sacramento de la Confirmación; y si hoy al recibirle no se otorga, como á los Apóstoles, el don de lenguas y de hacer milagros, es porque no lo hemos menester, pues la fe de Jesucristo se halla ya extendida y radicada en todo el universo; á la manera que nosotros, cuando plantamos un arbolito, sólo le regamos con agua el tiempo necesario para que eche raices, y luego, viéndole crecido, cesa todo riego.

12. Por último, el Sacramento de la Confirmación imprime en el alma un *carácter sagrado é indeleble*, que le autoriza para combatir contra los enemigos de la fe y contra sus propias concupiscencias, no siendo exagerado nuestro Ripalda cuando afirma que *entre un hombre que solamente esté bautizado y el que, además de eso, se confirma, hay tanta diferencia como de un niño de pecho á un varón fuerte y robusto.*

Ahora bien: como á grandes mercedes y á gran dignidad corresponden grandes obligaciones, conviene mucho que los cristianos confirmados sepan cuáles son las suyas.

§ II

INDÍCANSE LAS OBLIGACIONES DE LOS HOMBRES CONFIRMADOS

13. Liturgia de la Confirmación.—**14.** Obligaciones del soldado de Cristo.—**15.** Resumen de la doctrina sobre la Confirmación.—**16.** Condiciones para recibir los efectos de la Confirmación.—**17.** Conclusión

Ser *soldados de Cristo:* he aquí el cargo a que se ordenan todas las gracias y dones en el Sacramento de la Confirmación; por consecuencia, las obligaciones de toda persona confirmada consisten en cumplir exactamente los oficios de la milicia cristiana.

13. *La imposición de manos* que hace el Prelado á los que han de ser confirmados, tiene por objeto atraer sobre ellos la bendición divina, y significa que el Espíritu Santo va á descender y penetrar en su alma con la plenitud de sus gracias. Equivale á decirles: «¡Oh, cristianos! En este Sacramento vais á ser revestidos del poder de lo alto, Dios estará con vosotros; pelead varonilmente, y la victoria os coronará de gloria. El santo *crisma* con que voy á ungiros os dará el consuelo del Espíritu Santo y os hará suave el yugo del Evangelio: con él seréis fortalecidos como los atletas, seréis preservados de la corrupción mundana y llevaréis en vuestras virtudes el buen olor de Jesucristo. A continuación marcaré vuestras frentes con la *señal de la Cruz*, para que entendáis que esto lo hago en nombre del Salvador divino y con la autoridad que de El me ha sido comunicada, como autor de este Sacramento, y Jesucristo será vuestro Capitán y vuestro Rey, y peleará con vosotros para que su reino sea extendido por todo el universo.»

Con efecto: el Prelado, puestos de rodillas los que han de ser confirmados, extiende los brazos hacia ellos, en muestra de que va á cobijarles el Espíritu Santo, y pronuncia esta hermosa oración: «¡Oh Dios eterno y todopoderoso, que os dignasteis regenerar á estos vuestros siervos con el agua del Espíritu Santo, y les concedisteis el perdón de todos sus pecados: infundidles desde lo alto del cielo vuestro Paráclito, el Espíritu autor de todos los dones!—Los asistentes responden: *Amén.*—El Espíritu de sabiduría y de inteligencia, *Amén.*—El Espíritu de consejo y de fortaleza, *Amén.* El Espíritu de ciencia y de piedad, *Amén.*—Colmadles del espíritu de temor, y llamándoles á la vida eterna, ponedles por señal la cruz de Jesucristo. Os lo suplicamos por el mismo Jesucristo nuestro Señor, Hijo vuestro, que vive y reina con Vos en unión del Espíritu Santo por los siglos de los siglos, *Amén.*»

Y después, al ungir el Obispo á cada uno de ellos en la frente con el santo crisma, dice: *Yo te marco con la señal de la cruz, y te confirmo con el crisma de salud, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.*

14. De esta manera son todos erigidos en soldados valerosos de de Cristo, y á todos incumbe cumplir los deberes de buen militar. ¿Cuáles son estos deberes? Veámoslo con el símil de la milicia terrena.

Un militar vive desprendido de los países por los cuales transita, pues sabe que en todos ellos va de paso y no puede establecer en ninguno su morada permanente.—Un cristiano sabe que esta

vida es una peregrinación, que va de paso para su patria, que es el cielo, y á conquistarle encamina todos sus esfuerzos

Un militar no lleva consigo más bienes de la tierra que los absolutamente precisos, porque todo lo superfluo le sirve de embarazo; por modo semejante un cristiano ha de contentarse con lo indispensable para vivir, considerando que todo lo demás, si apega á ello su corazón, le sirve de obstáculo para el cielo. Todo lo ha de encaminar á su eterna salud, *y usar de las cosas de este mundo con desprendimiento como si no las usara* (I Cor., VII, 31.)

Un militar estima en mucho los honores de su cargo y la dignidad de su uniforme; no de otro modo el cristiano ha de tener por grande cosa la dignidad de hijo de Dios y el honor de ser hermano de Jesucristo.

Un militar es fiel á lo que él llama su consigna; esto es, la palabra de sus jefes, á quienes obedece puntual y prontamente; el trabajo cotidiano haciendo el ejercicio, y el trabajo extraordinario en las paradas y revistas; he aquí cabalmente lo que debe hacer un cristiano confirmado: ser fiel á su consigna, que son *los Mandamientos de Dios y de su Iglesia y los deberes propios de su estado.* Pero no nos detengamos aquí.

Un militar se gloría de estar íntimamente adherido á su regimiento, y de cobijarse bajo los pliegues de su bandera, prefiriendo morir á que ésta sea ultrajada; este es el modo con que el soldado de Cristo se une con lazo estrechísimo á la Iglesia y á sus jefes espirituales, queriendo morir mil veces primero que ver ultrajada la bandera de la Cruz.

Un militar ostenta ufano su uniforme, no se avergüenza nunca de llevarle, y se muestra ardoroso y valiente defendiendo el honor de su patria y de su Rey, aun con peligro de la vida; ¿qué otra cosa ha de hacer el soldado de la milicia cristiana, sino confesar públicamente su fe, con denuedo y energía, y siempre que fuere necesario, ya con sus palabras defendiéndola de los enemigos, ya con sus obras á presencia del mundo entero, aunque le cueste mil vidas y mil martirios horrorosos?

En suma, el cristiano verdadaro, fortalecido con la Confirmación, hállase en el imperioso deber de combatir por la fe de Jesucristo, públicamente, ardorosamente, heroicamente; piérdase la hacienda, piérdase la posición social, piérdase el honor mundano, piérdase la vida y el mundo entero, con tal que no se pierda la fe, ni se ultraje á Jesucristo, ni se condene el alma. *Es preciso obedecer á Dios antes que á los hombres* (Act. Apost., V. 29), y tener muy

presente que *el que se avergüence de confesar á Jesucristo delante de los hombres, Jesucristo no le reconocerá por suyo delante de su Padre celestial.*

15. Tales son en conjunto las cosas más importantes que á todo cristiano importa saber acerca del Sacramento de la Confirmación; y porque mejor puedan conservarse en la memoria, nos pareció bien repetirlas aquí en breve resumen.

La Confirmación es un Sacramento de la Ley nueva, distinto del Bautismo, como lo enseña la *Tradición,* lo definió el Concilio Tridentino, y lo han declarado varios Sumos Pontífices (1).

Su esencia consiste en la unción que hace el Obispo con el sagrado crisma en la frente del confirmando, diciendo al mismo tiempo: *Séllote con la señal de la cruz, y te confirmo con el crisma de la salud, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Fué instituido por nuestro Señor Jesucristo para armarnos soldados valerosos de la milicia cristiana, y fortalecernos contra los rudos combates de nuestros enemigos espirituales.

Los párvulos pueden salvarse con sólo haber recibido el Bautismo; mas si se hallan en peligro de muerte, conviene que reciban la Confirmación, para que sea aumentada en su alma la gracia santificante, y por consecuencia obtengan mayor grado de gloria en el cielo.

Los adultos deben apresurarse á ser confirmados tan luego como les sea posible, pues si descuidan notablemente, ó desprecian cosa tan santa, incurren (en opinión de graves autores) en pecado; y aunque así no fuera, se exponen á peligro de perder su alma por privarse de los auxilios y virtud del Espíritu Santo que la Iglesia exhorta á que los recibamos en tan soberano Sacramento.

Los efectos consiguientes de él son: *gracia santificante, gracia sacramental, carácter sagrado* y la recepción del Espíritu Santo en toda su plenitud, con los dones y frutos que le son propios.

16. Para que los adultos perciban dichos efectos se requieren tres condiciones: *estar bautizados, intención de recibir la Confirmación, y estado de gracia* (2).

Además, *¿qué han de saber los adultos que se confirman?—Lo que van*

---

(1) *De Consecrat.*, Dist. 5, cap. *Spiritus.*—Trident., sess. 7, *De Confirm.*, c. 1 y 2.

(2) Adulti deberent prius peccata confiteri, et postea confirmari; vel saltem de mortalibus, si in ea incederint, conterantur. (Pontific. Rom.)—Si aliquis adultus in peccato existens, cujus conscientiam non habet, vel si etiam non perfecte contritus accedat, dummodo non fictus accedat, per gratiam collatam in hoc Sacramentum consequitur remissionem peccatorum. (S. Thom., en Scavini, *De Confirmat.*)

á recibir y las obligaciones del cristiano.—Esto hemos aprendido cuando niños. Y en ello se nos muestra que aparte de las condiciones dichas como *necesarias,* hay otras *convenientísimas,* exigidas por la dignidad y excelencia del Sacramento, á saber:

1.ª Que los que han de ser confirmados conozcan la grandeza del acto sacramental que van á recibir, las gracias que confiere, y los demás efectos que produce, en especial las obligaciones que contraen, porque á quien Dios da más, exige más.

2.ª Que según la edad permita, se hallen instruidos en los rudimentos de la fe; es decir, que sepan y entiendan á lo menos la substancia del Credo, Padrenuestro, y Mandamientos de la Ley de Dios.

3.ª Que reciban el Sacramento en ayunas, especialmente si es por la mañana, consagrando algún tiempo á la oración, como lo hicieron los Apóstoles, de quienes leemos que perseveraron unánimes *en la oración y el ayuno.*

4.ª Que se acerquen al Prelado con modestia y aseo en el vestido y en la persona, sobre todo en la frente que ha de ser ungida, cuidando que no vaya cubierta con el cabello. (Benedicto, XIV, Notificat. 6 ª)

Finalmente, han de esmerarse en llevar devoción tierna, respeto profundo y veneración santa; pues todo esto quiere significar nuestro Catecismo cuando dice: *Los adultos han de saber lo que van á recibir y las obligaciones del cristiano.*

17. ¡Oh! Si esto se supiera y se considerara, ¡cuán de otro modo se acercarían los fieles de Cristo á recibir el Sacramento de la Confirmación! Mucho deben fijarse en esto aquellos á quienes incumba enseñar á los pequeñuelos, y sobre todo hoy más que nunca conviene inculcar y repetir los siguientes cánones del Concilio Tridentino:

1.º *Si alguno dijere que la Confirmación de los bautizados es ceremonia inútil, y no, por el contrario, verdadero y propio Sacramento; ó que no fué antiguamente más que cierta instrucción y examen en que los niños próximos á entrar en la adolescencia exponían ante la Iglesia los fundamentos de su fe, sea excomulgado.*

2.º *Si alguno dijere que injurian al Espíritu Santo los que atribuyen alguna virtud al sagrado crisma de la Confirmación, sea excomulgado.*

3.º *Si alguno dijere que el ministro ordinario de la santa Confirmación, es, no sólo el Obispo, sino cualquier mero sacerdote, sea excomulgado.*

Todo esto conviene recordar hoy que la secta protestante intenta emponzoñar la fe pura que hemos heredado de nuestros mayores; hoy que gentes revolucionarias han tomado sobre sí la ominosa tarea de descatolizar al mundo; hoy que se pretende arrojar á Cristo de las sociedades para que impere Satanás. Hoy más que nunca es preciso que los fieles confirmados levanten la bandera de Jesús, y con la energía sobrehumana que han recibido en la Confirmación, digan á la faz del mundo entero: «¡Atrás, gentes descreídas y sin Religión! ¡Atrás los que intentáis hermanar en horrible mezcolanza la vida cristiana y la vida pagana! ¡Atrás los que, tímidos y pusilánimes, oís sin protestar el reto lanzado públicamente á vuestras convicciones religiosas; los que usáis de miedosas condescendencias por respetos humanos; los que, mirando al medro personal, transigís con el error anticatólico. ¡Atrás todo lo bajo y vil! Nada conseguiréis de nosotros; somos confirmados, somos soldados de Cristo, y jamás ultrajaremos nuestra bandera, ni seremos traidores al Espíritu Santo, que hemos recibido plenamente en el Sacramento de la Confirmación.»

DE LA EUCARISTÍA COMO SACRAMENTO

CAPÍTULO XI

Naturaleza, preeminencia y nombres de la Eucaristía.

1. Después del Bautismo y la Confirmación sigue la Eucaristía.—**2.** La Eucaristía es el Sacramento de los Sacramentos.

NADA *hay más eficaz para excitar los ánimos de los católicos; nada mejor para profesar con valentía la fe y para practicar las virtudes dignas del nombre cristiano, como el amor á la Eucaristía y el acrecentamiento de su culto en los pueblos* (1).

Por eso emprendemos hoy, con deleite de nuestro corazón, estas ligeras apuntaciones sobre tan augusto é inefable Sacramento, confiados en la divina bondad, de la que todo procede.

1. El fin para que Dios crió al hombre fué para unirle intimamente á sí con lazo de eterno y dulce amor. En el *Bautismo* dió el primer paso; en la *Confirmación*, el segundo; en la *Eucaristía* consuma su obra, porque después de la unión deífica realizada en la *Comunión sacramental*, no hay más allá, y sólo resta el cielo: la Eucaristía es el paraíso en la tierra.

Por el *Bautismo* nacemos á la vida espiritual; por la *Confirmación* somos alistados bajo la bandera de Jesucristo; por la *Comunión* se nos da el alimento necesario para conservar aquella vida y no desfallecer en los combates de la virtud. He aquí por qué, después del *Bautismo* y de la *Confirmación*, sigue naturalmente la *Eucaristía* (2).

2. El Bautismo y la Confirmación unen al hombre con Cristo,

(1) León XIII al Ilmo. y Rmo. Obispo de Lugo, 21 de Febrero de 1896.

(2) Así lo enseña el Doctor Angélico en la *Suma Teológica*, p. III, q. 65, a. 2.

conforman la vida humana á la divina, asimilan la criatura al Criador, deifican nuestra naturaleza cuanto es posible con la gracia y con la estancia amorosa del Espíritu Santo en nuestros corazones; mas todo esto con ser tan magnífico, no hace sino bosquejar, digámoslo así, la unión íntima, real y personal de Dios con nosotros en el augusto y mil veces adorable Sacramento de la Eucaristía.

No le bastó al corazón sacratísimo de Jesús realizar por los dos primeros Sacramentos cierta conformidad espiritual de nuestra alma con la suya, dándonos por prenda y señal el rico tesoro de la gracia santificante y la plenitud de sus gracias actuales, dones y frutos, sino que, ardiendo en llamas de amor inmenso hacia nosotros, determinó comunicarnos su propia vida divina, por modo mucho más sublime, por Sacramento mucho más excelso, hallándose Él presente, dándosenos en alimento y permaneciendo entre nosotros como fuente inexhausta de gracias abundantes y de caridad infinita. Determinó instituir el Sacramento de la Eucaristía, y por este suavísimo y eficacísimo medio comunicarnos todos los dones celestiales que nos mereció con su muerte y pasión dolorosísimas. ¡Cuán bueno es el Señor y cuán poco le amamos!

Este es el Sacramento de los Sacramentos, al cual se refieren todos, y todos se encaminan (S. Thom., *Supl.*, q. 65, a. 3); el Sacramento del amor divino comunicándose á los hombres: el Sacramento que contiene en sí, no sólo la gracia, sino al Autor de ella; el Sacramento amor de los amores, milagro de los milagros, obra suprema de Dios, compendio de todas sus maravillas, que encierra en su esencia, no sólo el cuerpo, la sangre y el alma de Jesucristo, sino su misma divinidad, ó sea la Persona adorable del eterno Verbo. Sacramento del cual dijo el Catecismo del Concilio Tridentino que, *entre todos los sagrados misterios elegidos por nuestro Salvador y Señor como instrumentos para comunicarnos la gracia, ninguno hay que sea á él comparable.* (*De Eucaristía*, n. 1.)

De este Sacramento, pues, intentamos discurrir ahora; no para declararle en su esencia, que esto es imposible al humano lenguaje, sino para exponer, según nuestra pequeñez, lo que pareciere ser más apto para dar á entender la majestad de tan augusto misterio y los honores divinos que exige por parte nuestra. ¡Que el Señor nos haga todo ojos para ver y todo corazón para amar! Unicamente con el amor puede hablarse algo del Sacramento del amor.

De tres maneras habremos de considerar la Sagrada Eucaristía: primera, en cuanto es *Sacramento;* segunda, en cuanto es *Sacrificio,* y tercera, en cuanto es *Comunión sagrada.* Y comenzando por su ser sacramental, declararemos en este primer capítulo tres cosas.

1.ª La naturaleza de este Sacramento.
2.ª Su preeminencia sobre los demás.
3.ª Los nombres con qne le distinguimos.

§ I

DECLÁRASE LA ESENCIA DE LA SAGRADA EUCARISTÍA

3. ¿Por qué no escribió Jesucristo libros?—**4.** Jesucristo es Libro abierto.—**5.** La Eucaristía es un Sacramento.—**6.** Contiene al mismo Cristo.—**7.** Bajo las especies de pan y vino.

3. Ante todo ¡oh cristiano! nos ocurre hacerte una pregunta: ¿Por qué Cristo, Dios y hombre verdadero, cuando vivió en carne mortal sobre la tierra no escribió libro alguno en el cual dejara á la posteridad estampada de su propia mano su Ley evangélica? ¿Por ventura no escribió el Señor el Decálogo con su mismo dedo en la antigua Ley? (Exodo, XXXI, 18.) ¿Por qué no lo hizo Jesús en la nueva? ¡Oh! ¡Cuán honrado y adorado sería el libro del Salvador por todo el orbe cristiano! ¿Por qué, Señor, no habéis escrito libros?...

Una sola vez leemos de Jesucristo que trazó algunos caracteres en el polvo y pavimento del templo para defender á una mujer pecadora (1), y no sabemos que haya escrito más. ¿Por qué será esto? ¿No lo sabes, cristiano? Oye un momento.

4. No escribió Jesús libro alguno, porque Él mismo se dignó constituirse para nosotros *libro abierto,* y libro como el que vió Ezequiel (II, 9), escrito *por dentro y por fuera.* Por dentro se halla su divinidad y el inmenso amor con que su Corazón dulcísimo nos amó hasta el fin, que por eso dijo el Apóstol: *Me amó y se entregó á sí mismo por mí* (2). Por fuera se halla escrito con pluma de acero, con clavos durísimos, con lanza cruel... ¡Qué libro si queremos leerle y contemplarle!

(1) Jesus autem inclinans se deorum digito, scribebat in terra. (Joann., VIII, 6.)
(2) Dilexit me, tradidit semetipsum pro me. (Galat., II, 20.)

El escritor de este Libro fué el Espíritu Santo, porque Jesús fué concebido por virtud del divino Espíritu, siendo redactor del mismo libro el Eterno Padre; pues, como dijo David, desde la eternidad *rebosó su corazón palabra buena* (VERBUM BONUM). (Salmo XLIV, 2.)

El papel donde el acero grabó sus trazos, nadie lo ignora, fué su humanidad santísima, tomada del purísimo Corazón de la Bienaventurada Virgen María y sirviendo de ligadura la unión hipostástica, ó sea la unión de la naturaleza humana con la divina.

El color de la tinta fué rojo, pues hizo veces de tal la sangre preciosísima de Jesús, derramada tantas veces por nuestra salud en su acerbísima Pasión; pudiendo afirmarse que en este místico Libro son tantas las letras cuantas fueron las llagas y cicatrices de su cuerpo sagrado.

La impresión fué hecha en el Monte Calvario, por la prensa ominosa de la cruz, y allí mismo fué abierto el divino Libro y leído públicamente, cuando el Corazón sacratísimo de Jesús quedó traspasado con la aguda y cruel lanza del soldado Longinos, hecho misterioso que hizo exclamar á San Lorenzo Justiniano: *Dios Padre mostró a los ojos de los hombres el Libro de su divino Hijo, para que fuera leído por todos* (1).

Pues bien; este Libro singularísimo es el que intentamos leer ahora, no por fuera en lo que concierne á su dolorosa Pasión (2), sino por dentro en los incendios amorosos de su Corazón para con nosotros, cuyo centro y reflejo es la *Sagrada Eucaristía.*

Toma y lee, fué dicho á San Agustín. *Toma y lee,* nos dice el Señor á nosotros, para que á lo menos vislumbremos algo de los encendidos amores que El nos muestra en el Sacramento eucarístico. Las páginas de este Libro son hermosas, encantadoras, divinas. Leamos: ¿qué es la Sagrada Eucaristía?

5. *Es un Sacramento de la Ley nueva, instituido por nuestro Señor Jesucristo, en el cual, bajo las especies ó apariencias de pan y de vino, se contiene verdadera, real y substancialmente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad del mismo Jesucristo* (3). Definición teológica que corresponde exactamente con aquellas preguntas de nuestro Ripalda: *¿Qué se nos da en este manjar divino?—Al mismo Cristo, Dios y hombre*

---

(1) Librum hunc Deus publice exposuit, ut ab omnibus legeretur. (S. Lorenz. Just. libro *De Triumph. agon.*, cap. XX.

(2) De esto ya hemos tratado en la primera parte de esta obra, titulada MARAVILLAS DIVINAS, *Dios Redentor.*

(3) Canisius, cap. IV, *De Eucharist.*, § 1.°, y Scavini, con los demás teólogos.

todo entero.—¿Cómo, en solo señal ó figura?—No, sino en su misma real substancia.

Se dice que es un verdadero *Sacramento*, y esto es de fe, declarado en el Santo Concilio Tridentino, porque reune todas las condiciones necesarias, á saber: *Signo sensible,* que son las especies de pan y de vino, las cuales se ven, se tocan y se gustan, por más que las substancias del pan y del vino se hallen convertidas en cuerpo y en sangre de Jesucristo. Como también son signo sensible *las palabras* que el sacerdote pronuncia sobre el pan y sobre el vino.

Y nadie se imagine que por ser dos las especies sacramentales, hayan de ser dos Sacramentos, sino *uno solo*, y aunque se consagren muchas Hostias á la vez, porque todo ello se ordena á *un solo efecto* y constituye *un solo convite.* Es decir, que el Sacramento de la Eucaristía, aunque es múltiple materialmente, es *uno solo* formalmente. (S. Thom., *Suplem.*, q. 73, a. 2.)

Institución divina, pues, como luego diremos, instituyó este Sacramento Cristo nuestro Señor en la noche de la Cena cuando, tomando el pan, lo bendijo, diciendo: ESTE ES MI CUERPO; y luego, ofreciéndoles el cáliz, donde había puesto el vino, añadió: ESTA ES MI SANGRE... Siendo cosa evidente que sólo Jesucristo con su omnipotencia pudo poner su cuerpo, su alma y su divinidad bajo las especies de pan y de vino. ¿Quién sino Dios puede realizar tan asombrosas maravillas?

Causa la gracia, ó, lo que es lo mismo, fué instituido para santificarnos, pues así lo expresan las palabras del Salvador cuando dijo á sus discípulos: *El que come mi carne y bebe mi sangre tendrá vida eterna.* (Joann., VI, 55.) Es Jesucristo que se da todo al hombre, y con El le da la santidad, cuya fuente es su corazón sacratísimo, divinizado por el Verbo. Este es el Libro que el Señor nos ofrece para que leamos diariamente; ésta la página gloriosa de su amor infinito; éste el portento de su dilección para con nosotros, llevándole al extremo de infundir en nuestras almas los tesoros riquísimos de su divina caridad (1). Este es el Sacramento de la sagrada *Eucaristía*, máximum de los amores de Dios, que se nos da á sí mismo real y verdaderamente para que le poseamos y gocemos cuanto es posible en la tierra, como deleite anticipado de la eterna fruición que nos tiene prometida allá en el cielo. *Atrévome á decir—*

(1) Sacramentum hoc instituit, in quo divitias divini sui erga homines amoris velut effudit. (Trid., Sess. 13, c. 2.)

exclamó San Agustín asombrado—*que Dios, con ser omnipotente, no pudo darnos más; con ser sapientísimo, no supo darnos cosa mayor, y con ser riquísimo, no encontró mejor dádiva para nosotros* (1). Pero sigamos con la definición.

6. Dice que la Eucaristía *contiene el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, verdadera y realmente.* ¡Qué maravilla! La palabra *verdaderamente* quiere decir el mismo Cuerpo, la misma Sangre, la misma divinidad que Jesucristo tuvo sobre la tierra, y no *una simple figura* de aquel Cuerpo y de aquella Sangre, como blasfeman los impíos. *Realmente,* esto es, que aquel Cuerpo y aquella alma y aquella divinidad..., en una palabra, que aquel mismo Jesucristo se halla presente en la Eucaristía, *no por la fe, no haciéndonos creer que Él existe,* sino con *real presencia* en el Sacramento.

Y esta verdad es de fe, expresada en el Santo Concilio de Trento por estas palabras: *Si alguno negare que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y Sangre, en unión del alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y por consecuencia todo Cristo,* ó, por el contrario, dijere *que sólo está en él como en señal, en figura ó virtualmente, sea excomulgado. (De Eucarist.,* c. 1.) Que es cabalmente lo que aprendimos cuando niños en estas preguntas: *¿Qué hay en la Hostia consagrada?—Cuerpo, Sangre, alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo.—¿Y en el cáliz?—Sangre, Cuerpo, alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo.*

7. Por último, expresa la definición que en la Eucaristía se halla contenido Jesús *bajo las especies ó apariencias de pan y de vino,* y esto conviene entenderlo bien para que nadie sufra error.

Las especies ó *apariencias* de un cuerpo son aquello que cae bajo la acción de los sentidos; lo que se ve, lo que se toca, lo que se siente; ó, lo que es lo mismo, son las cualidades exteriores del mismo cuerpo, que impresionan nuestros sentidos corporales.

Cuando alguno se mira en un espejo, vemos en el cristal su figura, su color, su forma, pero no vemos la substancia de su persona, sino las apariencias de ella. ¿Habrá alguno tan loco que al mirarse reflejado en dicho espejo, juzgue que realmente está allí vivo, y que es de carne y hueso? Pues de semejante manera, hecha la consagración, la Hostia, aunque parece pan y conserva el gusto, el

(1) Audeo dicere, quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescit; cum sit ditissimus, plus dare non habuit. (S. August., tract. 48, *in Joann.*)

color y la forma de él, no es pan, sino el Cuerpo real y verdadero de Cristo nuestro Señor. Y de igual modo el cáliz, una vez consagrado, por más que conserve el color y el sabor de vino, no es vino, sino la Sangre de Jesucristo. La apariencia es una cosa y la realidad otra. El espejo muestra *la apariencia* de una persona, pero no hay tal persona; la Hostia consagrada nos deja ver *la apariencia* de pan, más bajo ella se oculta *el Cuerpo de Cristo nuestro Señor.*

Esto es lo que la fe nos enseña, lo que la Iglesia nos manda creer, lo que se ha creído desde el principio del Cristianismo y lo que se creerá hasta la consumación de los tiempos, porque la razón no lo puede contradecir, y los milagros de muchos siglos lo evidencian.

Ahora, teniendo ya una idea de la naturaleza de este Sacramento, fácil es deducir la preeminencia de él sobre todos los demás, y la grande veneración en que debemos tenerle.

§ II

INDÍCASE LA PREEMINENCIA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR

8. La Eucaristía es el más excelente de los Sacramentos.—**9.** Porque en él se contiene Cristo.—**10.** Porque á él se ordenan los demás Sacramentos.—**11.** Porque en él se consuman todos como centro de convergencia.

8. Pregunta el Doctor Angélico, hablando de los Sacramentos, si el de la Eucaristía es el más excelente de todos, y responde afirmativamente, diciendo: *En absoluto, el Sacramento de la Eucaristía es, entre todos, el más excelente,* y esto por tres razones:

1.ª Por lo que en él se contiene.—2.ª Porque á él se ordenan los demás Sacramentos.—3.ª Porque en él se consuman todos.

Con efecto; en la Eucaristía se contiene substancialmente el mismo Cristo, pero en los otros Sacramentos sólo hay cierta virtud instrumental participada del divino Salvador, lo cual es, sin duda alguna, de menor excelencia.

Todos los Sacramentos se ordenan á la Eucaristía, como á fin; y claro es que la consecución del fin importa más que los medios.

Los Sacramentos tienen por objeto unirnos á Jesucristo; y ¿cómo se consuma esta unión en la tierra sino por la Eucaristía? Luego, concluye el Santo, *la Eucaristía es en absoluto el más excelente entre los Sacramentos.* (P. III, q. 65, a. 3.)

Este argumento, así planteado, basta ciertamente para probar la preeminencia de la Eucaristía; pero es muy consolador ampliar estas ideas, y vamos á hacerlo para deleite de nuestras ánimas.

9. Grande es el Sacramento del *Bautismo*, que de esclavos de Satanás é hijos de ira nos hace libres y nos incorpora á Jesucristo, constituyéndonos hijos adoptivos de Dios y herederos de la patria celestial.

Grande es la *Confirmación*, en la que se nos da el Espíritu Santo como sello divino que imprime en nuestra alma el carácter de soldado de Cristo, y que nos unge con el crisma sagrado, prenda de su amor.

Grande la *Penitencia*, la cual nos lava con la sangre del Cordero, que quita los pecados del mundo, nos devuelve la gracia perdida por nuestra culpa, para que no perezcamos en nuestra miseria.

Grande la *Extremaunción*, que borra hasta las reliquias del pecado, fortifica al alma y la purifica para que pueda entrar sin obstáculo en las mansiones del cielo.

Grande el Sacramento del *Orden*, que dispone y consagra ministros para el altar santo, concediéndoles la magnífica potestad de perdonar los pecados y la asombrosa omnipotencia de multiplicar entre nosotros el misterio eucarístico.

Grande el *Matrimonio*, que une á los esposos en sagrado consorcio, para aumento de la familia cristiana y á semejanza del desposorio inefable de Cristo con su Iglesia.

Pero ¿qué significan todas estas grandezas, juntas y separadas, con la augusta y real presencia de Cristo nuestro Señor en el adorable Sacramento de la Eucaristía? ¡Oh! En aquel piélago de amor infinito es donde su Corazón derrama sobre el nuestro sus eternos amores, donde su vida esta como anonadada para darnos vida; á él se encaminan y en él se funden los Sacramentos todos; en él convergen y en él reciben su consumación y perfeccionamiento; en él se descubre *lo más grande, lo más bello, lo más venerable y lo más excelso* de la Religión cristiana, puesto que contiene, no solamente la gracia, sino al Autor y á la Fuente de la gracia misma, esto es, á nuestro Señor Jesucristo anonadado por nuestro amor (1).

---

(1) Eucharistiae Sacramentum est consummatio ac perfectio Sacramentorum omnium (S. Dionis.: *De Ecclesias. Hierarch.*, cap. III).—Opus enim gratiae, quod Dei Unigenitus, per regenerationis lavacrum in nobis inchoat, et per Confirmationis Sacra-

10. Todos y cada uno de los Sacramentos *se ordenan á la Eucaristía*, ya como preparación necesaria para llegar á tan excelso don, ya como medio para conservar sus grandiosos beneficios, y esto demuestra por modo evidente la grande preeminencia que tiene sobre todos. Unos y otros tienen por *objeto* unir nuestra alma con Dios; mas ¿qué comparación ofrece la unión que dan los Sacramentos *por medio de la gracia santificante*, con la que se realiza en la Eucarístia; mediante la cual el hombre y Dios se compenetran, digámoslo así, y hacen como una sola cosa, de tal suerte que el Corazón de Jesús se hace nuestro, y el nuestro suyo, y ambos laten al unísono, y el alma humana respira, y siente, y piensa, y quiere al modo que lo hace el divino y eterno Verbo hecho hombre? No es posible encarecerlo con palabras; la unión del alma con Dios en la Eucaristía es el comienzo en la tierra de la unión consumada que habrá de tener en el cielo. La unión eucarística es el *término de toda la religión*, porque la religión es el lazo que nos une al Supremo Hacedor: ¿y qué lazo más íntimo y perpetuo que la divina Eucaristís? Con ella se nos da posesión real de Dios sobre la tierra, y aunque es *velada* á nuestros pobres ojos, ya se vislumbra en ella la posesión esplendorosa y *visible* que nos aguarda en las mansiones celestiales.

11. En suma, la sagrada Eucarístia es *el centro de todo el Cristianismo*, pues considerada como *sacrificio*, es en el pueblo cristiano el único homenaje digno de la Majestad de Dios; así como en cuanto es *comunión*, constituye el hermoso festín que reune á toda la familia cristiana en una sola mesa, con un solo aliento y una sola aspiración.

Tal es la divina Eucarístia en su esencia y en su relación con los demás Sacramentos; y porque estas verdades queden plenamente confirmadas, no terminaremos este capítulo sin dejar antes indicados los diversos nombres con que la Sagrada Escritura y la Iglesia nos dan á conocer tan augusto Sacramento.

---

mentum perficit, per se ipsum conservat, fovet, nutrit, et usque ad ultimam perfectionem hoc admirabili cibo perducit. *(Damascen., lib. IV, cap. XIV.)*

§ III

NOMBRES PRINCIPALES DE LA SAGRADA EUCARISTÍA

12. Importancia de los nombres eucarísticos.—13. La Eucaristía considerada bajo tres aspectos.—14. Himno de los nombres eucarísticos.

12. Los nombres de las cosas, cuando son adecuados, expresan con *exactitud, verdad* y *claridad* lo que son las cosas mismas, ó sea su íntima *naturaleza* y sus *efectos propios*. Concretándonos al Sacramento eucarístico, son varios los nombres que le atribuyen las Santas Escrituras y los doctores católicos, y como todos ellos son aceptados por la Iglesia de Jesucristo, ó lo que es igual, por Dios mismo, cabe, en verdad, decir que dichos nombres son luz esplendorosa con la cual el Señor nos hace penetrar algo en lo íntimo del misterio amoroso en que se encierra Jesús sacramentado. Por eso conviene que los indiquemos.

13. Este misterio—dijo Santo Tomás—puede considerarse bajo tres aspectos: uno mirando á lo pasado, en cuanto es conmemorativo de la pasión del Señor, sacrificio verdadero hecho por nosotros, y en este sentido se llama SACRIFICIO; otro aspecto se refiere á lo presente; esto es, á la *unión común* que todos tenemos por este Sacramento de amor, y en tal concepto se le da el nombre de COMUNIÓN, ó lo que es lo mismo, COMUN-UNIÓN, que todos tenemos en Cristo, porque participamos de su carne y de su divinidad y porque comunicamos y somos unidos los unos con los otros mediante Él; por último, el tercer aspecto dice relación á lo futuro, en cuanto este Sacramento es prefigurativo del goce de Dios, que tendrá lugar en la patria, y en tal concepto se denomina VIÁTICO. (S. Thom., p. III, q. 73, a. 4, y Suárez, *Comentar.*)

Es decir, que en un solo y único Sacramento ha enlazado el Señor lo pasado, lo presente y lo futuro, ó sea cuanto hizo, cuanto hace y cuanto desea hacer por nosotros. ¡Oh prodigio del amor de Dios!—exclama Santo Tomás lleno de asombro.—Atrévete á todo ¡oh cristiano! cuando se trate de encomiar tan augusto Sacramento, pues por mucho que ensalces, subas y ponderes, aunque no cesen por eternidades tus alabanzas, todo es nada, aún no llegas, porque el Dios que en él se oculta es mayor que toda alabanza *(quia major omni laude)*. Aunque pidas lenguas prestadas á los ángeles, querubines y serafines, será poquísima cosa, y no bastará para su elogio·

(*Nec laudare sufficis.*) (1). ¡Dios *sacrificándose* por el hombre! ¡Dios *dándose en alimento* al hombre! ¡Dios *anonadándose* en el sagrario por el hombre! ¡Y el hombre no muere de amor por Dios! ¿Hay juicio en el hombre?

14. Vengan, pues, del cielo todos los espíritus angélicos, y con sus lenguas sobrehumanas canten himnos de alabanza al Señor sacramentado, diciendo con el lenguaje de la ciencia y del fuego del amor divino:

Vos, Señor, sois *memorial* perenne del sacrificio de la cruz, y os llamamos *Sacrificio—Santa hostia*.

Sois *lazo* inefable de unión entre los fieles cristianos, y os llamamos *Comunión*.

Sois *prenda* segura de la gloria, y os llamamos *Viático*.

Sois conocido por el *lugar* sagrado donde se comulga, y os llamamos *Santa mesa—Sacramento del altar*.

Sois reverenciado por la *manera* con que os dáis á los hombres, y os llamamos *Fracción del pan—La Santa Cena*.

Consideramos en la Eucaristía la dádiva por excelencia, el amor que de ella emana, y os llamamos *Gracia de las gracias—Amor de los amores—Don de Dios grande y magnífico*.

Consideramos el *secreto* y la majestad de que os halláis rodeado, y os llamamos *Santo misterio—Misterio de la fe*.

Consideramos la *dignidad* supereminente que os distingue, y os llamamos *El Santísimo Sacramento—El Sacramento de los Sacramentos—El Santo de los Santos*.

Consideramos los efectos que producís en las almas, y os llamamos *Pan de vida—Pan de los ángeles—Pan supersubstancial—Medicina del alma—Antídoto del pecado—Pan del cielo*.

Consideramos el modo con que los elementos son consagrados, y os llamamos: *Bendición—Buena palabra*.

Consideramos que os halláis realmente presente bajo las especies sacramentales, y os llamamos lo que en verdad sois: *El cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo*.

Consideramos en la divina Eucaristía la omnipotencia de Dios suspendiendo las leyes de la naturaleza para multiplicar los prodigios, y os llamamos *Milagro de los milagros*.

Consideramos, por último, que en el Santísimo Sacrmento se recibe, no sólo la gracia, sino al Autor de todas las gracias, y por

---

(1) Quantum potest, tantum laude,—quia major omni laude—nec laudare sufficis. (S. Thom.)

eso os llamamos ***Eucaristía***, que quiere decir ***Acción de gracias*** (1).

¡Dulcísimo y amorosísimo Señor sacramentado! ¡Vos sois nuestra dulzura, nuestro tesoro, nuestra felicidad, nuestra vida, nuestro Dios y nuestro todo! Loado y bendecido seáis, Señor, por los siglos de los siglos. ¡Desdichado el que no conoce, cree, ama y adora al Santísimo Sacramento!

---

(1) La palabra *Eucaristía* tiene once letras, las cuales, variadas en precioso anagrama, se lee: *Cithara Jesu*.—De igual manera, *Sacramentum Eucharistiae*, variando el orden de las letras, puede leerse: CHARA CERES MUTATA IN JESUM.

CAPÍTULO XII

La Eucaristía, la fe y la razón.

---

1. La Eucaristía es el gran libro de los cristianos.—2. En la primera página se lee la *necesidad* que de ella tenemos.—3. Razón de este capítulo.

El gran libro de las almas piadosas es el Corazón sacratísimo de Jesús, ya sea espinado y agonizante en el Calvario, ya anodado y víctima de amor en el Sacramento eucarístico. Del glorioso San Buenaventura, ornamento precioso y Cardenal de la Santa Iglesia Romana, leemos que aquella su admirable erudición y seráfica santidad la adquirió contemplando la dolorosa efigie de Cristo crucificado. Y como en cierta ocasión, siendo visitado por el Angélico Doctor Santo Tomás, éste le preguntara por la biblioteca de donde había recogido tan eminente doctrina, respondió el Doctor Seráfico, señalando al Crucifijo: «He aquí ¡oh buen Tomás! mi único libro y toda mi biblioteca: todo cuanto sé, en este libro de vida lo he aprendido.» (Lyraeo, en su *Vida.*)

Pues bien: de semejante manera nosotros, mirando al Corazón divino escondido en el Santísimo Sacramento, hemos de exclamar: *He aquí nuestro libro; en la sagrada Eucaristía encontramos toda nuestra ciencia.* Comencemos, pues, á leer siquiera la primera página, y en ella encontraremos la siguiente proposición: *La Eucaristía es necesaria al mundo cristiano.* ¿Es esto verdad?

2. Con efecto; esta necesidad la hallamos fundada *en las exgencias de la vida espiritual de nuestra alma*, y se hace evidente á poco que se reflexione. El hombre, en la vida de su espíritu, tiene—dijo Santo Tomás—gran conformidad con la vida de su cuerpo. En lo material *nace*, *crece* y le es necesario *alimento* para conservarse vivo; y no de otro modo en la vida espiritual del alma, *dada* por el Bautismo y *acrecentada* por la Confirmación, le es indispensable, para conservarla, *el alimento de la Eucaristía. Este Sacramento*—dice

el Santo (p. III, q. 73, a. 3)—*es necesario para la salud, pues por ella se une el hombre al cuerpo místico de la Iglesia, fuera de la cual no hay salvación* (1).

La vida, sea del orden que fuere, tiene necesidad de alimento, y no puede recibirle sino uniéndose al foco de vida que corresponde á su naturaleza. El cristiano lleva en sí *vida divina*, luego necesita divino alimento; necesita unirse al foco celestial, que es el Verbo de Dios encarnado; necesita, en una palabra, *unirse con Cristo nuestro Señor*. ¿Y cómo se unirá el hombre á Cristo en cuerpo y en alma, sino por la Eucaristía? *Mi carne*—dijo el mismo Jesús—*es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida... Si vosotros no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros*. (Joann., VI, 54-56.) Palabras de Dios que prueban la *necesidad* de mantener nuestras almas con el divino alimento de la Eucaristía (2).

3. He aquí cómo la razón, apoyada en la fe, puede, en cierto grado, demostrar la *necesidad* de un Sacramento en el cual Jesucristo se nos dé realmente como alimento espiritual. Mas pasando de la necesidad á la *realidad*, y puesto que en los tiempos actuales es preciso precaver los ánimos de los fieles contra los errores funestos de la secta protestante, intentamos en el presente capítulo

---

(1) Sin embargo, ha de entenderse que esta necesidad no es absoluta, pues basta para salvarse en los adultos el *deseo* de recibir la Comunión, cuando no hay posibilidad de recibirla de otro modo. Algunos griegos cismáticos y muchos calvinistas sostuvieron que la Eucaristía era necesaria á todos los fieles, *necessitate medii*, fundándose en que en los principios de la Iglesia se administraba la Encaristía á los niños, cual si fuese cosa necesaria para salvarse. Este fundamento es falso, porque si la Iglesia dió sólo algunas veces la Comunión á los niños, fué porque lo juzgó entonces útil, no necesario; y después la Iglesia latina, para mayor reverencia de este Sacramento, según Santo Tomás, prohibió darle á los niños. Por eso el Santo Concilio de Trento, sess. 21, c. 4, dijo: *Si quis dixerit parvulis antequam ad annos discretionis pervenerint necessariam esse Eucharistiae communionem, anatthema sit*. (Véase el extenso y hermoso comentario de Suárez sobre la q. 73, a. 3 de la *Suma* de Santo Tomás. Se halla en el tomo XX de la edición de París.)

(2) Estas palabras de Jesucristo dan á entender que todo cristiano, si quiere vivir la vida de los hijos de Dios, debe participar del Sacramento de la Eucaristía, sea realmente cuando está en estado y edad de poder hacerlo, sea de corazón y por deseo, y por la unión espiritual que tiene como miembro de Jesucristo con todo su cuerpo, cuando algún obstáculo invencible ó alguna razón legítima le impiden recibirle realmente. La razón de esto es, porque siendo la carne de Jesucristo verdadera comida, y su sangre verdadera bebida, no se pueden mantener nuestras almas sin este divino alimento y bebida. Y esto no debe tomarse como un discurso figurado y parabólico, porque el Señor pretende obligar á los hombres á comer realmente su carne y á beber su sangre, como que les es necesario para la vida santa de sus almas y para la resurrección gloriosa de sus cuerpos. (San Crisóstomo y Santo Tomás. Nota del Padre Scío.)

hacer algunas consideraciones generales sobre la *existencia de la Eucaristía* para que todo hombre de fe y buen sentido vea con su razón propia la *grande é imperiosa necesidad* de este Sacramento y jamás se deje seducir por las imposturas racionalistas. Mostraremos, pues, breve y sencillamente cómo la realidad del don eucarístico se deduce por rigor lógico:

1.° De su necesidad, del fin del hombre y de la Ley nueva.
2.° De la Encarnación, de la Redención y del amor de Jesucristo.

§ I

PRIMERAS RAZONES QUE PRUEBAN LA REALIDAD EUCARÍSTICA

4. Designios de Jesús en la Eucaristía.—5. Su realidad se deduce de su necesidad.—6. También del fin sobrenatural del hombre.—7. Lo exige la mayor perfección de la Ley evangélica.

4. Cristo nuestro Señor *todo lo hizo bien*, y al instituir en su Iglesia los Santos Sacramentos fué para que desde el primero al último suspiro de nuestra vida nos encontremos como rodeados y abrazados por su Persona adorable, proveyendo con largueza suma á todas nuestras necesidades, en especial á las del alma, en su vida sobrenatural. Por el *Bautismo* nos arranca de las garras de Satanás; por la *Confirmación* nos hace fuertes y valerosos contra El; si por ventura nos sorprende con sus astucias diabólicas y caemos derribados, el Señor torna á arrojarle ignominiosamente de nuestras almas por la *Penitencia;* pero, sobre todo, donde su corazón divino despliega todas las energías de su amor para engrandecernos, deificarnos y constituirse escudo, refugio y fortaleza contra nuestros perseguidores, es en la *Eucaristía* (1). ¡Bendito y mil veces bendito Sacramento, que nos une íntimamente á Jesús, que nos hace vivir vida divina detro de El y que, si vivimos, es sólo por El! *El que come mi carne y bebe mi sangre*—dijo Jesús—*en mí mora, y Yo en él. Así como Yo vivo por la unión que tengo con mi Padre celestial, que es el principio de mi vida divina, así el que me coma vivirá también una vida sobrenatural y deífica, por la unión que tiene conmigo* (2).

---

(1) Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me. (Salmo XXII, 5.)

(2) Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.—Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem, et qui manducat me, et ipse vivet propter me. (Joann., VII, 57-58.)

¡Grandioso privilegio! ¡Dignación suprema! ¡Jesús nos comunica su propia vida! En el Bautismo comienza, en la Eucaristía consuma y á la misma Eucaristía se llama *Sacramento de caridad,* que es el *vínculo de la perfección.* (Colos., III, 14, y S. Thom., p. III, q. 73, a. 3, al 3.º) El que quiera vivir—dice San Agustín—tiene donde vivir y de donde vivir: acérquese al Santísimo Sacramento, crea, incorpórese á él para ser vivificado, únase al cuerpo de Cristo, viva para Dios y viva de Dios. ¡Oh Sacramento de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! (1).

5. Pues bien; ya hemos sentado que la Eucaristía *es necesaria* para la vida espiritual de nuestra alma, y de esta necesidad arranca la primera prueba de su *realidad*. Por el mero hecho de habernos otorgado el Señor vida divina, y querer que ésta subsista en nosotros, ha debido darnos alimento divino, sin el cual no puede subsistir; Dios no exige imposibles, Dios no manda lo que no da, Dios no forma planes incompletos; El no deja nunca sus obras sin acabar. Por consecuencia, la Eucaristía, ó sea la presencia real de Jesucristo en medio de nosotros, y nuestra incorporación á El en el Santísimo Sacramento para conservar y alimentar la vida divina que nos dió en el Bautismo, debe existir *realmente,* como realmente existe un alimento material para que conservemos la vida de nuestro cuerpo.

Debe existir *de una manera permanente*, porque la vida del alma, rodeada de tantos peligros, ejercitada en continuos combates, y siendo débil por naturaleza, necesita á cada instante ser reparada en sus fuerzas espirituales por aquel alimento divino que renueva todas las cosas; así como el cuerpo tiene necesidad de ser reparado diariamente por los alimentos materiales.

Debe existir *en todas partes* y *á la disposición de todos,* porque en todas partes existen almas cristianas con necesidad de respirar y de alimentarse de Dios, así como al cuerpo humano le es preciso respirar el aire atmosférico y alimentarse de las substancias corpóreas.

No se puede dudar esto que vamos diciendo. Los seres de la creación tienen todos necesidad de alimentarse para vivir. Dios nuestro Señor hace crecer los árboles y las plantas con el alimento de la tierra y con la lluvia del cielo. La tierra es una mesa perfec-

(1) ¡O Sacramentum pietatis! ¡O signum unitatis! ¡O vinculum charitatis! Qui vult vivere, habet ubi vivat, habet unde vivat: accedat, credat, incorporetur ut vivificetur, haereat corpori, vivat Deo, de Deo. (S. August., Tract. 26, super. Joann., VI.)

tamente servida, donde todos los animales acuden á tomar el alimento que les conviene. ¿Es posible que el alma humana, siendo el ser más noble del universo, y hallándose necesitada, haya de carecer de alimento? No, ciertamente, esto no puede ser; Dios nuestro Señor atendió á esta necesidad, y por modo admirable; le comunicó su vida divina por el Bautismo, y luego, al tratar de alimentarla para que no desfalleciera en su peregrinación sobre la tierra, echó una mirada sobre la creación, y no encontrando cosa que fuese digna de ella... ¡oh bondad infinita! miró el Señor sobre sí mismo y dijo: YO SERÉ SU ALIMENTO. ¡Oh alma, cuán grande eres y cuán amada de Dios te hallas, pues sólo El puede alimentarte en tu vida espiritual, y solo El puede saciar tus aspiraciones! Tú le necesitas, El te se da todo entero: ¿quieres más?

6 Pero decíamos que la realidad de la Eucaristía era también una deducción lógica del *fin sobrenatural del hombre,* y esto es claro. Dios nuestro Señor nos crió para el cielo, para allí verle cara á cara y gozar de El, para transformarnos; por decirlo así, en El, asimilando todo nuestro ser, cuanto es posible, á su esencia soberana. Con designios tan amorosos plugo á su bondad colocarnos sobre la tierra para que nos preparemos á caminar á nuestro feliz destino. ¡Oh hombres! Mirad bien esto, y jamás caeréis en pecado.

Ahora bien; la preparación á un fin debe ser del mismo orden que dicho fin, y como el nuestro es espiritual, sobrenatural y divino, no se puede dudar que nuestra preparación ha de ser de igual naturaleza. Se dirá que para ello el Señor nos otorga su *gracia*, la cual es como *el principio de la gloria*, *á la manera que la gloria es la consumación de la gracia*. Es verdad; mas ¿basta esto? No por cierto; porque el hombre puede resistir á la gracia, puede no corresponder á ella y perder su fin; por tanto, es preciso otra preparación mayor, más excelente, y ésta es la *Eucaristía*. Con ella, y sólo con ella, bien recibida ó bien deseada, puede el hombre estar cierto *(moral ó conjeturalmente)* de que no se desvía de su fin; porque la Eucaristía, según sus efectos, como luego diremos (1), es un lazo de santidad que une el principio de la vida divina recibida en el Bautismo, con la perfección de esta vida, que será consumada en el cielo. De esta manera y no de otra, es como el hombre se forma en el espíritu, se prepara á su fin sobrenatural y asciende de grado en grado hasta el reposo eterno del cielo, objeto dulcísimo de sus constantes aspiraciones.

---

(1) Véase nuestra obra *La Vida feliz*, tomo IV, Efectos de la Comunión.

¡Infeliz del cristiano que durante su vida terrena no se prepare continuamente para el cielo con la digna recepción de la sagrada Eucaristía! «Comparad todas las obras buenas del mundo con una sola Comunión bien hecha, y todas ellas—dijo el venerable cura de Ars - serán como un grano de arena delante de una montaña. ¡Oh qué hermosa será en la eternidad el alma que haya recibido dignamente á Dios! El Cuerpo de nuestro señor Jesucristo brillará á través de nuestro Cuerpo, su Sangre adorable á través de nuestra sangre; nuestra alma quedará unida al alma de nuestro Señor por toda la eternidad, gozando así de una felicidad pura y perfecta. Cuando el alma de un cristiano que ha recibido la Comunión entra en los cielos, los Angeles y la Reina de todos ellos salen á su encuentro, porque en aquella alma reconocen al Hijo de Dios.»

7. Mas viniendo ya á una tercera prueba de la *realidad eucarística,* decimos que *de la perfección de la Ley nueva,* la cual, según San Pablo, debe sobrepujar á la antigua en *santidad, justicia y perfección,* se deduce dicha verdad. Este argumento es del Angélico Doctor, quien en la *Suma teológica* (p. III, q. 75, a. 1.), afirma que fué propio de la Ley nueva que el verdadero Cuerpo y la verdadera Sangre de Jesucrito se hallasen presentes en la Eucaristía. «Los sacrificios de la antigua Ley - dice el Santo, contenían el verdadero sacrificio de la pasión sólo en figura, según aquella sentencia del Apóstol: *La Ley tenía la sombra de los bienes futuros* (Hebr., X, 1), pero no la realidad. No así en la Ley nueva, pues siendo el sacrificio establecido por Cristo más perfecto, contiene, no solamente *la figura,* sino *la realidad,* ó sea á Jesucristo mismo en estado de víctima. Por esta razón, la Eucaristía, en la cual se halla realmente Cristo en persona, es la fuente de la perfección de los demás Sacramentos, con los cuales únicamente nos hacemos partícipes de la virtud de Cristo.

Fué, pues, de todo punto preciso que el misterio eucarístico contuviera en sí mismo realmente el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, porque de lo contrario la *Ley nueva sería inferior á la antigua,* lo que es imposible, sobre todo, en los *sacrificios,* los cuales constituyen el homenaje más grande que puede hacerse á Dios. Antes de la Ley mosáica se ofrecían al Señor en sacrificio corderos y aves; bajo el imperio de la Ley de Moisés se sacrificaba el cordero pascual; y todo esto, ¿quién no ve que indicaba más vivamente los efectos de la muerte de Jesucristo, que un poco de pan y un poco de vino? Luego bajo las especies de pan y de vino es pre-

ciso que se contenga realmente Cristo nuestro Señor. Pero sigamos adelante y consideremos otro orden de pruebas si cabe más expresivas.

§ II

DE OTRAS RAZONES QUE PRUEBAN LA REALIDAD DE LA EUCARISTÍA

8. En la Eucaristía campean todas las perfecciones divinas.—**9.** Por la Encarnación se prueba la realidad de la Eucaristía.—**10.** También por el Santo Sacrificio de la cruz.—**11.** Muy principalmente por el amor de Jesús hacia nosotros.—**12** Cómo Jesús realizó el prodigio.—**13.** Conclusión.

8. Admirable es Dios en todas sus obras, y muy especialmente en la *Encarnación* de su eterno Verbo, donde campean por subida manera sus perfecciones divinas. Sin embargo, en el orden de los prodigios sagrados hay un misterio insondable que *continúa, completa* y *perfecciona* la Encarnación del Hijo de Dios. Este misterio es la *Eucaristía,* centro augusto de los demás Sacramentos, prolongación y multiplicación de la real presencia de Dios humanado en este valle de lágrimas, renovación del holocausto del Calvario, reencarnación del Verbo en cada uno de sus miembros místicos, y perfeccionamiento supremo de nuestra vida sobrenatural por la unión más íntima que podemos tener con Dios nuestro Señor.

9. *Por la Encarnación* Jesús está con los hombres por un tiempo determinado, en un solo determinado país, y haciendo bien á determinados hombres, que le conocieron personalmente; mas esto era poco para su Corazón divino, sus designios amorosos tienen más altos vuelos y por eso instituyó la *Eucaristía,* mediante la cual está Jesús con los hombres todos, en todos los países del mundo, y por todos los tiempos imaginables *hasta la consumación de los siglos* (1).

Por la Encarnación se halla Jesús viviendo *con nosotros; por la Eucaristía vive dentro de nosotros,* que es mucho más.

Por la Encarnación el Verbo divino se une hipostáticamente *á la naturaleza humana* para divinizarla; *por la Eucaristía* es el mis-

(1) Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem saeculi. (Matth., XXVIII, 20.)

mo Verbo de Dios que se une sacramentalmente *á cada uno de los hombres* para realizar en ellos la deificación en cuanto es posible.

Por la Encarnación se hace ostensible en el mundo el amor de Dios al humano linaje; mas *por la Eucaristía* se realiza el perfeccionamiento de ese amor, puesto que es el mismo Dios, plenitud de amor, quien, siendo infinito, se da al hombre por infinita manera, sin que sea posible más. Superior á la Eucaristía no hay nada ni en la tierra ni en el cielo. Es el mismo Dios.

¿Es posible concebir ni imaginar que Dios, Sabiduría infinita y poder infinito, dejara su obra maestra incompleta, y que después de la *Encarnación* no añadiera como perfeccionamiento la *Eucaristía*, conteniendo real y verdaderamente el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo?

10. Pero aún hay otra prueba que confirma la anterior, y es *el Santo Sacrificio de la Cruz;* pues de él se deduce que Jesús está realmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar. Con efecto; el sacrificio de la Cruz, realizado en la cima del Gólgota, ha hecho de Jesucristo una *Víctima redentora, una Víctima aceptada por el Eterno Padre, una Víctima que, cuanto es de su parte, obtiene necesariamente la remisión de nuestros pecados*; y esta remisión se nos concede sólo mediante nuestra unión con dicha Víctima, sea por la gracia, sea por amor, sea de otra manera. ¿Cómo se han unido siempre los hombres á las víctimas de sus sacrificios, para ser agradables á Dios? La Historia lo dice; *por la manducación,* tomándola por alimento. Si así aconteció en la figura, ¿qué ha de ser en la realidad?

San Pablo afirma que los israelitas que comían después las víctimas ofrecidas, eran partícipes del altar y se unían á Dios por este medio. Si pues Jesucristo es nuestra Víctima, debe reunir estos dos caracteres: Primero, el de *ser inmolado por nosotros sobre la Cruz;* segundo, el de *ser manjar nuestro para servirnos de alimento en el altar.* Uno y otro carácter deben ser igualmente realizados en su persona; y así como debe ser inmolado en su propio cuerpo y en su propia substancia, así también debe ser comido en idéntica forma; que por eso dijo El de sí mismo: *Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida.* (Joann., VI, 56.)

11. Por último, y á fin de no hacernos interminables, pondremos fin aduciendo una última prueba de la realidad de la Eucaristía, á saber: *el amor de Jesús hacia nosotros;* pues si Jesucristo, siendo omnipotente, pudo instituir la Eucaristía, y teniéndonos infinito amor exigía éste que la instituyera, no se puede negar que, en

efecto, la instituyó. ¿Quién será osado á poner en duda ninguna de estas cosas?

El corazón sacratísimo de Jesús hallábase rebosando amor el más generoso y el más ardiente que puede concebirse en obsequio nuestro, y por consecuencia el más insaciable de sacrificarse por hacernos bien; y como por otra parte se unía á dicho ámor un poder infinito, lógico es concluir que nada podía detenerle en la ejecución de su pensamiento eucarístico.

El amor, sea divino, sea humano, es siempre una fuerza que tiende enérgicamente á la unión con el amado; y si el amor es intenso como el que existía en el corazón ternísimo de Jesús, no acierta á separarse un punto del objeto de sus amores. Quisiera el que ama tener con el amado unión *del alma* por los mismos pensamientos, por los mismos deseos y por las mismas aspiraciones.—Unión del *corazón*, sintiendo el uno lo que el otro siente, queriendo lo que él quiere, amando lo que él ama y deseando que sean comunes hasta los latidos del corazón.—Unión *de bienes* materiales, intelectuales y sobrenaturales, por la comunicación mutua de los unos y de los otros.—Unión hasta *del cuerpo*, viviendo de la misma vida tanto cuanto sea posible. Es decir, que quisiera el amante como encarnarse en los que ama, vivir en ellos y hacer que ellos vivan con la propia vida de él. Esta es la ley del amor.

Pues bien; esto que en nosotros no es posible y que se queda en simple aspiración de nuestro espíritu, se realiza en la tierra con toda su plenitud en Cristo nuestro Señor. El, como su amor es más intenso y más fino que el nuestro, lo desea más apasionada y ardientemente que nosotros ansiamos la unión de corazones y de almas. Los antiguos dijeron que el amor ponía á los hombres locos, y exagerando la frase cabe decir que Jesús está como loco de amor por el humano linaje, y por cada uno de nosotros en particular ¡Por nosotros, tan fríos y tan tibios! ¿Qué hacemos?

12. Jesús, en cuanto Verbo creador, comenzó á mostrarnos sus amores en la *creación,* dando al hombre, juntamente *con la vida, el mundo entero* para su morada, sustento y regalo. Después continuó su obra amorosa por la *Encarnación,* dándose al hombre, hasta deificar la humana naturaleza, complaciéndose en habitar con él. Finalmente, *completó, consumó y perpetuó* la fineza inconcebible de su tierna dilección instituyendo la sagrada Eucaristía, no sólo para quedarse con nosotros hasta el fin de los tiempos, sino para incorporarnos á El, para que vivamos en El y de El ó sea *para consumarnos en la unidad con Él*, según el ruego que hizo á su Eterno

Padre, diciendo: *Padre, una sola cosa os ruego, y es que éstos que me has dado, sean uno en nosotros, así como Tú y Yo somos uno* (1).

«El mismo Dios—dijo un orador sagrado,—que con su augusta majestad llena los cielos, residirá corporalmente en los templos cristianos; el Pan de los ángeles lo será también de los hombres; Dios, que comunica en la gloria su esencia, comunicará en la tierra la naturaleza con que se desposó; el inefable misterio de la Encarnación, que no hizo más que unir el Verbo con la humana naturaleza, se verá como acrecido, perfeccionado y completado por la íntima unión de la carne divina con todas las almas cristianas, y todas podrán exclamar con el Apóstol: *Vivo yo, mas ya no yo, sino que Cristo vive en mí.* (Monsabré, Confer. 69, año de 1884.)

Verdaderamente así es, y consuela mucho recordarlo; el amor hacia nosotros que arde en el corazón sacratísimo de Jesús es de tal naturaleza, que no pudo quedar satisfecho con dedicarnos sus pensamientos, sus palabras, sus cuidados, su ternura, su tiempo y sus fuerzas durante su vida mortal sobre la tierra; tampoco pudo satisfacerle el dejarnos los tesoros riquísimos de su ciencia, de su sabiduría, de su bondad y de su Corazón deífico; ni aun llegó á saciar los deseos de su ánimo al enriquecernos con sus ejemplos, sus virtudes, sus dolores, sus méritos y dar por nosotros su preciosa vida; necesitaba, digámoslo así, y exigía la vehemencia de su amor, el dársenos todo entero realmente en su propia *substancia*, la divina y la humana, aquella misma que recibió de su Padre por la generación eterna, aquella misma que recibió de su Madre en la Encarnación, y por su consecuencia *su persona, su cuerpo, su alma y su divinidad;* necesitaba, en suma, subir al Padre celestial y juntamente quedarse con nosotros, y por eso se nos dió en la *Eucaristía*, y se hizo nuestro alimento, á fin de que todos y cada uno podamos decir con verdad. *Ya no soy yo el que vive, es Jesucristo quien vive en mí.* (Galat., II, 20.)

13. Estas son las finezas de amor nunca oídas ni imaginadas, que atesora para nosotros el corazón sacratísimo de Jesús; éstas son las riquezas que puso á nuestra disposición durante esta vida terrena para que sepamos aprovecharlas y agradecerlas, pagándole amor con amor; ésta fué la manera asombrosa que tuvo de quedarse con nosotros y de hacernos una cosa consigo mismo, dándonos todo su ser, real y verdaderamente como está en los cielos. Los sentidos corporales no lo ven, la inteligencia con sus luces na-

(1) Ut sint unum, sicut et nos. (Joann., XVII, 11.)

turales no alcanza el misterio; pero la Escritura le expresa, la fe le propone, la Iglesia le enseña, y la razón, apoyada en el dogma, deduce lógicamente la real presencia de Jesucristo en el Sacramento del amor, *ya de la necesidad de la Eucaristía; ya del fin sobrenatural del hombre; ya de la perfección de la Ley evangélica; ya del hecho mismo de la Encarnación del Verbo; ya del sacrificio de la Cruz; ya, en fin, del amor ardiente, eterno, infinito que atesora el corazón de Jesús en favor nuestro.*

¿Qué debemos hacer nosotros en virtud de tantos y tan grandiosos prodigios como el Señor hace por santificarnos, por unirnos á su corazón divino y por deificarnos cuanto es posible á humanas criaturas? Aquí el silencio; cada cual lo medite consigo mismo, vea lo que hace, vea lo que debe hacer, y después resuélvase á obrar: diciendo con el Apóstol: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta... mi vivir es Cristo... y Cristo es todo en todas las cosas.—Omnia in omnibus Christus.*

CAPÍTULO XIII

Preparación al dogma de la Sagrada Eucaristía.

---

1. Resumen del capítulo anterior.—**2.** Orden de materias.

Habiendo ya probado *la realidad de la Eucaristía* por la *necesidad* que de ella tenemos, por *el fin* sobrenatural del hombre, por la perfección de la *Ley nueva,* por la *Encarnación* del divino Verbo, por la *Redención* del género humano y por *el amor* infinito que Jesús nos tiene, lo cual ciertamente arroja luz vivísima sobre las inteligencias hermoseadas con la fe católica, tiempo es ya de comenzar á exponer las *pruebas directas* de tan profundo como consolador misterio.

2. Múltiples y muy variadas é importantes son las materias que á este respecto hay necesidad de tratar; mas todas ellas, si bien se considera, pueden reducirse á los puntos siguientes:

1.° *Las figuras, profecías y promesas de la Eucaristía.*
2.° *La institución y motivos de tan augusto Sacramento.*
3.° *La real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.*
4.° *El dogma de la Transubstanciación.*
5.° *Las grandezas y las lecciones de la Eucaristía.*
6.° *Sus efectos generales en el orden moral y social.*

Brevísimos habremos de ser en la declaración de tantos y tan grandiosos misterios, pues nos concretaremos particularmente á la práctica y á lo que más interese saber al común de los fieles cristianos; y comenzando por las cosas que precedieron á la institución de la Santísima Eucaristía, como preparación á ella, explicaremos dos puntos:

1.° Las principales figuras de la Sagrada Eucaristía.
2.° Sus profecías y sus promesas.

§ I

INDÍCANSE LAS PRINCIPALES FIGURAS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

3. El corazón de Jesús y las necesidades del hombre.—**4.** Necesidad del Sacrificio eucarístico.—**5.** Figuras de la Eucaristía.—**6.** El árbol de la vida.—**7.** El río del Paraíso.—**8.** El sacrificio de Melchisedech.—**9.** El Cordero pascual.—**10.** El Maná del desierto.—**11.** El arca de la Alianza.—**12.** Los panes de la proposición.

3. Entre todas las obras admirables de la omnipotencia divina no hubo otra mayor que la Encarnación del eterno Verbo y la institución del Santísimo Sacramento. Indigno era el hombre de merced tan señalada; mas Dios, de quien es propio compadecerse y perdonar, se dignó hacerse hombre, para que el hombre quedara hecho digno de Dios. Semejante al paralítico de la piscina hallábase el genero humano en la mayor indigencia, sin poder salir de su abyección ominosa: faltábale un hombre que cual ángel de Dios le tomara de la mano y le dijera como á aquel infeliz tullido: *Levanta y anda.* Este hombre se presentó en el mundo, y es nuestro Señor Jesucristo, Verbo divino encarnado, que tomó la naturaleza humana, y con ella un corazón amorosísimo, que se compadeció de nuestras miserias, y remediándolas con su pasión y muerte, nos tomó de la mano y nos dijo: *Levanta y anda.*

Para esto, observa San Agustín (Serm. X *de Nativ. Dom.*), descendió del cielo el Verbo del Padre al seno purísimo de la Virgen Madre; pues entró en el plan divino de la regeneración del hombre que tomara de la sangre virginal de María el cuerpo que había de entregar á la Cruz por nuestro amor. El rocío del cielo descendió sobre el vellocino de Gedeón, y el Verbo de Dios sobre el casto seno de la Virgen Inmaculada.

4. ¡Oh amor inmenso del corazón de Jesús! Los sacrificios todos del Antiguo Testamento, ya por parte de los oferentes, ya por razón de la cosa ofrecida, no eran bastante para aplacar á Dios Padre ofendido; mas he aquí que descendiendo de lo alto su Hijo Unigénito, se ofreció á sí mismo como Víctima por nuestros pecados, y la deuda, que era infinita, quedó en absoluto saldada. *¡Oh Padre!*—dijo Jesús;—*hasta ahora no te han sido aceptos los sacrificios, ni las ofrendas, ni los holocaustos, sino en cuanto eran figura del que yo te había de ofrecer en la cruz. Por esto me has revestido de un cuerpo formado por ti mismo, en el que pudiese yo ser sacrificado*

por satisfacer la deuda del humano linaje. He aquí que vengo para hacer ¡oh Dios! tu voluntad. (Hebr., X, 5-10.)

Pues bien: ¡Jesucristo, he aquí el hombre sin el cual no podemos ser sanos! ¡He aquí el hombre sin el cual permaneceremos siempre paralíticos en la vida espiritual! ¡He aquí el hombre sin el cual no podemos vivir para el cielo, porque su vida es nuestra propia vida!

Jesucristo, sin embargo, después de resucitado, sube al Padre... ¿Nos habrá de dejar solos en este valle de miserias? No en verdad; esto no lo sufre su corazón amoroso. Necesitamos, como el paralítico, un hombre, y Él quiere ser siempre ese hombre. ¿De qué manera? ¡Oh! Aquí entra lo más asombroso y lo que jamás pudo caber en humano entendimiento: Jesucristo lo realizó instituyendo la sagrada *Escritura*, quedándose realmente en ella, sin dejar por eso de subir á su Eterno Padre. Este es el misterio, prodigio de los prodigios de Dios, amor de los amores divinos, encanto y consuelo de los corazones humanos. Comencemos á considerarle según nuestra pequeñez.

Dios nuestro Señor ha querido que la Eucaristía, como el gran milagro de su amor hacia los hombres, fuera anunciada y entrevista por ellos con mucha anticipación en las páginas del Antiguo Testamento; primero, por *figuras;* después, por *profecías,* y, finalmente, por *promesas.*

5. Figuras de la Eucaristía.—Las figuras están terminantes, son asombrosas y prueban que la Eucaristía es el compendio y memorial de la antigua Ley. Es axioma de exégesis bíblica que todo el Antiguo Testamento constituye una figura continuada de Jesucristo, y así lo testificó San Pablo cuando, hablando á los de Corinto (X, 6), les dijo: *Todas aquellas cosas del desierto acontecieron en figura.* Es decir, que todo cuanto leemos en las páginas sagradas antes de la Ley evangélica, sean *preceptos,* sean *ceremonias,* sirvieron para *preparar, anunciar* y *figurar á Cristo;* y esto ciertamente es verdadero, lo mismo hablando de Jesús encarnado que de Jesús en la Eucaristía. El mismo Salvador divino lo mostró á sus discípulos, declarando que el Maná era *figura* del Santísimo Sacramento.

Varias son las figuras del misterio eucarístico que se ofrecen á nuestra consideración; más aquí enumeraremos sólo las principales, que son las siguientes:

El árbol de la vida.

El río que regaba el Paraíso terrenal.

El sacrificio de Melchisedech.
El Cordero pascual.
El Maná del desierto.
El Arca de la Alianza.
Los panes de la proposición.

¡Cuánta figura, cuánta maravilla y cuánto tiene aquí donde espaciarse la consideración cristiana!

6. El árbol de la vida.—Plantado se hallaba aquel árbol maravilloso en medio del Paraíso (Génes., II, 9); plantada es encuentra la sagrada Eucaristía en medio del paraíso de la Iglesia.

Si aquel árbol fué el centro de los demás en jardín tan ameno, sobresaliendo entre todos y conteniendo en sí mismo la virtud de todos, de igual manera la Eucaristía es el centro de toda la Religión y de los Sacramentos restantes, superior á todos en excelencia y encerrando dentro de sí mismo la virtud de todos é infinitamente más.

Si aquel árbol preservaba al hombre de las enfermedades, de las tristezas y de la muerte, mucho más la Eucaristía nos preserva á nosotros de las dolencias del alma, de las aflicciones del espíritu y de la muerte eterna, hija del pecado, que es la suprema desgracia.

Si aquel árbol se llamaba *de la vida,* porque conservaba la de Adán asegurándole una especie de inmortalidad en la tierra, con muy superior modo la sagrada Eucaristía debe llamarse el *Sacramento de la vida,* puesto que ella, en el orden sobrenatural, la da y conserva y acrecienta en el alma, haciéndola vivir eternamente. ¿Quién no ve en aquel árbol maravilloso delineado á grandes rasgos el Sacramento del amor?

7. El río del Paraíso.—Pero no menos le bosqueja *el río que regaba el Paraíso terrenal.* Aquel río sorprendente brotó caudaloso de un lugar de placeres, y sus aguas fecundantes sostenían el verdór, la hermosura y el encanto de tan ameno jardín; por semejante manera la Eucaristía surgió del corazón sacratísimo de Jesús, fuente de todo placer, y la sangre divina que misteriosamente fluye del altar santo, no sólo vivifica y fecundiza el corazón de los hombres, sino que hace germinar y riega y acrecienta las virtudes cristianas en nuestra alma para que jamás languidezcan, ni se marchiten, ni mueran.

Aquel río, con sus cristalinas y bullidoras aguas, regaba todo el jardín, árboles, plantas y hierbas, y todo crecía, y recreaba, y esparcía suavísimo aroma, signo de agradecimiento, como diciendo

al divino Hacedor: *Señor, muchas gracias...* La Eucaristía, por modo muy superior y con más hermosas corrientes, inunda las almas cristianas sedientas de luz, de justicia y de amor, y cuando ya se hallan saturadas del inefable manjar eucarístico, derraman en torno suyo perfume de santidad, y dirigiéndose á Jesús sacramentado, exclaman llenas de júbilo: *Señor, muchas gracias.*

Aquel río paradisíaco comunicaba la vida, la fuerza y la savia á los árboles que producían sabrosos frutos y á las plantas que se extendían lozanas, ostentando odoríficas y matizadas flores, más que el oro y la plata preciosas... La Eucaristía, en regiones inmensamente más elevadas, comunica á las almas la savia divina del corazón de Jesús, haciéndolas extenderse en sabiduría, en gracia, en amor, en prudencia, en pureza, en humildad y en todas las demás virtudes, frutos deliciosos de santidad que forman las complacencias del Corazón deífico.

8. EL SACRIFICIO DE MELCHISEDECH.—¿Se dirá, por ventura, que esto es grandioso, magnífico y que sublima al hombre por extraordinaria y nunca oída manera? Verdaderamente, así es, y mucho más si se atiende á que el mismo hombre en el Sacrificio eucarístico no obra como hombre ni le ofrece como hombre, sino como Dios. Jesucristo es el principal oferente, es el Sacerdote de la Ley nueva, el *Sacerdote eterno, según el orden de Melchisedech.* (Psalmo CXIX, 4.) Jesucristo ofrece á su Eterno Padre el pan y el vino convertidos en su cuerpo y en su sangre, y esta ofrenda es llamada *Eucaristía,* ó sea *Acción de gracias.* El sacerdote católico en el altar, y los fieles que juntamente con él son cooferentes, obran, no en su nombre propio, sino en el de Jesucristo, formando como una sola cosa con Él. Pues bien: Melchisedech, sacerdote de la Antigua Ley, ofreciendo á Dios el pan y el vino en acción de grácías, no fué otra cosa que una figura de la realidad eucarística.

9. EL CORDERO PASCUAL.— Cosa sorprendente, sin duda, es la figura de la Eucaristía representada en el sacrificio de Melchisedech; pero ¿fué ésta la principal y la que con más exactitud la determina?—No por cierto—contesta Santo Tomás,—pues el cordero pascual lleva la preferencia, y esto por tres razones; Primera, porque aquel cordero era comido con panes ázimos. (Exodo, XII, 8). Segunda, porque era inmolado por todos los hijos de Israel en la luna XIV, lo cual fué figura de la Pasión de Cristo, que por su inocencia se dice Cordero. Tercera, porque por la sangre del cordero pascual fueron aquéllos libertados del ángel exterminador y de la esclavitud de Egipto. (S. Thom., p. III, q. 73, a. 6.)

Verdaderamente, el pueblo judío comía el cordero pascual con *panes ázimos, de pie, con los riñones ceñidos, y con lechugas silvestres,* figura propia de la Eucaristía, en la cual se emplea pan ázimo, y se toma con el alma en pie, ó sea en estado de gracia, con los riñones ceñidos, esto es, con toda pureza, con lechugas amargas, es decir, con sentimiento y pesar de haber ofendido á Dios.

El cordero era para los israelitas una víctima y un alimento; alimento y víctima es para nosotros la Sagrada Eucaristía.

El cordero que ellos sacrificaban había de ser limpio, y su sangre derramada sobre las puertas desviaba de sus casas la ira del Señor; de igual manera en la Eucaristía, Jesucristo es el Cordero de Dios, puro y sin mancha, las especies eucarísticas son blancas y la sangre de este Cordero divino, derramada en la cruz y fluyendo del altar, apacigua la cólera del Altísimo.

10. El Maná del desierto.—Mas viniendo ya al Maná que, en cuanto al efecto del Sacramento eucarístico, es la principal figura (S. Thom., III, q. 73, a. 6) descúbrense analogías admirables, que no podemos pasar en silencio, porque la Eucaristía contiene en grado eminente todas las maravillas del Maná.

El Maná era un alimento de color blanco, en forma de pequeños granitos, que bajaba del cielo y tenía todos los gustos apetecibles; y esto cabalmente acontece en la Eucaristía: es un alimento divino, que se muestra blanco á nuestras miradas, en forma de pequeñas partículas, Pan bajado del cielo, y que encierra los más suaves gustos de la divinidad, de la gracia y de la virtud.

Los judíos quedaron admirados ante el portentoso milagro del Maná, y dijeron: *¿Qué es esto, Señor?*—De igual manera los cristianos debemos sentirnos arrebatados de admiración, de alegría, de amor y de gratitud ante el inefable prodigio de la Eucaristía, y decir: *¿Qué es esto?* ¡Oh buen Jesús! *¿Quién es el hombre, para que así le engrandezcas, y por qué pones sobre él tu corazón?* (1).

El Maná era una merced divina, concretada únicamente á los hijos de Israel, quienes debían alimentarse de él todos los días hasta hacer su entrada triunfante en la tierra de promisión; la Eucaristía, de igual modo, es merced singularísima del Señor, hecha á solos los hijos de la Iglesia, para que les sirva de alimento espiritual durante su peregrinación por esta vida hasta que, colmados de méritos y de gloria, hagan su feliz entrada en las prometidas mansiones del cielo.

(1) Quid est homo, quia magnificas eum? aut quid apponis erga eum cor tuum? (Job., VII, 17.)

El Maná tenía, para todos los que le comían con agradecimiento, el sabor que ellos deseaban encontrar; y la Eucaristía, por modo más excelente, proporciona á todos los fieles que dignamente la reciben, el gusto de todas las virtudes, en especial las que á ellos más agraden y más deseen adquirir. Los fervorosos saborean el amor; los débiles sienten la fortaleza; los humildes el gusto en el abatimiento; los afligidos experimentan regocijo... No hay virtud, por encumbrada que sea, que no alcancen los cristianos en la digna recepción de este manjar divino, y que el Pan celestial no les haga sentir con dulzura. ¡Oh amor de los amores, cómo encantas y deleitas á los corazones humanos! ¡Qué infelices son los que no se enamoran de la Eucaristía y hacen de ella su manjar cotidiano y predilecto!

El Maná, por úlimo, cesó en la tierra prometida, y de semejante manera la Eucaristía cesará en la patria celestial, donde no se ocultará el Señor bajo las especies de pan y de vino, sino que le poseeremos visiblemente y será nuestro alimento por toda la eternidad.

11. EL ARCA DE LA ALIANZA.—¡Válganos Dios! ¡Cuántas cosas se ocurren al tocar este punto, si no lo impidieran los estrechos límites de nuestros propósitos! El Arca de la Alianza era la bendición, la salvaguardia y la protección de los israelitas.—La Eucaristía es para los cristianos, más que protección, más que salvaguardia, más que bendición: es salud, fortaleza y vida; es deificación suprema del hombre sobre la tierra, tanto cuanto la humana naturaleza es susceptible de serlo. «Hace mucho tiempo—dicen los Santos Padres—que el mundo se habría aniquilado, si no fuera por el pararrayos de la Eucaristía, en la cual Jesús sacramentado ruega incesantemente por nosotros.»

El Arca de la Alianza se hallaba colocada debajo de un velo que la ocultaba á las miradas del pueblo, encerrando dentro de sí un sagrario con el precioso Maná; y esto cabalmente acontece en la sagrada Eucaristía. El *velo* que la cubre—dijo San Buenaventura—son las especies sacramentales; el *arca* es el Cuerpo adorable de Jesucristo; el *sagrario* es su alma; el *Maná* su divinidad. ¡Cuánto misterio! ¡Cuánta analogía! ¡Cuánto amor!

El Arca de la Alianza, construida de madera incorruptible, contenía el propiciatorio, en el cual residía el Señor en medio de los querubines, y juntamente con el *Maná*, la vara de Aarón y las tablas de la Ley. Con aquella Arca, el pueblo de Dios atravesó el Jordán á pie enjuto para entrar en la tierra prometida; á su vista ca-

yeron las murallas de Jericó, y cuando fué depositada en casa de Obededom, trajo consigo mil bendiciones. Pero ¿qué es esto en comparación del arca de la Eucaristía, donde se contiene, no ya el Maná, la vara y la Ley, sino al Autor, Dios y Señor de la Ley, de la vara y del Maná, adorado de los querubines del cielo y de las almas buenas de la tierra? ¿Qué tienen que ver las bendiciones de Obededom con las que recibe el alma cristiana cuando tiene la dicha de recibir dignamente la sagrada Eucaristía?

El Arca de la Alianza fué tocada por mano imprudente, por el infeliz Oza, y éste al punto quedó herido de muerte; los bethsamitas la miraron con curiosidad indiscreta, y sólo por esto murieron setenta mil... ¿Qué no hará el Señor con los sacrílegos profanadores del Santísimo Sacramento? ¡Quién no tiembla al celebrar ó comulgar indignamente!

12. Los panes de la proposición.—Por último, los panes de la proposición también figuraron por modo expresivo el Sacramento de nuestros altares. Dichos panes estaban perpetuamente sobre el altar, en homenaje de ofrenda, de adoración y de súplica á Dios Omnipotente: ¿qué fué esto sino un bosquejo de la Eucaristía, permaneciendo siempre en nuestros altares para en ella el unigénito Hijo ofrecerse al Eterno Padre en homenaje de adoración, de agradecimiento y de ruegos por nosotros? Dios no es ni puede ser adorado por los hombres tan dignamente como El merece; mas en la divina Hostia, Dios es infinitamente honrado, tanto como El es digno de serlo, puesto que Dios infinito se ofrece á Dios infinito. ¡Qué consuelo para las almas buenas, ansiosas de que el Señor sea infinitamente glorificado! Sólo por esto debe ser la Eucaristía el encanto de los fieles de Cristo y las delicias de su corazón piadoso. El alma buena busca para Dios gloria infinita, é infinita gloria encuentra en el Santísimo Sacramento.

Los panes de la proposición eran realmente propiedad de los sacerdotes, pero ellos los repartían con prudencia á los que iban á combatir, si sus corazones estaban puros; y eso mismo se verifica en nuestros templos, donde los sacerdotes tienen como sumo bien la Sagrada Eucaristía, cuidando de distribuirla á todas las almas puras que lo desean para mejor combatir sus pasiones y las flaquezas de su espíritu.

Pero dejemos ya las *figuras,* porque nos haríamos interminables y pasemos á considerar brevemente las *profecías* y las *promesas* del Sacramento de amor.

§ II

DE ALGUNAS PROFECÍAS Y PROMESAS DE LA EUCARISTÍA

13. Profecías de la Eucaristía.—**14** Promesas de la Eucaristía.—**15**. Efecto que hicieron en los discípulos de Jesús.—**16**. Cómo la entendieron los judíos.—**17**. Resumen y conclusión.

Cuando un acontecimiento contingente y libre, sin relación necesaria con las ciencias humanas, y que en manera alguna natural ha podido ser previsto, es, sin embargo, anunciado con grande anticipación por varias personas en diferentes tiempos y lugares, y después los hechos corresponden exactamente con sus predicciones, sin duda alguna aquel acontecimiento es divinamente revelado. Tal es el caso en que nos encontramos respecto de la Eucaristía.

13. Hállanse en el Antiguo Testamento dos profecías célebres que se refieren al Sacramento de nuestros altares, considerado como *sacrificio;* una del Profeta Malaquías (I, 10-11), y otra del Santo Rey David. (Psalm. XXIX, 7-9.)

El pueblo judío, sin ver claramente lo que nosotros vemos, comprendió bien que un sacrificio nuevo, *más excelente,* había de sustituir á sus sacrificios. La predicción de Malaquías lo expresa de esta manera: *No tengo en vosotros* (los sacerdotes) *complacencia alguna, dice el Señor de los ejércitos, ni recibiré ofrenda de vuestras manos; mas desde Levante á Poniente será ofrecida á mi nombre una oblación pura.* Lo cual es como si el Señor dijera á aquel pueblo: «Desde ahora os hago saber que vuestro templo y vuestros sacrificios van á ser abolidos, y que en cambio mi nombre será engrandecido por toda la redondez del orbe con un *sacrificio limpio y puro*,» esto es, con el Santo Sacrificio de la *Misa,* en cuya Hostia se contiene real y verdaderamente el Cuerpo, la Sangre y la divinidad de mi Hijo unigénito Jesucristo.

Y como si esto no fuera bastante expreso, habla el Real Profeta, y anunciando la Eucaristía, pone en boca de Jesucristo las siguientes palabras: *Señor y Dios mío, sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me has dado un cuerpo... y he aquí que vengo para hacer tu voluntad.* (Psalm. XXXIX, 7 y sig.) Es decir, que serán abolidos los sacrifi-

cios de la Ley antigua para dar lugar al grandioso y único sacrificio de la Ley nueva, por Cristo nuestro Señor, quien, como dijo San Pablo, habló á su Eterno Padre del siguiente modo: «Padre mío, no has querido aplacarte con sacrificios de animales, ni con ofrendas de panes y perfumes, sino con una Víctima de infinito precio, y por esto decretaste en tus consejos eternos que tomase yo cuerpo mortal para expiar la desobediencia del primer hombre con mi obediencia hasta la muerte. Quita, Señor, lo primero para establecer lo segundo. *He aquí que vengo para hacer tu voluntad.* (Hebr., X, 7-10.)

11. Luego, sin más que estas profecías, confirmando las figuras, consta por modo innegable la hermosa realidad del Sacramento eucarístico. Mas siendo este innegable misterio un milagro tan sorprendente, tan contrario á lo que nos muestran los sentidos, y tan por cima de la razón humana, Cristo nuestro Señor, como sabiduría infinita, tuvo por bien tomar toda suerte de precauciones para que nosotros quedemos completamente seguros de la verdad del Sacramento, y al efecto Él mismo le *anuncia y promete* á sus discípulos y al pueblo judaico, á fin de ir poco á poco grabando en su inteligencia la idea asombrosa de la sagrada Eucaristía. Consideremos sus divinas palabras, que son expresivas y consoladoras sobre todo encarecimiento.

Acababa el dulcísimo Salvador de obrar el portentoso milagro de los panes en presencia de sus discípulos y de cinco mil personas, y tomando de aquí ocasión de anunciarles que Él les daría á comer su propio cuerpo y á beber su propia sangre, les dice: (Joann., VI, 29.) *Esta es la obra de Dios, que creáis en Aquel que Él envió.*—Lo cual fué decirles: «Lo primero es que creáis en mí, porque la fe es fundamento de la salvación.—¿Qué milagros haces—le dijeron—para que creamos en tí? Ya hemos visto que has dado de comer á cinco mil hombres con cinco panes; más ¿qué es esto en comparación de lo que hizo Moisés, que alimentó un pueblo innumerable con un pan que bajaba del cielo todos los días?»—Y Jesús les dijo: *El verdadero Pan del cielo no fué aquel que Moisés dió á vuestros padres en el desierto; porque aquél no fué más que figura del verdadero Pan que los da hoy mi Padre... Yo soy el Pan vivo, que descendí del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá eternamente, y el Pan que Yo daré es mi carne, que será entregada por la vida del mundo.* Palabras memorables que, según San Agustín y Santo Tomás, demuestran claramente, no sólo que Jesucristo había de ser crucificado por la salvación de los hombres, sino que había de dar á comer su carne y á beber su sangre en la

sagrada Eucaristía. Con efecto: en ellas Jesús determina un *pan* y un *vino* que no les ha dado todavía, pero que se lo dará; un *pan* y un *vino* que serán su propia carne y su propia sangre; un *pan* y un *vino* que les será de necesidad comer y beber, si quieren conseguir la vida eterna; un *pan* y un *vino* con el cual ellos y El se unirán íntimamente, formando como una sola cosa: *El que come mi carne y bebe mi sangre*—dice *en mí mora, y Yo en él.* (Joann., VI, 57.) No es posible emplear expresiones más claras ni más terminantes para que todos comprendieran el misterio eucarístico. Sin embargo, ¿cómo lo entendieron aquellas gentes?

15. Los discípulos del Señor que le seguían y en verdad le amaban, dijeron: *Duro es este razonamiento: ¿quién le podrá soportar?* Como diciendo: «Esta es una doctrina terrible. ¿Quién puede oir sin horror que sea cosa precisa comer la carne y beber la sangre de este hombre para vivir eternamente?» Mas Jesús, que con su divina luz penetró las secretas murmuraciones de ellos, les dijo: *Las palabras que os he dicho, espíritu y vida son.* (Joann., VI, 61-65.) Lo cual — expone el Crisóstomo — fué como decirles: «El misterio que yo os propongo es sobre todo lo que alcanzan los sentidos, y de nada sirve quererle examinar con ojos carnales. El Espíritu de Dios es el que da la inteligencia, sometiendo la razón. Mis palabras tienen un sentido elevado y sublime; son espíritu y vida para quien las sabe entender. Y así, aunque os propongo la necesidad de comer mi carne y de beber mi sangre para conseguir la vida eterna, no lo habéis de entender de una manera carnal, sino espiritual, aunque muy real; porque será en un Sacramento que ocultará á vuestros ojos mi verdadera carne y sangre.» (Nota del P. Scio) (1).

San Pedro y los otros once discípulos tampoco entendían el cómo del misterio; mas Simón Pedro respondió por todos, diciendo: *Señor, tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.* (Joann., VI, 69-70.) He aquí un modelo de conducta para nosotros. Jesucristo ha querido que sus palabras en este punto sean tomadas *á la letra,* y que se entiendan de una *manducación real;* así lo entendieron los discípulos fieles,

---

(1) Las palabras de Cristo: *El espíritu es el que vivifica, la carne nada aprovecha, y las palabras que Yo os he dicho son espíritu y vida,* son interpretadas falsamente por los herejes. San Agustín deshizo el error en que se encontraban, en el tract. 27, *in Joann.* núm. 5 y puede verse sobre este punto el P. José Deharbe, vol. IV, pág. 262, núm. 2, edición de Madrid en 1895.

así lo aceptaron, porque ellos no dudaban ni de la verdad de las palabras de Jesús, ni de su poder para realizarlas, y así lo hemos de entender y aceptar nosotros, porque *Cristo es Hijo de Dios vivo y puede hacer cuanto quiere*.

16. Se trata, pues, de una *manducación real*, y así lo comprendieron hasta los mismos judíos, quienes, asombrados, dijeron, altercando unos con otros: *¿Cómo nos puede dar éste su carne á comer?* Y Jesús, en vez de disuadirles de esta idea, les confirma en ella, diciéndoles: OS ES NECESÁRIO *comer mi carne y beber mi sangre; porque si no lo hiciereis, no tendréis vida en vosotros* (Joann., VI, 54); es decir: «No podréis salvaros.—OS ES ÚTIL *recibirme en alimento, porque sólo de esa manera os resucitaré gloriosos en el último día.*» (Joann., VI, 55.) Y para que acaben de vencerse sus corazones rebeldes, les insinúa inmediatamente la razón diciendo: *Porque mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida.*

Aquí no caben dudas, por más que disparaten los herejes—El Señor pone como un sello divino á esta enseñanza, por estas palabras: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y Yo en él; vive por mí, como Yo vivo por mi Padre.* (Joan., VI, 57.) Lo cual equivale á decirnos: «Como Yo vivo por la unión que tengo con mi Padre celestial, que es el principio de mi vida divina, así el que me coma en el Santísimo Sacramento, vivirá también una vida eterna sobrenatural y divina por la unión que tiene conmigo.» ¡Qué promesa tan magnífica y consoladora!

17. He aquí, en breve resumen, lo que hemos llamado *preparación á la Eucaristía*. Las *figuras* que la delinean están terminantes; las *profecías* son expresivas y clarísimas; la *promesa* es de nuestro Señor Jesucristo, Verdad infalible, que no puede engañarse ni engañarnos. ¿Qué resta ya? ¡Ah! Unicamente comprobar la realidad dogmática de la Eucaristía por *el hecho histórico de su institución divina*, tal como la hallamos expresada en la narración evangélica. Dulcísimo y amorosísimo Señor sacramentado, océano de amor y de santidad para los humanos corazones, manjar suavísimo para nuestras almas necesitadas, prodigio de los prodigios de Dios, amor de los amores divinos: iluminad nuestro entendimiento para que podamos vislumbrar siquiera los fulgores inefables de la doctrina eucarística, y exponerla con sencillez á las almas fieles, y que ellas, y nosotros, y todo el linaje humano, caigamos postrados en humilde acatamiento ante vuestra Majestad soberana, diciendo una y mil veces: *¡Bendito y alabado sea en cada momento el santísimo y divinísimo Sacramento!*

CAPÍTULO XIV

Institución y motivos de la Sagrada Eucaristía.

1. Circunstancias de la institución de la Eucaristía —2. Naturaleza de esta institución.—3. Jesucristo se contiene en la Eucaristía.

DIOS nuestro Señor, criador de cuanto tiene ser, y que en su infinita sabiduria lo ordenó todo perfectisimamente, hizo en lo material que á los esplendorosos rayos del sol precedieran los débiles fulgores de la aurora, y por modo semejante tuvo por bien que en lo moral el soberano misterio eucarístico fuera precedido de *figuras*, *profecías* y *promesas*, como pálidos reflejos de la realidad del Sacramento. Ya hemos indicado dichas figuras y profecías, y tambien la solemne promesa que de tan augusto misterio hizo el Salvador del mundo á sus discípulos y á los judíos; ahora resta sólo declarar su exacto cumplimiento en la *institución divina* de la Eucaristía, según la narra el Santo Evangelio.

1. Mucho deben notarse las circunstancias de esta institución, pues la hizo Jesucristo en la víspera de su muerte, en presencia de sus discípulos, al fin de la cena legal, después de haber comido la carne del cordero figurativo (1), como diciendo: «Hagamos el tránsito de la figura á la realidad: ahora que voy á salir de este mundo, ahora que son los momentos más solemnes de mi vida, ahora que mis palabras revisten forma de testamento y se os quedarán mas impresas..., ahora quiero dejaros los tesoros de mi corazón divino, quiero hacer vuestros mi cuerpo, mi sangre y mi vida; quiero instituir el Santísimo Sacramento para vosotros, y como prenda del amor que os tengo.» ¡Oh amor inmenso del corazón de Jesús!

(1) Así lo exponen San Jerónimo y Santo Tomás. Véase Suárez, t. XX, p. 737 á 758, edición de París, 1877.

2. Nótese también cuán grandiosa es la importancia de esta institución, pues ella nos ofrece á la vez *un dogma* que creer, *una ley* que observar, *un Sacramento* que recibir y *un testamento* que ejecutar. En cuanto dogma, debe ser expuesto *con toda claridad;* en cuanto ley, *no puede tener ambigüedades ni sentidos figurados,* sino términos propios y precisos; en cuanto Sacramento, es de necesidad saber *en qué consiste;* y en cuanto testamento, demanda que sea formulado de manera *que no ofrezca dudas* ni engendre pleitos la herencia.

3. Por consiguiente, si Jesucristo es infinitamente sabio, poderoso y bondadoso, como Dios verdadero; si *sabe, puede* y *quiere* hacer sus obras perfectas, y la mayor de todas es el Sacramento de su amor; si El nos manda, bajo pena de perder la eterna vida, que nos alimentemos de su carne y de su sangre, forzoso es confesar que en la Eucaristía se contiene real y verdaderamente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Cristo nuestro Señor, porque lo contrario sería el mayor de los absurdos imaginables.

Probar esta verdad de nuestra fe católica es lo que nos proponemos en el presente capítulo, tomando argumento del mismo hecho de su institución divina: Para ello mostraremos dos cosas:

1.° El hecho histórico de la institución de la Eucaristía.
2.° Los motivos de la institución.

§ I

DE LA INSTITUCIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

4 El corazón de Jesús antes de instituir la Eucaristía.—**5**. Certamen de amor.—**6**. Consuelos y encargos que da á sus discípulos.—**7**. Institución del Sacramento.—**8**. Sentido católico de las palabras de Jesús.—**9**. Cumplimiento del vaticinio de Jeremías.

4. ¡Cuán ingenioso es el amor del corazón sacratísimo de Jesús para con los pobres hijos de Adán! Rebeldes é ingratos fueron los judíos para con el Salvador del mundo cuando éste *pasó por la tierra haciendo bien y sanando á todos;* á sonar iba la hora terrible, mucho tiempo antes anunciada por los divinos oráculos para darle muerte ignominiosa. El divino Cordero estaba próximo á caer en manos de sus rabiosos enemigos, quienes con saña impía deseaban ponerle en cruz afrentosa; mas El, ¡oh portento de amor!, sabiendo todo esto, inclusa la traición y venta del pérfido Judas, no desfallece

en sus propósitos amorosos para con ellos, y cual si el ser injuriado le sirviera de grande estímulo para prodigarles mayores bienes, mandó á sus discípulos que prepararan lo necesario para la Pascua, y sentado ya con ellos á la mesa (1), les dijo estas memorables palabras: *En gran manera he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de mi Pasión.* (Luc., XXII, 15.)

¡Oh buen Jesús! ¿Qué es lo que dices? ¿Por qué deseas tanto comer esta Pascua con tus discípulos? Es muy sencillo—responden los sagrados intérpretes.—Jesús deseaba ardientemente mostrarles como en epílogo, no sólo el lleno de su omnipotencia, sino el rasgo más sublime del amor infinito que en su corazón sentía hacia ellos; deseaba sustituir la Pascua antigua con el Sacramento de la Alianza nueva; deseaba morir por ellos y ausentarse subiendo al Padre, y deseaba unirse íntimamente á ellos y que vivieran de su misma vida; mas deseaba sufrir horrorosa muerte temporal para que ellos fueran libres de la muerte espiritual.

5. Tales eran los sentimientos encontrados que al mismo tiempo se agitaban en el pecho de Jesús, como pidiendo la preferencia, y entonces se estableció en su corazón amabilísimo el más grande y estupendo *certamen de amor* que jamás presenciaron los siglos. Dos amores—dijo el piadoso Estella—(in cap. XXII, Luc.) enteramente opuestos conmovían el corazón de Cristo; uno impulsándole á salir del Cenáculo, otro á quedarse en él. Uno que le impelía á marchar á la muerte, porque de ella dependía nuestra vida, otro que le retenía en el Cenáculo, porque allí se encontraba el objeto de sus amores; uno que le daba voces diciéndole: «Sal y redime al hombre», otro que clamaba más fuerte con estas palabras: «Quédate. ¿Qué va á ser del hombre si tú te ausentas? En trance tan duro, ¿qué hará el amantísimo Jesús? ¡Pásmense los cielos! Él, en su sabiduría infinita, encontró el medio de satisfacer á uno y otro amor, de ausentarse y de quedarse.» ¿De qué manera? Este es el misterio: salió en su propia persona á la pasión, á la cruz y á la muerte, y se quedó con nosotros en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, *en el cual,* como dijo el Santo Concilio Tridentino, *derramó las riquezas de su amor para con los hombres* (2). ¡Oh amor! ¡Oh prodigio de todos los amores! Consideremos un momento el modo con que lo hizo.

---

(1) Puesto ya el sol, y entre dos luces. (Exodo, XII, 6.—Math., XXVI, 20.—Marc., XIV, 17.)

(2) In quo divitias sui erga homines amoris velut offudit. (Trident., ses. XIII, canon II.)

6. Lo primero fué hacer un acto de profunda humillación, postrándose á los pies de sus discípulos, lavándoles los pies, á pesar de la resistencia que le oponían; y luego les dijo: *El siervo no es mayor que su señor. Ejemplo os he dado, para que como Yo he hecho, así vosotros hagáis.* (Joann., XIII, 15-16.) Lo cual fué como decirles: «Hijitos míos, voy á instituir el Santísimo Sacramento y á poner bajo las especies sacramentales mi carne y mi sangre, mi vida y mi corazón; todo os lo doy para que os sirva de alimento espiritual; vais á recibirle, y para ello es preciso que estéis *limpios* y que seáis *humildes;* por eso os he lavado y os doy ejemplo de humildad. Los soberbios y los que no estén limpios de conciencia jamás deben acercarse á la sagrada Mesa.

Hijitos—continúa el Señor—*aún estoy un poco con vosotros.—Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado.* (Joann., XIII, 33-34.) ¡Qué recomendación! ¡Qué ternura! ¡Qué amor!

Pero aún hace más el corazón de Jesús; quiere que crean en su divinidad, quiere que le miren realmente en la Eucaristía que va á instituir; quiere consolarlos y fortalecerlos, y al efecto añade: *¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? En mí habla el Padre cuando yo hablo; en mi obra el Padre todo lo que yo obro. Creedme; yo estoy en el Padre, y el Padre en mí... Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré.—Si me amáis, guardad mis mandamientos, y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador para que more siempre en vosotros... No os dejaré huérfanos... La paz os dejo, mi paz os doy... No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde...* (Joann., XIV.)

7. Esto y mucho más dijo Jesús como despedida tierna de sus discípulos, como preparación al Sacramento de sus amores, como sello divino de la gran obra que iba á consumar, como prueba ineludible de su real presencia en la Eucaristía. ¡Qué enseñanzas! ¡Qué promesas! ¡Qué bondad!

Oigamos sus palabras divinas, que ya ha sonado la hora del amor.... Todo está preparado; reina un profundo silencio; los Apóstoles están atentos; sus miradas se hallan fijas en su divino Maestro, quien recogiéndose en sí mismo, levanta los ojos al cielo, da gracias á su Padre por esta hora tan deseada, toma el pan en sus sagradas y venerables manos, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus discípulos, diciendo: TOMAD Y COMED; ESTE ES MI CUERPO.—Y tomando después el cáliz, dió gracias y se le dió á ellos, diciendo: *Bebed de éste todos, porque* ESTA ES MI SANGRE DEL NUEVO TESTAMENTO:

Haced esto en memoria mia. (Math., XXVI, 26, y Lucas, capítulo XXII, 19.)

¡Oh buen Jesús! Ya habéis consumado el Misterio del amor; ya le adoran los ángeles con admiración, ya le contempla la Santísima Trinidad con júbilo; ya veis cumplido vuestro ardiente deseo; ya os habéis dado todo entero á nosotros... Ya podéis morir cuando os plazca y volver al cielo de vuestra gloria, pues la Eucaristía será en la tierra el cielo de vuestro amor... Y nosotros, ¡oh! demos ensanche á nuestro corazón, para que no muera de amor por Aquel que por amor nuestro murió en la Cruz, quedándose antes vivo en el Sacramento, para darnos vida sempiterna.

De esta manera portentosa instituyó Jesucristo el Sacramento eucarístico, y confirió á los Apóstoles la asombrosa potestad de consagrar la Hostia, dando principio el sacerdocio de la nueva Ley. (Trid., sess. 22, c. 1.) Y como si en ello quisiera confundir anticipadamente con su divina palabra á los impíos y herejes que en el transcurso de los siglos habían de blasfemar sobre la real presencia de Jesús en la sagrada Eucaristía, dijo también con sus labios adorables: *Porque mi cuerpo es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mi, y Yo en él; en mi vive, y Yo en él vivo; vive de mi misma vida y vivirá eternamente.* (Joann., VI, 54, 56, 57, 58.)

8. Ahora bien: el sentido católico, natural y verdadero de las palabras de Jesucristo es el siguiente: «Aquello que era pan y vino antes de las palabras del Salvador, cesó de ser vino y pan desde el momento mismo en que Jesús pronunció las palabras, y realmente se ocultan bajo las especies sacramentales *el Cuerpo, y la Sangre, y el alma y la divinidad del mismo Jesucristo*. Y como el Señor dió igual potestad á los discipulos sus sacerdotes, diciéndoles: *Haced esto en memoria mia*, no es posible negar que actualmente, en nuestros altares, en fuerza de la consagración, y en el momento mismo que dichas palabras sacramentales forman sentido completo, *Jesucristo está verdadera, real y substancialmente en la Eucaristía.*

Tomad y comed; éste es mi cuerpo. Bebed todos; esta es mi sangre. Así habló Jesucristo en la institución eucarística, así habla diariamente en nuestros altares. ¿Hay cosa más clara? «Estas palabras —dijo Cardenal Wiseman—son en sí mismas tan esplícitas y terminantes, que huelga toda reflexión ó comentario. Nadie acertaria á expresar la doctrina católica con más sencillez, al par que con más precisión y exactitud (1).»

(1) Wiseman: *Conferences sur les doctrines et les plus importantes pratiques de l'Eglise*

9. Allá en lo antiguo anunció el profeta Jeremías que los judíos echarían trazas contra Jesús, diciendo: *Echemos leña en su pan y borrémosle de la tierra de los vivientes.* (Jerem., XI, 19.) ¿Qué tiene que ver, dirá cualquiera, el leño con el pan? ¿Cómo pueden hallarse juntas tales cosas? —Deja de admirarte, alma cristiana, porque todo esto aconteció en figura. El leño es la cruz del Señor, y el pan la sagrada Eucaristía, pues el Pan eucarístico siempre se ha de unir con la Cruz. Jesús es el Pan de vida que descendió del cielo; los judíos le prendieron y clavaron en la Cruz, juzgando que de este modo acabarían con su memoria, como dijo Jeremías; y lo que hicieron fué unir el Pan con el Leño. Y como la Eucaristía, ó sea el sacrificio de la Misa, no es otra cosa que un memorial de la Pasión, claro es que hasta la consumación de los siglos permanecerán unidos el leño y el pan. He aquí como lo anunciado por Jeremías, y las figuras restantes, de que ya hemos hablado, tuvieron en la institución de la Eucaristía exactísimo cumplimiento.

Pero sigamos contemplando el corazón sacratísimo de Jesús en la noche de la cena, y veamos los motivos que le impulsaron á instituir tan augusto é inefable Sacramento.

---

catholique. (Confer. XV.) Sin embargo, los herejes tuercen el sentido de las palabras de Jesucristo y cada cual las interpreta según su propio capricho ó su refinada soberbia.

Unos dicen: *El pan significa el cuerpo de Jesucristo y nada más.*—Pero esto no puede ser, porque el texto dice: *Esto es mi cuerpo*, y no dice: *Esto significa mi cuerpo.*

Otros añaden: *La gracia es recibida por medio del pan.*—Nuevo disparate, porque Jesucristo no dijo: *Recibiréis la gracia comiendo este pan, sino: comed este pan, que es mi cuerpo.*

Y dicen otros: *La Eucaristía es únicamente una señal, ó una figura en la cual Jesucristo no se encuentra sino por su virtud.* Pero ¿en qué cabeza sana cabe esto? —El texto sagrado no habla del *poder* de Jesucristo, sino de su *presencia real*, diciendo: *Esto es...*

Otros, por fin, dicen «que la Eucaristía contiene juntamente la substancia del pan y del vino con la substancia del cuerpo y de la sangre de Jesús». Error también clarísimo, porque el citado texto del Señor no habla del pan y del cuerpo de Jesucriste, sino del pan en la apariencia, que dejó de existir como tal pan y que se convirtió en el cuerpo del divino Salvador. ¡Pobres herejes! ¡Cuánto deliran y cuánto blasfeman cuando se apartan de las vías católicas!

§ II

DECLÁRANSE LOS MOTIVOS DE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

10. Prodigios de amor en el corazón de Jesús durante la cena legal.—**11.** Instituyó el Sacramento por amor. —**12.** Amor para con su Padre celestial. —**13.** Amor á su humanidad sacrosanta.—**14.** Amor á la Iglesia.—**15.** Amor á los hombres.—**16.** La Iglesia y el Concilio Tridentino.—**17.** Resumen y conclusión.

10. ¡Oh corazón divino! ¿Por qué vas al Cenáculo? ¿Por qué ardientemente deseas comer la Pascua con tus discípulos? ¿Por qué, después de la cena legal, tornas de nuevo á la mesa, y bendices el pan y el vino, y consagrado lo das en alimento á los hombres, encargándoles que hagan esto en memoria tuya? ¡Oh! Ya lo entendemos; únicamente *el amor* pudo obrar tan estupendas maravillas. Jesús vino al mundo por amor, de amor vivía, el amor le llevó á la cruz y por amor instituyó el Santísimo Sacramento.

Si á nuestra pequeñez fuera dable penetrar en lo íntimo del corazón de Jesús en aquellos supremos instantes, quedaríamos absortos al ver con qué afecto, ¡con qué ternura de ánimo contemplaban sus ojos divinos aquel cordero pascual, fijado en la madera, asado al fuego, y puesto (según San Justino, mártir) en forma de cruz, semejanza típica de su crucifixión dolorosa! Aquella era su imagen. Jesús era la realidad; el suplicio espantoso, los hombres ingratos...; sin embargo, el amor no retrocede, toma el pan, lo bendice y lo dió á sus discípulos, diciendo: *Tomad y comed:* ÉSTE ES MI CUERPO.

¡Oh buen Jesús! Detente. ¿Qué haces? *¿Quién es el hombre para que así le engrandezcas ó para que pongas en el tu corazón?* (Job, VII, 17.) ¿Para qué quieres anonadarte, y, por decirlo así, desentrañarte, dándote todo entero al hombre, comunicándole tu propio ser, tu propia omnipotencia, entregándote por completo á él en la Sagrada Eucaristía? ¿Qué bienes ó qué beneficios te ha hecho á ti nunca el mundo? Cuando naciste en Belén, te negó hospedaje y tuviste que refugiarte á un miserable establo de animales. Cuando recorriste las regiones de tu patria haciendo bien á todos y sanando á los oprimidos por el diablo, los hombres te prepararon asechanzas y te llenaron de injurias; ahora, cuando te hallas próximo á salir de esta vida, te fabrican una cruz, para hacerte morir en un infame y

ominoso patíbulo (1). ¿Y tú ¡oh Jesús amoroso! te quieres dar á este mundo ingratísimo en cuerpo, en alma, en divinidad, con tu carne deificada, en perpetua memoria de tu Pasión y en prenda perpetua de eterna gloria?

¡Oh amabilísimo corazón de Jesús! ¿En qué piensas, Señor? ¿Qué vas á hacer? ¿No prevés las injurias que por muchos hombres criminales te serán hechas en el Santísimo Sacramento, sin reconocer siquiera que éste es el sumo don, y el sumo amor, y el sumo beneficio que Dios, en su omnipotencia, les puede hacer? ¿No sabes que se levantarán, como salidos del averno, multitud de herejes que te perseguirán sacramentado y que te llenarán de oprobios, blasfemias y contumelias? ¿Quieres, por ventura, dar lo santo á los perros?

11. Es verdad—parece decirnos el corazón de Jesús;—todo esto lo sé, y aun muchísimo más que harán en los tiempos venideros los protestantes y masones; sin embargo, mi amor á los hombres todo lo vence, todo lo soporta, todo estoy dispuesto á sufrir por salvarlos; quiero quedarme con ellos y deificarlos cuanto es posible en el Sacramento de mi amor; sólo exijo que se arrepientan. Y vosotros, sacerdotes míos, haced esto en memoria de mi Pasión. *Hoc facite in meam commemorationem.*

He aquí, cristianos, cual fué la causa principal que impulsó á Jesucristo cuando instituyó la santísima Eucaristía. *El amor que ardía en su corazón. Amor á su Padre celestial; amor á su humanidad sacrosanta; amor á su Iglesia; amor á los hombres todos.* Consideremos, aunque sea brevemente, estos santos amores.

12. Amor á Dios Padre.—El amor que ardía en el corazón de Jesús *para con su Padre celestial* le llevó á desear con vehemencia la continuación de su vida de Dios-Hombre sobre la tierra; ya para rendirle los homenajes de adoración y de respeto que merecían su infinita grandeza, su infinito poder y sus perfecciones infinitas; porque los hombres no podían, y algunos no querían realizar este acto de justicia para con el Hacedor divino, y todo lo suplió con creces Jesús sacramentado.

Ya para amarle, bendecirle y darle gracias como lo había hecho durante su vida mortal, y como deben hacerlo todos los hombres del universo; y puesto que nosotros no siempre lo hacemos con la continuidad, fervor y diligencia que es debido, por eso se quedó en la Eucaristía, y lo suplió con creces Jesús sacramentado.

(1) Morte turpissima condemnemus eum. (Sap., II, 20.)

Ya para humillarse profundamente ante la Majestad de su Eterno Padre y reconocerle, en nombre de todas las criaturas, por el único Santo, el único Excelso, el único Bueno; obligación que muchos hombres no cumplen, y que fué y es suplida con creces por Jesún sacramentado.

Ya para reparar con sus homenajes, con sus adoraciones y con sus humillaciones continuas los olvidos, los ultrajes, las blasfemias y las ingratitudes de todos los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares, pues á todo se extiende la Víctima eucarística y todo lo suple con creces Jesús sacramentado.

Dios merece de justicia gloria infinita, amor infinito, adoración y gratitud infinitas, y esto por todos los siglos; y como el hombre en su pequeñez no puede hacerlo, el corazón de Jesús satisfizo esta necesidad, porque todo lo suple con creces Jesús sacramentado.

13. Amor á su humanidad sacrosanta.—Por otra parte, justo y necesario es que la humanidad sacratísima de Jesús sea exaltada por cima de todas las criaturas humanas, puesto que ella, durante la Pasión, había sufrido las humillaciones más profundas y los dolores más acerbos. Justo es que el corazón y el cuerpo sacratísimo de Jesús aparezcan siempre en el mundo elevados á un orden *enteramente divino, con una especie de inmensidad propia* de Dios, y multiplicando su gloria tantas veces cuantas se reproduce en nuestros altares por las palabras de la consagración. Justo es que la carne divina del Redentor sea continua y profundamente adorada de los hombres á quienes salvó, á quienes mereció la gracia y la gloria, á quienes dió la vida sobrenatural para el cielo, y que todos acumulemos en torno suyo todo cuanto haya en la tierra más rico, más hermoso, más refulgente, para darle esplendor á su culto é indicar de este modo su excelencia soberana. Justo es que los ángeles del cielo y los querubines y serafines reconozcan y adoren la humanidad de Jesús en la tierra, puesto que ellos pueden, con más perfección que el hombre, rendirle los homenajes más propios y más dignos de su santidad infinita.

14. Amor á la Iglesia.—Demás de esto, el amor de Jesucristo á su esposa la Iglesia fué poderoso incentivo para que ardiera en deseos de instituir la sagrada Eucaristía. Si los esposos de la tierra, que al fin no son más que figura de los desposorios divinos de Jesús con la Iglesia, no quieren separarse un punto, teniendo complacencia en ayudarse mutuamente en todas sus necesidades, ¿cuánto más desearía esto el corazón de Jesús, amor infinito, cen-

tro de los castos amores, que vivía sólo para fundar su Iglesia como continuación de su obra santificadora sobre la tierra? Él quiso quedarse en la Eucaristía, como un esposo en su tálamo, para proteger á la Esposa de su corazón en todas sus luchas contra la impiedad, para dirigirla en todas sus acciones públicas y privadas, para aconsejarla en los casos dudosos, para fortalecerla en los tiempos de prueba y para glorificarla en todas las ocasiones y que las puertas del infierno jamás prevalezcan contra ella.

15. AMOR Á LOS HOMBRES.—Y comoquiera que la Iglesia no es otra cosa que *la congregación de los fieles cristianos, regida por Cristo y el Papa su Vicario,* síguese, por ineludible consecuencia, que Jesús instituyó el Santísimo Sacramento por amor á los mismos hombres.

Quiso quedarse presente en la sagrada Eucaristía para enardecerlos con su presencia y animarlos á combatir contra el enemigo de las almas y contra las propias pasiones.

Quiso estar siempre con nosotros para excitarnos á realizar actos de fe, de esperanza, de amor y de adoración á su augusta y divina Persona.

Quiso hallarse de continuo en nuestros altares para ofrecerse sin cesar á su Eterno Padre en expiación de nuestros pecados, y para obligarnos á recibirle sacramentado y que nuestros corazones sean cada vez más humildes, más puros y más santos.

Quiso incorporarse á nosotros, ó mejor dicho, incorporarnos á Él á fin de que nuestra substancia humana sea como una sola cosa con la suya divina, y que vivamos en Él, de Él y para Él, divinizados en la tierra, cuanto lo consiente nuestra pobre naturaleza.

Quiso atestiguarnos claramente su amor, dándonos, como en prueba de su afecto, su cuerpo en alimento, agotando así todas las riquezas de su misericordia y toda la extensión de su poder, superando de este modo todos los deseos y todas las aspiraciones de nuestro corazón.

Quiso que toda su adorable Persona estuviera siempre á nuestra disposición, para que con la frecuencia que deseemos podamos visitarle, adorarle, exponerle nuestras necesidades, dirigirle nuestras súplicas y recibirle en nuestra alma para fortalecerla y endiosarla.

Quiso que por las frecuentes visitas y asistencia al santo sacrificio de la Misa consideremos diariamente su sangre derramada por nosotros, y que por este medio llevemos siempre fijo en el corazón á Aquel que por nosotros fué una vez fijo en la cruz.

Quiso que los cristianos todos comprendamos bien la intensidad del amor que atesora para nosotros en su corazón divino, al ver que voluntariamente sufre en el Santísimo Sacramento las irreverencias, las indignidades y las blasfemias de los impíos, como también el olvido, la indiferencia y la tibieza de las almas que debían serle más fieles y más fervorosas en su presencia.

Quiso, finalmente, procurarnos toda suerte de bienes, ya por la paz que en el Sacramento da á nuestro espíritu, ya por la fortaleza que comunica á nuestra voluntad, ya por la esperanza que infunde en nuestro corazón. ¡Oh corazón de Jesús, cuánto nos amas!

16. Todo lo cual se halla compendiado por nuestra Madre la Iglesia en aquellas palabras que canta diariamente: O SACRUM CONVIVIUM! *¡Oh sagrado convite, en el cual se recibe á Cristo, se renueva la memoria de su Pasión, el alma es llenada de gracia, y se nos da una prenda de la gloria futura!*

Tales fueron los principales motivos que impulsaron al corazón sacratísimo de Jesús á instituir la divina Eucaristía; y para que en los siglos por venir ningún hombre sea osado á ponerlo en duda, habla el Espíritu Santo por los Padres del Concilio Tridentino y dice: *Estando nuestro Salvador para partir de este mundo al Padre, instituyó este Sacramento, en el cual como que echó el resto de las riquezas de su divino amor para con los hombres, dejándonos un monumento de sus maravillas... un recuerdo de su pasión... un manjar espiritual con que se alimenten y conforten nuestras almas..., un antídoto que nos libre de culpas... una prenda de nuestra futura gloria... un vínculo de unión con su sagrada Persona, mediante la fe, la esperanza y la caridad..., y para que todos los cristianos vivamos juntos en estrecha y perfecta unión.* (Trid., sess. 13, c. 2, y en el decreto que precede.)

17. Queda, pues, á grandes rasgos trazado *el hecho histórico de la institución de la sagrada Eucaristía, y los motivos principales que movieron al corazón de Jesús á instituirla;* y ahora para terminar, sacaremos una consecuencia lógica que prueba con toda claridad la real presencia de Jesucristo en el Sacramento eucarístico.

Jesucristo, según lo dicho, quiso dejar á la Iglesia que vino á fundar, y á sus Apóstoles, que habían de ser los sostenedores y continuadores de su obra, y á todos los fieles que constituyó en miembros de su cuerpo místico, *una prenda irrecusable de su amor:* quiso mostrarles *que los amó hasta el extremo,* por fina y muy especial manera. Por consiguiente, dicha prenda, dejada á ellos, debía por necesidad ser *digna de su amor infinito,* del amor de un Dios que es *infinitamente bueno, infinitamente amable é infinitamente poderoso.* Y

puesto que por prueba de este amor les dió un poco de pan, diciendo: ESTE ES MI CUERPO, y un poco de vino, añadiendo: ESTA ES MI SANGRE, no pudo por menos de ser realmente *su sangre y su cuerpo;* porque es absurdo y repugnante, que un poco de pan y de vino que nada valen, hubiese de responder y asegurar el amor infinito del corazón sacratísimo de Jesús.—¿Se dirá que Jesucristo en sus riquezas infinitas tuvo más que dar?—No. ¿Se dirá que tuvo y no supo dar?—Tampoco. ¿Se dirá que teniendo y sabiendo no quiso ser más dadivoso?—Mucho menos, porque esto repugna con su bondad infinita. Luego si *tuvo, pudo, supo y quiso, lo hizo,* y en la sagrada Eucaristía *se contienen realmente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Cristo nuestro Señor.*. Pero esto lo probaremos con más extensión en el capítulo siguiente:

CAPÍTULO XV

Pruébase la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

1. Dios se ha mostrado muchas veces á los hombres en forma de fuego.—2. ¿Por qué?—3. Razón de este capítulo.

Dios nuestro Señor, infinito en misericordia, se ha dignado muchas veces aparecerse á los hombres rodeado de brillantes resplandores. En el Sinaí, queriendo promulgar su divina Ley, se dejó ver en carroza ignea, mostrando su majestad y su gloria al pueblo de Israel. (Exodo, XIX, 18.)

El profeta Daniel vió al Señor como un anciano de días, sentado en trono de fuego, con ruedas encendidas, y río impetuoso de llamas salía ante su faz. (Daniel, VII, 9.)

A los tres jóvenes en el horno de Babilonia se les apareció el Señor en medio del abrasador elemento; y cuando en el desierto sirvió de guía al pueblo escogido, hízolo en columna de fuego. (Dan., III, 92, y Exodo, XIV, 24.)

Estando Moisés apacentando las ovejas de Jethro, subió al monte Horeb, y oyó la voz del Señor saliendo de una zarza, la cual ardía y no se quemaba.

2. ¿Por qué - se dirá - quiso el Señor Dios mostrarse á los hombres en forma de fuego, con preferencia á ningún otro elemento?—Es—responden los sagrados expositores—porque el fuego es símbolo del amor, y Dios es amor por esencia. Por eso el Espíritu Santo quiso también descender sobre los Apóstoles en llamas encendidas; por eso Jesucristo dejó ver su Corazón divino á la Beata Margarita María de Alacoque, ardiendo en su parte superior; y por eso el mismo Jesús alienta á sus discípulos diciéndoles: *Fuego he venido á traer al mundo, y ¿qué otra cosa quiero sino que arda?* (Lucas, XII, 49.) «¡Oh hombres!—parece decirnos el Salvador divino;—mi corazón os ama entrañablemente, infinitamente, eternamente. *Por amor* vuestro descendí del cielo y me anonadé en la tierra; *por*

amor quise sudar sangre y morir en la cruz; *por amor,* y sólo *por amor,* escondí mi humanidad sacrosanta y mi divinidad en la Sagrada Eucaristía; *por amor* tuve mis complacencias en quedarme con vosotros y darme en alimento para vuestras almas en el Santisimo Sacramento del altar.»

3. Verdaderamente, ya lo hemos probado; el fuego del amor divino que ardía presuroso en el corazón amabilísimo de Jesús, fué la causa de que en la noche de la Cena instituyera la Sagrada Eucaristía. Ya sabemos cómo lo hizo; ya hemos considerado sus propias palabras; ya se colige de ellas la realidad del misterio eucarístico, ó sea la real presencia de Jesucristo en el *Sacramento del amor;* mas como estamos en un siglo de incredulidad en que los herejes deliran y blasfeman fuera de todo lo razonable, y como, por otra parte, es para el cristiano dulce y consolador saborear los misterios inefables de Dios, juzgamos que no holgará aquí pesar las razones en que se apoya nuestra fe, y presentar á los ojos de todos los argumentos principales que prueban *la real presencia de Jesús en la Eucaristía.* Estos argumentos son:

1.° *La Santa Escritura y la Tradición.*

2.° *Los Santos Concilios.*

3.° *La creencia y práctica de la Iglesia universal.*

4.° *La imposibilidad de que el Misterio eucarístico sea invención humana.*

5.° *La confesión de los herejes y los milagros.*

En el presente capítulo trataremos sólo de los dos punto siguientes:

1.° Pruebas de Escritura y Tradición.
2.° Pruebas de los Concilios.

§ I

PRUÉBASE LA REAL PRESENCIA DE JESUCRISTO EN LA EUCARISTÍA POR LA SANTA ESCRITURA Y POR LA TRADICIÓN

4. La Eucaristía reune en sí todas las maravillas del universo.—**5.** Pruébase la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía por las Santas Escrituras.—**6.** Confirmación de San Pablo.—**7.** Pruébase por la tradición de todos los siglos.

4. Grande misterio é inaudito prodigio obró la sabiduría infinita en el principio de los tiempos, cuando al formar el hombre unió á su cuerpo de barro alma espiritual, con respiración de vida sobrehumana, ó sea de gracia santificante.

Asombrosos fueron los portentos que más tarde llevó á cabo en la tierra, en las aguas y en el aire por la vara maravillosa de Moisés, gran caudillo de Israel.

Mayores sin comparación fueron los milagros que su omnipotencia divina realizó en el mundo, haciendo que la virginidad se uniera con la maternidad, y que de tres substancias enteramente diversas, *Verbo, alma, carne*, quedara constituida *una sola persona divina*, sin confundirse las substancias, y permaneciendo oculta la divinidad bajo el velo de la humanidad (1).

Pero ¿qué son todos estos misterios y prodigios, comparados con los innumerables que tenemos á la vista de nuestra fe en el augusto Sacramento de la Eucaristía, donde el mismo Verbo hecho carne, ó sea el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo se hallan *real y substancialmente presentes*, del mismo modo que están en los cielos, velado todo bajo las especies sacramentales de pan y de vino? Con razón se ha dicho que este Sacramento es el misterio de los misterios, el milagro de los milagros de Dios, y que reune en si cuantas maravillas ha obrado el Señor desde el principio del universo hasta nuestros días, sin que sea dable obrarlos mayores en favor del hombre en toda la sucesión de los siglos por venir (2).

Pues bien: como el punto principal en el Misterio eucarístico es *la real presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento* y como de esta verdad se derivan todas las demás que tanto asombran nuestra inteligencia al contemplar la Hostia consagrada, forzoso es quedarla bien establecida, ya *por la fe*, ya *por la razón* iluminada por la misma fe, ya *por los milagros* que la evidencian (3).

5. 1.º LAS SANTAS ESCRITURAS.—Clara y patente se ofrece en los libros sagrados la *promesa* de la Eucaristía hecha por el divino Salvador. Dijo á sus Apóstoles: *No os dejaré huérfanos.* (Joann., XIV.) *Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.* (Matth., XXVIII, 20.) *Yo soy el pan vivo bajado del cielo, y el que coma de este Pan vivirá eternamente.* (Joann., VI, 51-52.)

---

(1) Non confusione substantiae, sed unitate personae. (Symb. Athanas.)

(2) Maximum miraculorum Christi.—In Eucharistia Deus tot et tanta mirabilia inclusit, quot in ipso videtur quasi omnium mirabilium quae ab initio mundi fecit, memoriam renovase. S. Thom., *Opusc.* 58 y 59.)—Sacramentum sacramentorum mysterium mysteriorum. (S. Dionis.: *De divin. Hierarch.*)

(3) Dicendum, non posse sola ratione naturali evidenter demonstrari hoc mysterium esse posibile; posse tamen evidenter ostendi, non demonstrari impossibile.—Dicendum praeterea posse ratione naturali ostendi, hoc mysterium fuisse valde conveniens, et divinae bonitati, ac hominum utilitati maxime consentaneum. (Suárez, tomo 21, pág. 35, n. 4 y 6. Edición de París, 1877.)

Esta es la promesa; no puede ser más terminante.—Pero ¿qué Pan es éste?—El mismo Jesucristo lo dice, para que á nadie le ocurran dudas.—*El Pan que Yo os daré*—dice—*es mi carne para la vida del mundo* (1). Así lo entendieron los discípulos, así lo entendieron los judíos, y por eso decían éstos: *¿Cómo puede éste darnos su carne á comer?* (2).

¿Cómo? ¡Oh incrédulos judíos! Oid la contestación que os da el mismo Jesús: *Las palabras que os he dicho son espíritu y vida*. Lo cual fué decirles: «No lo alcanzáis con los sentidos, pero someted vuestra razón.» El gran Padre San Agustín se hace cargo de esta pregunta y responde: «¡Oh judíos! De qué modo Jesucristo se da y cómo se ha de comer este Pan, lo ignoráis; sin embargo, si no coméis dicho Pan, no viviréis: la orden es formal, y en cumplirla os va la vida.» (*De praesent. in Sacram.*)

¿De qué manera hizo el Señor fácil lo que á ellos parecía difícil? Este es el misterio, y Jesús le descifra instituyendo la Sagrada Eucaristía. Tomando el pan y el vino en sus manos, lo bendijo, diciendo á los discípulos: *Tomad y comed, este es mi Cuerpo. Tomad y bebed, esta es mi Sangre.*—Obsérvese, porque interesa mucho, que Jesucristo, no dijo: Esta es *la figura* de mi cuerpo, ni esta es *la figura* de mi sangre; sino: ESTE ES MI CUERPO; ESTA ES MI SANGRE; así, en absoluto y terminantemente, para evitar dudas.

6. ¿Bastó por ventura, esto? No, pues el amor y la previsión del Señor se extendió á más; Él suscitó en San Pablo un intérprete infalible de sus palabras divinas, y el Apóstol, eco fiel del Espíritu Santo, confirmó la *presencia real y substancial de Jesús en el Santísimo Sacramento,* de esta manera:

Comienza el Apóstol repitiendo textualmente á los fieles las mismas palabras de Cristo cuando dijo: *Este es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre*... y diciendo que la realidad de la Eucaristía *la sabía por el mismo Jesús,* que inmediatamente se lo había revelado. (I Cor., XI, 25.)

El cáliz de bendición—dice—*que nosotros bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la participación del cuerpo del Señor?* (I Cor., X, 16.) Esto es clarísimo, y tan persuadido se hallaba el Santo de la *real presencia* de Jesús en el Sacramento, que luego, para que recibieran la Comunión con

(1) Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. (Joann., VI, 52.)

(2) Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? (Joannis, c. VI, 53.)

las disposiciones debidas, les dijo: *El que comiere este pan ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor*. (I Cor., XI, 27.) Es decir, será condenado como reo de haber profanado el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. ¿Cómo había de afirmar esto el Apóstol si no estuviera *real y substancialmente presente* en la Eucaristía Jesucristo mismo en persona? Un cuerpo que está ausente, ¿quién le puede profanar comiendo un poco de pan ó bebiendo un poco de vino?

Mucha fuerza de probación tiene lo dicho; pero el Apóstol insiste más, para que nadie lo ignore, y añade: *El que come y bebe indignamente el pan ó el cáliz del Señor, come y bebe su propio juicio; esto es, su propia condenación, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor*. (I Cor., XI, 29.) Y es la causa, porque no hace distinción entre el Pan celestial, cuerpo de Cristo, y el que se usa en las mesas profanas. Si en el Pan eucarístico no se halla realmente el Cuerpo del Salvador divino, ¿qué significan las palabras de San Pablo? ¿Quién no ve que son inútiles y sin tener aplicación posible?

Pero añade más el Apóstol. *Que el hombre*—dice—*se pruebe á sí mismo antes de comer el Pan eucarístico, para no hacerse culpable.* (I Cor., XI, 28.) Y nosotros, considerando estas palabras, preguntamos: Si en el Santísimo Sacramento no se contiene Cristo con su virtud propia, ¿para qué hay necesidad de que el hombre se pruebe y vea cómo está su conciencia antes de comulgar? ¿Probarse para comer un simple poco de pan? ¿Hay cosa más absurda? Por otra parte, si la recepción de la Eucaristía no produce en el alma su efecto sino *por la fe* con que cada cual la recibe, como impíamente afirman los protestantes, claro es que comulgar *sin fe* será privarse del efecto eucarístico, por no hacerse reo de culpabilidad, y mucho menos de condenación eterna. Luego para todo hombre que crea en la divinidad de las Santas Escrituras bastan las palabras citadas de San Pablo para decir: *Creo que en la Hostia consagrada se contiene real, verdadera y substancialmente el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo.*

7. La Tradición.—Sin embargo ¡parece increíble! los enemigos de la *realidad de la Eucaristía*, es decir, de la presencia real de Jesucristo bajo las especies sacramentales de pan y de vino, prescinden del testimonio de San Pablo y convienen en que dicha realidad fué aceptada, creída y enseñada después del siglo VII; pero que antes de esa época la creencia de la Iglesia no estaba bien

precisada. ¡Oh! Nuevo error, nuevo absurdo, que se deshace como el humo con sólo considerar *un texto de cada uno de los Santos Padres* de los primeros siglos.

Siglo I.—La Eucaristia *es la carne de Jesucristo*, aquella misma que padeció por nosotros.—Así San Ignacio, mártir, citado por Theodoreto (1).

Siglo II.—Nosotros sabemos por los Apóstoles que este alimento espiritual, llamado Eucaristía, es el Cuerpo y la Sangre de Aquel que se hizo hombre por nuestro amor.—Así se expresó San Justino (2).

Siglo III.—Cuando vosotros gustáis el Pan eucarístico y la copa del vino consagrado, coméis y bebéis el Cuerpo y la sangre del Señor.—De esta manera habló Origenes (3).

Siglo IV.—Siendo certísimo que Jesucristo, hablando del pan que tenía en sus manos, dijo: ESTE ES MI CUERPO, y refiriéndose al vino añadió: ESTA ES MI SANGRE, ¿quién que tenga juicio osará poner en duda esta verdad católica?—En esta forma argumentaba San Cirilo de Jerusalén (4).

Siglo V.—Esto que está en el cáliz—dijo el Crisóstomo—es la sangre que ha fluido del costado de Cristo nuestro Señor. Cuando el sacerdote católico dice en nombre de Jesús: *Este es mi Cuerpo*, *Esta es mi Sangre*, transfórmase el pan y el vino que se ofrecen en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo (5). Así—añade San Agustín nos hacemos Cristíferos, esto es, portadores de Cristo, porque recibimos en nosotros su Cuerpo y su Sangre (6).

Siglo VI.—Antes de ser consagrados, el pan y el vino conservan su propia substancia; mas tan luego como se pronuncian las palabras sacramentales, son el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.—He aquí cómo juzgó de la Eucaristia San Cesáreo de Arlés.

Siglo VII.—El pan que nosotros dividimos en el Santísimo Sacramento es el Cuerpo de Jesús, que ha dicho de sí mismo: *Yo soy el Pan de la vida;* y el vino que en el cáliz bebemos es su Sangre

(1) Eucharistiam non admittunt, es quod non confiteatur Eucharistiam esse carnem Domini nostri Jesu Christi. (S. Ignac., Epist. *ad Smyrn.*)

(2) S. Just. in Orat. *ad Ant. Imperat.*

(3) Quando vite, pane et poculo frueris, manducas et bibis corpus et sanguinem Domini. (Orig., *In Cant.*)

(4) Cum ipse (Christus) pronunciaverit, et dixerit de pane: *Hoc est Corpus meum*, quis audivit deinceps ambigere? Et cum ipse asseveraverit: *Hic est meus Sanguis*, quis unquam dubitaverit, ajens non esse ejus sanguinem? (S. Cyril., Catech., IV, 1.)

(5) Hoc verbum transformat ea quae proposita sunt. (S. Crisost., Homil. 46.)

(6) Sic Christiferi erimus, id est, Christum ferentes, cum ejus corpus et sanguinem in membra nostra receperimus. (S. Agust., Serm. III *De Ver. Apost.*)

preciosísima.—¿Quiérese más claridad? Pues de este modo habló San Isidoro de Sevilla.

Siglo VIII.—El pan, y el vino, y el agua se convierten milagrosamente en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo.—Esto dijo San Juan Damasceno (1).

Luego, según estos testimonios históricos é irrecusables, quedan pulverizados los herejes que niegan fuera aceptada la realidad eucarística antes del siglo VIII. Y como después de esta época están igualmente clarísimas las decisiones de la Iglesia y las sentencias de los Santos Padres, no hay camino hábil para eludir la prueba, y forzoso es que todos repitamos con San Jerónimo (Epíst. 150): *El pan que Jesucristo partió y dió á sus discípulos, fué su propio Cuerpo.—Jesús es á la vez el convidado y el festín; el que come y es comido.* Pero esto se evidenciará más con lo que ahora diremos.

§ II

PRUÉBASE LA REAL PRESENCIA DE JESUCRISTO EN LA EUCARISTÍA POR LOS SANTOS CONCILIOS

8. Los Concilios anteriores al Tridentino.—**9.** Doctrina del Santo Concilio de Trento.—**10.** Cánones del mismo Concilio.—**11.** *Resumen y conclusión.*

8. Nadie ignora la divina autoridad de los Concilios generales de la Iglesia, puesto que ésta es infalible en sus decisiones dogmáticas, como asistida por el Espíritu Santo. Tampoco es necesario probar el hecho histórico de los Concilios de Nicea (en 737), de Letrán (siglo XIII) y otros (2), en los cuales se atestiguó y de-

(1) Panis, ac vinum, et aqua, per Sancti Spiritus invocationem et adventum, mirabili modo, in Christi corpus et sanguinem vertuntur. (Damasc., *De Eucharist.*)

(2) Estamos santificados participando de la sagrada carne y de la preciosa sangre de Jesucristo; porque no recibimos este alimento como un manjar ordinario (¡no lo quiera Dios!), ni como la carne de un hombre santificado y unido al Verbo sólo en cuanto á la dignidad, en quien la Divinidad haya habitado solamente, sino como una carne en verdad vivificante, y por consiguiente como la propia carne del Verbo, sin quien no podría ser vivificante. (Concilio de Alejandría, en tiempo de San Cirilo.)

El Concilio segundo de Nicea (VII ecuménico), después de establecer la institución de la Eucaristía, concluye con estas palabras: «Ergo liquido demonstratum est, quod nusquam Dominus, vel Apostoli, aut Patres imaginem dixerunt sacrificium sine sanguine, quod per sacerdotem offertur *sed ipsum Corpus, ipsum Sanguinem.*»

Pueden verse el Concilio celebrado bajo el pontificado de Nicolás II, en 1060; el presidido por Gregorio VII, en 1079, en los cuales Berenguer abjuró su error, y con la boca

finió como de fe el dogma de la real presencia de Jesucristo en el Sacramento de nuestros altares, pues basta á nuestro propósito citar algunos sagrados cánones del santo Concilio de Trento, que es el resumen de todos los Concilios que le precedieron. Dice así (sess. 13, c. 1):

9. «En primer lugar enseña el santo Concilio, y clara y sencillamente confiesa, que después de la consagración del pan y del vino se contiene en el gran Sacramento de la Eucaristía, VERDADERA, REAL Y SUBSTANCIALMENTE nuestro Señor Jesucristo bajo las especies de aquellas cosas sensibles (1)... Es, sin duda, maldad execrable que ciertos hombres revoltosos y corrompidos tuerzan las palabras de Jesucristo en la última Cena y las violenten y expliquen en sentido figurado, ficticio é imaginario, negando la realidad de la carne y sangre de Jesucristo, contra el sentir unánime de la Iglesia, la cual, siendo columna y apoyo de la verdad, ha detestado siempre como diabólicas estas ficciones de los impíos, y conservado indeleble la memoria y gratitud de este tan excelente beneficio que Jesucristo nos hizo.»

Y como si estas palabras no fueran bastante, el mismo santo Concilio, en dicha sesión XIII, declara que este dogma sagrado es un artículo de nuestra fe, y amenaza con los anatemas divinos á quien lo niegue, diciendo:

10. CAN. I.—*Si alguno negare que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se contiene verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y Sangre, en unión del alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y por consecuencia todo Cristo; ó, por el contrario, dijere que sólo está en él como en señal, en figura ó virtualmente, sea excomulgado.*

CAN. II. *Si alguno dijere que en el sacrosanto Sacramento de la Eucaristía queda la substancia de pan y de vino juntamente con el*

---

y con el corazón confesó el dogma de la *transubstanciación*.—El de Letrán, en 1215, siendo Papa Inocencio III.—El Concilio romano en 1413, condenando las proposiciones de Wiclef, la cual condenación fué confirmada en el Concilio de Constanza en 1414.—El Concilio de Florencia, en su última sesión, en 1439, define la *transubstanciación* diciendo: *Substantia panis in corpus, et vini in sanguinem convertentur.*

(1) Dice el santo Concilio *verdaderamente*, para excluir la presencia figurada de Cristo, como quieren los herejes sacramentarios. La figura se opone á la verdad, y por esto emplea la palabra (vere) *verdaderamente*.—Añade *realmente*, para combatir la presencia imaginaria que pretenden otros herejes, afirmando que la sangre de Jesucristo no está en la Eucaristía corporalmente como se halla en el cielo.

Dice además *substancialmente*, para excluir la presencia de sólo eficacia ó virtud, que es á lo que el impío Calvino reduce la presencia de Jesucristo en la Eucaristía. (Véase San Ligorio, *Opera dogmat.*, sess. 18.)

Cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, y negare aquella admirable y singular conversión de toda la substancia del pan en el cuerpo, y de toda la substancia del vino en la sangre, quedando sólo las especies de pan y de vino, conversión que la Iglesia católica llama con toda propiedad TRANSUBSTANCIACIÓN, *sea excomulgado.*

CAN. III.—*Si alguno negare que en el venerable Sacramento de la Eucaristía se contiene Cristo todo en cada una de las especies, y divididas éstas, en cada una de las partículas de las dos, sea excomulgado.*

CAN. IV.—*Si alguno dijere que, hecha la consagracion, no está el Cuerpo ni la Sangre de nuestro Señor Jesucristo en el admirable Sacramento de la Eucaristía, sino sólo el uso mientras se recibe, pero no antes ni después, y que no queda el verdadero Cuerpo del Señor en las hostias ó partículas consagradas que se reservan ó sobran después de la Comunión, sea excomulgado.*

11. De esta manera tan clara, enérgica y terminante se expresa el santo Concilio; y como además de su *infalibilidad* se apoyan sus definiciones, no sólo en las palabras de Jesucristo: ESTE ES MI CUERPO, ESTA ES MI SANGRE, sino en los hechos y dichos de San Pablo, de los Santos Padres, de los Sumos Pontífices, Obispos, teólogos, predicadores, y de los hombres más santos, más sabios y más perfectos del mundo, quienes han creído, confesado y enseñado en todos tiempos y lugares la real presencia de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, forzoso es confesar que la prueba es plena y abrumadora para todo cristiano que no haya perdido la fe ó el juicio.

12. Así, pues, si Jesucristo prometió solemnemente á sus Apóstoles que les daría á comer y á beber su propia Carne y su propia Sangre; si después, al instituir el Santísimo Sacramento, dijo con toda claridad: *Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre;* si el apóstol San Pablo confirmó plenamente la real presencia de Jesús en la Hostia consagrada; si esta creencia es la tradición unánime y constante desde Jesucristo hasta nuestros días; si los Santos Padres, además de las tres grandes prerrogativas del talento, de la ciencia y de la santidad forman entre sí una no interrumpida cadena, cuyos robustos anillos se afianzan mutuamente, quedando como sellada su enseñanza con la autoridad divina y definiciones dogmáticas de los santos Concilios, especialmente por el de Trento, que los resume todos, forzoso es confesar con San Hilario: (*De Trinitate*, lib. VIII): *No hay lugar á dudas en la verdad de la Carne y Sangre de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía; pues ahora, tanto por la manifestación del Señor como por nuestra fe, su Carne es verda-*

deramente comida, y su Sangre verdaderamente bebida. (En la *Suma* de Santo Tomás, p. III, q. 75, a. 1.)

Es cierto que nosotros, con nuestra pobre inteligencia, no llegaremos nunca á comprender el Misterio eucarístico, como tampoco comprendemos otros muchos misterios del orden natural; pero ¿qué importa? Dios lo dice, la Iglesia lo enseña, la fe lo demanda, la razón no puede contradecirlo: es la creencia de todo el cristianismo; los hombres más sabios y más santos lo han creído, por consiguiente, creamos. «No resistamos—dijo el Crisóstomo—á los oráculos divinos, aunque nuestros sentidos no lo perciban y nuestra razón no lo comprenda; porque Dios es infalible y nosotros fácilmente nos engañamos. Y pues El ha dicho: *Este es mi Cuerpo,* demos de mano á toda vacilación y á toda duda; cautivemos nuestro entendimiento en obsequio de la revelación eucarística, y digamos sencillamente: *Creo*. (San Crisóstomo: Homilía 82, *in Matth.*, n. 4.)

CAPITULO XVI

Más pruebas sobre la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

1. El amor del corazón de Jesús todo lo soporta por nosotros.—**2.** Vano empeño de los impíos contra el Santísimo Sacramento.—**3.** El corazón de Jesús en la sagrada Eucaristía no cesa de prodigarnos favores.

LAS delicias del género humano es Jesucristo en el Santísimo Sacramento. Su corazón divino se encuentra en la sagrada Hostia de igual manera que está en el cielo; y aunque el Señor previó todas las injurias que los hombres ingratos é impíos le habían de inferir en el Sacramento eucarístico, sin embargo, su amor todo lo venció, y le instituyó, y se quedó en nuestros altares, y allí quiere ser adorado y que le busquemos para recibirle como alimento y para ser deificados cuanto lo consiente nuestra humana naturaleza. *La caridad de su amantísimo corazón*—dijo San Pablo (I Cor., XIII, 7)—*todo lo sufre, todo lo soporta.* ¡Oh piélago infinito del divino amor, y cuán poco lo estiman algunos cristianos!

2. Hemos visto un emblema que representa algo el amor incesante del corazón de Jesús para con los hombres, y el vano empeño con que los herejes le niegan en su Sacramento de amor. Figura dicho emblema una noche estrellada, con luna refulgente, y un perro ladrando á la luna, con esta inscripción: INANIS IMPETUS, vano empeño (1).

Verdaderamente así es. Aunque los enemigos del Santísimo Sacramento ladren contra El como canes inmundos, cual expresa el emblema, y aunque el infierno entero arroje su furor en odio satánico al corazón de Jesús, verdadera y realmente presentísimo en la sagrada Eucaristía, marcha, sin embargo, esta luna mística siguiendo su curso apacible, despreciando todos los dicterios, oprobios y blasfemias de los infelices herejes, á quienes podemos decir: INANIS IMPETUS, vano es vuestro empeño, porque el

---

(1) Ginther: *Speculum amoris*, Consideratio XXVI.

corazón de Jesús es amor, y el amor todo lo vence. *Super omnia autem vincit Veritas.*

3. A la manera que aquella piedra del desierto, herida dos veces en forma de cruz con la vara de Moisés, suministraba aguas abundantes que salían de su interior para beneficio de aquel pueblo ingrato, murmurador y rebelde, así también el amabilísimo corazón de Jesús en la santísima Eucaristía, por más que se encuentre ofendido de los hombres, se halla siempre derramando sobre ellos sus favores, suministrándoles las aguas de la gracia divina; es más, el corazón deífico nos mira con ternura indecible y nos sigue, ora cuando estamos enfermos, visitándonos en nuestras propias casas, por miserables que sean, ora saliendo do su morada por las calles y plazas como en busca de nuestras súplicas, ora excitando nuestros corazones para que nos apresuremos á recibirle sacramentado. ¡Oh bondad infinita del corazón divino, que no desechó á la pecadora Magdalena, ni á la mujer adúltera, ni á los leprosos desagradecidos, ni á los tullidos y ciegos, ni á ninguno de los enfermos y pecadores! ¡Hasta á los fieros herejes que le persiguen desea favorecerlos, para que se conviertan y se salven!

Por eso nosotros, deseando ser fieles imitadores del corazón de Jesús, é inspirándonos en su amorosa ternura para con las almas extraviadas é incrédulas, no vacilamos en añadir ahora un nuevo capítulo para probarles que el dulcísimo Redentor se encuentra real y verdaderamente presente en la sagrada Eucaristía. Esto se evidencia:

1.° Por la creencia constante, invariable y universal de la Iglesia.
2.° Por la imposibilidad de que este misterio sea invención humana.
3.° Por confesión de los herejes y por los milagros.

§ I

DE LA REAL PRESENCIA DE CRISTO EN LA EUCARISTÍA, PROBADA POR LA PRÁCTICA DE LA IGLESIA

4. La ley *del secreto* referente á la Eucaristía —**5.** Calumnias á los primeros cristianos.—**6.** La práctica de la Iglesia.—**7.** Argumento de prescripción respecto de la real presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento.

Probada en el capítulo anterior la real presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento, por el testimonio de las *Sagradas Letras,*

por la *Tradición* y por los santos *Concilios* de la Iglesia católica, conviene ahora completar la prueba, para confusión de los herejes, poniéndolos ante los ojos la creencia universal, constante é invariable de la misma Iglesia.

4. Claro hemos visto que el Apóstol San Pablo creía y enseñaba la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía; y con él se hallaba identificada la Iglesia primitiva. En aquellos tiempos primeros del Cristianismo se ocultaba, es verdad, el Santísimo Sacramento, y se prohibía hablar de él en público, con la ley que llamaban *del secreto;* pero esto era únicamente por no exponer al Señor á las burlas groseras de los paganos. *Ley que no hubiera tenido razón de ser* si la Eucaristía hubiese sido sólo una simple figura de Jesucristo.

5. Sin embargo, por mucho que se trató de ocultar el misterio, no fué tanto que dejara de traslucirse, y de aquí se originaron las calumnias de infanticidio y antropofagia con que afligieron á los primeros cristianos. Aludían evidentemente á los sagrados banquetes eucarísticos con que alimentaban sus almas con *el cuerpo y la sangre de Cristo nuestro Señor.*

Refiérese en las actas de los mártires que, habiendo unos paganos oído decir á esclavos catecúmenos que los cristianos celebraban en sus misteriosas reuniones banquetes de carne y sangre humanas, el pueblo entero de Lyon se enfureció contra los fieles. Los jueces pretendieron arrancar el secreto á la virgen Blandina á fuerza de tormentos, más la joven y humilde sirvienta halló medio de refutar la calumnia con prudencia exquisita, sin revelar el secreto de los santos misterios.—«¿Cómo—respondió—han de comer niños los cristianos, cuando hasta la sangre de los animales tienen inhibida? (1).»

6. Por fin llegó un tiempo en que los cristianos fueron menos perseguidos y el Cristianismo menos odiado, y entonces salió de las sombras el Santísimo Sacramento como luz esplendorosa para iluminar el mundo con eternos fulgores, y el corazón de Jesús, palpitando de amor en el misterio eucarístico, fué objeto constante de las adoraciones de los fieles, y el santo sacrificio de la Misa su tesoro regalado, y recibir la Comunión su delicia suprema; y esto se halla de tal suerte comprobado, que las *liturgias* de todos los siglos admiten las palabras de Jesucristo en la noche de la Cena en su sentido natural, siempre rindiendo á la Hostia consagrada las ado-

(1) Ruinart.: *Act. Mart.*, pág. 51 et sep. Edit. Veron., 1731.

raciones debidas á solo Dios, y los Santos Padres, todos á una voz (como antes hemos probado), repiten en todas las formas y maneras aquellas palabras de San Justino: *No es pan común, ni una bebida ordinaria lo que nosotros recibimos en la Eucaristía, sino la Carne y la Sangre del Verbo de Dios, encarnado por nuestra salvación* (1).

«¡Oh prodigio de los prodigios!—exclamaban los Santos Padres asombrados.—¡Cristo nos da su carne, mientras que su divina persona es inmolada por nosotros! Cuántos dicen: «Yo querría ver su »figura, sus rasgos, su hermosura, ó á lo menos su vestido ó sus »sandalias.»—¿Sí? Pues en la Eucaristía es á Él mismo á quien veis, con los ojos de la fe, á quien tocáis, á quien coméis. Pensad quién es, y adoradle, porque ese mismo cuerpo es el que está en los cielos y al que reverencian los ángeles y querubines. Ellos tiemblan en su presencia; ni osan mirarle, deslumbrados por el esplendor de su gloria; y nosotros... ¡nosotros le comemos, y nos unimos con Él! ¡Qué fineza de amor! (2).

Y como de igual ó semejante manera se expresan todos los Santos Padres, antiguos y modernos, como cualquiera puede ver en sus obras, forzoso es convenir que el dogma de la real presencia de Jesucristo en la sagrada Eucaristía es, entre las tradiciones cristianas, la más sólida y firmemente comprobada (3).

7. Ahora bien: de todo lo dicho hasta aquí puede sacarse, en confirmación de esta verdad, el argumento que llaman de *prescripción,* ó sea un razonamiento por el cual, partiendo del hecho actual innegable de la creencia unánime de la Iglesia en este punto, se puede evidenciar dicha verdad remontándose á Jesucristo, que fué el primero que la enseñó. Hagamos el ensayo.

Es un hecho de todo punto cierto que actualmente la Iglesia católica, en su totalidad, cree el dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. No se puede negar.

Es igualmente cierto que esta creencia ha tenido un origen, y

---

(1) Non enim communem panem, neque communem potum haec sumimus, sed quemadmodum per Verbum Dei incarnatus Jesus Christus Salvator noster, et carnem, et sanguinem pro salute nostra habuit. (S. Justin., *in apolog. 2, ad Antoninum, imperatorem.*

(2) S. Crisost., homil. 51, *in Matth.*—Homil. 83, *in Matth.*—Homil. 3, *in Epist. ad Ephes.*

(3) En cuanto á las liturgias que muestran esta verdad, pueden verse: Lebrun, *Explication de la Messe.*—Bona: *Rerum liturgicarum.*—Tomasi: Oper. t. I, parte I, *De liturgia et psalmodia antiqua.*—Renaudot: *Liturgiarum orientalium collectio.*—Assemani: *Codex liturgicus Ecclesiae universae.*—Mabillon: *De liturgia gallicana.*—Muratori: *Liturgia romana vetus.*—(Monsabré: *De Eucaristia,* confer. 67.)

que este origen se ha de encontrar remontándose de siglo en siglo. Tampoco se puede negar.

¿Ha habido *un tiempo* en que dicho dogma no existía y otro tiempo en el cual se comenzó á manifestar? ¿Ha habido *un país* en el cual fué anunciada por primera vez y *una persona* que fué la primera que le dió á conocer? Sí, ciertamente; y todo esto es innegable.

Por último: ¿Es cierto que, remontándonos de un siglo á otro, partiendo del nuestro, nos encontramos esta creencia admitida, no como *nueva*, sino como *transmitida* por el siglo precedente, hasta llegar á los tiempos apostólicos, ó sea á los Apóstoles, quienes la expusieron como venida de Jesucristo, su divino Maestro?--Todo esto es certísimo, como igualmente lo es que Cristo nuestro Señor instituyó la divina Eucaristía, diciendo: ESTE ES MI CUERPO, ESTA ES MI SANGRE. Luego, ó hay que aniquilar la historia y la lógica, y decir que toda la historia es mentira y que todos los cristianos de diecinueve siglos son locos de atar, ó es preciso conceder que *Jesucristo. Dios y hombre verdadero, se halla real, verdadera y substancialmente presente en la Sagrada Eucaristía.*

Pero, aun suponiendo que este argumento y los anteriormente aducidos no lleven la persuasión á los entendimientos extraviados, nos encontramos con otro abrumador é ineludible, que no podemos omitir, á saber:

§ II

MUÉSTRASE LA REAL PRESENCIA DE JESUCRISTO EN LA EUCARISTÍA, POR LA IMPOSIBILIDAD DE QUE ESTE MISTERIO SEA INVENCIÓN HUMANA.

8. Imposibilidad de que el Misterio eucarístico sea invención humana.—**9.** Imposibilidad de que fuera creído sin el carácter divino.—**10.** Todo el Cristianismo ha creído este dogma.—**11.** Es imposible que se haya engañado.

8. Con efecto; la dificultad, ó, mejor dicho, la imposibilidad de inventar el gran Misterio eucarístico y sobre todo de hacerle creer á los fieles cristianos, es de suyo evidente. El entendimiento del hombre no ha podido nunca por sí mismo elevarse á la concepción del dogma de la Eucaristía, porque él es de tal suerte opuesto á todo lo que nos muestran los sentidos y á todo lo que nos enseña la experiencia, que ni aun imaginarlo era posible, puesto que la imaginación, según pregonan los filósofos, no es

más que una como continuación de los mismos sentidos, con la facultad de combinar sensaciones anteriormente tenidas. ¿Y quién ha sentido nunca, ni experimentado la conversión de las substancias en otras enteramente diversas, permaneciendo los mismos accidentes, cual si no se hiciera la conversión?

Es verdad que el dogma de la Eucaristía *no es contrario á la recta razón,* poro también lo es que él *supera* en mucho á todo cuanto la razón puede entender, discurrir é imaginar: por consecuencia, el entendimiento humano se halla impotente para hacer tales invenciones, y si por ventura le ocurriere la idea del Misterio, la desecharía al punto, como cosa imposible á las solas fuerzas de la inteligencia del hombre (1).

9. Demás de esto, aun suponiendo que el hombre hubiera podido con su entendimiento natural concebir el dogma eucarístico, no hubiera nunca osado proponerle á la creencia del género humano; porque toda aserción nueva, y mucho más ésta, tan extraordinaria y transcendental, necesita de pruebas para ser creída, necesita apoyarse en motivos razonables de credulidad; pero ¿en qué pruebas humanas podría el inventor del dogma de la Eucaristía apoyar sus afirmaciones para convencer los entendimientos de tantos millones de cristianos y en el transcurso de tantos siglos? El absurdo aparece evidente, y por poco que dicho inventor discurriera, habría comprendido que con sólo proponer el Misterio, se hubiera expuesto á las burlas y al desprecio de las gentes. Pero aun dado caso que el hombre hubiese podido inventar el dogma eucarístico, y que su osadía é insensatez hubiera llegado al extremo de proponerle á los fieles, era imposible que jamás hubiera llegado á persuadirles; porque la grandeza inefable de dicho dogma se halla en regiones muy superiores á la pobre razón humana, y en manera alguna puede ser aceptado y creído razonablemente, á no ser *apoyado en la palabra de Dios,* que puede hacer mucho más de lo que nosotros podemos comprender. El infeliz mortal que hubiera propuesto tan excelso Misterio sin fundamentarle en la palabra divina, indudablemente hubiera sido mirado como loco despreciable.

(1) Omnibus adversariis fatentibus, Eucharistiae mysterium, per inde ac reliqua mysteria religionis nostrae, humanae rationis captum superat. Jam vero implicat, ostendi posse quidpiam rectae rationi adversari, quod eam excidit... Etsi daremus eos optime callere naturam corporis, nullam adaequantam ideam aut cognitionem habent status seu modi sacramentalis, quo Christi corpus praessens est in Eucharistia. (Perrone: *De Euchar.*, prop. III, n. 105.)

10 Ahora bien; la humanidad cristiana ha creído siempre y cree hoy en el dogma sacrosanto de la Eucaristía; en todos los siglos ha habido *adoradores* del Santísimo Sacramento, que se han prosternado diariamente ante la Hostia consagrada, proclamándola como su Dios y tributándola todos los obsequios divinos: innumerables mártires han dado su vida por defender esta verdad consoladora; genios eminentes y talentos sublimes han desplegado las alas de su inteligencia para ensalzar en sus cantos al Dios de nuestros amores en el Santísimo Sacramento; artistas de fama imperecedera, elevados por la fe en la sagrada Eucaristía, han legado al mundo monumentos grandiosos de su ingenio, dejando grabados en lienzos, en mármol y en acero los símbolos augustos del Misterio eucarístico; Reyes poderosos y príncipes excelsos, en unión de grandes potentados de su corte, han erigido magníficos santuarios para perpetua morada del Dios omnipotente en el Sacramento de su amor; congregaciones innumerables de almas piadosas, hombres y mujeres, ricos y pobres, han consagrado su vida entera exclusivamente á la adoración del Santísimo Sacramento, conservándole día y noche expuesto en los altares, como objeto constante de su culto y de sus más finos amores.

11. ¿Es posible que tantos millones de personas ilustres en artes, en ciencias, y sobre todo en santidad, hayan sido víctimas de una ilusión piadosa? ¿Es posible que el mundo entero, y en una larga serie de siglos, haya sufrido engaño?—No, de ninguna manera; esto no puede ni aun imaginarse. La Iglesia de Jesucristo, divinamente instituída, Maestra infalible de la verdad, al profesar hoy el dogma de la Eucaristía, no hace más que seguir la tradición constante de todas las Iglesias del universo, lo que enseñan unanimemente todas las liturgias, los ritos y las ceremonias, los templos y los altares, los ornamentos y vasos sagrados; no hace más que creer, profesar y adorar lo mismo que creyeron, profesaron y adoraron millones de católicos de todos los siglos, desde Jesucristo hasta hoy, prosternándose todos, de generación en generación, ante la adorable y augusta presencia de Jesús Sacramentado. El católico de hoy cree lo mismo que siempre ha creído la Iglesia; la Iglesia cree lo que creyeron los Apóstoles; los Apóstoles creyeron lo que dijo Jesucristo, y Jesucristo dijo: *Tomad y comed, este es mi Cuerpo. Tomad y bebed, esta es mi Sangre.* ¿Es posible que Jesucristo nos haya engañado, y que todos los sacerdotes de la Iglesia católica nos engañen cuando diariamente nos dicen: *He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo?*

Es, pues, evidente que el mundo cristiano no ha podido creer el dogma eucarístico sino en cuanto le ha sido impuesto por Dios. Si ha sido impuesto por Dios, es verdadero; y siendo verdadero no se puede negar que Jesucristo se halla real, verdadera y substancialmente presente en el Santísimo Sacramento. Concluyamos ahora la prueba con nuevos y decisivos argumentos, esto es:

§ III

CON EL TESTIMONIO DE LOS MISMOS HEREJES Y CON LOS MILAGROS

12. Insensatez de los racionalistas.—**13.** Símil que lo comprueba —**14** Berengario y la Eucaristía.—**15.** Testimonio de los incrédulos en favor de la real presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento. —**16.** La real prepresencia probada por los milagros.—**17.** Resumen y conclusión.

12. Lástima da contemplar la demencia de algunos herejes modernos, que habiendo nacido ayer, pretenden saber más que todo el género humano, más que la Iglesia divinamente inspirada, y más que el mismo Dios hecho hombre. Nos referimos principalmente á aquellos que, desechando el orden sobrenatural, intentan medirlo todo por la flaca razón humana, y por la ciencia que hincha, sin reparar que ni la ciencia ni la razón podrán jamás comprender la naturaleza intima de las cosas, ni el por qué en muchos de sus fenómenos.—¿Qué es la electricidad? ¿Qué el magnetismo? ¿Qué es la luz en su esencia? ¿Cómo se verifica la digestión de los alimentos en en nuestro ser?... ¡Oh! El misterio nos rodea por todas partes, aun en las regiones meramente naturales. Si no hubiéramos de creer nada más que lo que entendemos, ¡cuántas cosas reales y verdaderas tendríamos que negar! Y si esto acontece en lo natural, ¿cuánto más en lo sobrenatural?

13. Al hombre le es permitido razonar é inquirir hasta cerciorarse de que Dios ha hablado; pero una vez mediando la palabra divina, calle el hombre, crea y adore; esto es lo razonable: lo demás es insensatez monstruosa. «¿No será Dios—dice el P. Monsabré—acredor á que asintamos rendidos á sus enseñanzas, cuando Él no se desdeña de abajarse hasta proponérnoslas? Suponed que dos hombres incivilizados ven cruzar de repente ante su vista un tren de ferrocarril. Ellos jamás vieron cosa por el estilo, y si uno de vosotros se llega á ellos y se digna explicarles el mecanismo del tren, puede contar con que le admiren y estén con el ánimo pendientes de su palabra. Después de haberle escuchado, uno de ellos

exclama: «¡Qué portento! Yo soy demasiado ignorante para comprenderlo; mas ya que vos venís de una nación civilizada y del país de las ciencias, os creo bajo vuestra palabra y admiro el prodigio.» ¿No diríais que este era un hombre razonable y de talento? Contemplemos ahora el reverso de la medalla. El otro hombre indocto os mira con aire burlón y paga vuestras atenciones con la siguiente respuesta: «Señor mío, todo eso son patrañas. Jamás me persuadiréis de que la máquina de vapor no lleva oculto en su seno algún animal cuya fuerza arrastra el tren.» ¡Qué bruto! diréis en vuestro interior; y tendréis sobradísima razón. Pues he aquí el juicio que se puede formar de los incrédulos que niegan lo que no entienden.

Hablando del misterio de la Eucaristía y oyendo las horribles blasfemias de algunos hombres impíos, ¿no es verdad que se siente uno indignado y que los labios se mueven instintivamente para decir: «Dios mío, ¡qué insensatos!» Pero oigamos hablar á algunos de los herejes, que ellos mismos dejarán por completo sentado el dogma inefable del Santísimo Sacramento.

14. En el año de 1050, habiendo Berengario negado la *transubstanciación*, fué al punto condenado por toda la Iglesia, como sostenedor de una doctrina nueva, inaudita, falsa y herética. Convencido más tarde de error, el mismo Berengario, en el Concilio de Tours, bajo el pontificado de Víctor II, abjuró públicamente su herejía. Habiendo vuelto á caer en ella más tarde, abjuró de nuevo sus errores, siendo Pontífice sumo Gregorio VII, con la siguiente profesión de fe. *Yo, Berengario, creo de corazón, y mi boca confiesa que el pan y el vino se convierten en el verdadero, propio y vivo Cuerpo, y en la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, y que después de la consagración es el verdadero Cuerpo de Jesús que nació de la Virgen María, y la verdadera Sangre del mismo Jesús, que salió de su costado; y esto no en figura, sino en realidad y propiedad de la naturaleza y de la verdad de la substancia.* (Hist. Eccles.)

15. Y viniendo ya á los factores de la Reforma protestante, oigamos al patriarca de ellos, ó sea al impío Lutero: «Desearía—dice—encontrar un hombre suficientemente hábil para demostrarme, que no hay sino pan y vino en la Eucaristía; me prestaría en ello un gran servicio. Sudar me ha hecho el estudio de esta cuestión; pero me siento encadenado, porque el texto del Evangelio es clarísimo (1). Carlostadio—prosigue el mismo Lutero—atormenta el

(1) Vellem quod posset aliquis mihi persuadere, nihil esse in Eucharistia, praeter panem et vinum, magno ille beneficio me devinceret; jam saepe gravibus curis in hac materia desudavi: verum ego me captum video. Nulla alabendi relicta est, textus Evan-

pronombre HOC; Zuinglio debilita el verbo EST; Œcolampadio tortura la palabra CORPUS, y otros martirizan todo el texto. Si buscan quien se lo explique, no vengan á mí, vayan y pidan la explicación á los niños de la escuela, que estén aprendiendo á deletrear. Por lo que á mí toca, les reto á que presenten una sola Biblia en que se lean estas palabras: *Esto es el signo de mi Cuerpo*: En el ínterin, que callen la boca (1).

Esto dice nada menos que el impío Lutero; y si de él pasamos á Melancton, eco fiel de su maestro, dice así: «Las palabras de Cristo fulguran como rayos. ¿Qué ha de objetarlas el aterrorizado espíritu (2)? Si os permitís decir que Jesucristo no está realmente en la Eucaristía, entonces será permitido decir que Dios no es Dios, y que Cristo no es Cristo (3).

Y por no hacernos interminables, concluiremos con Erasmo, que escribía á Conrado lo siguiente: «Me es imposible poner en mi espíritu la negación de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, sobre todo en vista de la evidencia del Evangelio y de las Epístolas de los Apóstoles. Jamás he podido ni podré creer que Jesús, siendo como es la misma verdad y la misma caridad, haya podido permitir que su amadísima Esposa la Iglesia estuviese por tanto tiempo afecta á un error tan abominable, y adorase constantemente á un pedacito de pan.» (Erasm., *ad Ludovicum Verum.*) Es decir, que hasta los herejes mismos no han podido menos de confesar la real presencia de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía.

16. Por último, ¿qué diremos de los innumerables milagros, públicos y evidentes, antiguos y modernos, que nadie en sano juicio puede negar? La historia eclesiástica nos refiere que en el año 552, reinando el emperador Justino, un niño que había comulgado en Constantinopla fué por este hecho arrojado en un horno ardiendo por su cruel padre, que era judío, y las llamas no dañaron al niño.

En 1608, cuando se incendió la iglesia de Faverney, en el Franco Condado, multitud de personas vieron en el aire el santo relicario con dos Hostias consagradas, por espacio de doce horas, dando

---

gelii nimis est apertus. (Luter., Epist. ad Argentinenses.) Esto no obsta para que al mismo tiempo Lutero errara en la transubstanciación, como luego diremos.

(1) Rogamus Sacramentarios ne petant a nobis ut illum textum (Hoc. est Corpus meum) probemus. Possunt enim ea dare consulere pueros vis septem annum natos, qui in scolis istorun vorborum syllabas colligeret discunt, etc. (Luter. in Apolog., De Coena Dominini.)

(2) Ista verba: *Hoc est Corpus meum*, fulmina erunt. Quid his opponet mens perterrefacta? *(De veritate corporis et sanguinis.)*

(3) Melanch., *ad Federic Myconium.*

lugar á que acudieran millares de testigos á presenciar el prodigio. ¿Quién puede dudar de este hecho cuando están patentes las informaciones auténticas que fueron hechas por orden del Arzobispo de Besançón?

¿A quién no causa asombro el milagro de los Corporales de Daroca, y la Hostia consagrada, que se conserva en el Real Monasterio de San Lorenzo, en El Escorial, y que se expone á la pública adoración una vez cada año, mostrándose á los ojos de todos la sangre del Redentor?

El Angélico Doctor fué en Orvieto uno de los examinadores del gran milagro de 1262, que dió motivo á la institución de la festividad del Santísimo *Corpus Christi*. Aconteció que celebrando Misa un sacerdote bohemio en la ciudad Bolsena (próxima á Orvieto), junto á las catacumbas de Santa Cristina, tuvo en sus manos, trocadas en carne y sangre, las especies sacramentales, y aquella sangre manchó los Corporales, que con magnificencia conserva la Catedral de Orvieto, y algunos mármoles del altar que se guardan en Bolsena. El Obispo y clero de Orvieto resolvieron, en el año de 1887, hacer al Sumo Pontífice León XIII, entre otras ofrendas, la de una magnífica edición del Oficio para la solemnidad del Santísimo Sacramento y su octava, cuyo original compuso en aquella ciudad Santo Tomás de Aquino por orden del Papa Urbano IV, quien lo aprobó después (1).

¿Quién no ha leído el milagro de Santa Teresa de Jesús?—Cuando yo me llegaba á comulgar—dice la Santa en su vida, capítulo XXXVIII, núm. 13—y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento *(y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia)*, los cabellos se me espeluznaban, y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh, Señor mío! Mas si no encubriérades vuestra grandeza, ¿quién osara llegar tantas veces á juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran Majestad? Bendito seáis, Señor; alabenos los ángeles, y todas las criaturas, que ansí medís las cosas con nuestra flaqueza para que, gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder, de manera que aun no las osemos gozar, como gente flaca y miserable.»

---

(1) Sobre este punto puede verse el diario católico *El Siglo Futuro*, número del 13 de Julio de 1887, donde se lee «El trabajo crítico acerca del Oficio del Santísimo Sacramento;» es del profesor Ucelli, inédito hasta ahora, y que despertará gran interés, tanto por darnos el texto genuino del Santo Doctor, cuanto porque nos representa la primitiva forma de aquel devotísimo Oficio.

Sería cuestión de no concluir nunca si hubiéramos de citar los milagros asombrosos que prueban la real presencia de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía; pero ¿qué más milagros que los espirituales obrados en las almas, cuando dignamente reciben la santa Comunión?

17. Así, pues, damos por terminada esta prueba; porque hallándose el dogma eucarístico perfectamente expresado *por las divinas Escrituras, por la Tradición, por los Concilios generales y provinciales, por la creencia y práctica universal de la Iglesia, por la razón teológica, por los mismos herejes y por multitud de milagros innegables,* ¿para qué hemos de buscar más?

Lo que interesa es que los cristianos todos, hombres y mujeres, sabios é ignorantes, grandes y pequeños, vivamos completamente enamorados del Santísimo Sacramento; que tengamos nuestras delicias en visitarle, en adorarle, en amarle, y, sobre todo, en recibirle con las condiciones debidas, pues es palabra divina que *el que come de ese Pan celestial vivirá eternamente.* Y si alguno intentare poner á prueba nuestra fe inquebrantable, hemos de imitar á San Luis, rey de Francia, que cuando le llamaron para que viera el Niño hermosísimo que milagrosamente se dejaba ver en la Santa Hostia de su capilla, respondió: «El que no lo creyere puede ir á verlo; que mi fe no necesita de la vista para creer en la real presencia de Jesucristo en el inefable y augusto Misterio de nuestros altares» (1).

(1) Tomás Bocio, lib. XIV, *De Seng. Eccles.*, cap. VII.

CAPITULO XVII

El Dogma de la Transubstanciación

1. El Corazón de Jesús, centro de nuestros corazones.—**2.** La serpiente del desierto, símbolo del corazón eucarístico de Jesús.—**3.** Saetas amorosas del Corazón de Jesús al nuestro, y viceversa.

EL Corazón sacratísimo de Jesús en la divina Eucaristía debe ser el centro de nuestros amores, al cual se dirijan diariamente todos los efectos de nuestro corazón. Recordamos una pintura alegórica, en la cual se ostenta el Corazón deífico tal cual le mostró el Señor á la Beata Margarita María de Alacoque, pero atravesado por una flecha que le arrojó un ángel sagitario amoroso, y en la parte superior se leían estas palabras: *Ad centrum,* como diciendo: «Enderezo todas mis acciones y todos mis afectos *al centro* del Corazón divino (1).

Con efecto; siempre, pero muy en especial en estos últimos tiempos, nos ha mostrado nuestro dulcísimo Redentor su corazón sacratísimo como signo de nuestra eterna salud; de tal suerte que si las naciones modernas quieren salvarse y recobrar la tranquilidad perdida, ha de ser por la devoción tierna y verdadera al Corazón deífico. *Positus est hic in signum.* (Luc., II, 34.)

2. Allá en lo antiguo puso el Señor al pueblo de Israel, para curarle de la mordedura venenosa de la serpiente, una hecha de metal y suspensa de un palo, diciendo á Moisés: *Este es el único signo de salud. Pones eum pro signo.* (Núm., XXI, 8.) Y de semejante manera á nosotros los cristianos nos ha puesto Dios, como señal cierta de nuestra salvación eterna, el Corazón divinísimo de Jesús, suspenso del madero en el Calvario y vivo (tal como está en el cielo), en el Sacramento eucarístico, y á él quiere que dirijamos siem-

---

(1) Ginther: *Speculum amoris,* consider. 44.

pre nuestras saetas amorosas, ó sea los suspiros tiernos y las oraciones de nuestros labios.

3. De aquel dulce príncipe Jonatás se lee en el libro I de los Reyes (XX, 22), que siendo David amigo suyo muy querido, á quien amaba como á su propia alma, queriendo librarle del furor de Saúl, le dijo: «Ocúltate en el campo, junto á la piedra llamada Ezél, y para que sepas si mi padre te ama ó te aborrece, yo arrojaré allí tres saetas, como quien tira al blanco, y si dijere á mi criado: «Tráeme las saetas que están *dentro de ti»* será señal de paz y que mi padre te ama; pero si le dijere: «Tráeme las saetas que están *más allá* de ti,» entonces huye, porque mi padre te aborrece. Esta es la señal.

Pues bien; por modo semejante, si las saetas amorosas que diariamente nos dirige el Corazón sacratísimo de Jesús, íntimo amigo nuestro, más que Jonatás de David, quedan *dentro de nosotros*, esto es, si las recibimos con amor, si las agradecemos, si correspondemos á ellas, si procuramos tener un corazón á imagen del suyo, devolviéndole nuestras saetas, ó sea nuestras obras y afectos amorosos, entonces es buena señal, no cabe duda que estamos reconciliados con Dios su Padre; pero, si dichas saetas de amor que el Corazón divino nos lanza quedan fuera de nosotros, y nuestro corazón se dirige al amor del mundo y de los placeres... ¡Oh! en ese caso no podemos dudar que tenemos á Dios por adversario, que es la mayor de las desdichas.

Por lo mismo, es para nosotros de absoluta necesidad encaminar al Corazón de Jesús, en el Sacramento de su amor, todos los afectos, deseos y suspiros de nuestro pobre corazón, porque en esta vida hemos de ser como buenos sagitarios, cuyo blanco sea siempre la sagrada Eucaristía. Ese es nuestro centro, nuestro amor, nuestra dicha, nuestro todo, porque ya hemos demostrado que *en ella se encuentra real, verdadera y substancialmente Cristo nuestro Señor todo entero.* ¿De qué manera? ¿Qué exige de nosotros? Esto es lo que ahora procede declarar para instrucción de nuestro espíritu y para consuelo de nuestras almas.

Dos son las consecuencias que necesariamente surgen de la real presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento: la *Transubstanciación* y la *adoración*. Aquí hablaremos de la primera, reservando para después la segunda, y decimos:

1.° La Transubstanciación es un dogma de nuestra fe católica.
2.° La razón ilumina el dogma de la Transubstanciación.

§ I

INDÍCANSE LA NATURALEZA Y LOS EFECTOS DE LA TRANSUBSTANCIACIÓN

4. Doctrina de Santo Tomás sobre la Transubstanciación.—**5.** El santo Concilio de Trento y el Catecismo.—**6.** Cuándo se realiza la Transubstanciación.—**7.** Primer efecto que acompaña á la Transubstanciación.—**8.** Segundo efecto.—**9.** Tercero.—**10.** Resumen de la Transubstanciación, según el Concilio Tridentino.

4. Grande misterio es la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía; pero *debe creerse*—dijo Santo Tomás (p. III, q. 75, a. 1)—*por la fe apoyada en la divina autoridad, por ser esto conveniente á la perfección de la nueva Ley, y sobre todo muy conforme con la caridad de Cristo y con la fe en su humanidad.* De esto, pues, no podemos dudar; pero ¿cómo se verifica esta portentosa maravilla? —Los teólogos lo expresan con una sola palabra: TRANSUBSTANCIACIÓN; ó, lo que es lo mismo, *conversión de toda la substancia del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Cristo;* y esto de tal suerte, que después de la consagración no queda del pan y del vino sino únicamente las especies ó apariencias, cuales son la forma, el color, el sabor.

5. Que esto es así y no de otra manera, lo demuestra el Angélico Doctor, porque de lo contrario *quedaría destruida la verdad del Sacramento, la forma de él resultaría falsificada, la veneración á la Eucaristía abolida y los ritos de la Iglesia sin ningún valor* (1). Por todo lo cual la Iglesia, nuestra Madre, lo ha declarado como verdad de fe por el santo Concilio Tridentino, que confirma otros anteriores (2), diciendo: *Si alguno dijere que en el sacrosanto Sacramento de la Eucaristía permanece la substancia del pan y del vino juntamente con el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y negare aquella admirable y singular conversión de toda la substancia del pan en el cuerpo, y de toda la substancia del vino en la sangre, permaneciendo solamente las especies de pan y vino, conversión que la Iglesia católica, con toda propiedad, llama* TRANSUBSTANCIACIÓN, *sea excomulgado.*

---

(1) Quien desee ver las poderosas razones con que el Santo Doctor evidencia estas verdades, lea, en la parte III de la *Suma Teológica,* la cuestión 75, a. 2.

(2) Tridentino, sess. 13, c. 2, de acuerdo con el Lateranense IV, en 1215; con el de Constanza, en 1428, y con el Florentino, en su decreto *Unionis.*

Esto enseña la Iglesia, y esto nos muestra el Catecismo cuando dice: *¿Luego no hay en el Sacramento substancia de pan y vino?—No, sino sólo los accidentes, olor, color y sabor.—Pues la substancia de pan y vino ¿qué se hizo?—Convirtióse en Cuerpo y Sangre de Cristo.* —¡Oh secreto admirable de Dios!—*¿Y con qué poder se hace esto?*—torna á preguntar.—Y responde: *Con el divino, comunicado á los sacerdotes.*—¡Nuevo prodigio! ¡Nuevo milagro! ¡Nuevo portento del amor de Dios hacia el hombre! Detengámonos aquí un instante, que siglos enteros no bastan para considerar tan inauditas maravillas y tan excelsas prerrogativas otorgadas al linaje humano.

6. El misterio insondable de la *transubstanciación* se realiza en la santa Misa, en el instante supremo en que el sacerdote, haciendo las veces de Jesucristo é investido de aquel poder divino que recibió en el Sacramento del Orden, pronuncia las palabras de la consagración, aquellas mismas palabras que pronunció el Salvador del mundo cuando, teniendo el pan en sus manos, lo bendijo, diciendo: ESTE ES MI CUERPO; y tomando el cáliz, añadió: ESTA ES MI SANGRE. De modo que las palabras del sacerdote y las de Jesucristo son las mismas, el poder el mismo y los efectos los mismos.

7. ¿Cuáles son, se dirá los efectos que acompañan á la *transubstanciación?* Tres muy importantes: 1.º *La presencia real, inmediata y absoluta* del cuerpo y de la sangre de Cristo nuestro Señor en vez del pan y del vino. Las palabras ESTE ES MI CUERPO, ESTA ES MI SANGRE, en su sentido natural expresan desde luego la presencia real, y en el mismo instante que se pronuncian tiene lugar la conversión completa de dichas substancias de pan y vino, porque una cosa no puede permanecer siendo substancialmente la misma y en el propio tiempo pasar á ser otra cosa.

«Algunos—dijo Santo Tomás—supusieron que por la consagración las substancias del pan y del vino, ó se resuelven en sus elementos anteriores, ó que se aniquilan; pero esto—dice el Santo—es un error; ni una ni otra cosa puede ser en buena lógica, y hay realmente *transubstanciación* (1), al modo dicho.»

8. El segundo efecto de la *transubstanciación* es la *presencia real, inmediata y completa* del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo bajo

---

(1) Véase S. Thom., p. III, q. 75, a. 3.—No ignoramos las diversas hipótesis que sobre el modo de realizarse la *transubstanciación* han sostenido los doctores; á saber: los escotistas, Vázquez, Anastasio Sinaíta, Gaimundo, Descartes, Maignan... Lo seguro es seguir á Santo Tomás, en el lugar citado y en la q. 77, p. III, a. 2, donde habla de los accidentes eucarísticos.

cada una de las especies y bajo cada parte de la una y de la otra especie, á lo menos después de hecha la separación, esto es de fe.

Jesucristo sacramentado, no pudiendo morir allí, es decir, no pudiendo separarse su alma de su cuerpo, existe en cada una de las especies, ya en la de pan, ya en la de vino, con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. La separación de la sagrada Hostia y el cáliz tiene lugar en el sacrificio para representar el estado de la muerte mística del Salvador; más bajo las apariencias del pan se contiene la sangre de Cristo, y bajo las apariencias del vino, se encuentra su carne, no en virtud de la consagración, sino, como dicen los teólogos, por *concomitancia*, en virtud de la vida inalterable de Jesucristo.

9. El efecto tercero de la *transubstanciación* consiste en la *permanencia real, inmediata y completa* del Cuerpo y de la Sangre de Cristo en la Eucaristía. El Cuerpo y la Sangre de nuestro dulcísimo Redentor permanecen en el Santísimo Sacramento hasta que las especies sacramentales sean enteramente alteradas. Por consiguiente, en las Sagradas Formas que se reservan para que comulguen los fieles y en las encerradas en el Sagrario para la adoración, permanecen realmente el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo (Trid., XIII, 6 4.) Por eso la Iglesia tiene en práctica enviar la sagrada Eucaristía á los enfermos por modo de Viático; por eso en los templos se adora al Señor encerrado en el Tabernáculo; por eso hay siempre una lámpara encendida ante el altar donde se reserva el Santísimo Sacramento.

10. Y por ser esta doctrina de mucha importancia la resume e santo Concilio de Trento por estas palabras: *Siempre ha creído la Iglesia de Dios que inmediatamente después de la consagración existe bajo las especies de pan y vino el verdadero Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo y su verdadera Sangre, juntamente con su alma y divinidad.* El cuerpo bajo la especie de pan, y la sangre bajo la de vino, en virtud de las palabras; más el mismo cuerpo bajo la especie de vino, y la sangre bajo la de pan, y el alma bajo los dos, en virtud de aquella natural conexión y concomitancia por la que están unidas entre sí las partes de nuestro Señor Jesucristo, que ya resucitó de entre los muertos para no volver á morir, y la divinidad por aquella su admirable unión hipostática con el cuerpo y con el alma. Por esta causa es certísimo que *lo mismo se contiene bajo cada una de las dos especies, que en ambas juntas;* pues existe Cristo todo é integro bajo las especies de pan y bajo cualquiera parte de esta

especie, é íntegro también bajo la especie de vino y de cada una de sus partes.

«De igual manera ha creído perpetuamente la Iglesia de Dios, y lo mismo declara ahora de nuevo ese santo Concilio, que por la consagración del pan y del vino *se convierte* toda la substancia del pan en la substancia del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y toda la substancia del vino en la substancia de sangre, cuya conversión ha llamado oportuna y propiamente *transubstanciación* la santa Iglesia católica.

»Por lo mismo, si alguno dijere que, hecha la consagración, no está el Cuerpo ni la Sangre de nuestro Señor Jesucristo en el admirable sacramento de la Eucaristía, sino sólo en el uso, mientras se recibe, pero no antes ni después, y que no queda el verdadero Cuerpo del Señor en las Hostias ó partículas consagradas que se reservan ó sobran después de la Comunion, sea excolmugado.» (Trid., sess. 13, cap. III y IV, y c. 4).

He aquí en breves palabras lo que enseña la fe; mas como hay en nuestros tiempos hombres desgraciados que todo quieren medirlo por la razón, bueno será mostrarles que la razón misma circunda de vívidos fulgores el dogma inefable de la *Transubstanciación*.

§ II

DE CÓMO LA RAZÓN DERRAMA SUS LUCES SOBRE EL MISTERIO DE LA TRANSUBSTANCIACIÓN

11. La razón y la Transubstanciación.—**12**. Doctrina sobre los accidentes y la substancia.—**13**. La conversión de las substancias no se opone á la razón.—**14**. Enseñanza de Santo Tomás sobre este punto.—**15**. La conservación milagrosa de los accidentes tampoco es contraria á la razón natural.—**16**. Resumen y conclusión.

11. La *Transubstanciación*, nadie lo duda, es un misterio, el más profundo de los misterios, pero aunque ella está por cima de la razón, en manera alguna la contradice. La fe expresa lo que los sentidos y la razón no alcanzan, más nunca podrá mostrarse que se halle en contrariedad con los dictámenes de la recta razón. Pretender internarse con el entendimiento en los abismos insondables del Misterio eucarístico y comprenderle, es un absurdo semejante al vano é insensato empeño del que intentara coger y sujetar el aire con las manos.

La palabra de Dios que dijo de un poco de pan consagrado: ESTE ES MI CUERPO, es una palabra *verdadera*. ¿Lo ha dicho Dios?— Basta; así es, Dios no puede engañarse ni engañarnos.

Pero dicha palabra es al mismo tiempo *poderosa*. Si Dios quiere quitar á su Cuerpo sacramentado las propiedades ordinarias de los cuerpos, dejando sólo la substancia pura, bajo los accidentes de pan y vino, *¿no lo podrá hacer?*

Si Dios quiere penetrar en lo interior del pan y del vino, despojando al uno y al otro de su propia substancia, cambiándola al mismo tiempo en la substancia de su Cuerpo y de su Sangre, *¿no lo podrá hacer?*

Si Dios quiere dejar, velando la substancia de su Cuerpo y de su Sangre, las especies de pan y vino para ocultarse á nuestras miradas é indicarnos al mismo tiempo dónde podremos encontrarle, *¿no lo podrá hacer?*

¿Quién será osado á negar este poder de Dios, cuando el mismo Jesucristo nos hace decir, por su Iglesia, que Dios es de tal suerte omnipotente que *con sólo su querer hace cuanto quiere?* Nosotros, pues, debemos decir: *El lo ha querido, El lo ha hecho, así es y no se puede dudar.*

Ahora, precediendo este acto de fe, y diciendo con San Pedro: *Tú, Señor, eres Jesucristo Hijo de Dios vivo,* ya se puede emprender el estudio de la Sagrada Eucaristía, y razonar sobre él, apoyados en el dogma; pues si Cristo es Dios, y Dios es omnipotente, nada puede asombrarnos en los misterios eucarísticos, porque nada es imposible á la omnipotencia y al amor infinito de Jesús.

La doctrina católica nos enseña que por las palabras de la consagración *las substancias del pan y del vino se convierten en la substancia del cuerpo de Jesucristo*, quedando sólo las apariencias del vino y del pan, y en esta doctina no hay ni puede haber contradicción alguna; pues para haberla sería preciso que se afirmara *que la substancia, los accidentes del pan y del vino, ó el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo existían y nó existían al mismo tiempo,* lo cual sería absurdo é imposible.

12. Para ver claro y juzgar con acierto en la materia que nos ocupa, es necesario comprender que *los accidentes*, cuales son *el color, el sabor....* única cosa que percibimos en los cuerpos por medio de los sentidos, pueden ser aumentados, disminuidos, variados, separados, sin que por eso sufra variación *la substancia* del cuerpo. Por ejemplo, un pedazo de pan puede ser *blanco ó negro, sabroso ó insípido, grande ó pequeño*, siendo siempre pan. Podemos

romperlo en ciento ó mil pedazos, y permanecer pan como antes

La *substancia*, por el contrario, subsiste siempre en los cuerpos, á pesar de las modificaciones exteriores; es la que sostiene y recibe las cualidades accidentales, *sin ser ella visible en sí misma*. Nuestro entendimiento la concibe, sabemos que allí hay una substancia, pero nuestros sentidos no la perciben en su esencia, sino *por los accidentes ó apariencias*, lo cual nos hace decir: *Esto es tal cuerpo.* Así el agua reducida á *hielo*, ó en forma de *vapor*, no ofrece á nuestros ojos los mismos *accidentes*, pero siempre es la misma *substancia*.

Ahora bien; la doctrina católica acerca de la *Transubstanciación* presenta tres maravillas, que ni ante la razón más exigente ofrecen imposibilidad alguna. A saber: *conversión de una substancia en otra diversa: conservación de los accidentes cubriendo una substancia extraña: presencia simultánea de un mismo cuerpo en muchos lugares á la vez.* Reflexionemos esto, por vía de recreación científica; porque en realidad al buen cristiano bástale aceptar el misterio, admirar el prodigio y decir: «*Creo*.»

13. CONVERSIÓN.—¿Cómo—dice el incrédulo—es posible que la substancia del pan sea convertida en la substancia del Cuerpo de Cristo? Es muy sencillo: por la omnipotencia de la palabra divina. El que lo crió todo de la nada con sólo su palabra, ¿no podrá hacer con la palabra misma que una substancia ya criada se convierta en otra diversa? La palabra que de la nada pudo hacer surgir lo que no era, ¿no podrá hacer que lo que ya es se torne en lo que no es? ¿No podrá mudar las cosas que son, en otras que no son? El que puede lo más, ¿no ha de poder lo menos? (1).

Además, si el *Verbo* divino encarnó en el seno purísimo de la Virgen milagrosamente, ¿será extraño que el mismo Verbo perpetúe una como Encarnación en las manos del sacerdote, también por modo milagroso? Si el amor del Verbo hacia el hombre le movió á tomar carne humana y morir por darle vida, ¿quién se ha de maravillar que ahora en la Eucaristía el mismo amor se encarne en el altar para alimentar y acrecentar la propia vida?

14. Se dice que la conversión de las substancias es imposible. —Pero, responde el Angélico Doctor: ¿no se ven todos los días conversiones semejantes en la naturaleza, en el arte y en la gracia?

(1) De totius mundi operibus legistis: Quia ipse dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt. Sermo igitur Christi, qui ex nihilo potuit facere quod non erat non potest ea, quae sunt, mutare in illud, quod non sunt? (S. Ambros., lib. III *De Sacram.*)

¿No vemos que la vid convierte en vino el agua que la riega? Las abejas, ¿no convierten en panal el jugo que toman de las flores? Los artifices, ¿no hacen vidrio de la ceniza?—Moisés, ¿no convirtió la serpiente en vara, después de convertir la vara en serpiente? El río Nilo, ¿no se convirtió en sangre?--El polvo, ¿no se tornó en ranas? Si pues la naturaleza, el arte y la gracia operan estas y otras innumerables conversiones en las substancias, ¿por qué se ha de negar este poder á Dios, que es el Autor de la gracia, del arte y de la naturaleza (1)?

El pan y vino, que vimos con nuestros ojos y que nos sirvió de alimento, se han convertido, bajo la acción y por el poder de los jugos del estómago, *en carne y sangre humana.* Ya no es aquella substancia de pan y vino; es realmente *la carne y la sangre del hombre.* He aquí una *transubstanciación real,* por más que no lo sea en absoluto. Pues bien; esto que hace el estómago; porque Dios le ha concedido esa virtud, ¿no podrá hacerlo el mismo Dios de una manera mucho *más perfecta y completa?* ¿Hay algún incrédulo tan demente que niegue esta verdad?

El pan y el vino formaron sobre la tierra el alimente de Jesucristo, y aquellas substancias se transformaron en la substancia del Hijo de Dios. ¿Dónde está la dificultad en admitir que actualmente en nuestros altares el pan se convierta en cuerpo del Verbo, no por la operación laboriosa de entonces, sino por un acto instantáneo de la voluntad divina y de su omnipotencia soberana?

15. CONSERVACIÓN DE LOS ACCIDENTES.—«Lo niego—dice el incrédulo;—porque yo sigo viendo el pan y el vino, lo mismo que antes de la consagración, y mis sentidos me dicen lo contrario de lo que enseña la fe.» Necio argumento. Dejemos que le conteste el entendimiento asombroso de Santo Tomás; dice así: Los sentidos corporales no pueden atestiguar sino la existencia de los accidentes, y éstos perseveran en el pan eucarístico. Juzgar de la substancia que se oculta debajo de los accidentes no pertenece á los sentidos, está fuera de su alcance, y es oficio propio de la inteligencia (2).

¿Qué nos dice la inteligencia?—Que las substancias, para existir y permanecer siempre las mismas, no necesitan de tales ó cua-

(1) In natura quoque satis similia reperiuntur. (S. Thom., Opusc. 58, cap. XI, y Opusc. 59, cap. II.)

(2) Accidentia autem subjecto in eodem subsistunt, ut fides locum habeat, dum visibile invisibiliter sumitur aliena especie occultatum, et sensus a deceptione reddantur immunes, qui de accidentibus judicant sibi nobis. (S. Thom., Opusc. 57.)

les accidentes determinados; pueden muy bien cambiar de ellos, porque accidentes y substancia son dos cosas enteramente distintas (1). ¿Qué se verifica en la Eucaristía?—Que Dios con su divina omnipotencia oculta la substancia del cuerpo de Cristo bajo los accidentes de pan y vino, como pudiera hacerlo bajo cualquiera otros accidentes. Por consiguiente, aunque el incrédulo continúe viendo las mismas apariencias de pan y vino, no por eso es lógico en negar la real presencia de Jesucristo en la Eucaristia; y nosotros con toda verdad y sin ninguna contradicción podemos decir: «El Cuerpo del Salvador está en el Santísimo Sacramento en cuanto á la substancia, no en cuanto á los accidentes, que permanecen á nuestros ojos los mismos que antes de la consagración.»

El Angélico Doctor sensibiliza esta verdad con un símil muy apropiado. «Poned—dice—uno ó varios huevos debajo de una avecilla para que les dé calor, y os convenceréis que, por la misma naturaleza de las cosas, la substancia interior del huevo, que era materia insensible, se convierte en un pollito vivo, de organización maravillosa y cuerpo íntegro, oculto bajo la cáscara visible, que permanece lo mismo que antes (2).» ¿Cómo se ha realizado esta conversión?—Lo ignoramos.—Pero ¿se ha hecho?—Es indudable.—¡Pues si los sentidos me están diciendo que el huevo aparece lo mismo á los ojos y al tacto!—No importa: los sentidos atestiguan únicamente lo exterior, los accidentes, y nada más.—Luego si esto acontece en lo natural, ¿cuánto más en lo sobrenatural? Por consecuencia, el Pan de nuestros altares puede ser instantánea é interiormente convertido en el Cuerpo adorable de Cristo nuestro Señor, permaneciendo los mismos accidentes, ó sea las apariencias de pan, mediante la omnipotencia de Dios vinculada á la palabra del sacerdote (3).

---

(1) Por lo mismo que la substancia cambia de accidentes permaneciendo ella la misma, se sigue que en su existencia es independiente de ellos; prescindiendo ahora de si puede ó no existir sin ninguno, sólo afirmo que ninguno de ellos en particular le es necesario.—La substancia es independiente de las modificaciones, pero las modificaciones no son independientes de la substancia. (Balmes: *Filosof. fundam.*, lib. IX, cap. III, n. 17, y cap. IV, n. 20.)

(2) Exterius videtur, quasi adhuc sit ovum, quod non est ovum sed vivi pulli integrum corpus testa velatum. (S. Thom., Opusc. 58, cap. XII.)

(3) Los accidentes de los cuerpos no pueden naturalmente ser separados de la substancia, y sólo por ellos conocemos las diferencias de tales y tales cuerpos; este es el orden establecido por Dios. Mas este orden no prueba que Dios no pueda hacer que nuestra alma sea impresionada por puros accidentes. Dios, que ha establecido las relaciones naturales entre los accidentes y la substancia, se sirve de la substancia para sostener los accidentes, y de éstos para mostrarnos aquélla, pero no repugna suponer que su omnipotencia divina pueda sostener de otra manera dichos accidentes. La causa primera puede por modo eminente lo que puede la segunda. Si nosotros podemos llevar

16. Esto dice hasta la pura filosofía; pero los incrédulos, cuando les arrojan de una trinchera, se refugian en otra y contestan: «Sea de lo dicho lo que quiera, nuestra dificultad es otra, á saber: si el cuerpo de Jesucristo es uno solo, puesto que no hay más que un Cristo, y ese está en el cielo, ¿cómo es posible que al mismo tiempo esté en el altar, y en todas y cada una de las innumerables Hostias consagradas en el universo?»

¿Cómo?—Tened un poco de paciencia y leed con atención lo que ahora diremos en el capítulo siguiente. Por de pronto, queda mostrado que Jesucristo se halla realmente presente en el Sacramento augusto de nuestros altares, y que esto se verifica por *transubstanciación,* no por *impanación,* ni *consubstanciación,* sino por la conversión admirable y misteriosa de las substancias del pan y del vino, en el Cuerpo, Sangre, alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo, sin que esta conversión, ni la conservación de los accidentes eucarísticos, se oponga en nada á los dictámenes severos de la recta razón. «Las palabras sacramentales, ni unen el Verbo divino á la materia del Sacramento, ni colocan en una substancia inmutable el cuerpo de Cristo; lo que hacen, sí, es con su soberana eficacia apoderarse del pan y del vino en lo más íntimo de su ser, y cambiar su substancia en la substancia del Cuerpo y de la Sangre del Salvador (1).» He aquí lo que enseña la Fe, lo que prueba la Teología, lo que no puede contradecir la Filosofía, y lo que constituye la creencia del mundo cristiano, con grande consuelo de nuestro pobre corazón.

---

un objeto con la ayuda de un bastón, ¿no podremos mejor llevarle inmediatamente con la mano?

Las apariencias ó accidentes producen en nosotros sensaciones; pero ha de notarse que éstas no previenen solamente de las relaciones de nuestros sentidos con el objeto material, sino también del poder divino, que da á dicho objeto la virtud de impresionar á nuestros órganos, y á éstos la propiedad de ser impresionados; á lo cual llaman en Teología *el influjo divino.* Dios, agente principal, se sirve de un agente secundario, que son los cuerpos; y claro es que Dios puede producir por sí mismo lo que producen los objetos materiales; podemos ser afectados por Dios con las mismas sensaciones que producen los cuerpos, aunque éstos no existan. La naturaleza nos ofrece, por ejemplo, en el espejo, el hecho de una apariencia, que obra sobre nuestros ojos como las apariencias eucarísticas obrarían sobre los sentidos. La vista en el espejo es impresionada por un accidente que no cubre en verdad su propia substancia. (Autor de las *Paillettes d'Or.*)

(1) P. Monsabré: Confer. 67, primera de la Eucaristía.

CAPÍTULO XVIII

La razón y la Transubstanciación.

---

1. El corazón de Jesús, imán de nuestros corazones.—2. Símil de la piedra imanada.

El corazón sacratísimo de Jesús en el Sacramento de su amor es el imán poderoso que atrae á los humanos corazones, y allí, bajo los accidentes eucarísticos, está como dándonos voces para que le consagremos todos los afectos de nuestro espíritu, diciéndonos sin cesar: *Dame, hijo mio, tu corazón*. (Praebe, fili mi, cor tuum mihi.) (Prov., XXIII, 26.) Pero, cosa por todo extremo lamentable, ¡hay muchos hombres que ni quieren oir esas voces, ni se prestan á entregar á Jesús su corazón!

A un niño se le atrae con nueces; á una ovejita, con un manojo de hierba; á un perro, con un hueso; á un pez, con un gusanillo prendido en el anzuelo; á una planta, como el heliotropo, con el movimiento del sol; á las ruedecillas de un reloj, con el impulso de la principal...; y nosotros, criaturas racionales, criadas, conservadas, redimidas, santificadas y como deificadas por Jesucristo, resistimos á sus llamamientos amorosos, no hacemos caso de su atractivo divino, no correspondemos á los afectos de su amor, y nos hacemos sordos cuando El, una y muchas veces, nos dice con ternura: *¡Dame, hijo mio, tu corazón!*

2. De la piedra imanada se refiere, y lo muestra la cotidiana experiencia, que por una admirable simpatía atrae al hierro durísimo, ó al acero insensible, adhiriéndole fuertemente á su propia substancia por una fuerza oculta que pudiéramos llamar *atractivo de su naturaleza*... Y nosotros, que tenemos en el corazón de Jesús sacramentado el amor de los amores, el imán de nuestros corazones, el alimento, la salud, la vida, la gracia y la gloria, ¿habremos de permanecer insensibles más que el hierro, sin que nuestra alma, nuestro espíritu y todo nuestro ser se unan íntimamente al corazón divino, contemplándole como anonadado en la Eucaristía y multi-

plicándose, á impulsos de su vehemente amor hacia nosotros, en todas las Hostias consagradas del universo?

Para que nuestra fe se robustezca en este punto; para que los herejes queden confundidos y para que nuestro espíritu se mueva con energía á reverenciar y adorar al divino Corazón en el Misterio eucarístico, intentamos ahora completar la doctrina de la *Transubstanciación*, declarando con sencillez dos cosas:

1.ª La presencia simultánea de Jesús en todas las Hostias consagradas.

2.ª Algunos símiles que esclarecen la doctrina católica.

§ I

PRESENCIA REAL DE JESUCRISTO EN TODAS LAS HOSTIAS CONSAGRADAS

3. Doctrina del santo Concilio de Trento sobre la Transubstanciación.—**4.** El cuerpo de Cristo en el Santísimo Sacramento se multiplica.—**5.** La razón iluminada con la fe, alcanza la posibilidad de la presencia del cuerpo de Cristo en muchos lugares á la vez.—**6.** Santo Tomás y Balmes.—**7.** Deducciones necesarias.

3. Es cosa que maravilla lo que ahora pretendemos declarar. *La sacratísima humanidad de Jesucristo se halla toda entera y simultáneamente en el cielo y sobre la tierra en cada una de las Hostias consagradas y en cada partícula de dichas Hostias.* Esta verdad dogmática no entra en la cabeza de los hombres orgullosos, que con su razón altanera se imaginan entenderlo todo y que no hay más allá de lo que ellos entienden; mas el sacrosanto y ecuménico Concilio de Trento confunde su soberbia, diciendo: *No hay repugnancia alguna en que el mismo Salvador nuestro esté siempre sentado en los cielos á la diestra del Padre, según el modo natural de existir, y en que á la vez nos asista sacramentalmente con su presencia y en su propia substancia y en otros mismos lugares, con tal modo de existencia que, aunque apenas las podamos declarar con palabras, podemos, no obstante, alcanzar con nuestro pensamiento, ilustrado por la fe, que es posible á Dios, y debemos firmísimamente creerlo.—Por tanto, si alguno negare que en el venerable Sacramento de la Eucaristía se contiene Cristo todo en cada una de las especies, y divididas éstas, en cada una de las particulares de cualquiera de las dos, sea excomulgado.* (Trident., sess. 13, c. 1 y 3.)

4. Es decir, que la real presencia de Jesucristo en el Misterio eucarístico se multiplica sin disminuirse, y se halla su cuerpo adorable todo entero, en todas y cada una de las partes cuantitativas de la Eucaristía (1). Dondequiera que nuestros ojos divisen una partícula, por diminuta y microscópica que ella sea, allí están el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Cristo nuestro Señor. ¡Qué misterio tan consolador! ¡Qué grandeza tan pequeña! ¡Qué pequeñez tan grande! ¡Bien podemos decir aquí que se halla lo máximo en lo mínimo. Pero sigamos considerando esta divina trama, que aún nos restan que admirar prodigios mayores.

5. Hemos dicho, con el santo Concilio de Trento, que la inteligencia humana, teniendo presente la omnipotencia divina, concibe la posibilidad de la presencia simultánea de Cristo sacramentado en muchos lugares distintos. ¿En qué se funda esta posibilidad? Fúndase en que el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía no está en la forma ordinaria de los cuerpos, sino sacramentado; y con presencia sacramental puede estar en muchos lugares al mismo tiempo. Siendo de fe que, fraccionada la santa Hostia, Cristo todo entero se halla en cada una de sus partes, estas pueden llevarse á partes distantes, y en todas ellas está realmente el cuerpo del divino Salvador. Fúndase en que Dios puede hacer en los cuerpos modificaciones que perfeccionen su naturaleza y les pongan fuera del estado ordinario de dichos cuerpos (2); y como el de Jesucristo, después de la resurrección, no es un cuerpo ordinario, sino *glorioso;* su modo de existir participa más del de un espíritu que del de un cuerpo, y puede existir en el mundo á la manera que el alma

(1) Las palabras, *separatione facta,* que usa el santo Concilio, no quieren decir que Cristo no esté en cada parte de la Hostia consagrada, aun antes de dividirla, pues Santo Tomás, en la conclusión del a. 3, q. 76, aduce aquellas palabras de San Agustín: *Cada cual recibe á Cristo y está todo en cada parte, sin disminuirse por cada una de ellas, sino que se da íntegro en cada una.*—El P. Perrone, *De Eucharistia,* cap. III, n. 158, dice así: «Theologi passim docent, etiam ante factam separationem totum Christum contineri in singulis cujusque speciei partibus.»—La razón la da Santo Tomás, diciendo: «Manifestum est quod natura substantiae tota est sub qualibet parte dimensionum sub quibus continetur, sicut sub qualibet parte aeris est tota natura aeris, et sub qualibet parte panis est tota natura panis. Est ideo manifestum est, quod totus Christus est sub quolibet parte specierum panis, etiam hostia integra manente.» (P. III, q. 76, a. 3, *corpore.)*

(2) La relación entre un cuerpo y el lugar en que dicho cuerpo está colocado la encontramos en nuestro modo de concebir la substancia corpórea; no es fácil asegurar si la envuelve también en su naturaleza misma. Esta no la conocemos, y al querer examinarla nos hallamos sobre un terreno distinto; se presentan á nuestra consideración las cuestiones sobre las esencias de los cuerpos. Balmes: *(Filosof. fundam.,* lib. IX, cap. V, n. 27.)

en el cuerpo humano, *toda entera en todo el cuerpo y toda en cada una de las partes del mismo cuerpo.*

6. Por esta razón el Angel de las Escuelas, en su *Suma Teológica* (p. III, q. 76, a. 5), después de afirmar (1) que el Cuerpo de Cristo está en el Santísimo Sacramento *por modo de substancia, cuya naturaleza está toda en todo y toda en cada parte,* aborda la cuestión de frente, y dice: *El cuerpo del Salvador está en la Eucaristía, no como en un lugar, sino á manera de substancia.* Es decir, que Cristo está en el Sacramento de un modo mucho más elevado, y por eso añade el Santo (sent. 4, dist. 10, a. 3, c. I, ad 1) que la comparación de Cristo con las especies sacramentales, bajo las cuales está, no tiene semejanza con ninguna otra comparación natural.

«La idea de substancia corpórea—dice nuestro Balmes—indica *un ser no inherente á otro para existir;* su esencia no comprende el lugar en que la concebimos situada... Del mundo corpóreo conocemos su existencia, conocemos sus relaciones con nosotros, conocemos sus propiedades y sus leyes, en cuanto está sujeto á nuestra observación; pero á su íntima naturaleza no alcanzan nuestros sentidos, no llegan nuestros instrumentos.» (Balmes: *Filosof. fundam.*, lib. IX, cap. IV, n. 25, y cap. V, n. 27 y 30.)

7. De esta doctrina se deduce con evidencia que *un cuerpo real sacramentado puede existir, en cuanto á su substancia, en muchos lugares á la vez.* Una substancia, en su esencia, se halla en una pequeña extensión, lo mismo que en una grande. Por ejemplo: la substancia del aire se encuentra toda entera en un recinto de cuatro varas, de igual modo que en otro de cincuenta; la substancia humana está toda completa en un hombre gigante como en un enano; la substancia del vino contenido en un vaso está toda en todo el vaso, y toda en cada una de las gotas del vino del mismo vaso.

Pues bien; por modo semejante, cada parte de las santas especies, cuando ellas están separadas, contienen la substancia real y completa del Cuerpo de Jesucristo. ¿Se dirá, por ventura, que al comenzar á existir en el Sacramento es mediante una traslación local y abandonando el cielo? No, en manera alguna; pues El continúa sentado á la diestra del Padre, cautivando con su presencia á los ángeles y bienaventurados, al propio tiempo que reside en el sagrario. (S. Thom., p. 3, q. 75, a. 2.)

---

(1) Parte III, q. 76, a. 4.—De aquí se sigue que, como el Cuerpo de Cristo está en la sagrada Hostia por modo de substancia, ó sea todo en el todo, y todo en cada una de las partes, es necesario que la cantidad dimensiva del mismo cuerpo, que es inseparable de la substancia, exista allí de la misma manera.

Nótese bien; nosotros no decimos que el Cuerpo de Jesucristo se encuentre en cada una de las Hostias consagradas con las mismas dimensiones de su cantidad material y con su grandor como está en la gloria, sino únicamente afirmamos y creemos, como verdad de fe, que *su Cuerpo sacratísimo todo entero se encuentra en cada una de las Hostias* consagradas, *según su propia substancia.* Esto creemos, esto veneramos, y esto nos basta. Ni la filosofía, ni la razón pueden contradecirlo.

Pero dejando estas disquisiciones teológicas, porque en verdad nuestra fe de cristianos no las necesita, queremos ahora recrear nuestro espíritu considerando algunos fenómenos de *los hechos naturales* que ciertamente esclarecen la verdad católica, por la grande analogía que ofrecen con el *hecho sobrenatural* del Santísimo Sacramento.

§ II

INDÍCANSE ALGUNOS SÍMILES QUE ESCLARECEN LOS MISTERIOS EUCARÍSTICOS

8. El espejo.—**9.** El pensamiento y la palabra humana.—**10.** La palabra humana y la Eucaristía.—**11.** La palabra escrita y el telégrafo.—**12.** Resumen y conclusión.

Ya se comprende que todos *los hechos del orden natural,* por grandiosos y admirables que sean, distan infinitamente de la grandiosidad y excelsitud de la divina Eucaristía, y por lo mismo las realidades analógicas que ahora vamos á considerar ofrecen diferencias esenciales entre los dos términos de la comparación, al modo que acontece con todas las relaciones entre Dios y sus criaturas. Son, digámoslo así, simples emblemas que insinúan en nuestro espíritu las incomprensibles realidades de los misterios divinos (1). Hecha esta advertencia, ya podemos dar amplitud á nuestros pensamientos.

Viajando con una caravana el Ilmo. Sr. Sarmonas, Obispo de Gaza, en Palestina, preguntóle un turco cómo podía ser que el pan se transformase en el cuerpo y sangre de Jesucristo. El santo Obispo contestó diciendo que Dios, por medio de un milagro, podía hacer lo que obra todos los días en el orden natural.—¿Cuando usted nació—le dijo—era usted tan grande como ahora? Pues ¿quién

(1) Sobre la deficiencia de los símiles para probar el dogma de la Transubstanciación, véase Deharbe, volumen IV, pág. 260.

le ha hecho crecer así? ¿No es lo que usted ha comido, que se ha cambiado en la substancia de usted?—Pero ¿es posible—añadió el musulmán—que el mismo Cuerpo de Jesucristo se halle en todas vuestras iglesias?—Nada hay imposible á Dios—contestó el Obispo —y esta respuesta debe bastar; mas para probar á usted que esto no es imposible, rompa usted un espejo, y verá que la misma imagen se reproduce en todos los pedazos. Y ahora mismo, ¿no oye mis palabras todas enteras cada una de las personas que se hallan aquí reunidas? Explíqueme usted cómo se hace esto.» El sarraceno quedó confundido, y los cristianos que se hallaban presentes, edificados y confirmados en la fe.»(El P. Goret.) Ampliemos estas ideas, que son en gran manera fecundas.

8. El espejo.—Del emperador Carlos V, de gloriosa recordación, se refiere (1) que deseando tener siempre ante sus ojos, en su memoria y en su corazón, la imagen de Jesús crucificado, muriendo por su amor, y que todos cuantos entrasen en su regia estancia le vieran en cualquiera dirección que miraran, mandó poner en las paredes varios espejos con tal artificio, que siendo uno el Crucifijo, se vieran muchos. (¡Qué hermoso ejemplo para ser imitado por los príncipes y magnates de la tierra!) Pues cosa parecida acontece en el Sacramento del amor. El Emperador de cielos y tierra, deseando que su Hijo unigénito sea contemplado y adorado de todos los hombres, coloca varios altares en su propia casa, ó sea en los templos de todo el universo, y multiplica su real presencia en cada una de las Hostias consagradas, para mover nuestros corazones al amor y adoración de su divina Majestad. Y á la manera que en el espejo, viéndose en él una sola imagen, cuando se rompe se multiplica la visión y aparecen á nuestros ojos tantas imágenes cuantas son las partes rotas, de tal suerte que, dividiéndose el espejo, no se divide la imagen, sino que se reproduce en muchas, siendo tan perfectas imágenes las pequeñas después de dividido el espejo, como la grande antes de dividirse; así, aunque de un modo mucho más sublime, el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que está todo en toda la Hostia, se multiplica y está todo en cada una de las partículas de dicha Hostia, cuando ésta se fracciona.

9. El pensamiento y la palabra humana.—Pero no es éste el símbolo que suelen poner los Doctores, sino el del *pensamiento y la palabra humana*. «Yo—dice San Agustín—que hablo ahora con vos-

(1) Lireo, *in Marial*, fol. 349.

otros, he pensado antes lo que había de decir. Cuando lo pensé, mi pensamiento se hallaba íntegro y único dentro de mí; pero ahora aquel mi pensamiento único, vestido con mi palabra y como envuelto en ella, sin apartarse de mí, se reproduce todo entero en vuestro entendimiento; está en mí y está en vosotros; es mío y es vuestro; vosotros le habéis recibido y yo no lo he perdido (1).» ¿No veis la maravilla? Pues de semejante manera el Verbo del Padre, Jesucristo, que está todo en el cielo, sin salir de él, se halla todo en la tierra, todo en cada una de las Hostias consagradas, y todo en cada una de sus partes. ¿Dónde está la dificultad?

Está, diréis, en que un cuerpo no puede hallarse presente en dos lugares al mismo tiempo.—Falso; porque aquí no se trata de un cuerpo en estado puramente material, como los nuestros ahora, sino del cuerpo sacrosanto de Jesucristo en estado sacramental, con todas las dotes de un cuerpo glorioso, y por consiguiente, impasible é indivisible, ocultando su propia substancia bajo las especies de pan y vino (2).

Las consideraciones á que este símil de la palabra se presta son las siguientes: Mi pensamiento, ó palabra interior se hallaba enteramente oculto en el santuario de mi alma, donde fué formado. En mi arbitrio estaba retenerle, sustentarle, gozar de su presencia y conservarle oculto como el secreto de mi vida. Pero á este pensamiento puedo, cuando así me plazca, hacerle sensible; puedo, digámoslo así, *encarnarle en un sonido,* manifestarle al exterior y extenderle en torno mío como una efusión de mi propio ser. Esta es la palabra.

Pues bien; dicho pensamiento, manifestado por la palabra, sale al exterior y pasa á mis oyentes y en cada uno de ellos reside íntegro, sin que por eso deje de permanecer en mi interior íntegramente. Esta es una bella imagen del Verbo encarnado; pues así

(1) Ego qui vobiscum loquor, cogitavi ante quid vobis dicerem. Quando cogitavi jam in corde meo, verbum erat. Quaero illi sonum, quaero quasi vehiculum, quae unde perveniat ad vos. Ecce auditis: quod est in corde meo, jam est in vestro: in meo est, et in vestro est. Et vos habere coepistis., et ego non perdidi. (S. August., Serm. 2, *in Pasch.*

(2) Ad cujus intelligentiam debemus intendere quod Corpus Christi non est sub Hostia naturaliter, sed sacramentaliter, et ideo non est ibi ut locatum in loco, nec sub dimensionibus propriis, sed sub dimensionibus quae prius fuerant; scilicet pani et vini. Et ideo cum substantia de se, in quantum substantia, locum non occupet, nec requirat sibi, in quantum est sub dimensionibus quantitatis, sequitur ex hoc, quod Corpus Christi, sub Sacramento non requirat nec occupet plus locum, vel de loco, quam dimensiones panis, sub quibus velantur, et tegitur, occupant, et requirunt. (S. Thom., Opusc. 59, cap. III.)

como el Verbo de Dios tomó carne, por la cual se nos hizo visible, así el verbo nuestro (ó sea el pensamiento), tomó un sonido por el cual es oído (1).

El pensamiento—dijo San Buenaventura—procede naturalmente del alma, es semejanza suya, y por eso á nuestras ideas suelen llamarlas ***concepciones de nuestra mente***, á la manera que el Hijo procede del Padre y es semejante á Él.

El pensamiento se vincula ó une á la voz, y sin embargo no se convierte en voz, ni la voz quita que él quede permanente en el alma; y por modo parecido el Verbo divino se unió á la carne, pero no se convirtió en carne ni dejó por eso de permanecer todo entero en el seno del Padre celestial.

10. Extendamos ahora el símil al *Verbo eucarístico*, y encontraremos no menos bellas y admirables analogías. La palabra humana, como hemos dicho, es el pensamiento como encarnado en un sonido, al modo que el Verbo divino encarnó en el seno purísimo de la Virgen, participando una y otra encarnación, á la vez, de la materia y del espíritu.

La palabra se comunica íntegra á millares de oyentes, y cada uno la recibe entera, tal como sale de nuestros labios. Aunque dichos oyentes sean muchos—dijo San Agustín—no dividen entre sí mi discurso, de tal suerte que uno tome la primera parte, otro la segunda, ó que cada uno se apropie sólo algunas sílabas.—Uno solo lo entiende todo, muchos lo entienden todo, mi palabra no se divide. He aquí lo que tiene lugar en la sagrada Eucaristía. El Verbo divino, humanado y sacramentado, es uno, pero todos los que comulgan, y aunque sean millares de personas, todas le reciben íntegramente, sin que el Verbo se divida y unos tomen una parte y otros otra. Todo es para todos, y todo para cada uno de ellos.

La palabra humana es como el alimento de las almas que la escuchan, porque no de sólo pan vive el hombre, y dicho alimento es á la vez espiritual y corporal. *Espiritual* en cuanto muestra el pensamiento de nuestro espíritu, y material en cuanto ella es encerrada en un sonido. No que sea semejante á los alimentos nutritivos que recibe nuestro cuerpo bajo especies y formas materiales, sino que el alma no desarrolla su inteligencia á no ser por las impresiones materiales que reciben los sentidos (2). Todo lo cual es un símbolo del *Verbo divino*, alimentando nuestras almas con la sagrada

(1) Sicut Verbum Dei assumpsit carnem, per quam videtur, sic verbum meum assumpsit sonum, per quod audiretur. (S. August., Serm. 2, *in Pasch.*)

(2) Nihil est in intellectu, quod, prius non fuerit in sensu.

Eucaristia; alimento *espiritual,* porque el espiritu con que se recibe y los efectos principales que causa no pertenecen al orden de la materia; y alimento corporal, porque realmente contiene la substancia verdadera del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.

Nótese cuán significativo es lo que vamos diciendo para esclarecer con símiles de la naturaleza el hecho sobrenatural del Sacramento eucarístico. Pero aún restan mayores prodigios, que no queremos pasar en silencio.

11. La palabra escrita y el telégrafo —El pensamiento humano, expresado por la mediación de la palabra, ofrece el inconveniente de circunscribirse á un corto espacio, á un número reducido de oyentes, y á pasar con la velocidad del viento, que al punto desaparece; no así la escritura, pues ella es permanente y se extiende á las regiones más apartadas de la tierra; es, digámoslo así, *el pensamiento encarnado,* no en un sonido fugaz, no en un círculo reducido de personas, sino en papel, en pergamino, mármol ó bronce, mostrándose visible é inalterable á los ojos de todos, aun con más seguridad que la palabra hablada, pudiendo decirse de todo género de escritos, que es la palabra humana triunfando del espacio y del tiempo.

Ahora bien; el pensamiento escrito es una substancia real, que se transmite á todo el mundo bajo una variedad infinita de accidentes: *la forma, la materia, la cualidad, el tamaño, el color del papel ó de la tinta, la diversidad de idiomas...* ¡Cuántas diferencias! ¡Y el pensamiento es uno! Sean cuales fueren los accidentes, todos los hombres comprenden lo mismo... ¡Oh! ¿Quién no ve aquí un símbolo de la substancia eucarística, permaneciendo siempre la misma bajo accidentes muy variados?

¿Y qué diremos de esta invención moderna llamada *telégrafo eléctrico?* El telégrafo es una especie de escritura; es el pensamiento humano como encarnado en un signo, con la inmensa ventaja de ser transmitido á los puntos más distantes de nosotros, *instantánea* é *íntegramente.*

Apenas terminada la formación del signo, el pensamiento queda transmitido. La electricidad recorre en un segundo, próximamente, 80.000 leguas, y no hay imaginación que alcance á concebir tan asombrosa rapidez. Un hombre que tuviera en torno suyo cien mil hilos telegráficos, correspondientes á cien mil puntos del globo, comunicaría en el mismo instante su pensamiento á todos esos puntos, íntegra y exactamente. Si esto es *en lo natural* y en los cuerpos ordinarios, ¿quién podrá concebir los misterios eucarísticos del orden

sobrenatural y en el cuerpo glorioso de Cristo nuestro Señor? No se pueden ni se deben escudriñar con curiosidad los misterios de la Eucaristía; es preciso creerlos y afirmarlos con la fe, sin detenerse á más, porque *para Dios nada hay imposible* (Luc., I). Mas aparte de esto, ¿quién no considera que un cuerpo glorioso, unido á la divinidad, puede ser millares de veces más veloz que la electricidad y hallarse en un solo instante en todos los puntos del globo?

12. Queda, pues, suficientemente indicado cómo la razón natural, con sus lógicas deducciones, esparce luz vivísima sobre el dogma de la *Transubstanciación*. No se trata de comprender el misterio, sino de mostrar que aunque está sobre la razón, no se opone á ella, antes bien es altamente razonable. Las líneas generales que le determinan se encierran en una palabra: *transubstanciación*, la cual se realiza en fuerza de las palabras de la consagración, ó sea en virtud de la Omnipotencia divina, vinculada á las palabras sacramentales que la Iglesia pone en los labios del sacerdote.

Antes de la consagración hay el pan y vino que produjo la naturaleza; pero después la Carne y Sangre de Cristo que consagró la bendición (S. August., *De conservat.*, dist. 2, cap. *Nos autem*), quedando todo oculto bajo el velo de las especies sacramentales. Estas existen sin sujeto alguno á quien estén inherentes; pues aunque cubren el cuerpo sacratísimo de Jesús, no se hallan adheridas á él.

Jesucristo existe real y substancialmente en todas y cada una de las Hostias consagradas, sin dejar por eso de estar en el cielo; y está en todas y cada una de las partes de la Hostia, sin que sea al hombre dable comprender el cómo, porque ese es el secreto de Dios. La filosofía, la razón, los fenómenos de la naturaleza nos muestran la posibilidad del misterio; las analogías son admirables, el entendimiento humano le vislumbra.... pero, sobre todo, la fe lo enseña, la Iglesia lo propone y nuestro corazón le adora.

Cautive el hombre su entendimiento en obsequio de la palabra divina que dijo ESTE ES MI CUERPO; ESTA ES MI SANGRE; pues Jesucristo se oculta para que, sin ver, creamos, creyendo merezcamos, y con la fe le busquemos, y buscándole le hallemos, y hallándole le poseamos y gocemos por toda la eternidad.

¡Gloria á Dios en las alturas por su don inefable!

CAPITULO XIX

Grandezas de la Eucaristía.

---

1. El misterio circunda al Santísimo Sacramento.—**2.** Luces del misterio.

Con el entendimiento lleno de asombro hemos entrevisto, aunque someramente, las portentosas magnificencias del dogma católico, revelando al mundo los prodigios inauditos del amor de Jesucristo para con los hombres en el Santísimo Sacramento del altar. Nada hay más dulce, ni más consolador, ni más sublime, ni más milagroso que el misterio eucarístico, compendio de todas las maravillas divinas y reflejo de las infinitas perfecciones de Dios (1).

¿De qué manera la substancia del pan y del vino se convierten por completo en la substancia del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo?—No lo sabemos: *es un misterio.*

¿De qué manera está y permanece nuestro Redentor dulcísimo bajo las especies sacramentales, sin ser sujeto de ellas?—No lo sabemos: *es un misterio.*

¿De qué manera dichas especies sacramentales, hallándose separadas de su propia substancia, producen, no obstante, en nuestros sentidos los mismos efectos que producirían si estuvieran unidas á ella?—No lo sabemos: *es un misterio.*

¿De qué manera y por qué, cuando las sagradas especies se corrompen, desaparece la substancia del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, siendo así que no están íntimamente adheridas como el sujeto y sus accidentes?—No lo sabemos: *es un misterio.*

¿De qué manera, no siendo dichas especies más que las condi-

---

(1) Quia compendio quodam cotinent multa quae praecesserunt mirabilia, tamquam illorum impletivum; et altiori modo illa iterum in hoc mysterio intuemur, eorumque memoria nobis renovatur. (Marchant: *Hort. Pastor., De Eucharist.*, lect. 2, prop. 2.)

ciones exigidas por Dios para cubrir el Cuerpo adorable de Jesús, verificada la corrupción tornan á informar la substancia del pan y del vino como antes de la consagración?—No lo sabemos: *es un misterio.*

¿De qué manera el referido Cuerpo de Jesucristo, que real y substancialmente se encuentra en la santa Hostia vivo, es para nosotros invisible, intangible; y permanece todo entero en cada una de las Hostias y todo entero en cada una de sus partes?—No lo sabemos: *es un misterio.*

¿De qué manera, multiplicándose el cuerpo de Jesucristo en la tierra al modo dicho, reside á la vez en el cielo á la diestra de Dios Padre?—No lo sabemos: *es un misterio.*

¿De qué manera y por qué la sacratísima humanidad de Jesús, que en el cielo se halla circundada de fulgores eternos y de adoraciones incesantes, se encuentra al mismo tiempo en nuestros altares como anonadada y en el más profundo abatimiento? ¿Por qué, siendo Jesús la vida, aparece como muerto; siendo libre, es prisionero; siendo señor, obedece, y siendo alimento no es consumido?—No lo sabemos: *es un misterio.*

2. ¡Ah! ¡Misterios de Dios! ¡Secretos divinos! Pero ¡cuánta luz arrojan sobre nuestra inteligencia, y cuánta dulzura sobre nuestro corazón! Torrentes de luz nos vienen del sol; con él lo vemos todo, y al sol en su esencia no le vemos. He aquí un símil de lo que nos acontece en la Eucaristía. Con nuestros pobres ojos no la vemos en su substancia, y sin embargo ella es luz esplendorosa que nos hace percibir armonías celestiales. Levantemos tímidamente el velo que oculta las grandezas eucarísticas, y, por ciegos que seamos, no podremos menos de ver dos cosas:

1.ª Las perfecciones divinas que ella nos muestra.
2.ª Los sublimes misterios que nos revela.

§ I

CÓMO LA EUCARISTÍA NOS REVELA LAS PERFECCIONES DE DIOS

3. Excelencia de la Eucaristía —**4.** Nos muestra la omnipotencia divina —**5.** Igualmente su amor infinito.—**6.** También su rigurosa justicia.—**7.** Y su sabiduría sin límites.—**8.** Muéstranos sus virtudes.

3. *Estando nuestro Salvador para partir de este mundo al Padre, instituyó el Sacramento de la Eucaristía, en el cual como que agotó*

el tesoro de las riquezas de su divino amor para con los hombres, dejándonos un monumento de sus maravillas. (Trident., sess. 13, canon 2.) Con efecto, el augusto é inefable Sacramento de nuestros altares nos muestra con luz vivísima el cúmulo de *las perfecciones de Dios,* y principalmente su *poder,* su *amor,* su *justicia* y su *sabiduría.* Ya lo hemos dicho con San Agustín: *Dios, con ser omnipotente, no pudo dar más; con ser sapientísimo, no supo dar cosa mejor; con ser riquísimo, no tuvo para darnos tesoro de más valía* (1). ¡Cuán magnífico y sublime don de Dios es el Sacramento eucarístico!

4. La omnipotencia divina es el fundamento incontestable en que estriba nuestra creencia en los milagros de nuestros altares, pues allí fulgura el poder infinito; ya convirtiendo la substancia íntima de los seres, sin que aparezca nada á los ojos de los hombres; ya produciendo el inefable milagro de la transubstanciación, no precisamente por la palabra de su *Eterno Verbo,* sino por la de una pequeña y débil criatura, cual es el sacerdote, que habla en su nombre; ya haciendo presente en todas las Hostias consagradas del mundo el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo, sin que por esto haya muchos Cristos, sino uno solo, el mismo en todas partes é indivisible; ya porque impele á la voluntad humana, sin quitarla su libre albedrío, á aceptar este soberano misterio, y á creerle y á adorarle, á pesar de la oposición de los sentidos y del orgullo de la razón, y, lo que es más, á defender esta verdad, prefiriendo mil veces morir antes que negarla.

Ejemplo de esto último nos ofrece San Tarsicio, joven de pocos años, que murió mártir de la Eucaristía por llevarla á San Pancracio y á sus compañeros, sentenciados á muerte por amor de Jesucristo en los primeros tiempos del Cristianismo. Fué enterrado en las Catacumbas, en presencia de los más antiguos en la fe, quienes lloraron de admiración, y sobre su tumba se grabó un epitafio latino, escrito por el Papa San Dámaso, que decía: *Tarsicio llevaba la Eucaristía á los mártires, y los paganos intentaron profanarla; pero él prefirió morir despedazado bajo los golpes de éstos antes que entregar el cuerpo venerado de Cristo.* (Bolandistas.)

Doce son, notan los teólogos, los milagros principales que se verifican en la sagrada Eucaristía. Dos se refieren á las substan-

(1) Audeo dicere, quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit; cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit dittissimus plus dare non habuit. (San Agust., trat. 48, *in Joann.*)

cias de pan y vino, dos á las especies sacramentales, seis al Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo y á las concomitancias, y los dos últimos al sacerdote consagrante. ¿Quién, al considerarlos, no queda lleno de asombro y reconoce en ellos el poder infinito de Dios?

5. AMOR DE DIOS.—Pero la omnipotencia divina en este misterio no se mueve sino á impulsos del *amor* del corazón sacratísimo de Jesús, el cual fué tan por extremo fino para con nosotros, que *se nos dió á sí mismo generosamente*, sabiendo que habíamos de ser ingratos, tibios en amarle, y que muchos le habían de olvidar y abandonar, despreciar y blasfemar, ultrajar y profanar. Y se nos dió *por completo,* quedándose perpetuamente con nosotros, entregándose de lleno á nuestra voluntad y sirviéndonos de alimento espiritual de nuestras almas.

¡Cuán patente se halla el amor de Dios en el Santísimo Sacramento! El amor, ya lo hemos dicho, fué el principal motivo que le impulsó á instituirle; quería darse todo entero á nosotros; quería alimentar nuestras almas con su divinidad; quería dejarnos para siempre en el Pan eucarístico un recuerdo constante de su vida, de su pasión y de su muerte; quería unirse íntimamente á nosotros, mejor dicho, transformarnos en Él, *formando sus delicias el estar con los hijos de los hombres. Naciendo Jesús*—dijo Santo Tomás—*se ha hecho compañero del hombre; comiendo con él, se hizo su alimento; muriendo, ha sido el precio de su libertad; y reinando en el cielo, se entrega á él por recompensa* (1). ¿Qué nos corresponde hacer á nosotros? ¡Oh! Reconocer que el Sacramento del altar es *el amor de los amores* (2), y tornarle amor por amor, y vivir, y sufrir, y morir por Él, á la manera que que Él lo hizo por nosotros.

6. JUSTICIA DE DIOS.—Demás de esto, la Sagrada Eucaristía nos trae á la memoria los extremos rigurosos de la justicia de Dios, pues ésta exige, para ser plenamente satisfecha, la Encarnación y la muerte del mismo Dios. La recordación continua de esto es el Santísimo Sacramento. Exige también el rigor de la justicia divina, para que no sean confundidos los pecadores y el mundo culpable no sea aniquilado, la oración continua de un Dios he-

(1) Delitiae meae esse cum filiis hominum. (Prov., VIII, 31.)

Se nascen, dedit socium;
Convescen in edulium;
Se moriens in pretium;
Se regnans dat in praemium.

(*Hymn. in Off. S. Sacram.*)

(2) Altaris Sacramentum est amor amorum. (S. Bern., Serm. *De coena Domini.*)

cho hombre, su anonadamiento permanente en el altar, y la renovación incesante del Sacrificio del Gólgota; y todo esto se realiza en la Sagrada Eucaristía.

Cristo nuestro Señor, quedándose sacramentado, ha sabido satisfacer por completo á su Eterno Padre, y es una *expiación:* darle gloria infinita, cual de justicia le corresponde, y es una *adoración:* aliviar nuestras enfermedades en alma y en cuerpo, y es una *medicina:* atender á todas nuestras indigencias, y es un *alimento.*

¡Bendito sea el Señor, que por modo tan prodigioso se dignó suplir nuestras deficiencias! Somos deudores á Dios de una reparación y de una gloria infinitas, y como todo cuanto pudiéramos hacer, inclusa la ofrenda absoluta de nosotros mismos, es muy poca cosa, quiso Jesucristo que, tomándole por holocausto, pudiésemos tributar á Dios un culto digno de su Majestad suprema, y tan grande como puede desearlo. Para que á la Iglesia fuera dable honrar á Dios en todos los siglos de una manera digna de El, y adorarle cual merece, fué precisa la Sagrada Eucaristía, donde sin cesar recibe el Eterno Padre adoración infinita, é infinita satisfacción. La víctima que en el altar se ofrece es de precio infinito, es igual á Dios: ¡es Dios que se ofrece á Dios! ¡Oh cuán afortunados somos los cristianos teniendo en Jesús sacramentado un manantial perenne de todos los bienes! Basta acudir á El para remedio de todas nuestras necesidades.

El fundador de un célebre asilo de huérfanos consultó al venerable cura de Vianney sobre la oportunidad de atraer la atención y favor del público por medio de la prensa. «En vez de hacer ruido en los diarios le respondió el siervo de Dios - hacedlo á la puerta del tabernáculo.» (Ortúzar: *De la Eucarist.*)

Tenia razón sobradísima el venerable sacerdote. Basta mirar al Sagrario para ver en el Sacramento eucarístico la grandeza del *poder,* la grandeza del *amor,* la grandeza de la *justicia* y la grandeza de la *sabiduría.* ¡Cuánta grandeza!

7. Sabiduría de Dios.—¿Dónde se muestra más la sabiduría divina que en el Santísimo Sacramento? Allí se ve á un Dios que ha sabido, mediante un poquito de pan y unas gotitas de vino, encontrar el medio facilísimo de comunicarse íntimamente á nosotros y de darnos su carne y su sangre en alimento, sin que cause repugnancia á los sentidos más delicados. Allí nos permite á todos, lo mismo á los pobres que á los ricos, á los grandes como á los pequeños, á los hombres como á las mujeres, á los propios como á los extraños, participar del mismo divino manjar, que ale-

gra nuestros corazones y fortalece nuestro espíritu, sin más diligencia que desearlo, pues en todos los templos nos espera su corazón amoroso y en todas partes hay sacerdotes que se complacen en repartírnoslo tanto y más que nosotros en recibirle. Allí ha sabido quedarse en medio de nosotros, *por su presencia real*, no sólo para ser visitado y adorado en espíritu y en verdad, sino también para escuchar nuestros ruegos, aconsejarnos en nuestras dudas, consolarnos en nuestras aflicciones, sostenernos en nuestras luchas, y venir á nuestro corazón siempre que lo deseemos y tengamos necesidad.

8. Muéstranos el Santísimo Sacramento la infinita sabiduría de Dios, que por modo tan peregrino nos da en el Sagrario hermosísimas lecciones de *caridad, de pureza, de penitencia* y de todas las demás virtudes, como luego diremos. ¿Qué *caridad* mayor puede imaginarse que la simbolizada por la manera con que están formados el pan y el vino, materia de la Eucaristía? El pan se forma de muchos granos de trigo, y el vino de muchos granos de uva, todo ello triturado, golpeado y prensado para *refundirse en una sola cosa,* imagen bellísima de la unión íntima que debe existir entre los fieles de Cristo que comulgan.

¿Qué mayor *pureza* que la figurada por la blancura de la Hostia y por la limpieza del vino? ¿Qué mayor *penitencia* que las torturas por las cuales tiene que pasar el trigo y la uva, antes de llegar á ser materia apta para el Santísimo Sacramento? Pero vencemos en silencio estas y otras muchas semejanzas que en la divina Hostia se descubren, y pasemos á indicar las grandezas eucarísticas por los inefables misterios que el Sacramento de amor nos revela.

§ II

INDÍCANSE LOS PRINCIPALES MISTERIOS QUE NOS RECUERDA LA EUCARISTÍA

9. Locura de amor en la Eucaristía.—**10** Cadena del amor divino.—**11.** Grandeza de la Eucaristía por los misterios que nos revela.—**12.** Es el centro de la moral cristiana.—**13.** Analogía maravillosa.—**14.** Misterios de Belén —**15.** Misterios del Calvario y del cielo.—**16.** Desdicha de los enemigos de la Eucaristía **17.** Resumen y conclusión.

9. ¡Oh Amor, Amor! ¡Cuánto sabes, cuánto puedes, cuánto quieres, cuánto te ingenias! ¿Qué entendimiento humano ni angélico pudo nunca imaginar, ni aun soñar, poseer á Dios dentro de

su corazón, albergarle realmente en su pecho, formar una sola cosa con Él, y ser objeto constante de sus más finos, tiernos y delicados amores? ¡Oh Amor, Amor! ¡Que es cosa de volverse loco, ó de considerar que Vos, Dios amorosísimo, habéis perdido el juicio con vuestra infinita dilección hacia el hombre!

Todo lo que pidiereis á mi Padre en mi nombre—dijo Cristo nuestro Señor—*os será concedido.* ¡Muy bien, Redentor dulcísimo, muy bien! Pero ¿cómo era posible que nosotros hubiéramos pensado nunca en rogar á vuestro Eterno Padre que Vos, su amadísimo y único Hijo, os humillarais y anonadarais hasta el extremo de haceros Hostia pequeñísima, para venir á lo intimo de nuestro corazón, y alimentar nuestra alma, y deificar nuestro espíritu, y realzar nuestra vileza hasta el punto de serviros de morada y de vivir de vuestra propia vida? Sin embargo, lo que nosotros no pudimos nunca imaginar, Dios lo ha hecho; lo que el hombre jamás pudo concebir, ni soñar, ni se hubiera atrevido á desear, el amor infinito de Dios lo ha ideado, lo ha querido, lo ha realizado. Mas ¿de qué manera?

10. ¡Pásmense los cielos! ¡El hombre se apartó de Dios por desprecio, y Dios vino al hombre y se unió á él por amor! ¿Quién es el hombre, Señor, para que así le engrandezcas? Dios Padre engendró *ab aeterno* á su divino *Verbo;* el Verbo se hizo *carne* y habitó entre nosotros: la carne del Dios-Hombre se hizo *víctima* y se sacrificó en el Calvario; la *Víctima* se inmola en nuestros altares y se hace *Hostia;* y la Hostia santa es el lazo inefable que nos une íntimamente con Dios, nuestro divino Hacedor. ¡Oh portento de la sabiduría, de la bondad y del poder del Altísimo!

Clarísimo se está viendo. El amor infinito de Dios hacia el hombre hízole establecer una cadena admirable, compuesta de tres eslabones, que unen la tierra con el cielo, la humanidad con la divinidad, la criatura con el Criador. *Generación eterna del Verbo;* primer eslabón (*Ego hodie genui te*).—*Encarnación del mismo divino Verbo:* segundo eslabón (*Verbum caro factum est*).—*Eucaristía:* tercer eslabón (*In me manet, et ego in illo*). Después de la Eucaristía, en la tierra no hay más allá. La unión está consumada; el hombre queda hecho *concorpóreo y consanguíneo con Cristo:* Cristo y el hombre forman una sola cosa, y así como Cristo es el centro del universo (*omnia traham ad me ipsum*), así la Eucaristía es el centro adonde convergen todos los actos de la Religión y todos los divinos misterios, ó, lo que es lo mismo, todo el *dogma* y toda la *moral.*

11. No se puede poner en duda. La Eucaristía nos lleva á creer en la *Santísima Trinidad,* porque en ella se contienen por modo in-

separable las tres divinas Personas. Nos lleva á creer: *en Dios* Todopoderoso, pues ella testifica su omnipotencia, su bondad y sus perfecciones infinitas; á creer en la *Encarnación* del divino Verbo, porque ella es la continuación y la perfección de aquel misterio inefable; á creer en la *Redención*, porque ella es el complemento de la obra redentora; á creer en *la Iglesia*, porque sus ministros la realizan, la custodian, la distribuyen y la exponen á la pública adoración; á creer en *la vida eterna*, porque ella es la prenda que el Señor nos da para obtenerla.

12. Y no menos es la Eucaristía el centro de la moral cristiana, pues ella nos obliga á conservar *pura* la conciencia para poder recibirla; á permanecer en *humildad* para someter nuestra razón á la fe; á permanecer *confiados*, puesto que nos une íntimamente al Señor Dios Todopoderoso; á caminar en *caridad*, pues nos une á todos en la misma mesa; á participar del mismo pan y á sostener el mismo espíritu; ella, en fin, nos hace andar *en piedad* para conservar en nuestro ánimo los frutos de la Comunión sagrada. ¡Qué hermosa es la Religión del Crucifiado cuando se contempla á la divina Víctima prisionera de amor en el Sagrario!

13. Las aspiraciones de los hombres en los tiempos antiguos fueron coronadas con la Encarnación del Verbo; mas las nuestras, creciendo en intensidad por las divinas promesas, sólo pueden ser satisfechas encarnando en nuestros altares el Hijo de Dios y dándosenos en alimento, como delicia suprema de nuestras almas. A nuestros primeros padres, y para conducirlos á la muerte, les fué dicho por el autor del mal: *Tomad y comed: seréis como dioses;* y á nosotros, para realizar aquella promesa y darnos la vida, nos dijo nuestro Señor Jesucristo: *Tomad y comed: este es mi Cuerpo; si coméis de este Pan estaréis en mí y Yo en vosotros: seréis como dioses.*

¡Maravillosa analogía! Lo que el demonio propuso para perdernos, Jesucristo lo realiza para salvarnos. El banquete eucarístico es el trofeo de las conquistas de Jesús sobre el enemigo del linaje humano. Lo que Jesucristo deseó, lo que predijo antes de su muerte, lo que no llevó á cabo por completo en el Calvario, ha tenido feliz término en la Eucaristía sagrada, pues por ella y en ella nos ha hecho una sola cosa consigo mismo, nos ha hecho vivir de su propia vida, nos ha deificado cuanto es posible aquí en la tierra, y es como si nos dijera: «Alimentaos de mi carne y mi sangre: *seréis como dioses.*»

14. Pues bien: estas grandezas y magnificencias del Sacramento eucarístico se nos manifiestan claramente por *los misterios*

que él nos recuerda y que reproduce por modo maravilloso en nuestros altares.

Recuérdanos, en primer lugar, los *misterios de Belén y de Nazareth*, porque el Verbo divino que encarnó una sola vez en el seno purísimo de María, encarna todos los días en todos los lugares del mundo donde haya un sacerdote que pronuncie sobre un poquito de pan y de vino las palabras de la consagración.

Porque el Verbo divino, que tomó carne pasible y mortal por nuestro amor, toma en el Santísimo Sacramento carne gloriosa, inmortal é impasible, llevando al exceso el incendio sagrado de sus amores.

Porque el Verbo divino hecho carne, prisionero amoroso en las entrañas virginales de María, quiso también quedarse prisionero en nuestros tabernáculos, y como circunscrito á los pequeños límites de una hostia, y en cada una de las partículas de dicha hostia.

Porque el Verbo divino hecho carne, que humilde quiso nacer en una pobre gruta y ser reclinado en el pesebre, dígnase ahora, por decirlo así, nacer humildísimo en el altar entre las manos del sacerdote (1).

15. Pero la sagrada Eucaristía nos recuerda también los *misterios del Calvario*, ya porque Jesucristo se inmoló una sola vez en la cima del Gólgota, y en nuestros altares se inmola todos los días y todas las veces que se celebra la santa Misa, ya porque allí lo

---

(1) Por la razón natural puede mostrarse la *conveniencia* de la Eucaristía. Al efecto, suelen considerarla como complemento de la Encarnación diciendo: «Es propio de la bondad divina comunicarse de todas las maneras.»

Fué conveniente que Dios comunicara á la naturaleza humana su divinidad en la Encarnación; y también lo fué que aquella humanidad divinizada se comunicara á cada uno de los hombres en particular por la Eucaristía. Así como la naturaleza humana de Cristo existe por modo inefable en el Verbo, y el Verbo en ella, así el que recibe dignamente la Eucaristía permanece de un modo singular en Cristo, y Cristo en él.

Obra fué digna de la divina *sabiduría* reunir en un solo Sacramento un como compendio de todas sus maravillas, y de todos sus dones y beneficios, especialmente de los que nos confirió por la Encarnación del Verbo.

Obra fué digna de la divina *omnipotencia*, manifestar en la Eucaristía una como perfección y consumación de todas sus divinas obras.

Obra fué digna de la *misericordia* de Dios, dejarnos en el augusto Misterio eucarístico un auxilio eficacísimo para obtener el incremento y perfección de las virtudes, en especial de la fe, esperanza y caridad.

Obra fué digna de la *bondad* del Señor dejarnos en el Sacramento del altar un ejemplo y modelo perfectísimo de todas las virtudes morales, particularmente de humildad, pobreza, mansedumbre y paciencia. (Suárez: Disput. 46, sect. VII, toda ella *De Eucarist.*)

hizo de una manera sangrienta, y aquí nos reservó hacer realmente la misma inmolación sin derramamiento de sangre.

Recuérdanos, por último, el Señor sacramentado los *misterios del cielo;* puesto que al modo que Jesucristo en las mansiones de la gloria es el gozo de los elegidos, y vive con ellos y en ellos, y juntamente ellos viven con El y en El: así también Jesucristo en la Eucaristía es el regocijo de las almas puras, y les comunica su misma vida, y El vive en ellas, y ellas en El, y en verdad pueden decir con San Pablo: *Vivo yo, mas no vivo yo, es Jesucristo quien vive en mí.* (Galat., II, 20.)

He aquí cómo el Santísimo Sacramento inunda nuestros pobres corazones con raudales de consuelos, poniéndonos continuamente á la vista de los inefables misterios de Nazaret, de Belén, del Calvario y del cielo, y haciéndonos entrar como en posesión anticipada del soberano Señor de cielos y tierra, que se complace en embriagarnos con sus dulzuras y hacernos más llevaderas las miserias de este destierro, hasta que llegue el momento suspirado de entrar para siempre en los deleites inefables de la patria celestial.

16. ¡Cuán desdichados son los hombres que carecen de la fe en este divinísimo Sacramento! Sería cosa de morir de pena si nos arrancaran del corazón tan dulce y consoladora verdad. «El tiempo de la visitación del Hijo de Dios y de sus generosos sacrificios—dijo el P. Monsabré (Confer. 69)—¿habría de cerrarse definitivamente con el doble triunfo de la Resurrección y Ascensión, para no vivir más que en la memoria de los cristianos, resignados á no comunicar en adelante con la persona y los méritos de Cristo, más que por la fe? Herético fuera el sostenerlo. Unicamente dentro de la herejía cabe suponer que la amorosa constancia de las comunicaciones divinas parase en cruel ausencia; y la herejía, al discurrir así, se olvida que el amor, sea divino, sea humano, es siempre una fuerza que tiende enérgicamente á la unión con el amado.»

17. ¡Oh corazón sacratísimo de Jesús en la sagrada Eucaristía! ¿Qué comparación podremos poner para haceros amable á los hombres que no os conocen? Si decimos que sois memorial perenne de todas las perfecciones divinas ejercitadas en favor del hombre, es poco, pues se extiende á mucho más vuestro amor. Si decimos que sois el centro donde convergen toda la Religión, todo el dogma y toda la moral, es poco, porque sois infinitamente más. Si decimos que vuestra vida eucarística nos recuerda y reproduce por inefable manera los misterios de Belén, del Calvario y del cielo, aún es poco, porque Vos sois el Autor, y la esencia de esos misterios. ¿Qué diremos, pues?

¡Oh corazón benignísimo de Jesús! No hay lengua en lo humano para expresar las regaladas finezas de vuestro amor en el Santísimo Sacramento. Sois piélago infinito de todas las gracias y bendiciones del cielo, y á la manera que *todos los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa, tornando dichos ríos á unirse al principio de donde salieron, para correr de nuevo* (1), así, corazón divino, todas las gracias que enriquecen á nuestro pobre corazón vienen de vos, y á vos las encaminamos como á su fuente y centro; sois abismo sin fondo de todos los bienes, y nuestro corazón es abismo de todas las miserias; pero escrito está que *un abismo llama á otro abismo;* y así nuestro corazón se abisma en el vuestro ¡oh Jesús sacramentado! y entrando de lleno por la abertura de vuestro pecho, que hirió la lanza, nos esforzaremos en comprender cuál sea *la longitud, la anchura, y la sublimidad y la profundidad* del amor inmenso y de la bondad sin límites que á todos nos prodigáis en el Sacramento de vuestro amor. ¡Bendito sea una y mil veces el Señor sacramentado! ¡Bendito sea ahora y siempre por los siglos de los siglos! (2).

---

(1) Omnia flumina intrant in mare, et mare non redundat: ad locum, unde exeunt flumina, revertentur, ut iterum fluant. (Eccl., I, 7.)

(2) Sobre la grandeza del banquete eucarístico, véase nuestra obra *La Vida feliz*, tomo IV. De la sagrada Comunión.

CAPÍTULO XX

Lecciones de la Eucaristía.

---

1. El Corazón de Jesús, espejo de todas las virtudes.—2. Espejo de tres géneros.

EL Corazón sacratísimo de Jesús, ardiendo de amor en el Santísimo Sacramento, es *espejo purísimo de todas las virtudes,* propuesto á nuestra consideración para mirarnos en él y notar nuestras faltas y quitarlas é imitar las perfecciones divinas que en la Eucaristía por modo eminente resplandecen.

Tres especies de espejos suelen usar los hombres: unos *planos,* otros *cóncavos* y otros *convexos.* Los *planos* reflejan en nuestros ojos los objetos tales como son en sí; los *cóncavos* presentan lo grande y lo pequeño en sentido inverso; los *convexos,* que también son llamados *ustorios,* reconcentran en su interior los rayos solares y queman y abrasan los objetos presentes, haciéndolos arder en grandes llamas. ¿Cómo es espejo el Corazón de Jesús en la sagrada Eucaristía?

2. El santísimo y divinísimo Corazón del Salvador del mundo en la Hostia consagrada es, en lo moral, espejo purísimo y lucidísimo de los tres géneros indicados. Espejo *plano,* que jamás engaña, que presenta á los que en él se miran sus manchas y defectos tales como en sí son, enseñando al mismo tiempo de qué manera pueden quedar limpios, puros y santos.

Es además espejo *cóncavo;* pues ¿qué cosa hay más inversa y paradójica á nuestros sentidos que ver un *Dios hombre,* un *Dios que nace, que padece, que es crucificado, que muere, que se anonada* bajo la apariencia de una pequeñísima partícula de pan, quedando invisible su divinidad y su humanidad sacrosanta?

Es, sobre todo, el Corazón de Jesús sacramentado un como espejo *convexo,* ó sea *ustorio;* pues así como este género de cristales

reconcentra en un solo punto los rayos solares, para mejor encender y abrasar los objetos presentes, así al derramar la santísima y augustísima Trinidad, los rayos esplendorosos de las gracias divinas en el deífico Corazón, éste hace veces de espejo ustorio, y los reconcentra en sí mismo, y los refleja sobre nuestros corazones para encenderlos con más vehemencia y abrasarlos en el fuego de su divina caridad, que por eso le llama el Sabio *Candor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad de Dios, é imagen de su bondad* (1); y por eso también dijo el mismo Jesús: *Fuego he venido á poner a la tierra, y quiero que la abrase.*

Es decir, que así como Arquímedes, para prender fuego á las naves de los enemigos, se valió del espejo *ustorio*, reconcentrando en vivísimo foco los rayos solares, así también podemos decir nosotros que Dios nuestro Señor tomó por instrumento para abrasar los corazones de los hombres el espejo ustorio del Corazón sacratísimo de Jesús en la sagrada Eucaristía, foco radiante de luz, de calor y de fuego sagrado.

Mas, dejando para después los incendios amorosos que la Eucaristía produce en las almas buenas, queremos únicamente recoger ahora las grandiosas lecciones de virtud que ella desde el Tabernáculo nos prodiga. Estas lecciones son:

1.° De humildad, mansedumbre y paciencia.
2.° De obediencia, pobreza y paciencia.

§ I

LECCIONES DE HUMILDAD, MANSEDUMBRE Y PACIENCIA RECIBIDAS Á LOS PIES DE JESÚS SACRAMENTADO

3. Tres amores de Jesús al instituir la Eucaristía.—**4.** Cómo enseña Jesús en el Sacramento.—**5.** Lecciones de humildad.—**6.** De mansedumbre y paciencia.—**7.** Modelo de imitación.

3. Ya lo hemos indicado arriba, y conviene recordarlo ahora: la causa principal de Jesucristo al instituir el Santísimo Sacramento fué *el amor;* amor á su Padre celestial; amor á su humanidad

(1) Candor lucis aeternae, et speculum sine macula Dei majestatis, et imago bonitatis... (Sap., VII, 26.)

sacrosanta; amor á todos los hombres, aun á sus más encarnizados enemigos.

El amor á su Eterno Pedre le impulsó á quedarse Sacramentado, porque ardía en vehementes deseos de darle gloria infinita y sabía muy bien que con un solo sacrificio de nuestros altares había de ser más glorificado que con todos los actos posibles de todas las criaturas del universo.

El amor á su humanidad sacratísima, por hallarse unida á la divinidad, también fué causa poderosa para la institución eucarística, pues deseaba que por los ángeles y los hombres fuera glorificada la carne purísima que el Espíritu Santo formó de la sangre virginal de María; y esta glorificación, nadie lo ignora, se aumenta prodigiosamente por tantos templos erigidos para dar culto al Santísimo Sacramento, por tantas adoraciones como en ellos recibe, por tantas procesiones como en su honor se realizan y por tantas Comuniones fervorosas que con santos y piadosos afectos hacen muchísimas almas buenas.

Demás de esto, el amor hacia nosotros no le dejó, digámoslo así, sosegar hasta que hubo consumado la institución de la Eucaristía, pues deseaba nuestra mayor gloria, y ésta la obtenemos en grado supremo por el Santísimo Sacramento, ya por la unión íntima, real y verdadera de Cristo con nuestra alma, ya por las copiosas gracias que esta unión derrama en todo nuestro ser, ya porque la Comunión es como semilla de todas las virtudes y como una garantía de la gloria venidera, ya por el inmenso honor de estar convertidos como en sagrarios de la divinidad y como dioses por participación, ya, finalmente, por el *espejo purísimo de todas las virtudes* que nos ofrece Cristo nuestro bien en el adorable Sacramento.

4. ¡Qué lecciones puede recibir el alma postrada en santo recogimiento ante el sagrado Tabernáculo! Es verdad que Jesucristo durante su vida mortal nos enseñó con obras y con palabras altísimos grados de perfección en las virtudes cristianas, y que actualmente en la Eucaristía sus palabras y sus obras pasan inadvertidas á nuestros sentidos; pero no obstante, ¡qué enseñanzas tan maravillosas puede recoger el alma devota que atentamente escuche el silencio eucarístico y la vida divina de Jesús bajo los velos misteriosos de los accidentes sacramentales! Reflexionemos un momento y recorramos, aunque sea velozmente, algunas de sus divinas lecciones; porque esto trae mucho consuelo para nuestro espíritu.

5. LECIONES DE HUMILDAD.—¿Qué haces, Jesús mío, encerrado, silencioso y como aniquilado en ese sagrario? ¿En qué pien-

sas? ¿Qué me dices?—«¡Oh alma piadosa!—parece responder Jesús. —Estoy silencioso para que tú aprendas á callar; pienso en ti, para que tú pienses en mí; tengo que decirte... ¡oh, cuántas cosas! Oye un momento:

«Estoy prisionero día y noche por tu amor, y como anonadado en esta pequeña hostia, por ver si puedo cautivar tu corazón con mi dulce caridad y para darte ejemplo de la humillación más profunda. En la *Encarnación* me humillé haciéndome hombre, es verdad; pero un ángel reveló mi gloria. Después me humillé en mi nacimiento, y tanto, que elegí por palacio un establo de animales, y por cuna un pesebre; mas á continuación los ángeles anunciaron á los pastores mi grandeza, y hasta las estrellas guiaron á los magos de Oriente para que vinieran á prosternarse á mis plantas y á ofrecerme dones y adoración. Más tarde me humillé de nuevo llevando vida pobre y obscura, y rodeándome de pobres pescadores; pero los elementos aplacados, los enfermos sanos y los muertos resucitados, publicaron mi poder y mi excelencia. Me aniquilé en la Cruz y allí fuí saturado de oprobios; mas el sol que se obscureció, el velo del templo que se rasgó, la tierra que tembló, las rocas que se abrieron, los muertos que resucitaron, y el Centurión que, unido á otros, reconocieron mi divinidad y me adoraron, proclamaron mi excelsitud y soberanía. Sólo aquí, en la Eucaristía, es donde permanezco aniquilado, sin dar señal alguna de exterior grandeza. He aquí lo que hago: enseñarte á ser humilde.

»Aquí escondo mi *vida divina*, dejando invisibles los ángeles que me adoran. Aquí escondo mi *vida humana*, apareciendo á los ojos de los hombres sin acción ni movimiento. Aquí escondo mi *vida gloriosa*, la cual se halla expuesta al abandono, al olvido y al ultraje de los malos cristianos y de los herejes perversos. Aquí permaneceré continuamente humillado en toda la redondez de la tierra, pues mi amor no consiente apartarme de vosotros, y con vosotros quiero estar todos los días *hasta la consumación de los siglos*. ¡Oh! ¡Si aprendieseis á ser humildes, cuánto regocijo daríais á mi corazón!»

Así, de esta ó parecida manera habla el Señor Sacramentado, con la elocuencia del silencio eucarístico, á las almas fieles que tienen oídos de fe para escuchar sus lecciones sublimes de humildad. Sigamos reflexionando junto al sagrario.

6. LECCIONES DE MANSEDUMBRE Y PACIENCIA.—¿Por qué, dulce Jesús Sacramentado, siendo en el Tabernáculo omnipotente y justo lo mismo que lo sois en el cielo, dejáis impunes los ultrajes que os

hacen los impíos, y no los confundís al punto, para escarmiento y terror del universo? ¿Por qué soportáis á los malos cristianos que os reciben indignamente, y por qué no os mostráis airado con las almas tibias y descuidadas, que apenas os visitan, y que tarde y de mala manera comulgan?

«Detén tus fervores, cristiano mío, celador de mi gloria—responde el silencio de Jesús Sacramentado.—Yo, parece decirnos, no me vengo en el acto, ni de la *impiedad calculada* de muchos que me niegan y hacen que otros me nieguen; ni de la *impiedad furiosa*, que huella con su planta inmunda mi Cuerpo sacrosanto; ni de la *impiedad masónica*, que vulnera con demencia satánica mi Corazón eucarístico; ni de la *impiedad hipócrita*, que se aproxima á la sagrada Mesa con labios sonrientes, ademán devoto y corazón manchado; ni de la *impiedad indiferente*, que afecta ignorar lo que no puede menos de creer; ni de la *impiedad descuidada*, que ni aun en el tiempo pascual acude á recibirme..., porque mi Corazón amoroso espera paciente á que quieran convertirse, porque no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; porque si al fin no se convirtieren, me queda siempre una eternidad para hacerles sentir los rigores tremendos de mi jnsticia; porque la caridad divina que arde en mi pecho no me permite desechar instantáneamente al pobre pecador, sin darle tiempo á corresponder á los toques de mi gracia; porque yo no rehuso nunca unirme al alma cristiana cuando, arrepentida, lo desea; porque quiero salvar á todos y darme en alimento espiritual á todos, no desechando con ignominia al culpable en secreto, por no difamarle ni exponerle á la vergüenza pública; finalmente, no aterro á los profanadores del Santísimo Sacramento con castigo instantáneo, porque deseo, alma piadosa, que tú aprendas junto al Tabernáculo las lecciones de mi Corazón *manso y paciente.*»

7. Es decir, que Jesús Sacramentado, aunque realmente no puede sufrir como durante su vida mortal, porque su estado sacramental y glorioso no es compatible con el sufrimiento ni con los dolores, sin embargo, conoce y tiene presentes los ultrajes que los hombres impíos le irrogan en su Sacramento de amor, y puede castigarlos, y no lo hace, sino que los soporta y tolera, para enseñarnos con su ejemplo, desde la Eucaristía, la *mansedumbre y paciencia* que hemos de tener con los infelices pecadores y con todos los que en algún modo nos ofendan.

El es tratado indignamente *en su Cuerpo* sacrosanto por los herejes y por los sacrílegos, y sufre y calla.

El es ultrajado *en su honor* por las burlas y blasfemias de los impíos, y sufre y calla.

El es ofendido *en su corazón* por las irreverencias, ingratitudes y abandono de los que se llaman cristianos, y sufre y calla.

El es contristado en la persona *de sus amigos*, ó sea de las almas buenas, que son despreciadas, perseguidas, abatidas y empobrecidas por causa de su nombre, y por darle culto en el misterio eucarístico, y sufre y calla.

¡Qué lecciones para que aprendamos á ser *pacientes y mansos* cuando se trate de nuestras personas, reservando la energía para cuando sea necesario mirar por la gloria de Dios ó el bien de nuestros semejantes! Pero ahondemos con la consideración, que aún nos restan grandes lecciones que recibir de Jesús Sacramentado.

§ II

LECCIONES DE POBREZA. CASTIDAD Y OBEDIENCIA, RECOGIDAS EN TORNO DEL SAGRARIO

8. Lo máximo en lo mínimo.—9 Lecciones de obediencia.—10. De pobreza. 11. De castidad.—12. Resumen y conclusión.

8. La mayor de las dignidades que pueden concebir los hombres y los ángeles, se ostenta en la sagrada Eucaristía, pues en ella se contiene el mismo Cristo que consta de tres substancias: *divinidad*, *alma* y *cuerpo*. La Divinidad supera á todas las cosas; el alma á todas las almas; al cuerpo á todos los cuerpos, puesto que fué tomado de la sangre purísima de la Virgen y unido al Verbo divino. Sin embargo, no hay cosa más *pequeña*, ni más *humilde*, ni más *paciente* y *mansa*. Jesús sacramentado es el portento de la *humildad*, de la *mansedumbre* y de la *paciencia*. Pero no acaban aquí sus maravillas; pues siendo Señor, se hizo *obediente;* siendo riquísimo, se hizo *pobre;* siendo corporal, fué *casto;* y estas son nuevas virtudes que nos enseña con elocuencia en el Misterio de su amor.

9. Lecciones de obediencia.—No es posible concebir obediencia más rendida ni más absoluta, ni más perfecta, que la que Jesucristo nos muestra en la sagrada Eucaristía. San Buenaventura define esta virtud diciendo que es *es un espontáneo y razonable*

sacrificio de la propia voluntad (1). San Pablo indica la perfección de la obediencia cuando dice: *Consideremos á todos nuestros semejantes como superiores, y obedezcámosles* (2). San Pedro nos aconseja que *nos sometamos gustosos á toda humana criatura por amor de Dios* (3). Pues bien: ¿qué otra cosa hace Jesucristo en el Santísimo Sacramento?

Allí, en la Hostia consagrada, ha hecho el más absoluto y espontáneo sacrificio de su propia voluntad: allí obedece enteramente, no ya á su Eterno Padre, no ya á su Madre la Virgen María, no ya á los ángeles y querubines del cielo, sino á los *sacerdotes* todos de la tierra. Allí les obedece, sea cualquiera su número, cualquiera que sea el estado de su conciencia, cualquiera que sea la intención con que consagren.

¡Pásmense los cielos! ¡Dios obedeciendo al hombre, y tal vez al hombre indigno y pecador! *Aprende á obedecer, hombre altanero, polvo y ceniza; aprende á humillarte, tierra y cieno; aprende á someterte á los pies de todos; aprende á domeñar tu voluntad y entregarte á sujeción.* (Kempis.) ¡Jesús en la Eucaristía obedece á los inferiores, obedece á todos, aun á los indignos! ¡Qué lección!

Es más: Jesús obedece en todo; ya colocándose como anonadado bajo las ínfimas especies de pan y de vino; ya permaneciendo bajo las mismas especies hasta que ellas sean consumidas ó completamente alteradas; ya dejándose colocar en este ó el otro lado, al arbitrio de los sacerdotes; ya saliendo de su morada para transitar por las calles, ó para ser llevado á los enfermos, aunque sea á un miserable albergue; ya para entrar (¡oh buen Dios!) en un alma manchada con grandes crímenes.

Y crece la maravilla en la *constancia y modo* de obedecer, pues Jesús obedece *siempre, velozmente y sin dilación:* de tal suerte, que su vida toda, y en especial la eucarística, puede resumirse en estas palabras del Evangelio: ESTABA SUMISO. He aquí cómo Jesús en el Sacramento, aunque no habla, con su silencio enseña.

19. LECCIONES DE POBREZA.—¿Y qué diremos del ejemplo de pobreza que Jesucristo nos muestra en el Santísimo Sacramento? Los autores ascéticos definen la pobreza diciendo que es *una virtud con la cual moderamos el apetito de poseer cosas naturales, contentándonos con lo necesario, según la razón del propio estado* (4).

---

(1) S. Buenav., *in Centil.*, p. III, sec. 44.
(2) Philip., II, 3; Ephes., V, 21.
(3) I Petr., II, 18.
(4) Virtus, quae moderamur appetitum possidendi res naturales, et solis necessariis

Verdaderamente, esto ya es mucho, porque el hombre desecha lo superfluo; pero entendemos que esto más bien es riqueza que pobreza. ¿Qué tesoro mayor que no apetecer lo innecesario? Y cuando se tiene lo necesario, ¿dónde está la pobreza?

Mucho más nos agrada esta otra definición: *Pobreza es la abdicación voluntaria de todas las cosas temporales por amor de Dios y deseo de la perfección* (1); de tal suerte que, como solia decir San Ignacio de Loyola, el hombre se encuentra á la manera de una estatua, que no se altera porque la despojen de sus preciosos vestidos y adornos. (Libr. II, *De bono.*)

De este modo, llevado á la perfección, fué siempre la pobreza de Cristo nuestro Señor, quien, siendo riquísimo en todas las cosas, como Rey de cielos y tierra, quiso voluntariamente ser el más pobre de los hombres, para darnos ejemplo, y lo llevó á cabo por tan extremada manera, que llegó á decir de sí mismo: *Las raposas tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza.* (Matth., VIII, 20.)

Así tuvo lugar en la Cruz, donde el divino Salvador pendía enteramente desnudo, á la vista del populacho fiero; pero, esto no obstante, allí conservó su propia figura, su color y magnitud propios, como pertenencia de su humanidad sacrosanta; no así aconteció en la sagrada Eucaristía, pues en ella se hizo voluntariamente aún más pobre, despojándose hasta de las apariencias, no teniendo adherencia ni con los accidentes sacramentales que le cubren. ¡Qué pobreza! ¡Qué modelo! ¡Qué enseñanza!

Considerémoslo bien. Jesucristo en el Santísimo Sacramento se ofrece á nuestra inteligencia *absolutamente* pobre. Pobre de *bienes materiales,* pues todo cuanto le rodea nada es suyo, todo es prestado, todo de limosna, todo á voluntad de los fieles, que lo quitan ó ponen, aumentan ó disminuyen según su voluntad. Pobre en los *bienes del corazón,* pues él tiene sed de amor nuestro y merece amor infinito, y, sin embargo, ¡cuán poco amado es de la mayor parte de los hombres! ¿Por qué le dejamos tan podre de nuestros amores, queriendo Él que le amemos únicamente para hacernos ricos?

Jesucristo pobre en la Eucaristía experimenta todos los efectos de la pobreza, y muy en especial el alejamiento de Él, el desprecio y la contradicción. ¡Se alejan del tabernáculo muchos llama-

---

secundum rationem status contenti sumus. (Jac. Alv. de Paz, tomo II, lib. III, p. I cap. IX, § 11.)

(1) El mismo Alvarez de Paz, lib. V, p. I, cap. I.

dos cristianos, apenas le visitan; rara vez se complacen en obsequiarle, y les parece mucho sentarse una vez al año en su mesa! ¡Cuán pobre le dejan en su amor, teniendo Jesucristo sus complacencias en morar con los hijos de los hombres! Y en cuanto á los desprecios y contradicciones, ¿quién no lo presencia? ¿Quién no lo ve con sus propios ojos, sintiendo honda pena en su corazón?

Sin embargo, ¡cuán generoso se ostenta el corazón de Jesús sacramentado en medio de su pobreza! Él se complace en ser pobre, para consolarnos en nuestras indigencias; pobre para atraer más fácilmente á los pobres; pobre para despegar nuestro corazón de los bienes de la tierra y enriquecernos con los del cielo. ¡Ah, Señor! ¡Cuán ricos nos haces con tu pobreza y con los tesoros de tu corazón divino en el Sacramento de tu amor!

II. Lecciones de castidad.—Finalmente, el Señor Sacramentado nos da lecciones sobre todo encarecimiento grandes respecto de la *virtud angelica*. Él, en su vida mortal sobre la tierra, fué siempre amante de la pureza de alma y de cuerpo, y por eso, al elegir Madre según la carne, quiso nacer de la purísima Virgen María; quiso ser llamado Cordero inmaculado, que se apacienta entre los lirios, símbolo de limpieza virginal; quiso ser amado particularmente de las almas castas, y tuvo complacencia en que el discípulo Juan se reclinara sobre su pecho y penetrara los íntimos secretos de su Corazón.

Pero sobre todo, cuando ya glorificado se ofrece á nuestra adoración en el Pan eucarístico, todo revela y enseña el virginal candor y la eximia pureza de tan augusto Sacramento. El pan que sirve de materia ha de ser blanco y limpio; el vino puro y sin mezcla; los lienzos de hilo donde se aposenta, como nieve caída del cielo; los vasos sagrados que le contienen, de oro ó de plata purísimos; y no ha de estar nunca ni en el altar, ni en el tabernáculo, ni en parte alguna, sin luces esplendorosas que denoten la santidad inmaculada de su esencia soberana. ¡Cuánto puede aprender el alma en un cuarto de hora de contemplación ante la augusta presencia de Jesús Sacramentado! Si la Eucaristía en sí misma, y todo cuanto á ella concierne es inmaculado, como la milicia angélica que extiende sus blancas alas entonando himnos de gloria en torno del Sagrario, ¿cuál deberá ser la pureza del sacerdote que consagra, de nos ministros que le ayudan, del pueblo fiel que lo presencia y de los que se acercan á la Mesa sagrada para recibir en su corazón el Pan de los ángeles, el Rey de la gloria, velado bajo los purísimos accidentes de la santa Hostia?

12. Dejamos á la piadosa consideración de las almas buenas, y nosotros sólo decimos que no hay lecciones más hermosas ni más expresivas que las recibidas por el alma de fe en la solitaria contemplación del Santísimo Sacramento, pues allí la Sabiduría eterna nos habla al corazón, suave, tierna y amorosamente, sin elocuencias humanas, sin ruidos de palabras, sin los truenos aterradores del Sinaí y sin las refulgencias deslumbrantes del Tábor.

Si nuestro amadísimo Jesús se ostentara á nuestros ojos en la Eucaristía con el radiante vestido de gloria que tiene en el cielo, ¿quién osaría llegarse á El, viéndole rodeado de la majestad de sus soberanos resplandores? ¿Quién, al ver sus propias miserias é imperfecciones, tendría valor para arrostrar sereno la presencia de Cristo glorioso? Y si alguno fuera capaz de ello, haríalo temblando y sin atreverse á comunicarle sus necesidades, ni sus trabajos, ni aun siquiera sus amores.

Mucho hizo en nuestro obsequio el Redentor dulcísimo ocultando en la Encarnación los eternos fulgores de su divinidad; pero mucho más accesible se nos hizo abajándose hasta el extremo de velar su humanidad sacratísima en el Sacramento eucarístico. Allí calla, pero allí enseña; porque la *humildad, mansedumbre* y *paciencia* que en El contemplamos, juntamente con la *obediencia, pobreza* y *castidad,* que no podemos menos de ver, nos están dando voces, diciendo: «¡Oh cristianos! Aprended á los pies de Jesús sacramentado las amorosas lecciones de las virtudes todas.»

No es posible, ni entra en nuestro propósito, enumerarlas una por una; pero no podemos prescindir de indicar algunas otras importantísimas, y ésta será la dulce tarea que nos ocupe en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXI

Prosiguen las lecciones del Santísimo Sacramento.

---

1. Un amigo fiel.—2. Nuestro corazón debe estar en el Sagrario.—3. Cómo ha de estar y permanecer allí.

Un *amigo fiel*—leemos en el Eclesiástico—*es una protección fuerte, y el que le encuentra tiene un tesoro* (1). Es muy difícil, decimos, encontrar un buen amigo, porque en este mundo cada cual mira á su interés propio, y tanto te quiero cuanto te necesito ó me puedes favorecer. Verdaderamente, mucho hay de esto; pero nosotros afirmamos que todos, si queremos, podemos hallar un amigo fidelísimo, poderosísimo y desinteresadísimo, que únicamente se ocupe de nuestro bien y de prodigarnos grandiosas mercedes. Este amigo fiel, ya se habrá adivinado, es *Jesús en la Eucaristía*, donde, tierno y amoroso, nos ofrece y nos entrega su Corazón divino en prenda de eterna gloria, derramando en nuestra alma todos los inexhaustos tesoros de su omnipotencia y de sus gracias celestiales.

2. Pues bien: si ese es nuestro amigo, ese es nuestro tesoro, y *donde está nuestro tesoro, allí debe estar nuestro corazón* (2). El Corazón de Jesús Sacramentado está en el nuestro, porque somos sus amigos; el nuestro debe estar en el Sagrario, por idéntica razón. Su corazón es nuestro, el nuestro suyo, y ambos deben latir al unísono, como respirando de un solo espíritu y viviendo de una misma vida. Ya lo dijo el Señor: *El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y Yo en él: vive por mí.*

El corazón del amigo está donde ama, más que donde anima, y por eso nuestro corazón debe estar fijo en el Corazón de Jesús Sacramentado, quien amorosamente está exigiendo todo nuestro

---

(1) Amicus fidelis protectio fortis, qui autem invenit illum, invenit thesaurum. (Eccl., VI, 14.)

(2) Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. (Matth., VI, 21.)

amor y quiere llamar suyo hasta el más tenue latido de nuestro pecho. Suelen comparar el Corazón divinísimo de Jesús en el Tabernáculo, con el árbol que llaman *Granado*, cuyo fruto, ó sea la granada, no sólo incluye dentro de si la cruz, sino que lleva en lo alto una rígida corona, y cuando llega á madurez, espontáneamente se abre por el lado y deja ver su tesoro hasta lo íntimo de su corazón, siendo el encanto de nuestros ojos contemplar tantos granos purpúreos, en completa unión y armonía, á manera de preciosos rubíes, que están excitando nuestro apetito para que los tomemos en alimento.

3. ¡Oh buen Jesús! ¡Oh amor eucarístico! ¿Quién no ve en tu Corazón sacratísimo la cruz como implantada en el medio, la corona de espinas hiriendo con sus punzadas, y el costado abierto, á manera de granada, para mostrarnos á todos los tesoros de amor que encierras? Bellísimas aparecen la unión y orden en los purpúreos granos de la fruta dicha; pero ¿qué es eso en comparación de la unión íntima que las almas buenas tienen en lo interior de tu Corazón deifico? Abierto le tienes, Señor, por la lanza del soldado, para darnos franca entrada en él, y nosotros intentamos ahora, postrados á los pies del Santísimo Sacramento, penetrar las *lecciones de caridad* que encierra, el *modelo de oración* que nos ofrece y los *divinos oficios* en que se ejercita. Es decir, que vamos á considerar:

1.° Las lecciones de amor y de oración de Jesús sacramentado.
2.° Las funciones sagradas que en el Sacramento ejercita.

§ I

LECCIONES DE AMOR Y DE ORACIÓN EN LA SAGRADA EUCARISTÍA

4. El Corazón de Jesús abierto para darnos entrada.—**5.** Cómo nos ama en la Eucaristía.—**6.** Cualidades de su amor.—**7.** Lecciones de oración.—**8** Objeciones resueltas.—**9.** Cualidades de su oración.

Lecciones de amor. —Refiere el santo Evangelio, según San Juan (XIX), que cuando los impios y criminales deicidas crucificaron á Jesucristo, presenciaron tantos y tan grandiosos prodigios, que, aterrados, determinaron quitar de la cruz los cuerpos de los tres crucificados antes de que el sol llegara á su ocaso, y para ello enviaron desde la ciudad varios soldados para que les rom-

pieran las piernas y así se aseguraran de su muerte. Hiciéronlo de este modo con los dos ladrones; mas al llegar á Jesús, como observaron que ya estaba muerto, no le rompieron los huesos, sino que *uno de los soldados* ABRIÓ *su costado con la lanza* (1).

4. Aquí es mucho de notar que el sagrado texto no dice: *traspasó*, ni *rompió*, ni *atravesó*, ni *clavó*, ni *rasgó* el costado de Jesús, sino ABRIÓ. ¿Por qué esta palabra, al parecer tan impropia? Una puerta, un postigo, una caja, un arca y otras cosas semejantes, se dice que se abren, y está bien dicho; pero del corazón del hombre, cuando se le clava una lanza, decir que fué abierto, eso es enteramente desusado, porque la palabra adecuada es *traspasado* ó *herido*.

Oigamos á San Juan Crisóstomo, que él nos da la razón, diciendo (*In Psalm. XIV*): «El gran tesoro nuestro y de todos los hombres es el corazón sacratísimo de Jesús; y como éste, cuando llegó el soldado, se encontraba todavía encerrado en el pecho sirviéndole á manera de arca, por eso la lanza de Longinos hizo veces de llave, y ABRIÓ el costado, y se manifestó el tesoro divino; es decir, el corazón deífico; y desde entonces todos podemos penetrar en él, porque la abertura es puerta que nunca se cierra, es puerta sin puerta.»

5. Con efecto: siempre quiere Cristo nuestro bien que nosotros nos hallemos dentro de su corazón amante, á la manera que los granos en la granada, y no es decible el amor con que allí nos acaricia y favorece. Su modo de amar es muy distinto del nuestro. El ama por su bondad, nosotros por necesidad; El por abundancia, nosotros por indigencia; El para dar, nosotros para recibir; El por pura benevolencia, nosotros mezclando siempre, ó casi siempre, nuestra conveniencia. El se complace en sí mismo cuando nos ama y nos hace mercedes, y de ahí viene que su amor hacia nosotros sea inmenso, infinito é incomprensible; porque el motivo principal que le impulsa á amarnos no está en nosotros, sino en El: es motivo infinito, motivo divino, y por consiguiente tan sin límites como su propio ser en la persona del Verbo.

Pero sobre todo, donde el corazón de Jesús nos muestra su inmenso amor, como para aleccionarnos y hacernos que le amemos, es en la Eucaristía, pues en ella y por ella vive en nosotros, y nosotros en El; nos transforma en su propia vida; su corazón y el nuestro forman como una sola cosa; por lo cual, al amarse á sí mismo con infinito amor, se ama en nosotros, y nos ama en sí mismo con amor infinito. ¡Oh amor de Jesús sacramentado! ¡Cuán

---

(1) Unus militum lancea latus ejus aperuit. (Joann., XIX, 34.)

inmenso es tu amor y cómo nos enseñas á amar, si queremos aprender!

6. La presencia sola de Jesús en el misterio eucarístico nos está evidenciando que su amor es *universal, inalterable y heroico.* UNIVERSAL, porque se extiende á todas las almas, justas ó pecadoras, culpables ó inocentes, ingratas ó agradecidas....; á todas llama, á todas desea comunicar sus gracias divinas, á todas desea llevar al cielo, y á todas dice: *Venid á mí todas. (Venite ad me omnes.)* INALTERABLE en cuanto al tiempo, pues Jesús sacramentado ha de subsistir siempre con nosotros hasta la consumación de los siglos; y también *inalterable* por las ingratitudes nuestras, porque, sea cualquiera el olvido de un alma, sea cualquiera el grado de tibieza en que se encuentre, sean los que fueren sus pecados, tan luego como esa alma se arrepienta y recobre la gracia santificante, y desee tornar á Jesús y recibirle sacramentado, Jesús se da enteramente á ella para servirla de alimento espiritual, para fortalecerla con nuevos y hermosos dones, para que persevere en su dulce amistad, amándola siempre con especial dilección y con singular ternura.

Por último, el amor de Jesús en la Eucaristía es HEROICO, puesto que sacrifica por nosotros su libertad, su honor, su vida entera y todo su ser, y esto para siempre; pues *como el Señor había amado a los suyos, los amó hasta el fin* (Joann., XIII, 1): es decir, hasta lo último que puede llegar la fineza del amor. ¿Quién será el cristiano tan insensible desnaturalizado que no ame á Jesús en el Santísimo Sacramento y que no se entregue enteramente á Él, sabiendo que Él se entrega enteramente á nosotros, y que, á pesar de nuestras ingratitudes, nos ama con amor *universal, inalterable y heroico?* ¡Oh Amor de los amores! ¡Cuánto nos amas, cuánto nos sufres, cuánto nos perdonas y cuánto nos dignificas al venir á nuestro corazón en el Sacramento de tu amor! ¿Hay quien te conozca y no te ama?

7. LECCIONES DE ORACIÓN.—Mas viniendo ya á las *lecciones de oración y de ruegos* que nos da Jesús en el Sacramento eucarístico, es mucho de admirar cuán *santos,* cuán *sumisos* y cuán *eficaces* son sus ruegos á su Eterno Padre en favor nuestro. *El vive allí siempre para interceder por nosotros* (1). *Vive,* porque Él es la misma vida (*Ego sum vita*); *siempre,* porque es eterno como el Padre (*Aeternus Pater, aeternus Filius*); *para interceder por nosotros,* porque es *caridad* (*Deus charitas est*).

(1) Semper vivens ad interpellandum pro nobis.

¿Se dirá que no le oímos sus oraciones? Es verdad; pero tampoco oímos crecer la hierba, y la hierba crece. Si la oración no es otra cosa que la *elevación de la mente á Dios* (1), ó, lo que es lo mismo, *cierto familiar coloquio con Dios*, ¿es posible concebir á Jesucristo sin que se halle elevado á su Eterno Padre é íntimamente unido con Él, formando sus complacencias y como en coloquio amoroso con Él? Si Jesús nos ama, y es caridad, y ve nuestras necesidades, ¿dejará de rogar por nosotros? Y si ora, ¿podrá su Padre amoroso desatender sus ruegos, reconociendo en ellos el acento suavísimo de su Hijo Unigénito? Jesús, pues, ruega incesantemente en la Eucaristía: su oración es eficaz, y en esto nos da ejemplo de lo que hemos de hacer nosotros.

8. Pero, Señor—dicen algunos ignorantes:—si Jesucristo en la Eucaristía ruega siempre por nosotros; si Él sabe nuestras necesidades y pide remedio á su Eterno Padre, y el Padre no puede menos de oirle, ¿para qué es necesaria nuestra oración?—¡Oh! Por muchas razones: primera, para que por la oración nos dispongamos á recibir mejor y más cumplidamente las mercedes divinas; orando se aumenta la confianza en Dios, y la confianza es la medida para recibir, ó sea el vaso donde el Señor deposita sus dádivas; y mientras más grande, más se recibe. Segunda, porque orando merecemos en parte lo que pedimos, ponemos la condición que el Señor exige para darnos, y de esta suerte nuestro gozo es más pleno. Tercera, para dar á Dios el culto debido con tantas y tan excelentes virtudes como en la oración se ejercitan; por ejemplo, la fe, la esperanza y la caridad, la humildad, la religión, la longanimidad y la perseverancia... aumentando por estos actos los hábitos de dichas virtudes. Cuarta, para hacernos más familiares con Dios y participar de los grandiosos bienes que tal familiaridad lleva consigo. Quinta, para que estimemos más los dones de Dios, pues lo que se consigue á fuerza de súplicas y de emplear más tiempo en ellas, es cierto que se aprecia en más.

Está bien, dicen otros; pero si nosotros pedimos en la oración, y el Señor nos testifica que *el que pide recibe*, ¿para qué es necesaria la oración de Jesús sacramentado? ¿Hace, por ventura, Dios cosas inútiles? ¡Oh! ¡Nueva insipiencia! Jesús en el Tabernáculo ora, y su oración es precisa, ya porque nosotros *muchas veces no sabemos lo que pedimos* (2), y El con sus ruegos lo endereza; ya porque

---

(1) Elevatio mentis ad Deum.

(2) Quid oremus, sicut oportet nescimus. (Rom., VIII, 26.)

en ocasiones, como muestra la experiencia, pedimos cosas *nocivas*, en atención á que en el enlace de las cosas naturales con las sobrenaturales sabemos muy poco, somos como infantillos ignorantes, y el Señor sacramentado suple nuestra deficiencia; ya porque cuando pedimos mercedes á Dios, no lo hacemos con el modo debido, y por esto no pocas veces resultan nuestras oraciones ineficaces. ¿Qué sería de nosotros sin la oración de Jesús en la Eucaristía? ¡Cuántas veces pedimos en tiempo importuno, esto es, exigiendo al Señor que nos conceda inmediatamente lo que rogamos, cosa que no sabemos si nos estará bien, y que de ordinario es mejor que Dios nos haga desearlo para que sigamos pidiendo y ejercitando las hermosas virtudes que encierran las súplicas!

9. Pero sobre todo hace falta la oración de Jesús sacramentado para enseñarnos la manera de orar, ó sea las condiciones de la buena oración, á saber: *humildad, confianza, perseverancia y piedad.*

HUMILDAD.—Siempre fué humilde la oración de Jesús, pero en la Eucaristía mucho más, pues ruega á su Eterno Padre, más anonadado que en el pesebre, más desconocido, más oculto que en la casita de Nazaret, más abyecto que en la cima del Calvario.

CONFIANZA.—El sabe que su ruego es siempre escuchado por su Padre celestial; sabe que ha merecido por sus padecimientos el perdón y las gracias que solicita para nosotros; sabe que es Hijo de Dios vivo, y como tal, *objeto de las divinas complacencias;* sabe que se halla prisionero y sacrificado en el altar por amor á las almas: su confianza no puede ser mayor, y la lección para nosotros no la hay más expresiva.

PERSEVERANCIA Y PIEDAD.—Jesucristo en el sagrario, ya lo hemos dicho, siempre está orando, porque siempre estamos nosotros necesitados, y siempre permanecerá lo mismo hasta el fin de los tiempos. Su amor no se cansa, y hácelo con tal vehemencia y *piedad,* que suple con creces todas nuestras negligencias, descuidos é imperfecciones. El adora á su Padre y le glorifica; El le ama, y le da gracias sin cesar; El se somete á su voluntad y se ofrece en sacrificio; El, en suma, se constituye Maestro divino de oración, para que nosotros aprendamos á dirigir al Señor nuestros ruegos con *humildad, confianza, perseverancia y piedad.* Pero hagamos ahora otro género de consideraciones.

§ II

LAS FUNCIONES QUE EJERCITA JESUCRISTO EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

10. Símil del alma penitente y reparadora.—**11.** Jesús en la Eucarístía es Reparador.—**12**. Reparación necesaria.—**13** El hombre no puede darla.—**14.**—La da cumplida Jesús Sacramentado.—**15.** Doctrina de los Santos Padres.—**16.** Jesús eucarístico Adorador.—**17.** Oficios de Jesús sacramentado para con nosotros.—**18.** Es nuestro Padre, Amigo y Maestro.—**19**. Resumen y conclusión.

10. Hemos indicado arriba que el árbol de las granadas, y las granadas mismas, son símbolo de Jesús sacramentado, y ahora es ocasión de añadir que el mismo árbol es imagen del hombre penitente (1), y esto por tres cualidades, á saber: por el *aumento*, por el *impedimento* y por el *fruto*.

El aumento ó crecimiento del granado es más hacia lo ancho que hacia lo alto, pues extiende á los lados sus ramas, inclinándolas al suelo; y de este modo las almas penitentes deben ser humildes, buscando, no el crecer ó subir á la altura de las dignidades terrenas, sino el extenderse en la amplitud de la caridad celestial. El Rey Penitente decía de sí mismo: *Señor, mi alma la tengo apegada al suelo..., y andaba en anchura* (Psalm. CXVIII, 25-45).

En segundo lugar, dicho árbol no puede crecer con el frío, y menos fructificar, porque con el hielo perecen al punto sus flores; no de otra suerte acontece á los cristianos en la práctica delas virtudes, pues el hielo de la tibieza y de la negligencia les daña en gran manera, y los buenos afectos y deseos que el Señor les diera perecen en flor.

Además, los granados, unos producen frutos dulces, otros agrios; las granadas agrias son frías y secas; pero las dulces son cálidas y húmedas, y aprovechan más para la salud. Esto es cabalmente lo que se verifica en la vida espiritual. Las obras buenas de los penitentes hechas *por temor*, son como las granadas agrias, que causan dentera y no dan completo gusto al paladar; en tanto que los actos virtuosos hechos *por amor* de Dios, complacen de lleno á la Majestad divina, y son más provechosos para la salud del alma; son como

(1) Geminiano, lib. III, cap. LV.

las granadas dulces y abiertas; imágenes propias del corazón sacratísimo de Jesús.

11. Jesús Reparador.—Pues bien; como de estas almas buenas, penitentes y fervorosas hay pocas, y los pecados de los hombres son muchos, vese clara la necesidad de Jesucristo *reparador,* que supla desde el Tabernáculo lo que nostros no podemos, no sabemos y aun no queremos hacer. Este es el primer oficio de Jesús en la Eucaristía: *reparar nuestras faltas y suplir por nuestras ingratitudes y tibiezas.* La reparación es necesaria; ella, sin embargo, es imposible para el hombre solo: pero ¡gloria á Dios! la reparación la hace por completo Jesús sacramentado. Fijémonos bien en estas ideas.

12. Que la reparación del orden perturbado por nuestras culpas es necesaria, no se puede negar, porque el hombre por su malicia no ha de quedar triunfante de la infinita bondad y sabiduría de Dios en sus obras. El pecado altera el orden moral querido por Dios; y si Dios lo consiente, no es para siempre; por esta razón, cuando vemos hombres indiferentes que viven olvidados de su divino Hacedor, cual si de Él no dependieran y nada le debieran; cuando vemos otros que, teniendo en nada los mandamientos divinos y los preceptos de la Iglesia, ultrajan con sus crímenes á la soberana majestad del Señor; cuando, por fin, vemos algunos tan sobremanera impíos y tan rematamente locos que, llenos de soberbia y malicia, rechazan á Jesucristo, reniegan de Él con ansias de anonadarle si pudieran, entonces el hombre sensato no puede menos de quedar lleno de asombro ante la paciencia infinita de Dios, y de exclamar: «¡Esto es inicuo, esto clama venganza, esto exige una *reparación!*»

13. ¿Podrá el hombre por sí solo darla perfecta y cumplida, tal como reclama la dignidad de Dios ultrajada, y los decretos inexorables de su eterna justicia?—No, en manera alguna; porque las ofensas hechas contra el Ser Supremo revisten cierta infinidad, y el hombre es finito. El culpable puede pedir perdón, puede hacer penitencia, puede ser perdonado por Dios y recobrar la gracia primitiva, y aún más, si al Señor le place; pero *reparar* por completo y por sí mismo la injuria irrogada al Altísimo... ¡ah! eso no; para ello se requiere un Reparador infinito, que pueda satisfacer infinitamente. Es decir, que si el hombre ha de reparar la ofensa hecha á Dios por el hombre, es de necesidad que la haga un Hombre-Dios, ó sea nuestro Señor Jesucristo, único que puede hacer adecuadamente la reparación debida; único que tiene derecho

á que su reparación sea dignamente aceptada, porque Él solo es purísimo, Hijo de Dios, y Dios como el Padre; único que conoce la ofensa en toda su enormidad, y único que la ha expiado con merecimientos y satisfacciones infinitas. Jesucristo es el *único Reparador* en toda la extensión de la palabra, y nosotros obtenemos el perdón de nuestros pecados y la amistad de Dios, principalmente por nuestra unión á Él y por causa de Él.

14. Ahora bien; si la reparación es de todo punto necesaria, y sólo puede hacerla Cristo nuestro Señor, ocurre preguntar: ¿La hizo en efecto? Sobre este particular no se pueden abrigar dudas, y no hay cosa más sabida; es como el *abecé* de la vida cristiana. Oigamos al mismo Cristo.

Yo soy—dice—*el buen Pastor, y sacrifico mi vida por la de mis ovejas* (1). *Yo soy la puerta, y todo el que entre por mí, se valvará entrará y hallará pastos* (2). *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega á mi Padre sino por mí* (3). *Sin mí nada podéis hacer.*

Lo cual es como si Jesús dijera: *Yo soy el camino* del cielo, porque os le he abierto con mi sangre redentora, porque he satisfecho por vosotros, porque os lo he enseñado con mi ejemplo y doctrina, porque os he merecido la fe, la gracia y la gloria.—*Yo soy la verdad,* origen de todo lo verdadero, y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad (4).—*Yo soy la vida,* y la vida está en mí, y mi vida es la luz de los hombres (5). *El que me halla, halla la vida y la salvación* (6).

Esto y mucho más dice nuestro dulcísimo Jesús para hacernos entender que Él, y únicamente Él, ha sido y es reparador de nuestras pobres almas. Cuesta trabajo pasar en silencio los hermosos conceptos que sobre este punto enseñan los Doctores y los Santos: citemos á lo menos algunos de ellos.

15. Jesucristo es el *camino* por el cual hemos de subir al cielo; es la *verdad,* regla de nuestra fe, que nos enseña las verdades divinas; es la *vida,* y sólo Él puede darnos la vida que esperamos.

Jesucristo, en cuanto hombre, es el *camino* que nos conduce á

---

(1) Ego sum Pastor bonus; et animam meam pona pro ovibus meis. (Joann., X, 14-15.)

(2) Ego sum ostium. Per me si quis introierit, salvabitur; et ingredietur, et egredietur, et pascua inveniet. (Joann., X, 9.)

(3) Ego sum via, veritas, et vita. Nemo venit ad Patrem, nisi per me. (Joann., XIV, 16.)

(4) Joann., XVIII, 37.

(5) In ipso vita erat, et vita erat lux hominum. (Joann., I, 4.)

(6) Qui me invenerit, inveniet vitam, et hariet salutem. (Prov., VIII, 35.)

su Padre, pues ninguno va al Padre sino por Él; en cuanto Dios, es la *verdad* misma personificada, y fuente de toda verdad; en cuanto Dios-Hombre, es la *vida*, sin la cual permanecemos en la muerte.

Dice Jesús: ¿Por dónde queréis ir?—Soy el *camino.*—¿A dónde queréis ir? Soy la *verdad.*—¿A dónde queréis vivir? Soy la *vida.* (S. Agust., Serm. 55, *De verb. Dom., in Joann.)*

Si Jesucristo—dice San Hilario—es el *camino,* no necesitamos más guía; si es la *verdad,* no nos engaña; si es la *vida,* á Él iremos hasta por la muerte. (Lib. VII, *De Trinit.)*

Jesucristo—añade San Ambrosio *(in Psalm. XXXVI)*—es la vida en todo. Su divinidad es la vida, su eternidad es la vida, su carne es la vida y su pasión es la vida.

Dios—dijo San Juan—*nos ha dado la vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que posee al Hijo, posee la vida, y el que no le posee, no hay vida en él, está muerto* (1).

Luego Jesucristo, como *sacerdote eterno según el orden de Melquisedech* (Psalm. CIX, 5), y como *camino, verdad* y *vida* de nuestras almas, es el gran Pontífice que *ha reparado* todas las culpas del linaje humano, sacrificándose por nosotros en la cruz y perpetuando el sacrificio cada día en nuestros altares. Esta reparación la hace sin cesar, ya por el estado continuo de anonadamiento y de inmolación que tiene en la Eucaristía, ya por la oración suplicante que no cesa de elevar á Dios desde la soledad de nuestros sagrarios.

16. Jesús Adorador.—Pero aún ejercita Jesús sacramentado otro oficio para con su Eterno Padre, que es la *adoración* continua, supliendo la que nosotros debemos al Señor, y que no siempre hacemos ni podemos hacer.

Jesús comprende la grandeza infinita de su Padre celestial, y las alabanzas, y súplicas, y sumisión y amor que le debemos; comprende *la nada* de nuestro ser, y lo remisos y tibios que somos en cumplir tan sagrada obligación, y por eso desde el Sacramento Eucarístico le rinde los homenajes más cumplidos, prestándole adoración *continua, perfecta* y *universal.* Continua, prolongándola hasta la consumación de los siglos; perfecta, porque no puede darse ni mayor abajamiento, ni sumisión más absoluta; universal, puesto que la hace en obsequio de todas las criaturas, para que su Eterno Padre sea por todas adorado y glorificado. Nosotros, pues, unién-

(1) Vitam aeternam dedit nobis Deus; et haec vita in Filio ejus est. Qui habet Filium, habet vitam; qui non habet Filium, vitam non habet. (1.ª, V, 11-12.)

donos á Jesús en el Santísimo Sacramento, rendimos á Dios toda la adoración que le debemos, y que en rigor de justicia le corresponde. ¡Cuánto suple por nosotros la divina Víctima encerrada en nuestros tabernáculos!

17. JESÚS NUESTRO TODO.—Por último, Jesucristo, en el recinto sagrado del altar y oculto bajo las humildes especies sacramentales, hace para con nosotros todos los buenos oficios que podemos desear. No es posible detenernos á considerarlos, y sólo diremos que allí ejercita en nuestro obsequio las funciones de *Padre*, de *Amigo* y de *Maestro*.

En cuanto Padre, sustenta nuestra vida espiritual haciéndose El mismo nuestro *alimento*. Con amor de Padre nos conserva y robustece la vida que nos dió como *Creador* y *Santificador;* y si la perdemos por el pecado, torna á dárnosla como *Redentor*. Con amor de Padre tiene compasión de nosotros cuando nos ve necesitados, y su amor es tan tierno y afectuoso, que no hay en la paternidad humana cosa que le iguale. Su amor es *eficaz y laborioso*, de tal suerte, que cuanto hizo en su vida mortal en favor del hombre, continúa haciéndolo sin cesar en su vida eucarística. Su amor es *paciente*, y no sólo disimula nuestros defectos, sino que los soporta y perdona. Su amor es *vigilante*, y al mismo tiempo que nos advierte y corrige, nos alecciona y ayuda. Su amor, en fin, es *generoso*, pues, como ya llevamos dicho, se nos da todo entero, cuerpo, alma y divinidad. ¿Es posible concebir ni desear Padre más bondadoso?

18. Pero como el Padre, por tierno y dulce que sea, infunde siempre cierto respeto á sus hijos, dígnase además Jesús sacramentado tenernos por *amigos*, tratándonos como de igual á igual. Complácese mucho en mirarnos á su lado; nunca nos impide que estemos donde El esté, y con segura confianza de ser bien recibidos, podemos visitarle cuando nos plazca, y despedirnos, y tornar de nuevo cuantas veces queramos. ¿Hállase en el mundo un amigo semejante?

Es más; El, cuando estamos en su compañía, se deleita en consolarnos en todas nuestras penas, y aun nos invita á que depositemos nuestras aflicciones en su propio corazón. *Venid á mi*—dice—*todos los que estéis cargados de trabajos, que Yo os consolaré.*

Pues cuando nos ve con dudas y perplejidades en nuestra alma, ¿quién que le consulte no oye amorosos consejos, y no siente desaparecer los temores, y no queda iluminado en su inteligencia, viendo claro y patente lo que le conviene hacer? ¡Oh! En Jesús sacramentado encontramos todos los tesoros que necesita nuestra

alma, ya para dulcificar el corazón, ya para iluminar nuestra inteligencia, ya para subvenir á todas las necesidades de la vida material, pues nada nos niega en nuestras oraciones, cuando lo que pedimos nos es verdaderamente útil y necesario.

Por último, Jesús en el Santísimo Sacramento es para nosotros un celestial *Maestro*, y, por lo que dejamos indicado, puede comprenderse bien la bondad, la claridad y la eficacia de sus silenciosas, pero elocuentes lecciones.

19. Con toda la claridad lo hemos visto en éste y en los capítulos que preceden. La grandeza de la Eucaristía se ostenta magnífica á la inteligencia de todo hombre de fe, no sólo *por las perfecciones divinas que ella nos muestra y por los misterios sublimes que nos revela*, sino muy principalmente *por las portentosas y celestiales lecciones* que con lenguaje mudo nos suministra desde el sagrado Tabernáculo. Allí nos dan voces la *humildad, mansedumbre y paciencia* de Jesús sacramentado; allí descubrimos su *obediencia, pobreza y castidad*, llevadas al último grado de perfección posible é imaginable; allí se nos ofrecen de relieve *los prodigios de amor y de oración* sublime que atesora el corazón eucarístico de nuestro dulcísimo Salvador; allí son de admirar y de agradecer las funciones sagradas que, ya respecto de Dios, ya respecto de nosotros, ejercita la divina Víctima por modo tan inefable, suave y misterioso, que aun los mismos ángeles quedarán asombrados de tan inauditas maravillas; allí contemplamos al *Reparador* por excelencia, que da mérito y eficacia á nuestras pobres é insuficientes reparaciones; al *Adorador* celestial que, humanado y sacramentado, da á Dios gloria infinita y por modo infinito; allí, finalmente encontramos un *Padre* amoroso, un *Amigo* fiel y un *Maestro* infalible. ¿Qué puede faltar al hombre y á las sociedades todas teniendo cerca de si, y aun dentro de si, al mismo Dios hecho hombre, á Dios-Hombre hecho víctima, á Dios víctima hecho nuestro alimento y formando una sola cosa con nosotros?

¡Oh! *Jesucristo*—dijo Jeremías (Lament. IV, 20)—*es el aliento de nuestra boca, el respirar de nuestro corazón. Viviremos, Señor, bajo tu sombra*. He aquí lo que hemos de hacer nosotros: vivir bajo la sombra de Jesús Sacramentado; vivir de su propia vida, y que El sea el aliento de nuestro espíritu y el respirar de nuestro carazón. Digamos con el Apóstol: *Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; y ya vivamos ó ya muramos, somos pertenencia del Señor*. (Rom., XIV, 8.)

CAPITULO XXII

Efectos generales de la Eucaristía.

1. El Corazón de Jesús es fuente de aguas vivas.—2. En la Eucaristía está sediento de prodigarnos bienes.

EL *Corazón sacratísimo de Jesús* en la Sagrada Eucaristía es la fuente de aguas vivas donde la Samaritana, esto es, nuestra alma pecadora, ó, lo que es lo mismo, la sociedad degradada, puede encontrar la gracia, el bienestar, la felicidad y la salvación eterna. Son maravillosos los efectos del Santísimo Sacramento en los *individuos*, en las *familias* y en los *pueblos* cuando hay fe en los corazones, y por eso, aunque sea por vía de ensayo, se nos perdonará que añadamos aquí un nuevo capítulo.

Si fuere permitido comparar al Señor con sus siervos, parécenos ver al corazón amante de Jesús sediento en la Eucaristía, á la manera que lo estaba el corazón de Eliezer, siervo de Abraham, cuando éste le envió á la fuente de Nachor para encontrar en Mesopotamia una digna esposa para su hijo Isaac. Sediento y fatigado Eliezer, descansando junto al pozo, vió venir á la joven Rebeca, y la dijo: *Dame de beber un poquito de agua de tu cántaro.*—Ella contestó: *Bebe, señor mío, y también sacaré agua para tus camellos.* (Genes., XXIV, 17.)—Pequeño fué el don; mas Eliezer, agradecido, le dió en retorno zarcillos de oro para su rostro y brazeletes para sus manos, eligiéndola además para esposa del hijo de su señor.

¡Qué pasaje tan tierno y delicado! Pero ¿qué es esto, en comparación de nuestro dulcísimo Redentor, enviado por su Padre celestial á esta tierra de miserias para buscar á nuestra pobre alma, como Eliezer á Rebeca, pedirla un pequeño servicio (corresponder á su gracia) y en retorno colmarla de dones más preciosos que los de Eliezer, y elegirla por esposa suya para siempre? *(Sponsabo te mihi in sempiternum.)*

2. A esto vino Jesús al mundo, y causa admiración verle fatigado y sediento junto al pozo de Sichar, esperando á Fotina, mujer pecadora, para hacerla santa y eternamente feliz. ¿Qué otra cosa hizo Jesús en el Santísimo Sacramento sino esperar á nuestra alma culpable, más que la Samaritana, sediento de prodigarnos todo género de bienes y de hacernos eternamente felices?

«Era la *hora de sexta*--dice el Evangelio—cuando Jesús, fatigado del camino, esperaba sentado sobre la fuente á la mujer pecàdora, sediento de su conversión y salvación.» ¡Singular coincidencia! El corazón de Jesús se halla sediento á la *hora de sexta,* y á esa misma hora—nota el Crisóstomo—Eva traspasó el mandamiento divino en el Paraíso. A la *hora de sexta* pecó Adán y fué arrojado del Edén. A la *hora de sexta* ¡oh buen Jesús! os hallabais sentado en la fuente de la misericordia sobre la Cruz, donde igualmente estaba sediento vuestro Corazón sacratísimo, y exclamasteis: SITIO. *Tengo sed.*—¿De qué teníais sed, Jesús amoroso? ¡Oh! Teníais sed de la salvación de nuestras almas; sed de prodigarnos favores, sed de hacernos enteramente felices, sed de unirnos íntimamente á vuestro propio Corazón...; y como aquella sed del Calvario fué transitoria, tuvisteis á bien, por un rasgo inaudito de vuestro amor, perpetuarla en el Santísimo Sacramento, donde, no ya á la *hora de sexta,* sino á todas horas, siempre estáis como dándonos voces, diciendo: *Tengo sed.*

Sed, pues, tiene el Señor sacramentado de prodigarnos sus gracias y sus dones; en el Tabernáculo al parecer no hace nada, y lo hace todo. Desde allí está repartiendo al mundo su *luz* divina, su *fuerza* omnipotente, su *doctrina* celestial, sobre todo, el espíritu de *amor,* y el espíritu de *sacrificio,* que es cuanto el mundo actual necesita para que la *moral* sea santa y las *sociedades* dichosas. Por tanto, dos consideraciones intentamos ponderar aquí:

1.ª Los efectos de la Eucaristía en el orden moral.
2.ª Los efectos de la misma en el orden social.

§ I

INDÍCANSE LOS EFECTOS DE LA EUCARISTÍA EN EL ORDEN MORAL

3. La Eucaristía perpetúa en el mundo la vida de Dios en el hombre.—**4.** La Eucaristía hace al hombre semejante á Dios —**5.** La Eucaristía restaura en nosotros el orden moral.—**6.** Primero iluminando nuestra inteligencia.—**7.** Jesucristo es verdadera luz espiritual.—**8.** Ilumina más en la Eucaristía.—**9.** Dios, la naturaleza y el mundo.—**10.** La Eucaristía nos eleva al mayor progreso en el orden moral.

Ante la grandeza y sublimidad de las proposiciones enunciadas, declaramos ante todo que no es nuestro ánimo, ni sabríamos, expresarlas con los altos vuelos teológicos, filosóficos, morales y sociales que ellas demandan (1); por lo mismo habremos de ceñirnos á simples y sencillas instrucciones doctrinales, cual requieren los estudios didácticos llevados á la práctica de la vida cristiana.

3. Cristo nuestro Señor, para dirigir al hombre á su fin y perfeccionarle en esta vida, además de la *Redención* que hizo en el Calvario, quiso perpetuarla quedándose sacramentado en el Tabernáculo. Si el Calvario preparó á Jesucristo el sepulcro, Jesucristo preparó antes el Tabernáculo, para estar siempre con nosotros, para influir en nuestros corazones por el amor y elevarnos á las grandiosas alturas de la perfección moral. Jesucristo en la Eucaristía es la vida de Dios en el hombre, para perfeccionarle, y esta es la razón porque la real presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento es la base del progreso tanto en los individuos como en las sociedades, tanto en el orden intelectual como en el moral. Y no podía ser de otra manera, porque la presencia real de Dios sobre la tierra, eligiendo por su morada el corazón de los hombres, y dándoseles en alimento, equivale á estar derramando siempre sobre ellos sus dones más preciosos, siendo el primero y más sublime *la perfección del orden moral.*

4. Es verdad clarísima que el hombre es tanto más perfecto cuanto más se asemeja á Dios, que es la perfección por esencia, Ser santísimo, purísimo y perfectísimo. Esta semejanza se adquiere

(1) Quien desee verlas desarrolladas en altos conceptos y variada elocuencia, puede leer los sermones y memorias del Congreso Eucarístico de Valencia en 1893.

por la unión íntima con Dios, unión en la *inteligencia,* unión de *voluntades,* unión por *amor.* La inteligencia conociendo la verdad tal cual emana de Dios, la voluntad queriendo lo que Dios quiere, el corazón amando lo que Dios ama; y todo eso, no se puede dudar, es un efecto propio de la sagrada Eucaristía. ¿Dónde puede imaginarse unión más estrecha que la realizada entre Dios y el hombre mediante el Sacramento eucarístico, que es Jesucristo Dios y Hombre verdadero, viviendo cerca de nosotros, con nosotros y en nosotros, comunicándonos su propia vida divina, sus luces soberanas y su amor sacrosanto? ¿Es posible concebir semejanza más perfecta ni perfección más semejante?

5. El orden moral entraña dos cosas: primera, la destrucción de todo lo que nos degrada y envilece, ó sea el apartamiento de todo lo que nos separa de Dios, nuestro principio y nuestro fin, esto es, el pecado, que nos aleja de Dios y *nos hace perder su semejanza.* Segunda, la elevación de nuestro ser humano á todo lo que es grande y digno, ó sea á la práctica de las virtudes cristianas llevadas á la perfección. La primera de dichas cosas no realizadas, ó sea el pecado no destruido, tiende á la separación de Dios; la segunda á la unión con El. Aquélla fué causada por la comida de la fruta prohibida; ésta, causada por la comida del Manjar eucarístico. Por la manzana paradisiaca perdió el hombre *la imagen de la sabiduría, la semejanza de la gracia y la heredad de la gloria.* Por la Eucaristía recobra lo perdido, creciendo en sabiduría, en gracia y en gloria. En una palabra: la Eucaristía restaura en nosotros el orden moral, llevándole al grado más perfecto. ¿De qué manera? *Iluminando la inteligencia, moviendo la voluntad y fortaleciendo todo nuestro ser.* Reflexionemos un momento sobre estas tres cosas.

LUZ EUCARÍSTICA.—La *creación,* obra de la omnipotencia del Padre; la *Redención,* obra de la sabiduría del Hijo; *la justificación,* obra del amor del Espíritu Santo, y los *Sacramentos y gracias* que de ellos emanan, beneficios son de Dios que nos obligan á exclamar con Job: *¿Quién es el hombre, Señor, para que así le engrandezcas, ó por qué pones tan cerca de él tu corazón* (1)?

Pero de todo esto, lo más admirable, lo que más evidencia el poder, la sabiduría y el amor divinos, es la Eucaristía, milagro de los milagros, que—como dijo Santo Tomás de Villanueva—*cierra la creación, incluye la Encarnación, y da comienzo á la glorificación.*

(1) Quid est homo quia magnificas eum, aut cur apponis erga eum cor tuum? (Job, VII, 3.)

6. Lo primero que hace el Sacramento eucarístico es *iluminar* nuestro espíritu, porque Dios es luz, y Jesucristo *es luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.* No hablamos aquí de luz material, sino espiritual, y en este concepto cabe decir que Jesucristo en la Eucaristía es la luz del mundo en los espíritus, á la manera que el sol en el firmamento es la luz del mundo en los cuerpos materiales.

Y ha de entenderse que la *luz eucarística* derramada en nuestra inteligencia, no es metafórica, sino real y verdadera, aunque invisible. La Iglesia nuestra Madre, Maestra infalible, canta en el prefacio de Navidad lo siguiente: *Con el misterio del Verbo encarnado, una nueva* LUZ *de vuestra claridad ¡oh Señor! ha brillado á los ojos de nuestro espíritu, para que, conociendo al Dios hecho visible, nos elevemos al amor de las cosas invisibles* (1). Jesucristo mismo dijo: *Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá luz de vida* (2).

7. Jesucristo, pues, es luz verdadera, y lo mismo fué luz durante su vida mortal que en su vida eucarística; Jesucristo siempre es el mismo, y su esencia no varía ni variará jamás. Es luz increada é infinita; luz que ilumina nuestras almas con su celestial doctrina, con sus gracias y sus dones; luz universal que disipa las tinieblas de nuestro entendimiento con la verdad de su ser, de su espíritu, de sus palabras, de sus obras, de su vida y milagros; pero sobre todo es luz en la Eucaristía, porque en ella se aproxima más á nosotros; mejor dicho, se une á nosotros y nos constituye como focos radiantes de su divina luz. Verdad innegable y consoladora, que hizo exclamar á San Cipriano, en uno de sus sermones: «Jesucristo es nuestra luz, porque nos enseña los secretos de Dios, de la Santísima Trinidad, y todo lo que es necesario para nuestra salvación; El nos descubre el estado de nuestra conciencia y la malicia y fraudes del enemigo para preservarnos de ellos.»

MOCIÓN EUCARÍSTICA.—Pues bien; si la Eucaristía con su luz esplendorosa nos descubre el estado de nuestra conciencia, en eso mismo nos muestra nuestras culpas é imperfecciones, y nos hace que nos humillemos y arrepintamos llorando nuestras desdichas, lo cual es ciertamente un gran paso para la perfección en el orden moral. Es el principio del amor de Dios, que nos acerca y conduce á El.

(1) Quia per incarnati Verbi mysterium, etc.

(2) Ego sum lux mundi; qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae. (Joann., VIII, 12.)

8. Pero ilumina mucho más la Eucaristía, pues como Dios, anonadado en ella por nuestro amor, se constituye Maestro de todas las virtudes, acontece que *á los pequeños y humildes* les comunica una penetración que asombra; *á los sabios y grandes*, según el mundo, les impide que se engrían, y los mantiene en sumisión, en humildad y en paz: y *á todos los hombres* en general les muestra claramente sus deberes respectivos, y los anima, y fortifica, y ayuda, en cierto modo, á cumplirlos. Paso segundo en el amor de Dios, que nos asemeja á El y constituye mayor perfeccionamiento en el orden moral.

FORTALEZA EUCARÍSTICA.—Aún no se detiene aquí el prodigio; porque toda luz es productiva de calor, y á la manera que el *calor físico* obra maravillas en el orden material, cual vemos en los caminos de hierro y en la maquinaria aplicada á la manufactura, asi también el *calor divino y eucarístico* engendra portentos de santidad, de perfección y de heroísmo cristiano, ahuyentando del alma la tiranía de las pasiones y los atractivos seductores del mundo anticristiano.

9. Hay tres objetos que atraen poderosamente á nuestro pobre corazón, sin que el alma pierda su libertad natural, á saber: *Dios. la naturaleza, el mundo*. Cada uno de estos objetos, al atraernos nos aparta de los otros dos, procurando *transformarnos en sí mismo*, y que lleguemos á ser, por inclinación ó por hábito. lo que él es por su propia naturaleza.

Si es Dios el que nos atrae, y nosotros condescendemos voluntariamente con su llamamiento amoroso, El mismo nos hace ser como dioses por participación, nos sublima, nos deifica cuanto es posible, y al mismo tiempo nos desprende, por extraordinaria manera, de la *naturaleza y del mundo*.

Si es la naturaleza la que nos cautiva, en ese caso seremos hombres naturales, es decir, un ser medio entre Dios y el mundo, sin participar voluntariamente ni del orden sobrenatural, ni de la corrupción mundana.

Si es el mundo el que nos arrastra, seremos á la manera de brutos sin razón, ó sea seres innobles viviendo para satisfacer los apetitos materiales, dejándonos llevar de las concupiscencias desordenadas, muy contra la razón natural y muy contra Dios, que es el mayor envilecimiento á que pueden llegar las criaturas humanas.

Tan luego como el hombre se adhiere voluntariamente á Dios, ó á la naturaleza, ó al mundo, sus acciones varían de aspecto, y se le distingue con diferentes nombres, á saber: *hombre carnal, ó ani-*

mal, *ó espiritual*. El carácter distintivo del hombre *carnal* es gozarse en lo malo; el del hombre *animal*, vivir sin que nada le moleste; y el del hombre *espiritual*, no querer más que lo bueno y sufrirlo todo por amor de Dios. Este es el hombre que se alimenta de la sagrada Eucaristía.

10. Ahora bien; para no dejarse arrastrar de la *naturaleza* y del *mundo*, y para unirse á Dios, es preciso hallarse revestido de una fuerza sobrehumana, y esta fuerza es la *Eucaristía*, por la cual Dios desciende hasta nosotros para atraernos á sí más fácilmente, y elevarnos, por una acción misteriosa, hasta su propia altura, dándose en alimento de nuestras almas y haciéndonos, cuanto es dable, seres celestiales.

Esta es la unión más estrecha del hombre con Dios, esta la mayor perfección del espíritu humano, esta la mayor elevación de la inteligencia, esta la mayor semejanza con el Hacedor supremo, y por consiguiente, el mayor grado de progreso en el orden moral. ¿Qué desea el hombre? ¿Unirse con su Dios y ser semejante á El?—Esta es la moral por excelencia, y también la felicidad suprema en esta vida.—¿Quiere disipar las tinieblas de su entendimiento, la malicia de su voluntad y las debilidades de sus apetitos? Esto lo consigue con la Eucaristía. En ella está el alma, la vida, la sabiduría y la dicha del cristiano; en ella está la escuela del amor que nos perfecciona, la fortaleza que nos engrandece, el poder que nos sublima; en una palabra, en ella está Dios con nosotros y en nosotros, y participamos de sus divinas perfecciones.

Callen, pues, y muéranse de vergüenza los impíos y falsos maestros que pretenden llevar al humano linaje por las vías del progreso y de la felicidad, apartándole de Dios y del Sacramento Eucarístico. Pero sigamos reflexionando, y pasemos del orden moral al social, de los individuos á los pueblos y de los pueblos á las naciones.

§ II

EFECTOS DE LA EUCARISTÍA EN EL ORDEN SOCIAL

11. El orden social es consecuencia del orden moral.—**12.** En qué consiste el espíritu de caridad.—**13.** Sólo existe entre los adoradores del Santísimo Sacramento.—**14.** Espíritu de sacrificio.—**15.** Sacrificio de los bienes de fortuna.—**16.** Sacrificio de nuestras pasiones.—**17.** Sacrificio de la vida.—**18.** Resumen y cónclusión.

11. El orden *social,* bien considerado, no es otra cosa que un efecto del orden *moral.* Si cada individuo de la sociedad es moralizado por la influencia eucarística, cual acabamos de indicar, y se mira á sí mismo como tabernáculo de Jesucristo, como cosa sagrada, pura y santa, con la nobleza de los hijos de Dios, no haya miedo que jamás descienda á acciones indignas que le rebajen al nivel de los brutos sin razón, y mucho menos á crímenes y rebeliones que conturben las masas sociales. Si cada individuo recibe, por la comunicación que le hace la sagrada Eucaristía, *la luz* de Dios para conocer lo bueno y obrarlo con prudencia, y además *la fortaleza* para resistir las pasiones turbulentas y cumplir con energía y constancia sus respectivos deberes, es evidente que la sociedad será una verdadera familia de hermanos, dulcificada por los vínculos del amor, y reinará la paz y la estabilidad en todas las esferas del organismo social. Será el cielo en la tierra, por la influencia mágica y poderosa del Santísimo Sacramento; será, por decirlo así, la antesala del cielo.

Las maravillas obradas por el Misterio Eucarístico en el orden de las sociedades son innumerables, siendo de todo punto necesarias para el mantenimiento y concordia de las mismas sociedades las virtudes producidas, alimentadas y fortificadas por el Sacramento del amor. Las principales son dos: *el espíritu de caridad* y *el espíritu de sacrificio.* ¿En qué consiste el primero? ¿Qué exige el segundo?

12. *El espíritu de caridad.* nadie lo ignora, es la muerte del egoísmo; el egoísmo, virus ponzoñoso introducido en el corazón humano por el pecado de origen, y que sólo tiende al *Yo*, al propio interés, á no buscar en las cosas más que la glorificación propia y la propia conveniencia.

El espíritu de caridad mira en cada criatura humana un ser nobilísimo, hechura de Dios, redimido por Jesucristio, teniendo vida propia en su amante corazón, y como individuo de una misma familia, la familia cristiana.

El espíritu de caridad consiste en no querer para el prójimo lo que no queremos para nosotros mismos; en hacerle todo el bien que deseamos nos hagan á nosotros; en comunicar á cada uno de nuestros semejantes, según sus necesidades y nuestra posibilidad, los bienes que poseemos, ya sean bienes materiales, ya intelectuales ó ya del orden de la gracia.

13. Pues bien: este espíritu celestial sólo puede existir en su plenitud, donde reine y gobierne Jesús sacramentado. No existe en los pueblos paganos, pues en ellos el hombre está explotado por el hombre. No existe en la mayor parte de los pueblos modernos, porque en ellos se ha falsificado la caridad divina, sustituyéndola con la helada filantropía, y de aquí el *pauperismo* horroroso y las rebeliones incesantes de una sociedad mal equilibrada.

El espíritu de caridad sólo es conocido, apreciado, amado y puesto en práctica entre los católicos; es decir, entre los adoradores del Santísimo Sacramento. ¿Quién, después de haber comulgado y recibido en su corazón al que por amor nuestro murió en la cruz, no amará á sus semejantes de parecida manera? ¿Quién, al hacerse como una sola cosa con Jesucristo en la Eucaristía, y viviendo de su propia vida, no participa de su espíritu de caridad, amando á Dios por sí mismo, y al prójimo por Dios? ¿Quién que tenga fe no experimenta en todas sus facultades y sentimientos las divinas influencias de la Eucaristía? ¿Quién no es perfecto ciudadano, cuando es perfecto cristiano?

Allí, en el augusto Sacramento, adora la fe al Dios de nuestros amores en el último grado de la humillación, y también en el último excesor del amor. *Amor humilde;* he aquí lo que nos enseña, inspira y comunica Jesús Sacramentado, y ésta es, indudablemente, la gran palanca para el afianzamiento y sostenimiento del orden social. Jesucristo está *sacrificado* por amor en nuestros altares, y este es el segundo efecto de la Comunión sagrada, á saber:

14. Espíritu de sacrificio.—Si los hombros nos sacrificáramos los unos por los otros, como nos enseña Jesús en el Tabernáculo, ¿podría imaginarse mayor garantía para la perfección y coronamiento del orden social? *El espíritu de sacrificio* no es más

que una consecuencia y un complemento del ***espíritu de caridad:*** es la caridad perfecta, llevada á lo sublime; es el amor infinito de Dios, comunicado á nosotros en la sagrada Eucaristía, y ejercitado, según nuestras fuerzas, en favor de nuestros prójimos por amor del mismo Dios; es, en suma, el amor teologal sacrificando por nuestros semejantes *los bienes de fortuna, los afectos del corazón y aun la misma vida.* El amor de Dios y el amor del prójimo por Dios, constituyen un solo y único amor.

15. *El sacrificio de los bienes de fortuna* es preciso en el orden social para que los pobres no se desesperen en su miseria, y para evitar que, faltándoles lo preciso para la vida, se afilien á sectas de perdición, cuyo objetivo es promover sin cesar trastornos sociales. Nadie ignora que la Eucarístia impulsa á la limosna, ya por el ejemplo de Jesucristo, que se nos da á sí mismo, con todo cuanto El es, puede, tiene y vale: ya por la igualdad que establece en la Mesa eucarística y por la unión de espíritu que en ella preside, como diciendo: «Todos sois hijos de Dios, todos sois hermanos, todos participáis del mismo alimento, todos formáis un cuerpo moral, todos sois llamados á la eterna beatitud, y todos debéis ayudaros como miembros de un mismo cuerpo; ya, finalmente, por las palabras de Jesucristo, que nos dice: *Dad al que os pida* (1). *Si queréis ser perfectos, id, vended lo que tenéis, dadlo á los pobres, y tendréis un tesoro en el cielo.* (Matth., XIX, 21.)

Quiere esto decir que el hombre que tiene fe y comulga, no puede menos de ser limosnero, pues desde el Sacramento de amor parece decirle Jesucristo: «Mira lo que hago contigo, para que tú lo hagas con tus semejantes. Vuestra alma ¡oh ricos! no os pertenece: es de Dios. ¿Cómo ha de perteneceros *en absoluto* vuestro dinero? Es preciso que lo repartáis con mano abundante á vuestros hermanos, cuando los veáis en necesidad. No digáis: «Gasto mis bienes», pues en realidad no son vuestros *en absoluto;* no podéis malgastarlos en cosas superfluas, y menos en vicios, cuando insta la necesidad urgente de los pobres. La riqueza y la pobreza son dos cosas opuestas, pero ambas necesarias. Ni el rico ni el pobre padecerían necesidades si se auxiliasen mutuamente. El rico existe para el pobre, y el pobre para el rico. El deber del pobre es pedir, ser humilde, resignarse; el deber del rico es hacer limosna con dulzura y con amor. Dios está entre ambos para recompensarles. Esto, y no otra cosa, enseña la sagrada Eucaristía.

(1) Qui petit a te, da ei. (Matth., V, 42.)

16. Y nadie se imagine que esto es mucho, porque el orden social exige más; exige *el sacrificio de nuestras más caras afecciones.* Exige desprenderse del corazón en favor de la sociedad, desprenderse del amor desordenado de sí mismo, que es el germen del odio.

¿Qué cosa hay más eficaz para aniquilar el aborrecimiento y la venganza, que la sagrada Eucaristía?

Ella nos obliga á perdonar á nuestros enemigos, antes de aproximarnos á la sagrada Mesa, y aun estando en ella quiere que nos retiremos y que volvamos luego, cuando ya nos hayamos reconciliado con nuestros hermanos.

Ella nos obliga á todos á asistir al banquete eucarístico, y allí mismo exige por condición indispensable que hemos de perdonar generosamente á todos los que nos hubiesen hecho injuria ó causado algún pesar. Recibir la sagrada Comunión y no perdonar antes á quien nos haya ofendido, es sacrilegio horrible.

17. Por último, el orden social exige *el sacrificio de la vida* cuando interviene la gloria de Dios, la salvación de los prójimos ó la prosperidad de la patria; y nadie desconoce que la Eucaristía, principio de vida inmortal, hace mirar como ganancia la muerte por Jesucristo ó por cualquiera de las virtudes cristianas. ¿Quién ha hecho más mártires en los hospitales, en las guerras y en las pestes, que la influencia maravillosa de la divina Eucaristía? Los cristianos, cuando se alimentan del manso Cordero, se tornan fieros como leones para defender la gloria de Dios, el reinado de Jesucristo y el buen orden moral, intelectual y social de los pueblos.

18. He aquí cómo en la Eucaristía y por la Eucaristía se perfeccionan las sociedades; pues aparte de las gracias sobrenaturales y energías divinas que comunica, enseña en toda su plenitud la caridad más acendrada para con Dios y para con el prójimo, haciendo á nuestros semejantes objeto de nuestro amor, de nuestra misericordia, de nuestras oraciones, desvelos y cuidados. Por la Eucaristía se ejercitan además la humildad, la obediencia, la justicia, la pureza y todas las virtudes morales que son el sostén de los pueblos, así como también se destierran todos los vicios que tanto denigran á los hombres y que agitan á las muchedumbres arrastrándolas á poner todo el universo en conflagración espantosa.

Parécenos quedar suficientemente mostrado que la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía es el fundamento del verdadero progreso en los individuos y en las sociedades, tanto en el orden moral é intelectual, como en las manufacturas é intereses ma-

teriales de las naciones, pudiendo en verdad afirmarse que el grado de perfección intelectual, moral y social de los pueblos es mayor ó menor según que los hombres participen más ó menos del Pan eucarístico. Si las sociedades, pues, quieren caminar á la cúspide del verdadero progreso, encontrarán la base en la sagrada Eucaristía; así como el apartamiento de este divinísimo y augustísimo Sacramento en la causa principal de todas las aberraciones y trastornos de las sociedades contemporáneas.

Y porque nadie nos tache de exagerados en cuanto dejamos dicho, no pondremos fin á este capítulo sin recordar que Cristo nuestro Señor es el *Cordero de Dios* inmolado en la cruz por todos los hombres, y que cuando nosotros los cristianos nos acercamos á la sagrada mesa eucarística, nos alimentamos real y verdaderamente del mismo *Cordero divino,* fuente inexhausta de méritos y de gracias, que nos son aplicadas á cada uno, según nuestras mayores ó menores disposiciones, para sublimarnos y hacernos felices cuanto es posible á humanas criaturas en tiempo y eternidad. ¡Bendito y alabado sea una y mil veces el Santísimo y divinísimo Sacramento del Altar!

LA EUCARISTIA COMO SACRIFICIO

CAPÍTULO XXIII

Necesidad y naturaleza del Sacrificio Eucarístico.

1. El Corazón de Jesús sacramentado atrae á sí todas las cosas.—2. ¿De qué manera?

Refiérese en el santo Evangelio, según San Juan, que nuestro Señor Jesucristo, queriendo mostrar á los judíos de qué manera había de morir, les dijo: *Si yo fuere alzado de la tierra todo lo atraeré á mí mismo* (Joann., XII, 32). Ellos, entendiendo que hablaba de su muerte en la cruz, le respondieron: «Nosotros sabemos por las Escrituras (Daniel, VII, 14) que Cristo permanece siempre, y que ha de vivir y reinar eternamente: ¿cómo puede ser que el Hijo del Hombre sea elevado en la cruz y muerto en ella?» ¡Oh! Aquellas pobres gentes no podían comprender cómo Jesucristo, después de morir crucificado, había de vivir y reinar, y permanecer para siempre en la Eucaristía, atrayendo á sí todas las cosas del universo.

Hay—dijo San Agustín (*De civit.*, libro XXI, cap. IV)—en los confines de la India oriental algunas rocas con tal fuerza magnética, que atraen á las naves si en ellas hay mucho hierro: sea de esto lo que fuere, es lo cierto que en el orden sobrenatural nosotros tenemos en el Corazón sacratísimo de Jesús sacramentado un poderoso imán que por modo invisible atrae á sí todas las cosas existentes. *Atrajo las miradas del Eterno Padre*, quien por atención al santísimo Sacrificio ofrecido en la cruz y renovado sin cesar en nuestros altares, perdona á los hombres y les devuelve su amistad, prometiéndoles el reino de los cielos. *Atrajo á los ángeles buenos*, cuyo regocijo es grande en torno del altar, considerando que el divino Corazón, humillado en la Santa Eucaristía, reparó con creces

la ruina causada por los ángeles rebeldes. *Atrajo al infierno*, ó sea al seno de Abraham y al purgatorio, de cuyos lugares saca misericordiosamente las almas, llevándose cautiva la cautividad. *Atrajo á los cielos,* al sol y á la luna, que, asombrados ante la apertura del Corazón deífico, negaron su luz á la tierra, como indigna de ella. *Atrajo al aire,* quedándole como envuelto por la compasión en densísimas tinieblas. *Atrajo á toda la tierra*, que se conmovió sobremanera, como estremeciéndose por la vehemencia del dolor. *Atrajo á todas las criaturas*, que quedaron como horrorizadas ante el deicidio del Gólgota, ofreciéndose á pelear contra los judíos cristicidas, y á dispesarlos por todas las naciones. *Atrajo*, finalmente, y por modo especial y suavísimo, *á los corazones de todos los cristianos*, ya con su ejemplo y doctrina, ya con el mérito y precio de su sangre derramada, ya con el grandioso é inaudito cúmulo de sus gracias y sus dones, ya con el imán irresistible de su dulce é infinito amor, ya, sobre todo, con la portentosa maravilla de dársenos en el alimento espiritual para unirnos á sí propio con lazo inefable de eterna dilección.

Tal es el Corazón sacratísimo de Jesús en el Santísimo Sacramento, y tal el sacrificio de nuestros altares, que ahora intentamos declarar. Dos cosas importa esclarecer de antemano:

1.ª La necesidad del sacrificio eucarístico.
2.ª La naturaleza del mismo.

§ I.

INDÍCASE LA NECESIDAD DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

3. Siempre fueron necesarios los sacrificios.—**4.** Aun suponiendo al hombre inocente.—**5.** Mucho más siendo pecador.—**6.** Sacrificios de la Ley antigua.—**7.** Fueron sustituídos por el del Calvario.—**8.** Todos los sacrificios se incluyen en el de la Eucaristía.

Dios está presente en la sagrada Eucaristía; y al quedar sentada y comprobada esta verdad, hemos dejado vislumbrar dos misterios que la completan y que reclaman toda nuestra atención. El primero es el *Sacrificio eucarístico*, necesario á la vida cristiana, como el respirar á nuestros pulmones; el segundo la *sagrada Comunión*, de que luego hablaremos.

3. En todos tiempos y en todas las religiones, sean verdaderas

ó falsas, fueron necesarios los sacrificios (1), y éste es un hecho que muestra la historia, sin que haya lugar á dudas; pudiendo en verdad decirse que es el acto religioso por excelencia. La naturaleza le intima, Dios le exige y no hay medio de eludirle, si hemos de reconocer, como es debido, los supremos derechos del Señor y nuestra dependencia absoluta de El.

En el orden de los seres, Dios lo es todo, el hombre nada; la creación es un acto libérrimo del Señor, y sólo á El pertenece sacar de la nada las criaturas. El es dueño absoluto de nosotros, puesto que nos dió el ser por pura bondad y largueza; por consiguiente, todo cuanto poseemos es dádiva gratuita suya, y puede á su voluntad despojarnos de ello. ¿Hay cosa más justa, más razonable ni más necesaria, que el hombre reconozca y confiese este supremo dominio de Dios y su dependencia de El? Pero ¿de qué modo hacerlo más propia y adecuadamente que con el sacrificio?

4. El sacrificio en sí mismo es *una ofrenda que hacemos á Dios solo, como en protestación solemne de que reconocemos su dominio supremo sobre nosotros y sobre todas nuestras cosas.* «¿En qué mejor forma—dice el P. Monsabré (Conf. LXX)—podría yo hacer constar esto, que consagrándole y sacrificando en honra suya algo que represente y haga las veces de mi propia vida?... Yo escogeré la víctima de entre aquelles seres destinados á mi servicio y nutrición, y, por profana que sea, yo la consagraré imponiéndole mis manos, como para inocularle mi vida, y diré: «Tú eres mía en el grado en que puedo hacerte mía; mas tú no eres para mí; sé para Dios. (Sacra esto...)—*Adora* con tu destrucción al Principio y Fuente del ser; sea esto en *acción de gracias* por todos sus beneficios; sirva esta ofrenda para implorar la piedad de Aquel que puede aniquilarme.—*Adoración*, *acción de gracias*, *impetracción* elevada á su más alta potencia: he aquí los elementos del sacrificio del hombre inocente.»

5. Ahora bien; si esto exige de suyo la razón tratándose del hombre en el estado de inocencia que ya no existe, ¡cuánto más necesario será el sacrificio cuando la justicia divina reclama satisfacción condigna del hombre pecador! Al prevaricar éste, mereció ser destruido; perdonarle, por tanto, es darle de nuevo la vida, y no sólo la del cuerpo, sino también la del alma. He aquí por qué, después del pecado, siempre, ha habido sacrificios, en to-

(1) In nullum nomen religionis, seu verum, seu falsum, coadunari homines possunt, nisi aliquo sacrifitiorum et sacramentorum visibilium consortio colligentur. (S. August., lib. XIX, *Contra Faustum.*)

dos los tiempos, en todas las naciones y por toda suerte de personas. Abel, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Melquisedec, los hebreos, ya en Egipto, ya en el desierto, ya en la tierra prometida, ofrecieron sacrificios, como una necesidad verdadera para tributar adoración y homenaje á Dios, para darle gracias, para obtener favores, y muy principalmente para *expiar los pecados.*

6. En la Ley antigua, figura de la Nueva, usaron los hombres tres especies de sacrificios: el *holocausto,* el *pacífico* y el de *expiación.* El sacrificio de *holocausto* era ofrecido únicamente para alabar y adorar la altísima y santísima majestad de Dios, reconociendo su dominio supremo en todas las cosas; por eso la víctima era consumida enteramente por el fuego. El sacrificio de *hostia pacífica* se ofrecía para dar gracias al Señor por los beneficios recibidos, é implorar otros nuevos para lo por venir, ya para las personas particulares, ó ya para las naciones. El sacrificio de *expiación* se empleaba para obtener el perdón de los pecados.

Hallábase en la mente de todos que el pecado merece castigo y exige *expiación* verdadera, siendo la muerte del culpable la pena impuesta por Dios; mas como el hombre no es dueño de su vida, y Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, por eso el Señor quiso que le fueran inmolados animales, y que *sin la efusión de sangre*—como dijo San Pablo (Hebr., IX, 22)—*no hubiera perdón.*

La razón misma parece apoyar esta idea, porque la sangre es lo más precioso que hay en el cuerpo del hombre; quitada la sangre, desaparece la vida corporal. Cuando ella circula, el corazón recibe su movimiento, el cerebro su actividad, las facultades anímicas su energía, y todo el organismo físico ejercita sus fuerzas y su vigor. Por otra parte, la sangre es por su influencia una ocasión material de muchos excesos, y no es maravilla que ante la justicia divina, la vida del alma, perdida por el pecado, sea recobrada á precio de sangre.

7. De todos modos, siendo la Ley antigua imperfecta, sus sacrificios también lo eran; siendo figura, tenían que desaparecer ante la realidad, y como la realidad en la Ley Evangélica es *Jesús crucificado,* por eso, como dijo San Pablo á los Hebreos, *son insuficientes ya aquellos sacrificios*, y quedaron abolidos y sustituidos por el único sacrificio digno de Dios, por el santo sacrificio del Calvario (1). Este sacrificio vino á sustituir todos los antiguos, y

(1) Impossibile est sanguine taurorum et hircorum auferri peccata. (Hebr., X, 4.)

es infinitamente superior á ellos; y si las víctimas de entonces agradaron al Señor, fué esto en cuanto figuraban el sacrificio único y verdadero de nuestro Señor Jesucristo. Es decir, que después de la venida del Mesías todos los demás sacrificios desagradaron á Dios y cesaron; y por esò San Pablo, valiéndose de las palabras del Rey Profeta, dijo á los Hebreos: *El Hijo, entrando en el mundo, dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste ¡oh Padre mío! mas me apropiasto cuerpo. Holocaustos por el pecado no te agradaron. Entonces dije: Heme aquí, que vengo para hacer ¡oh Dios! tu voluntad: quita lo primero para establecer lo segundo.* (Hebr., X, 5-6-9.)

8. Con efecto, así fué. Jesucristo, engendrado eternamente por Dios en cuanto al Verbo, y nacido de mujer en el tiempo, recibió la unción sacerdotal en el momento mismo en que se desposaron sus dos naturalezas: y desde entonces Él fué la Víctima única que sustituyó á los antiguos holocaustos impotentes para satisfacer á la Majestad suprema y á la rigurosa justicia de Dios. Su vida vino á ser la vicegerente de la nuestra y la portadora de nuestras iniquidades. Ella se ha visto herida por nosotros, ella ha sufrido por nosotros, ella ha muerto por nosotros, y, al morir, dijo: «Toma lo que te pertenece.» ¡Qué inagotable tesoro de adoración, de acción de gracias, de impetración y expiación hay en la sacrosanta destrucción de esta vida divina! Ya no hay necesidad de más víctimas. Cristo, con una sola ofrenda, dió para siempre la última mano á nuestra santificación (1). Así, pues, el *sacrificio* y la *oración* forman el conjunto de nuestras relaciones de dependencia para con Dios. La *oración* la expresa por palabras; el *sacrificio* por obras (2); y obras y palabras se encuentran en la santa Misa, sacrificio de los sacrificios, ante el cual desaparecen todos, como desaparecen las estrellas ante el sol del mediodía. Veamos ahora en qué consiste este admirable, grandioso y augusto sacrificio.

---

(1) Una oblatione in sempiternum consummavit santificatos. (Hebr., X, 14.)

(2) Véase S. Thom., 2.ª 2.ªe, q. 65, a. 1.

§ II

DECLÁRASE LA NATURALEZA DEL SACRIFICIO EUCARÍSTICO

9. Qué cosa sea la Santa Misa. Es un sacrificio.—**10.** Cuatro cosas que en él se encuentran.—**11.** Primera Víctima ofrecida.—**12.** Ofrecida á Dios.—**13.** Ofrecida por ministro legítimo.—**14.** Víctima inmolada.—**15.** Víctima entregada á los hombres.—**16.** Semejanzas y diferencias entre el sacrificio del altar y el Calvario.—**17** Resumen y conclusión.

«El santo sacrificio de la Misa—dijo San Buenaventura (*Com. Theol. Vir.*, lib. VI, cap. XIII)—está tan lleno de misterios como el mar de gotas, como el sol de átomos, como el firmamento de estrellas, como el cielo empíreo de ángeles. ¡Tanta es su magnificencia y sublimidad, que no sabemos cómo hablar de él, ni cómo comenzar! Sin embargo, decir algo es preciso, considerar su grandeza necesario, sus frutos debemos conocerlos, y muy principalmente el modo con que podemos hacer nuestro tan rico é infinito tesoro.

9. *¿Qué cosa es Misa?* ¿Qué entendemos por el sacrificio eucarística?—*Es*—dice nuestro Ripalda—*un sacrificio que se hace de Cristo y una representación de su vida y muerte*.

Realmente es un *sacrificio* que reune todas las condiciones de tal; *sacrificio* por excelencia, profetizado por Malaquías (I, 10) y transmitido de siglo en siglo por la voz augusta de la Tradición; *sacrificio* por el cual es perfectamente magnificado en todo lugar el nombre del Señor, y que exige un sacerdocio más noble y elevado que el Aaronita de la antigua Ley (1); *sacrificio* enseñado siempre por la Teología católica, bastando citar á Santo Tomás de Aquino, que dice así: «La Eucaristía no sólo es *Sacramento*, sino también *sacrificio*. En cuanto es *Sacramento*, produce su efecto en todo el que le reciba con buena conciencia; mas en cuanto es *sacrificio*, se extiende su provecho también á aquellos por quienes se ofrece, aunque no se hallen actualmente en estado de gracia, pues les borra los pecados mortales, no como causa próxima, sino en cuanto impetra para ellos la gracia de la contrición (2).» *Sacrificio*, en fin, que es un dogma de nuestra fe, pues el santo Concilio de Trento respondió á las blasfe-

(1) S. Justino, *Dialog. cum Triphone*, n. 41; y Euseb., lib. *De demonstrat. Evangel.*
(2) S. Thom., IV sent., dist. 12, q. 2 ad 4.

mias de la herejia con los siguientes anatemas: *Si alguno dijere que en la Misa no se ofrece á Dios un verdadero y propio sacrificio, ó que esta oblación consiste únicamente en dársenos á Jesucristo como alimento, sea excomulgado.—Si alguno dijere que con estas palabras:* HACED ESTO EN MEMORIA DE MÍ, *Jesucristo no instituyó á sus Apóstoles sacerdotes, ó no ordenó que así estos como otros sacerdotes ofreciesen su Cuerpo y su Sangre, ser excomulgado.* (Sess. 22, cap. IX, c. 1-2.)

10. Queda, pues, mostrado que el *Sacramento eucarístico* es la reproducción del *sacrificio* que de sí mismo hizo Jesucristo sobre la Cruz; y por consiguiente que en él, lo mismo que en el Calvario, hay *una Víctima exterior ofrecida á Dios:* Jesucristo.—*Una Víctima ofrecida por un sacerdote:* Jesucristo, ofreciéndose á sí mismo.—*Una Víctima inmolada:* Jesucristo que voluntariamente se inmola.—*Una Víctima entregada á los hombres:* Jesucristo entregado á nosotros: Todo esto requiere amplia explicación, y vamos á darla con la mayor sencillez posible.

11. VÍCTIMA OFRECIDA.—Sobre el altar donde se realiza el sacrificio hay una *Víctima exterior*, ó sea la substancia del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, oculta bajo las apariencias de pan y de vino. La Víctima propiamente dicha no son las especies sacramentales que se ven, sino Jesucristo mismo, que no se ve, así como en los cuerpos materiales vemos sus accidentes, quedando oculta la substancia. Es Dios, que quiere hacérsenos visible por la fe, con grande merecimiento nuestro. ¡Oh misterio inefable de todo un Dios hecho hombre!

12. VÍCTIMA OFRECIDA Á DIOS.—Pero hemos dicho que la Víctima sagrada del altar *se ofrece á Dios sólo,* y el santo Concilio de Trento (sess. 22, cap. I y c. 2) nos enseña que la Misa comprende plenísimamente los fines de todos los sacrificios; es decir, que es un sacrificio *latréutico* (holocausto) para reconocer el supremo dominio de Dios y la independencia del hombre. Por eso Jesucristo en la Misa se ofrece al Eterno Padre como anonadado y cual si estuviera muerto. Este es el fin principal.

Es además un sacrificio *eucarístico,* ó sea de *alabanza y acción de gracias.* fin intimamente enlazado con el anterior; pues si Dios nos ha dado la vida y continuamente nos prodiga multitud de beneficios, ¿qué cosa más racional y más necesaria que mostrarle agradecimiento y darle culto como á Dios?

Es sacrificio *expiatorio* para implorar el perdón de nuestros pecados; fin ciertamente secundario, pero que en el estado presente de nuestra vida es de suma importancia.

Es, por último, sacrificio ***impetratorio***, apto para granjearnos de la divina bondad todo género de bienes; pues como por él damos á Dios el culto debido, muéstrase el Señor propicio á favorecernos. ¡Cuán misericordioso se ostenta el Señor al dejarnos en su Iglesia el augusto *Sacrificio* de nuestros altares! Si los cristianos considerásemos lo que es y lo que vale la santa Misa, ¡cuán de otra manera andaría el mundo! ¡Quéjanse algunos de que son desgraciados, y no se quejan de sí mismos cuando se alejan de la Misa, que es la fuente inagotable de todos los bienes!

13. VÍCTIMA OFRECIDA POR UN SACERDOTE.—Decíamos, en segundo lugar, que la Víctima eucarística era ofrecida por un ministro legítimo, y este ministro es el ***sacerdote***, que ocupa el lugar de Cristo. El hombre fué elevado por Dios á tan alta dignidad para ofrecer sobre el altar la sagrada Víctima, reemplazando á Jesucristo, que le ofreció primero en la noche de la Cena. Y nótese mucho que el sacerdote no obra en nombre propio, sino en nombre del mismo Jesús, diciendo las mismas palabras que El pronunció: ESTE ES MI CUERPO, como si él fuera la persona adorable del Redentor. Cristo es en la Misa el principal oferente, y lo hace por el ministerio de un hombre... ¡tal vez pecador! ¡Qué asombro! ¡A cuánto desciende Jesús por amor nuestro! Sigamos reflexionando.

14. VÍCTIMA INMOLADA.—Se dirá, por ventura: «Si en el altar hay una víctima, y esa víctima es ofrecida á Dios por el ministerio del sacerdote, ¿dónde, cuándo y cómo se realiza el sacrificio? Las ofrendas de pan y vino las vemos inertes en las manos del celebrante, sin que varíen de aspecto; y si bien es verdad que ellas son objeto de misteriosas ceremonias, no por eso presentan á nuestros ojos otro carácter que el de una simple oblación.»

Ciertamente, así es; pero la fe nos dice que bajo la simple apariencia del pan y del vino se oculta el Hijo de Dios, y que allí muere de muerte mística. El sacerdote habla, habla en nombre de Jesucristo, y en aquel mismo instante las substancias de pan y de vino se convierten en Cuerpo y Sangre del mismo Jesucristo, y Este, hecho víctima divina, queda por aquel sólo acto sacrificado. Vivo se halla el Redentor, puesto que allí obra y expía nuestras culpas; pero su Cuerpo y su Sangre se ofrecen á nuestros ojos separados, cual si estuviera en un estado de muerte. Un ser vivo queda muerto si se aparta su cuerpo de su sangre, y aunque realmente en la Eucaristía cada especie separada contiene á Jesucristo todo entero y vivo, sin embargo, nuestro dulcísimo Jesús expresa, cuanto cabe, el estado de muerte y aniquilamiento carac-

terísticos del sacrificio, no dando señales de alguna operación vital y exterior. «Lo expresa—dijo un varón eminente—por el eclipse total de su gloria, por el cautiverio de sus sagrados miembros y acciones, bajo las especies eucarísticas, y por la cesación de las funciones naturales de sus sentidos: obscuridad, inmovilidad, silencio y abatimiento tales, que le ponen á nuestra disposición, en términos que podemos tratarle cual á inerte materia; estado misterioso que El no tomará sino á condición de hacerse nuestro alimento y juntar á la destrucción de su ser sacramental la consumación de su sacrificio.» (Monsabré.)

La inmolación de la Víctima, como se ve, *es incruenta,* cual conviene al estado del Cuerpo de Jesucristo en el cielo, glorioso é impasible, y por eso se llama *muerte mística,* es decir, misteriosa, oculta, sin sufrir las consecuencias de la separación real del Cuerpo y de la Sangre, ó sea *la muerte.*

15. VÍCTIMA ENTREGADA Á LOS HOMBRES.—Por último, dijimos que era una Víctima entregada á los hombres, porque á ellos se entregó para morir en la cruz, y á ellos se entrega en la sagrada *Comunión* para ser destruída tomándola en alimento. Por eso la ordenó Jesucristo en forma de pan y vino, y por eso dijo: TOMAD Y COMED: ESTE ES MI CUERPO. TOMAD Y BEBED: ESTA ES MI SANGRE.

La Misa, pues, es *un sacrificio que se hace de Cristo y una representación de su vida y muerte.* En cuanto sacrificio, *es uno mismo con el de la cruz,* sin más diferencia que *el modo* con que se ofrece (Trident., sess. 22, c. 2), puesto que es la misma Hostia, el mismo sacerdote ofreciéndose al mismo Dios, y por los mismos fines. Y en cuanto á *representación,* ¿qué cosa puede haber más expresiva para traernos á la memoria la inmolación del Calvario? Parécenos muy del caso apuntar aquí las diversas relaciones de semejanza y desemejanza entre el sacrificio eucarístico y el de la cruz.

16. La *Víctima* es la misma, pues en la cruz es Jesucristo quien muere y en el altar es Jesucristo quien se inmola.

El *sacerdote* en la cruz es Jesucristo que se ofrece á sí mismo, y *murió porque quiso,* pues los judíos no fueron más que instrumentos culpables. El *sacerdote* en el altar representa al mismo Jesucristo, porque el presbítero es un ministro que hace sus veces, que habla y obra en su nombre. Los *fines* son los mismos en el Calvario que en el altar; á saber: la gloria de Dios, el agradecimiento, el tener al Señor propicio, y la expiación de los pecados.

Hasta aquí llegan las semejanzas, y ahora comienzan las dife-

rencias, que son las siguientes: El sacrificio de la cruz fué *absoluto*, sin relación á otro; en el altar es sacrificio *relativo*, representando y conmemorando el de la cruz. Sobre la cruz fué necesaria la *inmutación* de la Víctima; en el altar basta la inmutación que precedió en la cruz. (Perrone, *De Eucharist.*, n. 248.)

Sobre la cruz la inmolación fué sangrienta; en el altar sin efusión de sangre.

Sobre la cruz la Víctima murió realmente; en el altar queda como muerta y cual si no tuviera vida.

Sobre la cruz la inmolación se hizo al descubierto y sin velos; en el altar se realiza bajo el velo de las especies de pan y de vino.

Sobre la cruz el cuerpo de Jesucristo fué pasible y mortal; en el altar permanece impasible, inmortal y glorioso.

Sobre la cruz Jesucristo se ofreció para merecer las gracias; en el altar se ofrece para hacer la aplicación de dichas gracias.

17. He aquí, en conjunto, lo que más interesa saber al cristiano sobre la *necesidad* del Sacrificio eucarístico y su *naturaleza* íntima en relación con la sangrienta escena del Gólgota.

Téngase presente que sacrificio, en general, no es más que *la ofrenda hecha á Dios sólo, por un ministro legítimo, de una cosa exterior y sensible que es destruida, ó á lo menos variada, con el objeto de reconocer el soberano dominio de Dios sobre todas las cosas.* No porque el Señor tenga necesidad de nada, sino porque nosotros necesitamos mostrarle nuestra *sumisión* y *adoración*, nuestro *agradecimiento* y *dependencia*, y para ello no hay en la religión acto más importante ni más propio que el sacrificio.

El sacrificio de Jesucristo sobre la cruz, y el eucarístico que le reproduce y representa en nuestros altares, y que son un solo sacrificio, es la sustitución de todos los antiguos, é infinitamente superior á ellos, como acontece con la figura y lo figurado. Por eso los numerosos sacrificios de la Ley mosaica han desaparecido con su templo y sus sacerdotes para no volver á existir.

En suma: el Sacrificio eucarístico, ó sea la santa Misa, es un *holocausto*, una *hostia pacífica*, una hostia por el pueblo, una *hostia de expiación*, y por consiguiente es sacrificio *latréutico*, *eucarístico*, *propiciatorio é impetratorio.* ¡Oh cuánto interesa á los hombres, en especial á los cristianos, considerar el tesoro inestimable de riquezas que tenemos en el santo sacrificio de la Misa! Darlo á conocer, en cuanto nuestra rudeza alcance, es lo que nos proponemos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIV

Declárase la excelencia de la santa Misa.

1. La vida del Corazón de Jesús fué una solemnísima Misa.—**2.** El sacrificio comenzó en Belén y terminó en el Calvario.

Si en todas sus obras se ostenta magnífico el amor del Corazón sacratísimo de Jesús, en ninguna brilla con más refulgencia que en el augusto sacrificio de la Misa. En él Jesucristo es, no sólo Sacerdote y Hostia, sino también Sacrificio, pues, como dijo San Agustín. (Libro IV *De Trinit.*), *todo sacrificio visible es Sacramento, ó sea signo sagrado del Sacrificio invisible*. Es decir, que todo cuanto Jesucristo se manifestó inmolado en el madero ignominioso de la cruz, y en la noche de la Cena, y en el Santísimo Sacramento, es un signo sensible de aquella inefable y misteriosa ofrenda con la cual inmoló perfectamente su espíritu y todo su ser al Eterno Padre en favor nuestro, en el templo grandioso de su corazón. Allí, en lo íntimo de sus entrañas divinas, se ofreció á sí mismo, por nosotros, desde el primer instante de su concepción hasta el último aliento de su vida en el Calvario; y todo cuanto en su peregrinación terrena dijo, obró y padeció, fué un continuo sacrificio en su Corazón deífico, por la gloria del Padre celestial y por nuestra eterna salud. Todo cuanto hizo y padeció fué meritorio para nosotros, y por lo mismo toda su vida divina en este mundo fué como una solemnísima Misa, en la cual El fué el templo, el altar, el Sacerdote y la Hostia. ¡Este fué y es el Corazón dulcísimo de Jesús! ¡Todo sacrificio en El; todo amor para nosotros; todo adoración y gloria para su Eterno Padre!

2. Bellamente expresó esta misma idea el doctor Moëhler, en su *Simbólica* (Lib. I, § 34). Dice así: «Jesucristo fué inmolado sobre la cruz por nuestras culpas; más como había de resucitar é ir al Padre, hízole su amor quedarse en la Eucaristía y residir en ella, pero de una manera invisible, asegurándonos de su real pre-

sencia únicamente la fe. El Cristo histórico y visible que sufrió en el Calvario, y el Cristo eucarístico de nuestros altares, no son más que un solo Cristo; y por consecuencia, el Cordero de Dios, en el augusto Misterio de la Misa, es la Víctima de propiciación por los pecados del mundo. Y por expresarnos con toda la precisión posible, el sacrificio de la cruz no es más que una parte de un conjunto armónico; pues toda la vida del Salvador, sus acciones, sus padecimientos y su muerte constituyen un solo é inmenso sacrificio, y un solo acto de amor purísimo y de misericordia infinita. Es verdad que este acto se compone de muchos momentos, pero ninguno de ellos separadamente constituye la plenitud de la bondad divina, ni la plenitud de sus amores. La santa Misa es, sin duda, un verdadero Sacrificio; mas no siempre se puede separar de la vida del Salvador, como se ve claramente por el fin de su institución.

Tenemos, pues, que la vida entera de Jesucristo sobre la tierra fué un continuo y verdadero sacrificio, sirviéndole de altar su Corazón divino; y habiendo de morir, como tuviera ansias infinitas de continuar sacrificándose perpetuamente por nosotros, instituyó el *Sacrificio eucarístico,* amor de nuestros amores, para dicha y gloria nuestra (1). Ya hemos considerado la *necesidad* que de Él tenemos, y algo de su íntima *naturaleza,* y ahora procede que declaremos su *excelencia,* á la manera que es posible al pobre entendimiento humano. Por dos caminos podemos vislumbrarla, á saber:

1.° Por la naturaleza íntima de la Misa.
2.° Por los fines de su institución y bienes que en ella se impetran.

§ I

EXCELENCIA DE LA MISA, DEDUCIDA DE SU NATURALEZA ÍNTIMA

3 Origen y significado de la palabra *Misa.* —**4**. Qué nos *envía* Dios en la Misa.—**5**. Qué le *enviamos* nosotros á Él. **6** La palabra Misa indica su excelencia. - **7**. Excelencia por razón del oferente.—**8**. Por razón de la persona á quien se ofrece.—**9**. Por razón de la víctima ofrecida.- **10** Llamamiento al corazón cristiano.

3. Lo primero que se ofrece al entendimiento humano cuando se trata de considerar la excelencia del Misterio eucarístico, es

(1) Las pruebas de que siempre, desde los Apóstoles, se celebró el santo sacrificio de la Misa, pueden verse copiosas en el Catecismo de Deharbe, volumen IV, páginas 291 y siguientes.

su nombre. En los tiempos primitivos del cristianismo le llamaban: *El santo sacrificio.—Los santos misterios.—La oblación.—El servicio divino;* pero hace ya más de catorce siglos que en la Iglesia griega se llama *Liturgia*, y en la Iglesia latina *Misa* ó la *santa Misa;* que por eso, al terminar el Santo Sacrificio, dice el Diácono ó el Sacerdote: *Ite, Missa est.* «Podéis marcharos cuando gustéis, porque la Misa ya ha concluido.

La palabra *Misa* trae su origen del verbo latino *Mittere*, que significa *enviar algo á otro*, y en este sentido ocurre preguntar: ¿Qué es lo que se envía en la santa Misa? ¿Quién lo envía y á quién lo envía? — A esto contesta San Buenaventura (lib. IV, sent. III, dist. I., n. 2), con otros autores ascéticos, diciendo: «Durante el Sacrificio eucarístico hay dos especies de envíos: uno que *hacemos nosotros á Dios*, por Cristo Señor nuestro; otro que *hace Dios á nosotros*, mediante el mismo Jesucristo.

1. *Dios nos envía* á su Hijo Unigénito, enviado celestial y Angel del gran consejo. Le envía al altar para que consagre el pan y el vino, porque Cristo es el Sacerdote invisible que consagra y realiza el Sacramento por el ministerio de los presbíteros.

Dios nos envía auxilios divinos, el perdón de nuestros pecados y la gracia de la reconciliación, con derecho á llamar nuestro el reino de los cielos. En la santa Misa queda Dios instantáneamente aplacado en su justa indignación contra nosotros, por la grandeza de la dádiva ofrecida, pues Jesús sacramentado le ofrece sus méritos y satisfacciones infinitas. Mas ¡oh cristiano! le agrada al Padre el don del Hijo, que todo cuanto tú y todos los hombres del universo le hayáis podido desagradar. Dile, pues, confiadamente, cuando asistas al Santo Sacrificio: «Señor, indigno soy de perdón, porque he pecado más veces que arenas hay en el mar; pero he aquí vuestro Hijo que me habéis enviado, yo os le ofrezco, como mío que es, y estoy seguro que El os agrada en la santa Misa, inmensamente más que yo os he desagradado con mis culpas; mayores son sus méritos que mis crímenes.» ¡Qué consuelo para el alma que así piensa y que así ora! ¿Quién no se anima y regocija al considerar el tesoro que tenemos en la santa Misa?

Dios nos envía, además, en la misma Misa luces abundantes, gracias maravillosas de protección y de fortaleza para satisfacer todas nuestras necesidades espirituales y temporales y para vencer á todos los enemigos de nuestras almas.

Dios nos envía copiosas bendiciones para la Iglesia militante y para la Iglesia purgante, ó sea bienes sin cuento, ya para nosotros

los cristianos, para nuestras familias, amigos y conocidos, y para los pecadores, ya para que podamos aliviar á las ánimas benditas del purgatorio.

5. Esto y mucho más que no es decible *nos envía el Señor* en la santa Misa; y nosotros, cuando la ofrecemos y asistimos á ella devotamente, le tornamos también nuestros envíos, le correspondemos, no sólo según nuestra pobreza, sino según la riqueza infinita que la Misa atesora, porque la Misa es nuestra, es dádiva preciosa que nos hizo nuestro divino Redentor, es el piélago de amor infinito y de méritos y de satisfacciones incalculables, con el cual podemos decir á Dios: «Señor, mucho os debo, pero mucho más os pago.»

Así, pues, en la Misa, por mediación de nuestro Señor Jesucristo, *enviamos á Dios* nuestras oraciones, nuestros ruegos, nuestras penitencias y nuestros sufrimientos.

Le enviamos nuestro corazón, nuestra alma, nuestra vida, nuestros deseos y aspiraciones, y todo nuestro ser, con todo cuanto á nosotros pertenezca.

Le enviamos nuestras penas, nuestros trabajos, nuestras angustias temporales y espirituales, como oferta de gran valía, y también le ofrecemos las penalidades y sufrimientos de las personas que en este mundo amamos.

Le enviamos las lágrimas y tormentos de las ánimas del purgatorio para que se digne aliviarlas y acelerar su entrada en el cielo.

Le enviamos, sobre todo, los méritos infinitos de Cristo nuestro bien, los de la Santísima Virgen nuestra Madre, los del Angel de nuestra guarda, y los de los Santos del cielo. ¡Qué envíos, que presentes hacemos en la Misa á Dios nuestro Señor! ¿Es posible que esto se conozca, que esto se descuide, y que durante el santo Sacrificio nos hallemos indevotos, tal vez distraídos voluntariamente?

Con razón se llama *Misa*, tomando su significación del verbo *enviar*, pues ella establece una legación íntima y continua entre los hombres y Dios. «Dios—dijo San Buenaventura—*envía* á su Hijo Unigénito al altar para nosotros, para que constituya nuestras delicias; y la Iglesia fiel envía al mismo Cristo á la presencia del Padre celestial, para que interceda por los pecadores y por todos los hombres del universo.» (Lib. IV, sent. III, dist. 1.ª, n. 2.) ¡Bendito sea el Señor, y bendito el augusto Sacrificio de nuestros altares!

6. Sin más que esto que acabamos de apuntar, vese claro

cuán grande sea la *excelencia* de la santa Misa; pero queremos ¡oh cristianos! que saboreéis con vuestro espíritu las dulzuras que encierra el grandioso Sacrificio de nuestros templos, y al efecto vamos á indicaros algo de su íntima naturaleza.

Mientras estamos en esta vida — dijo San Crisóstomo — *la santa Misa transforma la tierra en cielo* (1); y no es de maravillar esta sentencia, porque realmente el Sacrificio eucarístico es *la acción* más santa, *la súplica* más eficaz, *la ceremonia* religiosa más importante y *el tesoro* más rico de la Iglesia. ¡Quítese el Santísimo Sacramento de nuestros altares, y al punto resonará en nuestros oídos aquella sentida queja del divino Salvador: *¿Qué utilidad reportan los hombres de mi sangre derramada? (Quae utilitas in sanguine meo?)* Quítese la Eucaristía de nuestros templos, y el altar no será ya más que una mesa de piedra, y el templo como una sinagoga judaica ó una casa protestante, buena para todos los usos, donde nada habla al espíritu ni al corazón, donde nada despierta el sentimiento religioso, ni impone respeto, ni excita piedad. ¡Oh, si los hombres comprendiesen lo que deben al santo sacrificio de la Misa!

Pero viniendo ya á la consideración de lo que es en sí dicho Sacrificio, decimos que su grandeza inconmensurable se hace evidente, *ya por la dignidad del que le ofrece, ya por la excelencia de la cosa ofrecida, ya por el estado de víctima en que se ofrece.*

7. *¿Quién ofrece el sacrificio de la Misa?* Ya lo hemos indicado: Jesucristo es el principal oferente, y Jesucristo, nadie lo ignora, es *santo, inocente, sin tacha y no tiene necesidad de expiar por Él.* (Hebr., VII, 27.) Jesucristo es todopoderoso, Hijo de Dios, Dios mismo, que ruega á su Padre y que siempre es oído en cuanto pide (2); Jesucristo es inmortal, y *siempre está vivo para rogar por nosotros* (3). ¿Puede imaginarse mayor excelencia por parte del oferente?

El sacrificio de la Misa es ofrecido á Dios Padre por tres entidades distintas: *Cristo*, Sacerdote Supremo, le ofrece por el ministerio de los Sacerdotes, que le son inferiores; *la Iglesia*, como pueblo, le ofrece por el ministerio de los mismos sacerdotes, que le son superiores. *Los sacerdotes* le ofrecen por sí propios, pero en nombre de la Iglesia y de Cristo. El pueblo cristiano es excelso, el

(1) Dum in hac vita sumus, ut terra nobis coelum sit, facit hoc mysterium. (*De Sacerdot.*, lib. VI.)

(2) Exauditus est pro sua reverentia. (Hebr., V, 7.)

(3) Semper vivens ad interpellandum pro nobis.

sacerdocio mucho más; Cristo, Señor nuestro, es la excelsitud misma personificada. ¿Quiérese mayor grandeza y acción más soberana?

8. Por la Eucaristía y en la Eucaristía, Jesucristo ofreció, y la Iglesia ofrece, y nosotros los sacerdotes ofrecemos, el propio Cuerpo de Cristo, obra del Espíritu Santo y divinizado por la unión hipostática con la persona divina del Verbo; pero esto, con ser tan magnífico, se acrecienta por razón de la persona *á quien* se ofrece. No es á un ángel, ni á un santo, ni á la augusta Reina de los santos y de los ángeles, sino *á Dios, y únicamente á Dios;* porque la idea del sacrificio comprende la adoración más profunda, el homenaje más rendido y la sumisión más absoluta. Por consiguiente, ofrecer la santa Misa es tanto como ponerse el hombre, la Iglesia y el sacerdote en relación directa con la Majestad divina: es tanto como reconocer á Dios por Criador, Autor y Señor de todas las cosas; es tanto como entregarle nuestro corazón, nuestra alma, nuestra vida, hallándonos dispuestos á sacrificarlo todo en obsequio suyo, cuando El se digne pedírnoslo.

9. ¡Qué acción tan grandiosa, tan sublime y trascendental! Compréndese aún mejor considerando la grandeza de la Víctima ofrecida; porque no se trata ya de ofrecer á Dios una criatura de orden inferior, como una paloma, un cordero, un toro..., sino de ofrecerle el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo su amadísimo Hijo, Víctima única digna de Dios; santa, como Dios; eterna é infinita como Dios, y que no puede menos de ser agradable á la Majestad divina.

Para formarse una idea de la dignidad y valor de este divino misterio, imagínese cualquiera que está viendo el cielo abierto y á la Madre de Dios, Reina augustísima de aquellas inefables mansiones, que, rodeada de millones de ángeles, querubines y serafines, y de la cohorte innumerable de todos los Santos, se aproxima al trono excelso de la Trinidad Beatísima, y que comienzan todos á tributar á Dios sin cesar actos de amor encendido, de reverencia suma y de adoración perfecta. ¿Quién podrá expresar con palabras la grandeza de este acto? Pues todo esto es como nada en comparación del santo sacrificio de la Misa ofrecida en nuestros altares por un pobre sacerdote. Más gloria recibe el Señor y más regocijo los ángeles y mayor provecho los hombres con una sola Misa, que con las eternas adoraciones y homenajes de la corte celestial. Es la razón, porque en la Misa se ofrece Dios á Dios; Dios Hijo á Dios Padre, dándole gloria infinita, é infinita adoración con infinito

amor. Y nosotros, cuando celebramos ó asistimos al Santo Sacrificio, ofrecemos al Señor la Víctima más pura, más santa, más noble, más augusta y perfecta; por consiguiente, el sacrificio de la Eucaristía es el más puro, el más santo, el más noble, el más augusto y más perfecto de todos los sacrificios.

10. ¡Oh hombres irreflexivos! Deteneos aquí un momento y considerad la grandeza infinita de la Santa Misa, ya por razón del principal *oferente*, que es Jesucristo, ya por razón de la *Víctima ofrecida*, que es el mismo Jesucristo, ya por razón de la persona *á quien se ofrece*, que es Dios uno y trino, único á quien puede ofrecerse la excelsa Víctima de nuestros altares.

Es verdad que continuamente en las Misas se hace mención de la Virgen y de los Santos; mas ha de entenderse que son invocados sólo como *intercesores* y no como el objeto principal del Sacrificio. Este se ofrece *sólo á Dios* en honor de los Santos ó de la Virgen, para honrarlos en sus festividades. «Cuando el sacerdote celebra la Misa—dice el Kempis (lib. IV, cap. V)—no sólo honra á Dios, sino que al mismo tiempo regocija á los ángeles, edifica á la Iglesia, ayuda á los vivos, da reposo á los muertos y participa de todos los bienes.»

Pero sigamos en nuestro propósito y consideremos la grandeza, excelencia y valor del sacrificio eucarístico *por los fines de su institución y por los bienes que en él se impetran*.

§ II

EXCELENCIA DE LA MISA PROBADA POR LOS FINES DE SU INSTITUCIÓN Y CELEBRACIÓN

11.—La Eucaristía, complemento de la Encarnación y de la crucifixión de Jesucristo.—**12**. Excelencia del sacrificio eucarístico por ser *latréutico*. **13**. Por ser *eucarístico*. - **14**. Por ser expiatorio é impetratorio. **15**. Resumen y conclusión.

11. «Todo el dogma cristiano—dijo el P. Raulica (1)—se resume en el gran misterio de la Encarnación, y la Eucaristía es la renovación perpetua, la aplicación personal y, por consiguiente, el complemento de aquel delicioso misterio.» El Hijo de Dios encarnó una vez en el seno purísimo de la Virgen, y el mismo Hijo de Dios se encarna muchas veces en manos del sacerdote; prodigio

(1) Confer. XX, *Armonías de la Eucaristía.*

inaudito que hizo exclamar á San Ambrosio: «Jesucristo, no solamente se encarna, sino que renace en el Santísimo Sacramento» (1).

Pero Jesucristo se hizo hombre para poder morir por el hombre, y habiéndose sacrificado una vez en el Calvario, quiso continuar sacrificándose diariamente y sin cesar hasta la consumación de los siglos, y este continuo sacrificio es la santa Misa. La santa Misa, por tanto, es la repetición constante del sacrificio único y verdadero que se realizó en la cima del Gólgota: es Jesucristo ofreciéndose á sí mismo por el ministerio del sacerdote.

¿Qué fines se propone en ello nuestro divino Salvador? Ya lo hemos indicado arriba. Como el sacrificio de la Eucaristía reemplazó por sí solo á todos los antiguos sacrificios, es ofrecido por los mismos fines que aquéllos, á saber: *para dar gloria á Dios, para darle gracias, para pedirle beneficios,* á lo cual se agrega un cuarto fin, que es *renovar la memoria de su Pasión sacratísima,* según aquel mandato de Cristo: *Haced esto en memoria mía.*

12. Pues bien; estos fines por sí mismos están mostrando al mundo entero la sublime excelencia del santo sacrificio de la Misa. Por él tributamos á Dios la honra y las adoraciones infinitas que le son debidas, puesto que es su mismo unigénito Hijo quien se ofrece por nosotros. Le reconocemos como *Ser infinito* en grandeza y en perfección; porque únicamente á Dios se le puede ofrecer un Dios. Le reconocemos como el *Ser santo* por excelencia, pues á El solo se le puede ofrecer una Víctima sin tacha, cual es Jesucristo. Le reconocemos como primer principio y fin último de todas las cosas; porque la vida viene de El, y á El la devolvemos. Le reconocemos como *Señor y dueño supremo* que lo domina todo, que todo lo gobierna, que todo lo da y que El no tiene necesidad de nada ni de nadie.» Por este Sacrificio, no sólo ofrecemos nosotros al Eterno Padre la Víctima más noble y más digna de su majestad y más agradable á su amor; que es su propio Hijo, sino que esta Víctima se ofrece ella misma sobre el altar, en nuestro nombre, con la misma humildad profunda, con la misma reverencia devota, con la misma obediencia perfecta y con la misma caridad infinita con que se ofreció en la cruz. ¡Cuánta maravilla, cuánta excelsitud, y cuánta gloria recibe el Hacedor supremo en cada una de las Misas!

13. ¿Y qué diremos de la *acción de gracias* que el santo Sacri-

(1) Natus mundo, renascitur sacramentis.

ficio encierra? Para que nosotros podamos agradecer dignamente los innumerables beneficios que Dios nos ha hecho y nos está haciendo cada día, es preciso que las palabras que expresen nuestro reconocimiento y los dones que retornemos al Señor correspondan á la alteza de sus dádivas y al amor infinito con que nos las prodiga. Los bienes de naturaleza que le debemos, son grandiosos; los de gracia, inmensos; el darnos á su único Hijo para redimirnos, excede toda ponderación. El ordenar todas las criaturas para nuestro uso, los ángeles para nuestra ayuda, la Virgen Santísima por Madre, la Iglesia por guía, el Espíritu Santo por Maestro... ¡y todo con infinito amor! ¿Qué hombre será capaz de agradecerlo, y menos de pagarlo, cuando ni aun siquiera somos capaces de comprenderlo? *¿Qué retribuiremos al Señor por todo lo que nos ha dado?* (1).

¡Ah! Cristo nuestro bien lo sabe todo, sabe lo que á Dios debemos, sabe nuestra indigencia, sabe la dilección infinita que el Señor nos tiene, sabe que no podemos pagarlo, ni agradecerlo jamás, y deseando compensarlo todo y que todo quede plenamente agradecido, toma la demanda en nuestro favor, y lo hace como quien es, en la santa Misa, ofreciéndose como Víctima infinita en retorno de sus infinitos dones. Dios ofreciéndose á Dios: este el medio único para nuestro perfecto agradecimiento.

14. Es más; nosotros nos hallamos pobres en muchas cosas y maneras, en lo temporal y en lo eterno, en lo corporal y en lo espiritual, ni aun acertamos á saber lo que nos conviene; más Jesús lo sabe, Jesús quiere remediarlo, Jesús lo impetra eficazmente en la santa Misa, y siempre es escuchado del Padre á causa de su naturaleza divina: *Yo soy*—dice—*el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo*. (Joann., I, 29); y desde el altar ruega á su Eterno Padre, de igual manera que lo hizo en la cruz: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen*. (Luc., XXIII, 34.)

Pues bien; si nosotros nos unimos á Cristo en el Santo Sacrificio, si además nos hallamos unidos á la Iglesia y por la inspiración del Espíritu Santo le ofrecemos por nuestros pecados y por los de todos y cada uno de los fieles, ¿es posible imaginar que seamos desatendidos? ¿Es posible que el Padre no acepte gustoso la ofrenda del Cordero inmaculado, cuya sangre borra los pecados de todo el universo? ¡Ah! No se puede dudar que Dios nos será propicio y que obtendremos todas las gracias; porque la Misa es la

(1) Qui retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?

súplica *más poderosa*, como hecha por un Hombre-Dios; la súplica *más universal*, puesto que se extiende á todos los tiempos, á todas las personas, á todas las necesidades, ya del cuerpo, ya del alma, ya del corazón; la súplica *mas fácil;* porque basta unirnos á Jesucristo, ó al sacerdote que en su nombre consagra y ora.

Ya se comprende que la Misa, por sí misma, no perdona los pecados, pues para eso instituyó el Señor el sacramento de la Penitencia; pero sí decimos, con el santo Concilio de Trento, que el Santo Sacrificio, ofrecido á Dios con el sentimiento de una verdadera fe, de un temor saludable, de una humilde reverencia y de un arrepentimiento sincero, atrae sobre nosotros la misericordia divina, nos alcanza el don de la verdadera contrición, el espíritu de penitencia y la gracia de cumplir todas sus condiciones, inclusa la de la confesión, y de este modo nos prepara y nos asegura el perdón de los pecados.

15. Por último, si á estos fines se agrega que en la santa Misa *se trae á la memoria la Pasión de Jesucristo, que la mente se llena de gracia y que se nos da una garantía de la gloria futura*, imagínese el cristiano cuán grande cosa sea el Sacrificio Eucarístico, aun suponiendo que no se considere más que por *los fines de su institución*.

Queda, pues, á grandes rasgos trazada *la grandeza de la santa Misa*, ya por el significado de su mismo nombre, ya por la dignidad de la persona que la ofrece, ya por la divina víctima que es ofrecida, ya por ser Dios á quien se encamina, y ya por el modo con que se ofrece. Todo esto resalta más si se consideran los altísimos fines que el Señor se propuso en la institución de tan augusto Sacrificio; pues por él, según hemos considerado, se tributa á la majestad infinita de Dios el culto que le es debido, se ofrece á su bondad la acción de gracias más perfecta, se implora y se obtiene el perdón de los pecados, se solicitan y se alcanzan todos los auxilios y todas las gracias espirituales y corporales. Con razón se ha dicho que *el Sacrificio del altar reune en sí la virtud, la eficacia, el mérito y la gloria de todos los sacrificios*. «De este modo la Eucaristía, como sacrificio, ha simplificado el culto, y al simplificarlo lo ha ennoblecido, lo ha completado y lo ha perfeccionado. Por consiguiente, la Eucaristía es la gloria de la Iglesia, el consuelo y las delicias del alma fiel, la verdadera arca de nuestros santuarios, el más bello ornamento, el más rico y el más precioso de nuestros templos.» (Raulica, Confer. XX.)

CAPÍTULO XXV

Declárase la excelencia de la santa Misa por sus efectos.

1. La Misa aprovecha á todos los hombres —2. Cuál sea el Corazón de Jesús en la santa Misa.

La santa Misa—dijo San Francisco de Sales—es el sol de las devociones, porque ante ella desaparecen las demás, como las estrellas al dejarse ver el hermoso astro del día. Hemos visto un emblema que expresa bien este pensamiento; figuran en él una serpiente y una paloma, un águila y un mochuelo, un cordero y un lobo, y en lo alto el sol iluminando benéfico á todos, con esta inscripción: *Super bonos et malos* (1); como diciendo: El Sacrificio Eucarístico es como el sol, que derrama sus bienes sobre todos los hombres, buenos y malos; sobre los astutos, como la serpiente, y sobre los sencillos, como las palomas; sobre las águilas de la ciencia y sobre los mochuelos de la ignorancia; sobre los feroces como lobos y sobre los mansos como corderos. En el emblema no hay estrellas, pero sí un rótulo que dice: *Venite ad me omnes... et ego reficiam vos. Venid á mí todos, que yo os aliviaré.*

2. Verdaderamente así es el Corazón de Jesús en el Santo Sacrificio; allí se ostenta amoroso y misericordioso hasta lo infinito, como figura de la substancia del Padre, y haciendo bien á todos para salvar á todos. A la manera que el sol, benéfico para todos los hombres, no se concreta á este ó al otro lado del firmamento, sino que, agitándose en los espacios, reparte su luz y su calor cada día á las cuatro partes del mundo y á todas las criaturas, de esta, de la otra y de todas las especies, así también el Sol místico de la Iglesia católica, ó sea el *Corazón sacratísimo de Jesús* en la santa misa, con misericordia infinita, ilumina y regocija á los entendimientos de todos los seres racionales, tanto á los

(1) Ginther: *Speculum amoris*, Considerat. XVI.

que gozan de las inefables dulzuras del cielo, como á los que gimen en las llamas del purgatorio, como á los que nos hallamos en este valle de miserías, inclusos los hombres malévolos y prevaricadores. Á todos reparte sus dones, pues, como dijo el Apóstol, *Se dió á Sí mismo por nosotros en oblación y hostia á Dios, en olor de suavidad;* y este es el tesoro de que nos habla el inspirado libro de la *Sabiduría*, cuando dice: *Hay un tesoro infinito para los hombres, y los que hacen buen uso de él, son hechos partícipes de la amistad de Dios* (1).

Ya hemos declarado cuán grandioso es dicho tesoro, considerando su íntima *esencia* y los *fines* porque el Señor le instituyó, y ahora, para consuelo y deleite espiritual de nuestras almas, intentamos ponderar la misma excelencia, mostrándola por *los efectos* maravillosos que produce.

1.° En la Iglesia triunfante y purgante.
2.° En la Iglesia militante.

§ I

EFECTOS DE LA SANTA MISA EN LAS IGLESIAS TRIUNFANTE Y PURGANTE

3. A la Creación supera la Redención.—**4.** A la Redención, la Eucaristía.—**5.** Los efectos de la Misa son divinos é infinitos.—**6.** En qué forma son limitados.—**7.** Efectos de la Misa en la Iglesia *triunfante*.—**8.** Efectos en la Iglesia purgante.

3. *Dios dijo, y todas las cosas fueron hechas; Dios mandó, y todas fueron creadas* (2). Así se realizó la *Creación*, obra portentosa de la omnipotencia divina; mas este prodigio, con ser tan maravilloso, no es el mayor, pues le supera en mucho la *Redención*. En la Creación, Dios triunfó de la nada; en la Redención triunfó del pecado, que resiste á Dios más que la nada. Para la Creación bastó su palabra; para la redención fué preciso que muriera el mismo Dios hecho hombre. En la Creación se admira principalmente la omnipotencia del Señor; en la Redención campean además su infinito amor y su

(1) Tradidit semetipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo, in odorem suavitatis. (Ephes., I, 2).—Infinitus thesaurus hominibus, quo qui usi sunt, participes facti sunt amicitiae Dei. (Sap., VII, 14.)

(2) Ipse dixit, et facta sunt. Ipse mandavit, et creata sunt .(Psalm. III.)

misericordia infinita. La Creación es magnífica y esplendorosa; la Redención fué llamada por San Pablo *la obra maestra de la sabiduría y del poder de Dios* (1).

4. Pues bien: esta obra por excelencia de Dios realizada á la faz del universo hace ya casi diecinueve siglos, subsiste hoy y subsistirá siempre en nuestros altares, renovándose sin cesar en el santo sacrificio de la Misa, y por consiguiente los efectos grandiosos de la Redención se reproducen en el misterio eucarístico en toda su plenitud, puesto que el sacrificio del altar y el del Calvario son un solo y único sacrificio. Y como en la Eucaristía se agrega que Dios se hace nuestro compañero para siempre, y se expone á nuestra adoración y culto, y se nos da en alimento espiritual de nuestras almas, haciéndonos por modo excelentísimo una sola cosa con El, dícese con toda verdad que la Misa es el misterio de los misterios, la maravilla de las maravillas y el prodigio de los prodigios, que renueva sin cesar todos los prodigios, maravillas y misterios de la Redención (2).

5. Que los efectos del Santo Sacrificio son *divinos en sí mismos,* no se puede negar, porque ellos proceden de la omnipotencia de Dios como causa inmediata; pero además dichos efectos son *divinos en su aplicación general á las almas,* puesto que las hacen partícipes de la naturaleza divina, granjeándolas la gracia santificante. *En todas y cada una de las Misas*—dijo Santo Tomás de Aquino—*se encuentra toda la utilidad y todo el fruto que Cristo nos mereció con su muerte en la cruz* (3); y por esto cabe decir que la celebración de una sola Misa vale tanto como la muerte de Jesucristo en el Calvario. Con una sola Misa pueden alcanzarse gracias suficientes para convertir á todos los pecadores del mundo, para evitar todas las calamidades de los hombres, para endulzar todos sus padecimientos y para apagar todos los fuegos del purgatorio.

6. Siendo esto así—se dirá,—¿cómo es que celebrándose diariamente tantas Misas en el mundo somos infelices y no se acaban de una vez los pecados y las miserias humanas?—«Ya se comprende; es porque el valor de la Misa, aunque *en sí mismo* es de poder infinito, se halla al mismo tiempo limitado *en su*

---

(1) Predicamus Jesum Cristum, et hunc crucifixum, Dei virtutem et Dei sapientiam. (I Cor., I.)

(2) Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se.

(3) In qualibet Missa invenitur omnis fructus et utilitas, quam Christus in die Parasceve operatus est in cruce cum morte sua. (S. Thom., *Discipl. ser.*, 48.)

aplicación particular, puesto que el poder de Dios, esencialmente infinito, no obra en toda su plenitud y eficacia sino en su ser infinito, ó sea en las relaciones de las personas de la Santísima Trinidad. Desde el momento en que el Señor obra fuera de sí mismo, sea en la cruz, sea en el altar, su poder, aunque siempre inmenso, se encuentra necesariamente limitado, en cierta manera, por la naturaleza finita de las criaturas, que no son capaces de recibir tanto como El puede dar. Dios pone á nuestra disposición un tesoro inagotable, y nosotros tomamos de él según nuestras fuerzas, y nada más, al modo que quien va á la fuente saca de ella más ó menos agua, según la capacidad del vaso que lleva.

Los efectos, pues, de la santa Misa pueden ser limitados, ya por la intención del sacerdote que celebra, ya por las disposiciones de aquellos por quienes el sacrificio es aplicado, ya por las circunstancias de las personas que asistan á la Misa, ya por la voluntad de Dios, que por sus altos juicios, siempre justos y misericordiosos, dispensa sus favores con medida, bien sea para excitar más nuestra fe y nuestra confianza, bien para que insistamos más en nuestras oraciones y sacrificios, bien para hacernos merecer más por su amor.

7. Ahora bien; el primero y principal efecto del Sacrificio eucarístico es en favor de *la Iglesia* que llamamos *triunfante,* ó sea de los moradores de la patria celestial. Dios nuestro Señor, con ser ente perfectísimo, que nada necesita, es por la santa Misa sobremanera glorificado. Cuando un sacerdote celebra, tributa á Dios honra y gloria infinita tanta como le dió la vida, la pasión, la muerte y el amor infinito de nuestro Señor Jesucristo.

Por la santa Misa los Angeles alaban la majestad de Dios, las Dominaciones le adoran, las Potestades le rinden vasallaje, y los Tronos, Querubines y Serafines ofrecen á sus plantas los afectos encendidos de su ardentísimo amor. Todas las jerarquías angélicas rebosan de júbilo contemplando al Dios de los cielos, infinitamente glorificado por Jesucristo en el Santo Sacrificio, y los bienaventurados de las mansiones celestiales acrecientan su gloria accidental renovando para con Dios sus santos amores. Sobre todo, la Virgen María, Reina de los cielos, complácese en la continuación de la obra redentora de su divino Hijo, y complácese también en poder, con Jesús y por Jesús sacramentado, mostrarse dignamente reconocida á las mercedes del Altísimo. Por cuya razón no es de maravillar que San Lorenzo Justiniano, lleno de asombro, exclamara: «Tengo para mí que en la hora que el sacer-

dote consagra, se abren los cielos, se regocijan los ángeles y millares asisten al altar.» Cuando el Cordero de Dios es inmolado - añade el Crisóstomo—los serafines están presentes y cubren su rostro con sus seis alas (1).

«Y puesto que los sacerdotes—prosigue el mismo San Lorenzo—descendiendo el Verbo encarnado del cielo al altar, le tocan con sus manos, le distribuyen á los fieles y le reciben en sus propias entrañas, en presencia de los ángeles, á quienes nunca fué concedida tan excelsa potestad, justo es que tengan siempre una conversación, más que humana, angélica. *Acérquese, pues, el sacerdote al altar, como Cristo; asista como ángel, ministre como santo, ofrezca los votos de los pueblos como pontífice, ruegue por la paz como mediador, y ore por sí mismo como hombre* (2).»

8. Mas no se detienen los efectos de la santa Misa en las regiones celestiales de la Iglesia *triunfante*, sino que descienden como rocío benéfico á las subterráneas mansiones de la Iglesia *purgante*, llenando de consuelo y regocijo á las ánimas benditas, prisioneras ilustres que forman parte de la comunión de los santos y participan de las divinas influencias de la Misa y de los merecimientos de Cristo nuestro Señor. Aquellas ánimas por quienes se aplica especialmente el Santo Sacrificio, reciben muy singulares y beneficiosos efectos; y aunque los hombres sean á veces ingratos y se olviden de algunas almas, la Iglesia jamás las olvida y como Madre cariñosa les aplica para su alivio el Sacrificio del altar. No hay para las ánimas sumergidas en aquella región de dolores, consuelo mayor ni más dulce lenitivo que la celebración del Misterio eucarístico (3). Tal es la grandeza de la santa Misa respecto de las dos Iglesias *triunfante y purgante;* digamos ahora dos palabras sobre los efectos que produce en la Iglesia *militante*.

(1) Agnus Dei immolatur, Seraphim stant, sex alis faciem tegentia. (S. Chrisost., *De Sacerdot.*, lib. VI.)

(2) Potius angelicam, quam humanam, debent conversationem habere. Accedat igitur sacerdos ad altaris tribunal, ut Christus, assistat ut angelus, ministret ut sanctus, populorum offerat vota ut pontifex, interpellet pro pace ut mediator, pro se autem exoret ut homo. (S. Laurent. Just., *S. de Corp. Christ.*)

(3) Véase nuestra obra *La Vida Feliz*, tomo III, cap. XXVIII.

§ II

EFECTOS DE LA SANTA MISA EN LA IGLESIA MILITANTE

9. La Misa produce grandiosos efectos en la Iglesia militante. - 10. En el Sumo Pontífice y en los Prelados.—11. Su influencia protectora es universal para el pueblo fiel.—12. Y muy particular para cada uno de los cristianos.—13. Beneficios especiales.—14. Lo que es y vale una Misa —15 Resumen y conclusión.

9. Probado ya que por el Santo Sacrificio de nuestros altares se obtienen todos los auxilios y todas las gracias divinas, ya para el cuerpo, ya para el alma, ya para los individuos, ya para las colectividades, fácil cosa será deducir los grandiosos beneficios que de él reporta la *Iglesia militante.* No se trata ahora de ponderar el homenaje infinito que con la santa Misa tributamos á Dios, á la Virgen, á los ángeles y á los Santos del cielo, cuyas virtudes se recuerdan y cuya intercesión para con Dios se invoca; tampoco se pretende enumerar los dulces consuelos, las inefables alegrías y los incesantes alivios que con el Sacrificio eucarístico experimentan las nobilísimas ánimas del purgatorio; trátase únicamente de hacer comprender á los fieles la extraordinaria, la inaudita, la inexplicable grandeza de la santa Misa por los efectos maravillosos que en nosotros produce. Si la *impetración* de Cristo inmolado en el altar hace subir al cielo torrentes de gloria y regocijo; si *su propiciación* hace descender á los subterráneos purificantes el alivio ó libertad de las penas, no son de menor cuantía las gracias y dones que por la *expiación é impetración* derrama en torno nuestro y en toda la *Iglesia militante* en general. «La paz de la Iglesia, la tranquilidad del mundo, la prosperidad de los reyes é imperios, el ardimiento de los combatientes, la unión de las familias y amigos, la cura de los enfermos, el consuelo de los afligidos, la asistencia á los menesterosos, todo esto—dijo San Cirilo de Jerusalén,—nos proviene de la Hostia propicia, que adoramos en el sacrificio de la Misa.» (S. Cyril., *Catech.* 5, *mystagog.*)

10. Mas descendiendo ya á enumerar los beneficios particulares del Sacrificio eucarístico en dicha Iglesia militante, decimos que por él los derrama el Señor tan copiosos, que todo cuanto expresemos será nada en comparación de la realidad. Para el Sumo Pontífice, que es el Jefe supremo, y para los Obispos, que en unión suya forman la Iglesia docente, es la santa Misa *un faro luminoso*

que los guía en las decisiones dogmáticas, morales y disciplinares que sea preciso declarar al pueblo fiel. Es *una regla sobrehumana de prudencia*, que no les dejará equivocarse en los consejos que necesariamente tienen que dar. Es *un manantial de fortaleza* para salir triunfantes en las luchas que cada día tienen que sostener. Con la santa Misa comienzan siempre las grandes asambleas que llamamos concilios. El altar es el foco radiante que despide los rayos luminosos del *Sol de los ejercicios de piedad,* pues así llama San Francisco de Sales al Sacrificio eucarístico.

11. Y no menos ayuda y favorece al pueblo fiel en común; pues como la santa Misa es un *sacrificio permanente,* sin que haya hora del día ni de la noche en que no se celebren en la redondez del globo muchas Misas, de tal suerte que el divino Sacrificio puede llamarse perpetuo en su *duración* y también en su *oblación,* como predijo el profeta Malaquías (1), es evidente que su efecto es continuo y su protección universal. Protege á las almas contra *la rabia del demonio,* que á todo trance quisiera impedir que se multiplicara en nuestros templos la celebración de la Misa. Protégelas contra *la justicia de Dios,* continuamente ofendida, es verdad, pero al mismo tiempo continuamente apaciguada. ¿Qué sería de nosotros si faltara del mundo el Santo Sacrificio? Si el mundo subsiste todavía—dicen los Santos—débese á la continuidad de la santa Misa, pues sin ella tal vez estaríamos todos aniquilados. El sacerdote en el altar es el pararrayos de los castigos del cielo, ó sea la columna que sostiene el mundo vacilante ante el peso enorme de sus crímenes. Esto no lo entienden los hombres sin fe; mas nosotros, iluminados con luz del cielo, decimos: *El dedo de Dios está aquí.*

12. Pero lo más consolador é importante en este punto es que cada uno de los fieles encuentra en la santa Misa el medio de aplicarse los fines del Sacrificio, que antes hemos indicado. Puede rendir á Dios un homenaje y un honor infinito; un homenaje más grande que el que le tributan en el cielo todos los ángeles y todos los Santos en unión. La Virgen, y los Santos y los ángeles son simples criaturas, como tales finitas, y por consiguiente sus adoraciones, alabanzas y humillaciones revisten el carácter de limitadas; pero en la Misa, donde Jesús se ofrece, adora y se humilla, la humillación y el homenaje son de un mérito infinito, que nosotros ofrecemos á Dios; es una gloria y un honor sin límites que el Se-

(1) In omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio munda. (Malaq., I, 11.

ñor recibe de nosotros. ¡Qué dicha la nuestra! ¡Qué riqueza pone el divino Salvador en nuestras manos!

13. Aquellas almas devotas que arden en deseos de glorificar mucho á Dios, aquí tienen el medio: *la santa Misa.*

Aquellas otras que habiendo sido pecadoras y luego arrepentidas, procuran satisfacer á la divina justicia para librarse de las penas del purgatorio y caminar derechas al cielo, aquí tienen el remedio: *la santa Misa.*

Un solo pecado mortal pesa tanto en la balanza divina que, aun reuniendo todas las buenas obras de los mártires y las de los Santos, y también las de la siempre Virgen María, no serían suficientes para dar á Dios una satisfacción condigna; mas el Señor misericordioso nos facilita el modo de satisfacer plenamente por todos nuestros crímenes, y este modo es *la santa Misa.*

Para aquellas personas que, reconociendo los inmensos favores que el Señor les otorga, ya en el orden de la naturaleza, ya en el de la gracia, quieran mostrarse agradecidas y corresponder equivalentemente á los dones recibidos y á los que en lo sucesivo puedan recibir, tienen un medio eficaz: *la santa Misa.*

Cuando los individuos, ó las familias, ó los pueblos, se hallan necesitados, y desean obtener pronto y eficaz auxilio, por difícil que ello sea, está á su disposición un medio segurísimo que les da derecho á esperar cuanto al efecto sea preciso; y este medio, nadie lo ignora, es *la santa Misa.*

Por consiguiente, los que extraviados caminen con inseguro é incierto paso á través de las tinieblas, de la ignorancia y del error, ó se sientan acosados por la duda, aquí tienen un foco vivísimo de luz: *la santa Misa.*

Finalmente, los que atribulados bajo el peso de la adversidad se sientan desfallecer en su ánimo, ó los que, acometidos por continuas y seductoras tentaciones teman sucumbir en la lucha, acudan al altar y allí encontrarán su fortaleza: *la santa Misa.*

14. Y nadie juzgue que en esto hay exageración piadosa, porque una Misa es un sacrificio especialísimo, á la vez que holocausto, hostia pacífica y víctima por el pecado. Una Misa es el mismo sacrificio de la cruz, cuyos méritos, satisfacciones é impetraciones infinitas los pone, digámoslo así, el Señor en nuestras manos. Una Misa es un Dios adorando, un Dios dando gracias, un Dios apaciguando, un Dios implorando. ¿Es posible ni aun imaginar que sacrificio semejante haya de ser infructuoso para nosotros?

«No hay—decía San Lorenzo Justiniano (Serm. *de Corpore Christi*)—hostia mayor, ni más útil, ni más amplia, ni más agradable á los divinos ojos, porque la santa Misa honra á Dios, regocija á los ángeles, alegra á los cielos, santifica á los hombres, da gozo á los creyentes, unidad á los pueblos, paz á las sociedades, fe á las naciones, esperanza á los espíritus y amor encendido y puro á todos los que la oyen ó celebran devotamente.»

Y no puede ser de otra manera, porque cuando el sacerdote ofrece el Santo Sacrificio, el Padre celestial, contemplando aquel don, no se detiene en la persona del sacerdote, sino que mira á la divina persona de su Hijo, á quien el ministro representa, y por lo mismo acepta aquella purísima oblación, siéndole en gran manera grata y por todo extremo atendible.

Cuando la Iglesia *militante* ofrece el Sacrificio eucarístico en honra y gloria de la *triunfante* y en alivio y ayuda de la *purgante*, recaba del Señor para sí misma todo género de felicidades y establece una comunicación íntima y mutua de bienes entre dichas tres Iglesias, ó, mejor dicho, entre las tres ramificaciones de la única Iglesia de Jesucristo. «En el altar y por el altar es donde la familia de los *comprensores* (bienaventurados), la familia de *las almas que sufren* y la familia de los *viadores* se abrazan en la unidad del mismo espíritu y del mismo amor; en el altar es donde las tres Iglesias forman una sola casa, una sola familia, una sola Iglesia, y realizan el gran misterio de la COMUNIÓN DE LOS SANTOS. La Misa es la que une las ovejas entre sí, los rebaños á los pastores y la esposa al esposo; la Misa es la regla viviente y el signo sensible de la unidad de la Iglesia.» (Raul., confer. XX.)

15. En resumen, y como conclusión de todo cuanto hemos indicado sobre la *excelencia y valor* del sacrificio eucarístico, síguese necesariamente:

1.° Que una Misa honra y glorifica á Dios más que todas las adoraciones de los ángeles, de los Santos del cielo y de las almas justas de la tierra, todos en unión.

2.° Que es igualmente imposible tributar á Dios más honor y más gloria que la que recibe con la santa Misa, por ser ésta un sacrificio de valor infinito.

3.° Que el que impidiere la celebración de una Misa, privaría, en cuanto es de su parte, *á la Santísima Trinidad* de la gloria y alabanzas que en el Sacrificio se le tributan; *á los ángeles y bienaventurados*, del gozo que les proporciona; *á los pecadores y á los justos*, de las gracias que obtendrían, los unos para su conver-

sión, los otros para su perseverancia, y á todos para su gloria; *á las almas del purgatorio,* del mayor de los sufragios y de su más dulce consuelo; *á la Iglesia católica,* del auxilio más poderoso, del gozo más inefable y del escudo más fuerte; *al mundo entero,* de su más valiosa protección y del elemento más preciso para su conservación.

Por lo tanto, si un cristiano no pudiere consagrar al servicio de Dios más que media hora cada día, en nada puede emplearla con más provecho, ni nada será más útil á la gloria del Señor, á la salvación de su alma y al bien general de la Iglesia, que asistiendo atenta y piadosamente al santo sacrificio de la Misa. En ella *nos da el Padre celestial á su Hijo unigénito, y juntamente con El todos los bienes* (1); nos da sus méritos, sus satisfacciones y sus impetraciones infinitas; nos da todas las inefables riquezas de su Corazón divino, para que las hagamos nuestras tanto cuanto seamos capaces de recibirlas.

Repare bien cada cristiano cómo aprovecha tan grandioso tesoro; repare cuántas Misas oye, cuántas puede y debe oir, y cuál es el fruto que de ellas reporta; repare si por ventura se halla pobre, pudiendo ser riquísimo; repare la cuenta que ha de dar á Dios de sus talentos y de sus dádivas desperdiciadas; y para que nadie en esto pueda sufrir engaño, intentamos declarar ahora la participación que podemos tener en el santo sacrificio de la Eucaristía.

(1) Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?

CAPÍTULO XXVI

Participación de los frutos de la santa Misa.

---

1. Importancia de este capítulo.—**2.** Quiénes son los oferentes.—**3.** Dos especies de frutos.

Después de haber declarado los *frutos ó efectos* de la santa Misa en general, ora en la Iglesia *triunfante*, ora en la *purgante*, ora en la *militante*, es de suma importancia para la práctica de la vida espiritual que señalemos quiénes son en la tierra *los partícipes* de dichos frutos, y *cuánto y de qué modo* pueden hacerlos suyos; pues ¿de qué nos serviría poseer tan rico tesoro, si no sabemos aprovecharnos de él? Al efecto, y por ser asunto muy complicado, recordaremos, por vía de exordio, quiénes son los que ofrecen á Dios Padre el augusto Sacrificio y de qué manera le ofrecen, porque esto arroja mucha luz sobre lo que después diremos.

2. El principal oferente es *Cristo* nuestro Señor, que lo hace, no solamente como persona particular, sino como cabeza de la Iglesia y mediador entre Dios y los hombres.

El segundo oferente es *la Iglesia,* como esposa amadísima de Jesucristo, quien la dejó el augusto Sacrificio para que pudiera ofrecer á Dios un don digno de su infinita grandeza (1).

Ofrece también la Misa *el sacerdote* que celebra, obrando como ministro en nombre de Jesús, en nombre de la Iglesia y en nombre propio como persona particular, pues el carácter público de su sagrado ministerio no impide que añada su intención propia.

Por último, ofrecen, en cierto sentido, el santo Sacrificio, cada uno de los fieles que cooperan á él en algún modo como ayudan-

---

(1) Ut dilectae sponsae suae Ecclesiae visibile, sicut hominum natura exigit relinqueret sacrificium. (Trident., 1, c., cap. I.)

sión, los otros para su perseverancia, y á todos para su gloria; *á las almas del purgatorio,* del mayor de los sufragios y de su más dulce consuelo; *á la Iglesia católica,* del auxilio más poderoso, del gozo más inefable y del escudo más fuerte; *al mundo entero,* de su más valiosa protección y del elemento más preciso para su conservación.

Por lo tanto, si un cristiano no pudiere consagrar al servicio de Dios más que media hora cada día, en nada puede emplearla con más provecho, ni nada será más útil á la gloria del Señor, á la salvación de su alma y al bien general de la Iglesia, que asistiendo atenta y piadosamente al santo sacrificio de la Misa. En ella *nos da el Padre celestial á su Hijo unigénito, y juntamente con El todos los bienes* (1); nos da sus méritos, sus satisfacciones y sus impetraciones infinitas; nos da todas las inefables riquezas de su Corazón divino, para que las hagamos nuestras tanto cuanto seamos capaces de recibirlas.

Repare bien cada cristiano cómo aprovecha tan grandioso tesoro; repare cuántas Misas oye, cuántas puede y debe oir, y cuál es el fruto que de ellas reporta; repare si por ventura se halla pobre, pudiendo ser riquísimo; repare la cuenta que ha de dar á Dios de sus talentos y de sus dádivas desperdiciadas; y para que nadie en esto pueda sufrir engaño, intentamos declarar ahora la participación que podemos tener en el santo sacrificio de la Eucaristía.

(1) Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?

CAPÍTULO XXVI

Participación de los frutos de la santa Misa.

---

1. Importancia de este capítulo.—2. Quiénes son los oferentes.—3. Dos especies de frutos.

Después de haber declarado los *frutos ó efectos* de la santa Misa en general, ora en la Iglesia *triunfante*, ora en la *purgante*, ora en la *militante*, es de suma importancia para la práctica de la vida espiritual que señalemos quiénes son en la tierra *los partícipes* de dichos frutos, y *cuánto y de qué modo* pueden hacerlos suyos; pues ¿de qué nos serviría poseer tan rico tesoro, si no sabemos aprovecharnos de él? Al efecto, y por ser asunto muy complicado, recordaremos, por vía de exordio, quiénes son los que ofrecen á Dios Padre el augusto Sacrificio y de qué manera le ofrecen, porque esto arroja mucha luz sobre lo que después diremos.

2. El principal oferente es *Cristo* nuestro Señor, que lo hace, no solamente como persona particular, sino como cabeza de la Iglesia y mediador entre Dios y los hombres.

El segundo oferente es *la Iglesia,* como esposa amadísima de Jesucristo, quien la dejó el augusto Sacrificio para que pudiera ofrecer á Dios un don digno de su infinita grandeza (1).

Ofrece también la Misa *el sacerdote* que celebra, obrando como ministro en nombre de Jesús, en nombre de la Iglesia y en nombre propio como persona particular, pues el carácter público de su sagrado ministerio no impide que añada su intención propia.

Por último, ofrecen, en cierto sentido, el santo Sacrificio, cada uno de los fieles que cooperan á él en algún modo como ayudan-

---

(1) Ut dilectae sponsae suae Ecclesiae visibile, sicut hominum natura exigit relinqueret sacrificium. (Trident., 1, c., cap. I.)

do al altar, asistiendo en el templo con la mente y con el cuerpo, ó sólo con la mente, dando el estipendio, cera, etc.; pues á todos éstos es muy justo que les corresponda un fruto especial del Sacrificio eucarístico.

3. ¿De qué *modo* y en qué *extensión* reciben cada uno de dichos oferentes del fruto de la Misa? Esto es lo que interesa esclarecer, y decimos: hay frutos procedentes de la Misa *en sí misma, en virtud de lo obrado en ella*, y otros que traen su origen *de las disposiciones* de los que las celebran ó asisten devotamente á su celebración, ó sea *en virtud de lo que obran*. En cuanto la Misa es una acción divina de Jesucristo, que la ofrece á su eterno Padre, produce efectos *independientes del mérito y de la devoción del celebrante y de los concurrentes;* mas en cuanto es una acción personal del sacerdote que celebra ó de los fieles que asisten, sus efectos son mayores ó menores, según las disposiciones de dicho celebrante ó asistentes. Así, pues, dos cosas habremos de explanar en el presente capítulo:

1.° Los frutos de la Misa por su propia virtud.
2.° Los que produce en virtud de nuestras obras.

§ I

DEL FRUTO DE LA MISA POR SÍ MISMA

(Ex opere operato.)

4. La Misa es lazo de unión entre los hombres.—**5.** Fruto de la Misa por sí misma *(ex opere operato)*.—**6.** La impetración y sus efectos.—**7.** Se extiende á los cooperantes.—**8.** Ejemplos.—**9.** Se resuelve una objeción.

4. Es cosa que admira el tesoro inmenso que tenemos en la santa Misa, y lo poco estimado que es de muchos cristianos; prueba clara de que no le conocen ni le consideran. «Al pie del altar, y mientras que se ofrece en él el Santo Sacrificio de la Eucaristía, es también donde todos los fieles de una misma Iglesia y todas las iglesias dispersas por la superficie de la tierra, unidas en espíritu á un mismo Pastor, repitiendo el mismo Símbolo, dirigiendo á Dios las mismas preces, y ofreciendo por los mismos fines la misma Víctima, confiesan la misma fe, se obligan á cumplir los mismos deberes, practican el mismo culto, reconocen la misma cabeza, se unen á un centro común y le tributan el homenaje de su reconoci-

miento por la luz de la enseñanza que de él reciben.» (Raulica). Este beneficio grandioso sería ya inestimable, aunque otro no hubiera; mas él es sólo el comienzo de una serie indefinida de otros mayores, casi imposible de explicar.

5. La santa Misa, por su propia virtud, independientemente de las disposiciones del celebrante y del fervor de los asistentes, en cuanto es *acción del mismo Cristo*, y Sacramento á la vez que Sacrificio, es una copiosísima *aplicación* de los méritos del mismo Cristo y del cruento sacrificio de la cruz; de tal manera, que es eficacísimo para apartar de nosotros todos los males y procurarnos todos los bienes. En la cruz mereció el Señor por nosotros; en el altar se nos aplican sus méritos. El sacrificio de la cruz fué *meritorio, satisfactorio* é *impetratorio,* verdadera y propiamente; porque entonces Cristo vivia en carne mortal y pudo merecer, impetrar y satisfacer; mas el sacrificio de la Misa, en sí mismo, y como acción de Cristo, hablando con propiedad, sólo es *impetratorio y propiciatorio,* porque ahora Jesús es inmortal, impasible, y no puede merecer ni satisfacer (1).

6. Por esta razón, cuando se dice que la Misa, en cuanto acción de Cristo, es un sacrificio *satisfactorio*, se ha de entender en razón á la cosa que impetra. Se dice *expiatorio*, porque impetra la remisión de la culpa; se llama *meritorio*, porque impetra la gracia de obrar bien y de adquirir merecimientos (2), y de esta suerte en la impetración lo tenemos todo (3).

Tenemos que la justa indignación de Dios contra nosotros merecida, ya por nuestros pecados aún no perdonados, ya por la pena que ellos reclaman después de remitida la culpa, *queda aplacada*, y Dios inclinado á no castigarnos y á no negarnos los más copiosos auxilios de su gracia divina. Es decir, que por la santa Misa en sí misma, el Señor se inclina á concedernos todo género de bienes espirituales, y aun los temporales que convengan para la salvación de nuestras almas.

Tenemos, digámoslo asi, en nuestras manos la *gracia de la*

(1) At *meritorum* non est parte Christi, sed meritorium, quae Christus comparavit, *applicativum*; siquidem etiam in Christo merendi facultas limitibus vitae ejus terrestri concludebatur. (Lehmkuhl, De Euchar. ut Sacrif. §. II, n. 169.)—Fructus sacrificii non est ex eo, quod Christus sic offerendo quasi de novo satisfaciat, quia non est in statu satisfaciendi. (Suárez, Disput. 79, Sect. 1.ª n. 4 y Sect. 2.ª n. 3.)

(2) Véase Tannero, trac. IV, d. 5, q. IX, dub. IV, n. 84, y Lehmkuhl, *De Euchar., ut Sacrif.*

(3) Sed effectus omnes continentur sub ratione sacrificii ut impetratorii et propitiatorii.—(V. Trident., sess. 22, cap. I et II, cum can. 3.)

conversión, por la cual somos excitados á la contrición de nuestras culpas, á realizar actos expiatorios y á reconciliarnos con Dios.

Tenemos, por consecuencia, que la santa Misa realiza *la remisión de los pecados*, no ya de una manera *directa é inmediata* como los Sacramentos, sino *mediante* dicha gracia de conversión; con la particularidad de que los Sacramentos confieren la gracia únicamente á los que son dignos, mas la Misa la granjea para todos, tanto para los justos como para los pecadores.

Tenemos que, por la misma acción de Cristo en la santa Misa, en cuanto es propiciatoria, nos perdona el Señor alguna parte de las penas temporales debidas por nuestras culpas, borradas ya por el Sacramento de la Penitencia; y esta gracia se extiende á las ánimas del purgatorio, las cuales quedan inmediatamente aliviadas en sus penas (1).

Tenemos que Cristo nuestro Señor se ofrece en el santo Sacrificio, no sólo por la expiación de los pecados de los fieles vivos, no sólo por la remisión de las penitencias que ellos debían hacer, no sólo por las satisfacciones que tenían que pagar, y por las otras necesidades que ellos tengan, sino, también por los fieles difuntos que murieron en gracia de Dios, y que no pueden entrar en el cielo por no estar suficientemente purificados (2).

Tenemos que la fuerza impetrativa de la Misa, *por sí misma,* nos fortalece para obtener la *victoria de las tentaciones*, ya alcanzándonos del Señor gracias actuales más eficaces, ya disminuyendo ó quitando las tentaciones mismas y los peligros de caer en ellas.

Tenemos que por dicha impetración podemos alcanzar *deseos y ocasiones de practicar obras buenas* y de adelantar en la vida espiritual, lo cual es de suma importancia para ser convertidos, santificados, purificados, y para obtener el don de la perseverancia y el aumento de gracia y de gloria venidera.

Tenemos, por último, una protección singular de la divina Pro-

(1) Qua propitiatorium sacrificium Missa, quatenus Christi actio est, delet aliquam partem poenae temporalis, quae post peccata deleta quoad culpam, est residua: ita ut ille, pro quo Missa offertur, nisi ipse obicem ponat, remissionem aliquam poenae temporalis consequatur. (Lehmkhul, lug. cit. n. 171. Eucharistiae sacrificium ex opere operato aliquid temporalis poenae remittit.—Impetrare potest hoc Sacrificium remissionem temporalis poenae.—*Impetrare etiam potest vires ad opera poenitentiae prastanda.)* (Véase Suárez, *De Sacrific.* Disput.. 79. Sect. 6.ª n. 1 y 4.)

(2) Trident., sess. 22, c., 2.—Esta remisión de las penas se realiza en más ó en menos según la voluntad de Dios, que por eso el santo Concilio de Trento no dice que la Misa *libra* absolutamente del purgatorio, sino que *ayuda ó alivia* á las ánimas en sus sufrimientos. (Sess. 25.)

videncia en todas nuestras necesidades espirituales y temporales, pudiendo estar seguros que aun los ***bienes materiales*** de todo género nos serán concedidos por la santa Misa en la medida que según la voluntad de Dios nos sean necesarios para alcanzar nuestra eterna salud.

Refiere San Bernardo de Puerto Mauricio que tres negociantes, habiendo vendido sus mercancías en una feria, se disponían á volver á sus casas. Era sábado por la noche, y uno dijo: «Nos marcharemos el lunes, para no perder mañana la Misa: «Pero los otros dos contestaron: «De ninguna manera: mañana por la tarde queremos estar ya en nuestro pueblo.» El primero, resolviendo quedarse, trató de persuadirlos á que hicieran lo mismo; pero ellos muy de mañana, montaron á caballo y emprendieron el viaje; presto llegaron al río Corfuone, y, al pasar por el puente de madera, se rompió éste y cayeron al río. A los gritos de ¡socorro! acudieron algunos paisanos, pero sólo lograron traer á la orilla sus cadáveres. Entretanto, el tercer negociante, después de haber oído Misa, se puso en camino, y al llegar al río y ver lo ocurrido, levantó las manos al cielo y dió gracias á Dios, porque, en virtud de haberse esperado á oir el Santo Sacrificio, le preservó de muerte tan desdichada. (Deharbe.)

7. Mucho deseamos que esta doctrina quede indeleblemente grabada en el corazón de los hombres y que todos entiendan la inmensa eficacia de la oración de Cristo en el Santo Sacrificio, pues basta que sea hecha por el sacerdote en su nombre para que granjee los magníficos bienes referidos, no sólo para aquellos por quienes la Misa se ofrece, sino para todos los que, unidos al sacerdote, sean cooferentes. Tanto más, cuanto el divino Salvador, no sólo ruega á su Padre celestial por el ministerio de los presbíteros celebrantes, sino que hallándose Él en verdad presente en el altar, personalmente intercede por los hombres, y ruega al Padre, ofreciéndole sus méritos infinitos, para que la petición sea en todo escuchada y atendida. ¡Oh si á lo menos los cristianos entendiéramos bien la mina inagotable de oro espiritual que el Señor nos dejó en la santa Misa! ¡Cuán de otra manera obraríamos y cómo se despertarían en nuestro corazón deseos vehementes de oir, una y otra, y muchas Misas cada día! ¡Con qué devoción asistiríamos al Santo Sacrificio!

8. De San Luis, rey de Francia, se refiere que era raro el día en que no oyera dos Misas, y frecuentemente asistía á tres ó á cuatro; y como llegara á sus noticias de que alguno de sus nobles

cortesanos le murmuraban sobre esta piadosa costumbre, respondió; «Si yo empleara doble tiempo en jugar á las cartas ó en correr por los bosques en pos de los venados ó de las perdices, tal vez se me alabaría, y ninguno diría que obraba mal.» (Rayn., an. 1270, n. 19.)

Más hizo San Wenceslao, rey de Bohemia, pues no contento con asistir diariamente al Santo Sacrificio, hacia la vendimia con sus propias manos, como olvidándose de su dignidad real, para después enviar el vino á los sacerdotes que habían de celebrar. (Osorios, *in histor.*, tomo IV, *Conc. de Missa.*)

Y aún más de admirar fué el célebre Tomás Moro, Canciller de Inglaterra, quien, como oyera Misa todos los días antes de comenzar ningún negocio, fué visitado por el Rey en ocasión que la estaba oyendo, y llamándole el Monarca por tres veces, no quiso ir hasta que fué terminado el Santo Sacrificio. Y como alguno de los enviados le arguyera por su falta, contestó: «Estaba prestando obsequio á un Señor más grande, y convenía atenderle á El primero.» (Surio, *Vita,* VI.)

9. No queremos terminar este punto sin responder á una objeción que la ignorancia pudiera hacer. Hela aquí: «Si tanto vale una Misa; si en ella se encuentran todos los bienes, si Cristo mismo es el agente principal y su Eterno Padre no puede menos de oirle, basta que yo oiga una Misa, y añadiendo atrición sobrenatural, quedaré justificado.»—No, cristiano mío; la Misa no está instituída para causar la gracia santificante inmediatamente, sino para conseguir las gracias actuales necesarias para la justificación por el Sacramento de la Penitencia ó por la contrición perfecta, con ánimo de confesar, cuando sea necesario.

Además, el *efecto impetratorio* de que venimos hablando no es absolutamente infalible respecto del beneficio especial que por la Misa se quiere obtener; porque aunque la oración hecha en ella por el mismo Cristo sea excelentísima, sin embargo, no siempre se cumplen en nosotros las condiciones que se requieren para que las oraciones hechas por otros sean eficaces. Por ejemplo, si Jesucristo pide para nosotros la gracia de ser buenos, y nosotros, en el libérrimo uso de nuestra libertad, resistimos á sus gracias y nos empeñamos en ser malos, claro es que la Misa no surte su efecto; porque no es según la voluntad de Dios ó de Cristo el que todos los hombres, cualesquiera que sean sus condiciones y la perversidad de su voluntad obstinada, hayan de ser salvos, sino únicamente los que en algún modo cooperan á sus gracias. Por otra parte, si los

hombres oyen ó mandan aplicar una Misa para conseguir una gracia que les es nociva, Cristo nuestro Señor, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, no siempre se une á nuestro deseo; tal vez pida al Padre celestial lo contrario, como más beneficioso para nosotros y como más conforme al divino beneplácito (1).

Hechas estas aclaraciones, para que nadie caiga en error, pasemos ahora á inquirir lo que propusimos en segundo lugar, á saber:

§ II

LOS FRUTOS DE LA MISA EN VIRTUD DE NUESTRAS OBRAS
(Ex opere operantis).

10. La Misa, en virtud del operante, es *meritoria, satisfactoria é impetratoria.*—**11**. Para los que no están en gracia sólo es *impetratoria.*—**12** La impetración es eficacísima por la mediación de la Iglesia.—**13**. Fruto personal.—**14**. Fruto particular.—**15**. Fruto asistencial —**16**. Fruto general.—**17**. Resumen y conclusión.

Asombrada sin duda, queda el alma cristiana al considerar los maravillosos frutos de la Misa, en cuanto es una *acción soberana de Cristo nuestro Señor*, independiente del mérito y de la devoción del celebrante y de los fieles que á ella concurren; mas el prodigio sube de punto si se añaden aquellos otros frutos que corresponden á la acción personal del sacerdote que celebra y de las demás personas que en algún modo contribuyen á la celebración, ora como *ministros* ayudantes, ora como meros *asistentes*, ora como *sufragantes* de los dispendios materiales que dicha celebración origina.

10. Bajo este nuevo aspecto, nadie ignora que son acciones virtuosas en gran manera, y que por lo mismo, quien las practique ha de percibir, por modo excelentísimo, los frutos espirituales y corporales que el Señor otorga á las buenas obras, con tal que por nuestra parte reunamos las condiciones que ellas exigen; siendo cosa clara que la santa Misa producirá en nosotros frutos de santidad y de fervor más ó menos grandes, según que nuestra alma se halle más ó menos dispuesta para recibirlos. Por eso interesa mucho celebrar, asistir ó contribuir al Santo Sacrificio, pero con las condiciones debidas. Si uno concurre á los misterios divinos mal dispuesto, peor intencionado y en actitud irreverente,

(1) Sobre este punto, véase Lehmkuhl, *De SS. Euchar. ut et Sacrif.*, § II.

¿quién duda que, en vez de honrar á Dios, lo que hace es escarnecerle?

Así, pues, en los fieles cristianos que *hallándose en estado de gracia*, oyen Misa, celebran, ó cooperan á ella en algunos de los modos dichos, su obra es *meritoria* de aumento de gracia y de gloria; *satisfactoria* de las penas temporales debidas por los pecados, é *impetratoria* de cualquier beneficio divino que les sea verdaderamente útil.

11. Mas el cristiano *que no posea el estado de gracia*, esto es, que se halle manchado con culpa mortal, cuando oiga Misa sólo podrá recibir el fruto *impetratorio*, porque es incapaz de los demás efectos. Si no está en gracia ni merece gloria, ¿cómo ha de *merecer* aumento de la gloria y de la gracia? Si tiene culpa grave y es reo de pena eterna, ¿cómo podrá satisfacer por la pena temporal? Estas son cosas imposibles. Es mas: si un sacerdote (lo que Dios no permita) fuera tan horriblemente desgraciado que á sabiendas y queriendo osara celebrar con mala conciencia, ¿quién duda que su acción, en cuanto personal, sería un abominable sacrilegio que *nada impetraría*, antes bien excitaría y aumentaría contra sí la ira divina? La Misa en sí misma sería excelentísima y produciría sus hermosos efectos; mas la acción particular de sacerdote sería horrible.

El fruto impetratorio pende en gran parte de la dignidad del que ora, y los pecadores pueden poner obstáculos á la misericordia de Dios; pero como en la Misa concurren *muchos intercesores*, y varios de ellos santos, no se puede dudar que la impetración en el santo Sacrificio, es más eficaz y se consigue con más seguridad lo que se desea.

12. Pero sobre todo ¡gloria á Dios! la impetración es mucho más poderosa cuando el sacerdote celebra *en nombre de la Iglesia*, ó sea cuando cumple el cargo que por la Iglesia le ha sido encomendado. En este concepto ciertamente no merecemos personalmente por la Misa, ni tampoco recibimos fruto satisfactorio; porque quien obra es la Iglesia; pero en cambio la *impetración es eficacísima*, porque la Iglesia es santa, contiene en su seno multitud de almas virtuosas, y como esta virtud y santidad es presentada á Dios por el sacerdote al rogar por nosotros, es indudable que el Señor queda complacido y que nos otorga por la Misa cuanto pida para nosotros, si nos fuere conveniente. Si la oración por sí sola es una omnipotencia suplicante; si haciéndola en común acrece mucho su eficacia: si uniéndola con la intención á Cristo y em-

pleando las mismas palabras que El nos enseñó en la *Oración dominical* es inconcebible su fuerza impetrativa, ¿qué será cuando, además de estas condiciones, se ore dentro de la misma Misa, en aquella ocasión solemne, hallándose Cristo presente y uniendo á El su mente y su intención su amadisima Esposa la Iglesia? Jamás—dijo Suárez—puede la Iglesia dejar de ser santa y agradable á Dios, como obra predilecta de su amor (1).

Ahora bien: la participación de los frutos del Sacrificio eucarístico no es la misma en todos los fieles cristianos, pues éstos perciben más ó menos según la cooperación que tengan en él.

Los sacerdotes que celebran perciben el fruto *personal.*

Aquellos por quienes se aplica la Misa reciben fruto *particular.*

A los que asisten al altar y á los que se hallan presentes al Sacrificio les corresponde el fruto que llaman *asistencial.*

A todos los fieles cristianos en común les alcanza el fruto *general.* Estas ideas conviene que sean ampliadas y bien entendidas.

13. FRUTO PERSONAL.—Este es propio del Sacerdote que celebra y procede del digno desempeño de su sagrado ministerio. No se puede dudar que ejerciendo debidamente funciones tan excelsas, y hallándose tan vecino al Señor, su fruto ha de ser grandioso, no sólo por razón del Sacramento augusto que al comulgar en la Misa recibe, sino también á causa del Sacrificio ofrecido. Percibirá realmente el fruto que llaman *ex opere operantis*, y además el llamado *ex opere operato;* y tan suyos hace dichos frutos que, al menos algunos, no puede transmitirlos á los demás. ¡Cuánto ha sublimado el Señor á los Sacerdotes católicos, y cuántos medios de santificación ha puesto en sus manos.

14. FRUTO PARTICULAR.—Llamamos fruto *particular* ó *ministerial* al que el Sacerdote, obrando en nombre de Cristo y de la Iglesia, aplica por algún hombre ó fin determinado. Así como cuando oramos especialmente por alguna necesidad particular tiene la oración (en igualdad de circunstancias) mayor eficacia que si oráramos en general, así también, según la doctrina católica y la práctica de la Iglesia, se ofrece el Santo Sacrificio especialmente por ciertas necesidades y por ciertas personas, para que reciban un fruto particular. Al sacerdote celebrante corres-

(1) Suárez: *De Orat.*, lib. IV, cap. I, n. 10.—Trat. IV, *De Relig.*—Esto no es decir que siempre se haya de obtener infaliblemente el beneficio pedido en la Misa por tal ó cual persona en particular, en cuyo favor la Iglesia, por el ministerio del sacerdote, ruega; porque como la oración es en favor de otros, éstos pueden poner impedimento, igualmente que en las oraciones hechas fuera del Santo Sacrificio.

ponde hacer esta aplicación, puesto que obra inmediatamente en nombre de Cristo y de la Iglesia, y además le pertenece dar á su acción ministerial cierta determinación en favor de tales ó cuales personas y fines. Por consecuencia, cuando celebra y aplica la Misa por tal ó cual persona particular, ésta recibe, si es capaz de ello, el fruto *satisfactorio*, y además el *propiciatorio* é *impetratorio* en virtud de lo obrado. He aquí por qué los buenos cristianos forman tanto empeño en mandar celebrar y aplicar por su intención cuantas Misas pueden.

15. FRUTO ASISTENCIAL.—Para consuelo y provecho de los fieles que no pueden ordenar la celebración del Santo Sacrificio, hay un tercer fruto que llaman *asistencial,* que hacen propio, al modo antes dicho, todos los que devotamente se hallan presentes, ó en alguna manera asisten á la Misa; pues ellos son de un modo particular recomendados á Dios por el Sacerdote celebrante cuando dice: *Acuérdate, Señor, de todos los circunstantes, cuya fe y devoción te es conocida, por los cuales te ofrecemos, ó ellos te ofrecen, este sacrificio de alabanzas, por sí, y por todos los suyos; por la redención de sus almas...* (Memento pro vivis.)

Ya se comprende que este fruto *asistencial* es mayor en los fieles, no sólo según su mayor disposición y capacidad, sino también según su mayor unión con el sacerdote que celebra; pues el que ayuda á la Misa ó sirve de ministro sagrado en las solemnes, claro es que coopera más y, hablando en general, percibe más provecho.

16. FRUTO GENERAL.—Por último, además de los frutos dichos, produce la Misa un *fruto general*, común á todos los fieles, pues por todos, vivos y difuntos, ruega el sacerdote y por todos ofrece la Iglesia el Santo Sacrificio. ¡Cuán grande es la bondad de Dios! ¡Cuán misericordioso el Corazón de Jesús! ¡Cuán tierna y cariñosa Madre es para nosotros la Iglesia católica!

Mucho son de notar las gradaciones que hay en los fieles cristianos en la participación del valor infinito de la Misa. Grande es el fruto *general*, mayor el *asistencial*, mucho mayor el *particular*, y sobre toda ponderación el *personal*.

17. El sacerdote representa á Cristo, hace sus veces en el altar, obra en su nombre y en el de la Iglesia, y obra las más estupendas maravillas que pueden imaginarse... ¡Cuál será su mérito! ¡Cuál su galardón! Nada diremos á nuestros carísimos hermanos, pues ya nos dijo á todos el seráfico San Francisco: *Reparad bien, hermanos sacerdotes, vuestra dignidad, y sed santos, porque Cristo,*

á quien representáis, es Santo; y así como el Señor Dios os honró, á causa de este misterio, sobre todos los hombres, así también vosotros, por razón del mismo misterio, amad, reverenciad y honrad á Dios. ¡Grande miseria, y grande calamidad digna de ser llorada, cuando teniendo á Jesucristo presente en el altar, no cerráis los ojos á todo cuanto existe en el mundo (1).

Si los que ayudan y asisten al altar, según sentencia probable, perciben el fruto *impetratorio* y *propiciatorio* mayor que el resto de los fieles, y además el fruto *satisfactorio* en virtud de lo obrado, ¿qué diremos del sacerdote que ejerce ministerio divino?

Finalmente, concluiremos con el citado Serafín de Asís, diciendo: «Todo el mundo se llene de pavor, todo el mundo se estremezca, y todo el cielo se regocije, cuando el Hijo de Dios vivo se encuentre en el altar en manos del sacerdote. ¡Oh admirable grandeza! ¡oh estupenda dignación! ¡oh sublimidad humilde! ¡Que el Señor Dios del universo, é Hijo de Dios vivo, así se humille y se esconda bajo unos simples accidentes de pan, sólo por nuestra gratitud!»—Esto hace el Señor por nosotros: ¿qué hacemos nosotros por Él? Bien merece que lo consideremos en capítulo separado.

(1) Videte, fratres Sacerdotes, dignitatem vestram, et estote sancti, quia ipse sanctus est... (Opus. S. Franc. Seraph., tomo I, epist. XII.)

CAPITULO XXVII

Medios de acrecentar en nosotros el fruto de la santa Misa

1. Disposiciones para oir la santa Misa —2. Necesidad de dichas disposiciones.

CONOCIDOS ya el *valor* del Sacrificio eucarístico, que es infinito, y los *frutos* principales que él nos reporta, tanto por ser una acción de Cristo en favor nuestro (*ex opere operato*), como por ser obra nuestra, buena y meritoria (*ex opere operantis*), es muy conveniente considerar ahora los medios de que podemos valernos para recibir más copiosamente dichos frutos.

1. Ante todo interesa saber las *disposiciones* que el Señor exige de nosotros para asistir á la Misa con mayor provecho y para unirnos íntimamente á Cristo nuestro Señor. Estas disposiciones son tres: Primera, *un principio de buena voluntad* para llegarnos humildemente á Dios. Y este era el sentimiento del publicano cuando dijo: *Señor, tened piedad de mí, que soy pecador.*—Segunda, *una fe viva* de la presencia de Jesucristo en el altar para inmolarse por nosotros.—Tercera, *un profundo respeto*, y juntamente *una grande confianza,* consecuencias necesarias de la fe en Jesucristo, presente en el Santo Sacrificio.

2. Cosas son éstas muy descuidadas entre los cristianos, y por eso no pocas veces se frustran ó aminoran los maravillosos efectos que Dios quiere producir en nuestras almas con el augusto Sacrificio eucarístico. Dichas disposiciones son como una necesidad de nuestro espíritu, reclamadas *por la unión íntima que el Bautismo establece entre Jesucristo y nuestro pobre corazón.* En la pila bautismal somos hechos miembros del divino Salvador, participamos de su real sacerdocio para el ministerio de orar, ofrecemos en unión suya, y por la mediación del sacerdote, el sacrificio de su cuerpo y de su sangre; y por consecuencia, debemos tener, en cuanto sea de nues-

tra parte, las mismas disposiciones que Jesús tiene por modo eminente en su Corazón divino.

Además, las referidas disposiciones son exigidas *por nuestra Madre la Iglesia*, guardiana ilustre del honor de Cristo nuestro bien. Antiguamente, antes de llegar á la acción esencial del sacrificio de la Misa, un diácono dirigía su voz á las gentes convocadas en el templo, ordenando que salieran de él todos los que no fueran dignos de tan altos misterios; y salían los infieles, los judíos, los excomulgados, los catecúmenos y los penitentes que habían sido admitidos á presenciar la primera parte de la Misa, ó sea la preparación para ella. En el día de hoy la Iglesia abre sus templos á todos los cristianos, á justos y á pecadores, exigiendo sólo la contrición interior de sus culpas y el deseo sincero de ser perdonado y de volver á la gracia de Dios.

Pues bien; previas estas disposiciones, sólo resta trazarse un *método* práctico para asistir con mayor fruto al Santo Sacrificio. Muchos son los libritos devotos que tratan de este piadoso asunto, y que andan en manos de todos; por cuya razón nosotros sólo indicaremos un método, que nos parece preferible, añadiendo algunas significaciones de las diversas partes y ceremonias de la Misa. Trataremos, pues, dos puntos:

1.° Método para oir fructuosamente la santa Misa.
2.° Significación de las partes principales de ella.

§ I

INDÍCASE EL MODO DE OIR FRUCTUOSAMENTE EL SANTO SACRIFICIO

3. Diversos métodos para oir con fruto la Misa.—**4.** Cuál es el más fácil y provechoso.—**5.** Adoración.—**6.** Acción de gracias.—**7.** Satisfacción y perdón. **8** Petición de gracias.—**9.** Ejemplo práctico.

Grande cosa es, sin duda, concurrir al templo para oir la santa Misa con aquel respeto y profunda veneración que inspiran el lugar santo, la presencia de Dios, de los ángeles y de los fieles, juntamente con el pensamiento del augusto misterio que se va á realizar; pero como nuestra fragilidad es grande, la devoción pequeña, las distracciones largas y la vigilancia corta, es de necesidad ayudar nuestra flaqueza con alguna industria apropiada á tan sublime acto religioso.

3. No hay, en verdad, método absoluto determinado por la Iglesia, y así decimos que toda *oración* ó súplica piadosa, unida á las intenciones y ruegos que hace el sacerdote en la Misa, es buena ayuda y de utilidad práctica.

Igualmente toda *meditación* de cosas espirituales que nos mueva y lleve á la unión estrecha con Dios y con Jesucristo inmolado sobre el altar, ó que nos excite á detestar el pecado y á recibir con provecho la Comunión sagrada, puede aceptarse como práctica buena y será conveniente.

Recitar el santo Rosario y meditar sus misterios, si se hace como es debido, es método facilísimo que puede unir al alma con Jesús y con la Virgen, haciendo surgir en nuestro espíritu los más piadosos actos de fe, de esperanza, de humildad, de contrición, de reconocimiento y de amor.

4. Sobre todo *unirse con el pensamiento á los cuatro fines principales* que movieron al Corazón de Jesús á ofrecerse á su Eterno Padre como víctima por nosotros, á saber: *adorarle* como á sumo Bien, *darle gracias* por los bienes recibidos, *satisfacerle* por las culpas pasadas y *pedirle gracias* para lo venidero, es método excelente y tal vez el más útil, porque es el que nos une más íntimamente con los sentimientos de Jesucristo. «Yo no desapruebo—dijo San Alfonso María de Ligorio—que durante la Misa recitéis vuestras oraciones vocales; mas al mismo tiempo quisiera que no olvidaseis de pagar á Dios las cuatro deudas de *honor, agradecimiento, satisfacción* y *oración* que todos le debemos.» Y San Leonardo de Puerto-Mauricio declara que la experiencia le ha hecho conocer los frutos abundantes de este medio. Lo cual, siendo así, nos lleva á mostrar cuán conforme es al espíritu de la Iglesia en sus oraciones litúrgicas.

5. ADORACIÓN.—Comenzando por lo más importante, que es *la adoración*, decimos, con el autor de las *Pailletes d'Or*, «que todas las oraciones de la Misa son propiamente una adoración á Dios; mas este acto religioso se realiza de un modo especial: primero, en el *Gloria in excelsis*, cuando el sacerdote dice: *Señor, te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos;* segundo, al fin del *Prefacio*, por aquellas palabras: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos. Hosanna en lo más alto de los cielos;* tercero, antes del *Pater noster*, cuando el celebrante, teniendo en su mano derecha á Cristo sacramentado, y haciendo con ella tres cruces sobre el cáliz y dos entre el cáliz y el pecho, exclama: *Todo honor y toda gloria os sea dada á Vos, Dios Padre omnipotente, en unidad del Espíritu Santo, por Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo, por los siglos de*

los siglos; cuarto, cuando el sacerdote (en el *Hanc igitur*) ofrece la Hostia á Dios como el homenaje y el sacrificio de nuestro servicio.

6. ACCIÓN DE GRACIAS.—Este acto tan necesario y que tanto complace al Señor, se realiza principalmente en el *Gloria in excelsis*, y sobre todo en el *Prefacio,* cuando el celebrante, después de haber invitado á los fieles á dar gracias á Dios, y respondido el pueblo: *Digno y justo es,* sigue diciendo: *Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable, que nosotros siempre y en todas partes te rindamos gracias á ti, Señor Santo, Padre omnipotente, Dios Eterno; por Cristo Señor nuestro.*

7. SATISFACCIÓN Y PERDÓN.—Una de las cosas más consoladoras de la santa Misa es que por ella el Señor nos da gracia para salir de nuestros pecados y sirve de satisfacción por las penas temporales que ellos merecen, y estas gracias se piden á Dios de un modo especial en las oraciones siguientes:

Por el *Confiteor.* recitado por el pueblo al principio de la Misa.

Por los *Kiries,* repitiendo en ellos nueve veces: *Señor, tened piedad de nosotros.*

En la oblación del pan, que le ofrece el sacerdote *por la remisión de nuestros innumerables pecados.*

En el momento en que el celebrante, extendiendo las manos sobre el pan y el vino, ruega á Dios *que nos libre de la condenación eterna,* que es la pena del pecado mortal.

Después de la consagracion (*Nobis quoque peccatoribus*), cuando el sacerdote, considerándose pecador, y en nombre de todos, pide á Dios ser admitido en el cielo, no en consideración de nuestros méritos, sino en atención á su misericordia, perdonando las culpas.

Igualmente se invoca la misericordia del Señor en la *Oración dominical* y en el *Agnus Dei.*, cuande el celebrante, inclinando la cabeza y golpeándose el pecho, exclama: *Señor, tened piedad de nosotros.*

Por último, antes de la bendición también ruega el sacerdote á Dios que el Santo Sacrificio sea *propiciatorio* para todos.

8. PETICIÓN DE GRACIAS.—Si bien se observa, vése claro que todas las oraciones de la Misa contienen *una súplica* al Señor; pero sobre todo donde más se evidencia es en *la Oración dominical,* precedida de las palabras más apremiantes, y después de la consagración, cuando el sacerdote ruega á Dios que se digne aceptar *la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, el Pan santo de vida eterna y el cáliz de perpetua salud..., llenándonos á los fieles*

de todas las bendiciones y gracias celestiales; no siendo menos expresivas las tres oraciones antes de la comunión, llenas de ruegos piadosos á Dios nuestro Señor.

Es, por consiguiente, sobremanera provechoso á los fieles que oyen la santa Misa unirse con la intención al sacerdote en las referidas *adoraciones, peticiones y acciones de gracias,* pues, como antes hemos declarado, todas son hechas *en nombre de Jesucristo, por El, en El y con El;* de tal suerte, que el sacerdote y los fieles desaparecen, en cierta manera, para no dejar ver á Dios más que la persona augusta de su Hijo unigénito en figura de Víctima por nuestro amor.

9. El antes citado San Leonardo de Puerto-Mauricio oía la santa Misa de esta manera. Desde el principio hasta el ofertorio se ocupaba en *adorar* á Dios.—Desde el ofertorio hasta la consagración, en pedir al Señor *perdón de los pecados.*—Desde la consagración hasta la comunión, en *dar gracias al Señor.* Y luego, hasta el fin de la Misa, empleaba el tiempo en *rogar á Dios* por él y por todos los cristianos, pidiendo cuantas gracias juzgaba convenientes para sí y para los demás. ¿Puede darse un modo más sencillo de oir la Misa, y al mismo tiempo más provechoso? Y si alguno quisiere ampliar más las consideraciones piadosas, ¿qué cosa más fácil que pensar en *quién* ofrece el Sacrificio, á *quién* le ofrece, qué es *lo que ofrece* y *el motivo* porque le ofrece? ¡Oh cuán ingenioso es el amor de Dios, cuando realmente se quiere oir con provecho la santa Misa!

Únanse, pues, los fieles al sacerdote; sigan con atención las diversas ceremonias de la Misa; reflexionen lo que cada una de ellas significa, no sólo porque éste es el medio más seguro para no padecer distracciones voluntarias, sino porque dichas ceremonias excitan á devoción y nos unen más estrechamente con Dios. Bueno será que apuntemos aquí algo de lo mucho y muy bueno que sobre este punto han escrito los doctores ascéticos.

§ II

SIGNIFICACIÓN DE LAS PARTES PRINCIPALES DE LA MISA

10. Significación de los ornamentos sacerdotales.—**11.** Parte primera de la Misa.—**12.** Parte segunda.—**13.** Parte tercera.—**14.** Fracción de la Hostia y parte cuarta.—**15.** El Cenáculo y el altar.—**16.** Conclusión.

10. Todo en la Misa representa el adorable sacrificio de la Cruz, y todo en ella tiene significación mística, dulce y consoladora. Comenzando por los ornamentos del sacerdote encontramos en los libros piadosos que el *amito* representa el velo que cubría el divino rostro de Jesús cuando le abofetearon. El *alba*, el vestid blanco que le mandó poner Herodes por mofa. El *cíngulo*, las cuerdas con que le amarraron en el Huerto de las Olivas, y que sirvieron para la flagelación. El *manípulo*, las cadenas con que le ataron á la columna; y lo pone el sacerdote en su brazo izquierdo, que es el más próximo al corazón, para indicar el gran amor que Jesús nos tiene. La *estola* es figura de los tres clavos con que fué sujeto en la Cruz, y significa también la autoridad sacerdotal recibida del Señor. La *casulla* indica el manto de púrpura con que revistieron á Jesucristo y la túnica que le arrancaron y sortearon, poniendo también á la vista de los fieles la Cruz, instrumento del suplicio del Redentor. Cosas todas, como se ve, que inducen á meditar sobre la Pasión y á orar con fervor.

Mas viniendo ya á la Misa en sí misma, puede considerarse dividida en cuatro partes: primera, desde el *Confiteor* hasta el *Ofertorio*, ó sea la preparación para el Santo Sacrificio; segunda, desde el *Ofertorio* hasta el *Pater noster;* tercera, desde el *Pater noster* hasta la *Comunión;* cuarta, desde la *Comunión* hasta el fin. Reflexionemos un momento sobre cada una de ellas.

11. Parte primera de la Misa.—El sacerdote debe llegarse al altar enteramente purificado, y como los oyentes también ofrecen el Sacrificio y se unen con la intención al celebrante, á todos conviene recitar el *Confiteor* para que desaparezcan del alma, con la contrición, hasta las culpas veniales y comiencen como ángeles el augusto misterio que se va á realizar.

El *Introito* es una alabanza que se hace á Dios, y á continuación siguen los *Kyries*, con los cuales invocamos el auxilio y la misericordia divina; es una conmemoración de nuestra miseria

presente, y un ruego que hacemos á Dios uno y trino para que nos socorra. Son tres trinidades de Kyries; la primera, dirigida al Padre; la segunda, al Hijo; la tercera, al Espíritu Santo; y esto contra nuestra triple miseria, ignorancia, culpa y pena.

El *Gloria* es un himno de alabanzas al Señor, y también un recuerdo de la gloria celestial, á la cual esperamos ir después de las luchas de esta vida. Se omite en las Misas fúnebres, porque éstas hacen relación á las calamidades del tiempo presente.

El *Oremus* es una invitación que hace el sacerdote al pueblo, para orar todos juntos, y en las oraciones que á continuación canta ó recita, además de las gracias particulares que impetra, ruega al Señor que todos seamos dignos de tan inefable misterio.

La *Epístola* significa la Antigua Ley; el *Gradual* la penitencia que hacía el pueblo cuando la predicación del Bautista; *el Evangelio,* la Ley nueva y la moral de Jesucristo; el *Credo* es la profesión de la fe católica; y todo esto se hace como instrucción previa para que los fieles entren fervorosos en la contemplación del gran misterio eucarístico.

12. PARTE SEGUNDA DE LA MISA.—Terminada esta primera parte de la Misa, comienza la segunda, que comprende hasta el *Pater noster*. Es la parte más principal, la más santa, sagrada y divina; es el principio del inefable misterio del altar; es la ofrenda, el sacrificio, el Sacramento, en el cual el sacerdote, como endiosado y en nombre de Cristo, hace el *Ofertorio,* es decir, ofrece á Dios el pan y el vino que ha de consagrarse, y juntamente su corazón y el de los fieles que á él se unen, para que sean hostia aceptable al Señor.

El *agua* que se pone en el cáliz uniéndola al vino, significa la que salió mezclada con sangre del costado de Jesucristo en la Cruz.

El pan, hecho de varios granos de trigo, y el vino procedente de varios granos de uva, representan á la Iglesia, compuesta de varios miembros, ó sea de varios hombres, dispuestos á ser transformados en otros Cristos, á la manera que el vino y el pan son convertidos en el Cuerpo y Sangre adorable de nuestro divino Redentor.

Lávase el sacerdote las manos para indicar la gran pureza de alma necesaria para celebrar el augusto Sacrificio, como invitando á los fieles asistentes á que se purifiquen más y más con un acto de contrición verdadera y que no se frustre en ellos el grandioso fruto de la Misa.

Orate fratres—dice el celebrante—para que el Sacrificio *mío y vuestro*, que vamos á realizar, sea aceptable á Dios Padre omnipotente; y el asistente, en nombre de los fieles, contesta expresando sus deseos de que las intenciones del sacerdote sean cumplidas.

El momento solemne y dichoso en que el Dios de cielos y tierra, Cristo nuestro Señor, va á ponerse realmente presente en el altar, se acerca, y entonces el ministro del Altísimo, esforzando su espíritu cuanto puede, y elevando los brazos al cielo, dice á los fieles: *Sursum corda.* Arriba los corazones, elévense á Dios; y comienza el *Prefacio*, que es un canto de triunfo y de gloria, de alabanza y de honor que el pueblo, en unión de los ángeles y arcángeles, querubines y serafines, dirige á Dios Padre por Cristo nuestro bien, diciendo: *¡Santo, Santo, Santo!*

¡Qué sublimidad! ¡Qué regocijo! ¡Qué gloria! Y comienza el *Canon*, que quiere decir *regla.* Levanta el sacerdote las manos para elevar la tierra hasta el cielo y hacer que el cielo baje á la tierra, y en aquellos críticos instantes hace el *Memento de vivos*; es decir, que, en nombre de Cristo y de la Iglesia, ora por todos los fieles, por sí mismo, por todos los circunstantes y muy principalmente por aquellos en cuyo favor ofrece y aplica el Santo Sacrificio. ¿Cómo es posible que Dios no oiga tales oraciones, hechas en tal circunstancia, en ocasión tan propicia, y como por los labios augustos de Cristo nuestro Señor y de su amadísima Esposa la Iglesia?

Pero aún hace más el sacerdote, pues poniendo á continuación las manos sobre el pan y vino (*Hanc igitur*), dirige al cielo cuatro peticiones importantísimas: primera, que aplacado el Señor reciba propicia la ofrenda de nuestra servidumbre; segunda, que gocemos de paz durante esta vida; tercera, que nos libre de la condenación eterna, y cuarta, que nos cuente en la preciosa grey de sus escogidos.

«Señor—añade—dígnate *bendecir* esta ofrenda (*benedictam*), *acéptala* (*adscriptam*), *ratifícala* (*ratam*), y hazla *razonable y aceptable.*» Palabras que, considerándolas San Pascasio, dijo: *Bendecida*, y que por ella seamos bendecidos; *adscripta*, y que por ella todos seamos inscritos en el cielo; *ratificada*, y que por ella seamos contados en las entrañas de Cristo; *racional*, y que por ella seamos despojados de todo sentimiento menos razonable; *aceptable*, y que por ella, desechando todo lo malo, seamos aceptables en unión de Jesucristo, tu único Hijo (1).

(1) Quam oblationem, Tu, Deus, in omnibus quaesumus benedictam, adscriptam,

Y luego ¡oh portento de los portentos y prodigio de los prodigios divinos! el sacerdote, cual si estuviera identificado con Jesucristo, toma la Hostia en sus manos, la bendice, y hallándose al mismo tiempo todos los fieles arrodillados, pronuncia las misteriosas palabras sacramentales, y... ¡pásmense los cielos! Jesucristo, Rey de Reyes, Dios de Dios, se hace presente en el altar, oculto bajo las especies sacramentales, y el pan y el vino quedan convertidos en Cuerpo y Sangre, en alma y divinidad de Cristo nuestro Señor!

Al llegar aquí, cada cual medite en silencio tan asombrosa maravilla; adore, dé gracias, y diga humildemente con el apóstol Santo Tomás: *Señor mío y Dios mío.* (Joann., XX, 28.)

¿Qué más diremos? Ya está la divina Víctima en nuestra presencia; ya el sacerdote se inclina, adora, bendice, y con sus frecuentes genuflexiones y numerosas cruces está como diciendo al pueblo fiel: «He aquí nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro Salvador, nuestro Padre, nuestro Amigo, nuestro Médico, nuestro todo... ¿Quién no da su corazón y su vida por Aquel que es la vida de nuestro corazón?»

No es posible detenernos á considerar las múltiples significaciones que cada una de estas ceremonias encierra (1): sólo diremos que innumerables ángeles rodean el altar, adorando la Víctima sacrosanta, y que el sacerdote, dirigiendo su voz al Padre celestial, dice: *Os ofrecemos, Señor, esta Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmaculada, Pan sacrosanto de vida eterna y cáliz de perpetua salvación,* haciendo al mismo tiempo cinco cruces, no para bendecir la Hostia, sino para que nosotros seamos bendecidos y santificados por ella (2), y á continuación ruega al Señor que envíe sus ángeles para que eleven nuestros humildes votos al trono del Altísimo, y seamos llenos de toda bendición y gracia del cielo (3). Sólo diremos que en estos momentos solemnes, teniendo el sacerdote la divina Víctima ante sus ojos y fijos en ella, hace el *Memento de difuntos,* como obligando á Dios á que otorgue inmediatamente á las ánimas benditas del purgatorio copiosas consolaciones y alivio en sus penas.

---

ratam, rationabilem, aceptabilemque facere digneris.—S. Pascas., Serm. *De Corpore et Sang. Dom.*

(1) Pueden verse en la *Summa de exemplis,* de Joann. á S. Geminiano, libro X, cap. XXVI.

(2) Sacerdos post consecrationem non utitur crucis signatione ad benedicendum, sed solum ad commemorandum virtutem Crucis. (S. Thom., p. III, q. 83, a. 5.)

(3) Ut omni benedictione coelesti et gratia repleamur.

13. PARTE TERCERA DE LA MISA.—Aquí termina la segunda parte de la Misa, comenzando la tercera con la oración por excelencia, ó sea el *Padre nuestro,* en el que pedimos todo cuanto podemos desear; y como si no fuera bastante, añade el sacerdote: *Libranos, Señor, de todos los males pasados;* esto es, de los pecados cometidos, y *de los males presentes*, que son las tentaciones é imperfecciones, y *de los males futuros*, ó sea de las penas de la otra vida. Todo esto interponiendo la intercesión de los Santos, de la siempre Virgen María, y por los méritos de nuestro Señor Jesucristo (1). Si la oración ordinaria por sí sola contiene ya una fuerza omnipotente para recabar de Dios todo género de bienes, ¿qué serán las oraciones dichas en ocasión tan crítica, dentro, digámoslo así, del corazón de la santa Misa? ¡Oh! Si los hombres consideraran lo que esto es, lo que esto vale, y el tesoro infinito de gracias que esto encierra, ¿cómo era posible que hubiese tantas desdichas en el mundo? Somos desgraciados porque no aprovechamos bien las riquezas celestiales que el Señor nos otorga en el Sacrificio eucarístico. ¡Quieren los hombres vivir felices huyendo de la Eucaristía, fuente de toda felicidad! ¡Desdichados!

¿Qué hace después el sacerdote? ¡Oh! Pide al Señor el bien más estimable; pide la paz para todos, diciendo: *Pax Domini sit semper vobiscum.* «La paz del Señor sea siempre con vosotros.» Dadnos, buen Dios, la paz que sobrepuja las delicias de la tierra; haced que nuestra alma viva en paz *con Vos*, cumpliendo vuestra voluntad santísima; en paz *con el prójimo,* sufriendo con paciencia sus defectos; en paz *con nosotros mismos,* teniendo las pasiones sujetas á la razón.

Y como lo que roba la paz al hombre son los pecados, por eso á continuación, y después de dividir la sagrada Hostia, para imitar á Jesucristo cuando tomó pan, lo partió y dió á sus discípulos, deja caer parte de la Santa Forma en el cáliz, como diciendo: desaparezcan de nuestra alma todos los pecados; venga la paz á nuestros corazones, y quede para siempre sellada con la sangre purísima del divino Redentor. AGNUS DEI. *Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, ten piedad de nosotros;* y lo repite por tres veces, en memoria de la Santísima Trinidad, para quedar asegurado cuanto es dable tan precioso don.

14. No podemos pasar en silencio la altísima significación de estas fracciones de la Hostia y la bajada de una de las partecitas

(1) Benedict. XIV, cap. XIX, n. 7.

al fondo del cáliz, uniéndose con la Sangre divina. Tres cosas hay aquí: la *fracción,* el *descenso* y la *unión.* La fracción de la Hostia significa la separación del cuerpo y del alma de Cristo, hecha en la Pasión: significa la distinción del cuerpo místico de Jesús según sus diversos estados; significa la distribución de las gracias procedentes de la Pasión de Cristo. La parte de la Hostia que desciende al cáliz designa al mismo Cristo, ya cuando descendió al seno de Abraham, ya cuando tornaron á unirse su alma y su cuerpo en la Resurrección. La unión de dicha partecita de la Hostia con la Sangre de Jesucristo denota: primero, la unión de Dios y del hombre en la Encarnación; segundo, la unión de Dios con el hombre en la Comunión sagrada; tercero, la unión de los elegidos con Dios en el cielo. Mas como estas dos últimas uniones tan gloriosas é inefables exigen por parte nuestra el estado de gracia, por eso el sacerdote dice y repite tres veces, no sólo el AGNUS DEI, sino el DOMINUS, NON SUM DIGNUS: *Señor, yo no soy digno.*

Por último, el sacerdote comulga, los fieles también y la Misa propiamente dicha termina, quedando realizada la unión más íntima que puede existir entre Dios y el hombre, entre el Criador y su predilecta criatura. ¡Gracias á Dios! He aquí lo que se hace en la cuarta parte de la Misa: dar gracias al Señor por tan grandiosos, inauditos y nunca bien ponderados beneficios. Justo es que los cristianos, sabiendo, creyendo y presenciando esto una y muchas veces cada día, digamos y repitamos de lo íntimo de nuestro corazón: *Gracias á Dios, gracias á Dios, gracias á Dios.*

15. En resumen: el Sacrificio eucarístico, tal como se realiza todos los días en nuestros altares, es exactamente el mismo que el verificado en el Cenáculo, no sólo en cuanto á su *naturaleza,* sino también en cuanto á su *forma y ceremonias* principales.

En el Cenáculo precede el lavatorio de los pies, como figura de la purificación de las conciencias. *En el altar* se antepone la aspersión del agua bendita ciertos días, y además el *Confiteor* y los *Kyries,* que significan la limpieza de las almas, y una exclamación penitente, diciendo: *Señor, tened piedad de nosotros.*

En el Cenáculo hizo Jesús una admirable instrucción antes de la cena; *en el altar* se cantan ó se leen la Epístola, el Evangelio y el Credo, y algunas veces se predica el sermón para que el pueblo quede instruído.

En el Cenáculo tuvo lugar la acción de Jesús tomando el pan, bendiciéndole y ofreciéndole á su Eterno Padre; *en el altar* el sacerdote hace el ofertorio, presentando el pan y el vino

que se han de convertir en la carne y en la sangre de Jesucristo.

En el Cenáculo consagró el Señor con las mismas palabras que hoy se consagra, y éstas y aquéllas hacen igual sentido y tienen el mismo poder. Allí el pan y el vino, después de consagrados, quedaron con las mismas apariencias, y otro tanto acontece en nuestros altares, hallándose entonces y ahora oculto bajo las especies sacramentales Cristo nuestro Señor.

En el Cenáculo fué Jesucristo quien dió á los Apóstoles su cuerpo y su sangre en Comunión; *en el altar* lo hace el sacerdote como otro Cristo y en su nombre, repartiendo á los fieles la sagrada Hostia.

En el Cenáculo, y después de la cena, Jesucristo dió gracias al Eterno Padre, recitando con sus Apóstoles el *himno; en el altar,* concluida la Comunión, recita el sacerdote las oraciones finales en reconocimiento al Señor y da la bendición al pueblo.

16. He aquí en breves palabras lo que es el Sacrificio de la Misa con relación al Sacrificio del Cenáculo; y como uno y otro se refieren al de la Cruz, cabe decir en verdad que son tres sacrificios distintos en cuanto al tiempo y al modo, pero en realidad uno solo; así como en el misterio augusto de la Santísima Trinidad son tres Personas distintas y un sólo Dios verdadero.

¡Demos gracias al Señor por tan insigne como inmerecido beneficio! Roguemos en la santa Misa por aquellos hombres infelices que quisieran ver cerradas nuestras Iglesias y destruidos nuestros altares. Torrentes de luz no bastan para que abran sus ojos; pero Dios, con su misericordia infinita, puede hacer el prodigio de que sean convertidos, y al efecto dejó en nuestras manos el Sacrificio eucarístico, sin el cual ellos y nosotros y el mundo entero estaría ya aniquilado. ¡Gloria á Dios por merced tan señalada, y adorémosle y bendigámosle por los siglos de los siglos!

DE LA EUCARISTÍA
COMO COMUNIÓN SAGRADA

CAPITULO XXVIII

Naturaleza y obligación de la Comunión sagrada.

1. El corazón del hombre necesita poseer á Dios.—2. Tiende irresistiblemente hacia Dios.—3. La Comunión llena esta necesidad.

Dios, primer principio y último fin del hombre, es el objeto constante, esencial y necesario al cual tiende sin cesar el corazón humano. Todo lo que no sea Dios podrá ilusionarle, recrearle pasajeramente, pero no hacerle dichoso. Con frase enérgica y bella expresó esta idea el grande Agustino, cuando dijo: *¡Ah, Señor! Nos has criado para ti, é inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti* (1).

2. Todos, pues, tendemos hacia Dios con nuestras potencias y sentidos, y aunque en realidad tengamos nuestra inteligencia unida á Dios por la fe, y nuestro corazón enlazado con el de Jesús por el amor, y nuestra voluntad identificada con la divina por la gracia, y aunque además contemplemos á la Trinidad beatísima dentro de nosotros, morando en nuestro pecho y haciéndonos partícipes de su divina naturaleza, sin embargo, no está satisfecho nuestro espíritu, pues deseamos ver al Señor con nuestros propios ojos, tocarle con nuestras propias manos, estrecharle con nuestros propios brazos, besarle con nuestros propios labios, y compenetrarnos cuanto sea posible con su divino é inefable ser.

Esto y nada menos exige nuestra naturaleza racional y nuestro ser de cristianos, pues la esencia del cristianismo es el amor, y el amor es esencialmente unitivo, anhelando hacerse una sola cosa con el objeto amado. Dios nos ama, nosotros le amamos; y así como el amor de Dios hacia el hombre le llevó al extremo de hacerse hombre, así el amor del hombre hacia Dios le impele irre-

(1) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.

sistiblemente á hacerse Dios; es decir, á estrecharse é identificarse cuanto sea dable con Dios. «El filósofo cristiano, descendiendo á las profundidades del corazón del hombre con la antorcha de la fe en la mano, encuentra en él oculto bajo sus pliegues, un incomprensible y misterioso deseo, innato é íntimo de recibir á Dios, de comer á Dios, de alimentarse y nutrirse de Dios.» (Raulica, Conferencia XIX.)

3. Pues bien; Cristo nuestro Señor, sabiendo esta necesidad imperiosa de nuestro espíritu, y llevado de su infinita bondad y amor hacia nosotros, instituyó el augusto y mil veces adorable Sacramento de la Eucaristía, y se personó realmente en ella, y se sacrificó por nosotros en la Cena misteriosa, y mandó que sus discípulos hicieran el mismo Sacrificio en memoria suya, dándosenos de este modo en alimento para saciar nuestra hambre y sed de Dios. ¡Cuán bueno sois, Señor, cuán bueno sois!

Es decir, que si el amor del Padre celestial nos dió á su divino Verbo, y el amor del Verbo le llevó á tomar nuestra humana naturaleza y á habitar entre nosotros, ese mismo amor, extremado al infinito, le condujo á la Cruz para redimirnos, al Cenáculo para quedarse en nuestra compañía, al altar para hacer perpetuo el sacrificio, y al sagrario para endiosarnos, para dársenos en alimento, para qne su vida sea nuestra propia vida, y que ésta sea sobrenatural, celestial, divina. No hizo más, porque más no supo, ni pudo, ni fué menester: el Sacrificio de la Misa no acaba con la Misa; quédase el divino Salvador en el tabernáculo, en estado de Víctima, de Sacerdote y de Sacrificio, para que podamos *tomarle en alimento, y visitarle y adorarle,* como satisfacción cumplida de los deseos ardientes de nuestro pobre corazón.

He aquí indicados los dos puntos que nos resta declarar; y comenzando por el primero, ó sea *la sagrada Comunión,* explicaremos brevemente:

1.° Qué cosa es la Comunión sagrada.
2.° La obligación en general de recibirla.

§ I

INDÍCASE LA NATURALEZA DE LA SAGRADA COMUNIÓN

4. Industria regalada de Dios para alimentarnos de sí mismo.—5. Qué cosa sea comulgar.—6. ¿Por qué se nos da el Señor en forma de comida?

4. Dios nuestro Señor—dijo con delicada y tierna frase San Agustín—parécese á una cariñosa madre lactando á sus hijuelos cuando nos propone como alimento de nuestras almas el Pan eucarístico. *En el principio*—dijo San Juan—*era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios* (1). Este Verbo es el manjar eterno, el manjar de los ángeles, el manjar de las soberanas virtudes, el manjar de los espíritus celestiales, el manjar con que todos ellos se nutren y mantienen su vida en toda su entereza y vigor. Pero ¿qué hombre mortal podría sufrirlo? ¿Qué corazón terreno podría llevar tan fuerte alimento, sin ser previamente confortado? Debía, por tanto, ser suavizada la manducación de tan soberano manjar, si nosotros nos habíamos de alimentar con él. ¿Cómo el alimento se convierte en leche sino encarnándolo?

Una madre da á comer á sus hijitos el mismo pan que ella come; pero como el pan no está proporcionado al estómago del niño, por eso la madre lo encarna comiéndolo ella, lo digiere, lo transforma y se lo da gota á gota á su tierno pequeñuelo en el dulce licor de su pecho. Por igual modo—añade el Santo Obispo de Hipona—nos alimenta de la divinidad la eterna Sabiduría. El Verbo se hizo carne, y después de encarnado Hostia, y así merced á esta humillación inaudita, el hombre puede comer el Pan de los ángeles.» (S. August., *in Psalm. XXXII*, n. 6.)

5. ¿En qué consiste, pues, la Comunión?—Comulgar es recibir, como se recibe un alimento ordinario, una Hostia consagrada; es decir, el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo oculto bajo las apariencias de dicha Hostia; que por eso el Catecismo al preguntar: *¿Qué hay en la Hostia consagrada?* responde: *Cuerpo y Sangre, alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo.*

Es verdad que únicamente el Hijo de Dios, segunda Persona de la Santísima Trinidad, fué hecho hombre; pero también lo es que

(1) La palabra *era* denota la eternidad del Verbo. Estas otras: *apud Deum*, unos lo interpretan, y el Verbo era *en Dios*; y otros *con Dios*; otros cerca de Dios. (Nota del P. Scio.)

cuando se recibe al Hijo en la Eucaristía, se recibe al mismo tiempo al Padre y al Espíritu Santo, porque á la carne, á la sangre y al alma de Jesucristo se halla unida la divinidad, ó sea la naturaleza divina, que es *una, indivisible* y común á las tres divinas Personas.

Comulgar es unir el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo á nuestra alma, á nuestra sangre, y á nuestro cuerpo; ó, mejor dicho, es quedar todo nuestro ser unido y como refundido en el Ser divinísimo de Jesús.

Comulgar es aplicar los labios de nuestro cuerpo y el espíritu de nuestra alma á la carne benditísima del Salvador, que á sí propio se nos entrega, á la manera que el tierno niño aplica sus ávidos labios al pecho de su querida madre, que con amor le lacta.

Comulgar es, por decirlo así, extraer de la santa humanidad y divinidad del Redentor el sagrado alimento que ha de nutrir, conservar y acrecentar en nosotros la vida espiritual, la vida del mismo Cristo.

Comulgar es cooperar voluntariamente con nuestro deseo, con nuestro amor y con todo nuestro ser, á asimilarnos la vida divina, que real y substancialmente se halla encerrada en la Eucaristía; sin que esto sea exageración alguna, porque el mismo Jesucristo nos ha dicho: *Yo soy Pan de vida; quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí, y Yo en él; quien me comiere vivirá por mí, ó de mi propia vida.*

Comulgar, ó Comunión, es tener todos una *común-unión* con Cristo, á quien recibimos, y, en cierto sentido, con todos los católicos que se acercan á la misma Mesa y reciben el mismo manjar. En la Mesa eucarística se unen para alimentarse de la misma vianda el rico y el pobre, el grande y el pequeño, el sabio y el ignorante, los hombres y las mujeres, unidos con el mismo espíritu y participando del mismo convite.

6. ¿Por qué—se dirá—quiere el Señor que esta mística y sagrada unión sea hecha en forma de comida? ¡Oh! Quiso, sin duda, que así fuera, ya para reparar en cada uno de nosotros el mal que Adán, por la comida del fruto prohibido, dejó en germen en nuestros corazones, ya por disminuir las energías de la concupiscencia rebelde, ya para conservar la vida sobrenatural, que perdimos por la culpa y que recobramos por la penitencia. Quiso, por este medio, hacernos á todos y á cada uno partícipes de la unión de su naturaleza divina con la naturaleza humana, tanto cuanto es posible á nuestra pobre condición. Quiso completar, por tan dulce y misteriosa manera, nuestra unión con el sacrificio cruento de la

cruz, al modo que en la antigua Ley, los que deseaban ser partícipes en los sacrificios, debían comer una parte de la víctima. Quiso, que, acercándonos á la sagrada Mesa mansos como corderos, nos retiremos de ella fieros como leones, para ser terribles al diablo y aplastarle su cabeza (1). Quiso que fuésemos *Christiferi,* esto es, tabernáculos de Cristo, llevando su Cuerpo y su Sangre en nuestros miembros, y quedando, como dijo San Pedro, hechos partícipes de su mismo ser (2). Quiso que, así como por la comida entró la muerte en el mundo, así también por la comida entre la vida en nosotros. Adán por el alimento nos causó la muerte; Jesucristo por el alimento nos da la vida. He aquí por qué el Señor dispuso que la Comunión sagrada fuese hecha en forma de alimento y de convite; y tanto le agrada que los fieles comulguen, que en una ocasión el mismo Cristo, acabando de comulgar Santa Matilde, la dijo: *Tú en mí y Yo en ti, y nunca te dejaré sola* (3).

¡Qué dignación! ¿Quién podrá acobardar á un alma que comulga, teniendo á Dios en su pecho? Todas las legiones infernales juntas no podrán vencerla. Célebre fué el caso del glorioso San Bernardo, pues queriendo arrojar lejos de sí al espíritu maligno, recibió la sagrada Eucaristía, y después le dijo: *Espíritu inicuo, aquí está tu Juez, aquí está la suma potestad; resiste ahora, si puedes* (4).

Pues bien: sabiendo ya qué cosa sea la Comunión en sí misma, veamos cuál sea la obligación en general de recibirla, porque en esto hay muchos descuidos y no pocos engaños entre los mismos cristianos, aun en las almas piadosas.

---

(1) S. Crisost., lib. *De Sacerd.*

(2) S. August., serm. III, *De Ver. Apost.*

(3) Tu in me, et ego in te, et in aeternum non derelinquam te. (Daurolt, *in Cat.*, cap. V, tít. XVI.)

(4) Adest, inique spiritus, Judex tuus, adest summa potestas; jam resistite, si potes. (Faber, *in festo SS. Trinit.*, conc. VI, n. 4.)

§ II

DECLÁRASE CUÁL SEA LA OBLIGACIÓN DE COMULGAR

7. Los tres nacimientos de Jesucristo.—**8**. El eucarístico nos toca más de cerca.—**9**. Precepto de recibir la Sagrada Comunión.—**10**. Por qué no comulgan los fieles con las dos especies.—**11**. Resumen y conclusión.

7. «La fe católica—dijo un orador sagrado—reconoce en el Salvador tres nacimientos diferentes. El primero tuvo lugar en el cielo, antes del principio de los tiempos; el segundo, en la gruta de Belén, en la plenitud de los tiempos; el tercero, en el altar, hasta el fin de los tiempos. El primero es eterno; el segundo, temporal y el tercero, perpetuo (Raulica).

Por el primer nacimiento, el Verbo, á nuestro modo de entender, nació Hijo de Dios, en forma de Dios (1); por el segundo nació hijo del hombre con forma de siervo (2); por el tercero, nace siempre en neestros altares el mismo Jesucristo, verdadero alimento del alma, bajo la forma de pan (3).

Por el primer nacimiento quedó encerrado en el seno del Padre; por el segundo, sólo habitó, durante el corto espacio de algunos años, con un solo pueblo, en un rincón de la tierra; por su nacimiento eucarístico se encuentra, diez y ocho siglos ha, en todos los puntos del globo; conversa con todos los pueblos cristianos y con cada cristiano en particular, y permanecerá de este modo hasta el fin del mundo.

Por el primer nacimiento no pudo ser conocido sino al través del enigma de sus obras; por el segundo se le pudo conocer, verle,

---

(1) Qui cum informa Dei esset (Philip., II); contra la blasfemia de Arrio, que hizo de Jesucristo un puro hombre.

(2) Forman *servi accipiens (Philip., II); contra* la blasfemia de Marción, que hizo de Jesús un fantasma.

(3) Caro mea vere est cibus (Joann., VI); contra la blasfémia de Calvino, que no ve en la Eucaristía más que un signo y un juego.—Habiendo un sectario de Calvino atacado el dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, Santa Juana Francisca de Chantal, que no tenía entonces más que cinco años, le dirigió la palabra, é hizo respetar los dogmas de la santa fe católica. «¿Con que usted no cree—le dijo—que Jesucristo se halle en la Eucaristía? No obstante, Jesucristo ha dicho que se halla allí. ¿Piensa usted, pues, que Dios es mentiroso? Si usted hubiese dado un mentís al rey, mi padre le habría hecho ya matar á usted. ¿Qué debe, pues, aguardar de Dios dando así un *mentís á su Hijo?»* Desconcertado *el calvinista* quiso evitar el combate, ofreciendo á la joven antagonista unos pequeños presentes. Pero animada la niña de un santo celo, los tomó, y echándolos al fuego: «He aquí—le dijo—cómo arderán en los infiernos los herejes que no creen lo que dijo nuestro Señor.» (Vida de la Santa.)

oirle y conversar con El en persona; mas únicamente por su tercer nacimiento, esto es, por el eucarístico, puede el hombre unirse íntimamente á El, alimentarse de El é identificarse con El, al modo que es posible.

8. De estos tres nacimientos vese claramente que el eucarístico es el que ahora nos toca más de cerca, porque se trata nada menos que de la unión íntima de nuestro ser á la persona augusta del Hombre-Dios. Es evidente que nosotros no lo merecemos, mas el Señor lo quiere por su infinita misericordia y por el amor que nos tiene. Pero esta unión, ¿es sólo de consejo, ó nos la impone Dios de precepto? Esto es lo que ahora vamos á considerar (1).

Primeramente ha de notarse que la recepción de la sagrada Eucaristía no es de necesidad para los niños que no han llegado al uso de la razón, y esto es de fe, pues el santo Concilio Tridentino dice así: *Si alguno dijere que la Comunión eucarística es necesaria á los infantillos antes que hayan llegado á la edad de la discreción, sea excomulgado.* (Sess. 21, c. 4.)

También es cosa cierta que la Comunión no es absolutamente necesaria para los adultos, de tal suerte, que sin ella no puedan salvarse, pues la santa Iglesia, Madre amorosa nuestra y Maestra infalible de la verdad, no la administra por modo de viático cuando hay razones por las cuales los enfermos no la pueden recibir; por ejemplo, vómito continuo, que expondría á cierta profanación. Fúndase esta práctica en que la Eucaristía no fué instituída para causar la *primera gracia*, esto es, para librar al alma del pecado mortal, como lo hace el Bautismo y la Penitencia. ¿Hállase un adulto en desgracia de Dios antes de ser bautizado? Acuda á la fuente bautismal, y al punto quedará limpio de culpa y de pena. ¿Es, por ventura, reo de culpa grave, después de bautizado? Lléguese con confianza al tribunal de la Penitencia, y con la absolución será salvo.

(1) ¿Es necesario el Sacramento de la Eucaristía?—Su institución *no fué absolutamente necesaria* para la salvación, porque Dios tiene en su arbitrio otros muchos modos de consumar nuestra perfección y nuestra salvación; pero dicha institución fué *utilísima*, y por lo mismo necesaria *para mejor obtenerla*, ó sea para percibir mejor el fruto de la Encarnación, Pasión y muerte de Jesucristo.

En cuanto al uso de este Sacramento, una vez establecido, hay *precepto divino* de recibirle en su tiempo y edad oportuna, y además un *precepto eclesiástico*, y en este sentido es necesario para la eterna salud. (Véase Suárez, en su Comentario á la q. 73 a. 3, de S. Thom., *Suma*, p. III.) Sumptio realis Eucharistiae neque pueris. neque adultis est necessaria *necessitate medii* ad salutem. (Guri.)—Véase el S. Concil. Tridentino, sess. 21, can. 4.—Sed Sumptio Eucharistiae necessaria est *necessitati praecepti* divini. (Joann., VI, 54.)—Sumptio Eucharistiae necessaria est etiam ex praecepto Ecclesiae. (Concil. Lateranensi IV, cap. *Omnis*, et Trident., sess. XIII, can. 9.)

9. Ahora bien: fuera de estos casos, decimos: hay un *precepto divino* que obliga á los adultos á recibir la sagrada Comunión ya para atemperarse á la voluntad de Dios que así lo ordena, ya como medio necesario para mejor conservar la gracia recibida, perseverar en ella y salvarse. La existencia del precepto divino está clarísima, pues el mismo Jesucristo dijo por San Juan (V, 54): *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.* Sin que esto signifique que se haya de comulgar precisamente bajo una y otra especie, como expresó con toda claridad el Tridentino. (Sess. 21, c. 1 y 2.)

Pero no es esto solo; pues además hay un *precepto eclesiástico* determinando el tiempo en que dicho precepto divino obliga. Después del Santo Concilio de Letrán (c. 12), habló el Espíritu Santo por el Concilio Tridentino, de esta manera: *Todos y cada uno de los fieles de uno y otro sexo que hayan llegado á la edad de la discreción, están obligados á comulgar, á lo menos una vez al año por Pascua.* (Sess. 13, c. 9.) Es decir, que por precepto divino obliga *(Per se)* comulgar *siempre que haya peligro de muerte y alguna vez más durante la vida*, y por precepto eclesiástico, *una vez en el año por tiempo pascual* (1). ¡Parece increíble que sea necesario un precepto para que los hombres se acerquen á la Mesa sagrada, donde se nos da en alimento al mismo Dios! ¡Y más increíble todavía el que haya cristianos que dejen de cumplir tan suave, dulce y amoroso precepto!

10. Dicen algunos, pecando más de ignorantes que de piadosos: «Si Cristo instituyó el Sacrificio eucarístico consagrando las dos especies de pan y de vino, y si los sacerdotes comulgan con ambas, ¿por qué los fieles hemos de comulgar sólo con la de pan?» A esto respondemos diciendo: «Porque la Eucaristía, *en cuanto es*

(1) Obligat hoc praeceptum *per accidens* aliquando et forte etiam saepius in anno, si Eucharistia necessaria sit ad superandam aliquam gravem tentationem. Hoc tamen raro evenit cum ad hoc sufficere possint media alia, orationes, penitentiae, etc. (S. Lig., n. 295.) En este punto suele haber dudas en cuanto á los medio imbéciles. Si realmente ellos tienen algún conocimiento de la Eucaristía, no hay razón para que se les niegue. S. Ligorio, n. 303, lo restringe al tiempo pascual y al peligro de muerte. Sobre esto pueden aquietarse los fieles con el juicio de su párroco, que es juez competente en la materia. —No debe negarse la Eucaristía á todos los que carecen del uso de la razón, sino á aquellos que nunca la tuvieron. Si, empero, le tuvieron en un principio y le han perdido después, si manifiestan devoción de recibir la Eucaristía en el artículo de la muerte, debe administrárseles, á no impedirlo el vómito ó el peligro de arrojarla. (S. Thom., p. III, q. 80, a. 9.)—Respecto de los *semifatuos*, si saben distinguir el Pan celestial de cualquiera otro, debe dárseles la Comunión en tiempo pascual y en el artículo de la muerte; porque entonces urge el precepto y ellos pueden tener la suficiente devoción. (*Catec. Rom.*, p. II, n. 68.)

sacrificio, requiere las dos especies, como en el Cenáculo y en la Cruz, y el sacerdote debe sumirlas ambas para la perfección del sacrificio: mas los simples fieles, cuando reciben la Eucaristía, es *sólo como Sacramento,* y para ello basta comer el pan, pues en la hostia consagrada se encuentra realmente Cristo todo entero. Si el cáliz fuera necesario, ¿dejarían de haberlo preceptuado Cristo y la Iglesia? Pero ¿quién ignora que la Comunión bajo las dos especies jamás ha sido mandada ni por la Iglesia ni por Cristo?

Clarísimas están las palabras de Jesús, pues dijo de esta manera: *Si alguno come de este Pan, vivirá eternamente.* ¿Menciona por ventura el vino? ¿Quiérese más clara la Comunión bajo la sola especie de pan?

En cuanto á la Iglesia, es verdad que algunas veces permitió y concedió á los fieles el cáliz; pero nunca lo impuso como obligación; antes bien, cuando envió el Santísimo Sacramento á los mártires en las prisiones, lo hizo *solamente bajo la especie de pan,* tal como hoy comulgamos. Es más; la misma Iglesia, en el santo Concilio de Constanza (en 1414) prohibió el cáliz; ya por el peligro frecuente de que fuera derramada la preciosísima sangre, ya principalmente á causa de algunos herejes que negaban se hallara Jesús todo entero bajo cada una de las especies sacramentales.

II. En resumen: la obligación determinada y de precepto que tienen los cristianos, es la signiente: 1.° Comulgar tan luego como hayan llegado á la edad de la discreción. 2.° Comulgar en forma de Viático cuando se encuentren en peligro probable y próximo de morir. 3.° Comulgar de tiempo en tiempo durante la vida, á lo menos una vez durante la Pascua de Resurrección.

¡Oh bondad inefable de nuestro Dios! ¡Oh Corazón sacratísimo de Jesús, cuánto nos amas! Ciertamente es honra señaladísima para nosotros recibir en nuestro pecho tan noble y soberano Huésped; es beneficio insigne quedar convertidos en tabernáculos sagrados del Rey de la gloria; es don inefable que renueva en nosotros la memoria de la pasión de Cristo y nos da una prenda segura de la gloria venidera. ¡Oh Esposo dulcísimo de las almas justas, que por arras te das á ti mismo, juntándolas contigo en íntima y sagrada unión! Haz, Señor, que los hombres todos conozcan, alaben, amen y adoren tu soberana grandeza; haz que, enamorándose de tu sin par y divina hermosura, entren en deseos vehementes de recibirte en su corazón mediante el Sacramento eucarístico: haz que todos unidos como hermanos en torno de la sagrada Mesa, se unan con lazo apretadísimo á tu Corazón amante y que, aun viviendo en la

tierra, comiencen á saborear las delicias del cielo. ¡Oh cristianos! Si Dios nos crió grandes, ¿por qué hemos de ser pequeños? Si Dios quiere deificarnos, ¿por qué hemos de permanecer ruines y miserables? A comulgar, cristianos, á comulgar, que Jesús nos espera para estrecharnos y abrazarnos en lo íntimo de su corazón. ¡Gloria al Dios de la Eucaristía! ¡Gloria á nuestro Señor Jesucristo! ¡Gloria al Santísimo Sacramento del altar! ¡Así sea por los siglos de los siglos!

CAPÍTULO XXIX

Declárase en particular cuándo obliga la Sagrada Comunión.

---

1. Desdicha de los que se alejan de la Eucaristía.—2. Necesidad de recibir á Jesús Sacramentado.

Dos cosas—dijo el piadoso Kempis—son para mí enteramente necesarias, y sin ellas no podría soportar esta vida miserable. Me has dado, Señor, como á enfermo, tu sagrada carne para alimento del alma y del cuerpo, y además me comunicaste tu divina palabra para que sirviese de luz á mis pasos. Sin estas dos cosas yo no podría vivir bien, porque la palabra de Dios es la luz de mi alma, y tu Sacramento el pan que la da vida. (*Imit.*, lib. IV, cap. XI, n. 4.)

Estos hermosos sentimientos que expresó el inmortal asceta hállanse como desterrados del corazón de muchos hombres, aun de algunos que se llaman cristianos, llegando su desdicha á tal extremo, que el Pan de los ángeles se les hace insípido, y sólo le reciben como á la fuerza cuando la Iglesia nuestra Madre les apremia ó les amenaza con el anatema de eterna condenación. ¡Y plegue á Dios que no desprecien el divino manjar, y á Dios y á la Iglesia! Son como los judíos ingratos en el desierto, que se cansaron del maná del cielo, prefiriendo las insípidas cebollas de Egipto. ¡Cuántas almas cristianas parecen vivas y en realidad están muertas! (1).

2. Desengáñense los cristianos; ningún adulto puede entrar en el reino de los cielos si se aleja de la sagrada Eucristía, es decir, si no cumple con el precepto divino y eclesiástico de comulgar; pues es palabra de Dios que *el que no come de ese Pan no tendrá vida en sí mismo* (Joann., VI, 54), y ya dijo San Cipriano que ninguno

---

(1) Nomen habes quod vivas, et mortuus es. (Apoc., III, 1.)

puede tener á Dios por Padre, si no reconoce á la Iglesia por Madre.

Célebres son las palabras de San Agustín expresando esta misma verdad: «Háganse—dijo—los fieles cuerpo de Cristo, si quieren vivir del espíritu de Cristo. Del espíritu de Cristo sólo vive su cuerpo sacrosanto. ¿Quieres ¡oh cristiano! vivir del espíritu del divino Salvador? Pues es preciso que comulgues y que te hagas como una sola cosa con su humanidad sacratísima (1).

Pues bien; después de haber indicado las tres obligaciones del cristiano respecto de la Comunión, á saber: *comulgar llegando a la edad de la discreción; comulgar una vez en el año en el tiempo pascual, y comulgar en el peligro de muerte,* conviene ahora aclarar bien estos puntos, como cosa de la cual depende nuestra salvación eterna. Trataremos, pues, separadamente:

1.° De la primera Comunión.
2.° De la Comunión anual y pascual.
3.° De la Comunión por modo de Viático.

§ I

DE LA PRIMERA COMUNIÓN

3. El por qué de la primera Comunión.—**4.** Cuándo y cómo obliga la primera Comunión.—**5.** Obligación de los padres y de los hijos en cuanto á la preparación para ella.—**6.** Modo de prepararse bien.—**7.** Influencia de la primera Comunión.

3. La sagrada Comunión, ya lo hemos dicho, es una especie de encarnación del Verbo divino en nosotros. No es ya sólo que el Hijo de Dios tome la naturaleza humana, divinizándola, *para habitar entre los hombres,* sino mucho más, pues el mismo Dios humanado viene á cada uno de nosotros en particular, se desposa, digámoslo así, con nuestra propia alma, y la deifica cuanto es posible, compláciéndose *en habitar en nuestros corazones* (2).

Como este beneficio es tan supremo y atrae sobre todo nuestro ser tan grandiosos bienes, la Iglesia nuestra Madre cuida solicita de que le recibamos lo antes posible, y por eso dió un precepto

(1) Fiant fideles Corpus Christi, si volunt vivere de Spiritu Christi. De Spiritu Christi non vivit, nisi Corpus Christi. Vis et tu vivere de Spirítu Christi? in Corpore Christi esto. (S. August., tract. II, *in Joann.*)

(2) Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. (Joann., I, 14.)

obligándonos á comulgar tan luego como lleguemos á la *edad de discreción*, es decir, tan luego como los niños sean capaces de discernir el Pan eucarístico del pan ordinario.

4. Dicha edad suele tomarse en sentido amplio respecto de recibir el Santísimo Sacramento, y no habiendo peligro de muerte, puede servir de regla el juicio del propio párroco (1). Realmente no se puede fijar una edad para todos, porque unas inteligencias son precoces, y otras tardan en desarrollarse; asi como en los niños de educación esmerada se adelanta la comprensión de los misterios divinos, y les obliga comulgar antes que á los rudos ó negligentemente educados.

Sin embargo, como hay muchos padres que en esto se descuidan y lo prolongan más de lo debido, conviene saber que de ordinario la obligación de comulgar no comienza hasta la edad de *nueve* ó *diez años*, pero que no pueden dilatarlo más allá de los *doce* ó *catorce*, á no ser que para ello haya graves y razonables causas. Lo mejor en este punto será atenerse, no á las costumbres de las gentes del mundo, sino á la práctica de las personas piadosas, y más que nada á las prescripciones que suelen hacer los reverendos Prelados en sus diócesis respectivas.

Y como pudiera acontecer que los niños se hallen en peligro de muerte antes de llegar á la edad de la Comunión, puede y debe anticipárseles, con tal que haya discreción suficiente, para que salgan de esta vida fortalecidos, no sólo con la Penitencia y Extremaunción, sino también con la Eucaristía (2).

No hablaremos aquí del lugar donde ha de hacerse *la primera Comunión*, pues ya se comprende que ha de ser, de ordinario, *en la propia iglesia parroquial*, y de mano del párroco, ó del que haga sus veces. Sin que esto impida el que el Obispo ó el párroco puedan dar permiso para que dicha primera Comunión sea hecha fuera de la iglesia parroquial. Mas dejando estos pormenores, que de suyo no ofrecen dificultades, vengamos á lo substancial, que es *la obligación de prepararse bien para la Comunión primera*, y *el modo en dicha preparación.*

5. *Los padres*, en primer lugar, ó los que hagan sus veces, tienen el deber de no descuidarse en que los niños sean preparados

(1) Suárez, *De Euchar.*, disp. 70, sect. I.—Laym., lib. V, tract. VI, cap. IV, n. 3.)

(2) Quare si septenium attigerit, communiter obligatio erit parochi, puerum post brevem instructionem sacra Communione, non solum absolutione et extremaunctione muniendi. (Véase Lehemkhul, que explana esta doctrina con muchas autoridades de teólogos y Concilios.) Graviter igitur errant parochi qui Viaticum hujusmodi pueris administrare volunt. (S. Lig., n. 301, Biluart., diss. 6, art. 1, Gousset, n. 233.)

suficientemente para recibir por primera vez la sagrada Eucaristía: ya *por la veneración debida á Dios*, que se digna venir á un alma á ellos encomendada y que por sí misma es incapaz de prepararse, ya *por el amor debido á sus pequeñuelos*, á quienes con el Sacramento eucarístico les preparan el fundamento de un porvenir de paz y de ventura; ya *por la conveniencia propia*, pues es innegable que los jóvenes son tanto más respetuosos y obedientes para con sus mayores, cuanto más piadosamente hayan recibo y conservado en sus corazones al Dios de la obediencia y del respeto, que reciben comulgando.

En cuanto á los niños, la obligación de prepararse bien es estrechísima, porque de ella depende el que reciban más copiosamente en su alma los admirables efectos de la Comunión, los cuales serán aumentados en proporción de la pureza é inocencia de su espíritu. El alma de un niño, en la cual el demonio no haya morado de asiento, es más apta para recibir en abundancia las gracias de Dios; y si tuviere descuido en prepararse cual conviene, perdería un gran tesoro espiritual, y sería casi irreparable su pérdida. ¡Tanta es la importancia de hacer la primera Comunión con el fervor y diligencia que ella requiere!

6. ¿Y qué diremos del *modo* con que han de prepararse para tan solemne acto? Por parte de los padres está el cuidar mucho de que sus pequeñuelos aprendan el Catecismo, de que concurran á las instrucciones catequistas hechas en la iglesia, y de que repitan luego en la familia las enseñanzas del sacerdote. Esto aun suponiendo que no entiendan bien el texto de la doctrina, porque lo que se aprende de memoria cuando niños, difícilmente se olvida.

Deben también los padres *darles ejemplo* de una vida cristiana é insistir en hacerles comprender la importancia de la primera Comunión; y de igual manera les obliga á orar *por* sus hijos y *con* sus hijos, acompañándolos á la iglesia, y muy particularmente á la recepción de la sagrada Eucaristía; pues con el ejemplo se enseña más y mejor que con las palabras. ¿Qué importa explicarles la teoría de las virtudes cristianas si después en la práctica lo contradicen con sus obras?

Es preciso, por parte de los niños, que se apliquen con asiduidad al estudio de la doctrina católica, pues una de las condiciones rigurosamente necesarias para ser admitidos á la primera Comunión es que se hallen *suficientemente instruidos* en las verdades fundamentales de la Religión y en los preceptos de la Ley divina.

Es preciso que se preparen para comulgar con una confesión bien hecha, y que sigan en todo los avisos del confesor; porque es también condición indispensable para hacer la Comunión primera, que lleven la conciencia pura. ¡Cuántos y cuán grandes provechos reciben las almas de los niños cuando por vez primera dan entrada en su pecho al Rey de cielos y tierra, cubierto bajo las especies sacramentales!

7. No es decible la influencia que ejerce *la primera Comunión* en la vida entera de los cristianos. Las primeras impresiones y los primeros toques de la gracia divina en los tiernos corazones de los niños no se borran jamás. Son *gracias especiales* las que el señor derrama en sus almas inocentes; gracias de *fortaleza,* gracias *de luz y de piedad* que penetran en lo más profundo de su espíritu, ya á causa de la *preparación,* que es más esmerada, devota y completa, ya por los *actos extraordinarios de virtud* que la acompañan y por el *amor de Dios,* que es más puro, vehemente y delicado, ya por razón de la *inocencia,* que se ha conservado más fielmente, ó se ha recuperado con más facilidad.

Pero la influencia del primer convite eucarístico no se detiene en lo presente, sino que trasciende á lo futuro. ¿Quién no recuerda con gusto las dulces y suaves emociones experimentadas en aquel día venturoso? ¿A quién no le es grata la memoria de las complacencias causadas á sus padres, á sus deudos y amigos en aquella ceremonia sagrada? No se puede dudar; el día de la primera Comunión es día de regocijo, día que hace época en nuestra vida, día que jamás se olvida, día de impresiones fuertes y deleitables, que permanecen indelebles en el corazón, á manera de germen divino que en tiempo oportuno produce actos de virtudes sobrenaturales y meritorias de vida eterna.

Refiere el P. Segur en sus *Veladas,* que el emperador Napoleón I conversaba un día familiarmente con muchos de sus ilustres compañeros de armas. Preguntábanse unos á otros cuál era el día que cada cual consideraba como el más dichoso de su vida. Éste respondía que el de la batalla de Marengo, aquél el de la de Austerlitz, quién el de la de Jena, quién el de la de Wagram; todos citaban alguno de esos nombres de batallas que para el mundo entero han venido á ser sinónimos de gloria y honor. El emperador estaba pensativo y había dejado de mezclarse en la conversación. Uno de los presentes tomóse la libertad de interrogarle:—«Y vos, alteza, ¿podréis decirnos cuál es el más hermoso día de vuestra vida? Indudablemente que V. M. tendrá dificultad en escoger entre tantos días de

triunfo.—El día más hermoso de mi vida—respondió con gravedad el Emperador—ha sido el de mi primera Comunión.»

Verdaderamente, ¿qué niño deja de quedar dulcemente impresionado, ora por el esplendor de la capilla del comulgatorio y por la suavidad de los cantos, ora por el ejemplo de los niños de su edad que con él comulgan, ora por la fervorosa plática del sacerdote y por el gozo de todos los que concurren á tan tierna festividad, ora, en fin, por las promesas públicas de fidelidad á Dios, hechas allí solemnemente y en ocasión que tanto impone?

¿Es posible que en virtud de estas promesas, cuando después el hombre se vea caído por la violencia de sus pasiones, no venga á su corazón un saludable arrepentimiento y una como vergüenza de aparecer ante Dios y ante los hombres olvidadizo é ingrato? ¿Es posible que no visite algunas veces aquella iglesia y aquella capilla donde hizo su primera Comunión, donde oyó con reverencia las exhortaciones del sacerdote, y donde se formó y fortificó en las buenas costumbres y en los ejercicios de piedad? ¿Y quién no ve la influencia arrebatadora y benéfica que todo esto hace en el corazón de los individuos, trascendiendo á las familias y á los pueblos?

Refiérese que cuando el general Radet recibió orden del Emdorador Napoleón para prender á Pío VII y sacarle de Roma, tomó sus medidas para este acto criminal, rompió algunas puertas del palacio pontificio y entró tumultuosamente hasta la babitación del Papa. Al ver allí al anciano Vicario de Jesucristo inerme, pero con sus ornamentos pontificales, se quedó como atónito. y al grito guerrero sucedió la veneración y temor, y sólo temblando comunicó al Padre Santo la orden recibida. Algunos años más tarde, un amigo preguntó á dicho general cuál fué la causa de aquel cambio repentino en su proceder hacia Pio VII.—«Fué—respondió—el recuerdo de mi primera Comunión, que repentinamente me vino á la memoria, causando en mi vivísima impresión é inspirándome horror haber de llevar á cabo la orden que se me había dado.» (Guillois: *De la Vida de Pio VII*, por Artaud.)

Pero sigamos estas enseñanzas y consideremos algo la segunda obligación en el precepto eucarístico.

§ II

DE LA COMUNIÓN ANUAL Y PASCUAL

8. Cuándo y cómo obliga el precepto divino.—**9.** El precepto eclesiástico. **10.** Consecuencias del precepto.—**11.** Gravedad de su omisión.—**12.** Causas de no cumplir con el precepto.

8. *¡Ah, Señor!*—dijo el santo Rey David—*has preparado en torno mío una mesa para vencer á todos los que me atribulan* (1); y esto mismo, pero con mucha más razón, podemos decir los cristianos ante la sagrada Mesa eucarística. Muchos enemigos tiene el hombre rugiendo en turno suyo para perder las almas; mas para vencerlos á todos ¡oh buen Dios! *nos has regalado un Pan del cielo, que contiene en sí toda dulzura* (2); este pan es Jesucristo sacramentado, Cordero sin mancilla, y con razón hubo de exclamar San Juan, y nos repite la Iglesia siempre que comulgamos: *He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo* (3). Pues bien; ya sabemos que la digna recepción de este Cordero celestial nos obliga á todos *por precepto divino*, no sólo en el peligro de muerte, sino también frecuentemente en la vida. Y es la razón—dijo Santo Tomás (p. III, q. 80, á 11)—porque así como para conservar la vida corporal es preciso tomar alimento terreno, no una sola vez, sino con frecuencia, así también para sostener la vida del espíritu es indispensable el alimento del cielo, no una vez sola, sino frecuentemente.

9. Mas como dicho *precepto divino* deja sin determinar el tiempo preciso en que ha de cumplirse, y la Iglesia nuestra Madre no quiere que sus hijos andemos angustiosos en asunto de tal importancia, tuvo á bien designar, en lo antiguo, que los fieles comulgaran á lo menos *tres veces en el año*, á saber: en las Pascuas de Natividad, de Resurrección y de Pentecostés (4); pero como la caridad y la devoción llegaron á resfriarse tanto en algunos cristianos, atendió á esta flaqueza determinando que podrían salvar

(1) Parasti in conspectu meo mensam adversus eos, qui tribulant me. (Salmo CXXV.)

(2) Panem de coelo praestitisti eis, omne delectamentum in se habentem. (Sap., XVI, 20.)

(3) Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi. (Joann., I, 29.)

(4) Véase S. Ligor., *Homo Apost.*, tract. XVI, n. 2.

sus ánimas todos los que recibieran la sagrada Eucaristía á lo menos *una vez dentro del año. por Pascua florida.* ¡Cuánta benignidad por parte de Dios, y cuánto desamor y ruindad por parte de los hombres!

He aquí el texto literal del precepto eclesiástico, según los Concilios Lateranense IV (en 1215) y el Tridentino: *Todo fiel de uno y otro sexo, habiendo llegado á la edad de discreción... debe recibir con reverencia, á lo menos en la Pascua, el Sacramento de la Eucaristía... y el que en esto faltare, será en vida excluido de entrar en la Iglesia, y en muerte le será negada la sepultura cristiana.—Si alguno negare que todos y cada uno de los fieles cristianos, cuando hayan llegado á la edad de discreción, están obligados á comulgar una vez cada año, á lo menos en Pascua, para cumplir con el precepto de la Santa Madre Iglesia, sea excomulgado* (1).

10. Muy dignas de consideración son las palabras que preceden, pues en ellas se expresa claramente: 1.° Que á los niños que no hayan llegado á la edad de discreción, no les obliga el cumplimiento pascual. 2.° Que los adultos no cumplen haciendo una comunión sacrílega, pues eso denotan las palabras *con reverencia* (2). 3.° Que la Comunión ha de ser en tiempo de Pascua, la cual comienza, para este efecto, el Domingo de Ramos, y se extiende hasta el domingo después de dicha Pascua (2), si bien en nuestros días los Prelados, por justas causas, suelen prorrogar este tiempo, antes y después, para la mayor facilidad de los fieles. 4.° Que este precepto es de altísima importancia, la cual se colige de la gravedad de la pena impuesta á los que no la cumplieren.

(1) Trident., sess. 19, *De Euchar.*, c. 9.

En estas penas no se incurre sino después de la sentencia del juez competente, particularmente la negación de sepultura eclesiástica, que pertenece al fuero externo, por cuya razón no se suele negar, á no ser que conste de cierto la impenitencia final.

(2) Lo contrario está condenado por Inocencio XI, prop. 55.

(3) Así fué declarado por el Papa Eugenio IV, Bula *Fide digna*; por consiguiente, aunque alguno comulgue muchas veces en el año, le urge, como precepto gravísimo, el comulgar en el tiempo de Pascua. Es más: la Comunión pascual debe ser hecha en la misma iglesia parroquial y de mano del propio párroco ó del que haga sus veces. *Así consta del santo Concilio de Letrán y de otros muchos decretos posteriores*, ya de la Santa Sede, ya de Concilios provinciales. Los viajeros que no puedan hacerlo en su parroquia, cumplirán con el precepto dondequiera que se encuentren. Las personas que tengan varios domicilios, en cualquiera de ellos. Con permiso del párroco propio, ó del Obispo, ó del Papa, puede cualquier feligrés cumplir comulgando fuera de la iglesia parroquial.

No es necesario formar intención de cumplir con el precepto, pues el precepto divino sólo exige que todo cristiano reciba la sagrada Eucaristía con las disposiciones convenientes.

Siendo la Iglesia tan sumamente benigna, había de imponer pena tan grave por la inobservancia de un precepto leve? Y no se diga que la Iglesia no siempre aplica dicha pena, pues cuando usa de benignidad es, ó porque el pecador ha reparado su falta con la digna recepción de los últimos Sacramentos, ó porque juzga que en aquel fiel, muerto de repente, había voluntad de reparar el escándalo dado con su omisión.

11. Así, pues, el no cumplir el precepto pascual de la Comunión siempre es un pecado grave: grave *contra Jesucristo*, porque es un desprecio ó un ultraje público á su amor. Él nos ama entrañablemente, desea unirse á nosotros, desea que le recibamos en nuestro corazón, y cuando llega el tiempo pascual y no se comulga, es tanto como decir á Jesús: «No quiero recibirte; desprecio tu mandato; desprecio tu amor.» Expresas están las palabras del Salvador divino, cuando dijo: «*Todo el que se avergüence de mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de él delante de mi Padre celestial.* ¿Y qué otra cosa hace el que no quiere que le vean comulgar, sino avergonzarse de Jesucristo y rebelarse contra su expreso, dulce y sagrado mandamiento? El Señor dijo: *Haced esto en memoria de mí... y si no lo hiciereis no tendréis vida en vosotros.* ¡Y sin embargo, el hombre se descuida, el hombre lo rehusa, el hombre prefiere la muerte! ¿Hay fe en su entendimiento? ¿Hay nobleza en su corazón? ¿Hay juicio en su cabeza?

Pero el no comulgar por Pascua es también pecado grave *contra* la Iglesia, porque es una transgresión voluntaria y pública de un mandamiento preciso y conocido, y fácil y provechoso. Es un desprecio verdadero á la autoridad eclesiástica, á los Prelados, á quienes Jesús ha dicho: *El que á vosotros oye, á mí oye; el que á vosotros desprecia, á mí desprecia.* (Luc., X, 16.)

Y no es esto sólo, sino que la falta del cumplimiento pascual viene á ser una especie de crimen *contra toda la sociedad.* Es un escándalo dado públicamente, y tanto más grave cuanto más elevada sea la posición del que lo da. Si es un ignorante, ó un medio fatuo el que no comulga, escándalo será, pero pequeño en comparación del que daría un letrado, un príncipe ó uno de esos llamados sabios del mundo, que arrastran con su ejemplo á las masas populares.

Además del escándalo, es *un insulto* á la piedad y docilidad de aquellos fieles que cumplen exactamente su deber; es un impedimento para la renovación de las sociedades corrompidas, pues, como diremos luego, la Comunión pascual bien hecha por todos los

fieles es una fuerza poderosa para renovar la faz de la tierra. Una confesión y comunión bien hechas, es una mala costumbre destruída, es una injusticia reparada, es una reconciliación con el prójimo, es la paz para con todos, es el manantial perenne de la felicidad de los pueblos.

Por consecuencia, la falta del cumplimiento pascual es también un crimen *contra la familia;* porque es un mal ejemplo dado á los pequeñuelos, y un como grito de rebelión contra las leyes de la Iglesia; y claro es que la familia cristiana queda con esto profundamente conmovida en el orden moral y aun en el material.

Por último, este pecado que venimos declarando es un crimen *contra el mismo que le comete,* porque es tanto como dar muerte á su alma con reflexión y sangre fría, equivale á privarse voluntariamente de los regocijos espirituales que produce el verse con los pecados perdonados, con el remordimiento de la conciencia destruído, con la paz del alma asegurada, y con la dulce esperanza de obtener una eterna felicidad. ¡Y les parece á algunos hombres cosa leve dejar de cumplir el precepto pascual!

12. ¿Cuál es, se dirá, la causa de que haya tantos hombres infelices que se alejen de la fuente de aguas vivas, que se retraigan de tomar parte en el convite eucarístico, perdiendo para siempre su conciencia, su alma y su Dios? ¡Oh! Nadie lo ignora: es una vergüenza mal entendida, que no les deja acusar sinceramente sus graves pecados; es su orgullo, que les impide mostrarse humildes católicos y confesar sus culpas; es el respeto humano, que teme exponerse á las burlas de los impíos; es la negligencia y la pereza que les encadena los pies y la voluntad para acudir al templo; es en muchos las perversas costumbres que no quieren dejar, las ocasiones próximas de pecado que no quieren remover, y las injusticias continuas que no quieren reparar. ¡Cuántas desdichas de éstas hay en el mundo, y cómo se goza el demonio en tener á tales hombres prisioneros y como dormidos en el lodazal de sus pasiones! Y lo que es peor, perseverando en su insensatez hasta la hora misma de la muerte. Digamos también dos palabras sobre lo que acontece en aquellos supremos instantes.

§ III

DE LA COMUNIÓN EN FORMA DE VIÁTICO

13 —Obligación de recibir el santo Viático.—**14**. Lo que debe hacerse.—**15**. Consuelos de recibir el Viático.—**16**. Temores que disipa.—**17**. Fortaleza que proporciona.—**18**. Resumen y conclusión.

13. Nunca urge tanto á los hombres recibir la sagrada Eucaristía como cuando se hallan constituídos en peligro verdadero de muerte; y dependiendo mucho el fruto de este Sacramento de las disposiciones con que se reciba, no es preciso esperar á que el peligro sea inminente, pues conviene que los enfermos le reciban en cabal juicio y razón. Llámase *Viático,* porque es una como *provisión de gracias* para el viaje de la eternidad, ó sea para el tránsito de este mundo al otro.

No se puede dudar de la obligación grave de recibir el santo Viático, pues se halla expresamente mandado por el Concilio de Nicea (primero general), confirmado además por la práctica constante de la Iglesia, la cual ordena á los sacerdotes que lleven el Señor sacramentado á los enfermos, y consta también por los mismos fieles, quienes oyen con escándalo y pesar el que algún cristiano rehuse recibir en su última enfermedad el sacramento de la Eucaristía. La razón misma está mostrando dicha obligación y dicha necesidad, pues los Sacramentos fueron instituidos por nuestro Señor Jesucristo para conferir gracia á las almas y ayudarlas en sus necesidades; ¿y cuándo es la necesidad mayor ni más urgente que en las enfermedades penosas y en el peligro de la muerte? Entonces el enemigo de nuestras almas hace mayores esfuerzos para perderlas; y como las tentaciones son más frecuentes y más engañosas, por eso es de grandísima importancia recibir devotamente el Sacramento eucarístico.

¡Cuán terrible es la última hora! ¡El cuerpo postrado en el lecho del dolor, la familia desconsolada, y el alma oprimida por el pensamiento del pasado, del presente y del porvenir! ¡Todo se presenta á la vez: el pasado con sus caídas, el presente con sus cambios, y el porvenir con el juicio y la eternidad! Pues bien; el más grande de los auxilios en aquella tremenda ahora es la sagrada Eucaristía. Recibiendo á Jesús sacramentado, que es nuestra vida, no temeremos la muerte, y el corazón regocijado con tan divino

Huésped, exclamará con el Apóstol: *Para mí la muerte es una ven taja* (1).

14. Es indecible la fortaleza, suavidad y bienestar que el Señor otorga á las almas en trances tan apurados y decisivos. Por eso hay una obligación estrechísima en todos los cristianos de procurar recibir á su tiempo el santo Viático, y de no omitir medio para que le reciban los demás; pues los descuidos tardanzas y reparos que suelen poner las familias, *por un cariño mal entendido*, causan gravísimos males á los pobres enfermos. ¡Oh quién pudiera dar una voz que se oyera por todo el mundo, para que se entienda bien esto! Son indecibles las desdichas que en este punto presenciamos.

Es preciso que cada uno pida al Señor con frecuencia la gracia de no morir súbitamente, para poder recibir á última hora la sagrada Eucaristía y los demás Sacramentos. Es preciso que unamos nuestra voz á la de la Iglesia católica, que nos pone, entre los ruegos importantes, el siguiente: *De una muerte súbita é imprevista, líbranos, Señor.* Es preciso no aguardar al extremo, ni á que se hayan debilitado las facultades del alma para pedir el santo Viático, tanto para nosotros como para los demás. Es preciso imponernos el deber de llamar á los sacerdotes tan luego como se entienda que la enfermedad ofrece peligro de muerte. ¡Ah! Si esto se hiciera, ¡cuántos millares de almas harían su entrada triunfante en el cielo, que por descuido suyo ó de sus familias irán á parar á los tormentos eternos del infierno!

15. ¿Quién será capaz de comprender, y menos de narrar, los dulces consuelos que reciben las almas con la digna y oportuna recepción del santo Viático? La Comunión sagrada es bálsamo dulcísimo que mitiga todas las penas que los enfermos suelen experimentar en la última hora. ¿Hállase el corazón apenado por haber ofendido á Dios? - El santo Viático es Dios mismo que viene á visitarle lleno de amor, deseando hacerle suyo y con entrañable afecto le dice: «Hijo mío; es verdad que me has ultrajado, pero ya veo tu arrepentimiento, yo te perdono, yo me olvido completamente de tus faltas; ven á mi Corazón amante, entra en el gozo de tu Señor».— *Intra in gaudium Domini tui.*

¿Siente el enfermo aflicción por haber desperdiciado el tiempo de su vida y encontrarse en aquel momento tan escaso de méritos para el cielo?—«Hermano mío—dícele Jesús cuando comul-

(1) Mihi mori lucrum. (Philip., I, 21.)

ga,—no te aflijas; aquí tienes mis méritos infinitos, tuyos son, recíbelos en tu alma, abre los senos de tu corazón, y ven, ven, entra en el gozo de tu Señor.» *Intra in gaudium Domini tui.*

¿Cáusale pena al moribundo haber de abandonar los bienes temporales, acumulados con tantos trabajos y conservados con tantos afanes?—«No te inquietes—parece decirle Jesús en la Eucaristía;—yo soy tuyo, en mí encontrarás todos los bienes; consuélate con que muy pronto pasarás á gozar para siempre de las eternas dulzuras del cielo; ven, entra en el gozo de tu Señor.» *Intra in gaudium Domini tui.*

¿Se angustia, por ventura, el corazón del doliente al considerar la pronta separación de los seres queridos, poniendo término á aquellas caras afecciones?—«Amor mío—dícele Jesús desde la santa Hostia:—no sientas pena, porque esta separación es temporal; pronto tornarás á ver á tus deudos radiantes de gloria en el cielo, y ahora y siempre yo seré para tí *un padre, una madre, un hermano, un amigo,* todo lo que puede desear tu corazón; ven, y entra en el gozo de tu Señor.» *Intra in gaudium Domini tui.*

16. Pero no es esto sólo, porque el sagrado Viático disipa instantáneamente los negros temores que atormentan al alma en los postrimeros días de su vida terrena.

Teme el pobre enfermo, como es natural, el momento terrible de la muerte; pero Jesús desde el Santísimo Sacramento, con voz dulce y amorosa, le dice: «No temas, *yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vive, y no morirá eternamente.* Recíbeme en tu corazón, cómeme, porque *el que me come, vivirá por mí,* y su vida será mi propia vida. ¿Qué tienes que temer?»

Con efecto, así es; nuestra inteligencia encuentra en Jesucristo una *vida de luz;* nuestra voluntad, una *vida de gracia;* nuestro corazón, una *vida de amor;* nuestros sentidos, una *vida de regocijos espirituales.* Pobre enfermo, ¿por qué temes?

¿Temes, por ventura, la disolución y podredumbre de tu cuerpo en el sepulcro?—Oye el suave acento de Jesús sacramentado que te dice: «Tu cuerpo, aunque ahora baje á la tumba, resucitará glorioso é incorruptible para siempre jamás.» ¿Qué tienes que temer?

¿Temes, no ya la muerte, sino el juicio de Dios inexorable, que sigue á continuación? Es verdad que es terrorífico—añade el mismo Jesús;—pero ¿ignoras, cristiano mío, que yo vengo ahora á ti y á morar en tu pecho como en mi cielo, y que vengo como *padre,* como *amigo* y como *protector,* antes de constituirme en tu *juez?* ¿Qué te aflige? ¿Qué tienes que temer?

Ejemplos de esta verdad tenemos innumerables. San Antonio, después de haber recibido el Viático, murió con alegría. Adiós, hijos míos—dijo á sus religiosos:—Antonio se va al cielo (*Vida de los Padres*). San Bernardo, fortificado con el santo Viático, oyó una voz que le dijo: «Venid, se os aguarda.» ¡Qué felicidad!—exclama San Francisco de Regis:—después de recibir al Señor, ¡qué contento muero! Veo á Jesús y á María que se dignan venir á recibirme para llevarme á la morada de los Santos. (En su vida.) San Luis Gonzaga, después de haber sido viaticado, dió gracias á Dios porque se acercaba su fin, y suplicó á uno de los Padres de la Compañía que le ayudase á recitar el *Te Deum*. Y á otro le dijo: «Nos vamos, y nos vamos con alegría.» (En su vida.)

He aquí algunos ejemplos de los dulces consuelos y muerte feliz que procura la santa Comunión en la hora de la muerte, pues con ella el buen cristiano exclama con David: *Me alegro de lo que me anuncian; iremos a la casa del Señor* (1).

17. Por último, aun hace otros prodigios el santo Viático, porque sirve de fortaleza en los dolores y angustias de la última hora. ¡Pobre enfermo si entonces no se encuentra robustecido con las gracias del Señor sacramentado! Los sufrimientos corporales suelen ser grandes, más ó menos, según lo quiera ó permita la divina justicia; mas la presencia de Jesús en el Sacramento, en cuanto es memorial de su acerba Pasión, parece decirnos: «Valor ¡oh cristiano! porque dichos sufrimientos te granjean *un peso inmortal de gloria.*» En cuanto á los padecimientos del alma, ¿quién no sabe que ellos son dulcificados por el amor que despierta la divina Eucaristía, algunas veces de manera tan sensible que causan intenso placer? *¡Bienaventurados aquellos que mueren en el Señor!*

De Santa María Egipciaca se refiere que habiendo recibido el santo Viático, elevando hacia al cielo los ojos y las manos, exclamó: «Ahora, Señor, morirá tu sierva en paz, porque mis ojos tuvieron la dicha de ver dentro de mí al divino Salvador.» *Nunc dimittis Domine, ancillam tuam in pace...* Y el grande Agustino, hallándose moribundo, cuando le presentaron el Santísimo Sacramento como Viático, dijo con grande fervor: «Bien venido, Principio de nuestra creación y reparación: bien venido, Sacrificio de nuestra reconciliación; bien venido, Antídoto de nuestra curación; bien venido, Viático de nuestra peregrinación; bien venido, Refu-

(1) Laetatus sum in iis quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus. (Psalmo, CXXI, 1.)

gio de nuestra tribulación; bien venido, Premio de nuestra expectación.» (1)

18. Véase aquí, en breves palabras, la necesidad que tenemos todos los cristianos de recibir dignamente la sagrada Eucaristía, ya haciendo á su tiempo y con la preparación debida *la primera Comunión*, ya comulgando en la iglesia parroquial *por tiempo de Pascua*, ya en nuestras enfermedades *por modo de Viático*.

Todo esto es preciso y de grandísimo interés práctico. ¡Bienaventurada el alma que así lo practica con puntualidad, devoción y amor! ¡Desdichada la que en ello fuere remisa, indevota y deje de cumplirlo! ¿Dónde hay mayor infelicidad que alejarse de la Mesa eucarística y tener como insípido y de ningún valor el Pan de los ángeles? Por el contrario, ¿dónde hay mayor consuelo, mayor regocijo y dicha mayor que vernos admitidos á la mesa de Jesucristo, recibirle en nuestros corazones y quedar como identificados con El en lazo perpetuo de tierno, dulce y suavísimo amor? Sobre todo, en las tribulaciones de la enfermedad y en las angustias de la agonía, ¿dónde hay mayor gozo? El pasado, el presente y el porvenir se ofrecen á la pobre alma, juntamente con el juicio y con la eternidad; mas recibiendo al Dios de la vida, no teme la muerte, ni el juicio, ni el infierno, sino que exclama con San Rablo: *Para mí la muerte es una ventaja* (2); y si alguno le indica que se aproxima la hora, repite con David: *Regocíjase mi espíritu con lo que me anuncian: iremos á la casa del Señor... Cantaré eternamente sus misericordias* (3).

(1) Daurolt, cap. V, tít. XIII, ex 1.—Nadasi, in anno Eucharistico.

(2) Mihi mori lucrum... (Philip., I, 21.)

(3) Laetatus sum in iis quae dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus. (CXXI, 1.) Misericordias Domini in aeternum cantabo.

CAPÍTULO XXX

De la Comunión frecuente.

---

1. Decretos sobre el número de comuniones.—2. Espíritu y deseos de la Iglesia.—3. No ha de contentarse el cristiano con la Comunión pascual.

1. LÉESE en el Catecismo del Santo Concilio de Trento (parte II, cap. IV. n. 61), que en los principios del Cristianismo comulgaban los fieles *cada día* (1); porque entonces todos ardían en caridad verdadera y estaban bien preparados. Después, aumentados los fieles y disminuida la santidad, fué establecido, en el siglo VI, que todos los fieles comulgaran *los domingos*, á no impedirlo algún pecado grave. (Capitular, lib. VI, cap. IX). Más tarde, la caridad se entibió en los corazones cristianos de tal modo, que el Papa San Fabián mandó que todos recibiesen la sagrada Eucaristía á lo menos *tres veces al año*. Por último, llegó á tal extremo la ingratitud y desamor de los hombres para con el Señor sacramentado, que muchos pasaban *¡años enteros!* sin acercarse á la sagrada Mesa, lo cual hizo que la Iglesia, nuestra Madre, en el Concilio de Letrán, decretara que todos los fieles habían de comulgar *por lo menos* UNA VEZ CADA AÑO POR PASCUA, bajo pena de ser expulsados de la Iglesia.

2. Esto último es *lo menos* que puede hacer un cristiano para no ser reo de condenación eterna; pero entiéndase que el corazón amoroso de Jesús quiere otra cosa; quiere que nos unamos á él por la Comunión sagrada, repitiéndola muchas veces en el año; quiere que tengamos vehementes deseos de comulgar en toda hora y en todo momento; quiere que estemos siempre preparados para reci-

---

(1) Consta de los *Hechos de los Apóstoles*, cap. II. Cierto es que la Comunión, y también la cotidiana, fué siempre muy del agrado de la Iglesia, y consta del Santo Concilio Tridentino, sess., 22, c. 6, y también del decreto de Inocencio XI, año de 1679. Por Comunión frecuente, en sentido estricto, entiende S. Ligorio la que se hace entre semana aun sin previa confesión.

birle en nuestro corazón; y este deseo de nuestro divino Salvador es de tal importancia, que el *santo Concilio de Trento amonesta con afecto paternal, y exhorta, ruega y suplica, por las entrañas misericordiosas de Dios nuestro Señor, que todos y cada uno de cuantos llevan el nombre de cristianos... acordándose del amor tan extremado de Cristo nuestro Señor, que dió su amada vida en precio de nuestra salvación, y su carne para que nos sirva de alimento, crean y veneren estos sagrados misterios de su cuerpo y de su sangre, con fe tan constante y firme, con tal devoción de ánimo, y con tal piedad y reverencia, que puedan recibir* FRECUENTEMENTE *aquel Pan sobresubstancial, para vida de sus almas y salud perpetua de su entendimiento.* (Sess. 13, c. 8.)

3. Esto dice el sagrado Concilio, y nadie que estime en algo la mayor gloria de Dios, el deseo de Jesucristo, la exhortación de la Iglesia y la perfección de su alma debe contentarse con la *Comunión anual,* pues esto implica falta de ardor en el espíritu, y descuido en su aprovechamiento espiritual; implica, si no desprecio, á lo menos olvido de la soberana majestad de Jesús sacramentado, víctima de nuestro amor y que nada quiere sino hacernos eternamente felices por la digna y frecuente recepción del Santísimo Sacramento. ¡Bendito sea el Señor, que así nos honorifica y engrandece!

Acuérdese todo cristiano que á los israelitas, cuando en el desierto llegaron á tener desgana del *maná,* el Señor es envió en castigo serpientes de fuego para devorarlos. Si esto aconteció en figura de la Eucaristía, ¿qué hará el Señor Dios con los cristianos tibios que, engolfados en los negocios mundanales, han perdido el apetito del maná celestial y no desean alimentarse con el Sacramento eucarístico algunas veces en el año y tal vez ni aun en el tiempo pascual? ¿Habrá exageración en decir que el Señor les ha de enviar serpientes infernales, ardiendo en concupiscencias, para devorar sus almas aun en esta vida terrena?

Mas dejando esto á la piadosa consideración del que leyere, es nuestro propósito declarar ahora dos cosas:

1.ª Cuán importante sea á todos los cristianos la Comunión frecuente.
2.ª Cuál haya de ser esta frecuencia en cada uno de los cristianos.

§ I

DE CUÁN IMPORTANTE SEA LA COMUNIÓN FRECUENTE

4. Error jansenista.—5. Primer motivo que nos induce á comulgar con frecuencia.—6. Promesas y amenazas de Jesucristo.—7. Segundo y tercer motivos.—8. Exhortaciones de los Santos y Padres de la Iglesia.—9. San Francisco de Sales.—10. Ejemplos de los Santos.—11. La Comunión frecuente no disminuye la reverencia.

4. Cuestión importante es la que ahora vamos á considerar. Trátase de inquirir *si es conveniente* que los fieles cristianos comulguen con frecuencia, *ya semanalmente, ya varias veces en semana ó ya todos los dias.* No han faltado jansenistas antiguos y modernos que han reprobado la Comunión frecuente, fundándose en la gran reverencia que merece el Santísimo Sacramento, en la indignidad del hombre para recibirle y en que no conviene familiarizarse con tan augusto misterio, porque no caiga en desestima y sea poco venerado. Error funesto que se hizo muy común entre los cristianos tibios ó poco instruídos en la vida espiritual, y forzoso es hacerles comprender á ellos y á todos sus imitadores su falso celo por la veneración eucarística, y que es CONVENIENTÍSIMA la frecuente recepción de la divina Eucaristía.

5. Muchos y muy poderosos son los motivos que lo evidencian, siendo el primero *la voluntad de Jesucristo y el amor con que nos invita á que le recibamos sacramentado. Venid á mí, comed mi Pan y bebed mi vino* (1). *Con deseo he deseado comer la Pascua con vosotros.* (Luc., XXII, 15.) *Mi Cuerpo es verdadera comida... tomad y comed; este es mi Cuerpo...* (Matth., XXVI, 26.)—Repárese bien—dice á este propósito San Agustín;—instituye Jesús el Sacramento como un manjar, en forma de comida y bebida, para hacernos comprender que es un alimento que debemos usar con frecuencia. *Tomadle* —añade el Santo—*tantas veces como pueda seros útil; si todos los dias os aprovecha, tomadlo cada dia* (2).

Verdaderamente, todos los días rezamos el Padrenuestro, y cuando decimos á Dios: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy,* ¿qué otra cosa rogamos sino que nos dé principalmente el Pan eu-

---

(1) Venite, comedite panem meum, et bibite vinum. (Prov., IX, 5.)
(2) Accipe quotidie, quod quotidie tibi prosit. (S. August., *De coelest. vita.*)

carístico? En esto sin duda se fundaba San Ambrosio cuando dijo á los fieles de su tiempo: «¡Pues qué! Si este Sacramento es pan, y el pan constituye el alimento de cada dia, ¿será bastante recibirle cada año?» (1).

¡Oh pobres hombres! ¡Cuánto deliráis cuando dejáis de recibir con frecuencia el Santísimo Sacramento! ¡Qué dignos sois de lástima! Vosotros tenéis un cuerpo en que idolatráis, un cuerpo que pronto será pasto de gusanos, un cuerpo que vale mucho menos que el alma, y á este cuerpo le alimentáis cada día, con gran delicadeza: todo os parece poco; ¡y en tanto á la pobre alma, que necesita su alimento, que necesita á Dios y sin Dios no puede vivir, no la alimentáis con el Pan eucarístico! ¿Hay, por ventura, juicio en vuestras cabezas? ¿Osaréis llamaros cristianos, cuando así pensáis?

6. El amor de Jesucristo hacia nosotros no puede sufrir tanta infelicidad, y por eso su Corazón divino, invitándonos á comulgar acompaña dulces promesas, diciendo: *Yo soy el Pan de la vida, Pan descendido del cielo, para que el que comiere de él no muera. El que comiere de este Pan vivirá eternamente.* (Joann, VI.) ¡Qué promesa! ¡Y sin embargo, los hombres rehusan comulgar! ¿Dónde está su fe? ¿Dónde su cristiandad? ¿Dónde su cordura?

Pero aún fué más adelante el amor del Corazón de Jesús, pues, cual si tuviera ansias infinitas de unirnos á Él por la sagrada Eucaristía, y cual si nos necesitara para algo, conmina con terrible pena á todos los que rehusen recibirle, diciendo con juramento: *En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, no tendréis vida en vosotros*. (Joann., VI, 54.) Es decir, que Jesús amenaza con el infierno á todos los que se nieguen á comulgar. Él no determina cuál haya de ser la frecuencia, mas por Él habla su Iglesia, eco infalible de su divina palabra, y esto basta. ¿Qué dice la Iglesia?

7. He aquí un segundo motivo para que comulguemos frecuentemente: *la voz de la Iglesia.* Ya lo hemos indicado arriba, y ahora es ocasión de repetirlo. Los primeros cristianos comulgaban cada día. En el siglo VI fué mandado que todos los fieles lo hicieran cada semana (2). El santo Concilio de Trento exhorta encarecidísimamente que se haga con frecuencia; las almas devotas en todos los

(1) Si panis est, si quotidianus est, quomodo illum post annum sumis? (S. Ambross Lib. V, *De Sacram.*, cap. IV.)

(2) Statutum ut fideles omnes singulis dominicis communicarent, nisi criminali peccato et manifesto impediretur. (*Capitular*, lib. VI, cap. XVII.) Véase Scavini.

siglos han comulgado á menudo, y los verdaderos cristianos que hoy existen hacen lo mismo, con grande regocijo de los Prelados y de los sacerdotes, quienes nada desean más que ver concurridos los convites eucarísticos. ¿Quién hay que se tenga por buen cristiano y huya del comulgatorio?

Por eso es un tercer motivo las exhortaciones y ejemplos de los Santos y de los Padres de la Iglesia. Oigamos á algunos de ellos. Sea el primero Santo Tomás de Villanueva (serm. 1.°, *in Fest. Corp. Christi*), quien, hablando á los que comulgan de tarde en tarde, dice así: «Considerad ¡oh cristianos! vuestra desidia: alimentáis vuestro cuerpo varias veces al día, y á vuestra pobre alma, necesitada y combatida por las miserias de esta vida, os descuidáis en darla el Pan eucarístico, no ya cada semana, sino cada mes!»

8. «Si alguno me dijere—argumenta el Padre Salmeron—«¿por qué comulgas, hallándose tu alma viva por la gracia?»—le respondería con esta otra pregunta: «Si tú vives, ¿por qué comes?» —Dirás que para no perder la vida.—Pues de igual manera yo me alimento del Pan de los ángeles, para no perder la gracia, que es la vida del alma. Así como á una lámpara encendida se la provee diariamente de óleo para que no se extinga, así también nuestra alma necesita ser proveída cada día con el manjar eucarístico para que no se extinga en ella la caridad, sino que más bien se acreciente y perfeccione.» Mucho conviene que seamos como lámparas del santuario.

San Basilio está, si cabe, aún más expresivo; dice así: «Comulgar diariamente y hacerse partícipe delCuerpo y de la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, es bueno y útil, porque El mismo dijo: *El que come mi carne tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día... El que come mi carne, en mí mora, y yo en él... El que me come, vivirá por mí.* (Joann., VI, 55 á 59.) Por consiguiente, comulgar con frecuencia no es otra cosa que vivir para el cielo, vivir incorporado á Jesucristo y vivir de su propia vida (1). Privarnos de la Comunión es perder la mejor de las vidas.

San Pedro Crisólogo recomendaba con insistencia la frecuente Comunión, deseando que este sagrado Pan fuese el alimento *diario* de todos los cristianos. (En su *Vida.*)

9. Sobre este punto nada hallamos más expresivo que las exhortaciones de San Francisco de Sales á su Filotea. Dícela el Santo: «Si acaso te preguntan los mundanos por qué comulgas

(1) S. Basil., *in epist. ad Patritiam, de Communione.*

tan á menudo, diles que para aprender á amar á Dios, para purificarte de tus imperfecciones, para librarte de tus miserias y para tener consuelo en tus aflicciones y apoyo en tus flaquezas; diles qué dos especies de gentes deben comulgar á menudo: los perfectos, porque como están bien dispuestos, quedarían muy perjudicados en no llegar al manantial y fuente de la perfección, y los imperfectos para tener justo derecho de aspirar á ella; los fuertes para no debilitarse, y los débiles para fortalecerse; los enfermos para alcanzar la salud, y los sanos para no enfermar, y que así tú, como imperfecta, débil y enferma, necesitas comulgar con frecuencia para buscar perfección, fuerzas y médico divino. Diles que los que se hallan sin muchos negocios mundanos, deben comulgar frecuentemente, porque tienen comodidad para ello, y los que están entre muchos negocios del mundo también deben comulgar con frecuencia, porque tienen necesidad. Diles, finalmente, que recibes este Sacramento para aprender á recibirle bien, pues que nadie hace bien una cosa en que no se ejercita mucho.

»Comulga frecuentemente, Filotea, y cuanto más frecuentemente puedas, con el dictamen de tu padre espiritual; créeme, pues así como en nuestras montañas las liebres en el invierno se vuelven blancas, porque ni ven ni comen otra cosa más que nieve, así tú también te volverás hermosa, buena y pura á fuerza de adorar y de comer la hermosura, la bondad y la pureza misma en este Santo Sacramento.» (*Vida devota,* p. II, cap. XXI.)

10. Si de las exhortaciones de los Santos y Doctores de la Iglesia descendemos á considerar sus ejemplos, hallaremos que todos ellos han deseado recibir con frecuencia la divina Eucaristía, y que de ella han sacado su santidad y su perfección, bastando citar á la santa Madre Teresa de Jesús, la cual, autorizada por excelentísimos varones, eminentes en santidad y letras, comulgaba diariamente; siendo mucho de notar que el mismo Dios mostró complacerse en ello, pues hallándose la Santa mañana y tarde en estado continuo de vómito, por la debilidad de su estómago, cesaba toda molestia por la mañana para poder gozar de las delicias de la Comunión sagrada. (*Vida de la Santa,* lib. IV, cap. XII.)

No hay, pues, necesidad de aducir más testimonios ni más motivos para quedar evidenciadas la *conveniencia y utilidad de comulgar frecuentemente,* no ya cada mes ó cada semana, sino *cada día.* En esto no hay ni puede haber dudas, porque, según hemos declarado, *ese es el deseo de Jesucristo, así lo quiere la Iglesia, así lo encomiendan los doctores católicos, así lo han practicado los San-*

tos, y así lo continúan realizando las almas buenas, con gozo indecible de su corazón (1).

11. Queda pulverizado el necio error de los que se imaginan que con la Comunión frecuente se disminuye en nuestras almas la reverencia debida á Jesús sacramentado, y que la excesiva familiaridad engendra desestima de tan augusto misterio. La razón misma lo está mostrando, y no queremos omitirlo, porque es error trascendental en que caen muchos, por otra parte buenos cristianos, á saber: hay entre el trato de los hombres entre sí, y el trato de los hombres con Dios, esta diferencia: que cuanto más y más estrechamente conversamos con los hombres, tanto más conocemos sus defectos y nos penetramos de ellos, lo cual hace que disminuya en nosotros la estimación hacia sus personas; en sentido contrario, cuanta mayor sea la familiaridad que con Dios tengamos, tanto más descubrimos sus bondades é infinitas perfecciones, y por consiguiente tanto más acrece en nosotros la veneración y el amor hacia su majestad soberana. Y como en este mundo no hay ni puede haber unión más íntima, ni familiaridad mayor con Dios que la que se realiza en la digna recepción del Sacramento eucarístico, por eso, cuanto más frecuente sea la Comunión, tanto más nos enamoramos de su divino Ser y deseamos complacerle, y servirle, y adorarle, y tanto más se aumentan en nosotros las virtudes, la santidad, la perfección y los merecimientos. He aquí por qué el demonio y sus satélites forman tanto empeño en apartar á los fieles cristianos de la sagrada Comunión. ¡Guerra, pues, á esos tiranos de nuestras almas! Pero vengamos á lo más dificultoso en esta materia, que es lo que ahora diremos.

(1) Santa Catalina de Sena ardía en tan grandes deseos de unirse con su divino Esposo en la Comunión, que se debilitaba de un modo sensible, y parecía no tener otra vida que la de Jesús.

Santa Teresa experimentaba tan vivos y ardientes deseos de comulgar, que no hubiera hecho caso de rayos, ni de tempestades para ir á la sagrada Mesa.

Santa Catalina de Génova al acercarse al comulgatorio, tenía una santa impaciencia y una languidez de amor que la consumía.

El santo niño Estanislao de Kostka, con sus transportes de amor hacia la Santa Eucaristía, mereció comulgar de mano de los ángeles varias veces.

Santa Magdalena de Pazzis tenía desde la infancia tan ardiente deseo de recibir al Señor Sacramentado, que no pudiendo hacerlo en tan corta edad, se acercaba á su madre el día que ésta comulgaba, y no sabía separarse de ella, gozando de inefables delicias sólo con ponerse junto á los que habían tenido la dicha de alimentarse con manjar tan divino; y si entró en el monasterio fué porque sabía que las religiosas comulgaban allí todos los días. (Godescard: *Vidas de santos.*)

§ II

DECLÁRESE Á QUÉ PERSONAS SE LES PUEDE PERMITIR LA COMUNIÓN FRECUENTE

12. Establécese la cuestión.—**13.** Comunión mensual.—**14.** Comunión semanal.—**15.** Comunión de varias veces en semana.—**16.** Comunión diaria.—**17.** San Francisco de Sales.

12. La acción de recibir en el Sacramento de la Eucaristía el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo es, sin duda alguna, el acto más augusto, y más santo y más dulce de la religión cristiana. Ya hemos considerado el espíritu de la Iglesia, expresado particularmente por el santo Concilio de Trento (sess. 22, c. 6), que exhorta, no sólo á que los fieles comulguen *con frecuencia,* sino á que lo hagan *cada día* dentro de la Misa, en unión del sacerdote. Mas esto que *en sí mismo* es absolutamente bueno y excelentísimo, ¿podrá permitirse á todos los hombres, aunque no estén bien preparados, y sea cualquiera el estado de su alma? No, de ninguna manera; porque *no es lícito dar lo santo á los perros:* es decir, á los hombres indignos. Por eso el mismo santo Concilio establece que para no comulgar indignamente es necesario *estar libre de pecado mortal,* y que para recibir al Señor con frecuencia es preciso que haya además en el alma *fe firme, devoción y piedad sincera.* (Sess. 13, c. 8.) ¿Cómo debe entenderse esto? ¿Qué condiciones se requieren para la Comunión frecuente? Esta es la cuestión.

Al tratar de las disposiciones requeridas para la *comunión frecuente*, algunos teólogos modernos han caído en excesos y en errores muy opuestos á la doctrina de los Padres y al espíritu de la Iglesia. Unos, ocupados únicamente de la grandeza y de la dignidad del Sacramento, y también de la distancia infinita que hay entre la majestad de Dios y la pequeñez del hombre, han exigido disposiciones tan sublimes, que no sólo los justos, sino aun los mayores Santos, no podrían comulgar en la Pascua. Esto parece que resulta del libro de *La frecuente comunión*, compuesto por el doctor Arnaldo (1).

Otros, olvidando el respeto debido á Jesucristo presente en la

(1) Sobre este punto dice el Bienaventurado Maestro Avila, que los que condenan á los que comulgan frecuentemente hacen el oficio del Demonio; y también afirma el P. Granada que *es mejor comulgar por amor, que abstenerse por reverencia.* (Véase Guri, *De comm., frequenti,* n. 340.)

Eucaristía, y atentos únicamente á las ventajas que se pueden sacar de *la comunión frecuente y diaria*, no han tratado más que de facilitar su práctica, descuidando insistir y apoyarse en las disposiciones que exige tan augusto Sacramento. Han enseñado que sólo el hallarse libre de pecado mortal basta para comulgar muy frecuentemente y aun todos los días; añadiendo que las disposiciones actuales de respeto, de atención, de deseo, y la pureza de intención no son más que de consejo. En este exceso ha caído el autor de una obra titulada: *El espíritu de Jesucristo y de la Iglesia sobre la frecuente comunión* (Bergier, *Diccion teol.*, palabra *Comunión.*) ¿Qué hemos de juzgar y practicar nosotros, en vista de estos extremos?

En primer lugar, se ha de tener en cuenta que todas las personas, sean del estado y condición que fueren, están llamadas por Dios á comulgar á menudo, sin que obste el que sean seglares, ni enlazadas con el vínculo conyugal (1), y sin más condición que el someterlo al juicio del prudente confesor, porque ninguno ha de ser juez en causa propia. Mas como acontece que algunos devotos, y más especialmente devotas, desconociendo las disposiciones piadosas que deben acompañarles para acercarse con frecuencia á la sagrada Mesa, exigen á sus directores más de lo que ellos, ateniéndose á la mente de la Iglesia, pueden conceder, bueno será que reflexionen el siguiente diálogo:

13. Figurémonos cuatro señoras que, deseando ilustrar sus conciencias sobre la frecuencia de sus comuniones, consultan á un varón eminente en santidad y en letras, diciéndole la primera: «Padre, yo desearía comulgar *cada mes*, porque he oído predicar los maravillosos efectos de la Comunión sagrada, y no quiero perder tantas gracias.—Muy bien hecho—contesta el Padre; es determinación excelente, que ¡ojalá la tomaran para sí todos los cristianos! La comunión mensual yo la *aconsejo a todos*, y no la niego á nadie, siempre que preceda CONFESIÓN Y ABSOLUCIÓN SACRAMENTAL, y además se excite ó disponga el alma á tener ALGUNA ACTUAL DEVOCIÓN. Haga usted esto y comulgue tranquila *cada mes*.

14. Pues yo, Padre—dice la segunda señora—quisiera comulgar *semanalmente*, porque abrigo el convencimiento de que las personas que reciben cada ocho días al Señor sacramentado es muy rara la que se condena. Es verdad—respondió el Padre—yo también juzgo lo mismo, mas para la comunión *semanal* es preciso que se encuentre usted HABITUALMENTE LIBRE DE PECADOS GRA-

(1) Edicto del Pontífice Inocencio XI, 12 de Febrero de 1679.

VES, Y ADEMÁS QUE EMPLEE CIERTO CONATO PARA EVITAR LOS LEVES (1). Es decir, que por una parte es necesario que la caida en pecado mortal sea en usted *cosa extraordinaria,* y por otra que no se descuide en hacer la *guerra á las culpas veniales deliberadas;* pues si cae usted muchas veces en ellas, sin tratar de evitarlas, el confesor, en atención á esto, hará muy bien en privar á usted *algunas veces* de la Comunión semanal, por más que esté recién confesada; porque el no hacer caso de pecados veniales, por aquello de que no matan al alma, ni en rigor impiden comulgar, eso implica poco temor de Dios, poco amor suyo, y eso no debe ser; pues así como el amor llevó á Jesucristo á dársenos por alimento, así también el amor debe llevarnos á nosotros á recibirle.

—Pues es el caso, Padre, que yo caigo con frecuencia en pecados mortales, á causa de las peligrosas ocasiones en que necesariamente me encuentro; las tentaciones me combaten con insistencia y si deseo comulgar cada ocho días, es buscando en ello remedio y fortaleza para vencer.—Muy bien; en tales circunstancias ya puede usted llegarse al comulgatorio, con tal que tenga *voluntad firme de pelear contra dichas tentaciones.*

15. Y á usted, señora—dijo el Padre á la tercera,—¿qué la ocurre?—Diré á usted: Hace ya mucho tiempo que vengo confesando y comulgando todos los domingos y días festivos, y como observo que esta devoción me sostiene en el temor de Dios para no pecar, quisiera recibir al Señor sacramentado *dos ó tres veces en semana.*—¡Oh!—dijo el Padre:—grande petición es esa. ¿Sabe usted cuáles son las disposiciones que se requieren en el alma para ello? Quien aspire á tal dicha, ha de tener tal disposición en su ánimo, *que habitualmente no admita pecados veniales deliberados* (es decir, que de ordinario no ha de caer deliberadamente en culpas veniales), y *además ha de añadir un verdadero esfuerzo para extirpar los malos afectos, aun los indeliberados, con deseo de aprovechar en las virtudes;* ó lo que es lo mismo, ha de tener verdadero adelanto en la vía purgativa, con

(1) No se requiere que se haya quitado del alma todo afecto al pecado venial, porque la misma voluntad de recibir la Eucaristía viene á ser cierta detestación virtual de las culpas veniales, y esa es, dice Scaramelli (*Directorio ascético*, trat. 1, a. 10) la práctica de la Iglesia para los que comulgan cada ocho días. Es verdad que San Francisco de Sales (*Filot.*, p. II, cap. XX), apoyado en la autoridad de San Agustín, exige la carencia de todo *afecto á las venialidades*; pero eso fué tomando como de San Agustín un texto que era de un tal Genadio, según hacen notar antores respetabilísimos, los cuales sienten, con el Papa Adriano VI, y con Santo Tomás, que dicho texto ha de entenderse del *afecto á los pecados mortales.* (Adrian., *De Sacr. Euchar.*, y S. Thom., p. III, q. 79, a. 3; é in I Cor., II. 11, lect. 7.) Véase Scavini *De Euchar.*

esfuerzo para progresar en la iluminativa; y claro es que esto exige *oración mental diaria, algún puntito de lectura espiritual, examen cotidiano de la conciencia* y *levantarse prontamente* y con energia cuando se sienta caída en culpas ó defectos peligrosos.

16. Pues á más aspiro yo—dijo la cuarta señora interrumpiendo al Padre; - porque he leído en la vida de Santa Angela, que comulgaba todos los dias, y que sus comuniones eran para ella un manantial fecundo de espirituales dulzuras. ¿Por qué no he de hacer yo lo mismo, teniendo tiempo y deseos para ello?—Es verdad—dijo el Padre,—y es resolución hermosa; porque ese fué el ejemplo que nos dieron los primeros cristianos (Act., I), porque así lo aconseja con vehemencia el Concilio Tridentino, el *Catecismo Romano*, San Carlos Borromeo, San Agustín y Santo Tomás de Aquino y todos los Santos Padres de la Iglesia (1); pero ¿con qué disposiciones debe hacerse? Oigame bien lo que ahora diré: La Comunión diaria requiere en el alma, no solamente *un esfuerzo verdadero de pelear contra los malos afectos, sino la extirpación de ellos, realizada en gran parte, y además un empeño decidido de subir á la cumbre de la perfección cristiana y á la imitación de Cristo nuestro Señor, en especial de Cristo pobre, humilde y paciente. En suma, requiere un* SERIO PROGRESO Y FERVIENTE DESEO DE APROVECHAR CADA DÍA MÁS EN LA VÍA ILUMINATIVA Y UNITIVA (2).

Deseando una gran sierva de Dios comulgar cada día, le mostró nuestro Señor un globo hermosísimo de cristal, y le dijo: «Cuando estés como este cristal lo podrás hacer.» (Santa Teresa, IV petic. del *Padrenuestro*. n. 14.)

—¿Tiene usted, señora mia, estas disposiciones? - Padre, paréceme que sí.—Pues bien, por si acaso Vd. se equivoca, como es fácil, consúltelo con su confesor; y haga lo que él le mande ó aconseje; pues ese es el juez competente en la materia, como en varias

(1) Trident., sess. 22, c. 6.—Este pan cotidiano recíbelo diariamente para que diariamente te aproveche. (S. August., *De Verbis Domini*, serm. 28.)—S. Thom., parte III, q. 80, a. 10.—El P. Faure, en su libro *Le Ciel ouvert par la confession sincere et la Communion frequente*, París, inculca la Comunión diaria, diciendo que á ello nos impulsan el fin de la institución de la Eucaristía, la intención de Cristo, la práctica de los primeros cristianos, el sentir de los Santos Padres, el deseo de los Obispos, de los Pontífices y de la Iglesia, el consejo de los doctores ascéticos y de los Santos, y de las almas buenas.

(2) Lehemkhul, *De Euchar.*, n, 156, Reg. IV.—Mucho se ha de notar que los autores opuestos á la Comunión frecuente, suelen apoyarse en un principio falsísimo, pues suponen que la Comunión es *premio concedido á la virtud*, sin tener en cuenta que, según los Santos Padres de la Iglesia, es *medio para adquirir las virtudes*. (Véase Guri, *De Communione frequenti*, n. 344.)

ocasiones ha declarado la Santa Sede. (Inocent. XI, Decret. *Cum ad aures.*)

17. He aquí, en breve resumen, las reglas principales aconsejadas y aprobadas por doctísimos ascetas y maestros de la vida espiritual; por nuestra parte sólo añadiremos que *para comulgar diariamente* es preciso *un esfuerzo constante para que nunca levanten cabeza las malas inclinaciones, luchar sin desalentarse, obedecer sin razonar, someterse sin quejarse,* y luego, cuando el alma conozca experimentalmente que por la Comunión cotidiana aumenta su amor á Dios, y al prójimo por Dios, y que no decrece la reverencia al Santísimo Sacramento, expóngalo á su confesor, y de seguro no la privará de recibir todos los dias el dulcísimo manjar eucarístico (1); y, por último, si el confesor le negare tan precioso don, mortifíquese, resígnese gustosa, pues en ello ganará más que si comulgara; porque si al verse contrariada sintiere turbación y opusiere resistencia, sería espíritu de soberbia y no merecería el Pan de los ángeles. «Cuando temáis molestar á vuestro confesor—dijo San Francisco de Sales—contentaos con comulgar espiritualmente, y, creedme, esta mortificación espiritual, esta privación de Dios, agradará extremadamente al mismo Dios, y El entrará en lo más íntimo de vuestro corazón.» (Sales, lib. III, tít. III, según Scavini.)

Abarcando ahora bajo una sola mirada todo lo expuesto en el presente capítulo, síguese, por conclusión ineludible, que todo cristiano se halla obligado, no precisamente á comulgar cada día, sino á hallarse dispuesto para comulgar cada día, ó sea á no tener en su conciencia pecado mortal (2). Esto último depende de nosotros, auxiliados con la gracia de Dios; lo primero, ó sea comulgar más ó menos veces, estriba en la voluntad del confesor, y mejor es la *obediencia* que las *víctimas.* (S. Thom., p. II, q. 80.)

Hay, sin embargo, almas tan ansiosas de unirse á Jesús sacramentado, que aun comulgando diariamente les parece poco, y se morirían de pena si no les fuera permitido hacerlo muchas veces al día. Mas ¿cómo puede ser esto? ¿Quién obrará el prodigio? He aquí lo que ahora vamos á considerar.

(1) S. Thom., IV sent., d. 12, c. 3 á 1.—S. Ligor., *Prax confess.*, § 4, n. 156.—S. Bonav., *De profess. religios.*, cap. LXXVIII.

(2) Sic vive, ut quotidie merearis accipere; qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere. (S. Agust, *in Matth.*)

CAPITULO XXXI

De la Comunión espiritual.

---

1. Tres modos de comulgar.—2. ¿Es lícito cesar por completo de comulgar?

Pregunta el Doctor Angélico, hablando de la Comunión frecuente, si es útil recibirla cada día, y responde diciendo: *Para todo el que se halle suficientemente preparado, es útil y laudable la Comunión diaria,* (p. III, q. 80, a. 10.) Mas como esto no siempre es posible, ya por razón del tiempo ya por la obediencia, ya por indisposición corporal, ya por otras múltiples razones, la Iglesia nuestra Madre aprueba y recomienda con todo encarecimiento la práctica piadosa de comulgar *espiritualmente* varias veces al día.

1. Con mucha razón y prudencia—dice el Santo Concilio Tridentino (sess., 13, c. 8)—han distinguido nuestros padres, respecto del uso de la Eucaristia, tres modos de recibirla. Algunos la reciben *sólo sacramentalmente,* y asi comulgan los pecadores cuando lo hacen en pecado mortal, pues éstos no aprovechan los frutos del Sacramento. Otros reciben al Señor *sólo espiritualmente,* es á saber, aquellos que, recibiendo sólo con el deseo el Pan celestial, perciben con la viveza de su fe, que obra por amor, su fruto y utilidades. Los terceros (esto es, los que comulgan en estado de gracia) reciben al Señor *sacramental y espiritualmente* al mismo tiempo.

2. De igual manera pregunta el citado Angel de las Escuelas (p. III, q. 80, a. 11), si es permitido dejar enteramente de comulgar, y responde: «De ningún modo, *porque es mandato del Señor, y porque la Iglesia determina el tiempo oportuno de hacerlo.* Por consecuencia, los fieles cristianos están obligados á recibir la Eucaristia *sacramental* ó *espiritualmente.* Jesucristo dijo: *Haced esto en memoria mía. Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros.* (Luc., XXIII, 19. y Joannis, VI, 54.)

Ahora bien; fundados en estos divinos testimonios y en las enseñanzas infalibles de la Iglesia, preguntamos: ¿puede darse en el mundo mayor mal que alejarse los hombres, por su culpa, de la sagrada Eucaristía? ¿Puede darse mayor bien que comulgar sacramentalmente con frecuencia, y repetirlo espiritualmente varias veces al día, según la oportunidad? Como este asunto es de grande interés práctico para la cristiandad en general y para cada uno de los fieles en particular, no pasaremos adelante sin indicar aquí los dos puntos siguientes:

1.° ¿Por qué hay muchos cristianos que se retraen de comulgar?
2.° Cuán grande sea la importancia de la Comunión espiritual.

§ I

DECLÁRASE POR QUÉ MUCHOS CRISTIANOS SE ALEJAN DE LA SAGRADA COMUNIÓN

3. Hoy más que nunca es preciso comulgar con frecuencia.—**4.** Disgustarse de la Comunión es enfermedad del alma.—**5.** Causas de no comulgar frecuentemente.—**6.** Parábola de los convidados á la cena —**7.** Vanas excusas.—**8.** Excusa de no ser dignos.—**9.** Excusa de falta de tiempo.—**10.** Excusa de no sacar provecho.

3. Hoy más que nunca tenemos necesidad de recibir la sagrada Eucaristia y de dar gloria á Jesús sacramentado, porque hoy, más que en otros tiempos, se le abandona y ultraja en el Sacramento de su amor. Sociedades secretas potentes y orgullosas, extendidas como red infernal por toda la haz de la tierra, adoran á Lucifer, abominan á Jesucristo en la divina Eucaristía y le infieren con horrendos sacrilegios las más espantosas injurias. Al mismo tiempo que esto sucede, muchos llamados cristianos, tibios é indolentes, en vez de *inflamar sus corazones en santo ardor y celo por la honra* de Dios sacramentado, permanecen insensibles y casi alejados de la sagrada Mesa, sabiendo que con ella únicamente puede obtenerse la fortaleza y energía necesarias para combatir y extirpar tan execrables abominaciones. Es más; existen muchas almas buenas, pero cobardes y tímidas, que con una humildad mal entendida, ó tal vez con escrúpulos vanos, se abstienen de recibir el manjar eucarístico, con grande perjuicio de su espíritu y gran contento de Satanás.

Y cuando esto sucede, y el Corazón de Jesús llama, y la nece-

sidad insta, y el infierno ruge en torno nuestro para aniquilarnos, ¿es justo, es razonable, es ni siquiera concebible que nos alejemos del convite eucarístico, sabiendo que él, como dijo el Crisóstomo, es *la fuerza de nuestra alma, el nervio del espíritu, el lazo de la confianza, el apoyo, la fortaleza, la salvación, la luz y la vida del hombre?* (1) ¿Hay quien sabiendo esto y presenciándolo con sus propios ojos ose retraerse ó, lo que es peor, disgustarse de recibir en su corazón aquel Pan divino que es la delicia de los ángeles y la fuente de toda perfección y santidad? ¿Hay quien no tenga avidez de alimentarse con aquel suave manjar que da á los *mártires* la fortaleza heroica, á los *solitarios* el ardiente deseo de su perfección y la energía de la perseverancia, á las *vírgenes* la castidad, á los *doctores* la luz y la prudencia, á los *Obispos* y á los *sacerdotes* el celo, á los *misioneros* y á los *religiosos* la devoción, el fervor y la constancia en el bien?

4. ¡Oh! Es terrible la situación en que nos encontramos. Cuando á una persona le disgustan ó no apetece los mejores alimentos, señal es que la corroe alguna enfermedad secreta y muy peligrosa, que si pronto no la remedia, la conducirá á la muerte. Y si esto acontece con el cuerpo, lo mismo respectivamente cabe decir con relación al alma, cuando llega á causarle tedio el manjar divinísimo de la sagrada Eucaristía. Perder el gusto del Pan eucarístico entraña una enfermedad del alma peligrosísima, y si además con esta espiritual inapetencia se vive tranquilo, indiferente y sin inquietud de ningún género... ¡oh! mala señal; bien puede afirmarse de tales almas que están en camino de perderse para siempre.

Es verdad que Dios nuestro Señor puede probar á un alma buena ó castigarla transitoriamente con arideces, sequedades y desgana de comulgar; pero eso es muy distinto, porque no hay culpa suya, y *quiere querer comulgar*, aunque de hecho no sienta devoción sensible, y esté como el que quiere y no quiere. ¡Animo, alma piadosa! gime, sufre, calla, humíllate ante Dios, confiesa tu indignidad, ruega al Señor, insta y comulga, porque indudablemente sacarás gran provecho. No es así cuando el disgusto y las arideces proceden de nosotros mismos y no procuramos poner pronto remedio. Aquí está el mal, y aquí es preciso combatirle con toda la energía de nuestro corazón.

5. ¿Cuál es, de ordinario, la causa de que los hombres frecuenten poco la sagrada Eucaristía? La experiencia lo enseña; es *la falta*

(1) Haec mensa animae nostrae vis est, nervi mentis, fiduciae vinculum fundamentum, spes, salus, lux, vita nostra. (S. Crisost., Homil. XXIV, *in I Cor.*)

de fe, la indiferencia religiosa, la relajación de costumbres y la bobería del espíritu. No busquemos otras causas, pues éstas lo explican todo. Si el hombre creyese y considerase lo que pierde no comulgando, ¿cómo era posible que tal hiciera? Si el hombre no mirara con indiferencia lo celestial, ¿perdería voluntariamente tan ricos tesoros? Si no estuviera sumergido en el lodazal de sus pasiones, ¿podría caer en la demencia de alejarse de Dios y menospreciar su amoroso llamamiento al divino banquete? Si las almas buenas no fuesen bobas en su espíritu, ¿sería posible que perdieran ni un solo día la Comunión? ¿Quién puede calcular la pérdida que entraña una Comunión menos?... ¡Una Comunión menos! ¡Qué desdicha!

El Padre Lacordaire, encontrándose en Sorèze, se dirigió á París con intención de regresar en la misma tarde. Se trataba de su candidatura como miembro de la Academia, y uno de sus amigos le rogó encarecidamente que morara un día más en la capital. La exigencia era tan noble como razonable; mas el buen Padre confesaba los sábados en Sorèze y habría tenido que diferir su regreso hasta el domingo. Todas las glorias y ambiciones del mundo tenían que fracasar: «No—dijo el Padre Lacordaire:—hay penitentes que me esperan. *No puede calcularse el efecto de una Comunión menos en la vida de un cristiano.* Y partió al instante (1).»

6. Sensibilicemos bien lo dicho con una parábola de nuestro divino Salvador. Dice así: «Un hombre rey hizo un gran convite para celebrar las bodas de su hijo, y convidó á muchos; á la hora señalada envió sus criados diciéndoles: «Venid á la mesa, que ya está todo dispuesto»; mas ellos comenzaron á excusarse. Dijo el primero: *He comprado una granja y necesito ir á verla; te ruego que me tengas por excusado.* Dijo otro: *He comprado cinco yuntas de bueyes y quiero ir á probarlos.* Yo—añadió el tercero—*he contraído matrimonio y no puedo asistir al convite.* En suma, todos despreciaron la invitación y se fueron el uno á su granja, el otro á su tráfico, y el Rey, indignado, dijo: «En verdad os digo que *ninguno de esos hombres gustará de mi cena;* y enviando sus ejércitos acabó con ellos y puso fuego á su ciudad.»

¡Terrible lección si queremos entenderla! El hombre rey es Dios; las bodas son las de su Hijo Jesús; la mesa preparada es la Eucaristía; los criados que convidan á los hombres son los llamamientos divinos, por el precepto, por el consejo, por los sacerdotes, por las insinuaciones de la gracia... ¿Por qué rehusan asistir al convite?—

(1) Ortuzar: *Catecismo en ejemplos.*

Tres son las excusas, observa San Agustín: *el orgullo*: «he comprado una granja»; *la avaricia:* «he comprado cinco yuntas de bueyes»; *los placeres:* «he contraído matrimonio.»

7. ¡Vanas excusas! Si has comprado una granja, ¿no podrás ir á verla después del convite? Jesucristo también tenía que ir á la granja, ó sea al Huerto, mas primero estuvo en la Cena eucarística.—¿Dices que tienes que ir á hacer prueba de los bueyes? Pero ¿á qué hora? El Evangelio expresa que el convite fué hecho á la hora misma de la cena? *(Hora coenae)* y el convidado contesta que va á probar los bueyes. ¿A la hora de cenar? ¿De noche? ¡Buena saldría la prueba! Fué una excusa para no ir. Dice el tercero que ha tomado mujer.—Y eso, ¿qué importa? Llévala también á la Cena, y comulgaréis juntos los dos. ¿Hay cosa más edificante que ver dos esposos unidos en la Mesa eucarística?

He aquí un buen ejemplo de las vanas excusas de muchos hombres por no asistir al convite celestial. ¡No consideran que la parábola de Jesucristo termina diciendo que *el Rey envió sus ejércitos y todos perecieron en el fuego!* Y no podía ser de otra manera; porque el alejamiento de la sagrada Mesa disminuye las gracias divinas, fortalece á los enemigos del alma, las pasiones se desbordan y la pobrecita alma cae como adormecida en las llamas eternas. Oigamos cómo razonan dichos hombres:

8. Yo—dice uno—me considero indigno de comulgar: temo hacer un sacrilegio.—Haces bien en temer, si no te preparas como es debido. Pero ¿quién te impide prepararte?—¡Es que como se necesita tanto!...—Se necesita *querer*, y nada más; pues el que en verdad quiere, hace lo que puede y Dios no le exige otra cosa. ¿Estás en pecado mortal? Sal de él con una buena confesión, que á eso estás obligado, antes que á nada del mundo.—Sí; pero aun después de eso, como el recibir á Dios es una cosa tan grande, yo reconozco que no soy digno.—Es verdad; pero si á eso vamos, ¿quién habrá en el mundo que lo sea? Nosotros no somos dignos de recibir á Dios, pero Dios se digna venir á nosotros para hacernos dignos, ó para que seamos menos indignos. Si hubiéramos de aguardar á ser dignos, no comulgaríamos jamás, y la institución del Santísimo Sacramento sería inútil; por eso la Iglesia nuestra Madre, después de mandarnos comulgar, luego, cuando llega el momento de hacerlo, hace que nos humillemos y que aun los más santos repitan por tres veces: *Señor, yo no soy digno.*

—Es verdad todo eso—suelen contestar;—pero es que yo temo recibir el Sacramento para mi condenación.—«¿Y no temes—con-

testa San Francisco de Sales—ser condenado por no recibirle? Si lo haces mal, comulga con frecuencia lo mejor que puedas, para aprender á hacerlo bien. Todas las cosas se aprenden á fuerza de repetirlas muchas veces.» (Sales: *Espíritu*, p. XI, cap. IX.)

Con efecto, así es. La frecuente Comunión es la mejor de las disposiciones para comulgar. Una Comunión es una acción de gracias de otra Comunión, y la Comunión de hoy es buena preparación para la de mañana... Acontece lo mismo que en las oraciones; cuanto más oramos, más sabemos orar y más gusto hallamos en la oración. El mismo uso de la Eucaristía es el que nos ha de poner en estado de comulgar más dignamente.

9. —Es el caso—dice otro—que yo tengo gusto en comulgar, y si en mí estuviera, lo haría con frecuencia; pero mis negocios son muchos y mis trabajos no pocos.—¡Válganos Dios! ¿Hay algún negocio más urgente que el del alma? ¿Hay alivio mayor para los trabajos que unirnos por la Comunión al que es Ayudador por excelencia? *Venid á mí*—dice el Señor—*todos los que estáis cargados de tribulaciones, que yo os confortaré.* ¡Oh! ¡Cuántos sinsabores se le quitarían al hombre si recibiera frecuentemente el Pan eucarístico!

—Pero si es—añaden otros—que no tenemos voluntad propia, porque estamos bajo la sujeción de los superiores, que en manera alguna lo permiten.—Concedemos que así sea, y que algunas veces será preciso obedecerlos y privarse de la Comunión; pero oye, cristiano, lo que sobre este punto dijo el gran San Francisco de Sales: *Si te portas con prudencia, ni padre, ni madre, ni marido, ni mujer podrán estorbarte que comulgues á menudo...; en esto hay que hacer lo que aconseje ó mande el padre espiritual. (Vida devota,* cap. XX, *De la frec. Com.)*

10. —Por último—dirá tal vez alguno,—yo no comulgo con frecuencia, porque estoy viendo que luego vuelvo á pecar, y me quedo lo mismo que estaba antes.—¿Sí? ¿Es verdad eso? Pues mira, entonces no comas cada día, porque después tornas á sentir el hambre, y te quedas como estabas. ¡Qué argumento! ¿Quién ha dicho que la Comunión nos hace impecables? Es verdad que nos preserva mucho de caer, y aun nos hace adelantar en la virtud; pero ¿está en nostros conocer siempre esto? Lo mejor en este particular es no hacernos jueces de nuestras Comuniones; dejemos que juzguen y fallen aquellos que para nosotros ocupan el lugar de Dios. Seamos humildes; obedezcamos al confesor, y esto basta.

No se puede dudar de los grandes provechos que nos proporciona el comulgar con frecuencia especialmente para que el alma no

se corrompa con las miserias dela vida. «Las guindas, albaricoques y fresas—dijo el Santo autor de la *Vida devota* (cap. XX)—se corrompen muy pronto; pero estando confitadas en azúcar ó en miel, se conservan fácilmente todo el año, y lo mismo sucede con nuestros corazones cuando están confitados con la Carne y Sangre incorruptible del Hijo de Dios.»

Así, pues, lo mejor para no pecar es comulgar; para crecer en santidad, comulgar; y para conservarse en ella, comulgar (1). De este modo lo han entendido siempre las almas buenas, y por eso no sólo comulgan diariamente, sino que quisieran estar siempre comulgando. Ya se comprende que esto no puede ser sacramentalmente; mas la bondad divina se ha dignado saciar su hambre de Dios, estableciendo en su Iglesia la *Comunión espiritual*, como diciendo á todos, con David: *Abrid vuestra boca y yo la llenaré* (2). Veamos cuán rico tesoro nos dejó el Señor en este nuevo modo de recibirle en nuestro corazón.

§ II

DE LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

11 Deseos de comulgar.—**12**. Naturaleza de la Comunión espiritual.—**13**. Provechos que reportan.—**14**. Facilidad de hacerla.—**15**. Actos que requiere.—**16**. Modo práctico de hacerla.—**17**. Resumen y conclusión.

11. Después de la Comunión sacramental, no hay cosa que más consuele á las almas buenas que la dulce, tierna y amorosa devoción de *comulgar espiritualmente*. Cáusales pena que la acción de recibir al Señor sacramentado pase con tanta rapidez, y que, destruidas las especies sacramentales, desaparezca de sus corazones la humanidad sacrosanta de Jesús. Saben muy bien que, á causa de los pecados veniales cometidos diariamente por la fragilidad nativa, se disminuye en su espíritu el fervor de la caridad divina; y como no hallan medio más propio para restaurar esas quiebras que la sagrada Comunión, por eso, no pudiendo recibirla

(1) Sólo hay que tener presente que sea *con licencia del confesor*, y si se trata de monjas que deseen comulgar más días de los marcados en las constituciones de su monasterio, aténganse á la licencia *del confesor ordinario, y no á las del director de su conciencia*. (De licentia confessorii ordinarii, et non directoris, praevia participatione praelati ordinarii. S. Congregat. 14 de Abril de 1725.)

(2) Dilata os tuum, et implebo illud. (Psalm. LXXX, 11.—Véase el Tridentino, sess. 13, c. 8.)

sacramentalmente á cada hora, suplen su efecto comulgando *en espíritu.* ¿Cómo se hace esto? ¿En qué consiste su esencia?

12. Llámase COMUNIÓN ESPIRITUAL *el deseo ardiente de recibir el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo, tal como se halla en el Sacramento de la Eucaristía;* es el acto de nuestra voluntad, uniéndose á Jesús sacramentado, entregándose á El, adorándole y amándole como si realmente se le hubiera recibido bajo las especies sacramentales; es corresponder al llamamiento del divino Salvador cuando dijo: *Mis delicias son el estar con los hijos de los hombres;* es proporcionarle á Jesús ese gozo y á nuestra alma gran provecho. La *Comunión espiritual* es tan agradable á Dios, que muchas veces ha querido manifestarlo hasta con milagros. Clarísimo fué el que aconteció á la venerable Juana de la Cruz, pues el Señor se dignó manifestarla que todas cuantas veces ella comulgaba espiritualmente, recibía en su alma la misma gracia que si hubiera recibido en realidad el Santísimo Sacramento (1).

13. Ya se comprende que, en igualdad de disposiciones y circunstancias, recibirá el alma más gracias comulgando *sacramentalmente, por virtud del Sacramento mismo* (*ex opere operato*), pues en la Comunión espiritual la gracia que se obtiene es sólo *por razón del que obra* (*ex opere operantis*); sin embargo, tal puede ser el deseo, y la fe, y la caridad, y el fervor del que comulga en espíritu, que aventaje en mucho al que tibia y remisamente recibe la sagrada Eucaristía.

Son indecibles los provechos que trae á las almas este piadoso ejercicio, pues cuando se hallan legítimamente impedidas de alimentarse con el Pan de los ángeles, forman un altar dentro de sí mismas, avivan su deseo de recibirle y con la intención pura y la voluntad devota perciben la suavidad y el fruto del Sacramento. Y como esto pueden repetirlo muchas veces al día y siempre que quieran y con igual provecho, sin que haya ocasión de vanagloria y sin permiso de los confesores, calcúlese el inmenso tesoro que tenemos en la Comunión espiritual. La bienaventurada Agueda de la Cruz, religiosa dominica, de tal manera ardía en el amor y deseo del Santísimo Sacramento, que si su confesor no la hubiera enseñado este modo de comunión espiritual, le parecía imposible vivir; y en conformidad con esto comulgaba espiritualmente cien veces cada día y otras cien cada noche. (Parra, *De Eucaristía,* plát. XII.)

(1) Martínez de la Parra, *De Eucharistia,* plat. XII.

También leemos de la Beata Margarita María de Alacoque que el divino Salvador le habló de esta manera: «De tal modo me agrada que un corazón desee recibirme en mi Sacramento de amor, que cuantas veces tiene estos afectos, otras tantas le atraigo amorosamente hacia mí.» (Ortúzar.)

¿Hay quien se queje de ser pobre en bienes espirituales teniendo á su disposición la fuente inagotable de todos ellos?

14. Y lo más consolador es la facilidad y frecuencia con que dicha comunión espiritual puede hacerse, pues basta que el alma con piadoso afecto desee unirse á Jesús sacramentado, y le adore y ame como si realmente le hubiera recibido, para que disfrute de los suaves deleites y gracias que otros reciben en la Comunión Sacramental. Claramente lo expresó el sagrado Concilio de Trento, diciendo que *comulgan en espíritu aquellos que resiben el Pan celestial con el deseo y preparación de sus corazones, y por medio de una fe viva, animada de la caridad, perciben el fruto de él, aunque no le puedan recibir sacramentalmente.*

15 Tres cosas, como se ve, exige el santo Concilio para hacer cual conviene la comunión espiritual: 1.ª *Un acto de fe,* considerando á Jesucristo realmente presente en la Sagrada Eucaristía.—2.ª *Un acto del entendimiento,* figurándose como asistiendo á la sagrada mesa y recibiendo la santa Hostia de manos del sacerdote.—3.ª *Un acto de acción de gracias,* lo mismo que si en verdad hubiera comulgado sacramentalmente. Todo esto radicando en el *estado de gracia,* pues si el alma estuviere en pecado mortal, es preciso que haga un acto de verdadera contrición para no perder los frutos de la comunión espiritual; que por eso el Tridentino exige *fe viva* ó sea *informada por la caridad.*

Y consuela mucho saber que tal modo de comulgar en espíritu y en deseo puede realizarse lo mismo en casa que fuera de ella; lo mismo una vez que ciento en cada día; lo mismo antes que después de comer; lo mismo por la mañana que por la tarde, si bien es cierto que el tiempo más oportuno es en la santa Misa y cuando el sacerdote comulga; pues entonces se muestra el Señor presente á nuestros ojos bajo las especies sacramentales y es más fácil que nuestro corazón se inflame en amor ardiente hacia su divina Majestad (1).

En cuanto á la manera práctica de realizar devoción tan su-

(1) Véase Scaramelli: *Directorio Ascético,* tr. I, n. 441, y el P. Rodríguez, tratado XVI, cap. XV.

blime, hállase determinada en multitud de libritos piadosos; y porque éste no carezca de ella, copiamos de un devoto asceta la fórmula siguiente:

16. «Llegado el momento de hacer la comunión espiritual, da una ojeada á tu propia conciencia, y si te hallares reo de alguna culpa mortal, procura ponerte en gracia de Dios con un acto de contrición; y luego con gran reverencia exterior y recogimiento de espíritu, dirás: «¡Oh Jesús y Redentor mío! Yo creo firmemente que estáis en realidad presente en el Santísimo Sacramento de vuestro amor, en donde habéis querido quedaros hasta el fin de los siglos, para ser Víctima de expiación por nuestros pecados y alimentar nuestras almas con vuestro Cuerpo y con vuestra Sangre preciosísima. ¡Oh! ¡Qué dichosos son los que, revestidos de la rica vestidura de la gracia, se acercan á tan soberana Mesa y toman parte en este celestial convite! ¡Oh! ¡Qué dichoso sería yo si pudiese en este momento ser del número de estas almas amigas vuestras y recibiros en mi pecho! Mas ya que no soy digno de tan soberano don, aceptad por lo menos estos mis deseos, y haced que mi pobre alma recoja las sobras de este celestial convite, concediéndole alguna partecita de los riquísimos frutos espirituales que comunicáis á los que dignamente os reciben!

»Luego imagínate que le recibes en efecto, quedándote en silencio: adórale profundamente como si estuviera en tu corazón: dale gracias y pídele que te enriquezca con sus dones, considerándole en cada uno de los días de la semana bajo un título diferente. El domingo como á *Santificador* de las almas: el lunes como á tu *Rey* y *Señor:* el martes como á *Esposo* de tu alma: el miércoles como á tu *Pastor:* el jueves como á tu *Juez:* el viernes como á tu *Redentor:* y el sábado como á *Médico* celestial, pidiéndole cada día alguna gracia correspondiente á aquel título. Por este medio hallarás en la comunión espiritual un tesoro inagotable con que enriquecer tu alma con los más preciosos dones. No tendrás la dicha de acariciar en tus brazos al divino Infante, á semejanza de San José, pero sí podrás considerarle encerrado dentro de tu corazón.»

Tal es la práctica usual ordinaria que conocen todas las personas devotas, y que puede servir, ya como preparación para comulgar sacramentalmente, ya para visitar entre día con fruto el Santísimo Sacramento.

17. Ahora, resumiendo en breves palabras todo lo dicho, sacamos por consecuencia que es sobremanera interesante acudir

frecuentemente á la fuente de la gracia y de la misericordia, que es la Mesa eucarística. No hay peor enfermedad para el alma que llegar á no tener apetito de recibir el sagrado Pan de los ángeles: que el enemigo de las almas, sabiendo el grandísimo fruto y remedio que hay en la sagrada Comunión, trabaja cuanto puede, sin perder medio ni ocasión de retraer y estorbar á los fieles devotos; que los pretextos que muchos suelen poner para cohonestar su desvío del manjar eucarístico, son excusas vanas, que no tienen razón de ser y que no serán admitidas delante de Dios; que son incalculables los daños que de ello se siguen, tanto á ellos mismos como á las familias y á las sociedades en general: que cuando el hombre se hallare legítimamente impedido, debe tener siempre buena voluntad y devota intención de comulgar, para no carecer del fruto del Sacramento; que el mismo deseo de recibir al Señor hace veces de Comunión y produce en nuestra alma hermosísimos frutos, en ocasiones tan copiosos y más que si realmente se comulgara.

Concluyamos, pues, con el piadoso Kempis, diciendo: «¡Oh inefable gracia! ¡Oh maravillosa bondad! ¡Oh amor sin medida, singularmente reservado para el hombre! ¿Qué daremos al Señor por esta gracia, por esta caridad tan grande? No hay cosa más agradable que le podamos dar que nuestro corazón todo entero, para que esté unido con El íntimamente... *Si tú quieres, Señor. estar con nosotros, nosotros queremos estar contigo. Este es todo nuestro deseo, estar unido á ti en tiempo y eternidad.*» (Libro IV, cap. XIII.)

CAPÍTULO XXXII

Disposiciones para comulgar dignamente.

---

1. Importancia de este capítulo.—**2.** Modelo de óptima preparación.

Una de las enseñanzas más necesarias á todo cristiano es la relativa á las *disposiciones para comulgar digna y fructuosamente.* Mucho se falta en esto y mucho lo descuidan aun al gunas personas buenas, por lo cual entendemos que toda solicitud es poca, si se ha de explicar cual conviene asunto de tal importancia. Ponen por ejemplo de hermosa preparación para comulgar con fruto, el practicar, en sentido místico, los mismos actos que el pueblo de Israel practicó cuando fué alimentado milagrosamente por Jesús en el desierto.

2. Allí tenían las gentes grande hambre, ó sea vehementes deseos de alimentarse; aquí debemos llevar en el corazón deseos fervorosos de recibir el Pan eucarístico.

Allí siguieron á Cristo por tres días, olvidándose de todo; aquí debemos dejar á un lado todas las cosas y seguir con fe á Jesucristo, por tres cosas, á saber: por la vía *purgativa*, *iluminativa* y *unitiva;* ó por las tres partes de la penitencia: *confesión*, *atrición* y *satisfacción:* ó por las tres virtudes teológicas: *Fe*, *Esperanza* y *Caridad.*

Allí se colocaron en el suelo, deponiendo todo cuidado, sin atender más que á satisfacer su necesidad; aquí debemos humillarnos hasta la tierra, desechando todo pensamiento impertinente que nos distraiga de las delicias eucarísticas.

Allí, concluida la mesa, dieron gracias al Señor por el beneficio recibido; aquí, habiendo comulgado, debemos mostrar á Dios nuestro agradecimiento por favor tan insigne.

Allí recogieron cuidadosamente los fragmentos del pan sobrante, para que no hubiera desperdicio; aquí debemos recoger con grandísimo esmero los propósitos, las ilustraciones, los afectos piadosos

que en la Comunión recibimos, ya para meditarlos después muchas veces, ya para ponerlos en práctica y que no recibamos en vano la gracia del Señor.

Verdaderamente, estos cinco puntos indicados darían materia abundante para determinar cuanto es preciso en la Comunión digna y fructuosa (1); mas proponiéndonos ahora, ante todo, la sencillez y claridad, tenemos por mejor declarar en párrafos separados dos cosas:

1.ª Las disposiciones necesarias que debe llevar el alma.
2.ª Las que deben acompañar al cuerpo.

§ I

DISPOSICIONES DEL ALMA PARA COMULGAR DIGNAMENTE

3. La fe como preparación remota.—**4.** Adoramos sin ver, pero no sin conocer.—**5** Se requiere estado de gracia.—**6.** ¿Qué se exige al que no le tenga?—**7.** Enseñanza del Tridentino.—**8.** Razones de congruencia.—**9.** Casos en que basta un acto de perfecta contrición.

3. La primera de todas las disposiciones que debe llevar el alma para comulgar dignamente es *la fe*, pues ya sabemos que *sin fe es imposible agradar á Dios*, y sería sacrilegio recibirle. A esta disposición pudiéramos llamar *preparación remota*, pues sólo consiste en estar suficientemente instruídos en los principales misterios de la fe, en especial lo que concierne á los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía (que hay que saberlo, á lo menos de un modo general), y además en creer con firmeza las verdades de la fe, sobre todo la real presencia de Jesucristo en el Pan eucarístico. Y nótese bien que tanto mayor será el fruto del gran Sacramento, cuanto más fiel y vivamente creamos (2).

Jesucristo en la Eucaristía es en realidad un *Dios escondido* (3), y quiere ser adorado sin ser visto; quiere que nos alimentemos de El con fe firme é inquebrantable; quiere que no nos sentemos á su mesa sin este requisito; quiere por este medio acrecentar nuestros méritos y que practiquemos un acto de religión perfectísimo:

(1) Véase nuestra obra *La Vida feliz*, tomo IV: *Preparación para comulgar.*

(2) Tanto quippe illud sumimus cappacius, quanto id et fidelius credimus. (San August., serm. 140 *de Tempore.*)

(3) Vere tu es Deus absconditus. (Isa., XLV, 15.)

quiere, en suma, que cuando vayamos á comulgar, nos acerquemos, como encarga San Pablo, *con plenitud de fe* (1), que es cabalmente lo que recomienda nuestro Catecismo por estas palabras: *¿Qué debemos pensar antes de comulgar?--Quién viene en el Sacramento, á quién viene, cómo y con qué fin viene.* ¡Qué hermosa sería nuestra Comunión si antes pensáramos bien y dijéramos: «Todo un Dios de cielos y tierra se digna estar presente en el Santísimo Sacramento, se digna venir á mi pobre corazón, se digna venir lleno de amor, velado y misterioso; se digna comunicarme toda su vida, todo su espíritu, todo su ser divino; se digna unirme íntimamente á sí, para deificarme cuanto es posible á mi pobre condición y deseando permanecer conmigo hasta la consumación de los siglos!» (2).

4. No es decir con esto que nuestra fe haya de ser ciega, y mucho menos irracional. Adoramos sin ver, pero no sin conocer; lo que adoramos lo conocemos por la fe, por la revelación, por la tradición, por la Iglesia, por los milagros... y nada hay más probado que la real presencia de Jesús en el Sacramento del amor.

No se requiere, para comulgar con fruto, ni elevación de entendimiento, ni sublimidad de ingenio, ni penetrar en las profundidades del Misterio eucarístico, sino únicamente fe firme, fe viva, fe reverente y humilde; pues de ella surge como de su fuente la esperanza estable, la caridad ardiente, la devoción sincera y el deseo insaciable de estar siempre comulgando y siempre uniéndose más y más á Cristo nuestro Señor.

A la manera que los nadadores, cuando se sumergen en aguas profundas, cierran los ojos y la boca y oprimen los labios, conteniendo la respiración y dejando sólo abiertos los oídos, así también el cristiano que ha de comulgar es preciso que en tan soberano Misterio no dé crédito á sus ojos, ni al sabor de la boca, ni al juicio de la razón natural, sino que únicamente deje abiertos los oídos, porque *la fe entra por el oído*, y el oído se ha de guiar por la palabra de Dios. ¿Qué dice la palabra de Dios? Dice: ESTE ES MI CUERPO; y oyendo esto, basta: no es necesario pasar adelante.

¿Queremos comulgar dignamente? Tengamos grande fe, y digamos con el glorioso San Bruno: *Creo que el pan y el vino consagrados en el altar son el verdadero Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo.* (En su *Vida.*)

---

(1) Accedamus cum vero corde, et in plenitudine fidei. (Hebr., X, 22.)
(2) Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem saeculi.

5. Mas la fe sola, ¿es suficiente para comulgar? No, en manera alguna, pues el Sagrado Concilio de Trento definió (sess. 13, c. 11) contra Lutero y Calvino, que se requiere además el *estado de gracia*. Esta es la principal é indispensable preparación. Ninguno debe acercarse á la sagrada Mesa con la conciencia manchada por el pecado mortal, y si alguno fuere osado á hacerlo, ya lo dijo el Señor, *será atado de pies y manos y arrojado á las tinieblas del infierno, y allí será el llanto y el crujir de dientes*.

La Sagrada Eucaristía es el Sacramento *santo* por excelencia; en él se contiene el Dios de la pureza y de la santidad, y no se ha de olvidar que las cosas santas son para los santos, y no es lícito de modo alguno arrojarlas á los animales inmundos, es decir, á los pecadores indignos (1). Siendo el manjar eucarístico un Sacramento de *vivos*, ¿quién no ve la imposibilidad de que le reciban los muertos? El alma en pecado mortal está muerta para Dios, y depositar en ella el Pan vivo bajado del cielo, es profanarle impíamente, es cometer horrendo sacrilegio.

6. ¿Qué debe, pues, hacer quien desee comulgar y se halle con la conciencia manchada en cosa grave? El citado Concilio de Trento nos da la contestación, diciendo: *Para que no se reciba indignamente tan grande Sacramento, y por consecuencia sirva para muerte y condenación, establece y declara el santo Concilio que los que sientan gravada su conciencia con pecado mortal, por contritos que se crean, deben, para recibirle, anticipar necesariamente la confesión sacramental, habiendo confesor. Y si alguno presumiere enseñar, predicar ó afirmar con pertinacia lo contrario, ó defenderlo en público, quede por el mismo hecho excomulgado.* (Sess. 13, cap. VII, c. 11.)

7. Mucho deben mirar los fieles este sagrado canon de la Iglesia, para no exponerse á errar en cosa de tanta importancia. En él se establece primeramente que si alguno tuviera la osadía de comulgar con pecado grave en su conciencia, *la misma comunión le serviría de eterno suplicio* (2). Expresa, en segundo lugar, que para acercarse á la sagrada Mesa debe antes el alma *purificarse mediante la absolución sacramental, sin que baste formar un acto de contrición*, por perfecto que se le suponga. Y para que en este punto no haya evasiva, advierten los doctores que el precepto de confesión previa no es solamente precepto eclesiástico, sino también *divino*, puesto que el Apóstol atestigua, en su Epístola pri-

(1) Vere panis filiorum, non mittendus canibus. (In seq. *Lauda Sion.*)

(2) Qui enim manducat et bibit indigne, judicium sibi manducat et bibit; esto es, se acarrea su condenación. (I Cor., XI.)

mera á los de Corinto (cap. XI), que esa enseñanza la ha recibido de Dios.

8. Esto mismo se muestra evidente por razones de congruencia que se ostentan claras á los ojos de todos. Si José de Arimathea, para envolver el cuerpo de Jesucristo hizo uso de una sábana limpia; si el sepulcro donde le depositó fué abierto en peña viva, sin que antes hubiera servido para otro cadáver, para mayor limpieza; si los corporales del altar donde ha de ser colocada la santa Hostia han de ser de lino blanco y puro, y no de lana, ni de algodón; si la patena y el cáliz han de ser de plata ó de oro purísimo... ¿con cuánta más razón habrá de ser limpia y pura el alma que ha de recibir al Señor y ha de quedar *unida con la misma humanidad sacrosanta de Jesús*? Si cuando un corporal está sucio, *se lava, se retuerce y se seca*, para que pueda colocarse en él la sagrada Forma, ¿qué diremos del alma manchada, sino que primero se ha de lavar con las lágrimas de la confesión, retorcerse con las obras de penitencia, y secarse con el fervor del amor divino para que no le quede ni el jugo del amor terreno?

Es más: si Jesucristo, cuando sus discípulos, en la noche de la Cena, habían de comulgar, se humilló hasta el extremo de lavarles los pies para que estuvieran limpios antes de recibir su Carne y su Sangre, ¿es posible que no le horrorice ver que un pecador, con el corazón manchado por el crimen, tiene la audacia de aproximarse á la sagrada Mesa, cual otro infame Judas?

9. Mas dejando este punto, porque no hay quien le ignore, sigamos considerando el canon citado del Concilio Tridentino. Dice que *si hubiere necesidad apremiante de comulgar*, y el fiel, hallándose en pecado grave, no tuviera confesor, debería hacer antes *un acto de contrición perfecta*. Raro es este caso en el común de los fieles; sin embargo, como puede ocurrir, bueno es que lo sepan y lo consideren.

Supongamos que hallándose un fiel en el templo, observa que varios impíos intentan apoderarse del Santísimo Sacramento para profanarle; ¿podrá anticiparse y sumir la sagrada Hostia, aun en el caso de reconocerse gravado con culpa mortal? - Es indudable que *puede y aun debe*, sin más diligencia que procurar excitarse á contrición, según la urgencia del momento.

Y como igual necesidad puede ocurrir en otros varios casos análogos, es cosa cierta que, faltando el confesor, ó el tiempo, y urgiendo gravemente la Comunión, puede el cristiano comulgar con solo hallarse contrito y aun dudando de su estado de gracia.

En resumen, es de absoluta necesidad para comulgar dignamente que el alma se halle con pura conciencia, ya por no haber cometido pecado grave, ya por haber precedido confesión y absolución sacramental, ya por un acto de contrición perfecta. Vengamos ahora á las disposiciones por parte del cuerpo, que son de suyo fáciles de obtener y muy importantes para la práctica.

§ II

DISPOSICIONES CORPORALES PARA COMULGAR DIGNAMENTE

10. Ayuno eucarístico —**11**. Cuándo se infringe el ayuno.—**12**. Aclaraciones prácticas.— **13**. Excepciones.—**14**. Cuál ha de ser el ornato exterior.—**15**. Abusos comunes.—**16**. Resumen y conclusión.

Dos son las condiciones que debe llevar en el cuerpo la persona que quiera comulgar dignamente, á saber: *ayuno natural* y *limpieza y decencia en el vestido y ornato exterior;* lo primero es *de precepto eclesiástico,* lo segundo *de ley natural*, y ambas cosas obligan en conciencia. ¿Cómo debe entenderse el ayuno? ¿Qué exige la composición en el ornato exterior? Esto es lo que ahora vamos á considerar (1).

10. AYUNO EUCARÍSTICO. —Entiéndese por ayuno eucarístico la *abstinencia completa de toda comida*, *bebida ó medicina después de media noche.* Es decir, que á todo el que haya de comulgar le obliga, bajo pecado grave, no tomar alimento alguno desde las doce de la noche precedente al día de la Comunión.

Esta prohibición no es por derecho divino, puesto que Jesucristo distribuyó el Pan eucarístico á sus discípulos en la noche de la Cena, sin que estuvieran en ayunas; mas no por eso obliga menos, pues, como juzgó San Agustín, es de derecho apostólico, expresado y preceptuado por la Iglesia en varios de sus Concilios (2). Es precepto grave y no admite parvidad de materia, *ni por parte de la cosa tomada, ni por parte del tiempo en que se tome.* Al que tomare una sola gota de agua, ó de alimento, ó de medicina, por poco que sea, le está prohibido comulgar, bajo pecado grave. Y esto—dijo

(1) Lege naturali postulatur, ut ad S. Sacramentum accedatur in decenti et mundo habitu; cuantum conditio personae et circunstantiae permittunt. (Lehemkhul, n. 159.)

(2) S. Agust., Epist. 54 *ad Januar.*—Véase Lehemkhul, *De Eucharist.*, n. 159, y S. Thom., p. III, q. 80 a. 8.

el Angélico Doctor—es muy congruente; primero en honor del Santísimo Sacramento porque no es reverencia que entre el Señor en el hombre cuando ha tomado alguna comida ó bebida; segundo, á causa de su significación, para hacernos entender que Cristo y su caridad divina es lo primero que ha de establecerse en nuestros corazones, según aquello de San Mateo (VI, 33): *Buscad en primer lugar el reino de Dios:* tercero, por los desórdenes que los hombres suelen tener en sus alimentos, para que nada desdiga de la dignidad de Sacramento tan augusto.

Por parte del tiempo no puede dispensarse ni un solo minuto. Tan luego como haya sonado la primera campanada del reloj, no se puede tomar nada, pues impediría la Comunión. En el concurso de varios relojes discordantes entre sí, promueven algunos cuestiones sutiles, pero todas ellas desaparecen en la práctica absteniéndose de tomar nada un cuarto de hora antes de las doce (1). Cuando no hay necesidad urgente de comulgar, esto es lo más seguro y lo más conveniente al común de los fieles.

II. Algo más difícil es determinar cuándo y cómo, ó sea *con qué cosas* se infringe el ayuno; y para esclarecer las ideas sobre este punto, decimos: Lo prohibido es *que se tome algo extrínseco; que sea por razón de comida ó de bebida, y que sea cosa digerible.*

Hagámoslo sensible con el siguiente diálogo: Trátase de una persona timorata que, rayando en escrupulosa, toma por su cuenta á un confesor y le dice:—Padre, tengo muchas dudas sobre el ayuno exigido para comulgar, y las traigo apuntadas en este papelito.

1.ª La sangre procedente de la cabeza, de las encías, ó del interior de la boca, ¿rompe el ayuno?—No; porque proviene del *interior;* otra cosa sería si fuese originada de un dedo.

2.ª Pues en ese caso, Padre, las reliquias de los alimentos que permanecen adheridas á los dientes, como traen su origen del *exterior*, si se degluten, ¿impedirán comulgar?—Así opinan algunos moralistas, pero otros no menos respetables opinan lo contrario; y por lo mismo, te aconsejo (con el Cardenal Lugo y Benedicto XIV) que si notas con la lengua dichas pequeñas partículas de alimento, procures arrojarlas; pero no tienes obligación de hacer diligencias para buscarlas, porque eso te llevaría á caer en escrúpulos; y si por ventura descuidadamente pasaran al estómago, no importa, pue-

(1) Véase Scavini y Lehemkhul, *De Euchar.*

des comulgar con segura conciencia (1); pues eso sería, *no por modo de alimento*, sino como saliva.

3.ª Precisamente, Padre, esa es mi tercera duda. La saliva, ¿puede tragarse? Si viene un mosquito y de repente se hospeda en mi estómago, ¿podré comulgar? ¿Y si es nieve? Y si es una gota de agua que pasa al lavarme, ¿qué haré?—¡Bendito sea Dios! ¡Cuántas pequeñeces contrarían á una pobre alma cuando trata de acercarse á la sagrada Mesa! Oyeme con atención.

12. Dícese que para que una cosa rompa el ayuno natural ha de ser tomada *por modo de comida ó de bebida;* porque, según el común sentir de los hombres, esto es lo único que se opone al ayuno. La saliva, ¿es por ventura bebida ó comida?—No.—Cuando el polvo, los mosquitos ó cualquiera otra substancia se interna involuntariamente en nuestra garganta y pasa al estómago, ¿decimos que comemos?—No, eso es por modo *de aspiración.*—Cuando una gota de agua, sin pretenderlo ni quererlo nosotros, se desliza por la lengua, ¿decimos que bebemos?—No. Luego estas cosas y otras análogas que suelen acontecer contra nuestra voluntad, no impiden el que el alma piadosa reciba tranquilamente la Comunión sagrada.

4.ª Bien, Padre mío; pero aún se me ofrece otra duda. Yo padezco de continuos dolores de cabeza, y, por consejo de los médicos, tomo un poquito de polvo de tabaco por la nariz, y algunas veces, sin poderlo remediar, pasan algunas partículitas al interior. —Cuando esto me ocurra, ¿habré de suspender la Comunión?—No, ciertamente; porque no es por modo de comida, sino *por modo de atracción* (2).

5.ª Dios le pague tanta paciencia, Padre, y termino, preguntándole:—Si alguna vez me pusiere un alfiler en la boca, ¿sería irreverencia ó impedimento para comulgar?—De ninguna manera; y aunque dicho alfiler pasara al estómago, no rompería el ayuno. Todas las cosas que no son digeribles, como son los cabellos, metales, vidrios, hilo, lana, no se oponen al ayuno natural, y jamás se ha de formar escrúpulo.

13. ¡Ah! Mire usted; me olvidaba hacerle otra pregunta. No

---

(1) Esta cuestión puede verse minuciosamente tratada en Scavini, Lehemkhul, S. Thom., p. III, q. 80, a. 8 ad 4.—Benedicto XIV, *De Sacrif. Missae*, lib. III, capítulo XII.—Ligor., *Homo Apost.*, tract. XV, n. 36.—Suárez, Laymano y otros.

(2) Per modum atractionis per nares tabacum sumitur: quare etsi granum aliquod per accidens in faucibus haerens deglutitur, Sacra Communio non impeditur. (S. Ligor.)

me refiero á las personas gravemente enfermas, pues esas ya sé que pueden comulgar por modo de Viático, aunque no estén en ayunas, y también sé que les es permitido beber agua inmediatamente después de recibir al Señor; pero á los que nos encontramos en completa salud, ¿nos será permitido tomar algún alimento ó bebida á continuación de haber comulgado? – No, señora; eso sería irreverencia, á menos que haya justa y razonable causa. A los gravemente enfermos dispensa la Iglesia la ley del ayuno natural cuando no pueden observarle cómodamente al recibir á su divina Majestad, y lo mismo les permite tomar algún líquido después, ya para facilitar la deglución de la sagrada Forma, ya para evitar alguna otra irreverencia; mas en el común de los fieles en buena salud es irreverente tomar alimento antes que se hayan consumido las especies sacramentales, porque seria falta de respeto al Santísimo Sacramento y se pecaría venialmente. (S. Ligor., n. 283.) Por eso, no habiendo verdadera necesidad, se ha de esperar á que pasen ocho á quince minutos, y lo mismo para arrojar la saliva, no sea que aún quede alguna partícula en la boca y se profane el Cuerpo del Señor (1).

Esto es, en substancia, lo que más importa saber respecto del ayuno eucarístico, y las cautelas que se han de observar para comulgar digna y reverentemente. Concluyamos indicando algo de la composición del cuerpo y del ornato exterior que se ha de llevar al recibir la sagrada Eucaristía.

14. ORNATO EXTERIOR.—¡Bendito seáis, Señor! ¡Cuán paciente os mostráis con muchos de los que se acercan al sagrado convite! ¡Parece, buen Dios, que no tenéis ojos, ó que se hallan enteramente cubiertos con el velo de vuestra misericordia! Recomendado está que todo el que se siente á vuestra Mesa sagrada lleve vestidura nupcial; esto es, además del estado de gracia, modestia en los ojos, aseo en el rostro, limpieza en el vestido, sencillez en los adornos, naturalidad en los cabellos..., pues á todos fué dicho por San Pablo (I Cor., VI): *Glorificad á Dios, y llevadle en vuestro cuerpo.* Recomendado está que para tan solemne y augusto acto se supriman

(1) Omnes conveniunt congruum quidem esse, ut communicantes per aliquod temporis intervallum abstineant ab expuendo... An liceat edere vel bibere post Communionem?—Hoc non admitit Croix, cum Suar., Aversa, Quarti et Dicast., nisi adsit aliqua causa; nam talis comestio, dum adhuc in stomacho perseverant species consecratae, ab aliquam irreverentiam non excusatur a culpa veniali. (S. Ligor.: *De Euchar.*, n. 283.) No obstante lo dicho, si alguno, habiendo tragado ya la sagrada Forma, escupiera naturalmente sin malicia alguna, no cometería pecado.

los vestidos mundanos, los atavíos excesivos, collares, pedrerías, guantes, todo lo que desdiga de la modestia cristiana, y sobre todo que las mujeres *lleven cubierta la cabeza*, por respeto á la casa de Dios y á los ángeles del Señor. Mandado fué por San Carlos Borromeo que las señoras cuidaran mucho de esta decencia y de suprimir todo vano ornato, incompatible con la honestidad y humildad cristiana, y que si alguna se desmandare en cosa notable, le sea negada la divina Eucaristía. (Scavini.) Sin embargo, ¿qué es lo que continuamente observamos en nuestros templos? ¡Honda pena causa al corazón verdaderamente piadoso! ¿Quién no ve conculcadas y despreciadas hasta las reglas rudimentarias de la modestia cristiana?

15. Tal joven, y sólo por serlo, lleva ondeante sobre su espalda y con cintas de seda su rizada cabellera; tal otra á cuerpo gentil, vestido claro, guante negro, sombrero emplumado y á manera de jardín matizado de flores: aquélla y ésta, y la otra con velos sutiles que nada cubren y que dejan al descubierto sus cabezas y sus hombros, con menoscabo de la reverencia debida á la casa del Señor. Algunas, en fin, pecan por el extremo opuesto, pues llegan al comulgatorio sin mantilla y con tal desaliño, que parece se hallan en sus quehaceres domésticos, ó en una visita de grande confianza. ¡Válganos Dios! ¡Cuánto puede la ignorancia, ó la vanidad, ó la falta de consideración! Si á los convites de la tierra vamos decentemente ataviados, ¡cuánto más debemos ir al convite de los cielos, cuyo divino manjar está exigiendo toda hermosura y toda pureza!

16. Es preciso, pues, que los cristianos comprendan cuán grande, magnífica y augusta es la acción de llegarse á la sagrada Mesa para recibir en su corazón al Dios de eterna majestad que llena los cielos y la tierra; es preciso que sepan y consideren las disposiciones necesarias para sentarse dignamente en el convite eucarístico y alimentarse del Pan celestial que pone envidia á los ángeles: es preciso que vayan adornados de la *gracia santificante*, ó sea libres de pecado mortal, pues de lo contrario harían un horrible sacrilegio; es preciso que no hayan comido ni bebido nada desde la media noche en adelante, pues es precepto eclesiástico que obliga á pecado mortal; es preciso que observen en el vestido, en sus adornos, y en los ojos y movimientos y compostura del cuerpo las reglas más severas de la honestidad, de la decencia y de la modestia: es preciso que se exciten á la piedad y á la devoción á tan adorable misterio, pues tratándose de la sa-

grada Eucaristía, la indiferencia conduce á la irreverencia, y ésta á la impiedad y á la eterna condenación (1).

Y como todo esto sea asunto de importancia suma en la vida espiritual, especialmente cuando se trata de personas que aspiran á la perfección de las virtudes y á la unión íntima con Cristo nuestro Señor, mediante el Sacramento eucarístico, no pasaremos adelante sin dar á conocer otras disposiciones más perfectas, que deben llevar las almas para recibir *en su plenitud* los grandiosos efectos del Sacramento del amor.

---

(1) ADVERTENCIAS SOBRE EL MODO DE COMULGAR.—He aquí las reglas que se han de seguir en el acto mismo de la Comunión, para guardar la debida compostura y evitar desagradables accidentes.

En el momento de comulgar se ha de tener la cabeza quieta, sin inclinarla ni adelante ni atrás. Los ojos se fijarán con modestia sobre la santa Hostia, y de ningún modo sobre el sacerdote. La boca se abrirá regularmente, sacando la lengua un poco sobre el labio inferior para que el sacerdote pueda fácilmente depositar la sagrada Forma. Cuando un señor Obispo da la Comunión, se tendrá cuidado de besar su anillo antes de comulgar. Muchas veces el sacerdote se ve en la necesidad de colocar la santa Hostia como á ciegas, porque los fieles, aun los que comulgan devotamente, no dejan de moverse, ya levantando la cabeza, ya bajándola demasiado. Otros sacan la lengua inconvenientemente y otros la retiran con tal precipitación, que es un milagro que no caiga la sagrada Hostia. Después de comulgar es necesario no levantarse inmediatamente, sin esperar á que el que nos sigue haya comulgado, y si no hubiera más comuniones, se debe esperar á recibir la bendición. Se dejará un momento la santa Hostia sobre la lengua á fin de que, un poco humedecida pase sin dificultad; pero téngase cuidado de que no quede en la boca demasiado tiempo, porque se correría peligro de no comulgar. Si la Hostia se pegase al paladar, hay que separarla con la misma lengua, pero jamás con los dedos. Si el sacerdote diese por casualidad dos Formas, entonces, como en aquellas dos Hostias unidas no se comulga más que *una vez*, sin turbación alguna se han de tragar, puesto que la Comunión es completa lo mismo en dos formas que en una. Por respeto á la sagrada Mesa no debemos acercarnos con guantes ni con manguitos. (*Lectura Dominical*, 5 de Abril de 1896.) Los militares conviene por decencia y humildad cristiana, que depongan las armas al tiempo de comulgar.

A lo cual puede añadirse que los fieles han de colocarse cercanos unos á otros en el comulgatorio, pues acontece con no poca frecuencia que se colocan unos en un extremo á la derecha, otros en el otro á la izquierda, haciendo que el sacerdote ande con el Señor en la mano del uno al otro lado.

Los que comulgan deben tener las manos en forma de cruz y los ojos abiertos y fijos en la sagrada Forma cuando se les muestra. (Suplemento al Diccion. de Bergier, bajo la direcc. del Card. Monescillo.)

CAPÍTULO XXXIII

Disposiciones para acrecentar el fruto de la Comunión.

1. Lo estrictamente necesario.—**2.** Lo en gran manera conveniente.

1. Para recibir dignamente á Cristo en el Sacramento de su amor era preciso ser como otro Cristo, vivir de su propia vida y tener sus mismas virtudes en el grado perfectísimo que Él las posee; mas como esto no es posible á la humana condición, el Señor se acomoda á nuestra debilidad y se da por satisfecho con que hagamos lo que podamos y le pidamos lo que no podamos, prometiéndonos ayudarnos para que podamos. ¡Conténtase con tan poco, que no puede ser menos! Conténtase con que no seamos enemigos suyos, con que no le crucifiquemos con nuestros pecados graves, con que nos probemos antes á nosotros mismos, y, hecho esto, nos *permite,* y *quiere,* y *manda* que comamos su Carne y bebamos su Sangre (1). ¡Qué dignación! ¡Qué bondad por su parte! ¡Qué dicha por la nuestra! Esto es lo que sencillamente expresa nuestro catecismo, cuando dice: *¿Con qué disposición debemos venir á comulgar?—Ayunos y confesados de cualquier pecado mortal que se nos acuerde.*

2. Mas esto que en realidad basta para no cometer sacrilegios y para recibir la gracia del Sacramento, es ciertamente poco para los buenos cristianos que aspiran y deben aspirar á recibir *el lleno* de las mercedes divinas en la sagrada Comunión, sin poner por su parte obstáculos que les priven de tan inefables riquezas espirituales. Requiérese, pues, y es de suma importancia, preparación mejor, disposiciones más perfectas, afectos más encendidos, diligencias más devotas; pues ya nos amonesta el Santo Concilio Tridentino, diciendo: *Cuanto mejor conoce el cristiano la santidad y divinidad de este celestial Sacramento, con tanta mayor diligencia debe procurar presentarse á recibirle con sumo respeto y san-*

(1) Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat, et de calice bibat (I Cor., XI.)

tidad. (Sess. 13, c. 7); y nuestro Ripalda añade lo siguiente: *¿Cómo se ha de comulgar? —Con devoción, humildad y reverencia.*

Por otra parte, como el fruto que se recibe en la recepción de este augustísimo y divinísimo Sacramento es proporcionado á las disposiciones de pureza, santidad y devoción que llevamos en nuestro espíritu, ya se comprende que hemos de tener como ansia de prepararnos más y mejor, tanto cuanto á nuestra pequeñez sea posible. ¿Cómo? ¿Con qué actos? ¿Cuáles son las virtudes principales en que debemos ejercitarnos? Esto es lo que ahora intentamos declarar para contento y solaz de las almas buenas, ampliando sencillamente las tres condiciones del Catecismo, á saber:

1.ª Devoción.
2.ª Humildad.
3.ª Reverencia.

§ I

DECLÁRASE LA DEVOCIÓN CON QUE DEBEMOS COMULGAR

3. Tres disposiciones covenientísimas.—**4.** Pureza de conciencia.—**5.** Se han de evitar los pecados veniales y el afecto á ellos.—**6.** Deseos de comulgar.—**7.** Amor á Jesucristo sacramentado.—**8.** Ejemplos de algunos Santos

3. ¡Ojalá—decía el piadoso Nieremberg—que antes de recibir el Santísimo Sacramento precediera el Purgatorio para que no dejara en el alma ni la más leve sombra de mancha! ¡Ojalá—añadimos nosotros—que esta exclamación devota fuera bien entendida por todos los fieles cristianos y que no se padecieran en esto tantos engaños! ¿Quiérese comulgar? ¿Quiérese sacar grande provecho de las comuniones? Pues entiéndase bien; *en nosotros consiste.* Dios nuestro Señor pone á nuestra disposición los tesoros inefables de sus gracias en la sagrada Eucaristía, y nos dice: «Ahí los tenéis; vuestros son; mi deseo es que todos quedéis completamente enriquecidos.» Y siendo esto así, ¿por qué somos pobres y pobrísimos? ¡Oh! Es porque no llevamos un corazón grande para llenarle; cada cual recoge de un tesoro más ó menos según la capacidad de sus bolsillos. «Al lado de este precioso Sacramento — dijo el piadoso cura de Ars — nosotros somos como aquel que se muere de sed á la orilla de un río, necesitando sólo inclinarse para apagarla; como aquel que encontrándose junto á un tesoro que se le ofrece, sigue siendo pobre, cuando para parti-

cipar de él le basta extender la mano.» Pues bien; el secreto para ensanchar los senos de nuestro corazón y poder recibir copiosísimas riquezas espirituales del tesoro infinito de la Eucaristía, es prepararnos, como indica el Catecismo, con *devoción, humildad y reverencia*.

La devoción substancial y propiamente dicha encierra tres cosas: *pureza* de conciencia; *deseos* vehementes de comulgar; *amor* á Jesús sacramentado. Reflexionemos.

4. PUREZA.—«Ruégote—decía San Bernardo—que cuando te acerques á comulgar imites la prudencia de la serpiente. Este animalito, antes de beber en la fuente, expele todo el veneno; y tú, de semejante modo, antes de acercarte á la fuente eucarística es preciso que arrojes de tu corazón toda ira, todo odio y malicia, toda envidia y mala voluntad; todo, en suma, cuanto sea pecado (1). Es decir, toda ofensa de Dios, ya sea en materia grave, ya en leve, porque una y otra cosa son veneno para el alma, que, si no la mata, á lo menos la enferma.

Es verdad que ni la falta de actual devoción sensible, ni el afecto al pecado venial, es más, ni aquella negligencia con la cual en la misma Comunión se comete culpa leve, impiden *del todo* el efecto del Sacramento; pero también lo es que le impiden *en parte*, bien sea privando al alma de cierta refección actual deleitable, aneja á la recepción del manjar eucarístico, bien sea impidiendo gracias más abundantes que el Señor daría, y cuya carencia constituye un peligro espiritual para la misma alma (2). Miren por aquí las personas que comulgan con frecuencia, de cuánto bien se privan, cuán irreparables son sus pérdidas, y á qué riesgo se exponen. Quéjanse muchas veces de que se hallan áridas en sus comuniones, y de que sacan poquísimo fruto, y no reparan que ellas mismas son la causa, por no purificar bien sus conciencias.

5. Para evitar de raíz tales desdichas y hacer que los provechos de la Comunión sean completos, es preciso quitar de antemano, no sólo todos los pecados veniales, porque disminuyen el fervor y la caridad, sino hasta el afecto á ellos, lo cual equivale á llevar una vida habitualmente cristiana, ó sea *sumisa á Dios y á los deberes de su propio estado*.

¡Oh! ¡Cuánta pureza debe tener el que se sienta en tan precioso banquete! ¡Qué pureza debe llevar la lengua que recibe á su Dios,

(1) S. Bern., Serm. XXV, *De modo bene vivend.*
(2) Véase S. Thom., p. III, q. 79, a. 8, y S. Lig., n. 270.

los labios que le estrechan, los ojos que le ven por la fe, el corazón que se constituye su tabernáculo, y el alma que con El íntimamente se desposa! Los cielos no son puros en su presencia, los querubines y serafines se cubren el rostro con sus alas ante el altar, y ¡el hombre no se esmera en purificarse más y más!

Antiguamente, cuando el *maná* descendía del cielo para alimentar en el desierto al pueblo de Israel, precedía un ligero rocío que cubría la tierra como sirviendo de mantel puro y blanco al milagroso convite; pues bien: si aquello acontecía en figura de la Eucaristía, ¿qué rocío, qué mantel, qué pureza deben llevar nuestras almas y nuestros corazones al recibir, no ya el *maná*, sino el Cuerpo, la Sangre y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo?

Todo cuanto hagamos es poco y toda pureza pequeña, porque se trata de recibir en nosotros al Purísimo por esencia. ¡Su Cuerpo, su alma, su divinidad! ¿Hay cosa más pura? *Su Cuerpo* formado de la sangre purísima de la Virgen María, por obra y gracia del Espíritu Santo, y sin haber sido jamás contaminado con culpa alguna, ni original, ni actual. *El alma* creada por modo perfectísimo á semejanza del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *La divinidad* eterna, inmaculada por esencia, como Verbo mismo de Dios. ¿Cuál deberá ser nuestra pureza?

6. Deseos de comulgar.—Pero, demás de esto, hay un segundo acto de la devoción, que en cierto modo comprende en sí todas las demás disposiciones para comulgar con grande provecho, y es el *deseo vehemente* de recibir en nuestro corazón al Señor sacramentado. Cuando deseamos sincera y eficazmente un fin, no descuidamos en nada los medios necesarios para obtenerle; por consecuencia, el que tiene vehementes deseos de unirse íntimamente á Jesucristo por el Sacramento de su amor, no puede menos de disponerse cual es debido. Por eso tiénese por favor insigne el que Dios ponga en nuestros corazones deseos vivos de acercarnos al sagrado convite.

Jesucristo es *el deseado de todas las naciones;* con deseo ardiente instituyó la divina Eucaristía para servirnos de alimento (1), y con semejante deseo quiere que le recibamos. Antes del advenimiento de Jesucristo por la Encarnación, el universo suspiraba por El, los pueblos le aguardaban hacía cuatro mil años, los Profetas le predecían y deseaban, los Patriarcas anhelaban ardientemente

(1) Veniet desideratus cunctis gentibus. (Aggeo, II, 8.)—Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum. (Luc., XXII, 15.)

su venida, y los justos pedían á Dios con instancia que le enviara. Todos le saludaban de lejos, y se alegraban y se consolaban con la esperanza de verle y hablarle. Nosotros, más afortunados que aquellos santos varones de la antigua Ley, poseemos en la sagrada Eucaristía lo que ellos anhelaban con tanto ardor; poseemos el divino Mesías, el manjar de los ángeles, el alimento de nuestras almas y el Señor quiere que le recibamos con apetito, con deseo ardiente, y que, deseando y comiendo, y comiendo y deseando, se inflamen más nuestros deseos, y que deseando siempre, nuestros deseos sean siempre saciados (1). «Preciso es -dijo San Bernardo— que el ardor de un santo deseo se anticipe á la recepción de nuestro Dios (2).

Por eso dicen muy bien algunos que la mejor preparación para comulgar es comulgar; es decir, comulgar espiritualmente, antes de comulgar sacramentalmente; porque así como el fuego se acrecienta con fuego, y el amor con amor, y el hierro se pulimenta con hierro, así también una Comunión espiritual enciende más el deseo de una Comunión sacramental, y este deseo es el germen del amor, amor de Jesucristo que constituye la más importante y la más perfecta de todas las disposiciones para comulgar con fruto.

7. Amor á Jesús.—Ciertamente, el amor debe inflamar nuestros corazones cuando nos acercamos á la Mesa sagrada; porque la divina Eucaristía es el Sacramento del amor. Amor de Jesús que le lleva á darse á nosotros: amor tierno, dulce, infinito, que exige y merece infinito, dulce y tierno amor. Es verdad que nosotros no podemos amar con esa infinidad, pero también lo es que corazón tenemos, y amar podemos y debemos. ¿Cómo amamos? ¿Cómo lo procuramos? ¿Cuáles son los transportes de nuestros corazones al recibir el Santísimo Sacramento?

Nótese bien que, para recibir *en toda su plenitud* los efectos eucarísticos, no se trata ya de aquel amor que conserva el estado de gracia santificante, que nos hace permanecer en la amistad de Dios, y que da á todos nuestros actos religiosos y á todas nuestras obras buenas un acrecentamiento de gracia y de mérito: no se trata de la ausencia de todo pecado venial y del afecto á él, ni tampoco de esmerarse en disminuir y extirpar en lo posible los defectos é imperfecciones, si no tratase de *calentar y enardecer* en nuestro pecho el fuego del amor sagrado; de fomentar aquella inclina-

(1) Qui edunt me, adhuc esurient; et qui bibunt me, adhuc sitient. (Eccli., XXIV, 29.)

(2) Oportet ut sancti desiderii ardor praecedat faciem ejus. (Serm., *in Cant.*)

ción afectuosa del corazón que San Agustín llama *el peso del amor*, y que nos conduce á Dios, á desearle, á buscarle, á encontrarle y á estrecharnos íntimamente con El; trátase de aquel amor que nos lleva á encontrar deleite en pensar en El, en hablar de El y en trabajar por El; de aquel amor que nos transforma, digámoslo así, en El, deseando, amando y queriendo todo cuanto El quiere, ama y desea, y odiando y desechando todo cuanto El desecha y odia, sin más mira que agradarle y hacer en todo su divina voluntad, prefiriendo antes mil martirios y mil muertes que desagradarle ú ofenderle, aun en la cosa más pequeña. ¡Qué disposición más hermosa!

8. Esto es lo que importa á las almas, si quieren corresponder, según su pequeñez, á los amorosos designios de Dios sobre ellas, y si aspiran á percibir *de lleno* las inefables mercedes que fluyen del Sacramento eucarístico. Así lo han realizado y experimentado los Santos en todos los siglos del Cristianismo, habiendo muchos que, al recibir la sagrada Eucaristía, se sentían como enloquecidos de amor y quedaban sumergidos en las más profundas y deleitosas contemplaciones.

No hablaremos de San Francisco de Sales, de quien se lee que tenía un amor especial al Santísimo Sacramento, en donde encontraba su vida, su fuerza, su amor y su todo. Tampoco mencionaremos á San Ignacio de Loyola, pues era tan vehemente su amor y reverencia á la divina Eucaristía, que cuando celebraba el Santo Sacrificio parecía desfallecer (1). Ni hay para qué recordar á San Estanislao de Kostka en su amor á Jesús sacramentado, porque se halla escrito en muchos libros, que su rostro parecía todo encendido cuando entraba en la iglesia. Se le vió muchas veces en éxtasis durante la Misa y después de la Comunión, y los días que comulgaba no acertaba á hablar de otra cosa más que del exceso de amor que Jesucristo nos manifiesta en su adorable Sacramento. (Véase su *Vida*.) Bástenos citar á nuestra Seráfica Madre Teresa de Jesús, cuyo amor al Santísimo Sacramento del altar rebosa en todas sus obras. Sus expresiones son todo fuego cuando se trata de este augusto Misterio. Asombra el fervor con que se acercaba á la santa Mesa, y la efusión con que manifestaba los sentimientos de su alma ante el divino Salvador.

¡Oh! Si en esto imitáramos á los Santos, ¡cuán ricos seríamos en tesoros espirituales! ¡Nos quejamos de muchas sequedades y

(1) Ribadeneira, *Vida de San Ignacio*. lib. V, capítulos I y X.

arideces antes y después de comulgar! Pensémoslo bien, no sea que nos hallemos culpables; porque si nosotros procuramos llevar *pureza de conciencia, deseos vehementes de comulgar y amor á Jesús sacramentado*, tendremos la verdadera *devoción;* y no haya miedo de que Dios nos falte, ni de que sean infructuosas nuestras comuniones. Veamos ahora la segunda condición que indica nuestro Catecismo, ó sea *la humildad.*

§ II

DE LA HUMILDAD NECESARIA PARA COMULGAR CON FRUTO

9. Importancia de la humildad.—**10.** Temor saludable.—**11.** Confianza firme.—**12** Acción de gracias.—**13.** Los momentos más preciosos.—**14.** Todo agradecimiento es pequeño.

9. No se puede negar que la soberbia cierra á Dios las puertas de nuestro corazón, porque Dios resiste á los soberbios y á los humildes da gracia; por eso, antes de comulgar, dispone la Iglesia que todos practiquemos un acto de humildad, diciendo: *Señor, yo no soy digno.*

Si la humildad es en la vida espiritual tan necesaria, que sin ella no hay virtud sobrenatural posible (1), ni acción buena meritoria para el cielo, ¿cuánto más lo será en la más grande y más sublime de las acciones humanas, que es la recepción de la divina Eucaristía? Allí, en el Santísimo Sacramento, es donde Jesucristo realiza el acto más profundo de humillación posible, ocultándose bajo los velos eucarísticos y sometiéndose á la voluntad de un pobre sacerdote, aunque éste sea depravado é indigno; allí es donde quiere que reconozcamos nuestra nada ante su divina grandeza, y nuestros pecados y escasez de virtudes, para confundirnos en vista de la merced insigne de venir á nuestro corazón; allí se complace en vernos pequeños para hacernos grandes, y cuanto más nos ve humillados, más nos eleva y engrandece; allí quiere que *temamos* reverentes, pero que *confiemos* alegres; allí quiere comunicarnos su propia vida, pero exige que seamos *agradecidos*, y que jamás nos tornemos ingratos. En una palabra, *temor y confianza, sumisión y gratitud;* he aquí lo que entraña *la humildad* como disposición para comulgar digna y fructuosamente. Bueno será que reflexionemos algo sobre cada una de estas virtudes.

---

(1) Véase nuestra obra *La Vida feliz*, tomo II, cap. XIII y XIV.

10. TEMOR SALUDABLE Y CONFIANZA.—En el momento de la muerte de Jesús *tembló la tierra y se abrieron las peñas* (1). ¿Y por qué? Oigamos á San Hilario, que nos da la razón diciendo: «La tierra, aunque criatura insensible, parece como si presintiera que habían de colocar en su seno á Jesucristo, y cual si se considerara indigna de recibirle, tiembla y se abre. Tiembla por su indignidad, se abre por su espontaneidad, es decir, por su deseo de recibirle. ¡Hasta las criaturas materiales nos enseñan! ¿Cabe imaginar que nuestros corazones, en aquellos supremos instantes de la Comunión, sean más insensibles que las duras rocas?»

Cuando el emperador Lotario II iba á comulgar, se despojaba de las vestiduras imperiales, ceñido de una sencilla túnica, con los pies descalzos y en actitud humilde se acercaba á la sagrada Mesa, postrándose hasta tocar con su frente al suelo desde el momento en que el sacerdote abría la puerta del sagrario. Como sus cortesanos le dijeran que era mejor que, imitando el ejemplo de sus antecesores, recibiera la Eucaristía con el traje y adornos de su alta dignidad, dando con ello más realce al acto, el piadoso monarca respondió: «Bien hacían ellos en obrar así, lo juzgaban oportuno; por lo que á mí toca, mientras Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan, oculte toda su gloria, majestad y grandeza en la sagrada Hostia, nunca, al acercarme yo á recibirle, seré el Emperador de Alemania.» *(Boletín domin.*, Octubre, 1885.)

11. Si *el Señor bendice á todos los que le temen* (2), ¿cuánto más á los que juntamente le amen? ¿Y qué diremos de los que al mismo tiempo le reciban? Al acercarnos á la sagrada Mesa hemos de temer con *temor filial,* por si no estamos bien preparados, á semejanza del Apóstol, cuando decía: *De nada me arguye mi conciencia, mas no por eso me considero justificado* (3); pero temor sin angustias y lleno de dulce *confianza*, superando ésta á aquél, porque quien viene á nosotros no es un tirano feroz, sino un Rey amoroso, un Rey lleno de dulzura, manso y paciente (4). Es un Dios, pero Dios Cordero, Dios bondadoso, que viene, no á castigarnos, sino á abrazarnos y á santificarnos. Es un Padre, un Amigo, un Redentor, un Médico, un Salvador. ¿Por qué nos hemos de angustiar? Si somos mi-

(1) Terra mota est, et petrae scissae sunt. (Matth., XXVII, 51.)
(2) Benedixit omnibus qui timent Dominum. (Psal. CXIII, 13.)
(3) Nihil mihi conscius sum; sed in hoc non justificatus sum. (I Cor., IV, 4)
(4) Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus. (Matth., XXI, 5.)

serables, El es misericordioso; si somos indignos, uniéndonos á El seremos dignos; si el *temor* nos estremece, la *confianza* nos regocija.

«¡Oh Amor! ¡Aquí está mi Amor, viene á verme el que hace las delicias de mi alma! Dadme pronto á mi Amor.»—Esto dijo San Felipe Neri cuando le llevaron el santo Viático, y esto hemos de pensar nosotros siempre que comulguemos.

12. ACCIÓN DE GRACIAS.—Pero viniendo ya al acto humilde de mostrarnos agradecidos á Dios después de haber comulgado, decimos que nada hay más razonable, nada más justo y debido, nada más provechoso para nosotros.

Cuando el Señor Dios mandó que fuera construida el Arca del Antiguo Testamento, no ordenó que fueran conservadas en ella ni el agua que milagrosamente brotó de la peña, ni las codornices que alimentaron al pueblo de Israel, sino únicamente *el maná*. ¿Cuál fué la causa? El docto Mansi (Disc. 48, n. 8) la expone con sencillez, diciendo: «El maná era figura del Pan eucarístico, y quiso el Señor que se guardara y tuviera en memoria, para significarnos que aun suponiendo que todos los beneficios divinos se borraran de nuestra mente, nunca jamás habíamos de olvidar el beneficio de los beneficios de Dios, que fué darnos á su Hijo unigénito sacramentado, para alimento cotidiano de nuestras almas.» Es decir, que hemos de llevar siempre indeleble en nuestra memoria el don inmenso de la divina Eucaristía, y que jamás ha de ser omitida *la acción de gracias* después de recibirla. El traidor Judas fué el único que, ingrato, salió del Cenáculo antes de dar gracias, y traidores como él se muestran todos aquellos que, acabando de comulgar, vuelven la espalda al Sagrario y salen del templo sin decir siquiera: *Señor, muchas gracias.*

13. El Padre Baltasar Alvarez, citado por Salmerón (tomo IX, tract. 40), solía decir que era necedad extremada desperdiciar después de la Comunión aquellos preciosos momentos en los cuales poseemos dentro de nosotros al mismo Hijo de Dios; ¿pues qué gracia pediremos entonces que no sea extraordinariamente concedida? Cuando Temístocles, desterrado de Grecia, fué á refugiarse al palacio de Artajerjes, rey de Persia, fué tanto el regocijo de este Rey por tener en su casa á huésped tan ilustre, que se levantó tres veces durante la noche exclamando lleno de alegría: *¡Tengo conmigo á Temístocles! ¡Tengo á Temístocles!* Pues ¡cuánto más nosotros debemos alegrarnos cuando después de haber comulgado, podemos decir con toda verdad: *¡Tengo conmigo á Jesús! ¡Tengo á Jesús, Rey de cielos y tierra, que mora en mi corazón, y que*

me colmará de toda suerte de bienes! ¿Qué pediré que no me sea concedido?

Estaos de buena gana con El—decía á sus hijas la Seráfica Madre Teresa de Jesús:—no perdáis tan buena sazón de negociar, como es la hora después de haber comulgado. Mirad que éste es gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho al buen Jesús, que le tengáis compañía. Procurad dejar el alma con el Señor, que vuestro Maestro es: no os dejará de enseñar, aunque no lo entendáis; que si luego lleváis el pensamiento á otra parte, y no hacéis caso, ni tenéis cuenta con quién está dentro de vos, no os quejéis sino de vos... Pues si cuando andaba en el mundo, de solo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de nosotros, si tenemos fe viva, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Majestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje. *(Cam., de perf.*, cap. XXXIV, número 7 y 8.)

Un sacerdote—refiere el venerable cura de Ars—rogaba al Señor por un amigo suyo difunto, que estaba en el purgatorio, según Dios le había dado á entender. Ocurrióle el pensamiento de que nada mejor podría hacer en su obsequio, que ofrecer por su ánima el Santo Sacrificio. Con efecto, hízolo así, y cuando ya hubo consagrado, tomando la santa Hostia en sus manos, elevó los ojos al cielo y dijo: «Padre santo y eterno, escuchadme; Vos tenéis en el purgatorio el alma de mi amigo, y yo tengo aquí el Cuerpo adorable de vuestro divino Hijo; librad aquella alma de sus penas, y en cambio yo os ofrezco esta sagrada Víctima, con todos los méritos de su pasión y muerte.» ¡Petición fué ésta que instantáneamente fué escuchada, pues, ¡oh prodigio! al alzar la santa Hostia vió en forma sensible que dicha alma subía hacia el cielo, radiante de hermosura y de gloria.

14. No de otra suerte nosotros, cuando queramos obtener alguna cosa de Dios, ofrezcámosle á su Hijo amadísimo, con sus infinitos méritos, en el momento solemne de la Comunión, porque nada podrá entonces rehusarnos; pues por muchas y grandes que sean las gracias pedidas, aunque sea el mismo cielo, todas ellas son como nada en comparación de la ofrenda eucarística que de buena voluntad le hacemos.

Si después de haber comulgado, al retirarnos del templo, alguno nos dijera: «¿Qué lleváis á vuestra casa?» podríamos muy bien responder: «¡Llevo el cielo!» Al retirarno de la Mesa santa, somos tan felices como lo habrían sido los Reyes Magos si después de ado-

rar al Niño Jesús, hubiesen podido llevársele consigo. ¡Cuán grande debe ser nuestro agradecimiento!

Verdaderamente, todo cuanto agradezcamos y expresemos es poco, y por lo mismo conviene que, después de comulgar, repitamos una y muchas veces aquellas palabras del sacerdote en la Misa: *Quid retribuam Domino?* ¿Qué retribuiré al Señor por el don inefable que me ha hecho? Esto es, en substancia, lo que indica nuestro Catecismo, por aquellas palabras: *¿Qué debemos hacer después de la Comunión?—Dar á Dios despacio gracias y ofrecernos como muy obligados á sus servicios.* Resta ahora, para concluir, que digamos dos palabras sobre el respeto y veneración profunda que debe infundirnos]tan augusto y soberano Sacramento.

§ III

DE LA REVERENCIA CON QUE SE HA DE RECIBIR LA SAGRADA COMUNIÓN

15. Ejemplos de veneración.—**16.** Debemos imitar á Jesús sacramentado. **17.** Resumen y conclusión.

15. Brevísimos habremos de ser en la declaración de este punto, pues es de suyo tan obvio, que casi no es necesario. Si en lo antiguo los betsamitas fueron exterminados sólo por haber mirado el Arca con irreverente curiosidad; si Oza quedó herido de muerte por haber puesto sobre la misma Arca una mano imprudente; si el ángel del Señor flageló á Heliodoro de una manera terrible porque fué osado á entrar en el templo de Jerusalén; si debían respetarse y venerarse aquellas cosas, que sólo eran sombras del Misterio eucarístico, ¿de qué santo respeto y veneración debemos hallarnos poseídos los cristianos en presencia del santísimo y divinísimo Sacramento del altar?

Si las Dominaciones adoran, si las Potestades tiemblan, si los Serafines se cubren con sus alas, si los Angeles se encuentran como arrobados en torno del tabernáculo, ¿qué habremos de hacer nosotros cuando venga á nuestros labios y á nuestro corazón la augusta é infinita majestad de Dios?

Es más: si la Bienaventurada Vírgen María es justísimamente honorificada porque hospedó en su casto seno al divino Verbo encarnado; si el glorioso San Juan Bautista se estremeció ante la presencia de Jesucristo y no se atrevía á tocar su sagrada cabeza; si

el sepulcro, en el cual fué depositado por algún tiempo el cuerpo sacratísimo de Jesús fué, es y será siempre tan por extremada manera venerado, ¡cuánto más merece serlo el Sacramento eucarístico, en el cual se ostenta, no ya el cuerpo de Jesucristo muerto, sino vivo, vencedor, santificador y glorificador, que viene misterioso á nuestras manos, á nuestra lengua, á nuestro pecho, á nuestra alma y á nuestro Corazón? Cuando estas cosas se consideran, casi no se acierta á comprender por qué no morimos todos de amor y de agradecimiento.

16. Es, pues, innegable que, al acercarnos á la sagrada Mesa, hemos de llevar impreso en todo nuestro ser un como sello piadoso de respeto y veneración profundísima, ya en los ojos, oídos, lengua, manos y pies, ya en el alma, en el espíritu y en todos nuestros afectos y sentimientos interiores. Debemos, en suma, imitar á Jesús sacramentado, que tiene boca, y no habla; ojos, y no se sirve de ellos; pies, y no anda; manos, y no las mueve... ¡Qué recogimiento! ¡Qué veneración! ¡Qué silencio!

Debemos imitarle en la *transubstanciación*, transformando en lo posible todo nuestro ser, tornándonos, de carnales, espirituales; de orgullosos, iracundos y sensuales, humildes, mansos, dulces y castos; de hombres viejos, en nuevos, regenerados, según Jesucristo en justicia y en santidad verdadera.

Debemos imitarle en la *real presencia;* pues así como el divino Salvador se halla realmente presente en la Eucaristía, ofreciéndonos y dándonos por amor su Cuerpo, su Sangre, su alma y su divinidad, así nosotros, presentes en el convite eucarístico, también por amor hemos de ofrecer y dar á Jesús nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestro espíritu, todo nuestro ser, á fin de que seamos enteramente suyos, como El se hace enteramente nuestro, y que todo redunde en su alabanza, honor, amor y gloria.

Debemos imitarle, no sólo en las perfectísimas virtudes de humildad, paciencia y mortificación de sentidos que en el Sacramento nos muestra, sino muy principalmente en su incorporación á los hombres para que todos formemos un solo cuerpo con El y en El. El que comulga debe considerar á todos los hombres en el corazón de Jesús y amarlos allí tiernamente.

Debemos imitar la inmensa caridad de Jesús sacramentado amando á todos los hombres, dándose á todos, uniéndose á todos, orando por todos y dando hasta su propia vida por todos, para que, como El desea y rogó á su Eterno Padre, seamos todos una sola cosa con El, y consumados en perpetua é indisoluble unidad.

17. Tales son las hermosas disposiciones que los cristianos hemos de procurar para acrecentar en nuestras almas el fruto de la Comunión sagrada. De Margarita de Hungría se refiere que, como preparación para comulgar, ayunaba el día antes á pan y agua, pasaba la noche entera en oración, y luego, habiendo comulgado, guardaba todo el día riguroso silencio. Si nosotros no podemos hacer tanto, hagamos menos, hagamos lo que podamos, pero siempre con el deseo de comulgar, como dice el Catecismo, *con devoción, humildad* y *reverencia.*

Célebre fué el caso de una pobre aldeana; comulgaba con frecuencia y con gran fervor, pero lamentábase de no saber comulgar bastante bien. «¿Por qué os lamentais?» le preguntaron un día, y ella respondió: «Porque no sé leer, pues si supiera ¡cuántas cosas buenas que hay en los libros diría yo al Señor!—¿Qué hacéis cuando comulgáis?—Nada, respondió ella, sino llorar.—Llorar ¿por qué? —Por mis pecados y por mi ignorancia.—¿Y no hacéis más?—Sí; pido al Señor la gracia de amarle, de ser buena y de ir al cielo; rezo los actos de fe, esperanza y caridad y contrición, y me encomiendo á la Virgen y al ángel de mi guarda.» ¡Qué hermosa preparación para comulgar! Aquella pobre mujer, en su humilde simplicidad y fervor, alababa mejor á Dios que mil otros que leen en muchos libros, pero sin acompañar la devoción y la piedad. Para comulgar bien basta tener corazón y saber amar.

En resumen, hay dos especies de disposiciones para recibir al Señor Sacramentado; una *necesaria,* otra *conveniente;* una *necesaria* para no cometer sacrilegio, otra *conveniente* para recibir frutos copiosísimos en nuestra alma: una *ordinaria,* indispensable á todo cristiano, otra *esmerada,* propia de las personas piadosas que frecuentan los Sacramentos. La necesaria consiste en el *estado de gracia y el ayuno natural;* la conveniente, en la *devoción, humildad y reverencia,* ó sea en la *fe viva, pureza de conciencia, deseos fervientes de comulgar, amor á Jesús sacramentado, temor saludable y confianza firme, acción de gracias y reverencia amorosa.*

Mucho deben ser procuradas estas disposiciones, pues el que recibe dignamente á Cristo, transfórmase como en otro Cristo; recibe á Dios y vive de Dios; su vida no es ya su vida, sino la de Cristo que vive en él; y todos cuantos comulgamos podemos decir con el Apóstol: *Vivo yo, no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Mi vivir es Cristo.* Así lo afirmó el mismo Jesús cuando dijo: *El que me come, vive por mí.* (Qui manducat me, et ipse vivet propter me.)

CAPÍTULO XXXIV

Efectos de la buena Comunión.

---

1. Objeto de este capítulo.—2. La buena Comunión restablece en su pureza primitiva el orden de la creación.

DESPUÉS de haber declarado las *disposiciones necesarias y convenientes* que el cristiano ha de llevar para recibir digna y fructuosamente la Sagrada Eucaristía y no poner obstáculos á la acción misteriosa, sobrenatural y divina del Dios escondido que viene á hospedarse y morar de asiento en nuestros corazones, exige el orden que consideremos los magníficos y sublimes *efectos* que una buena Comunión produce. Mas como dichos efectos son tantos y tales que no caben en humana inteligencia y faltan palabras para debidamente expresarlos, habremos de concretarnos sólo á indicar los más principales, ya en cuanto infunden en el hombre toda suerte de bienes, ya en cuanto le apartan y preservan de todos los males (1).

2. Primeramente, es muy digno de reparo que una Comunión bien hecha surte efectos generales *en la creación entera,* restableciéndola en su primitiva pureza y elevándola hasta el Dios de la creación. No es hipérbole esta afirmación, porque si el designio de Dios al crear el universo fué que narrara su gloria, ó, lo que es lo mismo, que todas las criaturas entonaran un himno perpetuo de alabanza y reconocimiento á su bondad y majestad soberanas, esto se realiza cumplidamente en la comunión de un alma buena. A los ojos del mundo dirán que no hace nada, pero á los ojos de la fe lo hace todo.

Con efecto: el mundo es á la manera de un templo grandioso

---

(1) Así lo recomienda el Catecismo del Santo Concilio de Trento, parte II, capítulo IV, n. 4.

que Dios ha edificado para su servicio. El hombre es el pontífice de ese templo, porque si todas las criaturas contribuyen á su vida, desarrollo y conservación, es como diciendo: «Nosotras te servimos á ti por orden de Dios; tú vas á servir á Dios por ti y por nosotras. Nuestro oficio es prestarte homenaje continuo, pero es con el fin de que tú rindas continuo homenaje al Señor, en nombre nuestro y en el tuyo.»

De este modo el hombre en el estado de inocencia atraía á sí mismo la creación entera; es decir, todo estaba á su servicio, todo contribuía á su desarrollo y perfección, y en este concepto todo se hallaba unido y como absorbido en su propio ser. Pero como además dicho hombre inocente se ofrecía á sí mismo á Dios, no se puede dudar que en esto elevaba hasta el Supremo Hacedor toda la creación, ó, lo que es lo mismo, subía perpetuamente á la divina Majestad un homenaje general de sumisión, de reconocimiento y de amor. ¡Magnífico encadenamiento! Todo venía de Dios, y todo se encaminaba á Dios, narrando su bondad y su gloria. La vida, producto del amor divino, descendía de Dios á sus criaturas, y éstas, compendiadas y como refundidas en el hombre, se elevaban á Dios, mediante el mismo hombre, único ser terreno capaz de conocerle y amarle.

Ahora bien; el fin y la armonía de la creación fueron destruídos por el pecado del hombre; mas ¡bendito sea el Señor! el Verbo divino descendió á la tierra para restablecerlos, y mediante la Encarnación se unió á la humanidad, la purificó, la divinizó, permitiéndola unirse á su misma divinidad. Con esto quedó ya restaurada la humanidad en general; mas la bondad divina pasó más adelante, y valiéndose de la Eucaristía, restauró también á cada uno de los individuos en particular. ¿De qué manera? Dándose en alimento al hombre en el manjar eucarístico. Es decir, que para que la restauración del universo fuese más completa, el Verbo divino hizo una como segunda encarnación, bajo las apariencias de pan y vino, dándose en alimento al hombre y quedando así restablecida en toda su plenitud la armonía primitiva de homenaje y de reconocimiento al Dios de la creación.

Mas dejando aparte este efecto general del convite eucarístico, discurramos algo sobre los efectos particulares que la Comunión sagrada obra en los fieles cristianos, ora colmándolos de bienes, ora preservándoles de males, y al efecto declaremos dos cosas:

1.ª Que la buena Comunión une al hombre con Dios.

2.ª Que le colma de grandeza, paz y felicidad.

§ I

DE CÓMO LA BUENA COMUNIÓN UNE AL HOMBRE CON DIOS

3 Significado de la palabra *Comunión*.—**4**. Por la Comunión el hombre se transforma en Cristo.—**5** Modo de esta transformación.—**6**. En qué sentido el hombre es como Dios.—**7**. Doctrina de Santo Tomás.

3. El primero de todos los bienes que produce la sagrada Comunión en quien dignamente la recibe es la *unión íntima con Cristo nuestro Señor,* según aquellas palabras del mismo Cristo: *El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él.* (Joannis, VI.)

Comunión quiere decir *unión común*, ó sea unión de todos los hombres con Cristo en la sagrada Eucaristía: *Estoy en mi Padre*—dijo Jesús á sus Apóstoles—*y vosotros en mí, y yo en vosotros*. (Joann., X, 21.) Como si dijera: «Estoy en mi Padre por la unidad de la esencia divina, y estoy en vosotros por la Comunión sagrada, así como vosotros estáis en mí en virtud de la misma Comunión.»

«Por la Eucaristía—dijo el P. Raulica—el cristiano se une á Jesucristo de la manera más íntima y mas perfecta, por la unión que resulta de la manducación; de modo que, después de la unión hipostática de la persona del Verbo con su humanidad sacrosanta no hay unión más íntima ni más perfecta que la de Jesucristo con el cristiano que comulga (1).»

4. Una cosa ha de notarse aquí, y es que la transformación eucarística procedente de la Comunión se verifica en sentido inverso que en el alimento natural. Cuando se unen dos substancias, la inferior se transforma en la superior; y siguiendo esta ley general, Jesús sacramentado, siendo substancia superior, al unirse á nosotros por la Comunión, como que nos transforma espiritualmente en sí mismo; es decir, nos santifica con su contacto, se apodera de nuestra vida y la conforma á la suya, dándonos inclinaciones, tendencias y sentimientos análogos á los de su aman-

(1) Raulica, Confer. XX.—Innumerables son las comparaciones que hacen los Santos Padres de la Iglesia para dar á entender esta unión prodigiosa. San Hilario la llama la unión de la unidad, por la que de dos elementos se forma un solo cuerpo.—San Cirilo de Alejandría la compara á la unión que se efectúa entre dos partes de cera que se derriten y forman un todo por el calor. Y de igual manera se expresan los demás Santos Padres. Pero ha de entenderse que todos ellos se encaminan á mostrar que se recibe á Cristo, no en figura, sino *verdadera y realmente.*

tísimo corazón. Estas son cosas que no se ven con los ojos materiales, pero se sienten con el corazón.

De esta manera, cuando nosotros comulgamos, nos unimos, nos incorporamos realmente á Jesucristo, á su cuerpo, á su alma, á su divinidad; al modo que el alimento se une á nosotros por verdadero contacto, y Jesucristo, por su parte, nos comunica su propia vida, su espíritu santísimo, y nos hace participantes de su naturaleza divina. (Petr., I, 4.) Verdad sublime y consoladora que al grande Agustino le pareció oir de los labios augustos de Jesús, por estas palabras: *Agustín, manjar soy de fuertes: cree, y me recibirás. Y no me cambiarás á mí en ti, cual harías con una comida corporal, sino que tú te cambiarás en mí* (1). *Dios*—añade el Santo—*se hizo hombre para que el hombre se convirtiera en Dios; y para que el hombre comiese el Pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se hizo hombre* (2).

3. En virtud de esta doctrina tan sublime, no quisiéramos que nadie cayese en exageraciones, y por lo mismo añadimos con San Pablo: *Somos transformados á semejanza de Cristo* (3). Es decir, que no somos por la Comunión transformados en Cristo esencialmente, como si nuestra esencia se convirtiese en la esencia divina, ni su substancia en la nuestra, sino *accidentalmente* en cuanto Jesucristo nos comunica su luz, su espíritu, sus virtudes, su caridad, sus sentimientos de amor, los afectos tiernos y delicados de su Corazón deífico, por la incorporación que hace de nosotros á su carne, á su sangre, á su alma y á su divinidad (4). A esto se llama comu-

(1) Nec tu mutaberis me in te, sicut cibus carnis tuae, sed tu mutaberis in me. *Confes.*, lib. VII, cap. X.)

(2) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus; ut panem angelorum manducaret homo, Dominus angelorum factus est homo. (Serm. IX, *De Nativ. Dom.*)

(3) In eamdem imaginem transformamur. (II Cor., III, 18.)

(4) Nostra et ipsius conjuctio nec miscet personas, neque unit substantias, sed affectus consociat et confoederat voluntates. Hoc Sacramentum appellari Communionem, quia per illud cum Christo commercium habemus ad carnem ipsius et divinitatem percipimus, atque adeo nos inter nos communicamus, atque copulamur quoniam ex uno pane participamus, omnes unum Christi corpus et unus sanguis et alii aliorum membra efficimur, Christique concorporei existimus. Nam si omnino hoc affert istud sacramentum, ut Christo, et aliis uniamur, non est dubium, quin omnibus, qui nobiscum illud percipiunt, animo ac voluntate copulemur; ex voluntate quippe conjuctio haec existit, non autem citra animi nostri sententiam; omnes enim, ut Apostoli verbis utar, *unum corpus sumus*, quoniam ex uno pane participamus. (*Damasceno*, lib. IV, cap. XIV.)

Quien desee ver este punto extensamente tratado, consulte á Suárez, *De Eucarist.*, disputat. LXIV, sect. III, en especial los números 4 á 7 inclusive, donde dice: «In bono sensu potest haec unio corporalis dici, quia quodammodo fundatur in illa corporalis permistione, seu susceptione Sacramenti; maxime tamen spiritualis est, quia et

nicarnos Jesús su propia vida divina, su espíritu, su acción, sus energías sobrehumanas, y que en verdad podamos decir con el Apóstol: *Vivo yo, y no soy yo el que vivo: es Jesucristo quien vive en mi* (1).

6. Hecha esta salvedad, ya podemos discurrir ampliamente. La serpiente quiso engañar al hombre, prometiéndole que *sería como Dios: Eritis sicut Dii (Genes.*, III 5); y con esto profetizó, sin quererlo, la futura elevación del hombre á la divinidad: «*Seréis como dioses* si coméis esta fruta»—dijo á nuestros primeros padres—y entonces Satanás, creyendo engañar, fué engañado. Verdaderamente ¡oh espíritu maligno! el hombre será Dios por participación, pero no comiendo la fruta vedada del paraíso terrestre, sino comiendo en la sagrada Mesa el manjar eucarístico. ¡Qué dicha la nuestra!

El hombre, por su parte, no anduvo más acertado: quiso convertirse en Dios, no pudo, y cometió un crimen. Pero Dios, en su misericordia, realizó aquel pensamiento, diciendo: «El hombre quiere ser Dios, y no puede, y hasta es un crimen que lo piense; mas yo voy á inventar un medio de satisfacer el deseo del hombre, y satisfacerlo sin que él sea culpable: me haré hombre, me daré á él en la Eucaristía, y, recibiéndome en su corazón, *estará en mí y yo en él*, será una cosa conmigo, vivirá en mi vida, vivirá de Dios, y, en cuanto al hombre es posible, será Dios. ¡Oh buen Jesús, cuánto engrandeces y sublimas al hombre por la Comunión sagrada! ¡Y el hombre, sin embargo, se olvida á veces de comulgar y se muestra ingrato!

7. Bien quisiéramos poner ya fin á este punto; mas es tan deleitable y gustoso el considerarle, que no acertamos á pasar á otro sin oir antes el acento persuasivo de Santo Tomás de Aquino. Dice así: «Lo propio de este Sacramento es transformar el hombre en Dios y hacerle semejante á El. Porque si el fuego tiene el poder de convertir en fuego todas las cosas que á él se unen y de comunicarlas su fuerza y perfección, después de haber destruido en ellas todo cuanto podía ser contrario á su naturaleza, ¿cuánto más ha de consumir aquel fuego devorador de la Divinidad todo lo que halle impuro en nuestras almas, haciéndolas semejantes á El?» (*Offic. SS. Sacram.*)

Así, pues, el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, y de

---

praecipuum vinculum ejus est spirituale, et ipsa corporalis susceptio debet etiam spiritualiter fieri, id est, sancte et digne ut et unio fiat.»

(1) Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus. (Galat., II, 20.)

parecida manera, cuando nosotros comulgamos, Jesucristo está en nosotros y nosotros en El. Dios Padre se une á su Hijo por la generación eterna; Dios Hijo se une á cada uno de nosotros por la Comunión sagrada, y de esta suerte, hallándonos como identificados con Cristo, lo estamos también con el Padre celestial. Formamos como una sola cosa con el Hijo de Dios, y por consecuencia Dios, al amar infinitamente á su Hijo, nos ama también á nosotros en El; y en realidad el amor que el Señor nos tiene cuando hemos comulgado, es una extensión y una efusión del amor infinito y eterno que profesa á su Hijo Unigénito. Demás de esto, como todos los moradores del cielo aman ardientemente á Jesús, y nosotros estamos en El, síguese que la Virgen María nos ama, los ángeles nos aman, los bienaventurados nos aman, y el acto de comulgar dignamente es para nosotros un torrente de amor inefable, origen de todos los bienes temporales y eternos. ¡Qué beneficio! ¡Qué misericordia! ¡Qué amor!

Es verdad— dicen algunas almas enamoradas de Jesús sacramentado;—pero es una lástima que un acto tan dulce, tan eficaz, tan provechoso como es la recepción del Pan eucarístico, sea tan fugaz que sólo dure algunos momentos. Si la presencia adorable del Salvador dentro de nosotros desaparece tan luego como las especies sacramentales se inmutan, ¿qué nos queda de tanta felicidad, de tan estrecha unión y de tan ardiente amor? ¿No será gran desdicha perder casi instantáneamente al Amado de nuestra alma, que poseíamos como pertenencia nuestra y como vida de nuestra vida? ¿Hay mayor pena para un corazón amante que desprenderse, tras breves minutos, del objeto amado? ¿No será mejor morir que experimentar esta desgarradora separación?

Callen en sus quejas las almas devotas y oigan con atención lo que ahora diremos. Es verdad que transmutadas ó cambiadas las especies sacramentales, la carne y la humanidad de Jesucristo cesan de estar en nosotros; pero los efectos que ellas han producido perseveran en nuestra alma, á la manera que en nuestro cuerpo permanecen los efectos del alimento material, aun después de convertidos en substancia nuestra. El Verbo vivificante comunicó á su carne la propiedad de vivificar á su vez (1), y esta carne, una vez recibida por la sagrada Comunión, puede prolongar y prolonga de hecho sus divinas efusiones en todo nuestro ser, de tal

(1) Quoniam vivificum Dei, Verbum habitabit in carne, transformavit ipsam in proprium bonum, nempe vitam, et penitus ipsi unitum inexplicabili unionis ratione vivificam eam reddidit, quale ipsum est natura sua. (S. Cyrill., *in Joann.*, lib. IV.)

suerte, que aun pasado mucho tiempo, la Eucaristía alimenta hace crecer, fortifica y regocija al alma fiel.

Decimos, pues, que tras el fugaz comercio de la carne de Cristo con nuestra alma la deja, como en arras de esposa, no sólo los efectos dichos, sino además su misma divinidad, con la cual continúa comunicándole su propia vida divina, su espíritu, sus gracias, según aquella promesa del Salvador dulcísimo: *El que me come, vivirá por mí.*

El glorioso San Buenaventura es de sentir que aun después de cesar en nosotros la augusta presencia de la carne y sangre de Jesucristo, permanece su alma santísima unida á la nuestra, comunicándole sus pensamientos, sus inclinaciones, sus quereres y deseos, en conformidad con las necesidades y exigencias de nuestra vida sobrenatural (1).

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el efecto del manjar eucarístico permanece en nuestras almas, prescindiendo de que se hayan ó no inmutado las especies sacramentales, al modo que las flores, al pasar por una habitación, dejan en ella el delicioso perfume propio de su naturaleza odorífica. Aun cuando después de la Comunión no quedase en nosotros, otra cosa que el perfume y el calor de Cristo, sería sobrante motivo para poder exclamar regocijados: *Mi vida es Cristo*. (Mihi vivere Christus est.) (2).

Este es, en suma, el primer efecto de la Comunión sagrada, y de él surgen otros innumerables, como ahora diremos.

§ II

QUE LA BUENA COMUNIÓN COLMA AL HOMBRE DE GRANDEZA, PAZ Y FELICIDAD

8. La buena Comunión infunde en el hombre un principio de grandeza.—**9**. Consecuencias de esta grandeza.—**10**. Y un principio de paz.—**11**. Lenguaje de Jesús en la Eucaristía.—**12**. Y un principio de felicidad.—**13**. Ejemplos de los Santos —**14**. La felicidad del cielo y la de la tierra.—**15**. Conclusión.

8. Sentada ya la base de la unión íntima del cuerpo y del alma de Jesucristo con el alma y el cuerpo del cristiano que co-

(1) Véase el P. Monsabré, Confer. LXXI.

(2) Ex eadem corporalii sumptione et quasi permistione, ut Sancti loquuntur, relinquitur, etiam post transactam realem Christi, praesentiam, moralis quaedam habitudo inter Christum et suscipientem, non ratione illius contactus, speciali titulo censetur hic esse quasi aliquid Christi, et Christum habere specialem curam non solum animae, sed etiam corporis ejus, ut illud santificet, suaeque gloriae participes faciat, quae habitudo non manet in eo, qui indigne communicavit, quia obicem posuit effectui Sacramenti. (Suárez, Disput. 64, sect. III, n. 6.)

mulga, vese con toda evidencia la dignidad sobrehumana con que el hombre queda enriquecido, y al contemplarse el alma tan unida á su Dios, descubre en sí misma un *principio de grandeza* que le hace sentir y reconocer en su interior cierta cosa más grande que el mundo entero, con todas sus riquezas, honores y placeres; un principio que la eleva mucho por cima de todo lo que es humano, y que la lleva á soportar sin turbación el menosprecio del mundo, á renunciar sin inquietud las honras y estimaciones de las gentes, á no cuidarse de los aplausos y alabanzas de los hombres, á aceptar sin abatimiento las pérdidas de intereses materiales y la delicadeza de la salud; á comprender, en suma, el verdadero sentido de aquellas hermosas palabras: *El que tiene á Jesús lo tiene todo. Jesús mio y todas las cosas. Dios sólo basta.*

9. Por consecuencia, al verse el hombre por el Sacramento eucarístico hecho un como tabernáculo sagrado, donde mora el mismo Dios, contémplase tan grande y sublime, que no osará jamás profanar su cuerpo santificado por el contacto de la carne adorable del Salvador, y tendrá por grande cosa vigilar día y noche para que su dicho cuerpo no sea nunca envilecido por la inmodestia, ni manchado por la molicie, ni degradado por la voluptuosidad. Se verá grande por lo que tiene de Dios, aunque pequeño por lo que tiene de sí propio, y una *profunda humildad* inundará su espíritu, comprendiendo que toda su grandeza le viene de Aquel que reside en su alma, de Jesús sacramentado, Salvador y Redentor del humano linaje. ¡Cuán grande, elevado y magnífico se ostenta el hombre cuando lleva en su pecho la humanidad sacrosanta de Cristo nuestro Señor! He aquí lo que deben considerar los cristianos después de recibir el Santísimo Sacramento.

10. Pero aún hay mucho más que decir, y mucho más que admirar en este sagrado misterio, porque la unión del hombre con Dios, mediante la digna recepción del Sacramento Eucarístico, infunde en el corazón humano un principio de *paz,* á ninguno otro comparable. La *paz* no es más que *la tranquilidad del orden,* y el orden se establece en nosotros por el mismo hecho de comulgar, ó sea por la augusta presencia de Jesucristo en nuestros corazones. Él viene á nuestro pecho como *Dios*, como *Rey*, como *Maestro*, como *Pastor*, como *Juez*, como *Padre*, como *Salvador*, y bajo todos estos aspectos nos habla, nos amonesta y *nos ordena* (1). Oigamos su voz amorosa, que es sobremanera importante.

(1) Véase el autor de las *Paillettes d'Or*, «Medios de obtener la gracia.»

11. *Como Dios* omnipotente habla á nuestras pasiones tumultuantes, y las pasiones se apaciguan: habla á la turbación, á la inquietud, á la ira, á la malquerencia: *Vosotras*—les dice—*no pasaréis de aquí*. y ellas al punto se contienen: habla á nuestra alma temerosa, diciéndola: *Alma de poca fe, ¿por que temes? Yo estoy contigo;* y nuestra alma se sosiega y queda ordenada.

Como Rey, establece su imperio en nuestros corazones, y para que dominemos el amor desordenado á los bienes sensibles, á la vanidad, al orgullo y á los deleites de los sentidos, nos exige, cuando hemos comulgado, que renovemos nuestras promesas de fidelidad á sus mandamientos divinos, y el alma queda ordenada.

Como Maestro, parece decirnos en el instante mismo de comulgar: «Yo soy la verdad, y debo ser creído. El mundo es un maestro engañoso, que enseña mentiras é ilusiones; huye de tus concupiscencias como de maestros pérfidos que te conducen á la muerte; mira á tu razón como maestra limitada, que sabe poco, que ignora mucho, y que no pocas veces toma las apariencias por realidad.» Nosotros le oimos, y el alma queda ordenada.

Como Pastor, El nos conoce, nos conduce por el verdadero camino, nos aleja de los pastos venenosos y, si es preciso, nos lleva amoroso sobre sus hombros para evitar el cansancio, ó, lo que es lo mismo, vigila nuestros pasos para que no nos apartemos del aprisco, y el alma queda ordenada.

Como Juez, lo ve todo, lo sabe todo, nada olvida..., y como al mismo tiempo le contemplamos bondadoso dentro de nuestro corazón, este pensamiento nos contiene en el mal, nos calma en las pasiones, nos consuela en los trabajos, y el alma queda ordenada.

Como Padre—¡bendito sea el Señor!—le miramos siempre *pronto* para perdonar, *tardo* para castigar, *bueno* para ayudarnos, y el alma queda ordenada.

Como Salvador, finalmente, hallándose dentro de nosotros, nos ofrece una garantía firmísima de la vida eterna, pues se constituye en favor nuestro, ora como *Mediador*, interponiéndose entre Dios y nosotros para demandar gracia; ora como *Redentor*, ofreciendo al Padre los méritos infinitos de su vida, pasión y muerte en pago de nuestras deudas; ora como *Víctima* inmolándose para aplicarnos los frutos de su inmolación; ora como *amigo* fiel, que nunca nos abandonará, y que nos llevará cariñosamente á la presencia de su Padre en la patria celestial. ¡Qué consuelo! ¿Es posible mayor *orden*, mayor *paz* y mayor *felicidad?*

12. Todos estos prodigios, y otros muchos más obra Jesús sa-

cramentado en el alma que dignamente le recibe, y por eso cabe decir con toda verdad que la Comunión sagrada es para nosotros *un principio de felicidad* suprema. *Regocijémonos*—dice el Apocalipsis —*y llenémonos de alegría, y rindamos gloria á Dios, porque las bodas del Cordero han llegado... ¡Felices los que han sido llamados á las bodas del Cordero!* (XXI, 27.)

Verdaderamente, recibir en nuestro corazón al Señor Dios de cielos y tierra es la mayor dicha que podemos obtener en este mundo; porque, como dijo San Pablo, poseyendo á Jesucristo, *estamos llenos de bienes, lo tenemos todo, y todo con abundancia* (1). Si Dios está con nosotros ¿quién osará ir contra nosotros? Y si alguno fuere, podemos decir: «Tengo conmigo al que es omnipotente: *todo lo puedo en Aquel que me conforta.*» ¡Oh! Lo que hace falta en nosotros es fe y confianza; porque si por la Comunión formamos una sola cosa con Dios, y Dios está á favor nuestro, ¿qué podrá dañarnos? Nada ni nadie. No hay cosa por qué debamos intraquilizarnos, ni por el alma, ni por el cuerpo, ni por lo presente, ni por lo venidero. Nuestro cuidado único ha de ser amar y servir al Señor, y no apartarnos nunca de El. Si las delicias de Jesucristo consisten en estar con los hijos de los hombres, ¡con cuánta más razón los hijos de los hombres hemos de encontrar nuestras delicias en estar con Jesucristo y en poseerle en nuestros corazones!

13. Santa Mónica, después de haber comulgado, exclamaba con santo regocijo: «Mi corazón y mi carne se han estremecido de felicidad en mi Dios»; y de Santa Magdalena de Pazzis leemos que nada encontraba comparable á la dicha de comulgar. «Para procurarme este gozo—decía ella—no titubearía en, si fuese necesario, entrar en la madriguera de un león y exponerme á toda clase de sufrimientos.» San Carlos Borromeo afirmaba que sus delicias consistían en hallarse al pie del altar y recibir á su Dios; y siempre que la necesidad le alejaba de los sagrados Tabernáculos, dejaba en ellos los afectos de su corazón (2).

De esta manera han pensado siempre los Santos; así piensan hoy las almas piadosas, y así seguirán pensando hasta la consumación de los siglos, porque es verdad innegable que nosotros, al comulgar fervorosamente, damos comienzo á aquella felicidad suprema que gozan los bienaventurados en el cielo.

14. Los Santos en la gloria están *con Dios, unidos á Dios y*

(1) Habeo omnia, et abundo; repletus sum. (Philip., IV, 18.)
(2) Así se lee en la vida de dichos Santos.

como transformados en Dios; y ¿qué otra cosa nos acontece á nosotros en la Mesa eucarística? Estamos *con Dios,* y eso mismo expresa San Juan en el Apocalipsis, cuando dice: *He aquí el Tabernáculo de Dios con los hombres, y Dios habitará con ellos; ellos serán su pueblo, y el mismo Dios habitará con ellos, y será su Dios* (1). Estamos *unidos á Dios,* y con unión tan íntima, que en lo humano es imposible imaginar otra mayor. Estamos como *transformados en Dios,* pues con la Comunión sagrada somos miembros del cuerpo de Jesucristo, *formados de su Carne y de sus huesos,* como bellamente expresó San Pablo (2). Luego si, á semejanza de los Santos de la patria celestial, estamos por la Eucaristía *con Dios, unidos á Dios y transformados en Dios,* lógico es concluir que al comulgar comenzamos aquí en la tierra á poseer la eterna ventura de los cielos, y Jesucristo, al venir en la santa Hostia á morar en nuestro corazón, parece decirnos como en carne mortal dijo á su Eterno Padre: *Todo lo mío es vuestro, y todo lo vuestro es mío* (3). ¡Qué felicidad! ¡Y está en nuestra mano obtenerla!

¡Oh! Es verdad que en el cielo hay más luz, más conocimiento, más alegría y seguridad; pero los Santos no poseen á Dios más real, substancial y personalmente que nosotros le poseemos en la tierra con la fervorosa recepción del Santísimo Sacramento. En el cielo, los bienaventurados disfrutan de Dios, son servidores suyos, le aman, le alaban, le adoran, pero siempre el Señor es dueño y no esclavo; mas en la Mesa eucarística, Jesucristo se hace como esclavo nuestro, somos dueños suyos, le poseemos. disfrutamos de El y nos sirve. ¿Quién pudo jamás concebir ni imaginar en la tierra felicidad mayor y más suprema grandeza?

15. ¡Felicidad misteriosa! Se os siente bien, Señor, pero no es posible decir de dónde venís ni lo que sois. El cristiano que comulga, aunque se halla en la tierra con el cuerpo, su alma está como trasladada al cielo, donde gusta las primicias y se sacia de ellas. El mundo sensible se desvanece ante él, con todas sus ilusionec engañosas, y con todos sus empozoñados encantos; él experimenta los dulces atractivos de la gracia, las puras delicias de la virtud y los consuelos inefables de la unión divina. Escuchadle en aquellos dichosos instantes que comulga, y le oiréis llamando á su Criador y á su Salvador, *mi amigo, mi hermano, mi esposo, mi*

(1) Ecce Tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis. Et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus. (Apoc., XXI, 3.)

(2) Membra sumus corporis ejus de carne ejus de osibus ejus. (Ephes., V, 30.)

(3) Et mea omnia tua sunt, et tua mea sunt. (Joann., XXVII, 10.)

amado, alma de mi alma, corazón de mi corazón, mi bien, mi tesoro, mi todo. Escuchadle elevando su esperanza á la altura de la certeza y diciendo á su Dios: «Vos sois todo mio, y yo todo vuestro. Yo os tengo en mis brazos y reposo en vuestro corazón.» Ved aquí lo que sucede en el interior del alma que se acerca á la sagrada Mesa. ¿Quién ha de extrañar que el alma que renueva con frecuencia por la Comunión estas ascensiones al cielo y estos coloquios con Dios, acabe por olvidar la tierra, por despojarse del hombre viejo, por desprenderse del mundo y de sí misma, por afirmarse en el camino de la virtud, por hacer de la santidad su estado habitual, su necesidad y su ventura? (Raul., Conf. XX.)

He aquí cómo se expresan los oradores sagrados al delinear los efectos primarios de la Comunión sagrada, hecha con las debidas condiciones: mas como esto en realidad no es más que el comienzo de una serie interminable de gracias y de mercedes divinas, que vienen en pos de la unión eucarística, y que el cristiano en manera alguna debe ignorar, nos es forzoso añadir un nuevo capítulo para enumerar otros efectos de no pequeño interés práctico y de grande consuelo para el corazón cristiano.

CAPITULO XXXV

Prosiguen los efectos de la buena Comunión.

1. Por la Comunión vivimos de la vida de Dios —2. Vida de verdad. 3. Vida de amor y de santidad.

CONTINUANDO la exposición de los efectos maravillosos que la Comunión sagrada produce en nuestras almas, es mucho de notar que al unirse nuestro espíritu y todo nuestro ser con la persona adorable de Jesús sacramentado, quedamos reformados en el espíritu de tal suerte, que vivimos, no ya sólo de nuestra vida natural, sino de la vida divina de Cristo, vida de *verdad* y vida de *amor*.

2. Jesucristo es la *verdad* misma personificada (*Ego sum veritas*) verdad infalible, sin engaño ni error, verdad fundamental, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo y que es preciso seguirla, so pena de andar en tinieblas. Pues bien: para Jesucristo Dios lo es todo, es dueño absoluto de todo y director general de todo. Por eso en su vida mortal sobre la tierra no hizo nada sin oración previa á su Eterno Padre, aceptando después todos los acaecimientos como venidos de su mano benditísima. Esta es la vida de verdad que el hombre recibe mediante la sagrada Comunión; porque Jesucristo, que se halla en su interior, le ilumina por modo especial y le hace comprender que todo cuanto acaece en el mundo es *querido* ó *permitido* por Dios, según el orden misterioso y admirable de su divina providencia (1). El uso frecuente de la sagrada Eucaristía eleva al hombre poco á poco en las regiones de las verdades reveladas, y poco á poco también va disminuyendo los errores de su inteligencia, la falsedad de sus juicios, los engaños en su manera de apreciar las cosas; y, por último, sustituye la

(1) Véase nuestra obra *Maravillas divinas*, tomo I, capítulos XXVI á XXIX inclusive.

vida del hombre carnal por la vida inmaculada de Cristo nuestro Señor. He aquí el portento que obra la Comunión bien hecha en las almas cristianas.

3. Pero hemos dicho, además, que la vida de Jesucristo es vida de *amor,* pues para El el amor de su Eterno Padre es la fuente de todos los demás amores, y por causa de El ama á su Madre santísima, á sus Apóstoles, á sus amigos, á sus enemigos y á todos los hombres. Y no de otra suerte el que comulga con la sagrada Eucaristía reforma sus afectos, ordena sus amores, ama más y mejor, porque refunde sus actos amorosos en *un solo y único acto de amor teologal*, al amor de Dios por sí mismo y al amor de sí mismo y del prójimo por Dios (1), que es, sin duda alguna, el punto más importante de la vida cristiana.

Para el que comulga, la sagrada Mesa es *banquete de familia,* en el cual, antes de sentarse, oye como una voz interior que le dice: *¡Fuera el egoismo, fuera las aversiones, fuera los odios, fuera las venganzas!* Todo el que quiera comer de este Pan celestial, es preciso que deponga las cosas dichas, que ame á su hermano y luego venga y coma.» Jesús, que es *caridad*, enseña al alma que debe ser *dulce y humilde, paciente y obsequiosa, que debe desechar el egoismo,* y de esta suerte salen los cristianos del comulgatorio dispuestos á sacrificarse por sus semejantes, á ser todos para todos, para ganar á todos, en honra y gloria de Nuestro Señor Jesucristo. (I Cor., IX, 22.)

Pero hay más, porque la vida de Jesús es vida de *santidad y de justicia*, y comulgando se adquiere dicha vida, como ahora diremos. No es cosa fácil declararlo; mas con la ayuda del Señor, esperamos dar á entender algo de estas tres verdades:

1.ª Las gracias que el alma recibe al comulgar dignamente.
2.ª Los efectos de la Comunión sobre los pecados y las penas.
3.ª Los efectos que redundan al cuerpo y á la sociedad.

(1) Véase nuestra obra *La Vida feliz*, tomo I, capítulos XIV y XVII, donde se trata extensamente este punto.

§ I

INDÍCANSE LAS DIVERSAS GRACIAS QUE PROCEDEN DE LA BUENA COMUNIÓN

4 La sagrada Comunión diviniza al hombre cuanto es posible.—5. Aumenta la gracia santificante.—6. Comunica gracias actuales.—7. Lo que se pierde no comulgando.—8. La sagrada Comunión ilumina el entendimiento.—9. Fortalece la voluntad.—10. Fortalece para combatir.—11. Fortalece para conservar y acrecentar la gracia.

4. No hay cosa más admirable ni más digna de amarse y desearse que la vida inmaculada de Jesucristo, vida de *santidad* y de *justicia,* vida de perfección suma y modelo perfectísimo de imitación. En Jesucristo, vivir es conformar é identificar su voluntad humana con la divina de su Eterno Padre, y esto constituye su *justicia* y *santidad* infinitas. Objeto primario y principalísimo en todo cristiano es imitar á Jesucristo, *queriendo lo que Dios quiere, del modo que Dios lo quiere y sólo porque El lo quiere;* esto es, ser perfectos y santos en la tierra á la manera que es posible; mas, ¿cómo se conseguirá tan alto y sublime fin en esta vida de miserias, agobiados con tantas flaquezas y rodeados de tantos peligros? He aquí la necesidad moral de la sagrada Comunión, fuente inagotable de todas las gracias. «La Comunión eucarística no sólo exige la pureza del alma, sino que la produce; no sólo exige el estado de gracia, sino que le perfecciona; no sólo exige la caridad, sino que la embellece. La Eucaristía obra eficazmente en el espíritu del hombre y le da el sentido práctico, el juicio recto de las cosas divinas; obra en su corazón, y lo transforma; obra también en su cuerpo, y lo espiritualiza; obra, en fin, sobre todo el ser humano, y lo diviniza (1).» ¿De qué manera?

Magníficas y consoladoras son las gracias que el Señor comunica al alma que dignamente comulga; *gracia santificante, gracias actuales, gracias de luz, de fortaleza, de paz, de perseverancia...* ¡Cuántas gracias, cuán valiosas, cuán necesarias y cuán poco se repara en ellas!

5. Gracia santificante.—Este efecto grandioso, que vale más que mil mundos, le recibe el alma copiosísimo en el instante

(1) Raulica, Confer. XX.

feliz que comulga; no ya cuando retiene en la lengua la sagrada Forma, sino cuando pasa de la boca al estómago; de tal suerte, que quien la retuviere en la lengua hasta que se deshaga, no recibiría la gracia del Sacramento, porque no habría verdadera manducación (1). Pero ha de entenderse que como el alma al comulgar está en gracia, el Sacramento *aumenta esa gracia*, en más ó en menos, según las disposiciones que lleve dicha alma. Cristo nuestro Señor dijo: *Mi carne es verdaderamente comida;* y á la manera que el alimento corporal aumenta la vida animal, así la recepción digna de la Eucaristía aumenta la vida espiritual, que consiste en la gracia santificante. Por consiguiente, cuando un alma comulga con frecuencia, puede afirmarse que el Señor la inunda con un río de gracias, ó, mejor dicho, con el océano de todas las gracias, puesto que El mismo dijo: *Venid á mí, y os daré todos los bienes* (2). Y porque nadie sea osado á dudar de esta doctrina, la declaró como de fe el santo Concilio Tridentino, diciendo: *Quiso nuestro divino Salvador que se recibiese la sagrada Eucaristía como un manjar espiritual de las almas, con el cual se alimenten y conforten los que viven según la vida del mismo Cristo, que dijo:* QUIEN ME COME, VIVIRÁ POR MÍ. (Sess. 13, capítulo II.) Sin embargo, ¡oh desdicha humana! ¡Cuántas almas hay en el mundo muertas por no querer alimentarse de este Pan de vida! ¡Cuántas anémicas en el espíritu, por ser tardías en acercarse á la sagrada Mesa! ¡Y cuántas que, aun acercándose diariamente, viven raquíticas en las virtudes por no llevar fervorosas disposiciones! La tibieza es la tisis del alma.

6. GRACIAS ACTUALES.—Entendemos que en esto hay muchas desgracias y grandes pérdidas en la vida espiritual, pues aun las personas que tratan de perfección no siempre avivan los afectos piadosos, ni se actúan bien en la consideración de la augusta majestad de Dios que reciben, ni se excitan á gratitud, reverencia y amor cual demanda el divino Huésped, y es bueno que reflexionen lo que en ello pierden y las gracias de que se privan. Es bueno

(1) Es lo más probable que el alma recibe la gracia juntamente con la primera partícula de la santa Hostia, porque en cada una de las partes se encuentra Jesucristo todo entero y tiene razón de Sacramento. También es muy probable que dicha gracia sigue aumentándose todo el tiempo que la Eucaristía permanece en el cuerpo, con tal de que el a ma aumente su disposición; porque siendo la Comunión instituída á manera de comida, ésta sigue nutriendo al estómago sano todo el tiempo que permanece en él. (Así Gonet, Mastrius, Tournely, etc. (Véase S. Ligor., *Homo Apost.*, tract. XV, n. 6, y *Opus Moral*, lib. VI, n. 227.) Véase también Suárez, *Disput.* 63, lect. 4, donde trata extensamente este punto.

(2) Venite ad me, et ego dabo vobis omnia bona. (Genes., XLV, 18.)

que entiendan que el aumento de la vida espiritual que reciben al comulgar, no consiste sólo en el acrecentamiento de la *gracia santificante* propia del Sacramento, y en virtud de él (*ex opere operato*), sino también en una especial y más abundante colación de *gracias actuales*, ó sea de auxilios divinos, que se comensuran por nuestras disposiciones piadosas (*ex opere operantis*), y que tienden á dar vigor á la vida del espíritu y al ejercicio de su nobilísima actividad; esto es, al ejercicio de la caridad, que granjea al alma copioso y continuo raudal de gracias venideras y de méritos para el cielo.

Y no se diga que el incremento de gracias y de méritos se obtiene igualmente por las obras buenas sobrenaturales de los justos, pues aquí se trata de un Sacramento, de una *gracia sacramental*, proporcionada al *fin* de la Eucaristía, que es muy superior á todas las demás obras, y por consiguiente, en igualdad de circunstancias, los méritos y las gracias son mucho mayores, y contribuyen por eximio modo á la perfección y santificación de las almas.

7. Es incalculable la riqueza espiritual que se pierde comulgando negligentemente, pues el divino manjar *ilumina y fortalece* al alma y al mismo tiempo la *alegra y regocija*, en modo muy superior á lo que acontece en los banquetes corporales. Esto es cosa de experiencia que las almas fervorosas entienden bien, pues como la alegría y el regocijo espiritual son frutos de la caridad divina, esta virtud, y el Dios de caridad que en dichas almas mora, las encienden y avivan, dilatan su corazón é infunden en ellas celo ardoroso por la gloria del Señor, y no hay cosa que á Dios se refiera que no la emprendan y lleven á cabo con gozo y júbilo, por difícil, ardua y costosa que ella sea.

8. En primer lugar, la sagrada Comunión *ilumina* el entendimiento, no sólo para las cosas de Dios, sino aun para las que son materiales. Quien comulga con piedad juzga mejor de los sucesos, eleva más su mirada, abarca mejor los objetos, se engaña más raramente y se reconoce más fácilmente. Jesucristo después de resucitado se apareció en forma de peregrino á dos de sus discípulos que iban á Emaús; muchas cosas les habló en el camino, descubriéndoles el sentido de las santas Escrituras; fervor grande sentían en su corazón cuando el Maestro les hablaba; pero ¿le conocieron?—No; sus entendimientos aún no habían recibido suficiente luz; mas tan luego como llegó el momento de la Comunión, ¡oh! entonces vívidos fulgores inundaron su inteligencia y *le cono-*

cieron en la fracción del pan (1). «Es—dijo San Cipriano—que la Eucaristía conduce los espíritus á la sabiduría verdadera, haciéndoles salir de la torpeza del siglo y elevándoles al conocimiento de las cosas divinas.» (Lib. II, Epist. 3.ª *ad Caecil.*)

9. Grande gracia, como se ve, es ésta; pero aún hace más la Comunión sagrada, pues imprime en el alma de quien dignamente la recibe tal *fortaleza*, que—como dijo San Pablo—*nada, ni el hambre, ni la persecución, ni la muerte, podrán separarle de la caridad de Jesucristo. Señor*—dijo David:—*me habéis preparado una mesa contra los que me hacen la guerra* (2). Señor, podemos decir nosotros; nos habéis preparado la mesa eucarística para vencer á todos los enemigos de nuestra alma. «Nos retiramos del comulgatorio—dijo el Crisóstomo—como leones que van al combate, porque entonces somos terribles para los demonios (3). Y en verdad—dijo el Apóstol—*todo lo podemos en Aquel que nos conforta. Si Dios está con nosotros, ¿quién prevalecerá contra nosotros* (4)?

10. Tres enemigos feroces, el *demonio*, el *mundo* y la *carne*, conspiran sin cesar para perdernos y nos hacen guerra encarnizada. «Los tres en unión — podemos decir con Jeremías (Lamentaciones, II, 16)—*han abierto la boca contra nosotros; han silbado, han rechinado sus dientes, y han dicho: Los devoraremos.*»—¿Cómo podremos librarnos de sus asechanzas? — Con la sagrada Comunión.

El demonio anda en torno nuestro como león rugiente, y nos ha pedido para cribarnos como trigo. ¿Que medio emplearemos para confundirle?—La sagrada Comunión.

El mundo, corrompido y corruptor, hijo predilecto de Satanás, es enemigo jurado de nuestras almas, y trata de seducirlas con ilusiones, orgullos y vanidades. ¿Cómo venceremos al mundo? - Con la sagrada Comunión.

La concupiscencia desordenada es enemigo aún más formidable, y más insistente, y más violento, y más imposible de alejar, porque vive dentro de nosotros, sirviendo de instrumento al mundo y al demonio para arrastrarnos. ¿Cómo debilitar y vencer á tan dañino é inseparable compañero?—Con la Comunión sagrada.

---

(1) Et cognoverunt eum in fractione panis. (Luc., XXIV.)

(2) Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me. (Psal. XXII, 5.)

(3) Quasi leones ignem spirantes ab illa mensa recedimus, facti daemonibus terribiles. (S. Crisost., Homil. LXI, *ad pop.*)

(4) Omnia possum in eo qui me confortat. (Philip., IV, 13.) Si Deus pro nobis, quis contra nos? Rom., VIII, 31.)

Aquel—añade San Bernardo—que sabe dominar la ira, la envidia, la soberbia y todas las demás pasiones, dé gracias rendidas al Cuerpo y á la Sangre de Jesucristo; pues en verdad principalmente es debido á la Comunión sagrada. (Sermón I, *in Coena Dom.*)

¿De dónde—pregunta el Crisóstomo—recibieron los mártires aquel valor invencible que les hacía superiores á todos los asaltos, á todas las persecuciones, á todos los tormentos y á todas las seducciones de los tiranos?—De la Comunión sagrada. (Homil. 1.ª *ad pop.*)

¿Cuál es—prosigue el Santo—la fortaleza, el nervio del espíritu, la confianza, el apoyo, la luz, la vida y la salvación del hombre?—La Comunión sagrada.

«Ciertamente—dice Santo Tomás de Aquino—una de las razones por que este divino Sacramento nos libra de caer ante el embate de tan formidables enemigos, es porque habiendo sido dominados por la muerte de Jesucristo *el infierno, el mundo y la concupiscencia,* y siendo la Eucaristía una representación del Calvario, huyen dichos enemigos despavoridos ante el hombre que comulga.» (*De SS. Sacram.*)

II. Esta es, en resumen, la doctrina de todos los Santos Padres, y por ella, y por lo que la experiencia muestra, se ve con evidencia que Cristo nuestro Señor, según su divina voluntad y su corazón misericordioso, nos dejó en la sagrada Comunión un medio moralmente necesario para *conservar y aumentar* en nuestras almas la gracia santificante. Es decir, que según el orden común de la divina Providencia, Dios nuestro Señor concede al hombre adulto, principalmente en virtud del Sacramento eucarístico, auxilios más abundantes de gracia, con los cuales pueda siempre superar las tentaciones y demás asechanzas del enemigo; de tal suerte que, sin comulgar, con dificultad puede el hombre librarse aun de caídas graves (1).

(1) Véase Lehemkuhl: *Effect., SS. Eucharist.,* n. 115.—«Es indudable—dijo el Padre Raulica (Conferencia XX, n. 7)—que se encuentran flaquezas aun entre los católicos que frecuentan la Comunión eucarística; mas entre los llamados católicos que se alejan de ella no se encuentran más que vicios. Los pequeños defectos en que caen aquéllos, prueban que no han acabado aún la obra de su santificación; mas los desórdenes á que se entregan generalmente éstos, prueban que la obra de su perversidad está consumada. Aquéllos pudieran ser todavía más virtuosos; pero es imposible que éstos estén más corrompidos. Aquéllos tienen todavía ciertas virtudes que adquirir; mas éstos no tienen ya nuevos excesos que cometer. En una palabra: la práctica de todas las virtudes del Evangelio sólo se encuentra entre los que comulgan frecuentemente con las disposiciones que este gran acto exige.»

Queda, pues, evidenciado que la fortaleza proveniente de la sagrada Comunión es necesaria, ya para conservar el alma en el orden querido por Dios, ya para sostener el espíritu y no descender á lo profundo; ya para resistir á los combates del mundo y del demonio; ya para triunfar de la tiranía de las pasiones que nos seducen halagando y nos matan condescendiendo; ya, en fin, para sufrir pacientes y aun desear con ardor los sufrimientos, como expiación debida por nuestras culpas personales ó por las faltas ajenas. ¡Cuánta filosofía! ¡Cuánta conveniencia! ¡Cuántos provechos vienen á nuestra alma por una Comunión bien hecha!

Con razón se ha dicho que la sagrada Eucaristía, en sus efectos propios contiene *por modo eminente* los efectos de los demás Sacramentos (1).

El *Bautismo* nos regenera en Cristo y nos hace semejantes á Él; la *Comunión sagrada* nutre y consuma aquella unión y de una manera especial nos estrecha más con Cristo.

La *Confirmación* presta á nuestras almas la fortaleza de la fe; la *sagrada Comunión* aumenta dicha fortaleza y suministra al hombre auxilios poderosos para resistir á los enemigos de la fe y á todas las tentaciones.

La *Penitencia* borra los pecados cometidos después del Bautismo; la *sagrada Comunión* hace algunas veces lo mismo, á lo menos *accidentalmente*, y perfecciona el efecto de la confesión sacramental, purificando más al alma, borrando los pecados veniales, disminuyendo el desorden de las concupiscencias y preservando de caer en culpas graves.

La *Extremaunción* quita las reliquias de los pecados, y en el difícil tránsito de la muerte confiere al hombre auxilios espirituales; la *sagrada Comunión*, en cuanto es Viático, presta también su propio auxilio en aquel duro trance.

El *Orden* y el *Matrimonio* preparan ministros á Dios para que le sirvan dignamente; la *Comunión sagrada*, al mismo tiempo que engendra vírgenes y excita á la reverencia á Dios y al amor al prójimo, contribuye al efecto y al fin de dichos dos Sacramentos (2).

He aquí una utilidad general procedente de una Comunión bien hecha; pero esto que hemos dicho, con ser tanto y tan grandioso,

---

(1) Non per causalitem universalem, sed per eminentiam quandam, quam in proprio et specifico effectu hoc divinum Sacramentum habet in perficiendis quodammodo effectibus sacramentorum omnium. (Suárez: *De Eucharist.*, Disput. 40, lec. I.)

(2) Véase Suárez, Coment. á la q. 73, a. III, de la *Suma Teolog.*, p. III.

aún no es bastante si hemos de conocer, cual conviene, los principales efectos de la sagrada Comunión. Digamos ahora dos palabras sobre los efectos eucarísticos con referencia á los pecados veniales y mortales y á las penas por ellos merecidas.

§ II

EFECTOS DE LA COMUNIÓN SOBRE LOS PECADOS Y LAS PENAS DE ELLOS

12. Error de los novadores.—**13.** La Comunión borra los pecados veniales. —**14.** Directa é indirectamente.—**15.** Borra también los pecados mortales. —**16.** Preserva de caer en ellos.—**17.** Remite las penas temporales.— **18.** Consecuencia importantísima.

12. Hubo en los tiempos modernos herejes tan sin juicio, que enseñaron que el único y principal efecto de la Eucaristía es la remisión de los pecados. Error funestísimo que fué justamente condenado por el sagrado Concilio Tridentino, en su sess. 13, canon 5, diciendo: *Si alguno dijere ó que el principal fruto de la sacrosanta Eucaristía es el perdón de los pecados, ó que no provienen de ella otros efectos, sea excomulgado.*

Dos cosas, como se ve, enseña aquí el santo Concilio: 1.ª Que la santa Comunión no tiene por *efecto principal* la remisión de los pecados. 2.ª Que, esto no obstante, los perdona el Señor mediante la Comunión, proviniendo de ella otros efectos. ¿De qué manera? ¿Cuándo borra los pecados veniales? ¿Cuándo los mortales?

13. PECADOS VENIALES.—No se puede dudar que comulgando dignamente desaparecen del alma los pecados veniales, porque según el citado Concilio de Trento, recibimos el Santísimo Sacramento *como un antídoto con que nos libramos de las culpas cotidianas;* esto es, de las veniales (Sess. 13, c. 2), siempre que en el acto no haya complacencia de ellos dejándonos arrastrar el corazón (1). Hermosísimo y por todo extremo consolador es este efecto para las almas buenas, pues si por una parte les aflige considerar que durante todo el discurso de su vida no pueden, sin un auxilio especial de Dios, evitar todos los pecados veniales, tomados colectivamente, y que se ven caídas en ellos de conti-

(1) Catecismo del Conc. Trident., p. II, cap. IV, n. 52.

nuo, (1), por otra les regocija saber que con la frecuente Comunión todos se borran, quedando limpias y puras (2).

Les acontece en lo espiritual lo que al león en lo material, pues de este animal se refiere que, cuando va por la arena, con los pies marca la huella y con la cola la borra, y así burla á sus perseguidores.

Se dirá que también se perdonan las culpas leves, por los que llaman *Sacramentales,* ó sea por tomar agua bendita, golpes de pecho... Es verdad; pero hay mucha diferencia, porque con dichos Sacramentales se perdonan principalmente en virtud de la devoción y actos piadosos del alma, y en la Comunión es además por la eficacia intrínseca del Sacramento. (*Ex opere operato.*)

11. De dos maneras borra la Comunión los pecados veniales: *directamente,* en cuanto es un alimento espiritual, que restaura las fuerzas perdidas por las culpas leves, al modo que por la nutrición del alimento corporal se restablece el cuerpo de las pérdidas diarias ocasionadas por la acción del calor natural, ó por las pequeñas enfermedades. Diariamente hay pérdidas, pero diariamente se recuperan. Esto sucede en el cuerpo, y esto por modo semejante sucede en el alma. ¿Hay cosa más natural y más consoladora?

Pero además también la Comunión borra las culpas leves *indirectamente;* porque como el efecto de este Sacramento es acrecentar la caridad, no sólo en cuanto hábito, sino en cuanto acto, y esto lo hace de manera tan poderosa y eficaz, cabe decir que por dichos actos caritativos quedan borradas las culpas veniales, sean las que fueren (3).

¿Quién será capaz de comprender el inmenso beneficio que esto trae á las almas ganosas de perfección? Por una parte desaparecen

---

(1) Así está definido por el Tridentino (c. 23, *De justificatione*). Puede verse la explanación é inteligencia de este punto doctrinal, en nuestra obra *La Vida feliz,* tomo IV, al fin.

(2) Por este motivo una Capitular del siglo VI (lib. VI, cap. XVII), mandaba á los fieles comulgar todos los domingos, á no ser que lo impidieran los pecados mortales.

(3) Puede confirmarse bien esta doctrina con el testimonio de Santo Tomás, parte III, q. 79, a. IV, y con el de los Santos Padres. Crisóstomo (Homil. 45 *in Joann.*); Bernardo (Serm. *De coena Dom.*) Cirilo Alex. (lib. IV, *in Joann.*, cap. XVII.)—Muy especialmente puede verse á Suárez, en su Comentario á la parte III de la *Suma* de Santo Tomás, q. 79, a. 8, ó sea en la Disput. 63, let. X, n. 1 y 2, donde dice: «Peccata venialia remittuntur *ex opere operato* per Eucharistiam. Ad hunc ergo effectum duo tantum videntur necesaria ex parte sumentis: unum ut sit in statu gratiae, et propter dignam sumptionem sacramenti, et quia non potest veniale peccatum sine mortali remitti; aliud est, ut non inveniat actualem affectum talis peccati.»

las venialidades que manchan al alma, y la enferman, y la impiden progresar en la virtud, y por otra sirve de preservativo para no retroceder y caer en nuevas culpas, especialmente en graves. De ordinario, las personas que comulgan con frecuencia viven en el temor de Dios, y pasan años enteros, y aun toda su vida, sin cometer un pecado mortal. ¡Qué beneficio! ¡Qué manjar! ¡Qué efectos! Sólo con esto basta para que todos tengamos deseos ardorosos de comulgar con frecuencia y mientras más, mejor. Pero sigamos adelante, que aún hay aquí mucho que considerar, y mucho que agradecer á Dios nuestro Señor.

15. Pecados mortales.—Es también efecto de valor inestimable el que la Comunión produce en el alma, respecto de los pecados graves. *Si alguno*—dijo el Doctor Angélico (D. 9, q. 1, a. 3)—*después de un diligente examen de conciencia, juzgando que está en gracia, se acerca á recibir el Cuerpo de Cristo, habiendo quedado en su alma algún pecado mortal que se haya escapado á su examen, no peca, antes bien por la virtud del Sacramento eucarístico consigue la remisión.* Es decir, que la Comunión borra *(per accidens)* el pecado mortal de que no nos acordamos después de un razonable examen; y, por consecuencia, el pecador que ignora involuntariamente su pecado grave y comulga de buena fe, queda en verdad justificado. Esta es la doctrina sentada y seguida por los teólogos, sin más obligación para el pecador que confesar después el pecado olvidado para someterle á las llaves de la Iglesia y que sea perdonado directamente, ó, lo que es lo mismo, confirmado el perdón indirecto obtenido en la Comunión (1).

16. Y aún no para aquí la influencia de la sagrada Eucaristía sobre los pecados mortales, pues el que comulga dignamente se preserva mucho de caer en ellos, ya por el aumento de gracia santificante y de caridad que el alma recibe, ya por la diminución de la concupiscencia que el Sacramento produce. Cosa en verdad de grandísima importancia en la vida del espíritu, porque los remedios que preservan de caer en las enfermedades son tan preciosos como los que devuelven la salud perdida. Quéjanse muchas almas de que no perciben sensiblemente el hermoso fruto de sus continuas Comuniones, y casi casi están dispuestas á dejarlas por eso, y no reparan que si no fuera por ellas estarían tal vez precipitadas en el abismo de culpas gravísimas. ¿Les parece poco fruto conservar la vida

(1) Así S. Thom., p. III, q. 79, a. 3; y con él San Alfonso, San Antonino, Bellarmino, Suárez, Natal Alejandro, Biluart y el común de los teólogos.

del alma, á la manera que el alimento corporal preserva la vida del cuerpo?

Mucho deben reparar en esto las personas devotas, llevando siempre en la memoria aquellas palabras del divino Salvador: *Yo soy el Pan bajado del cielo, para que quien lo coma no muera. El que coma de este Pan, vivirá* (1). Es decir, que el que se aleja de la sagrada Eucaristía, por eso mismo quedará en el espíritu herido de muerte, así como el que comulgue con frecuencia evitará el pecado mortal y vivirá con la vida de la gracia. ¿Con qué vida admirable no viviremos comiendo dignamente el Pan eucarístico, que es la misma vida? ¡Oh delicioso banquete de los hijos de Dios! ¡Oh Mesa sacratísima! ¡Cuán poco te conocen y estiman los hombres! (2).

17. Remisión de penas.—¿Y qué diremos de la Comunión sagrada con referencia á las penas debidas por los pecados ya perdonados? Mucho se inquietan algunos cristianos pensando: Yo sé que he cometido muchos pecados, y aunque abrigo la dulce confianza de que el Señor me los habrá perdonado mediante su misericordia y mis continuas confesiones y comuniones, sin embargo, me aterra la idea de las penas que por ellos tengo merecidas; ¿qué haría yo, Dios mío, para satisfacer por ellos debidamente, y que mi alma no sea detenida en el purgrtorio, sino que pase sin tardanza al cielo?»—Ya lo hemos dicho: comulgar bien y con frecuencia; pues aunque en realidad la Comunión no remite *directamente* dichas penas, sin embargo las extingue en parte ó en todo, según la devoción y el fervor con que se comulgue, en virtud de los actos de caridad que la Comunión nos hace llevar á cabo, y por cierta concomitancia con el fin principal del Sacramento, como enseña Santo Tomás (p. III, q. 79, a. 5). Como si dijéramos en virtud de la Comunión misma, puesto que el perdón de los pecados veniales que se obtiene al comulgar apenas puede verificarse en esta vida sin la remisión de alguna pena (3). Sobre todo, si quien comulga oye al mismo

(1) Hic est panis de coelo descendens; ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet. (Joann., VI, 50 y 52.)

(2) Siendo el pecado grave cierta muerte espiritual del alma, el sacramento de la Eucaristía preserva al hombre del pecado de dos modos: en cuanto confirma al hombre en la vida espiritual, y en cuanto combate las asechanzas del demonio como signo de la Pasión de Cristo. (S. Thom , p. III, q. 79, a. 6.)

(3) Duplici modo, tum ex opere operantis, tum ex opere operato S. Communio efficit poenae temporalis post remissam cul pam residuae diminutionem; idque eo magis tenendum est, quod venialis culpae remissio sine ulla poenae debitae remissione hac in vita vix possibilis est. (Lehmkuhl: *De Euchar. ut Sacram.*)

tiempo la Misa y la ofrece en unión del sacerdote, ¿quién puede negar que la Eucaristía, como sacrificio, remite *directamente* las penas temporales (1)?

18. Ahora bien: siendo esta la doctrina católica en todo su rigor teológico, es práctica hermosa y convenientísima *vivir al día;* esto es, liquidando cuentas con Dios todas las noches, diciendo: «Si hoy por mi fragilidad he cometido tales y tales culpas leves, hoy mismo he comulgado devotamente y las culpas quedan borradas y las penas extinguidas, á lo menos en parte. Si por ignorancia inculpable, ó falta de memoria, me acerqué á la sagrada Mesa con pecados mortales no confesados, ó sin verdadera contrición, no importa, la Comunión es poderosísima, Dios misericordioso, y mi alma queda limpia, sana, salva y perdonada. ¡Qué prodigio! ¡Qué consuelo! ¡Cuánto interesa que entiendan bien esto las almas congojosas!

Por último, veamos ahora otros efectos generales, que en manera alguna podemos pasar en silencio.

§ II

EFECTOS DE LA COMUNIÓN EN EL CUERPO Y EN LA SOCIEDAD

19. La sagrada Comunión es medicina para los cuerpos.—**20.** Ejemplos históricos. —**21.** Produce la unión en las familias y en las sociedades. —**22.** Produce todas las gracias.—**23.** Resumen y conclusión.

Mucho nos hemos detenido en mostrar algunos efectos de la sagrada Comunión en nuestras *almas,* y sin embargo parece que no hemos dicho nada en comparación de la realidad. Forzoso nos es ya poner término, añadiendo algunas palabras referentes á los *cuerpos* y á nuestros *semejantes,* puesto que todo se halla íntimamente relacionado.

19. ¡El cuerpo! ¿Cómo negar que los maravillosos efectos de una buena Comunión trascienden también á nuestros cuerpos materiales? El cuerpo y el alma se hallan estrechísimamente unidos, y su influencia mutua es constante, real y perceptible. La Comunión que ha santificado y fortalecido al alma, hace al cuerpo me-

(1) Es decir, que la Eucaristía, en cuanto sacrificio, es ordenada *per se* á la remisión de la pena temporal, *ex opere óperato;* pero en cuanto Comunión, principalmente remite dicha pena *ex opere operantis.* (Véase Suárez, tomo XXI, p. 431, edición de París en 1887.

nos impresionable y menos dado á los deleites de los sentidos. Es en verdad un remedio poderoso que produce de ordinario su eficacia, y que sana y alivia al cuerpo de dos maneras: ya *directamente* por el contacto real del Cuerpo sagrado de Jesucristo, que conserva en la Eucaristía el mismo poder que tuvo sobre la tierra, para curar ó aliviar las enfermedades, ya *indirectamente*, por la paz y tranquilidad que lleva al alma y que por necesidad se deja también sentir en todo el organismo del cuerpo (1).

El cuerpo adorable de Jesucristo, cuando peregrinaba sobre la tierra, tenía tal virtud, que cuando los enfermos tocaban solamente la orla de su vestido, quedaban sanos. Si tal eficacia curativa poseían las vestiduras, ¿cuál sería la de su cuerpo sacrosanto? Si aquel cuerpo divino, por su unión con el Verbo, es el mismo que se halla velado bajo las especies eucarísticas, ¿quién que le toque no podrá quedar de todo punto curado? Pero el que comulga tiene con el cuerpo de Jesucristo, no ya un *simple contacto*, sino una unión íntima, y por incomprensible modo completa, que es como cierta incorporación, como formando una sola cosa con Él. ¿De qué modo podrá negarse que la Comunión sagrada influye portentosamente en el cuerpo de los fieles, y que es eficaz remedio para curar ó aliviar todas sus enfermedades?

20. Esto no es exageración piadosa, pues la razón lo convence y además narran las historias prodigios innegables. San Buenaventura declara que muchas personas débiles ó enfermas han experimentado con la sagrada Comunión tal fuerza, alegría y consuelo, que se retiraban á sus casas como si jamás hubieran padecido mal alguno.—En las vidas de los Padres también leemos que varios Santos han pasado una vida larga y llena de salud, sin más alimento que la Eucaristía.—Pallades asegura que el monje Juan no tomaba nunca otro alimento que el Pan eucarístico. — El abate Severo jamás comía durante la semana, sino únicamente el domingo después de haber recibido al Señor.—El emperador Luis el Piadoso, en su última enfermedad, estuvo cuarenta días sin comer, pero recibiendo cada día el Santísimo Sacramento.—Sigeberto refiere en su crónica, que en 823 una joven de doce años, habiendo comulgado por Pascua en Tulles, pasó tres años enteros sin tomar otro alimento (2).

---

(1) Eucharistia habet aliquam efficaciam in corpore digne suscipientis.—Addere possumus, resurrectionem et inmortalitatem corporis esse specialem effectum hujus sacramenti. (Suárez, lug. antes citado.)

(2) De los «Tesoros» de Cornelio A. Lápide, palabra *Eucaristía*.

Y en nuestros días, ¿quién no ha leído en los diarios, muchos años repetidos, semejantes prodigios en la joven Luisa Lasteau?

Muchos Santos, entre otros el beato Nicolás Flüe y Santa Catalina de Sena, se sustentaron con solo la Eucaristía durante largo tiempo. Á otros, como á Santa Rosa de Lima y á Santa Ludowina, les daba la Comunión admirable fortaleza en su gran debilidad corporal, y alivio en sus dolores. Á muchos fieles, verdaderamente devotos del Santísimo Sacramento, Jesús se les mostró en la Hostia bajo la forma de un niño hermosísimo y les hizo oir su voz; á otros, como á Santa Juliana de Falconeri, se dió el Señor mismo en la Hostia de un modo maravilloso. (Deharbe, volumen IV, pag. 267.)

«En llegándome á comulgar queda el alma y el cuerpo tan quieto, tan sano, y tan claro el entendimiento, con toda la fortaleza y deseos que suele, y tengo experiencia de esto, que son muchas veces, al menos cuando comulgo; ha medio año que notablemente siento clara salud corporal... Y ansí, que cuando tengo este recogimiento, no tengo miedo á ninguna enfermedad.» (*Santa Teresa de Jesús*, carta XI á San Pedro de Alcántara.) – ¿Pensáis añade la Santa - que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este santísimo manjar y gran medicina, aun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades que, estando muchas veces con grandes dolores, como con la mano se le quitaban y quedaba buena del todo.» (*Camino de perfección*, cap. XXXIV, n. 5.)

21. Mas dejando éstas y otras muchas maravillas, por ser de todos muy sabidas, vengamos á la influencia que el convite sagrado ejerce respecto de nuestros semejantes, pues no es para callada.

La Eucaristía se llama COMUNIÓN ó *unión común*, por tres razones: primera, por ser una Mesa y alimento común á todos los fieles; segunda, porque con la comunión del Cuerpo de Cristo constituimos todos un solo cuerpo en Cristo (1); tercera, porque uniéndonos á Jesucristo nos comunica, á todos en común y á cada uno en particular, los méritos de su sagrada Pasión y muerte. Por esta razón, sin duda, el Santo Concilio de Trento, en su sesión 3.ª, cap. VIII, dice así: *Este Sacramento es la señal de la unidad, el lazo de la caridad, el símbolo de la paz y de la concordia* (2). Y San Cirilo raciocinia de esta manera: «Mi cuerpo—dice—está unido al

(1) Quoniam unus panis, unum corpus multi sumus omnes qui de uno pane participamus. (I Cor., X, 17; y S. Crisóst., Homil. 55, *ad pop.*)

(2) Hoc Sacramentum est signum unitatis, vinculum charitatis, pacis et concordiae symbolum.

de Jesucristo por la Comunión; el Cuerpo de Jesucristo está unido igualmente al de mis hermanos; por consecuencia, mi cuerpo y los de mis hermanos se hallan realmente unidos en este Sacramento de amor (1).»

Vese, pues, sin más argumentos, que los cristianos estamos todos unidos por la santa Comunión, así como los dos brazos lo están mediante el tronco del cuerpo. *Somos los miembros del Cuerpo de Jesucristo, de su carne y de sus huesos*—dijo San Pablo (2);—y con tan noble y santa unión no se concibe que nos hallemos realmente divididos en el espíritu y en los corazones. El Sacramento eucarístico, no se puede dudar, es el lazo de amor que nos une con nuestros semejantes, no sólo porque recibimos el mismo Dios que nos manda amarnos los unos á los otros, sino también porque El nos dió el ejemplo amándonos á todos y exigiendo que todos formemos una sola cosa en su amantísimo corazón. ¿Quién hay que, después de haber comulgado, no se sienta impelido á prodigar á sus hermanos todo género de bienes (3)?

22. En suma, el convite eucarístico es la *montaña de Dios,* la *montaña fertil,* la montaña de todas las gracias, y el Pan celestial que en él recibimos se llama por excelencia *Eucaristía,* esto es, *gracia perfecta,* gracia consumada, gracia que contiene el Autor y dador de todas las gracias (4). He aquí por qué el Apóstol San Pablo, hablando á los de Corinto, dijo: *En esta divina Mesa es donde os enriquecéis con todos los tesoros de Jesucristo, de tal suerte que en ella*

(1) San Cirilo, lib. IV, *in Joann.*, cap. XVII.

(2) Membra sumus corporis ejus, de carne ejus, et de ossibus ejus. (Ephes., V, 30.)

(3) Es verdad que así como el manjar corporal sólo aprovecha al que le toma, así el manjar espiritual de la Eucaristía aprovecha sólo al que le recibe, y sólo en él obra los efectos interiores; es verdad que estos frutos intrínsecos de la Comunión no los podemos aplicar, como los del santo sacrificio de la Misa, á los vivos y á los difuntos; es verdad que aun cuando apliquemos la sagrada Comunión por otros, sus efectos quedan en nosotros, sin diminución alguna; pero, esto no obstante, nuestra Comunión puede ser útil á vivos y difuntos, en cuanto el que comulga pide por otros con intención de que el Señor, en vista de esta obra de piedad, se digne concederles su gracia y su misericordia. Por consiguiente, con la Sagrada Comunión sucede lo que con las demás obras de piedad, ayunos, limosnas y penitencias, que se hacen por vía de sufragio, y que se pueden aplicar y ofrecer por los difuntos, como se ve por la doctrina referente á la Comunión de los Santos. Por lo que toca á las oraciones que hace el que comulga, bien se puede creer que, en proporción, son de mayor eficacia que otras, ya sea porque regularmente entonces se hacen con mayor devoción, ya porque Jesús viene al alma y permanece en ella para oir con benignidad y misericordia sus súplicas. (Deharbe, vol. IV, pág. 401, n. 6.)

(4) Mons Dei, mons pinguis. (Psalm. LXVII, 16.)—In hoc Sacramento non solum quaelibet gratia, sed ille a quo est omnis gratia, sumitur. (S. Bernardo, *Serm. de Coena Dom.*)

no os falta gracia alguna; y la seráfica Madre Santa Teresa hubo de exclamar: «Una sola Comunión basta para enriquecer el alma con todos los tesoros espirituales, cuando no ponemos ningún obstáculo. (*Sobre la Encarn.*) Lo cual quiere decir que si los demás Sacramentos tienen cada uno su gracia especial, el de la Eucaristía, propiamente hablando, no tiene gracia determinada, sino que las contiene todas, y el que comulga puede en verdad decir con el Sabio: *Viniéronme juntamente con el Sacramento todos los bienes* (1).

Con efecto: si el hambre nos acosa, la Eucaristía es Pan bajado del cielo.

Si la sed nos atormenta, ella es la fuente de agua viva.

Si las tinieblas nos circundan, es nuestra verdadera luz.

Si la pobreza nos apremia, es nuestra soberana riqueza.

Si la debilidad nos abate, es nuestra gran fortaleza.

Si la muerte nos amenaza, es la vida eterna.

Si los enemigos invisibles nos acometen, es nuestro seguro asilo.

Si la corrupción del siglo nos hace temer por la flaqueza de nuestros corazones y de nuestro espíritu, la Comunión sagrada es nuestro escudo, nuestra protección y nuestro todo. Si Dios está con nosotros, ¿qué temeremos?

23. Ahora, recogiendo un poco las ideas, y para conservarlas mejor en la memoria, haremos un breve resumen de los efectos de la santa Comunión, diciendo:

El manjar eucarístico, recibido dignamente, restablece en su pureza primitiva el orden de la creación, ó, lo que es lo mismo, realiza en el mundo los designios amorosos de Dios creador.

Por la Comunión del alma queda *unida* á Nuestro Señor Jesucristo y el Hombre entero *incorporado* con El; como si dijéramos, la Comunion nos transforma en Cristos y nos hace semejantes á Dios.

Por la Comunión es elevado el hombre á soberana grandeza, y lleva en sí mismo un principio de paz y de felicidad tan grande como es posible en este valle de miserias.

Por la Comunión participamos y vivimos de la vida divina, vida de verdad, de amor, de justicia y de santidad, ó sea de la vida santísima y perfectísima de Nuestro Señor Jesucristo.

Por la Comunión *se acrecienta en el alma la gracia santificante*, y derrama el Señor sobre ella multitud de preciosísimas *gracias actua-*

(1) Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa. (Sap., VIII, 11.)

les, á saber: abundancia de virtudes sobrenaturales que facilitan y hacen suave las prácticas de piedad, fortaleza contra las tentaciones, victoria contra los enemigos visibles é invisibles, otorgando al mismo tiempo *prosperidad corporal y perfección de vida* á los que reciban con frecuencia tan augusto Sacramento.

Por la Comunión queda el entendimiento elevado y esclarecido, la voluntad llena de fortaleza sobrehumana y el corazón regocijado por extraordinaria y no usada manera, cual conviene á quien lleva en su pecho á Cristo nuestro Señor.

Por la Comunión se torna el alma humilde, piadosa, devota, paciente é inflamada en llamas vivas de amor divino.

Por la Comunión se aumentan en nuestro espíritu los hábitos virtuosos, se disminuyen las rebeldías de las pasiones y se refrenan sus exigencias inmoderadas, quedando el corazón nutrido de dulce esperanza, de suave complacencia y de tierna devoción.

Por la Comunión se borran los pecados veniales, se preserva el alma de los mortales, y aun éstos se perdonan *indirectamente*, quedando además remitida en parte, ó en todo, la pena temporal merecida por las culpas ya perdonadas.

Por la Comunión perseveran en nuestros corazones los santos deseos, los propósitos santos, las resoluciones generosas y la fortaleza sobrenatural para vencer con denuedo todas las dificultades.

Por la Comunión nos hacemos participantes de todos los merecimientos de Nuestro Señor Jesucristo, quien nos da en arras la garantia de la eterna gloria del cielo.

Por la Comunión, finalmente, quedamos regenerados, prontos para hacer lo bueno, prontos para evitar lo malo, prontos para ser misericordiosos con los indigentes, y prontos para todo cuanto sea gloria de Dios, bien de los prójimos y santificación de nuestras almas. ¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar, ahora y siempre por los siglos de los siglos!

CAPÍTULO XXXVI

De la Comunión indigna.

---

1. Tres especies de Comunión.—2. Comunión ferviente.—3. Comunión tibia.

Espantable y terrorífico es el asunto que ahora vamos á tratar, y de buen grado le omitiéramos si no nos apremiaran la necesidad y el orden de estas enseñanzas. Hay entre los cristianos tres especies de Comunión eucarística: *ferviente, tibia* y *sacrílega*. La *ferviente* produce los efectos del Sacramento en toda su plenitud, haciendo del alma un cielo; la *tibia* causa solamente algunos, y no es seguro que libre á dicha alma del purgatorio; la *sacrílega* es ultraje horrible á la Majestad divina y conduce al infierno.

2. Para la ferviente se requiere estado de gracia, exención de afecto á los pecados veniales; desprendimiento de las criaturas, amándolas por Dios, y en cuanto nos unan con El; paz con el prójimo, sin que haya en el corazón ira, rencor ni mala voluntad, antes bien amor, aun á los enemigos; deseo ardiente de unirse por el Sacramento á Dios y de permanecer siempre en esta dichosa unión; en la inteligencia de que, según que estas disposiciones sean más ó menos *completas* y *actuales*, será la Comunión más ó menos *ferviente* y más ó menos *santificante*. El grado de amor de Dios es la medida del fervor y de la santidad en la Comunión.

3. La *Comunión tibia*, que suele ser muy frecuente, en cuanto Comunión es *buena*, en cuanto tibia *mala*, é importa conocer y desechar las causas de la tibieza, que suelen ser las siguientes:

Apego excesivo á las criaturas, ya sean personas ó cosas, y amor á los placeres de los sentidos, origen de muchos pecados veniales.

Inquietud muy viva por las cosas del mundo y por los pequeños quehaceres de todos los días.

Hábito de recitar precipitadamente las oraciones vocales, como deseando desembarazarse pronto de ellas.

Curiosidad continua de saber cosas inútiles, y también las útiles, cuando perjudican á la vida del espíritu ó quitan el jugo de la devoción.

Disipación habitual, no tratando de recoger el pensamiento, en especial después de la Comunión.

Comulgar por rutina, ó por el bien parecer, sin más que por cumplir con las obligaciones del estado ó de la condición social.

¡Válganos Dios! ¡Cuántos daños hay en esto, y cuántas almas se deslizan por aquí como principio de su eterna ruina! La tibieza en las Comuniones priva al alma de la dulce refección espiritual y de las energías sublimes propias del Sacramento eucarístico; acostumbra al corazón á ser insensible para las cosas de Dios, y expone al alma á grave peligro de profanar la sagrada Eucaristía.

Pero no es esto lo peor ni lo terrorífico de que antes hablamos, sino la *Comunión sacrílega,* cuyo crimen no tiene nombre, porque es el grado supremo de la degradación humana, y el último término de ingratitud hacia la Majestad de Dios. Consideremos, aunque sea brevemente, dos cosas:

1.ª Cuán grande crimen sea la Comunión sacrílega.
2.ª Cuán terriblemente le castiga el Señor.

§ I

DECLÁRASE EL HORRIBLE CRIMEN DE UNA MALA COMUNIÓN

4. La sagrada Mesa es sólo para los amigos de Dios.—**5.** La Comunión indigna es una profanación.—**6.** Es una ingratitud y una audacia.—**7.** El sacrílego es peor que el demonio.—**8.** Renueva el crimen de Herodes.—**9.** Y el de Judas.—**10.** Y el de los judíos, que dieron muerte á Jesús.—**11.** El sacrilegio es el conjunto de todos los crímenes.

4. Refiérese en el sagrado libro de los Cánticos que el Esposo, después de haber comido su panal y su miel, dijo á los convidados: *Comed, amigos* (v. 3). De semejante manera Cristo nuestro Señor, al ofrecernos en la Mesa eucarística el Pan celestial, más que la miel dulce y más que el panal hermoso, nos dice: *Tomad y comed, amigos.* ¿Quiénes son estos amigos del Salvador divino? Unicamente los que se hallan en estado de gracia, los que andan

en caridad, porque la caridad es la amistad, y no una amistad cualquiera, sino la amistad del hombre con Dios. Son, por tanto, enemigos del Cordero celestial todos aquellos que no llevan en su alma la aureola gloriosa de la gracia santificante, y no deben acercarse al convite sagrado con ánimo hostil, porque sería horrible desacato y tremendo sacrilegio; y esto es lo que significó San Pablo, cuando dijo: *Cualquiera que comiere este Pan ó bebiere este cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre de Cristo* (I Cor., XI, 27).

5. ¿En qué consiste dicho desacato y cuál es la naturaleza de tan abominable sacrilegio? En primer lugar, es una *profanación*, y una *ingratitud*, y una *audacia* contra Cristo nuestro Señor; pero de tal perversidad, que el corazón se estremece horrorizado y la lengua no acierta á declararlo.

Es realmente una *profanación* de lo más excelso, sagrado y venerando que hay sobre la tierra y en los mismos cielos. No se trata de la profanación de un templo, de un altar, de un cáliz, de un sacerdote ó de una persona religiosa consagrada al Señor, sino del Rey supremo de cielos y tierra, de Dios mismo, ó sea de la persona divina de *Nuestro Señor Jesucristo* en estado de Víctima, donde se ostenta humilde, manso, débil, callado y amoroso, sin que visiblemente trate de defenderse, ni aun siquiera de exclamar: «¿Por qué me ultrajas? ¿Por qué me injurias? Si he obrado mal, dime en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?»

Si un ladrón robase un cáliz del altar y después supiéramos que se había servido de él para usos inmundos, ¿no se estremecería nuestro corazón de horror y el pecho se levantaría indignado contra el impío? Pero ¿qué es esto en comparación de una Comunión sacrílega, con la cual se profana el Cuerpo sacrosanto y la Sangre preciosísima de Jesús, derramada en el Gólgota por nuestro amor?

No se trata, pues, de un simple desprecio á Jesucristo, ni de una injuria sencilla, ni de una blasfemia contra su nombre venerando, sino de un acto mucho más criminal, más vil, más enorme; trátase de arrojar su divina y augusta persona en el lugar más inmundo de la tierra, que es el corazón del pecador. Si viéramos que un cristiano arrojaba la Hostia sacrosanta al lodo fétido de la calle pública, ó que la daba en alimento á los cerdos, diríamos, sin duda, que el tal cristiano era un monstruo del infierno; y, sin embargo, por este hecho abominable sería mucho menos criminal que lo es el que indignamente comulga; porque para Dios el corazón manchado con

pecado mortal es más inmundo y asqueroso que el lodo y la basura de las calles.

6. Sería, además de profanación, *ingratitud* por todo extremo detestable, puesto que la Comunión indigna es un crimen contra Jesucristo, precisamente cuando El se halla sobre el altar dulce y amoroso para nosotros rogando á su Eterno Padre por librarnos de su justa indignación y de la espada terrible de su justicia.

Sería un crimen *el más audaz* de todos los imaginables, porque quien comulga indignamente ataca á la Majestad divina en sí misma y turba, en cuanto es de su parte, la paz suprema que existe en el reino de los cielos.

Ataca *á Dios Padre,* obligándole á que vea á su Hijo muy amado, al esplendor de su gloria y al objeto de todas sus complacencias, sumergido en el lodo inmundo de una conciencia impura.

Ataca *á Dios Hijo,* haciéndole presenciar la ignominia de ver su humanidad sacrosanta más impía y villanamente tratada que en los escarnios y afrentas de su dolorosa Pasión.

Ataca *á Dios Espíritu Santo,* quien contempla el Cuerpo adorable de Jesús, que El formó con tanto amor de la sangre purísima de la Virgen, execrado por una vil y despreciable criatura.

Ataca *á la Santísima Virgen María,* que ve á su Hijo menospreciado, y ultrajado, sin poderlo evitar, y sin que estas nuevas humillaciones sean provechosas á las almas cristianas.

Ataca *á los ángeles y á los Santos*, que miran al Rey de la gloria, á quien ellos adoran temblorosos, audazmente ofendido por un miserable hombrecillo.

Ataca *á la Iglesia universal,* que llora de pena al ver su más rico tesoro horiblemente profanado.

Ataca *á la creación entera,* que se ve forzada á sufrir las injurias hechas á su Creador, y que, á serle posible, destruiría al punto al pecador sacrílego.

7. Todo esto y muchísimo más hace el impío que comulga indignamente; de modo que el demonio, con tener odio eterno á Jesucristo, no podría inferirle injuria mayor.

El espíritu maligno ultraja las perfecciones de Dios; el sacrílego ultraja los dones del mismo Dios, y vilipendia el cuerpo sacrosanto que El se dignó tomar.

El espíritu maligno injuria á Dios, que actualmente le castiga; el sacrílego injuria al mismo Dios, que actualmente le ama, y en el Sacramento adorable con que le testifica su amor.

El espíritu maligno blasfema y reniega de Dios, porque su tris-

te estado es de aborrecimiento y se ve impulsado con vehemencia á hacerlo; el sacrílego hace lo mismo, pero voluntariamente, conociendo y reflexionando lo que hace; porque se encamina al templo y al comulgatorio para consumar su crimen.

El espíritu maligno no tiene por sí mismo el poder de atentar directamente sobre el Cuerpo de Jesucristo; el sacrílego posee el triste poderío de abusar de tan excelso don.

Es peor el sacrílego que el mismo Satanás, y cuando indignamente comulga, renueva, en la persona sacratísima de Jesucristo, el crimen de *Herodes*, el crimen de *Judas* y el crimen de los judíos deicidas, es decir, la *hipocresía* del primero, la *perfidia* del segundo y la *crueldad* de los terceros.

8. Herodes, hipócrita, quiso aniquilar la vida de Jesús, que acababa de nacer, porque Jesús era un obstáculo á su ambición y á su amar á los placeres; y trató de realizarlo ocultando sus deseos bajo la máscara de la hipocresía. *Yo iré*—dice—*y le adoraré;* de semejante manera el sacrílego quisiera destruir al Salvador de los hombres, Cristo Jesús, porque El es un óbice á sus pasiones desordenadas, y cual otro Herodes hipócrita, oculta su deseo bajo el velo de la piedad; prostérnase ante el altar como para adorarle, y lo que hace es sumergir á Jesús en la inmundicia de su alma, como para quitarle allí la vida, si Jesús pudiera morir.

9. Y hace también lo que el pérfido Judas; porque si aquel discípulo traidor vendió á su divino Maestro y le entregó para ser crucificado, de parecida manera el sacrílego le pone en precio y le sacrifica posponiéndole á su pasión.

Si Judas entregó á Jesús con un beso, dándole señales exteriores de afecto, lo propio hace el sacrílego cuando, aproximándose á la sagrada Mesa, recibe al mismo Jesús como si tiernamente le amara. Judas le puso en manos de los soldados, y el que comulga indignamente le pone á merced de los afectos corrompidos de su corazón impuro.

Jesús fué *aprisionado, burlado, flagelado y crucificado* por aquellos á quienes Judas le entregó; por la Comunión sacrílega el mismo Jesús es encarcelado en un alma donde reina la culpa, y donde él no puede ver más que á enemigos; es decir, malos afectos y criminales deseos que le rodean y estrechan, como queriendo crucificarle. Si Jesús pudiera ser afligido, lo sería en extremo cuando entra sacramentado en el corazón del pecador; y si pudiera morir de nuevo, al punto dejaría de existir, angustiado por tanta maldad. ¡Jesús vino al mundo y murió para destruir el pe-

cado, que es lo que más aborrece; y la Comunión indigna le obliga á entrar dentro de un alma pecadora, y á permitir que el pecado esté con El hasta que sean destruidas las especies sacramentales! ¡Ah, Señor! ¡Cuánto sufrís por el hombre, cuánto le amáis, y cuán poco sabemos engrandecerlo y estimarlo! ¿Es posible que el mundo haya de caminar siempre de esta manera?

10. Reparen bien los cristianos. Cuando una persona tiene la horrible desdicha de comulgar indignamente, renueva con eso el crimen de los judíos, siendo aún más cruel y criminal que ellos.

Los judíos crucificaron ignominiosamente á Jesucristo; el sacrílego, según expresión de San Pablo, *crucifica de nuevo en sí mismo al Hijo de Dios* (Hebr., VI, 6); no *en el hecho,* porque Jesús sacramentado se halla ya en estado de gloria y de impasibilidad, sino *en el deseo* á lo menos indirectamente. El que comulga mal no pensará tal vez en ese crimen, pero en realidad le consuma en su corazón, de un modo implícito y horroroso.

Los judíos quitaron la vida á Jesucristo: el sacrílego le quita el poder de hacer el bien en su alma ingrata, le quita su efecto sacramental, ó, lo que es lo mismo, su vida eucarística, impidiendo que cause los efectos beneficiosos que podía producir. A una persona que se goza en hacer el bien, privarla de ello es como aniquilar su existencia.

Los judíos fueron, en cierto sentido, menos culpables que lo es el sacrílego; porque ellos no conocieron á Jesús como Dios, ni el divino Redentor había muerto de amor por ellos, ni habían recibibido las gracias abundantes de los Sacramentos; en tanto que quien comulga indignamente lo hace sabiendo que Jesús, Dios y hombre verdadero, se halla en realidad presente en la sagrada Eucaristía, y que permanece en ella como anonadado para engrandecerle, y que murió para darle vida y para enriquecerle con sus gracias, con sus Sacramentos y con su Iglesia.

11. «Afirmo sin vacilar—dijo el P. Bourdaloue,—y sostengo sin temor de exceder los límites de la más estricta verdad, que si el divino Salvador viviese aún en la tierra en carne sensible y mortal, y debiese sufrir una segunda Pasión y una segunda muerte, ni todas las crueldades de los verdugos, ni todos los tormentos con que en su odio y barbarie se ensañasen contra El, nada le sería más doloroso, nada más horrendo que el crimen de un cristiano que profana el Cuerpo y Sangre divinos con un sacrilegio.» (Ortúzar: *De Eucaristía.*) ¿Qué diríamos de un hijo que entregase á su padre maniatado en poder de enemigos dispuestos á atormentarle?—Pues eso

cabalmente es lo que hace el sacrílego; entrega á Jesucristo, su Padre, su Redentor, su mejor Amigo, en manos de sus pasiones, como si dijéramos, en manos de Satanás, su enemigo irreconciliable.

Si pues el crimen de la Comunión indigna es mayor que el de Herodes, mayor que el de Judas y mayor que el de los judíos, no es maravilla que los doctores ascéticos le señalen como el resumen de todos los pecados que atacan gravemente á las perfecciones divinas. «La blasfemia—dicen—se opone á la grandeza de Dios, la mentira á su verdad, la impenitencia á su misericordia, la incontinencia á su pureza; mas la Comunión sacrílega es *un insulto á su grandeza, un ultraje á su bondad, un menosprecio de su santidad, una mancha á su pureza, un reto á su justicia.*»

«Caín fué homicida, David adúltero, el demonio orgulloso, Nabucodonosor blasfemo...; pero el sacrílego reune en sí mismo todos estos crímenes, y puede llamárselo *blasfemo*, *asesino*, *impuro* y *soberbio* (1)»

Tal es, en substancia, el crimen de la Comunión sacrílega. Veamos ahora las enormes penas con que el Señor le castiga.

§ II

INDÍCANSE LOS CASTIGOS DE LA INDIGNA COMUNIÓN

12. La Comunión es vida para los buenos y muerte para los malos.—**13.** El Corazón de Jesús ante la Comunión indigna.—**14.** El que come indignamente el Pan eucarístico, come su propia condenación.—**15.** Castigos temporales.—**16.** Ejemplos.—**17.** Castigos espirituales.—**18.** Ejemplo terrible.

12. «Entre las cosas admirables del mundo—dijo Fray Luis de Granada,—se hace mención de una fuente que, mirada con ojos serenos y sin volver la vista á otra parte, aparecen sus aguas cristalinas; mas si al mirarla se distraen los ojos á otro objeto, se ven turbias dichas aguas. De semejante manera—dicen—acontece en la divina Eucaristía:

Come el bueno, come el malo;
Mas ¡de cuán distinta suerte!
Uno recibe la vida,
Otro recibe la muerte (2)»

(1) Autor des *Paillettes d'Or*: «Sommaire de la Doctr. Catholique.—Eucharist.»

(2) Sumunt boni, sumunt mali,
Sorte tamen inequali,
Vitae vel interitus. *(S. Thom.)*

Con efecto: así es. ¡Cuántas pobrecitas almas encuentran la muerte en la misma fuente de la vida! ¡Cuántas se acercan á la sagrada Mesa que, en vez de salir endiosadas, salen condenadas! ¡De una misma flor sacan la abeja, miel; la araña, veneno!

13. Léese en el santo Evangelio, según San Lucas, que el dulcísimo Redentor de nuestras almas, al instituir en la noche de la Cena el Santísimo Sacramento, dijo á sus discípulos: *En gran manera he deseado comer con vosotros la Pascua* (1). «Mas luego, cuando ya hubieron recibido el sagrado manjar—añade San Juan,—comenzó el Señor á gemir y suspirar de lo íntimo de su corazón delante de todos, *conturbándose en el espíritu* (2).»

¿Y por qué ¡oh buen Jesús! por qué en aquel supremo convite, por Vos tan ardientemente deseado, cuando ya llegáis á realizarle, os conturbáis en vuestro interior, y gemís y suspiráis, cual si el corazón se os cayera á pedazos? «Es—dicen los sagrados intérpretes,—porque se hallaba presente el impiísimo traidor Judas Iscariote, y acababa de comulgar indignamente.» De aquí aquellos gemidos, aquellos suspiros, y el que, turbándose en el espíritu, protestara diciendo: *En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar* (3). Que es como si nos dijera á cada uno de nosotros: «El infeliz Judas cometió el mayor de los crímenes; ha profanado mi Carne y mi Sangre; ya todo se puede esperar de él; me entregará como un traidor.» Y vosotros, ¿qué hacéis cuando comulgáis indignamente?

14. Ciertamente, una Comunión mal hecha es, no sólo un sacrilegio, sino el más horrible de los sacrilegios; porque ataca directamente al cuerpo de Jesucristo y le escarnece tanto cuanto el hombre puede hacerlo; y por consecuencia, el castigo que el Señor tiene reservado para los imitadores de Judas es por necesidad terrible y extraordinario. Basta recordar las palabras de San Pablo. Dice así el grande Apóstol: *El que comiere este Pan* (la Eucaristía), *ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, come y bebe su propio juicio*. Es decir, *su condenación*, como si hubiese vendido al Señor y quitádole la vida, como lo hicieron Judas y los judíos. Y para que nadie vea en esto exageraciones, añadimos la interpretación del Crisóstomo, quien, exponiendo las palabras transcritas, dice: «El sacrilego es mucho peor que el demonio, porque lo hace conociendo su

(1) Desiderio desideravi hoc Pascha, manducare vobiscum. (Luc., XXII, 15.)

(2) Cum haec dixisset, turbatus est spiritu. (Joann., XIII, 21.)

(3) Turbatus est spiritu, et protestatus est, et dixit: Amen, amen dico vobis, quia unus ex vobis tradet me.

crimen, y que ha de ser entregado á los eternos suplicios (1).» Pues bien; dos especies de castigos vendrán sobre los profanadores del Santísimo Sacramento, unos temporales, otros espirituales, y todos terribles.

15. CASTIGOS TEMPORALES.—Los hijos de Aarón tomaron sus incensarios, mas no habiendo puesto en ellos, como estaba mandado, fuego del altar de los sacrificios, sino fuego extraño y profano, por ese desacato salió fuego del Señor que los abrasó é hizo perecer instantáneamente. (Levit., X, 1-2.)

Oza, por haberse atrevido á extender su mano sobre el Arca de la Alianza, fué allí mismo castigado y murió con muerte repentina. (II Reg., VI, 6-7.)

Los betsamitas, por haber mirado con curiosidad y sin respeto la misma Arca, recibieron de mano del Señor terrible castigo, siendo víctimas 50.000 del pueblo. (I Reg., VI, 19.) De donde es lógico argüir: Si tan severamente castigó Dios la falta de respeto al Arca del Señor, ¡cuánto más habrá de castigar á los que ultrajen al Señor del Arca! Si en la Antigua Ley perecían los que con alma impura participaban del sacrificio ofrecido al Señor (Levítico, VII, 20), ¿qué habrá de suceder en la Ley Nueva á los que en pecado mortal participen de la Hostia sacrosanta, infinitamente más veneranda que los antiguos sacrificios?

Clarísimamente lo expresó San Pablo cuando dijo á los de Corinto: *Por esto* (por comulgar indignamente) *hay entre vosotros muchos enfermos y muchos imbéciles, y mueren muchos* (2). Se lamentan con frecuencia los hombres de las pestes, hambres y guerras; hacen grandiosos esfuerzos por evitarlas, y no se acuerdan de quitar la causa, que son sus pecados, y en especial las malas Comuniones. *Si guardais mis Mandamientos*—dice el Señor por el Levítico (XXVI),—*os daré lluvias á sus tiempos y tendréis abundancia de mieses, y daré paz en vuestros términos; os miraré con benignos ojos, y crecerá vuestra descendencia... y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo; pero si despreciareis mis leyes, é invalidaseis mi pacto, os visitaré con enfermedades y hambres, y os enviaré pestilencias. En una palabra: os daré un cielo de hierro y una tierra de bronce, y enviaré sobre vosotros espada vengadora y os abominará mi*

(1) Multo igitur daemoniaco pejor est, qui peccati sibi conscius accedit, quoniam aeternis tradetur tormentis. (S. Crisóst.)—Pueden verse sobre este punto el Padre Scio, en sus hermosas notas á la Biblia, y Ginther, *Speculum amoris*, considerat. XXII.

(2) Ideo inter vos multi infirmi et imbecilles, et dormiunt multi. (I Cor., XI, 30.)

alma. ¿Y qué mayor prevaricación y menosprecio á Dios, que el acto sacrílego de profanar el Santísimo Sacramento?

16. Fundados en estas razones y en la más sana doctrina católica, no es de maravillar que los Santos Padres de la Iglesia, como San Cipriano, San Crisóstomo, San Gregorio de Tours y otros atribuyan á las Comuniones indignas los males sin cuento que afligieron á su siglo. El mismo San Cipriano, en su libro *De lapsis,* nos refiere varios ejemplos de castigos repentinos en algunos que habían comulgado sacrílegamente. Una mujer, que por temor de los tormentos con que le amenazaban había participado del sacrificio de los ídolos, se acercó á la Mesa del Señor teniendo sobre su conciencia este pecado; mas la sagrada Comunión fué para ella, según expresa el Santo, causa de su muerte. No pudo deglutir la sagrada Forma y se ahogó con ella, cayendo muerta con horribles convulsiones.

Recientemente, en una ciudad de Francia, se celebraba con gran pompa la primera Comunión. Todos los corazones palpitaban de alegría; sólo un niño se hallaba mustio y entristecido. Llegó el momento de la Comunión, y lágrimas de ternura corrían por las mejillas de los que presenciaban el acto, cuando de repente, después de haber comulgado, cayó como muerto el niño triste. «Hijo mío—le dijo el sacerdote—invoca á Jesús, á quien acabas de recibir por primera vez; todavía está en tu corazón para ayudarte.» El niño, casi exánime, mirando al señor Cura, exclamó:—«¡He cometido un sacrilegio!»—Dicho esto, movió horriblemente los ojos, rechinó los dientes, erizáronsele los cabellos y torciendo la boca, se volvió hacia otro lado y murió. ¡Qué ejemplo! (P. Martineng.)

17. Castigos espirituales.—Pero esto es nada en comparación de los castigos espirituales, pues la Comunión sacrílega, si pronto no viene un verdadero arrepentimiento, tiene por efecto inmediato *el abandono de Dios y la posesión del alma por el demonio, el endurecimiento del corazón, la maldición divina, la desesperación, la impenitencia final y la condenación eterna.* ¡Cuán tremenda desdicha atrae sobre sí el sacrílego!

Nada más justo que *Dios se retire* del alma impura que tan inicuamente profana la Carne y la Sangre de Jesucristo; nada más justo que la luz esplendorosa de la fe quede amortiguada en aquella alma manchada con el crimen, y que, cesando de obrar la fuerza virtuosa que la retenía en el bien, *caiga precipitada* en el abismo sin fondo de culpas gravísimas. Nada más justo que *Satanás entre en dicha alma* y se posesione de ella, y la sub-

yugue y tiranice, tomando por instrumento sus propias pasiones.

Y como un mal llama á otro mal y un abismo conduce á otro abismo, nada más congruente que, multiplicadas las culpas, se forme, digámoslo así, callo en la conciencia y adquiera lo que se llama ***endurecimiento del corazón,*** llegando al extremo de cometer sin temor los pecados más enormes y de acumular sacrilegio sobre sacrilegio. Cuando un corazón está ya endurecido, huye de él toda idea de arrepentimiento y expiación y se hace insensible á todos los medios de salud que el Señor misericordioso pone ante nuestros ojos. Ni la unción persuasiva y poderosa de la palabra divina, ni la asistencia conmovedora á una ceremonia religiosa, ni el ejemplo de las personas buenas con sus actos heroicos de virtud, ni la muerte misma que se cierne en torno suyo, diciéndole á cada paso: «Repara ¡oh hombre! que has de morir», ¡nada le conmueve! Hasta que al fin, tanto y tan audazmente persiste en sus perversidades, que atrae sobre si ***la maldición de Dios,*** y Dios le deja en manos de su propio consejo; y si por ventura tiene su entendimiento un instante de lucidez espiritual, se aterra de sí mismo, desconfía de su eterna salud y cae en ***la desesperación,*** la cual le conduce á la impenitencia final y á la muerte eterna.

18. Ejemplo por demás expresivo, nos ofrece el infortunado Judas Iscariote. Fué el primer sacrílego que se hizo reo de la Sangre redentora de Jesucristo por la Comunión indigna. Jesús amoroso le exhorta: Judas, sordo, no le oye, y traidor le vende. Comulgó con la conciencia manchada, y este crimen fué considerado por Jesús como el más odioso y abominable que puede imaginarse. Judas murmura, Jesús le sufre. Es avaro y ladrón; Jesús le sufre. Forma el propósito de vender á su Maestro; Jesús le sufre. Pero desde el momento en que comulgó indignamente, al punto le dejó á merced del demonio. Tan luego como se hubo alimentado con el Cuerpo del Señor, Satanás entró en él y le hizo suyo. Desde entonces nada le detiene en la pendiente del crimen; entrega á su divino Maestro, le hace traición con un beso hipócrita, y luego, cuando el remordimiento tortura su conciencia, no encuentra el supremo recurso del arrepentimiento y de la penitencia. La desesperación le lleva al suicidio y á la condenación eterna.

¿Cuáles son, de ordinario, las causas que arrastran al hombre á tan grande infelicidad? ¿Qué medios conviene emplear para purificar la conciencia y preservarse de comulgar indignamente? He aquí las observaciones prácticas que, con el auxilio divino, haremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXVII

Prosigue la indigna Comunión.

---

1. ¡Cuán necio es y cuán mal se quiere el hombre que comulga indignamente! **2.** Hay dos espadas para él, una en vida, otra en la eternidad.

Cuán necio y cuán ciego es, respecto á sus verdaderos intereses, y cuán ingrato para con Dios, el cristiano que vive apartado completamente del Sacramento eucarístico! ¡Qué de bienes pierde! ¡Qué de males experimenta, qué de peligros le rodean, y en qué abismo tan profundo se precipita! Este alejamiento de Jesús sacramentado es un verdadero suicidio del alma para el tiempo y para la eternidad; porque el mismo Jesucristo ha dicho que no podemos tener la vida espiritual de la fe ni la vida moral de la gracia, ni la resurrección de la vida corporal de la gloria, *si no nos alimentamos de su Carne y bebemos su Sangre.* (Joann., VI.)

2. Esto que dijo un célebre orador católico, considerándolo como una tremenda desgracia, es poco en comparación de la que sobreviene el hombre infeliz que comulga indignamente, porque su tormento en el infierno habrá de ser por todo extremo mayor. *La mano del que me entrega*—dijo Jesús en la noche de la Cena—*está conmigo en la mesa. ¡Ay de aquel hombre por quien yo sea entregado!* Y como después de esta terrible amenaza, le dijeran los discípulos: *Señor, he aquí dos espadas* suspendidas de la pared, respondió Jesús: *Basta* (1).

Verdaderamente, basta para el cristiano considerar las dos espadas del Cenáculo para temblar de espanto ante la idea de una Comunión sacrílega; una espada es el remordimiento de la conciencia, otra la indignación divina en que incurre; una la pena

---

(1) Domine, ecce duo gladii hic. At ille dixit eis: Satis est. (Luc., XXII, 38.)

temporal, otra la pena eterna (1). Ya hemos indicado arriba estas penas, y ahora es preciso declarar el medio de evitarlas removiendo las causas que inducen á los hombres á tan execrable maldad. Explicaremos, pues, brevemente:

1.° Los pecados que conducen á la Comunión indigna.
2.° Los medios para evitar tan horrible sacrilegio.

§ I

INDÍCANSE LAS CAUSAS ORDINARIAS DE LA COMUNIÓN SACRÍLEGA

3. Hay muchos cristianos que duermen el sueño de la muerte.—4. Causa primera de las malas Comuniones.—5. Causa segunda.—6. Causa tercera. 7. Causa cuarta.—8. Causa quinta.—9. Otras causas diversas.

3. Honda pena causa al corazón cristiano que haya almas tan desdichadas que osen comulgar con mala conciencia; mas, por desgracia, *hay muchas*—como dijo San Pablo—*que viven en la imbecilidad y duermen en sopor mortífero.* (I Cor., XI, 30.) Es decir, hay muchos cristianos tan sobremanera ciegos y corrompidos, que no se aterran al acercarse á la sagrada Mesa con la conciencia manchada; y llega á tal punto su osadía, que intentan unir en su corazón á Jesús sacramentado y á Belial. ¿De dónde procede tamaño sacrilegio y audacia tan inconcebible?

La experiencia misma lo está mostrando; son causas de la mala Comunión *la impureza, el odio, el robo, la ignorancia culpable, la calumnia y la gula;* en una palabra, las pasiones humanas atizadas por el demonio.

4. La impureza.—Indudablemente, la falta de honestidad y la sobra de amor propio son las causas principales de las Comuniones sacrílegas. Hay personas tan fuertemente aprisionadas con las cadenas de la pasión criminal, que aun conociendo que hacen mal y que continuar así no es bien para su alma, fáltales valor para renunciar á sus relaciones culpables y pener término á los desórdenes de su vida. Por otra parte, han nacido cristianos, conservan la fe en su corazón, no quieren aparecer como irreligiosos ni incrédulos; por consiguiente, confesar y comulgar es preciso,

(1) Hos duos gladios moraliter expendo de duplici modo vindice temporalis et aeternae poenae, qui indigne surgentes ab hac coena in utrumque gladium incurrunt. (Marcellinus de Pisis, sobre las palabras citadas.)

ya por el qué dirán de las gentes, ya por el mandato de los superiores, ó ya por no disgustar á la familia. En tal situación no son bastante humildes para descubrir su estado al confesor; la vergüenza se apodera de su alma, ó tal vez el temor de que el sacerdote no les absuelva, les decide á callar; la confesión queda sacrílega, y este sacrilegio les arrastra al supremo de comulgar indignamente como el traidor Judas.—«¿Qué dirán las gentes si advierten que no comulgo?»—¡Infelices! ¡Temen los juicios de los hombres, y no temen el juicio de Dios! El sacrilegio está consumado.

Célebre es en la historia eclesiástica el funesto ejemplo de Lotario, rey de Lorena. Público era su divorcio, y público el escándalo con Waldrada. Llevóse la cuestión al Pontífice Adriano II, y como Lotario le hiciese engañosas promesas de arrepentimiento, le absolvió y condescendió en darle por su propia mano la sagrada Comunión. «Príncipe—le dijo el Papa en aquel momento solemne:—si estáis verdaderamente arrepentido, tomad con confianza este Sacramento de vida eterna; mas si vuestra penitencia no es sincera, no seáis osado á recibir el Cuerpo y la Sangre del Señor, pues en ese caso, por la profanación sacrílega de este divino misterio, comeríais vuestra eterna condenación.»—Así fué; el castigo no se hizo esperar, y fué tan espantable, que Lotario y los principales magnates de su corte, participantes del sacrilegio, fueron atacados de una fiebre tan maligna, que perdieron el cabello, las uñas y la piel, hasta que al fin, consumidos, murieron sin dar señales de arrepentimiento (1).

5. El odio.—Otras veces no es la pasión dicha la que conduce al sacrilegio, sino *el odio* al prójimo y el deseo de venganza; pues á pesar de hallarse expreso el precepto formal del Evangelio, no quiere el cristiano reconciliarse con su ofensor, ni perdonarle la injuria, y habiendo prometido al confesor que lo haría, se acerca á la sagrada Mesa con mala conciencia, y el sacrilegio queda consumado.

Es cosa que pone espanto el ejemplo que refiere Baronio y trae el Padre Martínez de la Parra. «Eran—dicen—dos mujeres, una rica y otra pobre, que vivían enemistadas; y si bien la pobre procuraba la paz, la rica nunca quiso admitirla. Mas llegó el tiempo pascual, y como instaba recibir la sagrada Comunión, prometió dicha señora rica perdonar á su enemiga y reconciliarse con ella,

(1) Deharbe, *Gran Catecismo*, volumen IV, pág. 401, n. 7.

y de esta manera, sin intención de cumplirlo, recibió al Señor sacramentado. Acabado el acto sacramental y la Misa, encontró al salir del templo, á la pobre que odiaba, y encendiéndose en ira la dijo: «Primero morir que reconciliarme contigo»; y ¡oh desdicha! al punto cayó al suelo muerta, quedándosele el rostro cual si fuera un condenado. ¡Permisión divina para escarmiento en los siglos por venir!» Los impíos podrán decir á esto: *Casualidad;* pero nosotros, creyentes verdaderos, decimos: *¡Justicia de Dios!*

6. El robo.—¿Y qué diremos de los que se apropian lo ajeno contra la voluntad de su dueño? Innumerables son las maneras con que se comete este pecado; mas como sea la que fuere, obliga á restituir, y el confesor no puede dispensar, y el penitente no se resuelve á cumplirlo, he aquí un lazo del demonio, que por sí mismo lleva á la Comunión indigna. Personas hay que en el tribunal de la Penitencia prometen devolver lo injustamente tomado ó retenido, pero sin intención de realizarlo; y como después, sin más reflexión, comulgan, no cabe duda, el sacrilegio queda consumado.

7. Ignorancia culpable.—Demás de esto, hay cristianos que no saben lo suficiente para comulgar, que no quieren instruirse, que lo miran con indiferencia, tal vez con desprecio, y que, sin embargo, se acercan al comulgatorio, y reciben la divina Eucaristía. ¿Es posible no ver aquí un verdadero sacrilegio enteramente consumado?

Júntase á veces con tan grave ignorancia, una pérfida hipocresía, premeditada y empleada como medio para obtener algún fin terreno, tal vez inicuo, lo cual ciertamente hace al sacrilegio mucho más criminal. Trátase de aspirar á un beneficio, á un cargo honorífico, á una distinción social, otorgada sólo á los buenos cristianos; y como para ello es preciso aparecer virtuoso, pónese el hombre la máscara de la piedad, y aunque en su interior no tenga amor al Sacramento, ni desee recibirle, hácese hipócrita, muestra gran devoción, y comulga especulando con el augusto misterio eucarístico, con más audacia y perfidia que el mismo Judas Iscariote. El sacrilegio queda consumado.

8. La gula.—Tal vez el hipócrita, *haciendo un Dios de su vientre,* como dijo el Apóstol (Philip., III, 19), haya pasado la noche en glotonerías é intemperancias, como preparación para recibir á la divina Majestad; tal vez Jesús amoroso desde el Tabernáculo le esté dando voces como á Judas, diciéndole: *Amigo, ¿á qué has venido? ¿Con un beso de paz quieres entregarme?...* ¡Detente!... ¡Mira mi corazón, que late de amor por ti! ¿Insistirás en tu perfidia? ¡Oh!

Ni aun con eso retrocede el hipócrita; su corazón se endurece como el yunque del herrero, y no le aterran ni aun aquellas palabras de Jesucristo: ***Atadle de pies y manos, y arrojadle á las tinieblas exteriores, que allí será el llanto y el crujir de dientes.*** (Matthaeum, XXII, 13.)

9. De todo lo cual, y de otros pecados que omitimos en obsequio á la brevedad, se ve con evidencia que los malos cristianos son arrastrados á la Comunión sacrílega, unas veces por ***debilidad de espíritu,*** pues no se atreven á declarar sus pecados en la confesión, ni tampoco se deciden á alejar las causas de sus culpas, so pretexto de que no pueden, por lo cual no ponen manos en desembarazarse de sus malos hábitos y no emplean el arma poderosa de la oración á Dios. Otras veces les seduce el respeto humano, pues á pesar de no hallarse bien dispuestos, no osan omitir la Comunión en tal ó cual solemnidad, y no quieren singularizarse dejando la Comunión, y quieren hacer lo mismo que sus parientes, amigos ó congregantes, estén ó no en disposición de recibir al Señor. Otras veces, en fin, se gozan en el sacrilegio, por odio sectario á Jesucristo, excitado, alimentado y enardecido por el espíritu satánico de las ***sociedades secretas,*** en las cuales uno de los objetos primarios es la profanación sacrílega del Cuerpo sacrosanto de Jesucristo... ¡Parece increible! ¡A este extremo conducen á los hombres los impíos sectarios modernos, que blasonan de ser los regeneradores y redentores de la pobre humanidad! Necesario es que indiquemos ahora algunos medios para que los buenos cristianos jamás caigan en el horribilísimo crimen de Judas.

§ II

DE ALGUNOS MEDIOS PARA EVITAR LA COMUNIÓN SACRÍLEGA

10. Es necesario precaver las malas Comuniones.—**11.** El Apóstol nos da el remedio.—**12.** Examen de conciencia y confesión previa.—**13.** Arrepentimiento, generosidad y perseverancia.—**14.** Confianza y humildad.—**15.** Resumen y conclusión.

10 De José de Arimatea, senador ilustre y varón justo y piadoso, refiere el santo Evangelio (Marc., XV, 43), que animoso y sin temor de ningún género, entró en la estancia de Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús.—¿Qué haces, buen José? ¿No reparas que al declararte amigo del Redentor te expones á peligro de que aque-

llas pérfidas gentes te quiten la vida? ¿Por qué tanta diligencia y empeño en poseer el sagrado Cuerpo?—Es—dijo San Bernardo—porque temía que los sacrílegos judíos le dieran sepultura indigna, y nada omite, ni nada le arredra, por tratarse de evitar una profanación del Cuerpo sacratísimo de Jesús (1).

11. Pues bien; de semejante manera los cristianos nada hemos de omitir y con todo empeño hemos de procurar dar á Jesús sacramentado honrosa sepultura en lo íntimo de nuestro corazón. Sea como fuere y cueste lo que costare, la sagrada Comunión ha de ser digna, y para ello el gran Apóstol de las gentes nos indica el medio, diciendo: Antes de que os acerquéis á la sagrada Mesa, *pruébese el hombre à sí mismo* (I Cor., XI, 28.) ¿En qué consiste esta prueba? Diariamente la vienen practicando las almas buenas; consiste en hacer un buen *examen de conciencia,* en *confesar* bien las culpas que se encuentren, en especial y como de necesidad las graves; en *formar dolor* de ellas, *proponiéndose* no volver á cometerlas y en llegarse al altar con *humildad y confianza.*

12. En el examen hay que *evitar ilusiones,* porque cada cual suele formarse una conciencia á su modo, cohonestando sus vicios ó disminuyendo su gravedad, ó excusándolos,, no siendo raro el tomarlos por virtudes. Es indecible la facilidad con que el hombre se engaña á sí propio, y conviene que estemos muy prevenidos. Otras veces las ilusiones nos hacen escrupulizar en faltas ligeras y ser indiferentes en algunas que de suyo son graves; pareciéndonos tal vez que es de simple consejo lo que en realidad es de precepto riguroso ó al contrario. Por eso conviene comenzar por una humilde súplica á Dios para que ilumine nuestro entendimiento y veamos las cosas tal como sean, sin laxitudes, pero también sin escrúpulos, que suelen hacer mucho daño.

Si se encontraren culpas en la conciencia, aun suponiendo que no sean claramente graves, conviene *confesarlas* como de consejo, pero con *sencillez* y en los términos más claros, más precisos y más honestos; sin tratar de cohonestarlas, ni obscurecerlas, ni aducir razones para justificarlas.

13. Sobre la prueba del *dolor ó arrepentimiento,* aunque bastaría la atrición sobrenatural, interesa formarle fundándose principalmente en el amor divino, en ver la majestad de Dios ultrajada, ó en su bondad infinita desconocida, ó en la paciencia del Señor, menospreciado, acompañando, como es necesario, *pro-*

(1) San Bern.: *Decl. de bonis deser.*

pósitos verdaderos de no tornar á cometer semejantes culpas. Al efecto, es muy importante que haya *generosidad y perseverancia* en dichos propósitos ó resoluciones tomadas, las cuales deben ser *enérgicas* para quitar los pecados y las ocasiones de ellos y para expiar los anteriormente cometidos, aceptando de buen grado todas las penitencias satisfactorias ó medicinales impuestas por el confesor, como también las penas, adversidades ó tribulaciones que el Señor se digne enviarnos, aplicándolas como satisfacción por las culpas pasadas. Deben, además, los referidos propósitos ser *firmes y sólidos*, oponiendo una fortaleza inquebrantable á la violencia de las pasiones y á la insistencia de los pensamientos menos rectos y puros, añadiendo el freno de la caridad y de la discreción á la ligereza de la lengua, y perseverando en la continua mortificación de los sentidos corporales.

14. Por último, se ha de probar el hombre en su *confianza* en Dios y en la *humildad* de su corazón, para lo cual es preciso postrarse á los pies del Señor como el hijo pródigo á los de su padre, con el corazón emocionado por el arrepentimiento y el deseo sincero de ser perdonado. Si Judas, no obstante la enormidad de su crimen, se hubiera arrojado á los pies de Jesús, Jesús le habria perdonado con gozo de su corazón, porque la misericordia divina es infinitamente mayor que nuestra maldad.

¿Y qué diremos si el pecador acude á Dios, mediante la Santísima Virgen María, que es el refugio seguro y siempre abierto para recibir á todos los hombres, por criminales que sean y por desesperada que sea su situación? Si el mismo Judas, ya que no tuvo valor para acogerse al corazón amoroso de Jesús, hubiera á lo menos invocado el auxilio de la Virgen, indudablemente la Señora como Madre de misericordia, hubiera intercedido por él, y Judas se habría salvado.

He aquí, en resumen, lo que nos quiso decir el Apóstol cuando, dirigiéndose á los fieles de Corinto, exclamó: *Antes de comulgar, pruébese el hombre a sí mismo, y así coma el Pan eucarístico y beba el cáliz de salvación.*

15. Hemos indicado cuanto nos pareció indispensable saber respecto de la Comunión indigna, su *criminalidad, castigos, causas y remedios*. La sagrada Mesa es sólo para los amigos de Dios, ó, lo que es lo mismo, para los que lleven en su corazón el rico tesoro de la caridad divina; comulgar sin el estado de gracia es una profanación sacrílega del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo; es una monstruosa ingratitud y una audacia inconcebible; es renovar el

crimen de Herodes, y el de Judas, y el de los judíos que dieron muerte á Jesús; es constituirse más criminal que el demonio, porque el sacrilegio eucarístico es el último término de la maldad y el conjunto de todos los crímenes.

En consecuencia de esto, los castigos que el Señor en su justicia tiene reservados á los sacrílegos son tremendos y espantables, ya en esta vida, ya en la otra, pues el que come el Pan eucarístico indignamente, come su propia condenación.

Hay muchos cristianos que duermen el sueño de la muerte, y que en vez de recibir en su alma los favores divinos que produce el alimento celestial, comulgan indignamente, convirtiendo el manjar eucarístico en veneno mortífero, que marca su frente sacrílega con el sello de la maldición de Dios, fulminada por Jesucristo contra Judas y contra todos sus imitadores.

Unas veces será por vergüenza en la confesión, otras por respetos humanos; no pocas porque Satanás se entra en su corazón como en el de Judas, y se tornan hipócritas, é hipócritamente comulgan, vendiendo á Jesús, y entregándole con más audacia que el mismo Judas. Jesucristo es una Víctima que el hipócrita sacrifica á sus propias criminales pasiones.

Es, pues, necesario, que el hombre, antes de comulgar, *se pruebe á sí mismo*, y que procure evitar los peligros dichos, á fin de no perder nunca el fruto copiosísimo de tan augusto é inefable Sacramento. Es necesario recibir al Señor, como expresa el Apóstol San Pedro (1), con candor de niños, deponiendo toda malicia, todo pecado, todo engaño y simulación, con fe viva, con esperanza firme, con caridad ardiente, con amor tierno y dulce consuelo, considerando que la Comunión sagrada, recibida dignamente, nos deifica, cuanto es posible en esta vida, nos une íntimamente á Cristo nuestro Señor, quien haciendo morada en nuestro pecho, nos hará crecer de claridad en claridad, de virtud en virtud, hasta que al fin corone nuestra fe con la eterna posesión de Dios en la gloria, pues escrito está que *quien come de este Pan, vivirá eternamente.*

---

(1) Sicut modo geniti infantes... deponentes omnem malitiam, et omne dolum, et simulationes... ut in eo crescatis in salutem. (Petr., I, 1-2.)

CAPÍTULO XXXVIII

De la adoración á Jesús Sacramentado.

---

1. A Jesús Sacramentado es debida adoración y culto supremo.—**2**. Modo de esta adoración.—**3**. Modos diversos de adorarle.

La adoración á Jesucristo Señor nuestro en el Sacramento de su amor es una consecuencia inmediata de su *real presencia en la Eucaristía*. Encontrándose verdaderamente contenidos bajo las especies de pan y vino el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, es evidente que la santa Hostia debe ser adorada con el supremo *culto de latria*, debido sólo á Dios. Así lo declaró el santo Concilio de Trento por las siguientes palabras: *Si alguno dijere que en el santo Sacramento de la Eucaristía no se debe adorar á Cristo Hijo Unigénito de Dios con el culto de* LATRÍA, *ni aun con el externo, y que por lo mismo, ni se debe venerar con peculiar y festiva celebridad, ni ser conducido solemnemente en procesiones, según el loable y universal rito y costumbre de la santa Iglesia; ó que no se debe exponer públicamente al pueblo para que le adore, y que los que le adoran son idólatras, sea excomulgado*. (Sess. 13, c. VI.)

2. Grande importancia tiene y bien merece considerarse este sagrado canon del Concilio, pues en él se establece la obligación en que se halla todo cristiano de adorar á Jesús Sacramentado, no sólo con culto *exterior*, cuando sea expuesto en el templo, ó llevado en procesión por las calles públicas, sino muy en especial con culto *interior*, reconociendo al Salvador divino presente en el Sacramento, humillándose profundamente ante él, implorando su misericordia, pidiéndole sus gracias y excitándose á actos de respeto, de reconocimiento y de amor. Jesucristo es Dios, y como tal debe ser siempre adorado.

Ya se comprende que dicha adoración, como culto supremo, se

encamina únicamente *á Jesucristo*, oculto bajo las especies sacramentales; pero en cierto modo se extiende á las especies mismas de pan y de vino, en cuanto ellas se toman en unión del Redentor, y como formando *un todo* con El. Es decir, que nuestro culto y veneración se extiende á dichas especies, de igual manera que cuando Jesús vivía sobre la tierra en carne mortal se extendía la adoración á sus sagradas vestiduras. Los accidentes cubren la persona adorable de Jesucristo, y Jesucristo se muestra á la fe de nuestro entendimiento por la forma sensible de los accidentes. Son, en verdad, dos cosas distintas, pero tan íntimamente ligadas en el Sacramento, que no es posible separarlas.

3. ¿Cómo ha de ser en la práctica esta adoración? Nadie lo ignora; unas veces la hacemos asistiendo á las *procesiones* del Santísimo Sacramento, ó á las *bendiciones* que con El se dan en el templo; otras, por el celo en *adornar los altares* en que el Señor se halla depositado, ó en prestar *cebo á la lámpara* del santuario; de continuo le adoramos *asistiendo con frecuencia á la santa Misa,* ó recibiendo respetuosamente *la sagrada Comunión;* no pocas veces le prestamos homenaje rendido *acompañando al santo Viático* cuando se lleva á los enfermos; y, por último, haciéndole devotas *visitas* en su propia morada, ya sea encerrado en el sagrario, ó ya cuando se halla expuesto en el altar á la adoración de los fieles.

¡Qué ancho y hermoso campo se ofrece aquí á la consideración de las almas buenas! Muy deleitable sería para nuestro corazón podernos detener en narrar el encanto, dulzura y amor que entrañan cada una de estas variadas formas de adoración al Señor sacramentado; mas no siendo posible hacerlo por la brevedad que exigen nuestros propósitos, habremos de concretarnos á decir dos palabras:

1.° Sobre las visitas al Santísimo Sacramento.
2.° Sobre lo más importante de la divina Eucaristía.

§ I

NECESIDAD Y UTILIDAD DE LAS VISITAS AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

4. Visitas al Santísimo.- **5.** Es una necesidad fundada en nuestros deberes para con Dios.—**6.** Es un deber de piedad.—**7.** Lo exige nuestra utilidad.—**8.** Es devoción santa y consoladora.—**9.** Modo práctico de hacer dichas visitas.

4. Todo el que tiene un amigo siente en su corazón necesidad de visitarle con frecuencia, pues amistad que no se usa es

amistad perdida; conócese el grado de la amistad por lo frecuente del trato, y si el amigo nos visita de continuo, deber de cortesía es pagarle sus visitas. ¿Decimos que Jesús sacramentado es amigo nuestro y que en verdad le amamos? Nuestras visitas lo han de mostrar; y pues El diariamente nos visita con sus gracias, justísimo es que nosotros le visitemos cada día para expresarle nuestro agradecimiento.

Ejemplo bellísimo de esta virtud nos ofrece la vida de Santa Angela, en la cual leemos que su amor á la Eucaristía era tan ardiente, que pasaba horas enteras de rodillas ante los Tabernáculos donde se hallaba su Amado. Y en una carta que San Elzear escribió desde Italia á Santa Delfina, su esposa, decía: «Si deseáis tener á menudo noticias mías, id con frecuencia á visitar á Jesucristo en el Santísimo Sacramento; entrad en espíritu en su sagrado corazón, pues sabéis que allí es mi morada ordinaria, y podéis estar segura de encontrarme allí (1).» ¡Qué buen modelo para nosotros y cuánta necesidad tenemos de él! Jesucristo ha establecido su reino en el sagrario, sólo por amor nuestro, y nos advierte que son sus delicias estar con los hijos de los hombres: ¿es posible que nosotros rehusemos visitarle á lo menos una vez cada día?

Por otra parte, es una necesidad de nuestro corazón visitar á Jesús sacramentado, y esta necesidad se halla fundada, *ya en nuestros deberes para con Dios, ya en las utilidades que nos reporta.*

5. Es un deber nuestro mostrarnos *respetuosos y deferentes* con la Majestad divina presente en la Sagrada Eucaristía. Jesús sacracramentado es nuestro Dios, es el Todopoderoso, Dueño y Señor de todo, y de El dependemos de la manera más absoluta. Dejar de visitarle, ¿no es en cierto modo un desprecio, como diciéndole: «No te necesito»? Sabiendo que El desea que le visitemos porque quiere favorecernos, ¿cabe disculpa en nuestro desvío y es razonable que huyamos de El?

Demás de esto, hay en nosotros un deber de visitarle *por reconocimiento,* por la bondad con que se digna llamarnos y habitar en nuestra compañía. Por ventura, ¿tiene El necesidad de nosotros? Para nada; mas como sabe que necesitamos de El, nos llama cariñosamente, y nos dice: *Venid á mí todos. Mis delicias son teneros á mi lado.* Venid, y considerad despacio cuán entrañable es el amor que os tengo. Por vosotros me quedé en este Sacramento de amor,

(1) Véase «Tesoros» de Cornelio A. Lapide, palabra *Eucaristía.*

para ser todo vuestro, para que os sea recuerdo continuo de mi Pasión, para que vuestra mente se llene de gracia y para que tengáis en mí una prenda segura de la eterna gloria (1). ¿Es posible que os alejéis de mi dulce compañía?—Esto nos dice el Señor, esto canta diariamente la Iglesia; y en verdad, no visitarle es como no hacer caso de El, es como desechar sus favores, es como hacerle una ofensa.

6. Pero aún hay más: existe en nosotros un deber *de piedad* que nos estrecha con urgencia á que visitemos al Señor sacramentado, pues si continuamente le vemos *olvidado* de muchos, tratado con *ligereza é indiferencia* por no pocos de los que se hallan ante su Tabernáculo, y, lo que es peor, *blasfemado* de los impíos, que le *desprecian,* pagando así el inmenso amor de Jesús, que le lleva á permanecer en nuestros sagrarios y en medio de nosotros, ¿no será *ingratitud* por nuestra parte el portarnos como extraños, ó como enemigos, sin acercarnos á El ni decirle: «Señor, yo os amo, y quisiera compensar con mis obsequios los agravios que en la Eucaristía os infieren?» ¿Será tener buen corazón, tener amistad con Jesús, tener amor á su sagrada persona, el dejarle solitario en el Tabernáculo, cuando le vemos inicuamente ultrajado? ¡Oh! No se puede dudar; visitarle es preciso, es una necesidad de nuestro corazón, es una señal de respeto, es un deber de gratitud, es una prueba de amigos, es cumplir una de las más dulces obligaciones de las almas cristianas.

7. Sin embargo, como todo esto suelen olvidarlo muchas gentes, ó no le dan la importancia debida, bueno será añadir que las visitas continuas al Santísimo Sacramento se hallan además fundadas en *nuestra propia utilidad.* Después de la santa Misa y de la Comunión sagrada, no hay devoción más *provechosa,* ni más *santa,* ni más *consoladora.*

Con efecto. ¿Dónde hay ni puede haber mayor provecho que acercarse continuamente á Jesucristo, fuente de todos nuestros bienes, luz que disipa nuestras tinieblas, amor de los amores, que con su sabiduría, poder y bondad infinitos sabe, puede y quiere colmarnos de beneficios corporales y espirituales, temporales y eternos? Jesucristo se dignó quedarse y permanecer en la divina Eucaristía únicamente para continuar y perfeccionar su obra de misericordia para con todos aquellos que en El creen y desean recibir sus divinos favores.

---

(1) O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis ejus!...

Por lo mismo, cuando nosotros devotamente le visitamos en su morada eucarística, Él ilumina nuestra inteligencia y disipa nuestras dudas; mueve nuestros corazones, los enardece en su santo amor y *endereza nuestra voluntad, encaminándola á todo lo santo* y bueno. Él nos fortalece en las tentaciones, nos reanima en nuestras flaquezas, nos ayuda en nuestros trabajos y nos levanta si nos ve caídos. Él nos calma y suaviza en los sufrimientos, nos consuela en nuestros infortunios, nos defiende en los peligros y es nuestro refugio y nuestro sostén en todas las adversidades de la vida.

8. ¿Es posible encontrar devoción más tierna y al mismo tiempo más consoladora? Jesucristo en el Tabernáculo, de igual manera que en su vida mortal, despide de sí cierta virtud divina que cura todas nuestras dolencias, de tal suerte que nadie se aproxima al altar donde se halla sacramentado, sin que Jesús por su parte le conceda la luz, la fuerza, la paz, la resignación y el gozo del espíritu, sin más condición que el alma se muestre devota y quiera recibir tan grandiosos dones. ¡Cuántos y cuán inmensos beneficios derrama el Señor sobre las almas cuando las ve obsequiosas en su adorable presencia!

Por último, es grande cosa para impulsarnos á visitar al Señor sacramentado, considerar la *santidad* de esta devoción, ya *por el fin* que se proponen los fieles al hacer dichas visitas, que es mostrar á Jesucristo obsequioso respeto, amor y agradecimiento, adorándole con profunda humildad, ya *por los actos de virtud* que en ellas se ejercitan. ¿Quién, al visitar al Santísimo Sacramento y rendirle el debido homenaje, no ejercita la *fe*, la *confianza*, el *amor*, la *humildad*, la *sumisión* y otras virtudes semejantes? ¿Es posible pasar un cuarto de hora en la dulce compañía de Jesús, conversando con Él familiarmente como con un amigo, ó con un hermano, tratando de obsequiarle, y que Él, todo bondad y riqueza suma, que no se queda pobre por dar, nos deje salir de su presencia sin habernos concedido especiales favores, por más que nosotros no los hayamos pedido, ni sepamos cuáles sean, ni en qué estriban? ¿Habremos, por ventura, de ganarle en generosidad? ¡Cuándo se persuadirán los cristianos de lo mucho que les interesa visitar diaria y devotamente á Jesucristo en el Sacramento de su amor!

¡Qué hermoso ejemplo nos ofrece la condesa de Feria, de quien nos habla San Alfonso María de Ligorio! «Tanta—dice—era la devoción que esta piadosa señora tuvo á Jesús sacramentado, que mereció ser llamada la *Esposa del Santísimo Sacramento*. Como se le preguntase en qué se ocupaba en tan largas y frecuentes adoracio-

nes, al punto respondió: «¿Queréis saber lo que hago durante tan dulces horas? ¡Ah! ¿Qué es lo que hace un cortesano en presencia del rey, un enfermo á vista del médico, un pobre delante del rico, un hambriento junto á una mesa bien servida? ¿Os parecen muy largas mis visitas? Yo, al contrario, encuentro que el tiempo me falta para acercarme á mi Dios tanto como quisiera.» De esta manera se expresaba aquella dama devota, y como ella pudiéramos citar otras innumerables.

9. No podemos detenernos á expresar el modo práctico de hacer tan deleitables y provechosas visitas; mas no debemos omitir que en ellas ha de dominar la *veneración*, la *confianza* y el *amor*. Veneración como á *Dios*, confianza como *amigo*, amor como *hermano*.

Veneración humilde, respeto profundo, adoración suprema, como quien se halla, no en presencia de un rey, ó de un pontífice de la tierra, sino como quien está delante del Rey de los reyes, y del Pontífice de los pontífices, y del Señor del cielo. Si los ángeles se estremecen ante su trono, y los querubines se cubren el rostro con sus alas en señal de humilde acatamiento, ¿qué habremos de hacer nosotros, miserables gusanillos?

La posición del cuerpo ha de ser de rodillas, ó en pie, ó postrados, según las circunstancias y las costumbres de los pueblos; pero siempre en actitud reverente y grave.

La entrada y la despedida se harán con profundo sentimiento de adoración, doblando una rodila, si el Señor estuviese reservado en el Tabernáculo, y las dos, con inclinación profunda de cabeza y de hombros, si estuviera expuesto.

Durante la visita se pronunciarán con cierta lentitud y atención especial algunas de las oraciones de la Iglesia, particularmente el Padrenuestro, cinco, seis ó siete veces, según el tiempo y la oportunidad, pudiendo también recitar alguno de los cánticos sagrados de alabanza, de sumisión ó de amor, sin que esto impida el que el alma se extienda en otras súplicas ó actos devotos, cual demanden sus necesidades particulares ó los acontecimientos generales.

Y todo esto—añade el piadoso autor de *Las Pajitas de oro*—se ha de hacer con grande confianza, dirigiéndose á Jesús y permaneciendo cerca de El, como la Santísima Virgen, su Madre, después de la Ascensión, para mostrarle toda nuestra ternura y todo nuestro agradecimiento; como María Magdalena, para llorar y reparar nuestras culpas; como la Cananea y el Centurión, para obtener la salud de los seres que nos son queridos; como Nicodemus, para ser instruidos y gobernados; como los leprosos, para ser curados de

sus enfermedades; como el sordomudo, para entender y hablar las grandezas divinas; como el Príncipe de la Sinagoga, para impetrar la vuelta á la vida de una persona que había perdido; como un pobre que tiene hambre; como un mendigo que nada posee; como un discípulo que busca á su maestro; como un amigo que quiere á su amigo; como un afligido que llama á su consolador; como un niño que corre á su padre.

Había en Ars, en 1830, un simple labrador, quien, ora fuese al campo, ora volviese de él, jamás pasaba junto á la Iglesia sin entrar en ella, permaneciendo largo tiempo de rodillas en presencia de Jesús sacramentado. Mucho consuelo recibía en verle el párroco de cierta iglesia, y no poco le admiraba el que no percibía movimiento de labios de aquel hombre.—Buen amigo—le preguntó un día:—¿qué decís á nuestro Señor en las visitas largas que le hacéis?—No le digo nada: *le miro y me mira*...—¡Sublime respuesta! Aquel buen hombre no hablaba, no leía, no sabía leer; pero tenía ojos, miraba, con la fe veía á nuestro Señor, y no dudaba que el Señor le miraba á él, y por eso contestó: *Le miro y me mira.* En el sagrado Tabernáculo fijaba todo su espíritu, todo su corazón, todos sus sentidos y potencias: quedaba absorto en ardiente y silenciosa contemplación, y en ella se embebecía deliciosamente. En aquel coloquio íntimo, en aquella palabra muda, que iba y venía del corazón del siervo al de Jesús, había un cambio de inefables sentimientos y de misteriosas miradas.

He aquí el secreto, el gran secreto para llegar á la santidad. Ser santo es asemejarse á Jesucristo, y á Jesucristo nos asemejamos mirándole muchas veces, y mirándole por mucho tiempo; porque cuanto más se le mira, más se le conoce, más se le ama, y más inclinado se siente nuestro corazón á imitar al suyo. ¿Quién podrá enumerar los hermosos provechos de mirar á Jesús en el Sacramento y mirar que nos mira?

Mirar á Jesús y ser mirado de El: he aquí, en breve resumen, la práctica de las visitas á Jesús sacramentado. Hermosos libritos hay que tratan menudamente de esta importantísima devoción, y por lo mismo, á ellos remitimos á las almas piadosas, en tanto que nosotros ponemos término á este asunto interminable del Sacramento eucarístico haciendo un como compendio de las diversas materias que respecto de él hemos tratado.

§ II

SUMA DE LA DOCTRINA REFERENTE Á LA DIVINA EUCARISTÍA

10. La Encarnación y la Eucaristía.—**11**. Esencia de la Eucaristía.— **12**. Resumen de los efectos eucarísticos.—**13**. Se extienden á la Iglesia Universal.—**14**. La Eucaristía es el amor de Dios en acción.—**15**. Siete maneras de ejercitarle.—**16** Conclusión.

10. Dios nuestro Señor crió al hombre para unirle íntimamente á su divino ser; el hombre prevaricó, se hizo indigno de merced tan señalada; pero Dios misericordioso comenzó la obra de su reparación por la *Encarnación* de su divino Verbo, y la consumó en la *Eucaristía*. Por la Encarnación quedó deificado el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo; por la Eucaristía queda deificado, cuanto es posible en la tierra, nuestro propio cuerpo. Por la Encarnación quedó unida á Dios la naturaleza humana; por la Eucaristía queda nuestro cuerpo particular unido al mismo Dios. Por la Encarnación, el Verbo se hizo carne, *habitó con nosotros;* por la Eucaristía, el mismo Verbo hecho carne, *habitó en nosotros,* no siendo la Eucaristía otra cosa que la continuación ó el complemento personal del gran misterio de la Encarnación. Por la Encarnación se realiza la estancia substancial y personal del Verbo en el Cuerpo de Jesucristo; por la Eucaristía tiene lugar la residencia substancial del Cuerpo deificado de Jesucristo en el nuestro. ¡Qué misterio! ¡Qué bondad de Dios! ¡Qué felicidad para nosotros!

11. La Eucaristía, por lo tanto, es Dios humanado y glorificado, ocultando su humanidad, su divinidad y su gloria bajo las simples apariencias de pan y vino. La *causa* de este prodigio es el amor infinito de Dios hacia el hombre; su *institución* es divina, verificada en la noche de la Cena; su *naturaleza* misteriosa y llena de portentos asombrosos, es el misterio de los misterios y el milagro de los milagros de Dios.

El mismo Jesucristo se halla real, verdadera y substancialmente presente en este augustísimo Sacramento; y lo está sólo por la omnipotencia de la palabra de Dios, comunicada al sacerdote, por más que éste sea indigno y miserable pecador. El habla, y el misterio queda realizado (*Ipse dixit, et facta sunt.*) El ministro del Señor habla unas cuantas palabras, y el pan y el vino se convierten en Dios. Allí, en el Sacramento, se halla Jesucristo presente, invisible, inmutable, impasible, todo en toda la Hostia, todo en cada

una de sus partes; todo en el cáliz, todo en todas las hostias del mundo, y todo en el cielo, siendo un solo y único Jesucristo. ¿De qué manera se realiza este prodigio? No lo sabemos; es el secreto de Dios; la razón no lo alcanza, mas la fe lo dice, la Escritura lo expresa, los Santos Padres lo enseñan, los Concilios lo decretan, la Iglesia lo practica, la razón lo convence, los herejes lo confiesan, los milagros lo evidencian...; y nosotros, á no haber perdido el juicio, no podemos menos de inclinar humildes nuestra frente, y decir: *Creo, adoro, venero... El dedo de Dios está aquí.* En este Sacramento *ha desplegado el Señor todo el poder de su brazo. Esta es la mutación de la diestra del Altísimo* (1).

12. Pero este *Sacramento* es juntamente *Sacrificio* y *Comunión* sagrada, ó sea alimento espiritual de nuestras almas, y bajo estos nuevos aspectos produce frutos copiosísimos, ya *con relación á Dios,* ya *respecto de nosotros mismos.*

Con la Eucaristía se establece en el mundo *la mayor gloria del Padre celestial,* á quien es más grato y más honorífico un solo sacrificio del altar que todos los actos virtuosos posibles de todas las criaturas: *la mayor gloria de Jesucristo,* la cual se aumenta prodigiosamente, ya por tantos templos á Él consagrados, ya por tantas procesiones instituidas en su honor, ya por tantas Comuniones hechas con fervor y devoción por las almas buenas, ya porque se renueva constantemente la memoria de su Pasión sacrosanta: *la mayor gloria nuestra,* pues de un modo especial la obtenemos, ahora por la unión íntima de Cristo con nuestra alma, ahora por las copiosísimas gracias que este Sacramento nos confiere, ahora por la semilla de gloria futura que deja en nuestro corazón. Todo lo cual es bellamente expresado por la Iglesia nuestra Madre, cuando canta: O SACRUM CONVIVIUM!... *¡Oh sagrado convite, en el cual se recibe á Cristo, renuévase la memoria de su pasión, el alma se llena de gracia, y se nos da una prenda de futura gloria.* (*Et futurae gloriae nobis pignus datur.*)

13. Mas todas estas maravillas, con ser tan magníficas y sublimes, no lo dicen todo, porque son *individuales.* y el cristiano cuando comulga, además de estar todo en Jesucristo, y Jesucristo todo en él, forma, por la asimilación eucarística, una pequeña parte de un inmenso cuerpo moral, cuya vida está animada por la misma vida divina del Salvador. Este cuerpo místico es la Iglesia

---

(1) Digitus Dei est hic. (Exodo, V, 19.)—Fecit potentiam in brachio suo. (Luc., I, 51.)—Haec mutatio dexterae Excelsi. (Psalm. LXXVI, 11.)

católica, cuerpo misterioso, cuyo principio vital es Cristo, y cuyos miembros somos nosotros íntima y amorosamente enlazados unos con otros, y todos con Dios, comunicándonos nuestras energías espirituales mediante la participación del mismo Pan eucarístico. Claramente lo dijo el Apóstol, por aquellas tan sabidas palabras: *Todos los que participamos de un mismo pan, formamos, aunque muchos en número, un solo cuerpo* (1), quedando así realizada aquella hermosa plegaria que Jesucristo dirigió á su Padre, diciendo: ¡*Padre santo, conservad en vuestro nombre á éstos que me habéis dado, á fin de que ellos sean una misma cosa, como nosotros lo somos* (2)! ¡Cuán grande se ostenta el hombre cuando recibe dignamente la sagrada Eucaristía! ¿Qué importa la carencia de bienes mundanales, qué la bajeza de condición según el mundo, qué los desprecios de las gentes terrenas, cuando, habiendo comulgado, poseemos á Dios y formamos como una sola cosa con El y con todas las almas santas del universo?

Por la santa Eucaristía formamos todos los cristianos una sola familia, nos sentamos á la misma mesa, nos alimentamos del mismo manjar, somos hermanos verdaderos, y todos llamamos á la Iglesia con el dulce nombre de *Madre*. Los hombres que sueñan con igualdades absurdas, aquí la tienen cumplida; en el banquete eucarístico todos somos unos, todos iguales, todos respiramos el mismo espíritu y todos tenemos vida propia en el corazón sacratísimo de Jesús.

14. Pues bien; si la Iglesia es nuestra Madre y la Eucaristía su más preciado tesoro, con que á todos nos iguala y enriquece, cabe decir que el Santísimo Sacramento es en la Iglesia lo que el *amor* en el corazón materno. El amor no puede permanecer oculto, tiende á manifestarse, á comunicarse, á derramar bienes en los objetos amados, y como nosotros somos estos objetos, y Dios hecho hombre el Amante, Dios es quien se nos da en la sagrada Mesa, Dios quien habita en nosotros, Dios quien nos penetra, Dios quien nos vivifica con gozo inefable de la Iglesia católica.

La sagrada Eucaristía es *el amor de Dios en acción*, y tales suavidades y fortalezas obra en las almas que dignamente comulgan, que á veces son embriagantes los sacrosantos efectos que produce; si mucho duraran, serían capaces, no ya de transportar el

---

(1) Unum corpus multi sumus qui de uno pane participamus. (I Cor., X, 77.)

(2) Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum sicut nos. (Joann., XVII, 11.)

espíritu y quitar el uso de los sentidos, sino de convertir la tierra en cielo (1).

De siete maneras ejerce la sagrada Eucaristía su misión vivificante en la Iglesia de Cristo:

1.ª POR LA SANTA MISA.—*Holocausto* perpetuo ofrecido á Dios en nombre de las criaturas, reconociendo su grandeza, su poder y su independencia soberana. *Víctima* de propiación que expía las culpas de todo el mundo y apacigua la justicia divina; *acción de gracias*, que regocija el corazón de Dios, dándose por bien servido; *súplica ó impetración continua*, que obtiene para nosotros grandiosos favores é inefables dulzuras.

2.ª POR LA SANTA COMUNIÓN.—*Alimento* espiritual de nuestras almas, que las sostiene, embellece y fortifica; *medicina* que restablece la salud, destruye la enfermedad y evita tornar á ella; *festín de regocijo* que alegra nuestros corazones y endulza nuestra existencia; *Mesa* sagrada que unifica los espíritus, engendra la paz y hace de los cristianos una sola familia.

3.ª POR LA PRESENCIA CONTINUA EN LOS TABERNÁCULOS.—Jesucristo, encerrado en el Sagrario, es un Padre que oye, un Amigo que consuela, un Maestro que dirige. Allí Jesús es accesible á todos los hombres, en todo tiempo y á toda hora; á todos nos recibe con amor, á todos nos escucha con benevolencia, y á ninguno nos despide sin esperanza.

4.ª POR LA BENDICIÓN CON EL SANTÍSIMO SACRAMENTO.—Pasados los trabajos y luchas del día y llegada la tarde, Jesús se ofrece á nuestras miradas y á nuestra veneración para bendecirnos y hacernos recobrar la energía y la paz necesarias para el reposo de la noche, como igualmente para preparar nuestros corazones á los nuevos trabajos del día siguiente.

5.ª POR LA EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.—Allí en el sagrado viril, como en trono de gloria, enriquecido con todas las preciosidades del arte, se ostenta Jesús sacramentado en todo su esplendor durante el día para recibir las adoraciones de las almas fieles, la reparación pública de las ofensas de muchos hombres, y para colmar de gracias abundantes á los que humilde y devotamente las soliciten.

6.ª POR LAS PROCESIONES SOLEMNES.—Verdaderamente, las

(1) Hic terram coelum tibi fecit hoc mysterium, aperi ergo coeli portas et perspic e vel potius non coeli, sed coeli coelorum, et videbis quod dictum est. Nam quod illic est omnium et maxime honorandum, hoc ostendam tibi situm in terra. (S. Crisóstomo, Homil. 24 in I ad Cor., n. 5.)

procesiones públicas y solemnes con el Santísimo Sacramento son el triunfo de su amor como Rey de Reyes. En ellas, Jesucristo, rodeado de toda la pompa y majestad que el amor del hombre puede acumular, recorre las calles á la manera de un príncipe cuando visita sus dominios, y los fieles, como leales vasallos, le rinden sus homenajes de adoración, de alabanzas y de público regocijo.

1.ª Por el Viático.—Esta es la última prueba de amor que nos prodiga Jesús sacramentado; nos ve en grave enfermedad, próximos á salir de este mundo necesitados de auxilio y de consuelo, y su corazón amoroso no sufre dejarnos solos. Visítanos benigno, y la Comunión sagrada en aquella hora es el lazo que une la muerte con la vida, el tiempo con la eternidad, haciendo que los padecimientos pasajeros se tornen en gozos inmortales (1).

16. Tal es la influencia maravillosa de Jesús sacramentado en los individuos, en las familias, en las sociedades, en la moral y en el culto del verdadero Dios. Mediante la sagrada Eucaristía, Dios está con nosotros, en nosotros, viviendo para nosotros y para que vivamos de su propia vida. ¿Qué sería del mundo entero si faltara de nuestros altares el santísimo y divinísimo Sacramento?

¡Ah, Señor! Vos, en vuestra infinita bondad y misericordia, *nos habéis suministrado un Pan bajado del cielo, que contiene en sí mismo todos los deleites* (2). Gracias os sean dadas, Señor, y nosotros, postrados ante vuestra augusta presencia, nos gozamos en repetir con la mayor veneración y el más ardiente amor aquellas hermosas palabras de la Iglesia: *Veneremos humillados tan grandioso é inefable Sacramento. (Tantum ergo Sacramentum, veneremur cernui.)* (3).

(1) Véase el autor des *Paillettes d'Or*: «Sommaire de la doctr. catholique.»

(2) Panem de coelo praestitisti eis, omne delectamentum in se habentem.

(3) Puede verse como complemento de la doctrina sobre la Eucaristía, nuestra obra *La Vida feliz*, tomo IV, al final, varios capítulos.

INDICE

DE LOS SACRAMENTOS EN GENERAL

CAPÍTULO PRIMERO

De la naturaleza y excelencia de los Sacramentos.

CAPÍTULO II

Los Sacramentos, el plan divino y la naturaleza humana.

CAPÍTULO III

Efectos principales de los Sacramentos.

Páginas.

DEL BAUTISMO

CAPÍTULO IV

Naturaleza, institución y necesidad del Bautismo.

CAPÍTULO V

Efectos principales del Bautismo.

CAPÍTULO VI

Continuación de los efectos del Bautismo.

CAPÍTULO VII

Ceremonias del Bautismo.

CAPÍTULO VIII

Obligaciones de los bautizados.

DE LA CONFIRMACIÓN

CAPÍTULO IX

Naturaleza, importancia y necesidad de la Confirmación.

CAPÍTULO X

Efectos y obligaciones de la Confirmación.

DE LA EUCARISTÍA COMO SACRAMENTO

CAPÍTULO XI

Naturaleza, preeminencia y nombres de la Eucaristía.

CAPÍTULO XII

La Eucaristía, la fe y la razón.

CAPÍTULO XIII

Preparación al dogma de la sagrada Eucaristía.

CAPÍTULO XIV

Institución y motivos de la Eucaristía

CAPÍTULO XV

Pruébase la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

CAPÍTULO XVI

Más pruebas sobre la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

CAPÍTULO XVII

Dogma de la transubstanciación.

CAPÍTULO XVIII

Más sobre la razón y la transubstanciación.

CAPÍTULO XIX

Grandezas de la Eucaristía.

CAPÍTULO XX

Lecciones de la Eucaristía.

CAPÍTULO XXI

Prosiguen las lecciones del Santísimo Sacramento.

CAPÍTULO XXII

Efectos generales de la Eucaristía.

DE LA EUCARISTIA COMO SACRIFICIO

CAPÍTULO XXIII

Necesidad y naturaleza del sacrificio eucarístico.

CAPÍTULO XXIV

Excelencia de la santa Misa.

CAPÍTULO XXV

Excelencia de la santa Misa por sus efectos.

CAPÍTULO XXVI

Participación de los frutos de la Misa.

CAPÍTULO XXVII

Medios de acrecentar el fruto de la santa Misa.

DE LA EUCARISTIA COMO COMUNIÓN SAGRADA

CAPÍTULO XXVIII

Naturaleza y obligación de la Comunión sagrada.

CAPÍTULO XXIX

De cuándo obliga la Comunión sagrada.

CAPÍTULO XXX

De la Comunion frecuente.

Páginas.

CAPÍTULO XXXI

De la Comunión espiritual.

CAPÍTULO XXXII

Disposiciones para comulgar dignamente.

CAPÍTULO XXXIII

Disposiciones para acrecentar el fruto de la Comunión.

CAPÍTULO XXXIV

Efectos de la buena Comunión.

CAPÍTULO XXXV

Prosiguen los efectos de la buena Comunión.

CAPÍTULO XXXVI

De la Comunión indigna.

CAPÍTULO XXXVII

Prosigue la Comunión indigna.

CAPÍTULO XXXVIII

De la adoración á Jesús sacramentado.